

TRABAJOS LITERARIOS

DE LA

ACADEMIA DE LITERATURA

ESTABLECIDA

EN EL COLEGIO DE LA INMACULADA CONCEPCION

DE

SANTA-FE

LUIS S. RAFFO. N.º 63

LUIS S. RAFFO. N.º 63

BUENOS AIRES

IMPRESA Y LIBRERIA DE MAYO, DE C. CASAVALLE, PERÚ 115

1881

PRÓLOGO

Habiéndose suscitado en el seno de nuestra humilde corporacion la idea de dar á luz las composiciones de más mérito que se han leído en su recinto desde el tiempo de su instalacion hasta nuestros dias, no sin gran repugnancia la mesa directora aceptó el encargo de dirigir los trabajos de la publicacion, temerosa de no corresponder á las justas esperanzas que sobre ella se habian fundado; alentada, sin embargo, por el pensamiento de que si no llenaba su mision con lucidez, cumpliria al ménos con un deber de amistad y compañerismo, puso desde luego manos á la obra, y el primer paso que dió fué franquear las puertas del archivo de la Academia á una comision de personas competentes, pero ajenas á nuestro gremio, que se encargase de escoger las composiciones que en su juicio fuesen más dignas del público. Esta medida, que á primera vista podria parecer extraña, la creimos de todo punto necesaria, por parecernos que en un juicio de este género no podrian formar parte del tribunal los académicos, personas interesadas en el asunto. Pero por desgracia, al comenzar los trabajos de la revision, hemos visto con dolor que el archivo se hallaba muy incompleto, echándose de ménos gran parte de las composiciones que, segun las actas, debian de obrar en poder de la Academia. ¿Cómo han desaparecido? Completamente lo ignoramos; lo que sí podemos asegurar con entera confianza es, que dichas composiciones, segun tradicion de los académicos, no eran de las de peor reputacion literaria; y por lo mismo nuestra coleccion carecerá de uno de sus mejores adornos, pues las diligencias que se han practicado para conseguir las, no han surtido efecto alguno. Decididos, sin embargo, á no desistir fácilmente de la empresa, hicimos presente á los señores de la comision pasasen adelante en su tarea; la cual, gracias á su actividad y celo, ha llegado á su término más pronto de lo que se podia esperar, atendidas las numerosas ocupaciones con que se hallaban abrumados sus miembros.

La coleccion, pues, contendrá algunas de las composiciones literarias de más mérito que se han declamado en el recinto de nuestra Academia desde el dia 25 de julio del año 1867 hasta el dia 29 de julio del año 1880; en que se acabaron los trabajos de la revision.

Á poderse verificar este trabajo con más calma y ménos apuro, las composiciones escogidas hubieran visto la luz más limadas, desapare-

ciendo algunos pequeños lunares que á veces las afean; pero el compromiso contraido por la mesa de publicarlas durante este año escolar, ha absorbido todas las demas consideraciones, y así nos vemos en la precision de dar á conocer al público la protesta de los señores revisores, los cuales advierten que habiéndose limitado su mision á escoger los trabajos literarios que parecian más sobresalientes en el archivo de la Academia, ellos no salen responsables ni de la verdad de todas las ideas emitidas en el curso de la obra, sobre todo, al tratarse de asuntos patrióticos, ni del mérito absoluto de todas las composiciones.

Escogidos ya los trabajos literarios, podia haberse arreglado su coleccion segun el orden puramente cronológico, ó tambien atendiendo sólo al nombre de los autores, publicando juntas ~~las~~ que llevasen al pié la misma firma, pero hemos preferido el orden lógico, es decir, el de materias y el de dignidad de las mismas materias, conforme á las reglas de los preceptistas, por parecernos este método más racional y proporcionarnos medio de tener cuenta tambien en algun modo con la cronología, pues dentro de un mismo género de composiciones tenemos cuidado de insertar primero las que primero fueron recitadas ó declamadas.

No abrigamos la presuncion de presentar modelos en el arte de Ciceron y de Virgilio, y en la lengua de Leon y de Cervantes; nuestro intento solo ha sido mostrar los esfuerzos hechos en esta sociedad para echar los cimientos de inteligencias que despues han brillado en la república de las letras y contribuir al movimiento literario que de algunos años á esta parte se viene pronunciando en nuestra patria.

El lector debe tener en cuenta que los jóvenes en su mayor parte han producido esas obras al mismo tiempo que cursaban los pesados años preparatorios; de suerte que mientras pulsaban la lira, ó se abandonaban á los arrebatos de una fantasía fogosa; veian á su frente los volúmenes de filosofía, ciencias naturales y matemáticas que reclamaban su tiempo, y trataban de algun modo de reprimir con su semblante serio los arranques no siempre prudentes de los estíos juveniles.

Esperamos, pues, que el público mirará nuestros primeros ensayos literarios con ojos indulgentes; y si nuestras esperanzas no salen defraudadas, nos lanzaremos á una segunda edicion, añadiendo las obras que en adelante se produzcan, y las que pudiéremos haber de las extraviadas en los años que han trascurrido.

Réstanos añadir, finalmente, á fuer de agradecidos, que no contando la Academia con los fondos suficientes para costear la edicion, ha venido en su socorro la generosidad del Excmo. señor Gobernador de la provincia, doctor don Simon de Iriondo.

RAMON J. LASSAGA,
Presidente.

MANUEL A. CRESPO,
Consiliario 2º.

LUIS N. PALMA,
Consiliario 1º.

GREGORIO ROMERO,
Secretario.

PARTE PRIMERA

TRABAJOS EN PROSA

Luis S. Raposo

Año 1883

4711

DISCURSOS SAGRADOS

Oracion fúnebre de Pio IX (1)

Señores: ¡Cuán amarga y dolorosa realidad se presenta en estos momentos á los ojos de la humanidad consternada! El infalible oráculo de la verdad ha enmudecido ya para siempre. Sombras de muerte y crespones funerarios ciñen su augusto mausoleo. Régios ornamentos y sentidas inscripciones velan los tristes despojos del más excelso de los monarcas y amoroso de los padres!

Sí, señores, Pio IX, el augusto prisionero del Vaticano, ya no existe! La víctima inocente de la nefanda revolucion transalpina ha terminado su prolongado martirio consumando el más heroico de los sacrificios! Los azarosos dias de su admirable existencia forman los brillantes eslabones de esa interminable cadena de portentosas lídes y vigorosos combates librados contra la impiedad y corrupcion que amenazaba enseñorearse de las inteligencias é inficionar los corazones. Su glorioso pontificado es el inmenso epílogo de todas las grandes epopeyas del siglo XIX, y el sublime recuento de todas las desventuras y aciagos padecimientos del humano linaje.

Reasumid las glorias y catástrofes de nuestro siglo, y limitareis las grandezas é infortunios de nuestro gran Pontífice. Enumerad los triunfos y prodigios de la actual civilizacion y progreso, y habreis bosquejado apénas su ardiente caridad y admirable sabiduría. Pero ¿qué humana inteligencia pudo jamas abarcar lo que no tiene límites, ni mensurar lo que es incapaz de medida? Lo que del cielo ha descendido y germinado acá en la tierra sólo puede descifrarlo y comprenderlo el cielo. Por esto, al rendir en nombre de mi amada asociacion este débil tributo de amor y admiracion al más tierno y generoso de los hombres, imploro ante todo la divina clemencia para que me ilumine con los rayos de su lumbré. El asunto es subidísimo, su desarrollo de interes trascenden-

(1) Declamada el dia 28 de abril de 1878.

tal; y para expresar mi pensamiento, Sres. AA., en una sola palabra os diré que: el inmortal Pio IX es la gloria más espléndida del siglo XIX por su acendrada caridad, que contrasta con el hielo de la humana ingratitud. ¡Excelso Pontífice y gerarca augusto del catolicismo! alienta mi espíritu, levanta el velo de mi inteligencia para que pueda abarcar y comprender la inmensidad de vuestra gloria y lo encumbrado de vuestras grandezas.

Señores: la caridad, esa divina centella desprendida del voraz incendio que abrasa el corazón infinito del Mártir de la Cruz; esa cándida flor que nutrida y alimentada con la fecunda sangre de un Dios Crucificado, germinó fresca y lozana en las yermas soledades del humano corazón, adornó desde la aurora de la vida la candorosa frente de nuestro ínclito Pontífice. Ella fué la que guió los inocentes pasos de su tierna infancia, y en la virilidad de su existencia preservó del vicio y el error su hermoso y puro corazón: ella la que arrebató de sus sienes la brillante diadema señorial para coronar su alma acrisolada con el celeste resplandor del más encumbrado ministerio: ella le condujo á la eterna ciudad de los césares para que fuese allí el dulce amparo de la orfandad y el solícito protector de la indigencia; ella, en fin, señores, le arrancó de la metrópoli del catolicismo para conducirlo á remotas playas, á las vírgenes selvas del Nuevo Mundo, en cumplimiento de la sagrada misión que le confiara el inmortal Pio VII.

Llevado en alas de su caridad y apostólico celo, cruza entónces el continente americano dejando siempre pregoneros de su nombre, sus favores y sacrificios; repercuten sus ecos en los valles de las siete colinas, y entónces su modestia, que, como todas las virtudes, se disputaban en él la preferencia, oculta los rayos de su infatigable caridad en el oscuro asilo de los pobres huérfanos, despreciando el falso brillo de mentidos honores y la solemne pompa de efímeras dignidades: mas allí, bajo los ignorados muros del Hospicio de San Miguel, le descubre, desde su solio, el ojo vigilante del magnánimo Leon XII, y en premio de sus esfuerzos é indisputable mérito, le confía y entrega el gobierno arzobispal de la gran diócesis de Espoleto, y admirando la inmensa ternura de su corazón para con los desvalidos, y el celo y paternal solicitud con que regía el precioso rebaño confiado á sus cuidados y desvelos, le sublimó á la honrosa gerarquía de los príncipes de la Iglesia, invistiéndole de la regia púrpura del cardenalato.

Este venturoso pueblo presenció un sublime ejemplo de heroicidad semejante al que tantos siglos há, contempló la reina de las naciones, cuando el gran Pontífice San Leon detuvo en su carrera de muerte y esterminio al furibundo é implacable Atila, pues el celoso Pastor, al ver penetrar en la ciudad aterrada las hordas revolucionarias, no vaciló en exponerse á sus iras ni temió ser presa de su furor; pero el triunfo más completo de su abnegación heroica coronó felizmente la atrevida empresa del cariñoso Padre, cayendo rendidos á sus plantas por la virtud

irresistible de su inspirada elocuencia los enconados revoltosos que poco ántes empuñaban las armas contra su legítima autoridad; y al entregarle un espía la lista fatal en que se incluían los nombres de algunos personajes sospechosos, arrojó el cruel escrito á las llamas, exclamando: « El lobo que quiere hacer mal al rebaño, comienza por prevenir al pastor ».

Empero, señores, estrecho palenque y reducido campo de batalla eran para este invicto héroe del amor las populosas ciudades de Imola y Es-
poletto; su alma tan grande como su intensa caridad, ambicionaba un horizonte más dilatado dónde desenvolver los ardientes rayos de ese sol abrasador que resplandecía en su pecho.

El mundo entero era pequeño y limitado espacio para contener en sus entrañas el incendio sublime de ese celestial volcan que le devoraba. Por esto, al colocar sobre su frente inmortal la tiara secular de los Pontífices que le constituía árbitro y señor del más grande de los imperios del mundo, y al empuñar con robusta mano el cetro tutelar del cristianismo que le confería el supremo y divino gobierno de la Iglesia, tiende una mirada compasiva sobre la superficie de la tierra y sus ojos sólo contemplan ruinas, desolacion, crímenes horrendos, espantosas calamidades; ve á la ciega humanidad precipitarse desalentada en el insondable abismo de la corrupcion más repugnante y desenfrenado libertinaje; vé al pérfido sicario tramando en el secreto de las tinieblas horribles asesinatos y abominables venganzas: oye el horroroso estruendo de los carcomidos tronos que caen derrumbados cediendo al poderoso empuje de los terribles y feroces sectarios del carbonarismo; ve rodar por el polvo hechas pedazos las áureas coronas de los reyes y emperadores que por su inalterable firmeza parecían desafiar el furor y las iras socialistas; y ante tan lúgubre espectáculo y cuadro tan desgarrador, su grande alma se conmueve, se enardece su espíritu y vierte sobre el mundo tier-
nas lágrimas de amor y compasion.

Escucha con amargo dolor los tristes gemidos de la desventurada Polonia que llora desolada su duro cautiverio y abyecta esclavitud, y su amante corazon de Padre se compadece y suspira; pero su llanto y compasion no son vanos ni estériles sus lamentos, y alzando su diestra justiciera fulmina de la cúspide del Vaticano contra el soberbio coloso los tremendos rayos de la cólera divina y hace resonar por toda la redondez del mundo el airado acento de la justicia de las naciones ultrajada y deprimida, y la voz robusta de los inviolables derechos de los pueblos heridos y conculcados. Ve á la infeliz Inglaterra que vuelve con lánguida mirada sus ojos suplicantes al Soberano Jefe del Catolicismo implorando de su caridad ardiente, y solicitando de su inmensa liberalidad el pronto remedio de los grandes males que la aquejan y que amenazan sumergirla para siempre en la revuelta balumba de los más desastrosos crímenes, y su alma generosa se duele y enternece, y con sonora voz entrecortada por la sublime emocion que le embarga, anuncia á la isla de los Santos,

á la triste Inglaterra, que su gerarquía católica queda restablecida á des-
pecho de la destemplada grito de los intransigentes reformadores.

¡Excelso Pio! También la infortunada Irlanda olvida hoy sus grillos
y cadenas para verter sobre las tuyas las ardientes lágrimas de su amor
y gratitud, porque en sus crueles infortunios tuviste para sus hijos una
palabra de aliento y una tierna mirada de compasion.

Elegido y predestinado allá en los impenetrables consejos de la eter-
nidad para ofrecer á la triste humanidad en su inevitable naufragio la
sola y única tabla de su salvacion; segregado por la Divinidad de entre
los desventurados hijos de Adam para mostrar á los ingratos pecadores
en medio de sus roedores remordimientos la dulce y consoladora espe-
ranza de la divina redencion que columbraron entre nieblas los Patriar-
cas y anunciaron los Profetas con elocuentes acentos, que elogiaron en
sus obras maestras los apólogos de la Iglesia y anhelaron gozar los
fieles cristianos de los primitivos y apostólicos tiempos, al ver que la so-
ciedad humana corre precipitada á la negra sima de su completa degra-
dacion y ruina, iluminada su mente con el vívido destello del eterno
resplandor de la verdad infalible proclama á la faz de los cielos y la
tierra, ante los ángeles arrebatados de júbilo y admiracion, y los hom-
bres henchidos de entusiasmo y gratitud, que María, la excelsa Madre de
Dios, fué pura é inmaculada en su portentosa Concepcion. ¡Ilustre Pio!
Acabas de engastar en tu preciosa corona la perla más brillante de tu
glorioso pontificado, la más hermosa página de tu historia, escribe María,
en ese instante mismo en el simbólico libro de la fe, porque el grandioso
dogma que has definido y proclamado desde esa infalible cátedra de la
verdad ante el Universo entero, será el más perfecto elogio de tu azarosa
y prolongada existencia.

Señores: si vuestro asenso vacila, si duda vuestra mente, prestad oido
atento á un célebre diplomático protestante, quien, precisado por la fuer-
za irresistible de la verdad, exclama: « Cuando el manso Pontífice, que
« reina desde hace treinta años, haya desaparecido, habrá un vacío do-
« loroso en el mundo. Nadie ha amado más á la humanidad que Pio IX,
« nadie ha amado más á Roma é Italia. Faltaré á la ciudad eterna
« cierto atractivo que no volverá á verse en mucho tiempo. Habrá
« grandes Papas, grandes doctores y confesores, pero ¿habrá jamas en
« el redil un pastor tan clemente? Los resplandores de la tiara ilumi-
« narán todavía el mundo; pero tan dulces rayos de luz ¿alumbrarán
« jamas la campiña romana? »

Mas, la caridad de nuestro dulcísimo Padre es una fuente inagotable,
una lumbrera que jamas se extingue por más que haya de esparcir pe-
rennemente sus claros y luminosos rayos para iluminar con su luz el
mundo entero: la humanidad toda la ha contemplado entusiasmada, y
ha sido aún ella misma objeto de sus grandes beneficios y liberalidades;
ella, segun la expresion de la celebridad ántes apelada, tuvo que reco-
nocer en Pio IX al que más la habia amado; ella admiró en el cariñoso

Pontífice la más admirable de todas las virtudes porque la caridad es la reina de todas las virtudes; ella, por lo tanto, debería celebrar el nombre de la víctima del 20 de setiembre, como el nombre más glorioso de todos sus nombres, si es verdad que la gloria nunca es más grande que en el sacrificio, y no se niega que el sacrificio, aroma de la caridad, fué siempre el perfume con que enriqueció el cariño que el mejor de los padres á sus hijos profesaba; preguntemos, pues, ahora á ese mundo ingrato, cómo ha retribuido sus favores y correspondido á su amor.

¡Ah! señores: si algun horrendo crimen gravita sobre la actual sociedad, si existe sobre la tierra algun delito abominable, ese crimen horrendo y ese abominable delito es la vil ingratitud del corazon humano. ¿Quereis convenceros de ello? Escuchad. Un inmenso pueblo, ébrio de entusiasmo y arrebatado de júbilo, prorrumpe en estruendosos aplausos y apasionados vítores al ver que un jóven simpático purpurado ha ceñido su frente con la corona de Gregorio el Sabio y ha ocupado el trono más elevado y digno de la tierra. El afortunado Pio oye entre las entusiastas aclamaciones de su pueblo el lúgubre gemido de los desventurados reos que yacen sepultados en los oscuros calabozos del Arcángel, y percibe el estridente crugido de sus grillos y cadenas: su noble corazon se agita y conmueve, y al instante, con una sola palabra quiebra sus esposas, pulveriza sus cadenas y devuelve la suspirada libertad á aquellos infortunados doblemente infelices y criminales, y las ondas tiberinas, sacudidas por las auras de la libertad, aplauden desde su lecho de espumas el decreto generoso salido del Capitolio. Hiende los espacios una voz de júbilo y admiracion, y la orgullosa Roma de los césares se presta agradecida ante la augusta tiara de los pontífices.

Venid, efímeros dominadores del mundo, potentados soberbios de la tierra y vanos simulacros del poderío y grandeza de los hombres, venid y contemplad este solemne triunfo del más humilde de los soberanos y pasmaos de admiracion y estupor al ver rëndidos á sus plantas los más feroces y enconados enemigos del catolicismo: hé aquí el magnífico homenaje tributado á la liberal magnanimidad del ilustre Jefe de la Iglesia: esos triunfos son los trofeos de la religion invencible del Mártir de la Cruz.

Pero, señores: ¡cuán abyecto y voluble es el corazon del ingrato! ¡cuán viles y miserables las pasiones que en sus impenetrables misterios encierra! Ha cesado ya la confusa vocería y trasportes de gratitud de los tiernos adoradores del generoso Pontífice, y en cambio la demagogia ha sustituido á esas dulces manifestaciones de sincero y filial afecto la frenética grito y destemplado clamoreo de una turba furiosa y embrutecida: esa demagogia despótica que demandaba con atrevida insolencia las mayores gracias de su liberal Soberano, que requería con descarada audacia sus grandes beneficios y exigía con irritante cinismo reformas incesantes y extralimitados fueros.

¡Qué espantosa ingratitud! «Corred del Oriente al Occidente», dice un

sabio de nuestros dias, «del Setentíon al Mediodía; abarcad con la memoria todos los tiempos y con los ojos todos los espacios; y en toda la prolongacion de los primeros y en toda la inmensidad de los segundos, no hallareis un solo individuo de la especie humana que no reverencie la virtud y que no respete la gloria. Sólo la demagogia ni respeta la virtud, esa gloria del cielo, ni reverencia la gloria, esa virtud de las naciones: la demagogia que, atacando todas las leyes humanas y divinas se ha puesto fuera de toda ley, que atacando simultáneamente á todas las naciones no tiene patria, que atacando todos los intentos morales de los hombres se ha puesto fuera del género humano.»

Señores: si Atila el bárbaro, el *flagellum Dei*, si el implacable y soberbio Alarico se alzarán de sus ignoradas tumbas para contemplar lo que presenciaron las naciones todas del mundo civilizado, para ser testigos del tremendo sacrilegio que consumaron las fieras y licenciosas turbas romanas al despojar de su legítimo dominio al más noble y bondadoso de los monarcas, á aquel ante cuyo aspecto ellos sintieron desfallecer sus bríos, templarse su arrogancia, amansarse su ferocidad, disiparse su cólera y humillarse su soberbia; caerían confundidos y anonadados por la enormidad de tan horroroso crimen, y de confusion morirían cuando entendiesen que esta era la recompensa que daban los agraciados vasallos á su príncipe liberal, los redimidos prisioneros á su generoso libertador, los protegidos favoritos á su tierno bienhechor, los hijos predilectos á su amoroso Padre.

Empero, señores: la dolorosa pasion de esta nueva víctima del amor no ha terminado aún; indispensable era que sus ingratos hijos le hiciesen apurar el amargo cáliz del más ignominioso destierro. Y el insigne representante de la Divinidad en la tierra huye presuroso para evitar á su pueblo infiel un nuevo execrable delito.

¡Pueblo cruel! ¿así pagás su amor y tierna solicitud? ¿porque fué contigo liberal y magnífico, eres para con él avaro y desnaturalizado? Cuando él levantaba su diestra bendiciéndote para que el cielo vertiese sobre tí el suave rocío de sus misericordias, tú alzabas la voz execrable para maldecir su benignidad y afilabas en secreto el puñal parricida; ¡que horror! qué debía arrebatár á la humanidad su preciosa existencia. Y tú, ilustre fugitivo, ¿no tienes en tus labios una palabra de anatema para tus enemigos, ni en el corazon un sentimiento de odio contra tus fieros perseguidores? Imposible, señores: su alma noble y generosa se resiste y espanta ante idea tan terrible y aterradora, y sólo tiene para esos hijos descarriados palabras de ternura y sentimientos de compasion. Su fe inquebrantable y sólida esperanza hacen que deposite toda su confianza en el irresistible poder de Aquel ante cuyo ceño se turban los ángeles y los montes se liquidan, porque él solo trastorna y desconcierta los satánicos planes del malvado y aniquila con su furor á los necios perseguidores de su Vicario.

No en vano esperó en su invencible libertador el atribulado Pio, ni puso en vano la santidad de su causa en manos de la Divina Justicia, porque un desastroso fin terminó las detestables orgías de la república demagógica según lo había pronunciado el ilustre marqués de Valdegamas cuando escribía: « El Mártir Santo es hoy más grande, es hoy más fuerte á los ojos atónitos de la Europa que el rey augusto. La demagogia no reinará en el mundo sino en calidad de esclava de Dios y como instrumento de sus designios. ¿Qué importa que ella vaya al Capitolio? ¿Quién es en estos tiempos el que llega á donde va? ¿Quién es aquel á quien el claro día no se le hace oscura noche, que le extravía en su camino? Si la Francia fué á la república pensando ir á la reforma, si fué despues á la dictadura pensando ir al fanatismo, si Carlos Alberto fué á Turin pensando ir á Milan, si Radestki fué á Milan pensando ir á los Alpes, ¿qué mucho que la demagogia romana pensando ir al Capitolio vaya á la roca Tarpeya?»

Empero, señores, no fué la de despojarle de sus Estados la mayor ni la más detestable de las ingratitudes que desgarraron el corazón de este bondadosísimo Padre; otras vergonzosas decepciones y más abominables desacatos se han cometido contra este desgraciado soberano.

Nuestras playas hospitalarias recibieron un día en su seno un hombre tan vil y desgraciado que más que corazón humano, debiera tener corazón de leopardo. El condescendiente Pontífice, accediendo gustoso á la caritativa solicitud del gabinete argentino que demandaba la libertad del procesado Olivieri, rompió las duras cadenas que le aherrojaban en el célebre castillo Tiberiano, y colmándole de beneficios y honores le envió á gozar en nuestras extendidas pampas, feraces campiñas, el delicioso ambiente de la libertad de que hasta entónces había sido privado y ¡horrorizaos, señores! al pisar por vez primera nuestro querido suelo profanó esa tierra clásica de los libres, que jamás consintió en su seno ni traidores, ni opresores, y el menguado vulneró con lengua impía los sentimientos y la dignidad del argentino pecho, cuando al penetrar en la soberbia amazona del Plata, viéndose seguro, en completa posesión de su anhelada independencia, con enronquecido acento, pero no con el honor que como á militar le competía, exclamó: «Muera el Papa Rey!»

Mas no creais, ni sospecheis siquiera que estós indignos ultrajes á su caridad para con los hombres hayan disminuido sus grandes liberalidades ni turbado la tranquila apacibilidad de su espíritu. Nada de eso, señores; su amor á la humanidad se nutria y alimentaba con la enormidad de tamañas ingratitudes. Contad las desventuras é infortunios de todos los pueblos, y entónces habreis mensurado los quilates de su acendrada caridad. Preguntad á sus hijos si hubo jamás dolor que no le contristase, calamidad que no compadeciese y ruego que no escuchase. Y, sin embargo, la injusticia de los hombres alcanzó su mayor apogeo cuando precisamente no había clima ni región á donde no llegasen los rayos de su cariño incalculable; el Padre de doscientos millones de

católicos se vió inícuamente despojado de una gran parte de sus temporales dominios y las naciones todas del orbe callaron y enmudecieron ante tan pérfida usurpacion.

Los gabinetes del Viejo Mundo, lo mismo que los congresos americanos, aprobaron con su injustificable silencio el culpable atentado del seducido rey del Piamonte. Este infeliz monarca, herido de la mano de Dios y próximo á descender al sepulcro, implora con profundo abatimiento el tierno perdon de su ultrajado Padre, y el benigno Pio IX se lo concede al instante sin vacilar. Y ¡quién lo imaginaria siquiera! ese mismo soberano que acabais de ver prosternado ante el amoroso Pontífice es el mismo que más tarde arranca con mano sacrílega de sus venerandas sienes la diadema secular de su regio patrimonio, y que pretende con fingidas promesas y falaces garantías arrancarle el codiciado cetro de la soberanía temporal de Roma.

Pero si la caridad del Mártir del Vaticano es grande, su inflexible energía es inmensa, y al verse despojado por completo de su soberanía temporal, suspende sobre la frente coronada del impío usurpador el terrible anatema de la cólera celeste, alzando sobre la gigante cúpula de San Pedro el estandarte aterrador del sublime *non possumus*, que desorienta á sus encarnizados enemigos. Mas, á pesar de tan negra ingratitude, el compasivo corazón de Pio se conmueve aún en la triste suerte de este infortunado rey, y breves momentos ántes que aquel Supremo y Omnipotente Vengador, que tanto habia provocado, le estrellase contra los frios mármoles de un sarcófago, le concedió generoso el único perdon capaz de abrirle las aceradas puertas de la inmortalidad.

Talvez, señores, habreis tachado lo atrevido de la verdad de mi aserto, juzgándola una bella paradoja ó una exajerada concepcion de mi mente excitada por las afecciones del corazón: pero para defenderme no os pido ya que presteis vuestro firme ascenso á mis inautorizadas aserciones, sino que á lo ménos no dudeis de la sincera imparcialidad de los enemigos mismos del catolicismo. Asentid, pues, con justicia á su fidedigno testimonio y confesad que son fruto espontáneo de la verdad las nobles frases que á la muerte de este amado Pontífice consagra el popular «The Standard» de Inglaterra. Una gran figura, dice, ha desaparecido de entre nosotros; el mundo no habia visto otra ni más popular ni más célebre que la del prisionero del Vaticano.»

.....
 « No, no serán falsas lágrimas las que en abundantes raudales rieguen las mejillas de miles y miles de personas que jamas han visto á Pio IX, pero que consideran en el Mártir al Santo, al perseguido por el espíritu revolucionario.»

Oid tambien el merecido elogio que tributa al ínclito Pontífice el enviado extraordinario y plenipotenciario inglés en Gaeta al describir en admirables rasgos la tremenda lucha sostenida entre el pontificado y la revolucion:

«Vióse entónces, exclama, un espectáculo extraordinario. Pio IX, despojado de los dos tercios de sus Estados, se declara protector de los pueblos oprimidos; convoca por dos ocasiones á los Obispos del orbe al pié de su trono, y cuando todo ha concluido, cuando nada le queda ya, suspende el Concilio; pero el vencedor de los vencedores es asimismo Pio IX. Preguntádselo al príncipe de Bismark y al cardenal de «Hohenlohe.»

Pero así como su intenso amor á los hombres se manifiesta hasta en el último instante de su preciosa existencia, era tambien necesario que la fiera ingratitud de algunos desventurados le acompañase con su crueldad hasta el borde del sepulcro; indispensable era que al levantar por última vez sus sagradas manos para bendecir á su pueblo, sintiese sobre sus desfallecidos miembros el grave peso de las duras cadenas de su cautiverio.

¡Mundo infeliz! ¡pobre humanidad! ¡desventurada Roma! has perdido á tu tierno padre y amigo cariñoso! ¿Quién te consolará en tu amargura? ¿Quién enjugará tu llanto acogiéndote en tu horfandad? Jamas volverás á ver ya aquel hermoso semblante que alegraba tus calles y regocijaba tu pueblo. No oirás tampoco aquella dulce voz que, penetrando en lo íntimo del corazón, difundió en el pecho de tus hijos un ardiente entusiasmo y júbilo arrebatador. ¿Dónde encontrará protección el desvalido, pan el necesitado, seguro refugio el perseguido y amoroso consuelo el atribulado? ¿Dónde hallarás otro Pastor semejante que, olvidando tus crímenes y rebeldías, llore tus infortunios y cicatrice tus llagas? ¿Quién velará por tu pueblo para que no perezca en las pavorosas tinieblas del error, y quién suspenderá con sus ruegos el tremendo furor de la Divinidad contra tí justamente irritada?

Tú solo ¡generoso mártir del amor! Sí, tú rogarás por tu pueblo contristado porque tus lágrimas y oraciones son aceptas al corazón de tu Dios, y obtendrás compasivo ahora en el cielo el celeste perdón para tus perseguidores. Recibe benigno, ¡excelso Pio! el himno entusiasta de amor y gratitud que se levanta de todos los términos de la tierra, proclamándote ante las soberbias potestades del orbe el más grande y generoso de los hombres. Acepta, augusto Pontífice, el dolorido llanto que la humanidad derrama sobre los helados mármoles de tu sepulcro. Y tú, siglo inmortal, que pronto irás á confundirte entre los siglos que pasaron, inclínate agradecido ante su gigantesco espíritu y burila en la primera página de tus grandezas y en el último volumen de tus glorias el sublime nombre del magnánimo Pio!!

EUSEBIO DE LEON.

Elogio de Santa Teresa, Patrona de la Academia (1)

No hay sociedad en el mundo, Sres. AA., que pueda contar en sus filas inteligencias tan sublimes, genios tan portentosos, nombres tan ilustres, como los que nos presenta la religion cristiana; esa sociedad digna, que habiendo surcado desde su infancia un tempestuoso mar de sangre en una noche de tres centurias, ahuyentó las tinieblas de la tierra, y con la antorcha de la civilizacion en la mano, fué despertando á los pueblos que yacian en un profundo letargo.

Cual feliz resultado de cambio tan benéfico, surgieron de su seno profundos sabios, que, uniendo la santidad más perfecta con la más elevada ciencia, han llenado el mundo con sus nombres.

Apénas el lábaro victorioso ondeaba en las orillas del Tíber, y enclavado en la cumbre del Capitolio señalaba á las naciones la tumba de una sociedad que con sus crímenes de veinte siglos se sepultaba para jamas levantarse, cuando aparecieron sobre la tierra aquellos varones que la posteridad ha calificado con el honroso título de Padres de la Iglesia. Desde entónces hasta nuestros dias, el mundo se gloria de poseer genios ilustres que han brillado en la literatura, en la historia, en las ciencias exactas y naturales, y que elevándose sobre el resto de los hombres, han interrogado á la inmensidad de los cielos, han escudriñado las entrañas de la tierra, han sondeado los misterios de la física, han penetrado en la noche de los tiempos, han evocado los antiguos pueblos con sus legisladores, sus sabios, sus sacerdotes; y ora recogiendo la verdad sin mancilla, ora señalando la negrura del error, se han aprovechado de todo para extender la religion del Crucificado. ¡Oh! ¿quién no mira en ese cúmulo de ingenios un nuevo mundo planetario donde globos luminosos ruedan por la inmensidad del espacio, pero atraidos por una fuerza misteriosa al centro del sistema?

Á esos varones ilustres la Iglesia tiene consagrado un templo, donde su nombre está grabado con caractéres indelebles; pero templo que, cuando la tierra rueda por el espacio cual áscua encendida, y los astros luminosos se reduzcan á pavesas, permanecerá en la eternidad de los tiempos miéntras Dios sea Dios. Penetremos hoy en ese templo, y en él encontraremos el genio á cuyas brillantes dotes literarias venimos hoy á quemar incienso; despues que como cristianos hemos venerado su santidad en los altares. Penetremos en él, y allí encontraremos á esa mujer extraordinaria, cuyo nombre voló en alas de la fama desde el Guadalquivir hasta el Rhin, y desde el Rio Támesis hasta donde muere el caudaloso Danubio: cuyo corazon sacrificado en aras del amor más puro encendió cuanto rodeaba; y cuya alma engalanóse siempre con el cándido vestido de la pureza de los ángeles. Penetremos en él, y allí en-

(1) Declamado el dia 18 de octubre del año 1879.

contraremos á Santa Teresa de Jesus, nuestra augusta patrona: ahí veremos sus inmortales escritos. Abrámoslos y admiremos un momento las bellezas de sus conceptos y la fuerza y elegancia de su estilo.

El siglo de oro de la nacion española, aquel siglo en que el valor de sus campeones encumbró el renombre hispano hasta donde no alcanzan jamas las fábulas de los héroes, hijos de los dioses; aquel siglo en que el reino de Carlos V y Felipe II resplandeció aún más por la pujanza y poderío que por el brillo de las letras, fué la cuna de Santa Teresa de Jesus; la ciudad de Ávila se honró con su nacimiento; el año 1515 lleva escrito en sus crónicas el nombre de esta vírgen insigne. Adornada Teresa de un natural generoso y humilde; amable sin ser importuna; apacible, agradecida y agradable á cuantos la trataban; llena de una discrecion admirable, no tardó en atraer y cautivar con tan brillantes prendas al santo y al profano, al ilustrado como al idiota, al niño y al anciano. Dotada de un espíritu vivo, penetrante y aplicado; de una imaginacion fecunda y lozana, se inclinaba siempre á empresas gigantescas y al parecer imposibles. Estas grandes cualidades, y una aplicacion acendrada á las letras, que desde su infancia mostró, escribiendo un libro de caballería, asombro de cuantos le leyeron, fueron los fundamentos de sus obras admirables. Pero esas dotes debian pasar por el crisol de una escuela para que sus destellos fuesen más vivos.

Dos son las escuelas donde la inteligencia del hombre alcanza la ciencia y llega á conocer la verdad eterna. Las aulas de los profanos y la escuela de Jesus, cuyo estudio es la oracion. Esta última frecuentó Teresa, y en ella aprendió la elevada doctrina que nos ha dejado consignada en sus obras.

Contemplando extática la misericordia y bondad de Dios, desenvolviendo en sus éxtasis los pliegues del corazon de su esposo celestial y penetrando en el alcázar del mismo Dios, aseméjase nuestra heroína á la figura del misterioso carro del profeta Ezequiel, cuya máquina volante hacia mover un espíritu, y sus ígneas ruedas se paraban cuando el espíritu se paraba, elevándose á los confines del espacio, y volviendo á bajar á los abismos insondables: así la vírgen de Ávila, remontándose en alas del espíritu á las celestes moradas, abrió el libro de la eternidad; leyó en él y descendió despues á la tierra cargada con inestimables tesoros. ¿Qué extraño es que con admirable pluma nos hiciera aquellas descripciones tan vivas de la region de bien andanza indecible? Habiendo gustado las dulzuras de los cielos, comprendiendo la grandeza de Dios, y habiendo contemplado la belleza de su rostro, ¿qué extraño que al hablarnos de las almas del purgatorio haga derramar una lágrima por esos seres que gimen separados de una patria tan apetecida? ¿Qué extraño que con hiel tan amarga pudiera pintarnos la melancolía del infierno, que encontrara carbones tan encendidos para patentizarnos los tormentos eternos, y compararnos al pecador allí lanzado, como un hombre que vaga por la redondez de la tierra, apagadas las antorchas

del firmamento, sumido en la más espantosa oscuridad? Arrebatada en espíritu refiere haberse hallado en un lóbrego y estrecho callejon: á su marcha temblaba el piso, como se estremecen las capas terrestres sacudidas por el volcan: cruzaban á su vista monstruos horrorosos, y sentíase un hedor insoportable; hallándose al fin con una concavidad, morada sempiterna del alma condenada, ¡con qué viveza pinta la agonía, agobiamiento y desesperacion del alma! Y no hallando palabras con qué patentizar sus ideas, dice: « porque decir que es un estarse arrancando el alma es poco, porque ahí parece que otro acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despedaza ».

Pero si Teresa es admirable al presentarnos estos cuadros cuando nos habla del amor de Dios y su misericordia, ¡cuánta dulzura no respira en sus palabras! ¡qué fuego tan ardoroso en sus conceptos! ¿Quién al abrir alguna vez las obras de San Francisco de Sales no ha sentido en su corazon los más tiernos y suaves sentimientos? ¿Quién ha recorrido los capítulos de San Juan de la Cruz sin deleitarse con el delicado néctar que en sí encierran? ¿Quién no ha saboreado alguna vez las dulces palabras del elegante á la par que dulce fray Luis de Leon?

Teresa en su Camino de Perfeccion iguala al primero pintándonos los dulces atractivos que tiene la amistad con Dios: no es ménos dulce que el segundo en su libro de las Moradas, al mostrar los grados por donde se llega á la cumbre de la perfeccion; y rivaliza con el tercero en las delicadezas de sus glosas tan suaves como tiernas. Resalta tanto más este carácter en sus obras cuanto que su vida está llena de espinas que siempre la atormentaron. Cuales fueron estas espinas decirlo pueden los cuarenta años de terribles enfermedades que continuamente la agobiaron.

Leyendo su biografía, hallamos á cada paso persecuciones, calumnias, insultos y desprecios que soportó, llegando á ser encerrada en una cárcel, desde donde escribia á sus monjas con una dulzura que encanta. « No tengo pena, dice, que como otro Pablo, aunque no en santidad, puedo decir que las cárceles, las persecuciones y los tormentos por mi Cristo y por mi religion, son regalos y mercedes para mí ».

No es mi pluma Sres. AA. bastante hábil para encarecer su angustia cuando perdido su espíritu en un árido desierto vagó en él por espacio de veinte años, sin encontrar un oasis donde apagar su sed ardiente. Cuando aquel florido vergel por donde se deslizaron sus años infantiles se convirtió en yermo solitario, ¡qué amargura sentiria en su alma! ¡Qué congoja en su corazon!

Busca á Jesus y no le halla: lánzase á Él y cadenas imperceptibles la detienen: descúbrela al traves de fugaz relámpago, y se le pierde tras negros nubarrones. ¿Cuál sería la angustia de esta vírgen al ver que su Dios se le ocultaba? Al ver que amaba al sumo bien y no sabia si le agradaba?

Y no obstante, en medio de tantos y tan acerbos dolores y de tau-

tristes melancolías, Teresa se nos presenta como la diestra abeja que convierte en dulce miel el amargo tomillo que ha chupado, y así clama á su Dios: « ¡Oh, Señor mio, quién nunca se hubiera detenido en amar á nadie sino á Vos! Parece, Señor, que probais con rigor á quien os ama para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de nuestro amor. ¡Oh, Dios mio, quién tuviera entendimiento, letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma! ».

Estos delicados y suaves coloquios tenian su origen en aquellas llamas que siempre ardian en su pecho sin jamas extinguirse, y esas llamas debian encontrarse tambien en sus obras.

Desde el primer capítulo de sus libros hasta el último, en todo se ve arder ese fuego divino, cada una de sus palabras son otras tantas chispas que, despedidas del incendio de su corazon, vienen á prender el fuego en quien las lee. ¡Cuántos han abierto los escritos de Santa Teresa llevados por la curiosidad de leer algunas líneas de tan pasmosa escritora, y comenzando su lectura con el corazon más frio que la nieve, más duro que el diamante, al dejarlos, se han encontrado con el rostro encendido, con el corazon cual una blanda cera, sin poder contener en el pecho sus palpitaciones! ¡Cuántos hombres, sumidos en el vicio, al cerrar esos libros han sentido deslizarse por sus mejillas lágrimas de arrepentimiento! Este puro amor de Santa Teresa brilla en todos sus escritos: pero donde sobresale de un modo especial este fuego, es en sus poesías, dictadas todas por el amor celestial: Allí, deseando ver á su amado, le dice: « *Vea quien quisiere rosas y jazmines, Que si yo te viere, Veré mil jardines, Flor de serafines. Jesus Nazareno, Véante mis ojos, Muérame yo luego!* » Y en otra glosa, hablando con su esposo: *Si el amor que me teneis, Dios mio, es como el que os tengo; Decídmeme ¿en qué me detengo? O vos ¿en qué os deteneis?*

Todo lo que se ha dicho sobre este carácter de las obras de nuestra patrona se halla comprendido por el informe presentado por la Rota Romana en la canonizacion de esta vírgen: Aparecen allí las firmas de ochenta y cinco personajes de los más ilustres de aquella época: se hallan entre ellos cinco insignes obispos, siete catedráticos de Teología de Salamanca, siendo los demas canónigos magistrales y lectorales, profundos sabios de las órdenes de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, San Ignacio de Loyola, Carmelitas, Benedictinos, Bernardinos, Jerónimos, Cartujos y Trinitarios. Hé aquí algunas de las palabras de dicha informacion: « Toda su doctrina está rebosando en el fuego de la caridad con que se inflaman los corazones de los que leen estos libros, por lo cual las almas de los fieles se apartan de los vicios y excitan á las virtudes. » El Papa Gregorio XV, en el elogio que hizo de los ilustres santos que con esta vírgen fueron canonizados al hablarnos de su doctrina, dice: *Teresia. . . cui æterna Sapientia loqui videbatur sanetiora divinitatis arcana patefaciens.* En la bula de su canonizacion, leemos: *Adim-*

plevit enim eam spiritu sapientiæ ut non solum bonorum operum in Ecclesia Dei exempla relinqueret; sed et illam caelestis sapientiæ imbribus irrigaret, editis de mystica theologia aliisque etiam multa pietate refertis libellis, ex quibus fidelium mentes uberrimos fructus percipiunt et ad supernæ patriæ desiderium maxime excitantur. Pero el elogio más grande que puede hacerse de su doctrina, es el que la Iglesia le tributa en el oficio que los Sacerdotes rezan suplicando al Señor: *Cælestis ejus doctrinæ pábulo nutriamur.*

¿Qué puede añadir mi débil pluma á los elogios que la Iglesia le tributa universalmente? ¿Qué puedo añadir que al lado de estas palabras no sea pálido y descolorido?

Para hablar del estilo de esta inspirada escritora, nos es necesario dar primero una ojeada á la corriente que dominaba entónces las leyendas religiosas, y ver los medios que tuvo de educacion. Dos son los elementos que formaban el carácter español en el siglo á que nos referimos: la religion y la hidalguía. Adquiridos estos elementos en la gloriosa lucha de ocho centurias que contra los hijos del falso profeta sostuviera la Iberia, marchando ambos juntamente, llegaron á su zenit en el siglo de Teresa. Siendo éstas las dos fibras más delicadas del corazón de los españoles tendian naturalmente á unirse entre sí para marchar á una estos dos afectos que le dominaban; mas, de esta union salió un fenómeno extraordinario, deforme, y sumamente pernicioso para la religion. Convirtiósese entónces á los santos en unos devotos andantes: se les suponian apariciones extraordinarias, y se les atribuian milagros á millones. Embebida Teresa en sus primeros años en la lectura de tales obras, poseyendo ademas una imaginacion fecunda y lozana, tomó tambien la pluma para escribir un libro que fué el asombro de cuantos le leyeron. Fácil es de concebir dónde se hubieran extraviado las brillantes dotes de esta escritora si en la educacion que sus padres le proporcionaron no hubiera encontrado una tabla de salvacion. Dirigida por las hijas de Santa María de Ávila y rodeada por las jóvenes de la más elevada alcurnia; el trato que en los años sucesivos tuvo con la nobleza de la Península, y la lectura de los libros ascéticos castellanos, á que se consagró, fueron la brújula con que salvó las turbias ondas de la corriente que la arrastraba.

Sin embargo, las obras ascéticas españolas se hallaban escritas por sabios profundos empapados en la lengua de Virgilio y Ciceron, cuyo elegante hipébaton imitaban: acostumbrados sus autores á las abstracciones metafísicas de las aulas, no se hallaban sus escritos al alcance de todas las personas; era necesario, pues, que viniera Teresa con su estilo sencillo, sin artificio, tal cual lo habia oido en el pueblo, y popularizase de este modo el estudio de la Teología mística, que aún no habia salido de los claustros y monasterios. Y hé aquí por qué el lenguaje y estilo de esta virgen es el más puro que puede hallarse. Lope de Vega, Calderon, Quevedo y demas escritores eran personas que estaban en la corte y que

habian viajado por Europa con los ejércitos de Cárlos V y Felipe II poseyendo el idioma culto y elevado de los salones de los palacios; pero el de Teresa era el tipo puro y castizo del castellano neto, que hablaban en el corazon de España las *personas decentes*. Con este estilo sencillo nos hace conocer lo más hondo de nuestro espíritu; y al pasar por aquellas regiones donde nuestra vista se pierde, deja una luz que todo lo aclara é ilumina.

Voy á ceder ahora la palabra á un libre-pensador, académico español, quien, al hablar de nuestra Santa, pronunció no ha mucho en la Real Academia estas palabras: «Entiendo yo, señores, por la lectura de las obras de la Santa, y singularmente de Las Moradas, que el hechizo de su estilo es pasmoso; y que sus obras, miradas como dechado y modelo de la lengua castellana, de naturalidad y gracia en el decir, debieran andar en manos de todos y ser más leídas de lo que son en nuestros tiempos.» Tal elogio, arrancado de un hombre en quien las ideas son totalmente contrarias á las de esta Virgen, es la prueba más convincente de su elevado mérito, que justifica la admiracion con que siempre la han mirado los más elevados ingenios.

¡Oh, mujer extraordinaria, cuán grande es tu gloria! ¡cuán merecidos los elogios á tu ingenio!

Perdona, Virgen del Señor, que mi pobre lengua se haya atrevido á pronunciar tu nombre venerando. Perdona si al bosquejar tus grandezas literarias, mi débil pluma haya desdorado la corona que circunda tu frente.

¡Gloriémonos, Sres. AA., de que nuestra humilde corporacion se encuentre cobijada bajo el manto de tan sublime escritora como virtuosa Santa! Bajo su proteccion nos hallamos colocados, y ella no se olvidará de nosotros; y ya que aun arde en nuestros pechos la antorcha de la fe, volvamos nuestros ojos hácia aquella mansion donde ella reina, y pidámosle que, á imitacion suya, sepamos ofrecer siempre al Omnipotente los frutos de nuestra inteligencia y los latidos de nuestro corazon.

GREGORIO ROMERO.

DISCURSOS FILOSÓFICO - RELIGIOSOS

Sobre el verdadero tipo de la mujer (1)

Designado por vosotros, Señores Académicos, para dirigir la palabra desde este condecorado lugar al público respetable que nos circunda, no he podido ménos de fluctuar sobre la eleccion del tema de mi discurso, ansiando ante todo que él fuese por sí mismo tan importante y de tan alta trascendencia social, que bastase por su sola exposicion para cautivar vuestra atencion y benevolencia. Creo haber conseguido mi objeto al proponerme deslindar el verdadero tipo de la mujer cristiana; y así, sin más preámbulo, voy á dar principio á mis breves reflexiones.

¿Qué fué la mujer ántes del cristianismo? ¿Hé aquí la primera reflexion. ¿Qué ha sido despues que Jesucristo ilustró al mundo con los rayos de su doctrina? Hé aquí la segunda.

Segun la bella expresion de Cortés, «cuando la mujer cometió la primera de sus flaquezas, Dios permitió que el hombre cometiera el primero de sus pecados para que vivieran juntos: juntos salieron de aquellas moradas espléndidas, con el pié lleno de temblor, el corazon de tristeza y con los ojos oscurecidos con lágrimas. Juntos han ido atravesando las edades, su mano puesta en su mano, ahora resistiendo grandes torbellinos y tempestades procelosas, ahora dejándose llevar mansa y reguladamente por pacíficos temporales, surcando el mar de la vida con grande bonanza y con sosegada fortuna.»

Mas, bien pronto los hombres, á medida que se iban apartando de su origen y se iba borrando de su mente la luz infundida por el rostro del Señor, iban tambien olvidando la memoria del verdadero fin para que habia sido creada la mujer: olvidaron su dignidad, y no se acordaron que fué formada del costado del hombre. Quien la viera, por cierto, no reconoceria en ella á la madre del linaje humano. ¡Pobre mujer! No parecia sino una humilne víctima entregada en manos del verdugo y con-

(1) Declamada el 17 de agosto del año 1871.

denada á regar cada dia con sus lágrimas un nuevo escalon del cadalso. Horror causa, ciertamente, el leer esa página abominable, padron de ignominia para la humanidad, esa página, digo, en que se cuentan los padecimientos, los crímenes y las infamias de que era víctima la infeliz mujer. Entre los babilonios, los fenicios, los tracios, los mogoles, los espartanos, los armenios, los egipcios y en casi todos los pueblos asiáticos, como dice el P. Ráulica, el matrimonio no era otra cosa para la mujer que un largo y cruel martirio que sólo terminaba con la inmolacion de la víctima. "

Acaso creereis que en la patria de los dioses y de los héroes, en la tierra clásica de las artes y de las ciencias, hablo de la Grecia, la condicion de la mujer era ménos infeliz que en los demas países.

¡Ojalá que asi hubiera sido! Pero no: es una ilusion. En la Grecia, lo mismo que en las demas naciones idólatras, la mujer no era más que una *cosa*, ó mas bien, como dice el P. Ventura, era la más triste, la más funesta, la más despreciable de todas las cosas. ¿Al ménos en Roma, la dominadora del mundo, la señora de las gentes, la ciudad por excelencia, al ménos en Roma será la compañera del hombre y la madre de sus hijos?

¡Ay! en Roma, Señores, desde la cuna al sepulcro la vida de la mujer vino á ser, andando el tiempo, una serie no interrumpida de humillaciones, de amargos sufrimientos, de crueles dolores: porque á tan tristes y deplorables consecuencias conducen necesariamente los principios del paganismo; y Roma era pagana.

Oid lo que ha dicho el abate Gaume de la mujer pagana: «esta que tan desgraciada era por los hijos que le quitaban, no lo era ménos por los que se dignaban dejarle. Casi siempre se veia privada del respeto filial, del afecto tierno, de las caricias, de los halagos, de la confianza íntima de sus hijos y de todo aquello que puede formar la ventura de una madre. En primer lugar, los hijos no le pertenecian, sino que eran propiedad de su marido, y ellos lo sabian; ellos sabian tambien que su madre era una esclava y que al dia siguiente podia ser lanzada del hogar doméstico.» Ahora bien, ¿qué amor, qué respeto, qué confianza podia esperar de unos hijos que al dia siguiente quizá la desconocerian y ocultarian su rostro de vergüenza al recordar que aquella era su madre? Porque á la verdad, viéndose ella mañana sin esposo y sin fortuna, vagará por las calles sola, á pié y con la frente inclinada, en tanto que sus hijos pasarán junto á ella sobre sus doradas carrozas. ¿Pero á qué ir tan léjos? ¿Cuántas veces no se habrá desprendido de los ojos del viajero una lágrima de compasion al ver cruzar á pié los inmensos arenales del Egipto, á una infeliz mujer anhelante y fatigada por la carrera y por el grave peso de una carga que la agovia? ¿Cuántas veces no habrá tambien palpitado su pecho de ira al contemplar que aquella desgraciada es la esposa de un fiero árabe que marcha junto á ella montado en un brioso corcel? ¿Y á qué punto no habrá subido su indignacion al recordar que aquel

es su marido, y que es tambien quien le ha impuesto ese peso para aliviar á su caballo? Y no creais que esta sea una fábula inventada para que sirva como un paño de luto al lado del cual irradie con mayor brillo la claridad que difundió el cristianismo: no; es un hecho real. Mas, á qué mortificar por más tiempo vuestra delicadeza con tan tristes y melancólicas ideas? ¿á qué decir que en todos los pueblos donde no tremolaba el estandarte de la Cruz, no se encontraba ese cariño mutuo, ni esos nobles sentimientos de respeto, de confianza y de amor que forman la felicidad de dos esposos? Por consiguiente, creo ya oportuno el detenernos aquí breves momentos para fijar nuestra atencion sobre la inmensa distancia que va á separar á la mujer cristiana de la gentílica.

En efecto; aparece el cristianismo, y á la manera que cuando el sol sube sobre las altas montañas, las tinieblas del valle huyen fugitivas á refugiarse en lo más hondo de las cavernas, ó en lo más profundo del abismo; y todos vuelven sus ojos hácia él para descubrir el inmenso foco de luz de donde dimanan esos rayos investidos de tal poder: así, cuando el Sol de Justicia fué elevado sobre la cumbre del Gólgota, huyeron desfavoridas las tinieblas del error, y todos los hombres volvieron sus miradas hácia la Cruz, donde con asombro contemplaron enclavado á su pié el proceso de la primera culpa de la mujer, y completamente lavado con la sangre del cordero. Entónces, la mujer se levantó del miserable estado de degradacion en que se hallaba, se terminó su martirio; recobró sus derechos; se hizo la compañera y la igual del hombre; la señora de la familia ante quien todos se inclinan y obedecen; entónces del vil estado de *cosa* á que habia sido injustamente degradada, pasó á la noble categoría de persona, que por mil títulos se le debía; entónces atrajo los miramientos y respetos debidos al alto rango que ocupa en la sociedad. Hoy manda, sólo segunda á su marido; hoy, es libre; hoy finalmente, gracias al cristianismo, es lo que debió ser desde el principio, segun la voluntad de su Criador. Sí, porque la mujer cristiana, es la mujer fuerte de la Biblia, en quien resplandece aquella virtud de ánimo y fortaleza de corazon que hace su precio más subido que el de las piedras preciosas. Y á la verdad, ¿qué tesoro hay comparable á una madre como Santa Sinforosa, Santa Felicitas, Santa Mónica y otras mil y mil madres que cuenta entre sus hijas el cristianismo? Mas, y allende los mares es el precio suyo, como bellamente traduce Fr. Luis de Leon en los Proverbios. La mujer cristiana es aquella mujer fuerte que procura ser á su marido causa perpetua de alegría ó de consuelo, ya en lo próspero, ya en lo adverso; siendo en la edad florida y en la vejez cansada y en todo el curso de la vida, dulce amor, paz y descanso. ¿Cuántas heroínas cristianas no debieron la palma del martirio á sus propios esposos por quienes oraban desde las aras del patíbulo, pagándoles con bien y no con mal todos los dias de su vida? La mujer cristiana es para su esposo en las dudas consejero fiel, en los trabajos sosten, en las faltas socorro, medicina en sus enfermedades, aumento de su hacienda, solícita custodia de su

casa, tierna maestra de sus hijos. ¡Oh! qué ternura y qué amor el de una madre cristiana. De ella es, sin duda, de quien dijo con gran finura un poeta alemán:

¡Gran Dios! ¿la buena madre
Decis que ya espiró?
Ponedle sobre el pecho
Al fruto de su amor,
Y si no late rápido
El yerto corazón,
Llorad sin esperanza
Su vida se apagó.

Porque el último latido del corazón de una madre es para su hijo. Engaño es el buen donaire, y burlerías la hermosura; la mujer que teme á Dios, esa es digna de loor; á saber: la mujer cristiana, como traduce con inimitable gracia Fr. Luis de León en el libro ya citado. La mujer cristiana se distingue por su amabilidad y discrecion; porque es amable con su esposo, amable con sus hijos, amable con los pobres, discreta en sus palabras, modesta en sus acciones. Y no podia ser de otra manera, toda vez que de las doctrinas mismas de esa religion sacrosanta fluyen todas estas cosas, como las consecuencias se desprenden de sus eternos principios. El cristianismo enseña que la mujer es una misma cosa con su marido; y de aquí ese amor sublime, ese cariño tierno que se observa en la mujer cristiana. El cristianismo enseña que sólo á Dios y á su marido debe una esposa todo su corazón; y de aquí el que le sea causa perpetua de alegría, paz y descanso. El cristianismo enseña que el lazo que une á dos esposos es divino, y que dura mientras dura la existencia; y de aquí ese respeto, esa virtud, esa amable circunspeccion tan dignas de admirarse en los enlaces cristianos. Por fin, el cristianismo enseña, que aquella misma mano poderosa que en el principio formó al hombre y á la mujer, elevó su unión á la dignidad de sacramento; y de aquí el no haber por qué extrañarse que sólo la mujer cristiana sea el verdadero tipo de la mujer. Pero para reformarla, no se contentó esa religion divina con presentarle en abstracto, por decirlo así, las virtudes que debian adornar su alma, nó, sino que le dió un modelo vivo y perfecto de quien pudiese copiar. ¿Y en quien? en María. Son tan bellas las palabras de Cortés á este punto, que creo que os será muy grato escucharlas una vez más; dice, pues, así: «El verdadero tipo, el ejemplar verdadero de la mujer no es Rebeca, ni Débora, ni la esposa del Cantar de los Cantares, llena de fragancias como una taza de perfumes. Es necesario ir más allá y subir más alto; es necesario llegar á la plenitud de los tiempos, al cumplimiento de la primitiva promesa, para sorprender á Dios formando el tipo perfecto de la mujer; es necesario subir hasta el trono resplandeciente de María. María es una criatura aparte, más bella por sí sola que toda la Creacion; el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras; la

tierra no es digna de servirla de peana, ni de alfombra los paños de brocado; su blancura excede á la nieve que se cuaja en las montañas; su rósicler al rosicler de los cielos; su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima, porque es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios; pero la mujer se adelanta, le deslustra y le vence, porque María tiene nombres más dulces y atributos más altos. El Padre la llama hija, y la envia embajadores; el Espíritu Santo la llama esposa y la hace sombra con sus alas; el Hijo la llama madre y hace su morada de su sacratísimo vientre; los serafines componen su corte; los cielos la llaman reina; los hombres la llaman señora; nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.» Tal es, señores, el ejemplar que presentó á la mujer el cristianismo, tal es la mujer cristiana por excelencia, de quien copiaron todas las demas; pues, como dice el abate Gaume: «al verse la mujer en tanta altura y que podia aspirar á una perfeccion tan sublime, habiendo estado ántes tan humillada, volvió á conocer su dignidad y comprendió su vocacion. Desde entónces todos sus cuidados fueron asemejarse á su tipo celestial; desde entónces conoció que María era su protectora y se refugió con confianza bajo su manto; rodeó sus altares y la amó como el niño ama á su madre.»

Y veo, señores, como al pasó que esto sirve para probar que la mujer cristiana es el verdadero tipo de la mujer, sirve tambien para demostrar cuan cierto es que ni como la historia de las falsas religiones es la historia de la degradacion de la mujer; así la historia del cristianismo es á su vez la historia de su grandeza y de su gloria.

He terminado, Sres. AA., el cuadro que me habia propuesto pintar ante vuestros ojos, y cuan léjos he estado de hacerlo con los subidos colores y delicados perfiles que exigia, bien lo conozco; sin embargo, abrigo la esperanza de que en vuestra bondad hallaré indulgencia y en vuestra ilustracion un sabio maestro que supla lo que á mí me ha faltado.

GENARO SILVA.

Influjo del monasterio en la sociedad (1)

Señores Académicos :

La impiedad de nuestro siglo, que conoce perfectamente su destino, el fin perverso que se ha propuesto en nuestros desgraciados tiempos, enarbola el estandarte revolucionario en que ha escrito con la sangre de víctimas sin cuento : Guerra á Dios y á su Iglesia, guerra al claustro. Los

(1) Declamado el dia 20 de octubre del año 1872.

impíos peroran á las turbas, que con el puñal en la mano y la rabia en el corazon asaltan las mansiones retiradas de las vírgenes del Señor, incendian sus pobres hogares, asilo de la inocencia y de la piedad, y al rojo resplandor de las llamas, entre nubes de polvo y ceniza, que roban el dia, entre el estruendo de los techos derruidos, entre los gemidos de las víctimas inocentes, alzan su voz ante la presencia del mundo ilustrado, con vergüenza y oprobio de gobiernos que se llaman liberales, alzan su voz y claman satisfechos de su obra, entronizados en ruinas y despojos: ¡ Viva la libertad. Abajo el fanatismo!

Este siglo, que se precia de civilizado, contempla con frio egoísmo y hasta con infernal gozo esos actos indignos hasta del nómada habitante de las selvas; este siglo, que rinde á la mujer una especie de culto que llega á ser repugnante y vergonzoso, se ensaña contra ese débil ser en el monasterio y la ataca con tal ira, que se olvida hasta de los más vulgares miramientos! Esta conducta de la impiedad bastaba á hacernos sospechar, qué digo sospechar, á asegurarnos, que la vida de la mujer en el claustro era una institucion altamente piadosa, conforme al espíritu de la Iglesia, y por tanto provechosa para conservar en la sociedad el espíritu religioso. Pero vamos á hacerlo ver positivamente con claros é irrefutables argumentos.

Tal es el asunto que va á ocupar vuestra atencion y en cuyo desarrollo pretendo honrar á nuestra augusta y santa protectora, que no sólo se consagró á esta vida, sino que ademas contribuyó tan poderosamente al esplendor, brillo y aumento de estas santas instituciones, haciéndose jefe, guia y tierna madre de un sinnúmero de escogidas y santas vírgenes, gloria de la Iglesia, ejemplo de los buenos, confusion del mundo y defensa de la sociedad.

Sres. AA.: El cristianismo, y sólo el cristianismo, cuenta en sus filas hombres más grandes que Sócrates y Platon; héroes más denodados que Jenofonte y Leonidas; hombres á cuya presencia los personajes del paganismo son pigmeos. Sólo el cristianismo, cuyo autor fué igualmente grande, igualmente sublime en el Calvario y en el Tabor, ceñidas sus sienes de punzantes espinas, que circundada su divina cabeza de nubes; lo mismo enclavado en la cruz, que aclamado por su pueblo, sólo el cristianismo, cuyo fundamento es el sacrificio y la caridad, podia inspirar esos sentimientos nobles y piadosos que son el fundamento de las instituciones religiosas, es decir, los sentimientos de caridad, de heroísmo, de beneficencia, del vencimiento de sus pasiones, de la abnegacion más sublime. Ni la filosofía, ni el paganismo enjugaron jamás una lágrima, ha dicho en sus buenos años el infeliz Lammenais, añadiendo: « Séneca tuvo valor de llamar la compasion vicio de un alma débil ». No llorar con los que lloran, era uno de los preceptos de Marco Aurelio y la doctrina comun de los estóicos. El sabio, dice Virgilio, no se compadece de la indigencia ajena. Hé aquí en compendio las ideas y los sentimientos del paganismo personificado en sus filósofos y

literatos más célebres, cuyos sentimientos, particularmente en el reinado de Galerio, llevaron á la muerte á todos los pobres del imperio, que perecieron ahogados por el mandato del César.

No así el cristianismo. Por esto se halla en él el origen de esas instituciones santas, plántel de las virtudes más heróicas. Desde los primeros años de la Iglesia, se nota ya ese espíritu de caridad que impelia los hombres á asociarse para contribuir con sus respectivas luces y acciones virtuosas á su mutuo desarrollo intelectual y moral. Pronto vereis elezarse un templo cristiano, símbolo de paz, caridad y union, al lado del regio palacio del príncipe, emblema de poder físico, y no pocas veces de la tiranía y del despotismo.

Las sociedades cristianas crecen y se multiplican como la piedra de Nabucodonosor. Presto cubren las arenas ardientes del Egipto y pueblan las soledades de la Tebaida; y la filosofía pagana, admirada de tanta virtud y generosidad, abate su orgullosa cerviz; y sus sabios, que jamas supieron inspirar el sacrificio, y sí sólo fomentar ó aprobar la vida de placer, no trepidan en abandonar sus goces, su gloria y su porvenir, por habitar bajo la débil choza del cenobita, desconocidos del mundo, despreciados de las gentes y olvidados hasta de sus amistades más íntimas. ¡Oh, sublimidad sin ejemplo; oh, virtud sobrehumana, que nunca consiguió ni aún concebir el paganismo!

No podian ser infecundos tantos sacrificios; sus frutos fueron copiosos; el resultado maravilloso; no más el egoísmo dominó los corazones, ni el error los entendimientos; no más gimió el esclavo bajo la dura servidumbre de su dueño; la mujer fué rehabilitada bajo su triple condicion de hermana, esposa é hija; no más corrió el pueblo al anfiteatro, sediento de sangre á gozarse en la agonía del infeliz gladiador ó del mártir cristiano: en una palabra, el águila imperial fué sustituida por la cruz, y al soberbio Panteon reemplazó la majestuosa basílica.

La institucion del monasterio se eleva á los primeros tiempos de la Iglesia; aunque se puede decir con verdad, que su espíritu nació con el mismo cristianismo, puesto que cada casa de cristianos, por la piedad, el recogimiento, la paz y alegría santa que en ella reinaban, era un precioso remedo del monasterio.

El ejemplo que contribuyó tanto á la civilizacion y conversion del género humano, providencialmente continúa siempre contribuyendo más ó ménos, segun las circunstancias, pero siempre de una manera sobresaliente, porque la naturaleza humana es siempre la misma y el ejemplo obra poderosamente en el espíritu. En los siglos en que se entibió el fervor de los cristianos, el gran número que aún quedaba de almas fervorosas, tuvo necesidad de apartarse del bullicio del mundo y entregarse esclusivamente en la soledad y en el retiro á los trasportes de la santa contemplacion y al ejercicio de todas las virtudes, es decir, que en el monasterio es donde ha florecido siempre el más puro y delicado espíritu del cristianismo. Ahora bien, si lo que nadie pone en duda, este espí-

ritu verdaderamente divino ha influido tanto en la sociedad, ¿quién negará que su conservacion es como una santa levadura, que hace se conserve la gran masa de la sociedad con ese espíritu vivificante que la anima? Luégo, es innegable la influencia benéfica del monasterio en la sociedad.

Y aunque todas las instituciones religiosas contribuyen altamente á desarrollar este gérmen de vida en la sociedad; pero muy particularmente realizaron los nobles fines que constituyen la práctica de las virtudes más heróicas y los más piadosos ejemplos los monasterios de vírgenes consagrados al Señor; porque si es grande heroísmo, que el hombre consagre su vida entera á su santificacion y bien de sus hermanos, ¿cuánto más no lo es que la mujer, ser tan débil y delicado por su sexo, tan vano y frívolo por su condicion, tan variable y festivo por costumbre, se entregue á los prolongados silencios, al estrecho recogimiento, á las prolijas oraciones, á las austeridades de la penitencia y á las continuas privaciones de una vida diametralmente opuesta á la que se lleva y quizá ella misma llevó en el siglo? ¿Qué influjo, señores, no ha de ejercer sobre el corazon humano el recuerdo de que hoy viste tosco sayal y ciñe su delicado cuerpo de punzante cilicio la que ayer vestia riquísima seda y adornaba su cuello con las pedrerías de la India? Qué leccion más elocuente para enseñar el desprecio de lo terreno! ¡Y puede ménos de causar profunda y provechosa impresion el recuerdo de que una porcion selecta de almas inocentes, renunciando al más legítimo descanso, se entrega á prolongadas quanto fervorosas plegarias en aquellas mismas horas, que un mundo vano y corrompido consagra á los goces y vanidades tan contrarias al espíritu del cristianismo! ¡Oh! sí, no lo dudeis, Sres. AA., muy largo es el catálogo de los bienes inmensos que á la sociedad han reportado los institutos religiosos, moralizándola con el recuerdo de tan bellos ejemplos; y ni dudeis tampoco que mil y mil veces han reformado las familias y han inspirado las más provechosas prácticas á los que no les era dado seguirlos más de cerca. Por esto dice Bálmes: «Hay algo en nuestro corazon, que le induce á simpatizar con todo lo que tiene á la vista, sea bien, sea mal, y parece que un secreto estímulo agujijonea al hombre cuando ve que los demas en un sentido ú otro le aventajan. Por esta causa era altamente saludable el establecimiento de institutos religiosos, que con sus virtudes y la austeridad de su vida sirviesen de ejemplo á la generalidad de los fieles y fuesen una elocuente reprehension contra el extravío de las pasiones».

El espíritu de las sociedades religiosas, es el espíritu de la Iglesia: doquiera que exista ésta, allí se eleva el monasterio. Sólo la Iglesia católica nos ofrece instituciones tan benéficas, porque sólo su espíritu es capaz de alimentarlas, conservando su existencia. Así lo conocia Leibnitz al decir: «Siempre me ha parecido que ha hecho muy bien la Iglesia en aprobar las órdenes religiosas, que sólo existen en su seno.»

Los institutos religiosos dedicados á Dios en la oracion y el ayuno, conservan en su seno la flor suavísima que bastaria á perfumar la tierra y trasformarla en un Eden; ¡esa virtud que tanto nos asemeja á los espíritus celestiales! Hablando de esta virtud, ¿qué podria decir yo, que ni por la sublimidad del pensamiento, ni la belleza de la expresion se acerque á lo que en su preciosa obra del Protestantismo dice Bálmes? Oigámosle.

«Cuanto haya contribuido el Catolicismo con la Virginidad á realzar á la muger, no lo comprenderán, ciertamente, los entendimientos privados, mayormente si andan guiados por las inspiraciones de un corazon voluptuoso; pero no se ocultará á los que sean capaces de conocer que todo cuanto tiende á llevar al más alto punto de delicadeza el sentimiento del pudor, todo cuanto fortifica la moralidad, todo cuanto se encamina á prestar á una parte considerable del bello sexo como un dechado de la virtud más heróica, todo esto se endereza tambien á levantar á la muger sobre la turbia atmósfera de las pasiones groseras, todo esto contribuye á que no se presente á los ojos del hombre como un mero instrumento de placer, todo esto sirve maravillosamente á que sin disminuir ninguno de los atractivos con que la ha dotado la naturaleza, no pase rápidamente de triste víctima del libertinaje á objeto de menosprecio y fastidio.

La Iglesia católica habia conocido profundamente esas verdades; y así, miéntras celaba por la santidad de las relaciones conyugales, miéntras creaba en el seno de las familias la bella dignidad de una matrona, cubria con misterioso velo la faz de la vírgen cristiana, y las esposas del Señor eran guardadas como un depósito sagrado en la augusta oscuridad de las sombras del santuario. Reservado estaba á Lutero, al grosero profanador de Catalina Boré, el desconocer tambien en este punto la profunda y delicada sabiduría de la religion católica; digna empresa del fraile apóstata, que despues de haber hecho pedazos el augusto sello religioso del tálamo nupcial, se arrojase tambien á desgarrar con impúdica mano el sagrado velo de las vírgenes consagradas al Señor; digna empresa de las duras entrañas del perturbador violento, el azuzar la codicia de los príncipes para que se lanzasen sobre los bienes de doncellas desvalidas, y las expulsaran de sus moradas, atizando luego su voluptuosidad y quebrantando todas las barreras de la moral, para que, cual bandadas de palomas sin abrigo, cayesen en las garras del libertinaje! ¿Tambien así se aumentaba el respeto al bello sexo? ¿tambien así se acendrabá el sentimiento del pudor? ¿tambien así progresaba la humanidad? ¿tambien así daba Lutero vasto impulso á las generaciones venideras, brio al espíritu humano, medra y lozanía á la cultura y civilizacion? ¿Quién que sienta latir en su pecho un corazon sensible, podrá soportar las desenvueltas peroratas de Lutero, mayormente si ha leído las bellísimas páginas de los Ciprianos, de los Ambrosios, de los Gerónimos y demas lumbreras de la Iglesia católica sobre los altos timbres de una vírgen cristiana? En medio de siglos donde campeaba sin freno la barbarie más

feroz, ¿quién llevará á mal encontrarse con aquellas solitarias moradas, donde se albergan las esposas del Señor preservando sus corazones de la corrupcion del mundo, y ocupadas perennemente en levantar sus manos al cielo para atraer hácia la tierra el rocío de la divina misericordia? Y en tiempos y en países más civilizados ¿tan mal contrasta un asilo de la virtud más pura y acendrada, con un inmenso piélago de disipacion y libertinaje? ¿Tambien eran aquellas moradas un legado funesto de la ignorancia; un monumento de fanatismo, en cuya destruccion se ocupaban dignamente los corifeos de la reforma protestante? ¡Ah! si así fuese, protestemos contra todo lo interesante y bello; ahoguemos en nuestro corazon todo entusiasmo por la virtud; no conozcamos otro mundo que el que se encierra en el círculo de las sensaciones más groseras; que tire el pintor su pincel y el poeta su lira, y desconociendo toda nuestra grandeza y dignidad, digamos embrutecidos: Comamos y bebamos, que mañana moriremos.

La virtud de la virginidad, tan estimada por los romanos en la persona de sus vestales, quienes al punto que violaban el voto que hicieran eran condenadas á ser enterradas vivas, era virtud tan apreciada por los galos en sus druidas y por los germanos en sus *adivinas*, fué y es hoy perseguida por la vana filosofía, hija predilecta de la reforma; pues, como dice un filósofo: « Los votos religiosos y en especial el de castidad, han sido el objeto de las más crueles inectivas de parte de los protestantes; pero es menester reflexionar que lo que dicen ahora y se ha repetido durante tres siglos, no es más que un eco de la voz que se levantó en Alemania; y ¿sabeis lo que era esa voz? era el grito de un fraile sin pudor, que penetraba en el santuario y arrebatava una víctima. Todo ese aparato de la ciencia para combatir un dogma sacrosanto, no será bastante á encubrir un origen tan impuro. Al través de la exaltacion del falso profeta, se trasluce el fuego impúdico que devoraba su corazon. Este odio contra los institutos religiosos, le ha heredado del protestantismo la filosofía; y así es que todas las revoluciones promovidas ó dirigidas por protestantes ó filósofos, se han señalado por su intolerancia contra la institucion y por la crueldad con los miembros de ella ». Lo que la ley no hizo lo consumó el puñal ó la tea incendiaria; y los restos que pudieron salvarse de la catástrofe, viéronse abandonados al lento suplicio de la miseria y el hambre. Por lo que toca á esos filósofos, que han mirado el monasterio como cosa inútil y despreciable, cuando no dañosa, harto se conoce que han meditado muy poco sobre el espíritu humano, sobre los sentimientos más profundos y delicados de nuestro misterioso corazon. Cuando nada han dicho al suyo tantas reuniones de mujeres con la mira de santificarse á sí mismas, disecada debia estar su alma por el aliento del escepticismo. El renunciar para siempre á los placeres de la vida, el sepultarse en una mansion solitaria para ofrecerse en la austeridad y la penitencia como un holocausto en las aras del Altísimo, horroriza sin duda, á esos filósofos que jamas han

contemplado al mundo sino al través de sus preocupaciones groseras; pero la humanidad piensa de otro modo: la humanidad siente un atractivo por los mismos objetos que los filósofos escépticos encontraron tan vacíos, tan desnudos de interés, tan aborrecibles. Aún cuando se quiera suponer temerariamente que la mortificación de la carne y la elevación del espíritu se llevan hasta una exageración reprobable, siempre será necesario convenir en que una reacción semejante era muy á propósito para espiritualizar las ideas, para despertar en el hombre las fuerzas intelectuales y morales, para concentrarle dentro de sí mismo, dándole el sentimiento de esa vida interior, íntima y moral que hasta entonces no le había ocupado. Las frentes, ántes hundidas en el polvo, debían levantarse hácia la Divinidad; campo más noble que el de los gozes materiales se ofrecía al espíritu; y el brutal abandono autorizado por el escandaloso ejemplo de las mentidas deidades del paganismo, se presentaba como ofensivo de la alta dignidad de la naturaleza humana.

Y no sólo la virginidad florece en el recinto augusto del monasterio: todas las virtudes tienen allí su morada, la fe trasporta y eleva los entendimientos á Dios, la esperanza los anima y fortalece, la caridad los vivifica, abraza y une; la caridad, esa virtud sublime, cuya práctica es, desgraciadamente, tan poco comun en nuestro siglo, dominado por el interés y el egoísmo.

El monasterio puede también considerarse como una sociedad modelo; cumple perfectamente con el fin de toda sociedad: la perfección de los asociados. La impiedad lo conoce, lo admira, y, en su orgullo, lo persigue, sucediendo lo que afirmaba Lammenais: « La religión fundó esos asilos solitarios de la inocencia y el arrepentimiento; la filosofía, en el momento que dominó, no supo más que destruirlos. La razón humana nada perdonó de cuanto había creado la fe en favor de la humanidad ». La filosofía incrédula persigue tan santas instituciones porque quiere acabar con la Iglesia, quiere borrar de la faz del universo el nombre de Cristo, quiere sustituir á la cruz la bandera roja, y á la abnegación que aquélla inspira la sensualidad y el egoísmo de que ésta es precursora; quiere, en una palabra, dominar prescindiendo de Dios, aniquilando, si posible fuera, hasta su idea. Por eso persigue el monasterio, esas casas que, según el sentir de Lacordaire, han construido en la tierra augustos palacios, han hecho á Dios moradas casi divinas. El arte y el corazón del hombre nunca han ido más lejos que en la creación del monasterio. Quiere, pues, la impiedad cegar las raíces para tronchar el árbol; y la filosofía está condenada á caer por su vanidad en los mayores absurdos, á oponerse constantemente al comun sentir de la humanidad entera, que reconoce en los monasterios, sociedades altamente útiles, á quienes es deudora de grandes ejemplos y de eficaces socorros para contrarestar los gérmenes disolventes, que en ellos inoculan las mil doctrinas anti-religiosas hoy en boga.

Pero veamos alguna de las dificultades que oponen los impíos contra

el monasterio, y digo alguna, señores, así porque sería largo enumerarlas todas, como porque son tan livianas, que basta una sola para formarse cabal concepto de todas. ¿Cuál es el Aquiles de todos estos corifeos de la impiedad? Que los perjuicios que acarrea la virginidad á la sociedad son inmensos, pues la defrauda de los muchos individuos que podrian proporcionarle los legítimos enlaces. Si esta objecion la pusieran aquellos honrados y concienzudos padres de familia, que se consagran generosamente á la educacion de sus hijos para dar á la religion y á la patria dignos defensores y propagadores de su gloria, nos pareceria ménos ridícula, aunque no por eso más fuerte la objecion; pero ésta, en boca de los impíos, que con sus doctrinas y ejemplos promueven y multiplican la corrupcion y el libertinaje; de los impíos, digo, que para vivir más desordenadamente renuncian á todo enlace, de los impíos pero es resbaladizo el terreno, mejor es que me detenga. Quería sólo decir que la objecion en boca de estos corifeos impíos es la expresion misma del descaro y del cinismo. Por fortuna y confusion de los tales sofistas, los economistas más respetables han disipado este error propalado por el protestantismo y reproducido por la impiedad filosófica del siglo pasado. Los hechos han demostrado las verdades siguientes: 1ª. Que la felicidad de los pueblos no está en proporcion necesaria con el aumento de su poblacion; y sino díganoslo la Inglaterra, esa nacion tan poblaba y al mismo tiempo tan infeliz. Ved ahí su capital, llamada mundo pequeño: ¡cuán miserablemente es roída por el pauperismo la ignorancia y la corrupcion! La segunda verdad que nos demuestran los hechos, es que tanto ese aümentò como la disminucion dependen del concurso de otras tantas causas, que el celibato religioso, si es que en algo figura entre ellas, debe considerarse como de una influencia insignificante; pero ¿qué digo, insignificante? digo más: yo aseguro, sin temor de ser desmentido, que el celibato influye poderosamente en el aumento de la familia. ¿Y por qué? Porque influye en la moralidad de los pueblos; y los pueblos morales, como lo demuestra la historia, son esencialmente fecundos.

Y aunque realmente se disminuyera la poblacion, ¿el cultivo de la virtud no merece algunos sacrificios? Sí, por cierto; pues el hombre no ha nacido exclusivamente para multiplicarse: otros fines más nobles deben preocupar nuestro espíritu, y á ellos debe encaminarse nuestra voluntad. Además, ¿esta disminucion aparente de poblacion no se hallaria sobreabundantemente compensada por los importantes servicios que prestan á la familia y á la sociedad las sociedades religiosas, destinadas como están á estudiar las miserias de la humanidad y aliviarlas con sus fervientes plegarias? Si no se consideran las miserias, es imposible remediarlas; los religiosos meditan y oran para que no desfallezca la sociedad; para que no bamboleen y caigan sus cimientos; para que el brazo de la divina justicia no se alce vengador en vista de nuestras iniquidades y nos confunda.

Habeis visto, pues, la suma importancia de los monasterios, árbol que el cristiano cultiva y que á su vez retribuye su cuidado produciéndole los más suaves y abundantes frutos. Y este era el lugar, señores, en que, á permitírmelo el tiempo, me habria complacido en hacer, aunque más no fuese, una breve reseña de las innumerables almas que deben á estos solitarios asilos el alto grado de santidad que les mereció la admiración de todos los siglos y de todas las clases de la sociedad cristiana. Y no solamente se ha extendido este bien á las personas que trocaron el mundo por el claustro, sino aún á las que permanecieron en el mundo. ¡Cuántas madres, en efecto, agobiadas por el peso de los trabajos y de una desolada viudez, han encontrado su consuelo en la oracion de una hija que consagraron al Señor! ¡Cuántos padres, cuyo corazon desgarrado por la ingratitud de hijos rebeldes, ó por la injusticia de sus conciudadanos, han hallado en la dulce expresion de una hija vírgen el bálsamo que mitigue y aún cicatrice sus profundas heridas! ¡Cuántos hermanos y amigos han recibido con la ferviente oracion y generosa penitencia de la inocente religiosa el primer impulso y el coraje necesario para emprender el camino abandonado de la virtud y rehabilitarse ante Dios y ante los hombres! En fin, ¡en cuántas almas tibias, remisas y aún corrompidas no ha causado saludable vergüenza el generoso aliento con que estas almas puras, inocentes y por su sexo débiles, se han entregado sin reserva y por todo el tiempo de su vida al cumplimiento de los más árdulos deberes! Y esto, no obstante la zumbaba y las no ménos impías que ridiculas y cobardes burlas de un mundo infatuado, que ofendido de la tácita pero elocuentísima reprension que estas almas grandes están haciendo continuamente de su debilidad, ataca lo que no sabe imitar. Y digo esto, señores, porque esta ha sido siempre la táctica del mundo corrompido; y al tiempo mismo que escribia este discurso, he podido leer escandalizado en uno de los diarios que pasan por más famosos en nuestra República, expresiones que me guardaré bien de citar aquí, porque creeria ofender con ellas gravemente vuestros religiosos oídos. Ello es cierto, y con ello termino mi disertacion, que cuanto más moral y religioso es un pueblo, mayor número contiene de estos sagrados asilos y que la ausencia de ellos marca por lo regular su triste estado de corrupcion y atraso.

JACINTO R. VIÑAS.

Sobre el influjo de la Iglesia en la sociedad (1)

Las obras humanas de la Iglesia forman la historia aún de la civilizacion moderna, ha dicho un sabio y elocuente orador contemporáneo.

(1) Declamado el día 17 de junio del año 1875.

Muy de otra manera parece pensar nuestro siglo, que se manifiesta tan orgulloso por los adelantos y el grado de civilizaci6n á que se ve elevado y que tiene la audacia de atribuir á sus propios esfuerzos: es verdaderamente chocante y altamente injusto el desden con que se mira los siglos anteriores y la ingratitud con que se olvidan los hombres y las instituciones que más han influido en el bien de que ahora gozamos, y que sería incomparablemente mayor si la soberbia y vanidad humana, atizadas por la impiedad de nuestros tiempos, no lo impidiesen. Esto, sobre todo, debe causarnos una dolorosa impresion cuando se trata de la Iglesia de Jesucristo, que tantos y tan inestimables bienes trajo al mundo, y cuyas doctrinas y preceptos son los únicos que pueden labrar la felicidad no sólo eterna, pero aún temporal del género humano, como lo confesó el mismo Montesquieu aún en la época de sus extravíos.

Nosotros, Sres. AA., que según nuestros reglamentos debemos dedicarnos al cultivo de la literatura, que sólo puede fundarse en la verdad y en la moral, debemos esforzarnos desde los primeros pasos de nuestra carrera literaria en conocer el espíritu del siglo para no dejarnos arrastrar de su vertiginosa corriente, para impedir que se ofusque nuestra vista por la nube con que el error pretende circundar las inteligencias; y no dejarnos engañar por las rastreras artes que pone en juego una impiedad descarada. Esto, sin duda, tuvo presente la Direccion cuando señaló el tema que es asunto de esta disertacion; tema, por cierto, tan vasto, que sería imposible agotarle, no digo en una disertacion como la presente, cuyos límites están ya marcados por la costumbre, pero ni aún en una serie de discursos, que no fuesen con gran proligidad y método preparados. Por esta causa, señores, tocaré muy por encima los hechos que viene realizando la Iglesia desde sus principios; para hacer ver que es ella la institucion que principalmente, por no decir exclusivamente, ha preparado desde su fundacion el estado de civilizaci6n y cultura que con tanta injusticia como ingratitud pretende atribuir á sus propios esfuerzos esa turba indiscreta y numerosa, por desgracia, de políticos y escritores anticristiános.

Á dos géneros pueden reducirse, según el orador ántes citado, las obras de la Iglesia, á saber, obras de justicia, obras de caridad; y podríamos añadir muy bien, si no fuera porque, como lo indiqué ántes, es imposible abarcar en un discurso tanta y tan grave materia, podríamos, digo, añadir las obras de la Iglesia en favor de las artes, de las ciencias y de todo género de escultura moral, intelectual y religiosa. En cuanto á las primeras, á saber, las obras de justicia, hay tres que deben particularmente llamar la atencion de todo hombre honrado y pensador, la elevacion de la mujer, del niño y del esclavo: acerca de ellas dice el citado autor que traduzco libremente: «¿Qué es el mundo á que pertenecemos? Medio romano y medio bárbaro, ofrecia al tiempo del establecimiento del cristianismo la odiosa mezcla de la crueldad refinada y de la ferocidad natural; es decir, de lo que hay más corrompido en la

civilizacion y más violento en la barbarie. Civilizados ó salvajes, todos los pueblos ansiaban sangre y encontraban un gran placer en verla correr: ¿Cómo se vió desterrado este odioso espectáculo? El señor tenía derecho de vida y de muerte sobre el esclavo, el padre sobre el hijo, el esposo sobre la esposa, el ciudadano sobre el extranjero, el príncipe sobre sus vasallos, el vencedor sobre el vencido: por todas partes el triunfo de la fuerza y la opresion de la debilidad. Esta tiránica injusticia no ha sido comprimida y reparada sino por la Iglesia, que ha rescatado á la vez en la familia al esclavo, á la esposa, al hijo, y organizado en la sociedad la propiedad y el trabajo. Así prevaleció la justicia.

La manumision del esclavo, fué entre todas estas obras la más dilatada y la más trabajosa. Cuando se considera á tantos hombres que la ley encorbaba bajo el yugo más odioso; que sus amos enviaban al suplicio por haber tosido ó roto una vasija de barro y que regaban con su sangre los anfiteatros del pueblo romano; cuando se reconoce que el alma de esta raza envilecida estaba aún más deprimida por la servidumbre, que marchito estaba su cuerpo por el vicio ó magullado por los hierros; cuando uno se pregunta lo que habria llegado á ser la tierra si se hubiesen desencadenado sobre algunos millares de hombres libres los cien millones de esclavos de que estaba llena, no queda más que la admiracion por la sabiduría con que la Iglesia ha trasformado gradualmente las costumbres y las leyes del mundo convertido.

Si esta obra parece lenta, esa lentitud, que con tanta injusticia se ha echado en rostro á la Iglesia, ha sido precisamente la que más ha contribuido á la solidez y perpetuidad de esta grande obra que, como dice Bálmes, habria sido imposible y sobremanera imprudente pretender llevar á cabo de repente.

Inútil es decir el mejoramiento que se siguió de las costumbres, así de los mismos esclavos como de sus amos, que gracias á las doctrinas de la Iglesia, concibieron la verdadera idea de la libertad y de la dignidad humanas. No era ménos funesto á la sociedad el hombre esclavo, que la mujer degradada y convertida en vil instrumento de los caprichos y altanería de un hombre. La mujer, que sobre ser la mitad del género humano, debe desempeñar quizá el más importante papel en la sociedad, como quiera que de ella depende en gran parte la educacion del hombre; la mujer, sí, debe á la Iglesia su emancipacion y el rango á que tan justamente está elevada, de señora y de reina de la familia, doquiera impera ó ha podido influir el catolicismo.

Oid al autor ya citado: « La mujer parecia haber tenido la mayor parte en el castigo del pecado, del cual habia sido triste instrumento. » En todos los pueblos, aún en el judío, estaba rebajada por la poligamia, ó envilecida por el divorcio. En presencia de esta degradacion, el hijo de María levanta la voz y trae á la memoria al mundo la constitucion primitiva de la familia. ¿No habeis leido, les decia á los judíos, que el

que crió al hombre desde el principio, hizo al hombre y á la mujer y dijo: « Por ésta el hombre dejará á su padre y á su madre, etc. ? »

Y en efecto, Sres. AA., no paró aquí el divino legislador; para más ennoblecer y santificar esta union, elevó el matrimonio á sacramento. Estas sacrosantas doctrinas tuvo en vista la Iglesia, y verdadera intérprete de la voluntad de su divino fundador, trabajó constantemente en la rehabilitacion de la mujer é hizo comprender al hombre que aquélla le habia sido dada por noble compañera y no por vil esclava. Ella, la Iglesia, nuestra madre, muestra á los fieles á María, la nueva Eva, como el ideal de la más alta perfeccion que pueda realizarse en la criatura: la propone por modelo de las más dulces y nobles virtudes. Elevada así y ennoblecida la union del hombre y la mujer, era una consecuencia necesaria el ennoblecimiento tambien del fruto de esta union: el hijo, señores, cuya suerte en los tiempos del paganismo, no puede recordarse sin dolor y vergüenza, fué completamente mudada por la vigorosa accion de la Iglesia, ella es la que hizo ver en el niño inocente la imágen de un ángel: ella es la que atrajo sobre la cuna de este ser débil las dulces miradas de cariño maternal y las nobles solicitudes paternales: ella la que hizo tomar tantas precauciones por su conservacion y bienestar. Ahora bien; vosotros comprendéis, Sres. AA., cuánto debia influir esto en la moralidad de las costumbres y cuánto debia modificar las leyes, ántes tan bárbaras y crueles, á que estaban sujetos estos seres tan débiles é indefensos. En efecto, observa sabiamente el abad Besson, obligando á hacer justicia al esclavo, á la mujer, al niño, la Iglesia extendió su proteccion de las personas á las cosas: tocó con su mano divina la propiedad y el trabajo y los trasformó á su vez. No busqueis en otra parte que en su seno la libertad del trabajo y las verdaderas garantías de la propiedad. Por eso, Sres. AA., desde el momento en que la Iglesia comenzó á influir en los pueblos (y esto fué desde su institucion), se fueron suavizando las legislaciones, así por las disposiciones que daba en sus concilios la Iglesia, como porque las mismas legislaciones se formaban muchas veces teniendo en vista, consultando y áun imitando dichas disposiciones, tan conformes á la justicia y á la humanidad y dulzura que habia inoculado el cristianismo en sus secuaces. La escasez de mis conocimientos en esta materia, no ménos que la falta de las obras que acerca de este asunto se han escrito, me impiden hacer citás que confirmen lo que voy diciendo. Basta sólo leer algunos capítulos de la nunca bastantemente encomiada obra del señor Bálmés, « El protestantismo comparado con el catolicismo », para ver el poderosísimo influjo que ha venido ejerciendo de siglo en siglo la Iglesia católica en todas las constituciones de los pueblos, que deben á esta cariñosa madre la cesacion ó mitigacion de las penas que eran ántes tan comunes, y cuya sola lectura ó recuerdo basta para horrorizar á los que hemos tenido la felicidad de nacer en tiempos más benignos y cultos. Viene á corroborar este argumento lo que la historia nos refiere de los pueblos, que se sepa-

raron del catolicismo. Basta citar, por los innumerables ejemplos que podíamos aducir, las crueldades de la revolucion francesa y las que ántes de ésta ejecutaron en Inglaterra Enrique VIII y sus sucesores protestantes, y las que actualmente se ejecutan en los países donde no ha llegado la luz del Evangelio, ó no ha sido aceptada por los que voluntariamente cerraron á ella sus ojos.

Paso ahora á recorrer, con la misma brevedad á que he debido sujetarme hasta aquí, algunas de las principales obras de caridad ejercidas por la Iglesia, cuyo poderoso influjo experimentamos en nuestros dias y seguirán experimentando los venideros miéntras no se neutralice ó aleje por completo la accion dulce, eficaz y vivificadora de la Iglesia. Á propósito dice el autor ántes citado: « Estas instituciones no son igualmente durables: las unas, nacidas de circunstancias particulares, no han tenido más que una existencia pasajera, y han pasado junto con las necesidades que la habian hecho nacer; las otras, son de todos los tiempos y durarán tanto como la Iglesia, porque ellas responden á las necesidades siempre renacientes de la humanidad. Transitorias ó mudables, la caridad es quien las inspira, las protege, las sostiene, las eleva, las transforma ó eterniza; en su espíritu caritativo es donde se reconoce su origen, su mision y su derecho ».

Fueron, en efecto, transitorias y mudables todas aquellas instituciones que brotaron, por decirlo así, de la Iglesia, segun las necesidades tambien transitorias y mudables, como que eran creadas, ó por la ignorancia y ferocidad de los pueblos bárbaros, ó por el tiránico poder y arrogancia de los pueblos que se llamaban cultos.

La Iglesia se propuso hacer desaparecer estas causas, que, como la esclavitud y otros grandes abusos de aquellos tiempos, tantos obstáculos ofrecian á la accion santa y civilizadora pero lenta para ser eficaz.

Hé aquí el origen de aquellas sencillísimas pero muy provechosas determinaciones con que se favorecia á los inocentes ó á los afligidos y con que se procuraba sobre todo alejar los hábitos bárbaros de la guerra y poner un dique á las venganzas privadas y á la opresion de los débiles. Comprendeis, Sres. AA., que hablo de la tregua ó paz de Dios.

Pero lo que llama más mi atencion, por conducirme más á mi propósito, son las instituciones que con justa razon se llaman duraderas. Las reduciré á tres, con un autor contemporáneo, el monasterio, la escuela y el hospicio. En el primero se practican las más sublimes virtudes, en la segunda se enseña la ciencia y en el tercero se socorren los cuerpos. Pero notad, Sres. AA., que de tal suerte se practican en el primero las más sublimes virtudes, que no se descuida la ciencia; de tal suerte se enseña ésta en la segunda, que se la acompaña con la práctica de la virtud; y así, en fin, se atienden en el tercero los cuerpos que no se descuidan las almas, ántes bien, se tiene de ellas mayor cuidado. Y en efecto, muy equivocado andaria el que considerara al claustro tan sólo como un asilo de la inocencia y el teatro do se practican las virtudes:

ha sido también y es aún el asilo de las letras y el santuario de las ciencias. Sería interminable si quisiese hacer no más que la lista de los grandes hombres y sabios eminentes que han admirado al mundo por lo vasto de su ciencia y por la facilidad y tino con que supieron comunicarla á cuantos quisieron escucharlos, que fueron ciertamente innumerables; pues hubo tiempo, hubo épocas, por cierto, dilatadas, en que no hubo más sabios que los de la Iglesia, ó los que ella formó para todas las carreras y estados de la vida. Los obispos, desde la edad más remota, los abades de los monasterios y los monjes ó religiosos fueron, como sabeis, los maestros de los príncipes y de sus pueblos. No sólo en cada diócesis, pero aún en cada monasterio, en cada parroquia, habia escuelas, en las que, al par de la sólida instruccion religiosa, se repartian también con mano pródiga los conocimientos de todo género, preparando así las generaciones venideras, en las que, por desgracia, tantos se habian de hallar que ni aún reconociesen tamaños beneficios. ¿Qué diremos de las universidades? Cosa sabida es, y fuera de duda, que todas ó casi todas y de cierto las más ilustres y famosas fueron fundadas por personas eclesiásticas, ó por la Iglesia, ó á lo ménos influyendo mucho la misma Iglesia en su organizacion, en sus métodos de enseñanza, y lo que es más, suministrando de su seno sabios y expertos profesores de todas las materias. Negar esto, sería negar la historia de la edad media y aún gran parte de la moderna. Desconocerlo, sería la más negra ingratitud: defecto que por desgracia se echa en rostro con frecuencia á nuestro siglo. Estos emporios de la ciencia han sido como otros tantos arsenales de donde se han tomado bien templadas armas para combatir la ignorancia y la barbarie. Las mismas universidades se convirtieron muchas veces en nobles campos de batalla donde se libraban los hermosos combates de la inteligencia, que no solamente contribuyeron poderosísimamente al desarrollo de ésta, sino que también distrajeron provechosamente los ánimos con cuestiones á lo ménos inocentes, evitando la efusion de sangre en guerras fratricidas, que se hacen tan frecuentes cuando descuidan los hombres los intereses espirituales, para engolfarse á su salvo en los intereses materiales. De las universidades también salió esa falange de sabios escritores que inundaron, por decirlo así, al mundo con sus interesantes elucubraciones, en las cuales no se ofrecia ménos pasto á la inteligencia que al corazon, y tenía tanta parte la ciencia como la virtud, y por consiguiente, la paz y verdadero adelanto de los pueblos. Séame permitido consignar aquí una observacion tan obvia como importante, á saber: que al paso que los pueblos se apartan del catolicismo, se entregan á los cálculos del interes y de la materia; por esa causa en los países protestantes se nota, en apariencia, mayor progreso material; y digo en apariencia, porque todo progreso que no está basado en la moralidad, es efímero y al fin y al cabo funestísimo á la verdadera civilizacion. No creo haberme desviado de mi asunto hablando aquí de universidades, pues, ó fueron fundadas gran

parte de ellas por las órdenes religiosas, ó fueron éstas las que con sus grandes hombres las promovieron, sustentaron y elevaron á ese grado de esplendor á que en tiempos más felices llegaron; basta citar los nombres de Santo Tomas, San Buenaventura, San Bernardo, San Anselmo, Suarez, etc.

Es este tambien el lugar de consignar el servicio que á la sociedad prestaron los monasterios de hombres, no sólo conservando los preciosos manuscritos que se salvaron de la irrupcion de los bárbaros, principalmente musulmanes, sino multiplicándolos con un teson y perseverancia que sólo podia inspirar el celo y virtud religiosa, con incalculable ventaja de las letras. Nada diré de los descubrimientos tan variados como importantes hechos en todos tiempos, y comunicados al mundo sabio por los celosos misioneros católicos y que dieron origen al inmenso desarrollo de los diferentes ramos de todas las ciencias, en especial á la geografía, á la historia, filosofía, legislacion, arqueología, etc., etc., pues hasta épocas no remotas, ápenas se contaba con más datos que los que suministraban los ardientes propagadores del Evangelio, que al paso mismo que conquistaban las almas para Jesucristo, hacian brillantes conquistas para la ciencia. Me basta citar, por ahora, la China, cuyas puertas cerradas hasta entónces para todo extranjero, sólo supo abrirlas el misionero, que fué el primero que penetró en el Celeste Imperio y dió de él las primeras y más importantes noticias que se tuvieron, y fué el primero que, junto con las matemáticas, enseñó la moral del cristianismo, uniéndo con estrecho lazo la cruz de Jesucristo al compas y al triángulo del geómetra. Lo mismo podria decirse de las vastas regiones de la América y de una gran parte de la abrasadora África; de la India, del Japon, de la Tartaria, etc., etc., regadas con los sudores y muchas veces con la sangre de los hijos del claustro y de los piadosos solitarios adiestrados y avezados á la lucha en el silencio del monasterio. No ménos servicios ha prestado el monasterio á la civilizacion bajo otro punto de vista, que entro á considerar ahora, por ser el más propio de estas instituciones. No sé con qué razon, Sres. AA., mejor diré, no sé con qué especie de razon se ha dicho que el monasterio es una reunion de individuos ociosos é inútiles para la sociedad. Aunque esto no fué ese impío, como lo es, puesto que la Iglesia no podia aprobar ni elogiar instituciones que no fuesen santas, y mucho ménos las perjudiciales; sería sobremanera injusto é irracional. No es menester gran discurso para comprender los inestimables bienes que traen á la sociedad esas tranquilas y solitarias moradas donde sólo resuenan los cánticos de alabanza y los gemidos de la penitencia; esas mansiones que ofrecen un asilo seguro á la inocencia, un lugar de santo reposo á las agitaciones de la vida, y en fin, un puerto seguro á los que en el borrascoso mar del mundo se ven próximos á naufragar. Sólo el recuerdo, y mucho más la vista, de hombres ó piadosas mujeres de todas condiciones y clases, en todas las edades de la vida, que, renunciando á cuanto podia halagar el sentido y el amor

propio, se consagran al Señor para llevar una vida inmaculada y ocuparse, según sus diversos institutos, más ó menos directamente en el bien de sus hermanos del mundo; esto sólo, decía, es suficiente para producir saludables impresiones que elevar la inteligencia á la consideracion de objetos más sublimes y mueven provechosamente las voluntades al deseo de bienes superiores, todo lo cual contribuye, y mucho, á morigerar las costumbres, á civilizar.

Sería nunca acabar, señores, entrar á enumerar, y mucho más detallar los servicios que prestan á toda clase de personas en todas partes esas innumerables falanges de espíritus generosos. ¿Queréis una prueba evidente de esto? La tendreis, señores, aunque muy dolorosa, en la constante guerra, y guerra á muerte, que ha declarado en todos tiempos la impiedad al convento y al monasterio, guerra que no tiene otra explicacion que el odio profundo que profesan los que quieren trastornar la sociedad, á aquellas instituciones de la Iglesia que más se oponen á sus cálculos y que mejor neutralizan sus tenebrosos esfuerzos.

El religioso que, pobremente vestido y con su vista clavada en el suelo, atraviesa nuestras calles y nuestras plazas sin derramar en ellas su corazón, fijo en Dios, es una callada pero elocuentísima reprension del lujo y de la molicie que empobrece y degrada; de la ambicion y del egoísmo que dividen y trastornan las sociedades. Análogas reflexiones podrian hacerse, considerando la abnegacion y el sacrificio de la doncella cristiana, que con una energía y generosidad que sólo la gracia puede inspirar á un ser tan débil, renuncia al mundo y á cuanto él brinda, dando un ejemplo que no puede ménos de influir en el mejoramiento de las costumbres.

Sería interminable, Sres. AA., si entrase á enumerar, y mucho ménos á detallar, las diferentes y santas instituciones que, como preciosas flores, esmaltan el vestido de la esposa del Cordero; quiero, solamente, al terminar hacer algunas ligeras observaciones sobre el género de instituciones con que la Iglesia ha preparado, promovido y conservado la civilizacion del mundo, el hospicio; y bajo este nombre incluyo todos los establecimientos de beneficencia, donde se prestan tantos socorros á la humanidad doliente y desvalida, donde se enjugan tantas lágrimas, donde se remedian tantas miserias, donde se precaven tantos males. Bastaba, Sres. AA., la simple enumeracion de estas especies de establecimientos para quedar plenamente convencidos de cuán bien cumple la Iglesia con los deberes que la ha impuesto su espíritu eminentemente civilizador. Recorramos algunas, y sean los primeros los orfanotrofios, ¡qué espectáculo tan consolador no ofrece esa multitud de niñitos, que huérfanos ó abandonados por madres sin entrañas, encuentran en el seno de la Iglesia tal caridad, tal ternura y tal solicitud que los hace felices, y á veces más que otros que parecian ménos desgraciados! ¡Qué bello espectáculo presenta, señores, repito, una hermana de Caridad enseñan-

do á estos ya felices niños, que tienen una madre la más tierna, la más dulce y poderosa, al mismo tiempo, en la Madre de Jesus!

Allí se verifica lo que escribió uno de nuestros más célebres vates en las siguientes bellísimas estrofas: •

Nace y destino inclemente
Al niño en el mundo deja,
Sin padre que lo proteja,
Sin madre que lo sustenté :
Del desvalido inocente
Al cielo llega el clamor,
Y le alivia en su dolor,
Y enjuga su amargo llanto,
Y le cubre con su manto
La Madre del Redentor.

¿Qué importa que ardiente anhelo
De una madre mundanal
No os dé en vuestro acerbo mal
Amparo, alivio y consuelo?
¿Qué importa, si desde el cielo
Calma vuestras amarguras
Y os brinda con las dulzuras
De amor, en dichas fecundo,
La que al Salvador del mundo
Llevó en sus entrañas puras?

.....

Idénticas reflexiones suministran, señores, los lazaretos, los hospitales de incurables, donde se prodigan los más solícitos cuidados á los seres que presentan el aspecto más repugnante, los hospicios para inválidos, para dementes ó lisiados, casas de sordo-mudos, casas de recogidas, asilo de preservacion, hospitales para toda clase de personas y dolencias y mil otras instituciones y fundaciones de caridad para socorrer y aliviar la humanidad doliente, administrados y servidos por personas religiosas, en las cuales la actividad del celo y la inteligencia corre parejas con la caridad, origen y sustento de tanta abnegacion. ¿Habrà quien ponga en duda que semejantes establecimientos civilizan altamente la sociedad? Una sola reflexion, que tiene la fuerza, á mi ver, de evidente demostracion, voy á aduciros : nada constituye tanto á la civilizacion como la idea exacta de la grandeza é importancia del hombre, de su dignidad, de sus destinos : y ¿ dónde y cómo podria darse una idea, ni más exacta, ni más práctica de todo esto que viendo la solicitud é interes que inspira la Iglesia por aquellos en que no aparece otro título para ser el objeto de su cariño y constante anhelo, que el de ser hombres rescatados con la sangre de Jesucristo?

Tiempo es ya de poner término á mi pequeño trabajo, y lo haré recapitulando brevemente lo dicho. Si la civilizacion, estando á la estricta definicion de la palabra, es el desarrollo público y privado de las doctrinas, máximas é ideas civilizadoras, y la práctica así privada como pública, de actos conforme á esas ideas: basta, Sres. AA., recorrer ligeramente lo que la Iglesia, desde que le fué dado influir en el mundo, ha venido realizando con sus doctrinas, con sus máximas, con sus ejemplos, lo que ha hecho á favor del individuo, de la familia, de la sociedad; las reformas que por su inspiracion, por su medio y á su ejemplo se han introducido en todos los ramos del saber y de la administracion, para que se comprenda fácilmente que la Iglesia católica es la que más ha influido y sigue influyendo en la civilizacion. Pero ántes de concluir, quiero consignar otra observacion, aunque parezca repeticion de lo que ya he dicho, á saber: que á ojos cerrados se puede juzgar de la civilizacion y grandeza de un pueblo por su catolicismo.

Las naciones del Viejo Mundo nos ofrecen de esto maravillosos ejemplos que patentizan la verdad de nuestra observacion.

He dicho.

AMBROSIO LÓDOLA.

Sobre la poesía que se halla en el culto católico (1)

Señores Académicos:

Siglos hubo en que la Iglesia establecida por Nuestro Señor Jesucristo tuvo enemigos encarnizados que la juraron odio eterno y guerra sin tregua: períodos se encuentran en los fastos de su historia en que ha visto á la maldad haciendo el último esfuerzo de su poder para derrocar el solio de ese indefenso Pontífice, que muestra, en medio de su misma aparente debilidad, la energía del monarca poderoso que ve rodar á sus plantas los tronos y las coronas que le son hostiles: heresiarcas, en fin, muchas veces existieron que, patrocinados por los soberanos, empaparon en sangre la túnica de la Iglesia y desgarraron su corazon con el justo dolor que experimenta la madre solícita y cariñosa, que se ve vejada y ultrajada por los mismos hijos que abrigara en su seno y amamantara á sus pechos. Pero lo que en ninguna época se habia visto en el grado que al presente, es ese frio indiferentismo que circula en las venas del presente siglo, unido al mismo tiempo á esa guerra solapada pero sistemática con que es combatida la religion del crucificado, en los tiempos que alcanzamos. Mas, por fortuna, así como es cierto que siempre ha tenido la Iglesia Nerones ó Julianos que trataran de aniquilarla, ora ahogán-

(1) Declamado el día 23 de abril del año 1876.

dola en su propia sangre, ora minando sus cimientos con la zapa de la hipocresía y de la maldad; así, por el contrario, nunca han faltado ni mártires que oponer á los primeros, ni corazones generosos y decididos que combatiesen á los segundos. Y esto que la historia de todos los tiempos nos cuenta, se verifica con gran satisfaccion de los que profesan el credo católico á despecho de los sectarios de la impiedad, aún en los dias que atravesamos. Devora ese monstruo que se llama indiferentismo, las entrañas de la vieja Europa; ciérnese sobre las majestuosas cúpulas de los templos del orbe católico el genio de la impiedad é irreligion; pero esto no es bastante á impedir que un ejército numeroso de valientes defensores del catolicismo responda á las amenazas de los malvados con los gritos de « Libertad á la Iglesia », « Confusion á los malvados ». Bajo el estandarte y lema de estos últimos, se hallan cobijados los miembros de nuestra academia, que hoy inicia sus anuales ejercicios para adiestrarse en el manejo de las armas y prepararse para la lucha que deben trabar en dias no lejanos. No es extraño, pues, que uno de sus miembros, en vista de que se encuentre ante personas unidas con los estrechos vínculos que nacen de la comunidad de ideas y creencias en materia de religion, alce la voz para ensalzar las glorias y manifestar las bellezas de la Iglesia sacrosanta, de esa Iglesia soberana, terror de los impíos, maestra de la humanidad, redentora del mundo, madre del heroísmo y perpetua defensora de la justicia y de la verdad.

Arrastren los indiferentes esas cadenas de hierro con que tratan de aherrojar á la esposa del Cordero: motejen los impíos las prácticas y ceremonias que no conocen y por eso las critican; ahoguen con sus clamores y alaridos de « abajo el fanatismo », « abajo la Iglesia », los armoniosos cantos y majestuosas melodías que desde las catedrales católicas se elevan al Dios tres veces santo, acompañadas de las plegarias de los fieles. Nosotros, por el contrario, con todo el valor y entusiasmo de que son capaces nuestros pechos, defenderemos no sólo que el culto extenso de la Iglesia es un deber en los hombres hácia Dios y hácia la sociedad, como lo prueban las primeras nociones de la moral, sino que tambien (y esto será el objeto de mi discurso) « *es un fecundo manantial de la más elevada y sublime poesía* ». Antes de empezar, os advierto que no tendré tanto en cuenta para mi asunto la belleza artística de los objetos materiales que entran en el culto externo, cuanto la belleza moral que respiran todos los actos y ceremonias que á formarlos concurren.

La palabra culto, en general, no significa otra cosa que el conjunto de actos con que el hombre presta el debido obsequio á su Creador; y como la obligacion de este obsequio nace de las relaciones que existen entre el hombre y su Dios, de aquí que por el culto puede decirse que vuela la criatura á su autor hasta unirse con él y estrechar los vínculos que se originan entre el corazon del que debe amar correspondiendo y el corazon de un Dios que primero amó, correspondido. El hombre, tributando á la Divinidad el debido culto, ora es la criatura que adora al Señor,

el cual acepta sus oblacones; ora el necesitado que acude al Dios, todo generosidad y riqueza; ora el favorecido que agradece la mano de la Divina Providencia, tan solícita y cuidadosa; ora el ignorante é inculto que aprénde de los labios del mismo Dios, las verdades de la sabiduría increada; ora el afligido que busca un consuelo en la fuente de toda consolacion y alegría; ora el reo arrepentido que se humilla ante el juez eterno que le perdona sus faltas; ora la criatura que á la claridad de la llama del amor contempla cara á cara, por decirlo así, á la misma Divinidad, objeto de su amor; y siempre el hombre, en fin, con todas sus necesidades y con los dones de que ha sido enriquecido, que se dirige á Dios para agradecerle los beneficios y pedirle remedio á sus males. Ahora bien, siendo Dios el manantial eterno é inextinguible de donde brotan continuamente perennes arroyos de dulzura y poesía; siendo Dios ese foco inmenso de lo bello y de lo sublime y de que las manifestaciones que vemos brillar entre los hombres no son sino leves chispas ó pálidos reflejos de esos rayos infinitos que van á confundirse en la inmensidad de la belleza y sublimidad de Dios, ¿en dónde mejor que en el culto, lazo que une los cielos con la tierra y al hombre con la Divinidad, en qué otro objeto, digo, hallará poesía este mismo hombre tan bella y tan sublime, como en el culto cuyo objeto es Dios, autor de la misma belleza y sublimidad?

Por esto el hombre, unido á su Creador por la caridad, se halla en una esfera muy elevada, para tener que buscar la belleza que anhela, solo en la naturaleza, que no mira sino como un escabel en que apoya su planta para remontarse á su Supremo Hacedor y un objeto más en que admirar la sabiduría de Dios, que aún en el órden material sabe crear objetos en que se refleja más ó ménos su divina belleza. Por esto tambien los gentiles y paganos, que se hallaron alejados de Dios, no tributándole el debido culto y homenaje, se vieron precisados á recurrir á la naturaleza para acallar la voz del corazon que les gritaba siempre: « Dame un objeto que amar », « dame una belleza á mi necesidad de admirar »; y como el ave que se esfuerza en volar, aunque despojada de sus alas, tal el genio pagano, alejado, como dije, voluntariamente de su Creador, por la natural tendencia que tiene el corazon humano á lo sublime y divino, inventa dioses en quienes pueda alucinar, ya que no saciar las internas aspiraciones de su alma; aunque con el triste desengaño de no hallar el objeto que pudiera y que en vano busca, extraviado de la única senda que conduce á la mansion del que sólo es grande, y fuera del cual no existe ni belleza ni majestad.

Ahora bien; si tales y tan extraordinarios son los efectos que experimenta el que se halla en posesion del verdadero culto, y tan funestos y desventurados los que padece el que de él se halla privado; colegid, Sres. AA., cuánta sea la dicha del que profesa el culto católico, supuesto que él es el único agradable á los ojos de Dios, y por consiguiente, el único que, en órden á lo bello, conduce á la fuente de toda belleza y

sublimidad. ¡Burlaos, pues, si quereis, incrédulos y racionalistas, que rechazais el culto de la Iglesia! ¡Nada os importa el hallaros privados de la verdad y encontraros sumidos en el error y la mentira! ¡Proclamais la independencia absoluta de la razon; y en consecuencia, cuánto tienda á encaminarla y dirigirla será contrario á vuestras aspiraciones! ¡Nada os importa que la misma razon, que tanto ensalzais, sea la primera en clamar contra vuestras absurdas elucubraciones! ¡Tratais de aniquilar á la Iglesia porque contraría vuestros planes y condena vuestros desvaríos: para ello la haceis ridícula, ridiculizando su culto! ¡Tratais de hundir un puñal asesino en el seno de vuestra madre la Iglesia, y aunque al asestar el golpe veis que con él le dais tambien y de muerte á vosotros mismos, estais dispuestos como consigais vuestro objeto á sacrificarlo todo! ¡Mas, oh ceguedad inaudita! no advertis que vuestro plan es irrealizable, porque vosotros estribais vuestros planes en la palabra del hombre y del hombre ofuscado, y la eternidad de la Iglesia se apoya en la palabra de un Dios y de un Dios todopoderoso é infinito! ¡No advertis que intentais demoler con gastado y frágil instrumento los diamantinos cimientos de la Iglesia!

Y si del culto en general, que ya habeis visto cómo es una fuente inagotable de poesía, y fuente que por no existir el verdadero culto en otra que en la religion única verdadera del Mártir del Gólgota, sólo derrama sus límpidos cristales en el catolicismo; si del culto en general, repito, pasamos á examinarle en sus manifestaciones en la Iglesia católica, un nuevo horizonte se habia ofrecido á vuestra vista; un nuevo panorama tan pintoresco y fecundo como el primero se habia dilatado á vuestra mirada. Y en efecto, ¿quién hay que, dejando á un lado toda preocupacion, no sienta conmoverse su espíritu ante el espectáculo grave y majestuoso de las ceremonias religiosas? ¿Quién hay que, al presenciar esas funciones solemnes, en que se celebran los misterios más augustos de nuestra sacrosanta religion, no sienta heridas las fibras más delicadas del sentimiento?

Por lo que á mí toca, os diré, con uno de los más eminentes poetas franceses: un pueblo prosternado en ese templo cuyos pórticos están ya cubiertos de musgo, esos viejos murallones, esas naves sombrías en que está suspendida continuamente la lámpara de bronce que dia y noche brilla delante del Altísimo; la majestad de un Dios habitando entre nosotros; el incienso que se eleva sobre el altar; los acordes del órgano, las plegarias de los fieles y, en fin, esa invisible union de los cielos y de la tierra, son cosas todas que inflaman, subliman y embargan nuestro sensible corazon.

¿En dónde se vió cosa semejante entre los antiguos paganos? ¿Acaso en las bacanales de Flora, en las saturnales de Roma ó en las juvenales de Neron? ¿Acaso en templo alguno de aquellos tiempos y edad gentílica? En aquéllos, ciertamente, se ofrecia incienso, pero el incienso iba muchas veces envuelto entre el vapor sangriento que despedia la

humeante sangre de las víctimas humanas; habia sacerdotes, pero no eran los sacerdotes de la paz, los ministros de los sacramentos, los anunciadores de la buena nueva, sino los hipócritas del Egipto, ó los egoístas de Atenas, que no se avergonzaban de tener embaucados á los pueblos con falsas ridiculeces ó impuras ceremonias; habia vestales que sacrificaban su existencia y consagraban su vida al servicio de los templos, pero no eran esos ejércitos de vírgenes, ó mejor dicho, de ángeles con forma humana, que, renunciando voluntariamente á todos los placeres y comodidades del siglo, y rompiendo generosamente los dulces lazos de la familia, se sepultan en los claustros para no ver más el bullicio y esplendor del mundo, y llevar, en vez de la seda y las alhajas, el tosco sayal y el áspero cilicio con que maceran sus cuerpos; tenian dioses tutelares de los campos y de los bosques, pero en realidad, no eran sino patrocinadores de la maldad y corrupcion, que con su ejemplo infiltraban en el corazon de los incautos y extraviados gentiles. No podian experimentar ese dulce temor, mezclado al mismo tiempo con la alegría más suave y el placer más desinteresado, que siente el corazon cuando al despuntar el alba ó al descender en su carro de fuego para alumbrar á otras naciones el día; en esa hora en que los ganados vuelven á sus rediles y las aves se recogen á sus nidos, y los labradores vuelven á sus cabañas despues de haber regado durante todo el dia la tierra con su sudor, se oye en medio de los campos el sonoro tañido de la campana, á cuya voz descubren sus cabezas los fervorosos cristianos para levantar á Dios una plegaria y darle gracias por los favores recibidos durante el dia. Verdaderamente, si este cuadro no es eminentemente poético, ¿ en dónde se hallará la poesía? Ni se me diga que la poesía está aquí sólo en lo misterioso de la tarde, ó en lo alegre y bullicioso de la aurora: confieso, que en parte influirán por cierto todas estas circunstancias que acompañan esta manifestacion del culto; pero suprimid en ese mismo campo la capilla que dejaba oír todas las tardes el melancólico tañido de la campana, y vereis cómo se habia desvanecido la grata impresion moral que nos produjo el dia anterior: no se sentirá sino ese placer ó melancolía que se siente en todos los campos y en todas las tardes; pero no esa especie de sublimacion moral que hace que el hombre piadoso y sincero al oír la leve involuntariamente los ojos al cielo para bendecir la Providencia de un Dios todo bondad y misericordia.

Verdaderamente, se necesita todo el desenfado que suministra una impiedad refinada, ó un indiferentismo el más irracional, para poder tachar á la Iglesia de ridícula en sus prácticas y ceremonias. Si existe algo en el culto externo que desdiga de la gravedad de los templos, mostradla; si existe alguna práctica que no lleve envuelto, ó un misterio ó la manifestacion de una verdad importante, señaladla. ¿ Y se tendrá la audacia de llamar ridícula esa augusta ceremonia en que se recuerda al hombre la nada de su existencia mortal y la esperanza de una vida interminable? ¿ Es ridículo, acaso, ver á un enviado de Dios que

con una mano le señala la tierra á que debe reducirse su cuerpo y con la otra el cielo á donde debe fijar su mirada? Mira, le dice, esta ceniza que voy á dejar sobre tu frente, en un polvo semejante á ella vendrá á resolverse un dia tu cuerpo; pero esta misma mortalidad no te sirva sino de estímulo para remontarte al cielo, abandonando esa envoltura de polvo en que se halla aprisionada tu alma, que si es justa se elevará á la condicion de los ángeles, y si réproba, se hundirá en los abismos por toda una eternidad.

Y, ¿no hay majestad en esta ceremonia? ¿No hay belleza moral? ¿No hay sublimidad? Pues bien: donde hay majestad, donde hay belleza moral, donde hay sublimidad ¿no hay lo que constituye la ciencia de la más elevada poesía? Pero ya comprendo la razon de vuestros sarcasmos, ó impíos é indiferentes: quereis poesía; quereis experimentar sus sentimientos; quereis gozaros con su presencia, pero no la quereis delicada y digna, sino degenerada é innoble: quereis poesía, pero no la quereis ver adornadas sus vestiduras blancas con la banda azul de los cielos, y ceñida su frente con la corona de rosas de la inocencia, sino coronada de laureles marchitos y engalanada con los miserables adornos de que se atavian la sensualidad y la corrupcion.

Sólo este espíritu de corrupcion y sensualidad es el que trata de empañar la sublimidad de nuestro culto; sólo él es quien puede tildar de inútil é indigna esa práctica majestuosa en que se coloca á los piés del que sólo es grande y triunfador las banderas de las naciones para que sus ministros las bendigan y hagan descender del cielo la paz y la prosperidad sobre ellas; y ya que, por fortuna, tan léjos estamos nosotros todos de participar de ese maligno espíritu de irreligion y sensualidad sistemática, y aún tenemos la dicha de presenciar esas sublimes escenas de la religion, bendiciendo á los Estados; hagamos un voto al oído para que se conserve miéntras dure este religioso pueblo, esa augusta ceremonia en que se hace descender el pabellon argentino para que sirva de alfombra á aquel que la bendice, teniendo en sus manos al Dios de las batallas, á cuya mirada se derriten las montañas de granito, y tiembla el orbe entero estremecido sobre sus cimientos. Únicamente ese espíritu es el que puede preferir á la sublimidad que ofrece el pueblo constantinopolitano, entonando el Kirie-eleison en medio del fragor de la batalla y entre el estruendo de las armas enemigas, la mezquindad de una poesía sensual, si es que poesía puede llamarse la que no vive, como la verdadera y legítima, de lo bello y de lo bello moral, incompatible con la sensualidad: él es tambien el único que puede tachar de ridículo el espectáculo del ejército de Belgrano, arrodillado en las cumbres de los Andes, ante el altar en que se ofrecia el sacrificio incruento del Cordero al Dios de los ejércitos en cuyas manos está la suerte de todos los imperios y naciones, y el éxito de todos los combates.

Pero en otra circunstancia más solemne, es donde despliega, á mi parecer, la Iglesia toda la majestad de los ritos y toda la gravedad de las

ceremonias que hacen del culto católico un campo fecundo de la más dulce y sublime poesía; no es entre el festivo estruendo de los repiques de Pascua ó entre las alegrías de la mañana; no es cuando las azucenas coronan las sienes de la vírgen que se consagra al Señor ó cuando en las altas horas de la noche se dejan oír en los monasterios mil voces inocentes, que emulando los angélicos coros hacen descender sobre la tierra el fruto de sus plegarias, desatado en abundante rocío de celestiales gracias.

Es, si, en esas circunstancias, en que el corazón del hombre se halla sombreado por el crespon del duelo, ó cuando el paño mortuario envuelve el fúnebre ataúd del que ayer veíamos sano y vigoroso cruzar las calles y atravesar las plazas, sin que ni una vaga sospecha, ni un lejano presentimiento le hiciera entrever la huesa en que al día siguiente escondería sus restos: en esas circunstancias en que el dolor embarga nuestros sentidos y los hace sólo sensibles à lo que es grave y majestuoso, fúnebre y triste como el corazón; es en esas dos lúgubres ceremonias que siguen à la muerte del hombre y constituyen el único consuelo que dejan à los que quedan llorando su partida; los funerales y las ceremonias que tienen lugar en los sepulcros. ¡Cuánta majestad en los primeros! ¡Cuánta sublimidad y grandeza en los segundos! ¿Qué cosa más sublime que una comitiva silenciosa acompañando el féretro à la mansion de los muertos, cobijada bajo la sombra del árbol de la cruz? ¿Qué expresiones más graves, verdaderas y llenas de poesía que las que la Iglesia pronuncia en estos actos? Cada frase encierra un poema, cada palabra es una saeta que, salida del alma de Job ó de las inspiraciones sublimes del Rey Profeta, viene à herir nuestros oídos al compás del órgano que resuena en las bóvedas del templo y entre el lúgubre doblar de las campanas. Y cosa admirable, Sres. AA., que al paso que estas fúnebres ceremonias parecen penetrar al alma dolorida del sentimiento más profundo, llevan à su dolor suave y verdadero consuelo.

¿Qué tienen que ver las piras y planideras del paganismo con el canto solemne de nuestras catedrales? ¿Qué tiene de semejante, ni mucho ménos superior, el protestantismo, frio como el corazón de sus prosélitos, en lo que mira à la religion y sus prácticas? Más misterio y majestad encierra, y creo que no me lo negareis, una cruz sencilla en medio de un cementerio católico, en cuyo centro se leen las conocidas iniciales R. I. P., tierno suspiro de la más amorosa de las madres por el más amado de sus hijos, que los fastuosos mausoleos de los griegos y romanos, que no sabian adornar sus sepulcros sino con el oropel de las riquezas, ni manifestar otro sentimiento à sus finados que los que incrustaban en los mármoles y bronces, en aquellas frias y desconsoladoras palabras: S. T. T. L. « Séate la tierra ligera ».

¡Pueblo ilustre de Grecia! Perdona te diga, parodiando las insignes palabras que en ocasión análoga pronunciaba un elocuente orador contemporáneo; perdona, si cuando admiro tus laureles y escucho los

acordes de tu lira, no los creo los más dignos de un poeta cristiano: fuentes más puras que las que Castalia brinda á sus vates, y lauros más inmarcesibles que los del Olimpo, reserva el catolicismo para sus bardos: tiene una religion que enseña al poeta á elevar su imaginacion más allá de lo sensible en que te hallabas por tu infortunio sumido y un culto que les presta las alas con que pueda remontarse hasta los umbrales de las divinas mansiones, y desde allí, por decirlo así, escuchar las melodías que las arpas seráficas hacen resonar ante el trono de la Divinidad.

Pero permitidme, Sres. AA., que ántes de pasar adelante, os haga una observacion que servirá de aclaracion á mi tema y de respuesta á muchas objeciones. No es mi intento, al decir que el culto católico sea un manantial de poesía, asegurar al mismo tiempo que haya quienes exploten de una manera sobresaliente tan rica mina en tan serena y brillante atmósfera, luciendo las galas de su ingenio y remontando el vuelo de la imaginacion hasta lo sublime; de la misma manera que, áun cuando la naturaleza sea tambien á su vez otro de los veneros de la poesía, no se deduce de la existencia de sus primores la de un individuo que la haya trasladado al papel y copiado en los arrebatos de su fantasía; lo único que quiero decir es, que estas ceremonias y prácticas sublimes del cristianismo tienen en su seno el gérmen de las grandes creaciones poéticas, y están llamadas á despertar los sentimientos más delicados de lo bello y lo sublime.

Después de haberos mostrado, aunque á la ligera, la sublimidad y magnificencia del culto externo, en algunas de las circunstancias más principales de la vida del hombre, un cuadro más grandioso, si se quiere, que todos los precedentes, se presenta á mi imaginacion, y quiero tambien presentarlo á la vuestra.

Dieciocho millones de héroes coronados con los laureles que nacen en los jardines eternos de la gloria; coros innumerables y graciosos de vírgenes y doncellas adornadas de las cándidas vestiduras de la inocencia, y ceñidas sus frentes con guirnaldas de fragantes y delicadas azucenas; grupos numerosos de ancianos venerables, que consumieron su existencia en la mortificacion de sus pasiones, sepultados en los abrasados arenales de los horrorosos desiertos del Oriente, y en fin, una multitud inmensa de personas de todas edades y condiciones, pero enriquecidas todas con el precioso tesoro de la virtud. Todos ellos están anotados en el libro de la vida y se ejercitaron, miéntras moraron en este valle de lágrimas, en la práctica de la más acendrada virtud. Desaparecieron ya de la tierra, y la Iglesia, como un distintivo que los señale, los condecora no con ninguno de los títulos que los monarcas de la tierra suelen adjudicar á sus héroes, sino dándoles simplemente el grande y casi divino nombre de Santos. Y decidme: si los héroes profanos, que aunque ciñen el laurel de la gloria, casi siempre es un laurel que destila sangre humana, si los héroes profanos son tan celebrados por todos los hombres y se llaman heróicas sus acciones por practi-

caron una sola virtud, si es que virtud puede llamarse lo que muchas veces proviene de un arriéglo temerario ó de una pasion del momento ¿ Cuánto más admiracion no debe escitar esa falange de héroes del cristianismo, que muchas veces añaden al heroísmo puramente humano el de los mártires cristianos, y que siempre se hallan engalanados por la auréola de la virtud, y de la virtud practicada en grado heroico? Si la virtud es siempre hermosa y bella, ¿ cuánta hermosura y belleza no habrá en el culto que se da á la virtud heroica y en la admiracion que se rinde á los espíritus superiores?

Un Mauricio muriendo con los 6,600 hombres de su denodada legion, por la fe de Jesucristo; un Francisco Javier, con todos los innumerables misioneros y mártires que en regiones extranjeras y por propagar la luz del Evangelio derramaron su sangre, ya en las populosas ciudades del Japon y de la China, ya en las selvas desiertas de la vírgen América; son, en mi opinion, tan gloriosos como el primero de los héroes que derramara su sangre en defensa de los intereses de su patria, y por consiguiente, en beneficio de sus mismos allegados y conciudadanos. Un Antonio Abad, sepultado en un desierto y no teniendo más compañía que los leones y las panteras, que á su voz acudian y en su presencia se inclinaban domados por su misma virtud; un Vicente de Paul y tantos millares de varones tan gloriosos como éstos, son mil veces más dignos de tener ó un Homero ó un Virgilio, que los paladines que éstos en sus versos celebraron, ó las hazañas que perpetuaron en sus cantos.

Pero debo poner fin á mi discurso, y, aunque mal de mi grado, habré de confesar que cada uno de los puntos que tan por encima he tocado, hubiera de ser asunto no de una disertacion, sino de un libro concienzudo y abultado, para tratarlo con toda la extension que se merecen materias de tanta trascendencia y objetos de tanta majestad.

Por últimas palabras, os diré con el insigne Marques de Valdegámas, al terminar su tan conocido y brillante discurso de la Biblia: « Despues de terminado mi discurso, habreis podido notar que en él han brillado grandes bellezas y que ha sido oscurecido con grandes sombras y lunares: esas bellezas atribuidas únicamente al asunto de que os he hablado: esas sombras y lunares, son mios: por éstos os pido indulgencia, y estoy persuadido de que la conseguiré, pues nunca fué negada, por los que, como vosotros, sois generosos en concederla á los que, como yo, la necesitan ».

He dicho.

C. L. PERA.

El protestantismo fué ó nó favorable á la literatura y á las bellas artes (1)

No se me oculta, Sres. AA., la importancia é interes del tema cuyo desarrollo habeis tenido á bien encargarme, y la gran dificultad de cumplir debidamente con un empeño tan superior á mis fuerzas y talento. Sin embargo, me esforzaré en aducir, cuanto me sea posible, pruebas tan convincentes y claras de la verdad de mi proposicion, que espero no defraudar del todo vuestras legítimas esperanzas; aunque en todo caso me halaga la idea de que, donde falta mi palabra, que será con frecuencia, tendré en mi favor la de acreditados escritores y profundos pensadores que suplirán con ventaja lo que mi insuficiencia deje qué desear. Digo, pues, Sres. AA., que el protestantismo ha sido altamente funesto y nocivo á la literatura y á las bellas artes. En favor de la claridad he resuelto reducir todos los argumentos con que demostraré mi aserto á dos géneros: en las demostraciones que pertenecen al segundo género vereis cómo la experiencia ha confirmado lo que no podia ménos de suceder en la llamada *Reforma*.

Bastan las más elementales nociones de la verdadera literatura, y conocer el principio fundamental del protestantismo, para sacar abundantes pruebas de mi aserto. Sabida es la íntima relacion que existe entre lo verdadero y lo bello, y entre lo bello y bueno: literatura sin verdad, literatura sin moral, no es literatura; es un fantasma, mejor dicho, es un abuso el más lamentable de ella: así lo dice el simple sentido comun; así lo ha confirmado tambien la antigüedad pagana que, no obstante su poca ó ninguna escrupulosidad en materia de moral, estableció, como fundamento de la oratoria, la probidad del orador; y excluyó de los teatros las representaciones inmorales, y aún castigó con severas penas á los que, abusando del pensamiento, ó en términos más exactos, de la palabra con que se expresa, trató de desviar á la humanidad del sendero de lo recto y de lo bello. Ni podia ser de otra suerte: desde el momento en que la belleza debe elevar el alma, y no habiendo nada que más la degrade que las bajas pasiones, entendido se está que falsea completamente el arte y le da una criminal direccion todo aquel que se funda en otro principio que en el de la probidad, ó se deja guiar por otro norte que el de la verdad, aún en aquellas producciones que, por ser parto casi exclusivo de la imaginacion, pueden permitirse alguna más amplitud, y discurrir con más ó ménos libertad por los anchurosos campos de la ficcion, que debe ser siempre verosímil. Apliquemos brevemente lo dicho al protestantismo y aparecerá evidente la verdad que nos asiste. El protestantismo es el error y es la inmoralidad; el error, porque se ha apartado de la verdad de Jesucristo, y la inmoralidad, por-

(1) Declamado el día 29 de junio del año 1876.

que es la insurreccion contra la autoridad legítima; en una palabra, porque el protestantismo es heregía, ó como se ha dicho muy bien, la heregía de las heregías, porque las contiene todas; el protestantismo es la universal y absoluta negacion de toda la verdad cristiana, pues por el mero hecho de establecer como tribunal inapelable el sentir privado, la interpretacion individual, cuyo acierto no ha sido jamás garantido por ninguna promesa divina, niega no solamente la infalibilidad de la Iglesia, sino tambien renuncia por sus propios principios á toda norma y criterio de verdad; y digo, segun sus principios, Sres. AA., porque si la Biblia, y sólo la Biblia, interpretada por el individuo, es la fuente de toda verdad religiosa, encontrará en esa misma Biblia su tremenda condenacion, cuando dice: *omnis homo mendax*: todo hombre es mentiroso; y, ¿puede el hombre falaz ser la norma y el criterio de la verdad? ¿Puede el hombre, en asuntos de la mayor trascendencia, y las más veces de difícil inteligencia, puede, repito, ser juez competente y ofrecer todas las garantías de seguridad para basar sobre su palabra una fe viva y una esperanza firme? Se ve, pues, por estas observaciones breves, aunque fundamentales, la gran malicia y perversidad que entraña el protestantismo. Ahora bien; si se tiene en cuenta que los principios religiosos son la base de la moral y de todas las ciencias que, si no están fundadas en ellos, á lo ménos los tienen por norma; si se tiene en cuenta que en todos los actos de la vida y en todas sus obras se muestra el hombre lo que es, á saber: religioso ó irreligioso, creyente ó descreído, se comprenderá perfectamente el incalculable daño que á las ciencias ha causado el protestantismo. Éra éste el lugar oportuno de hacer una como reseña de las ciencias y demostrar en cada una de ellas el maligno influjo que ejerció el protestantismo; desde luego se presentará la filosofía que, apoyada en la teología, á la cual debia servir cual solícita y honrada familia, segun la expresion de un sabio, se sublevó altanera contra su augusta soberana, á quien en lugar de dar exacta cuenta de su proceder, exigió orgullosa la razon de cuanto se le mandaba aceptar; de aquí, Sres. AA., esa grande escasez de verdaderos filósofos que se nota en el protestantismo, porque desde que se sublevó contra la Iglesia de Dios y sacudió de su cerviz el suave yugo de su autoridad, se convirtió en eriazó que sólo produjo espinas, en vez de dar las flores y frutos que se produjeron siempre en los amenos y fértiles campos de la Iglesia verdadera. Quizá, mientras esto digo, se agolpan en nuestras mentes los nombres de algunos ilustres filósofos que parecieron venir del campo del protestantismo, tales como Leibnitz, Bacon; pero advertid, Sres. AA., que estos hombres y algunos otros que por el estilo podrian citarse, eran católicos de corazón y acataban á la Iglesia y sus doctrinas. Basta recordar los esfuerzos que hizo Leibnitz para volver el protestantismo á la Iglesia católica, ó mejor dicho, para allanar las dificultades que obstaban á tan deseada union; el respeto con que habla de la Iglesia católica, los elogios que él y Bacon tributan á los sabios y piadosos católicos

de su tiempo. Al contrario, recuérdense ligeramente los hombres que han sido más funestos á la filosofía, y los vereis salir del campo de la Reforma, ó á lo ménos, han vivido despues que el Fraile Sajon enarboló el trapo de la rebelion. Tales son Spinozza, Locke, Hobbes; y entre los modernos, Kant; y toda esa turba de soñadores panteistas, que como plaga han arrasado el florido y hermoso campo de la literatura alemana; y, si dado nos fuese discurrir libremente por los otros ramos del humano saber, no podríamos ménos de descubrir en la esencia del protestantismo los gérmenes de su destruccion y ruina.

Pero viniendo al campo de la literatura, ¿cuántos estragos no tenemos que lamentar, debidos, si no en todo, á lo ménos en su gran parte, al protestantismo? Y en efecto, Sres. AA., ¿qué genio verdaderamente poético ha producido la Europa que, si ha sido imbuido en los principios protestantes, no haya afeado sus obras con las desesperantes ideas y materialistas conceptos, propios de un alma que flota á merced de la duda, ó se siente oprinida por el amargo peso de un horrible fatalismo? ¿Y cómo hallar en la poesía protestante aquéllas composiciones ligeras pero llenas de gracia y chiste, efecto natural de un alma que cree y espera? Compárense los arranques de Shakespeare y Byron con los suavísimos arrebatos de fray Luis de Leon y las dulcísimas quintillas de Juan de la Cruz ó Teresa de Jesus, y se verá cuán poderosamente influyen las creencias del poeta en el estado de su alma y éste en sus composiciones. Si de la poesía pasamos á la oratoria, ¿dónde hallaremos en las áridas y descarnadas declamaciones del ministro protestante la gracia, uncion, abundancia, energía, profundidad y elevacion que á cada paso admiramos en el culto católico? Dónde hallaremos en el protestantismo un Bossuet, un Massillon, un Bourdaloue, un Fenelon, un Ségneri, un Granada, un Flechier ó un Neuville, para no hablar de un sinnúmero de oradores sagrados, que con tanta dignidad y fruto ocuparon la cátedra del Espíritu Santo, para gran gloria y lustre de la Iglesia y confusion y ruina del mismo protestantismo? y, ¡cosa singular, Sres. AA.! aún en los mismos oradores políticos y en los publicistas, se nota una inmensa diferencia entre los que profesan la doctrina católica y los que están tristemente imbuidos en los errores del protestantismo.

Hemos probado á priori, aunque no con aquella extension que mereceria tan grave asunto, que no podia el protestantismo ser favorable bajo ningun aspecto á la verdadera literatura y á las bellas artes. Réstame haceros ver en segundo lugar, como os lo habia propuesto, Sres. AA., que la historia y la experiencia están conformes en este punto con la razon. Sin entrar en los hechos verdaderamente vandálicos, digo mal, en que el protestantismo superó de mucho á los vándalos, destruyendo despiadadamente, en odio al catolicismo, las más bellas obras del arte realizadas en muchos siglos, aún en aquellos tiempos que los falsos eruditos de nuestra época se complacen en apellidar de oscurantismo; tambien épocas muy posteriores nos ofrecen, desgraciadamente, nume-

rosos hechos que son tristísima comprobacion de lo que vamos diciendo. No dudo que recordais las guerras de religion, promovidas en Alemania, Francia y Suiza, en que se destruian monasterios, templos y otros monumentos del arte, que, gracias á la virtud del cristianismo y á la verdadera idea de la belleza, que sólo él sabe inspirar, habrian sido la admiracion áun de aquellos que vivieron en los siglos en que el arte pagano llegó á su apogeo.

Pero os dije que no era mi intento describir esta luctuosísima parte de la historia, en que á torrentes se hizo derramar la sangre de los católicos y en particular de sus sacerdotes: la Inglaterra, la sola Inglaterra, durante el pacífico pero infame reinado de Enrique VIII, nos suministra hechos tan numerosos como vergonzosos de lo que hizo el protestantismo contra las artes. Oigamos por un momento lo que refiere un autor que ha presenciado lo que dice ó que lo ha tomado de autores nada sospechosos y en cuyo interes estaba más bien disminuir que aumentar sus relatos.

Dice, pues, así: « El anglicanismo, léjos de reunir libros, empezó saqueando y quemando las bibliotecas. Bajo Enrique VIII, la posesion de cualquier libro ó tratado en favor del primado pontificio, era considerado como un crimen, y el volúmen entregado á las llamas. En aquel entónces los compradores de las propiedades monásticas se servian de los libros para envolver la pimienta, la carne y las velas, ó para limpiar los zapatos; y los mutilaban, los arrojaban al mar, los mandaban á vender fuera, de suerte que los monumentos británicos sufrieron más por manos de los falsos reformadores que por las invasiones de los daneses y de los normandos ». Antes de la reforma, escribe un obispo protestante, habia en cada abadía considerable una gran sala llamada *scriptorium*, en la cual varios escribientes estaban exclusivamente ocupados en copiar libros para el uso de la biblioteca. En general, eran éstos los padres de la Iglesia, los clásicos, los historiadores. Juan Wethamsted, abad de San Albano, hizo copiar de esta suerte más de ochenta libros. Un abad de Clapembury hizo copiar cincuenta y ocho. En las grandes abadías habia ademas personas encargadas de apuntar los acontecimientos más notables que sucedian en el reino y extenderlos en anales al fin de cada año. Se hacian registrar en las abadías las constituciones del clero decretadas por los Concilios nacionales y provinciales, y despues de la conquista hasta las actas del Parlamento; de suerte que en esas casas se conservaban los anales y documentos más preciosos del reino. Se mandó á una abadía de cada condado una copia de la carta de las libertades concedidas por Enrique I, llamada *Magna charta*; depositáronse en el priorato de Bódirin cartas relativas al condado de Cornouailles, y se conservó en la abadía de Leicester y en el priorato de Keniworth un gran número de documentos, hasta Enrique III. Eduardo I ordenó investigaciones en todas las casas religio-

sas y en todas sus crónicas y registros, á fin de descubrir sus títulos á la corona de Escocia y establecerlos del modo más auténtico.

Una vez reconocido rey. envió cartas para que fuesen inscritas en las crónicas de la abadía de Wincomb y en el priorato de Norwich; y lo propio puede decirse de otros reyes y de otros documentos; de suerte que el docto Selden sacó de los registros monásticos la prueba más auténtica de los derechos de soberanía de la Gran Bretaña, sobre los pequeños mares. Mas, todo eso fué destruido por el anglicanismo, que pretende haber iluminado y civilizado la Gran Bretaña. Los satélites de Cromwell, dice un autor protestante, penetraron en los conventos, derribaron los altares para arrancar de ellos el oro y la plata, robaron las cajas, los armarios y los cofres de los monjes y de las monjas y arrebataron las cubiertas de los libros, adornados con metales preciosos. Estos libros consistian en manuscritos, y se habia empleado la mitad de una larga existencia en copiar uno solo de ellos. Librerías enteras, que se habian formado con el trascurso de siglos y siglos, y que habian costado sumas inmensas, fueron destruidas por esos malvados, despues de haber despojado las cubiertas de los libros de sus riquísimos adornos. Hasta aquí el citado autor protestante.

Bien veo, Sres. AA., que esta cita abraza más de lo que parece proponerme, pero he querido aducir íntegro este pasaje, porque pone muy de manifiesto que, léjos de edificar el protestantismo, destruyó gran parte de lo mucho y precioso que iba con solícita y delicada mano labrando el catolicismo, á quien, dicho sea de paso, se debe casi exclusivamente el que no se hayan perdido las más hermosas obras de literatura y los más interesantes monumentos del arte, y que hayan sido una y otra enriquecidas con valiosísimos tesoros, que el siglo ingrato en que vivimos, ó hace del que olvida, ó de cierto no da prueba de estimar en lo que valen. Cuán grato me sería, Sres. AA., hacer una reseña de los más célebres pintores, escultores, etc., de los países protestantes, y hacer de cada una de sus obras un análisis científico, es decir, segun las reglas del arte á que pertenece la obra, y de la belleza que puede presidir á todas ellas.

Allí veríais, no lo dudo, cómo era impotente el espíritu del protestantismo para producir verdaderas obras de arte; veríais que á sus cuadros y á sus estatuas, y á sus más grandiosas obras de arquitectura les falta esa vida, ese espíritu, ese no sé qué delicado y expresivo que sólo puede inspirar á sus obras el alma penetrada de la piedad y del sentimiento cristiano, el alma sujeta al dulce yugo de la fe, y á quien por lo mismo no niega el eterno y el infinito Artífice aquellas inspiraciones y aquella luz que sólo cuando vienen de Él, producen los sublimes efectos que pretende el verdadero arte; en una palabra, Sres. AA., veríais fundadas en el principio de Horacio *si vis me flere*; veríais, repito, cómo el protestantismo, que mata la fe, que mata la esperanza, que mata todas las virtudes cristianas, no podria dar vida á nada sino en cuanto conserva

algo del espíritu vivificante del cristianismo. Pido que os fijeis en estas últimas expresiones, porque precisamente con ellas quiero prevenir una objeción que con más frecuencia que razón ó fundamento suele hacerse en este y análogos asuntos. No hay duda que el protestantismo; diré mejor, los secuaces de las doctrinas del protestantismo han llevado á cabo más de una vez importantes obras de arte; precisamente, el siglo de oro de la literatura inglesa fué el siglo de la más sangrienta y cruel persecución contra el catolicismo. Isabel, la que siendo vergüenza de su sexo, fué como por escarnio y burla llamada *la reina virgen*, tuvo, no hay duda, muchos y verdaderos poetas que emplearon su talento en elogiarla, y hubo otros muchos que por sus brillantes composiciones, merecieron justamente el renombre de poetas. ¿Puede ser así subsistiendo la verdad de lo que llevo dicho hasta aquí? Sí, Sres. AA., porque aunque el espíritu protestante sea hostil al arte y á la verdadera literatura, no pudo, para felicidad de los países que invadió, extinguir completamente con su soplo abrasador todas las creencias y prácticas católicas. Es un hecho que la gran mayoría de los protestantes poseen un gran número de verdades católicas, y precisamente esas reliquias de catolicismo, ese espíritu que, sin sentirlo ellos, anima á las naciones protestantes, es la causa del gran bien que aún se nota en ellas: si álguien lo dudase, le bastaría para convencerse de lo que voy diciendo, registrar los libros de oraciones y prácticas de los protestantes, su legislación y muchas de sus instituciones, y se hallará en todo esto, por una verdaderamente admirable inconsecuencia que, mientras se protesta del catolicismo, se le admite y se le acata.

Ademas, su espíritu de agresión á la Biblia, aunque aparente y exagerado, por no decir fanático, pues en realidad el protestantismo es el verdadero corruptor de las Sagradas Escrituras; esta adhesión, decia, á las Sagradas Escrituras, hace que las hojeen con frecuencia; y como en una gran parte del pueblo hay sencillez y buena voluntad, aquellas sublimes y eficacísimas verdades, que se encuentran en las sagradas páginas, influyen más ó ménos eficazmente en el alma de estos hijos extraviados de la Iglesia, y neutralizan en gran parte los funestos efectos de sus heréticas doctrinas. No es de extrañar, por consecuencia que, poseyendo el protestantismo aún tanto de verdad católica, experimente sus efectos, ó lo que es lo mismo, no sienta todo el mal que por sí es capaz de producir su sistema destructor. En dos palabras: á lo que conserva de catolicismo, y sólo á eso, debe atribuirse lo mucho bueno que todavía queda en los países que desgarró la mano cruel de la heregía protestante.

Una prueba, Sres. AA., y no de poco valor, de que el mismo protestantismo confiesa mal de su grado lo poco que de él deben esperar las bellas artes, puede ser el interés y casi entusiasmo con que todos los que pretenden cultivarlas con esmero y sienten en sí la fuerza del talento ó del genio para distinguirse en su cultivo, se empeñan en visitar á

Roma; ¿qué digo? visitar á Roma en estudiar en ella los perfectísimos modelos, que, mejor que en otra parte cualquiera, allí se encuentran. Aún más; si hemos de creer á un concienzudo y erudito autor moderno, lo que hay de más bello y sorprendente en cuanto al arte en el gran palacio de cristal, que pasa por una de las maravillas de la actual civilización, son copias más ó menos perfectas de originales italianos, como que, en efecto, ántes de construirle y para adornarle lo más ricamente posible, se enviaron comisionados á Francia, Italia y Alemania, á fin de recoger los más famosos modelos de trabajos de arte. Reinan, por cierto, en toda su arquitectura unidad y sencillez, hermanadas con una majestad y belleza sorprendente; pero fácilmente se convence uno que sólo los monumentos de Italia podían inspirar su idea. Pues bien, en este palacio, en las salas del *Renacimiento*, están representadas las glorias de la Italia católica. Allí se ve claramente que se debe á los italianos la nueva vida de la arquitectura y de la escultura al espirar la Edad Media. Por último, podría decirse que el palacio de cristal es una apología de Roma y una refutación del protestantismo cón respecto al arte. Hasta aquí el citado autor.

En fin, Sres. AA., aunque con sentimiento debo poner fin á materia tan agradable. Sabido es los grandes daños que no ménos que al órden han hecho y hacen á las artes las sectas socialistas. ¿No podría con razon atribuirse en gran parte al protestantismo tan lamentables desafueros y perjuicios? Sí; y con tanta más razon cuanto que ha sido y es el protestantismo á quien deben desgraciadamente su origen, su vida y su fuerza estas funestísimas y destructoras máquinas, que el espíritu de la impiedad, hijo legítimo de la heregía, ha aplicado con tan funesto éxito al edificio social, que de las ruinas del paganismo habia elevado é iba perfeccionando el sagrado espíritu del catolicismo.

He dicho.

AMBROSIO LÓDOLA.

.. DISCURSOS FILOSÓFICO - MORALES

Sobre la fuente del verdadero patriotismo (1)

Señores Académicos :

En cumplimiento de la mision que se ha dignado confiarle la Academia, me propongo desarrollar un tema cuya importancia, principalmente en la época que cruzamos, es muy trascendental. Comprendo, y de ello estoy muy bien persuadido, que no era yo quien debia hoy ocupar este honroso puesto; el noble tema que se presenta á mi vista, exige fuerzas muy superiores á las escasas con que yo cuento; pero circunstancias que no ignora la Academia, me obligaron á aceptarla.

No busqueis, por lo tanto, profundidad en el pensamiento, ni belleza en la expresion dignas del asunto; sólo echareis de ver un noble esfuerzo por corresponder á vuestra confianza, nacido de la buena voluntad de no defraudarla, que es lo único de que dispongo. El asunto se me presenta vasto en argumentos, extenso en su materia y arduo en las dificultades, que procuraré allanar brevemente.

No es mi intento hacer la historia del patriotismo; heróicos patriotas hubo en todos tiempos y no hay nacion que no los haya contado, aún en la época de sus decadencias. Héroes hubo en Grecia como en Roma, aunque aquélla fuera la tierra clásica de los sabios, como ésta la de los bravos; durante la dominacion árabe en España, contó más héroes el pueblo dominado que el dominador, y aún en las tribus bárbaras del continente americano, tropezó el conquistador con hombres tan generosos, que pusieron más de una vez nó sólo á prueba, pero aún á riesgo de fracasar para siempre las denodadas empresas del valeroso ibero.

Ahí están Lautaro y Caupolican en Arauco; y ¡cuántos otros entre los guaycumes, calchaquis y guaraníes han dado bien en que entender á ejércitos aguerridos!

Creo que mi tarea debe reducirse, para tener algo de práctica y de

(1) Recitado el dia 4 de junio del año 1874.

útil, á descubrir las verdaderas fuentes de esta virtud sublime, única que puede hacer grandes á las naciones, y sin la cual no puede concluirse ninguna verdadera virtud cívica.

Si sólo hubiese de discurrir como católico, nada me costaría señalar su origen y su fuente que da vida y conserva el patriotismo: no se encontrará jamás un verdadero católico que no sea por eso mismo y al mismo tiempo un verdadero patriota. ¡Y qué hermosas páginas tiene escritas la historia sobre esos héroes sin cuento que ha producido el cristianismo! Se le encontrará no sólo en los campos de batalla, ni sólo en las tribunas ó en las cátedras, ni en la torreada fortaleza: entre verdaderos católicos, el patriotismo del pobre es el patriotismo del rico, del sabio y del ignorante, del que habita en palacios de mármol, como del que concilia su sueño bajo pajiza choza. Pero, repito, Sres. AA., no debo limitarme sólo al catolicismo, puesto que en los muchos siglos que le precedieron encontramos tantos patriotas ó que á lo ménos lo parecen. Alcibiades, Demóstenes, Aristides, Simon, Aristogiton y Armodio, ídolos de los republicanos en la Grecia; Fabio Emilio, los Gracos, Régulo, etc., entre los romanos, figuran como modelos de patriotismo; aunque, dicho sea de paso, no con tanta razon como Josué, Daniel, Júdas y la preciosa falange de los Macabeos, entre los judíos.

Definiendo el verdadero patriotismo, y diciendo que es « el acendrado y verdadero amor á la patria », aseguro á la par que es y debe ser una virtud, puesto que sólo la virtud merece la alabanza y encomio de los buenos, y nunca faltaron ni alabanzas ni encomios á los patriotas.

Con esto tenemos mucho andado para descubrir su origen, que debe ser altamente moral, que debe constituir un deber difícil de cumplir, para que se le juzgue con preferencia acreedor á las demas virtudes cívicas, á la eterna memoria de los venideros. De aquí colijo, Sres. AA., que el patriotismo arranca y brota inmediatamente de la abnegacion, que la abnegacion le da vida y le conserva con una lozanía simbolizada en el verde laurel de que se presenta siempre coronado el verdadero patriota.

Y efectivamente; si despues del amor á Dios nos dicta la ley el amor á la patria, no puede éste concebirse con la extincion del egoísmo, y la extincion del egoísmo no se adquiere sin el constante y continuo sacrificio de nuestras más caras inclinaciones y de todo interes personal.

El verdadero patriota debe olvidar su propia gloria para pensar en la de la patria, ó mejor, debe identificarla de tal suerte con la de aquélla, que sólo por ella y para ella la pretenda.

Debe olvidar sus propias incomodidades y aún la conservacion de su existencia, si el bienestar de su patria exige el costoso sacrificio de su sangre.

Ahora bien, Sres. AA.; ¿cómo puede concebirse tan prolongada serie de sacrificios sin que preceda el completo holocausto del egoísmo, es decir, sin la más constante y perfecta abnegacion? No habría más que recorrer, para persuadirse de esta verdad, los diferentes estados y condi-

ciones de la vida social, los diferentes empleos, cargos y oficios, que en aquélla puede desempeñar el ciudadano, desde el supremo gobernante hasta el más humilde y pequeñuelo de los gobernados.

Abnegacion necesita el soldado para abandonar su hogar, sin esperanzas, mil veces, de volver á ver en él las prendas más queridas de su corazón, para ir á fecundizar con su sangre tierra extraña, y en ella carecer aún de un puñado de polvo que cubra su cadáver y donde pueda fijarse una señal que diga al transeunte: *Aquí yace un bravo.*

Abnegacion necesita un juez para ser íntegro, desdeñando la gruesa y brillante suma con que querrian sustituir el derecho los que hallan la justicia.

Abnegacion necesita tambien el juez para mantener los fueros de las leyes, que sólo cuentan con su apoyo, en presencia del injusto poderoso que quiere hundirlo en el vilipendio.

Abnegacion necesita el legislador para dictar leyes que no sólo parecen contrarias á sus intereses, sino que aún le granjearán la tan constante como injusta animadversion de los que se creen con ellas perjudicados.

Abnegacion necesita el labrador honrado para abandonar al pillaje y cruel ambicion de un enemigo desenfrenado el pequeño espacio de terreno, que constituye toda su esperanza, y el modesto patrimonio que heredó de sus padres, y pensaba legar á sus tiernos hijos.

Abnegacion necesita el estudiante para abandonar el hermoso campo de la ciencia y el pacífico teatro de las glorias literarias, por los sangrientos y pavorosos campos de batalla.

Abnegacion necesita el escritor culto y profundo para trocar la pluma por la espada, y su modesto gabinete de lecturas por las bullciosas y enfadosas antecámaras de los gobiernos ante quienes debe desempeñar la alta mision que el suyo le confiara.

Pero, ¿para qué detenerme en enumeraciones minuciosas, en cosas de por sí tan claras, y que tan poderosamente confirman la proposicion que asentamos? La historia de todos los tiempos y de todos los lugares nos suministra en cada una de sus páginas argumentos sin cuento de la misma verdad.

Pero, Sres. AA., nos bastaba y aún sobraba consultar la historia de nuestra nacion para confirmar este verdadero pensamiento; y me complazco en que se me ofrezca esta oportunidad de ofrecer siquiera un pequeño tributo de admiracion al soldado de mi patria, dispuesto siempre á luchar en los campos de batalla con número duplicado de enemigos, despues de haber abandonado cuanto tiene de grato su modesto hogar.

¡Y es tan bello el hogar argentino iluminado por un sol brillante, colocado en risueña campiña, sobre la cual pródiga derramó la naturaleza sus galas, y que tan fácil como abundante corresponde al trabajo de quien la activa!

Pero no está en esto solo el mérito de nuestro soldado; su sufrimiento

á toda prueba en medio de la casi total privacion á que le somete el estado actual y demás circunstancias de nuestro país, sujeto una y mil veces á carecer aún de lo poco que exige su natural frugalidad, se lanza, sin embargo, como león al combate y resiste con ventaja en él, como si fuera de bronce, al empuje del enemigo bien pertrechado y avezado á la lucha.

No exagero, señores, si digo que nuestros ejércitos se componen de tantos héroes como soldados. Paso ahora, Sres. AA., porque el tiempo apremia, á hacer las prácticas reflexiones á que se prestan las ideas emitidas.

Ellas me dan el seguro criterio para distinguir el verdadero patriotismo, del egoísmo disfrazado con capa de tal. Siempre que á la sombra del que se llama patriotismo veamos cobijarse alguna intencion bastarda, algun fin egoísta, algun interes privado, alguna ambicion, algun odio mezquino, en una palabra, la satisfaccion de algun afecto innoble, podremos decir con toda fuerza de una irresistible lógica: *Aquí no hay patriotismo; quien tal hace no es patriota; el altar á la patria levantado se ha convertido en el asiento de un ídolo, del ídolo más repugnante del egoísmo; y el lauro con que piensa haber ceñido las sienes de la patria con más razon se convirtiera en negro crespon que nos anuncia con su luto, su dolor.*

Aunque como al principio dije, al tratar de una virtud de la cual hallamos rastros en todos los tiempos más ó ménos luminosos, creí conveniente prescindir del catolicismo, no debo hacerlo ahora; puesto que encuentro en él y precisa y exclusivamente en él, la más pura y sana doctrina, los más brillantes hechos de lo que he señalado como origen y fuente del verdadero patriotismo, la *abnegacion*.

Soldados como don Juan de Austria, como un Turena y como la legion tebana que capitaneó Mauricio; diplomáticos como O'Connell y Donoso Cortés; legisladores como Constantino, Justiniano, San Luis, rey de Francia y Alonso el Sabio; y heroínas como Juana de Arco, Jenoveva, Pulqueria, Isabel de Hungría, de Portugal y de Castilla, y otros mil y mil que de todos los estados, condiciones, edades y sexos, podia citar y cuyos heróicos hechos en favor de la patria jamas admirará bastantemente la historia, no beben su abnegacion heróica sino en la fuente del catolicismo.

He terminado, Sres. AA., mi pequeño trabajo; léjos está de mí, muy léjos, la idea de haber tratado como convenia tan rico asunto; pero me contentaria con haber excitado siquiera en vosotros el deseo de desarrollarlo mejor en circunstancias ménos apremiantes, como son aquellas en que me hallo.

Entónces convendria quizas examinar el carácter distintivo de los que saludamos como padres de la patria, para ver hasta dónde son dignos de tan glorioso título; y si habrá que deshojar algunos de los lauros que ciñen la sien de quien no supo merecerlos, ó si, al contrario, habrá que

multiplicarlos para que alcancen tambien justo renombre los que con sus hechos lo merecieron.

He dicho.

VICTORIANO ALBORNOZ.

..

Sobre la amistad (1)

Señores Académicos:

Por última vez en este año voy á ocupar un lugar en que tantos de mis colegas han brillado por sus talentos, tratando asuntos siempre dignos de vuestra ilustracion y de vuestro mérito; y á pesar de mi poca destreza en los campos de la oratoria, me atrevo á lisonjearme del feliz éxito de mi compromiso, precisamente porque el tema que me ha señalado la Direccion se halla revestido de un notable interes y es ademas eminentemente práctico. ¿Quién puede vivir, señores, sin un amigo? ¿No habria sucumbido David á su honda pena y á las no interrumpidas asechanzas que le armaba un poderoso monarca, si las dulces expansiones que le proporcionaba un corazon verdaderamente amigo, no hubiesen endulzado sus penas, y si la lealtad del generoso Jonatás no hubiese cortado los lazos en que debia verse enredado y sucumbir? ¿Quién puede vivir sin un amigo? Por otra parte, ¿quién nos pierde, comunmente hablando, sino un amigo? Verdaderamente, parece paradójico el que tanto contribuya á nuestra ruina ó á nuestra felicidad el amigo. No obstante, está muy léjos de existir tal paradoja; y si se entiende bien lo que es el amigo, se verá claro, que no lo es ni jamás mereció este hermoso nombre sino por un lamentable abuso del lenguaje, el que no esté pronto á ser lo que Jonatás con David, lo que Lelio con Escipion, lo que Gregorio con Basilio. Debemos, por lo tanto, poner todo nuestro cuidado en reconocer las cualidades que deben recomendar al verdadero amigo, y distinguirlo del falso. Yo no puedo abarcar en toda su extension asunto tan vasto, pero algo diré que contribuya mucho y sea como la base de cuanto deba pensarse al efecto.

Mirad cómo he formado mi proposicion: la amistad es un sentimiento altamente moralizador. La simple enunciacion de mi pensamiento nos da una regla inequívoca de conducta en asunto tan espinoso, y digo espinoso, porque nadie ignora cuán difícil sea hallar un verdadero amigo. Pero voy á concretarme más á mi tésis. ¿Qué es la amistad? es el afecto recíproco entre dos ó más personas, fundado en una correspondencia honesta, y en un trato consecuente: esto me dice el Diccionario de la

(1) Recitado el dia 15 de Noviembre del año 1874.

Academia. Pero no tiene el hombre necesidad de consultarlo para definirla también ó mejor que ella, pues los hechos hablan muy alto á ese respecto, y de esos hechos tenemos nosotros conciencia propia. El antiguo la definió: la unión íntima de los que piensan y quieren lo mismo: *idem volentium atque nolentium conjunctio*. Veis, pues, señores, que en el fondo, la amistad consiste en el noble afecto que se profesan los que armonizan en ideas y sentimientos. Mas, para que se palpe que se encuentra aquí un gran principio moralizador, permitidme reducir á tres los casos en que se encuentran los que han de ser ó principiado á ser verdaderos amigos. O bien piensan y sienten lo mismo por una idéntica ó semejante tendencia de su natural, de su educacion ó principios que han bebido desde sus más tiernos años, ó bien, aunque disientan en muchos puntos, profesando diferentes y aún opuestas opiniones, abrigan una decidida voluntad de uniformarse, ó en fin, no hay entre ellos ningun género de lazos ó conformidad de sentimientos. En este caso no hay amistad; y si en algun tiempo ha existido, terminará pronto, y ¡ojalá que termine de una manera pacífica! Digo esto, Sres. AA., porque es esta la única, ó al ménos, una de las más frecuentes causas de las numerosas rupturas que se notan, y que cuando no escandalizan, afectan dolorosamente el corazón que querría ver más lealtad y constancia en tan nobles relaciones.

Volvamos, pues, á los dos primeros casos en que sólo puede haber amistad verdadera. En el primero, cuando se siente y piensa de la misma manera, resulta una noble union de las inteligencias y de las voluntades, que harto contribuye á confirmar á la primera en la verdad, y á la segunda en el bien. ¡Cuántas veces, Sres. AA., una inteligencia jóven y por eso inexperta, en los tremendos momentos de la duda, ha sido sostenida poco ménos que á los bordes del abismo, por la ayuda y sólida reflexion del amigo, que ha venido á robustecer sus antiguas convicciones! ¿Quién duda que el respeto y el cariño han hecho más de una vez permanecer firmes y agrupados bajo una misma bandera á los que sin el dulce apoyo de la amistad, cual liviana paja, habrían sido arrastrados por el impetuoso huracan de la impiedad ó de las doctrinas revolucionarias? ¿Cuántas veces, en los momentos de agitacion, próximo casi á sucumbir al rudo empuje de la pasion, ha sido el amigo, y únicamente el amigo, el que nos ha contenido en los límites del deber, é impedido se echase una mancha en el nombre, que tarde ó nunca hubiera podido borrarse, y eso, sólo á costa de las amargas lágrimas del arrepentimiento, y despues de los sinsabores que trae consigo una ruidosa caída. Y no puede ser de otra suerte: porque el amigo, y sólo el amigo, en las dulces expansiones que dicta el sincero afecto, sabe y puede decir con oportunidad y el tino conveniente lo que de otro y en otras circunstancias quizá no sufriría un corazón orgulloso ó apasionado. No hay mano más segura que la del verdadero amigo para tocar sin cortarlas, las delicadas fibras del corazón. Aquella íntima persuasion de que sólo se busque y pretenda nuestro bien, que por él se nos enseña, por él se nos aconseja,

tiene un atractivo tan poderoso, que no puede resistirle el corazón, con tal que algo conserve de sensibilidad. Además de esto, ¿quién podrá poner en duda el poderoso é irresistible influjo que entre nosotros ejerce el valor y constancia que inspiran el tener un compañero que siga el mismo camino, sobre todo, cuando éste es difícil y prolongado! ¡Ah! Sres. AA., lo he oído decir más de una vez, y no tengo dificultad en persuadirme de ello, que si hubiese siquiera unos pocos buenos que con noble intrepidez y arrojo levantasen la bandera de la verdad y de la virtud, y se propusiesen defenderla á toda costa, hasta hacerla triunfar ó sucumbir envueltos en sus nobles pliegues, no sería el imperio del mal tan poderoso, ni se hallaría tan extendido como por desgracia lo está. Y esto, ¿por qué? Porque el ejemplo es muy poderoso, y porque las almas débiles con el apoyo moral se robustecen, y sirven á su vez para robustecer á otros haciendo así crecer el número de los buenos. Este es papel que desempeñan los verdaderos amigos: estimular, animar y esforzar á los que si se viesan solos quizá no darían un paso por el sendero de lo recto; ántes al contrario, serían triste víctima del que con astucia supiese aprovecharse de su debilidad.

Pasemos al segundo caso. Si no hubiese conformidad de sentimientos é ideas, se ve más claramente la acción moralizadora de la amistad. ¡Cuánto trabajo, cuánta solicitud, cuánto y cuán noble interés no ponen los amigos para armonizar sus sentimientos! ¡Y cuán fácil no es á un amigo conseguir los más completos triunfos en un campo bien dispuesto como es el corazón de un amigo! Después de los bellos cuadros morales que nos ofrece el apóstol cristiano y la solicitud y amor paternal, difícilmente se encontrará otro más bello que los que presentan los verdaderos amigos: no se paran ante dificultad alguna; no hay obstáculo bastantemente poderoso á impedir que el uno trabaje con ahínco y constante perseverancia en labrar la felicidad de otro, la cual no puede hacerse, como veis, Sres. AA., sin una serie de preciosos actos altamente morales y moralizadores. Sería este el lugar de referir mil y mil ejemplos que las historias de todos los tiempos nos ofrecen, de los importantísimos triunfos conseguidos por la amistad, sobre todo, cuando ésta trabaja ayudada por la gracia. Mudanzas extraordinarias, conversiones sin cuento, muertes edificantes. pero, ¿para qué extenderme en esto, Sres. AA.? basta decirnos, como última prueba y complemento de todas, que la forma que más comunmente toma el noble y puro amor, es precisamente la de la amistad. ¿Y qué es aquel hacerse todo á todos para ganarlos á todos del grande amigo de la humanidad, San Pablo, sino hacerse amigo de todos? ¿Qué significa aquel título de amigo de Dios, que se da á alguno de los más nobles personajes del antiguo Testamento? ¿Qué otra cosa es lo que hace el celoso misionero para ganar un alma extraviada que yace en el lecho del dolor, sino prestarle los dulces y consoladores servicios de la verdadera amistad? Pero, señores, tendría que recorrer todas las clases de la sociedad, para hacer

ver que en todas ellas ocupa la amistad un punto tan eminente, que parece ser la última expresión del cariño, del noble desinterés y del más fino amor. Para recordar á un padre tierno, decimos que es nuestro mejor amigo. Para dar más fuerza éste á sus consejos y penetrar más profundamente nuestro corazón, depone á veces su carácter y superioridad de padre, para llamarse nuestro primer amigo. En dos palabras; cuando se ha de clasificar el amor, se reduce á dos especies: el de concupiscencia y el de amistad: es escusado decir cuál lleva la palma y cuál es propio de las almas nobles, y cuál es el que se identifica con la caridad cristiana, reina de todas las virtudes. Con lo que llevo dicho, podría también probarse lo que de propósito no quise incluir explícitamente en mi proposición, á saber: que la amistad, á más de ser un sentimiento altamente moralizador, lo es de la misma manera poético. En efecto, ¿hay cosa más poética que el sacrificio? El sacrificio, donde se encuentra en todo su esplendor y toda su grandeza lo bello y lo sublime moral. Pues bien, señores; no puede haber amistad sin sacrificio; ántes bien, á la amistad se le podría llamar, con razón, fuente de sacrificios; ora porque de hecho los hace el amigo, ora porque debe vivir en la constante disposición de hacerlos. Y bien se comprende que para uno y otro, es necesario virtud, mucha virtud, gran virtud, Sres. AA.; y en esto, tengo en mi apoyo no sólo al cristiano pero aún al pagano, que con sólo la luz de la razón, no obstante las tinieblas que lo rodeaban, alcanzó á penetrar esta verdad, y la fórmula preciosamente por boca de Cicerón, cuando dijo: *amicitia nisi in bonis esse non potest*.

Con esto, señores, he respondido de antemano á una objeción muy obvia que á primera vista tiene todas las apariencias de sólida. Por ventura, se me diría: ¿no se encuentran muchas almas ennegrecidas por el crimen, y unidas, no obstante, para perpetuarle en mejor escala y con más seguridad, por los preciosos vínculos de la amistad? ¡Ah! no, señores, mil veces no; la amistad verdadera no fué nunca vínculo de la iniquidad. El malvado que se unió á otro por hacer mejor su hecho, no fué jamás su amigo. No fué jamás la amistad el lazo que une la gavilla de salteadores; fué el interés, fué el egoísmo, fué la pasión brutal, que para satisfacerse echó mano de cuantos medios encontró á su paso, y con astuta preferencia, de aquellos en que luce la virtud ó de que suele valerse. ¿Quereis la prueba de ello? Los amigos de ayer para el robo ó el asesinato, los veis hoy ensangrentándose y destruyéndose los unos á los otros, apenas llegó la crítica circunstancia de repartirse el botín. El verdugo de los malhechores se encuentra muchas veces entre los mismos malhechores: no así el amigo, que, lejos de especular con el amigo, está pronto á desprenderse de cuanto posee para ayudarle; el amigo que no goza, sino comparte sus goces con el amigo, sino divide la copa de la amargura que ha de beber el amigo, ó la apura él solo hasta las heces para impedir que acibare al que habría tenido que apurarla solo, si no hubiese hallado un alma noble que se llama amigo.

De lo dicho, se colige una cosa; que, aunque deseara acabar pronto para no seros molesto, deseo dejar aquí consignada, á saber: cuán difícil es hallar un verdadero amigo, y cuán indignos son por lo comun de tan bello nombre, los que con él se apellidan. ¿Pero habrá quien deduzca de este aserto que se deba renunciar á lo que tan difícilmente se encuentra? No, señores; todo lo contrario. Esto quiere decir que, si comprendemos toda la belleza y dignidad, toda la ventaja y sublimidad que se encuentran en la verdadera amistad, trabajaremos por librarle en nuestro corazon un digno y preeminente lugar. Sobre todo, cuando nadie mejor que nosotros cuenta con los medios de obtener tan bello resultado; y para que no perezca, quiero concluir con una lisonja indigna de quien la pronuncia, y más aún, de mi digno auditorio; me explico y concluyo. Los principios en que hemos sido educados, la cristiana cultura con que por un beneficio de la Providencia se nos ha concedido conservar, ensanchar y aplicar esos principios que tanto ennoblecen el alma y tanto contribuyen á la nobleza del corazon, son más que suficientes garantes de mi aserto.

JOSÉ MARÍA ESCALERA.

El verdadero patriotismo (1)

Señores Académicos:

Uno de los sentimientos más hondamente grabados en el corazon humano, es el amor patrio: no es necesario tener un conocimiento muy profundo de las tendencias del hombre para quedar plenamente convencido de esta verdad, que la historia de todas las edades y países confirma en cada una de sus páginas.

Movido por este resorte, el hombre es capaz de las mejores hazañas aunque para ello tenga que arrostrar los más grandes peligros y llevar á cabo los más heróicos sacrificios: excitado por esta fuerza mágica se hace á veces superior á sí mismo, es decir, un héroe, que llegará áun hasta ser la admiracion de los hombres y el blason de sus conciudadanos: guiado por esta luz, que clara brilla á su espíritu, puede descubrir el sendero de la gloria, para no parar ni cejar hasta que á fuerza de fatiga y afanes logre un puesto en su templo y una corona de sus manos.

Los importantes resultados que puede producir este sentimiento generoso, fueron sin duda los que movieron á los legisladores de los pueblos á poner en juego todos los medios de cultivar y desarrollar un gérmen tan fecundo de hechos provechosos, que aunque existe en todas las almas, sólo alcanza á desenvolverse en toda su extension en los corazones de

seres privilegiados, que contemplamos ceñidos con los laureles de la inmortalidad, lares que deberian ser, aunque desgraciadamente no siempre lo son, la recompensa de todos los verdaderos patriotas.

Variados y aún contradictorios han sido los sistemas empleados por los institutores, según fueron varias y contradictorias su religion y sentimientos: unos juzgaron que era más patriota el que más procuraba engrandecer los Estados de su patria, como muchos de los antiguos, haciendo consistir así el patriotismo en la fuerza material: otros procuraron inspirar este sentimiento fomentando ciertas virtudes aparentes, formando así un crecido número de ciudadanos, cuya sobriedad y frugalidad era tanto más singular, cuanto ménos se esmeraban en el cultivo de otras virtudes que, echando raíces más profundas en el corazón, producen á su vez frutos incomparablemente más provechosos que los que produce una estudiada tirantez en los actos públicos de la vida: otros, en fin, creyeron que habian tocado á la meta pretendiendo infundir el patriotismo en el corazón de la juventud por medio de la instruccion y de la educacion; pero olvidando las reglas á que deben sujetarse ambas para que sean sanas y aptas al fin propuesto. Sin embargo, apesar de estos medios empleados inútilmente en los tiempos antiguos y modernos, siempre ha quedado en pié el único que conduce al término deseado y con que alcanzaron á ser los que fueron los Kosciuskos, Bayardos y Pelayos. Probar la necesidad y excelencia de este medio será el objeto del presente discurso, cuya proposicion para darle la mayor claridad que me sea posible, formulo de la siguiente manera:

«El institutor que desee infundir en sus alumnos el verdadero patriotismo, debe, para conseguir su objeto, infundirles el respeto al hombre, el respeto á las instituciones y el respeto á la autoridad.»

El respeto al hombre le hace justo é intachable: el respeto á las instituciones le hace generoso y abnegado: el respeto á las autoridades le hace hombre de honor y celoso por ellas: y un ciudadano que reúne estas cualidades ya comprendéis que tiene el suficiente mérito para aspirar con toda la extension de la palabra al nombre del verdadero patriota.

El respeto al hombre consiste en el respeto de sus derechos; y así, quien tenga el primero no ultrapasará los límites de los segundos: el ciudadano pues que profese respeto al hombre no podrá menoscabar ni el honor, ni los bienes, ni la vida de éste, porque todo hombre tiene derechos que le garantizan la posesion de estas tres cosas: un hombre que tiene esta máxima por norte de sus acciones, no puede ménos de ser justo, porque la justicia consiste en dar á cada cual lo que le corresponde; y el ciudadano que es incapaz de violar ningun derecho dará necesariamente á cada uno lo que le pertenece por justicia; además, quien modele su conducta por este principio, será siempre intachable en su proceder. Ahora bien, si sólo, como acabais de ver, tiene estas dos cualidades quien acate en lo que se debe á los demas, necesariamente, el que

no tenga este acatamiento carecerá de la justicia é inculpabilidad que adorna á los que le profesan. Y un tal individuo no podrá ser el defensor de sus compatriotas, pues que nadie es defensor del mismo á quien injuria; y el que no tiene respeto al hombre, injuria á sus semejantes ultrajando sus derechos: no podrá ser un hombre en quien puedan sus conciudadanos confiar que empleará la fuerza de su brazo en favor de sus compatriotas, porque sólo se puede esperar este noble arranque de un corazón generoso y abnegado, y no lo tiene quien todo lo pospone á su bien propio, aún en perjuicio de los demás: será un hombre de quien todo se pueda temer, pues que el único atajo del crimen es la justicia, y el que no respeta á los demás no conoce ni siquiera el nombre de esta virtud: y ¿podrá conciliarse jamás el patriotismo, que es toda generosidad y grandeza de ánimo con el egoísmo, que seca en los corazones la fuente de todo sentimiento de abnegación y heroicidad? ¿Podrán conciliarse jamás la luz con las tinieblas, el orden con el desorden, la fidelidad con la alevosía? En virtud de esta razón, pues, me parece que entre los antiguos difícilmente podrían los institutores infundir en sus alumnos el sentimiento de la patria, precisamente porque entre los antiguos (hablo de los gentiles) faltaba la base del patriotismo, por decirlo así, ó sea el respeto al hombre: todos se gobernaban por la ley del más fuerte; y en una sociedad en que tiene lugar de principio el que la fuerza es el derecho, es imposible que haya respeto á los derechos individuales.

Desgraciadamente, la historia acredita esta terrible verdad: la corrupción más espantosa roía las entrañas del imperio romano, que se elevó á la grandeza que conocéis á favor de la injusticia y las arterias de la hipócrita política del senado romano: la vigésima parte de los hombres de entonces veía con impasibilidad y sangre fría á las diecinueve restantes cargadas de cadenas y marcadas con un sello ignominioso de la esclavitud: la roca Tarpeya y el peñón de Taigete eran enrojecidos con sangre inocente de millares de niños: eran raros los hombres públicos, si los había sólidamente virtuosos, es decir, cuya virtud estuviese basada en los sanos principios de la moral.

Por esta causa, las que se llamaban virtudes entre ellos eran más bien imitaciones de las que este nombre merecen, y estaban desgraciadamente viciadas ó en su principio, ó en su motivo, ó en su fin. Era necesaria una regeneración social, y esta regeneración sólo pudo ser llevada á cabo por el Divino Legislador, porque, como dice Chateaubriand, « el politeísmo nada ofrecía para cambiar la naturaleza salvaje »: era necesaria la religión cristiana, porque es la única que puede mover los corazones á amar la rectitud y odiar el crimen, y por consiguiente, la única que puede hacer que los hombres respeten los derechos de los hombres; así, pues, por el solo hecho de ser cristianos los hombres dan un paso en el camino del patriotismo; porque patriotismo sin moralidad no se da, y moralidad fuera de la religión cristiana es una contradicción.

Hemos asentado ya la base, por así decirlo, del patriotismo y bienestar social, á saber: el respeto al hombre y por consecuencia á sus derechos; pero esto no basta si sobre tan sólido cimiento no seguimos edificando.

De las instituciones que rigen á un país, unas miran á los hijos del mismo país, las otras á las naciones extranjeras, con las cuales se deben conservar y fomentar relaciones amistosas; el respeto á las instituciones, para que sea completo, debe, por consiguiente, extenderse á unas y otras. Esto supuesto, quien acate las instituciones de un pueblo es imposible que en cualquiera circunstancia, miéntras conserve este acatamiento, las desprecie con la no observancia de los preceptos y obligaciones que le exijan, y así velará por ellas con cuidado y solicitud, trabajando en lo que esté de su parte para que ningun otro las conculque, como quiera que su respeto á ellas no ha de ser una palabra vacía, sino un principio eminentemente práctico al cual se conformen los actos del ciudadano; quien de esta manera respete las instituciones no puede ménos de adherirse á ellas é interesarse vivamente en su conservacion y perfeccionamiento progresivo; y tanto mayor será esta adhesion cuanto lo sea la solicitud y trabajo que por ellas se emplee en virtud del respeto que se las profesa. Esta ha sido siempre la fuente fecunda en que bebieron el valor y el heroísmo los valientes que llevaron en diversas épocas y naciones su patriotismo hasta la abnegacion y el sacrificio. Oigamos, por un momento, á la historia, si es que ella ha de servir para confirmar alguna verdad.

En el siglo VIII, España ve sus dominios invadidos por la devastadora irrupcion de los musulmanes que derraman la destruccion y la muerte en sus campos y ciudades: las instituciones españolas son reemplazadas por la cimitarra del sarraceno: las almenas de los castillos del Mediodía y centro de la Iberia no son ya coronadas por los pabellones españoles, sino que son ocupadas por los prosélitos del Alcoran; mas entónces, cuando las mayores potencias europeas tiemblan al solo recuerdo de la media luna, se levanta del seno mismo de España un héroe, el ilustre Pelayo, que á la cabeza de un puñado de valientes alza el grito de libertad ó muerte y se lanza contra las huestes muslimes en que siembra más de una vez el pavor y la derrota.

Entre los siglos IX y X amenazan la existencia de la indomable Albion veinte mil guerreros furiosos y sedientos de sangre y fuego, que desembarcan en sus costas las flotas del Norte. Ven sus pueblos asolados, sus comarcas arrasadas, y lo que más aún aumenta su crítica situacion, su rey despedazado entre las garras de los invasores. Pero entónces, cuando todo presagiaba la ruina de Inglaterra, Alfredo el Grande, movido del amor á las instituciones de su patria querida, sale de los bosques donde se habia refugiado con los pocos que le habian acompañado en su destierro, ataca á las hordas danesas y el triunfo y la victoria coronan su valor y patriotismo. Mas aún.

Á fines del siglo pasado, un pueblo de héroes ve sus instituciones conculcadas y atropelladas por la ambición desmedida de una emperatriz cruel y codiciosa, que hace pesar sobre él el yugo de la opresión y el despotismo: un rey débil se hace instrumento y siervo vil de la codicia y tiranía: mas también en este pueblo desgraciado hay un héroe que, teniendo por divisa el lema de los bravos, «victoria ó muerte», logra enarbolar el estandarte de su patria en medio de su pueblo y á la vista de los tiranos: prosigue su obra librando mil combates por la causa sagrada de la emancipación de su pueblo y no la abandona hasta caer axánime acribillado de heridas el último de ellos envuelto en su estandarte y dando vivas al nombre de su patria. ¿Le conocéis? Es Kosciusko.

De lo dicho, bien claro se colige que es incompatible el patriotismo de buena ley con la indiferencia hácia las instituciones patrias, ó con el desprecio ó ménos aprecio de la dignidad del hombre: no defiende el brazo aquello por que no se interesa el corazón, ni por lo que no le inspira ni respeto ni amor. Por esto llamamos valiente á Febias, pero no le damos el nombre más precioso de patriota. Supo vencer á Tébas pero atropellando sus instituciones y las leyes de la justicia.

La misma queja puede elevar Platea contra Efodrias, y porque en materia tan importante no estará de más hacer algunas aplicaciones históricas ¿quién jamás negó á Catilina una intrepidez hasta el arrojo y un valor que sin duda rayó en heroísmo? pero si álguien se hubiese atrevido jamás á llamarle patriota, se habría creído con razón que blasfemaba de la patria. Y esto ¿por qué? porque no respetó al hombre á quien corrompia expreso para sus depravados fines: porque no respetaba sus instituciones, puesto que aún no respetaba al cuerpo venerable que regía los destinos de su patria, al senado. Mas, ¿qué digo Catilina? el mismo Sila, Mario y otros ciento cuya lista terminaría en el mismo Julio César y continuaría en degradante escala el último de los emperadores paganos, ¿cuándo merecieron el título de patriotas, quién osó dárselo sin uná lisonja que á fuerza de exagerada rayaba en ridículo? Pero aquí de citar nombres porque sería cansar inútilmente vuestra atención. Paso en consecuencia al tercer punto, que juzgo ser de tanto mayor interés cuanto más de cerca toca á nuestro asunto.

Continuamente oímos en este siglo encomiar el patriotismo de Garibaldi, Mazzini, Robespierre y demás demoleedores del orden y bienestar público, siendo así que nada hay más injusto, en mi opinión, que tal aseveración respecto de estos personajes: ¿por qué? porque, como vosotros sabéis, no rindieron el debido homenaje á las autoridades, y sin esta cualidad es imposible que se llegue jamás á ser patriota. Vais á verlo.

La sociedad humana es de tal naturaleza, por componerse de una reunión ó conjunto de seres racionales, que es imposible que pueda subsistir sin que haya un superior que mande y consiguientemente súbditos que obedezcan: de otra manera apenas se distinguiría la noble asociación de un grupo que puede ser de irracionales y no sería cierto además que

donde quiera que haya unidad ha de haber una cabeza que la rija y miembros que la obedezcan : esta autoridad, como quiera que está encaminada á cuidar de la observancia de los deberes de los inferiores, y éstos son de dos clases, deberes religiosos y deberes civiles, se divide tambien en dos clases, autoridad religiosa y civil : la autoridad civil está ordenada á velar por el cumplimiento de los deberes de los individuos como ciudadanos, ó en cuanto forman parte de la sociedad civil : la autoridad religiosa gobierna á los individuos tocante á la religion: la falta, pues, del respeto á las autoridades puede versar ó acerca de cada una en particular, ó acerca de ambas: no creo oportuno detenerme en probar si sería patriota el que no acatase á cualquiera de ambas autoridades : por consiguiente, sólo haré algunas ligeras observaciones que en materia tan trillada tendrán la fuerza de una demostracion dilatada. Efectivamente, hemos visto ántes que el respeto al hombre es una de las bases en que descansa el patriotismo del ciudadano hasta el punto de ser éste incomprendible, ó mejor dicho, imposible en quien no abrigue aquel sentimiento tan natural como justo: pues si esto es verdad hablando de un ciudadano respecto de otros que suponemos iguales, con más fuerza lo será con respecto á aquellos en quienes Dios deposita parte de su autoridad, y que segun la forma de gobierno los hombres mismos han señalado por una racional eleccion como dignos de ponerlos al frente de sus destinos. Por esa causa me parece, Sres. AA., (y no es esta una idea nueva) ser completamente incompatibles el patriota y el revolucionario: y que si alguna vez por desgracia vemos que se quieren reunir estos dos caractéres en un solo individuo, tenemos sobrado derecho para desconfiar, ó de la buena fe de quien nos habla, ó de sus suficientes conocimientos en la materia sobre que nos habla, y desde el momento en que aún en los seres más queridos, despues de un concienzudo exámen, encontráremos hermanadas cosas tan inconciliables, deberíamos negarles toda nuestra veneracion, como que han perdido todo derecho á nuestra gratitud y á nuestro respeto: es estõ tan cierto y tan racional, que, si bien os fijais, aún el más cínico revolucionario pretende cubrir con formas legales y basar en principios sanos sus actos de rebelion.

Con mayor razon podemos aplicar el mismo raciocinio al segundo género de autoridades á que me he referido: ¿puede ser patriota el que renuncia los medios más eficaces y dignos de influir en el bien de sus compatriotas? ¿puede ser patriota el que prescinde de la moral, fundamento indispensable al par que el más sólido de todo noble sentimiento? Y todo esto es la religion; y así la autoridad que la representa es eminentemente digna del mayor respeto y acatamiento, tanto porque la ejerce el hombre, como porque de un modo especial la ejerce en nombre de Dios: la historia nos ofrece ejemplos sin número que confirman hasta la evidencia lo que digo: ora cuando vemos á los verdaderos patriotas ofrecer brillantes modelos de sumision y reverencia á la autoridad religiosa, ora cuando vemos á los pueblos negar el laurel de los héroes á

los que parecían trabajar por merecerlo, desde el momento en que á los hechos gloriosos realizados en favor de la patria no añaden un testimonio evidente de su amor y adhesión á las instituciones y principios religiosos.

Celebradas fueron y mucho las palabras que en circunstancias bien solemnes pronunció el general Bolívar y que manifiesta la íntima convicción que aquel glorioso general tenía de nuestro aserto: «La union del incensario con la espada de la ley, es la verdadera arca de la alianza.»

Sentimientos análogos y conceptos tanto ó más expresivos que los aducidos podíamos citar de los grandes capitanes y héroes de todos los tiempos, y muy especialmente del héroe de Austerlitz y Arcola. Aún ántes que el árido peñon de Santa-Elena le fuese fecundo maestro de desengaños, se expresó de la manera más explícita sobre la importancia de respetar la religion, protegerla y fomentarla. No puedo resistir al deseo de aducir aquí un precioso y brevísimo diálogo que sostuvo Napoleon con Marseria, enviado de la Gran Bretaña, que le ofrecia de parte de Pitt una paz gloriosa con Inglaterra, si consentia en establecer el protestantismo en Francia.—«Marceria», contestó Napoleon, «acordaos de lo que voy á decir. Soy católico y conservaré el catolicismo en Francia porque es la verdadera religion, porque es la religion de la Iglesia, porque es la religion de mis padres y finalmente porque es la mia, y léjos de hacer nada para derribarla en otras partes, lo haré todo para afianzarla aquí.»

—«Mas, observad, repuso Marseria, que obrando así os atais con cadenas invencibles. Miéntas reconozcais á Roma, Roma os dominará.»

—«Marseria: hay aquí dos autoridades frente á frente: para las cosas del tiempo tengo mi espada y ella basta á mi poder; para las cosas del cielo está Roma, y Roma decidirá sin consultarme: está en su derecho.»

—«Pero, replicó Marseria, no sereis nunca completamente soberano ni siquiera temporal miéntas no seais jefe de la Iglesia; y esto es lo que os propongo, crear una reforma en Francia, una nueva religion, es decir, toda vuestra.»

—«¡Crear una religion! contestó el Emperador sonriéndose: para crear una religion es preciso subir á la cima del Calvario y el Calvario no entra en mis designios.»

Pero veo, señores, y con sentimiento, que se me ha pasado gran parte de tiempo sin entrar á hacer las aplicaciones convenientes en un asunto de por sí tan práctico: verdad es que son tan obvias las consecuencias que de los principios asentados se siguen, que no habria inteligencia tan limitada que por sí mismo no las desprendiera; pero mi deber es desprenderlas yo mismo para completar el desenvolvimiento de mi asunto, y voy á hacerlo con la brevedad con que he debido proceder y he procedido desde el principio; pues habreis notado que es mi pequeño trabajo más bien una argumentacion descarnada que un discurso académico.

Si el respeto al hombre y á las instituciones y sobre todo á las autoridades, y más que todo á nuestra sacrosanta religion, única verdadera, son la base del sólido y verdadero patriotismo, señalado está, y con muy claros indicios, el papel que debe desempeñar el sabio institutor para cumplir debidamente su alta mision, tanto más importante, cuanto que por lo regular se amolda la restante vida del hombre á los principios que se le inculcaron en su primera edad, y segun los cuales se le acostumbró á proceder.

Y en efecto: un niño á quien se habitua á mirar en los demas niños y en general en todos los hombres á hermanos suyos y á imágenes más ó ménos perfectas de la divinidad: un niño á quien se le inculca con frecuencia y de un modo fácil y práctico que ha nacido para labrar su propia y áun la agena felicidad y que ésta no se limita al estrecho círculo de la vida presente y que ademas no le es permitido, sin hacerse reo de un gran crimen, el abandono de tan sagrados deberes, á que corresponde tremenda pena como á su cumplimiento inmarcesible gloria, no puede ménos de abrigar en su corazon, estrecho por ahora, el precioso gérmen de un patriotismo tal cual admiramos en todos los seres que siguieron tan segura como por desgracia poco trillada via. Era este, Sres. AA., el lugar de citar esa falange verdaderamente brillante de héroes que ha venido formando la Iglesia con sus doctrinas, desde que pudo influir en la suerte de los hombres. Pero debo abstenerme, mal que me pese, no sólo por ser demasiado numerosa, sino porque os es sobrado conocida: sólo diré que los que se han grangeado el nombre de patriotas por haber sido educados y formados de la manera que llevo indicada, han labrado la verdadera felicidad de su patria; y fueron, en efecto, dignos de tal nombre; miéntras que aquellos que le usurparon por el aparente brillo de hechos que en la realidad no eran acreedores á este título, al fin y al cabo hicieron á su patria desgraciada.

Basta lo que he dicho para comprender perfectamente no sólo la importancia del institutor, que es como el delegado de los padres de familia para inspirar en los tiernos corazones y sencillas inteligencias las virtudes cívicas y religiosas, sino tambien la gravedad de los errores que en materia de tanta trascendencia pueden adoptarse y desgraciadamente se adoptan, quizá más que nunca en nuestro siglo. Y no es esto, Sres. AA., una exageracion, puesto que se hace alarde de instruir sin educar, y se sienta como base y principio de la instruccion el prescindir de la moral; sí, de la moral, porque por más que se palie con palabras más ó ménos deslumbradoras y por más motivos de justicia y conveniencia que se pretendan alegar, tomada la cosa en su verdadera realidad, sólo se pretende excluir á Dios y su religion santa, fuera de la cual no hay moralidad, para subrogar todo esto por unos cuantos principios de ciencia que más hinchan que aprovechan, sin reparar el daño que, áun civilmente hablando, hacen á la patria, helando el corazon de sus hijos y esterilizando, por consiguiente, y haciéndolo incapaz de las grandes y

hermosas emociones del verdadero entusiasmo, que es la vida del patriotismo, el origen de las proezas y el impulso poderoso que condujo á los héroes á la region sublime y admirada de la gloria, á que se elevaron para ser el blason de su patria, terror de sus enemigos y la admiracion del mundo.

CELESTINO L. PERA.

Sobre el destino del hombre (1)

Nada complace más al espíritu, Sres. AA., que el recuerdo de su origen y la perspectiva de su inmortalidad; su principio y su fin, la cuna de su existencia y la tumba de su descanso; cuna al mismo tiempo de esa inmortalidad. El hombre que en la marcha de la vida no ha aprendido á volver atrás sus ojos y contemplar las grandezas que se encierran en el cuadro del pasado, no creo que haya experimentado jamas en su corazon las impresiones de lo grande y de lo sublime; el que ha negado sus miradas al porvenir, los ojos clavados en su presente, ha ignorado por completo la grandeza de su mision y ha desconocido el destino de sus facultades. Relajada estaba únicamente á la rebelion del fatalismo la rebelion contra todas las sugerencias de la naturaleza, para entregarse á los brazos de una fria desesperacion!

Es noble, pues, y digno de nuestra mision, Sres. AA., el dirigir la vista al tiempo venidero, sin descuidar el pasado ni el presente, para divisar allá á lo léjos el término de nuestros afanes, la meta que ha de coronar nuestros esfuerzos, y acá en la tierra «el verdadero destino del hombre». Este es el tema señalado por la direccion de la Academia á mi humilde trabajo. Compadeced la escasez de mis fuerzas en su desarrollo, y aceptad en la sinceridad de mi propósito la simpatía que es capaz de inspirar el asunto que ocupará vuestra atencion.

¿Cuál es el destino del hombre en este mundo? He aquí la primera pregunta que debiera hacerse el mortal al asomar á las puertas de la vida. Viajero errante de las soledades de la tierra, al contemplarse á sí mismo y á cuanto le rodea, y al sentir dentro de su ser ese fuego, esa actividad, esa vida, debiera exclamar interrogándose: ¿Adónde he sido lanzado? ¿Qué es lo que debo hacer en él? Empero, no ha sucedido así, por desgracia. El sol que nace á un nuevo dia, la pálida luna que vela el silencio de los hombres, no avanzan un solo paso en su carrera sin dirigir de antemano sus rayos de luz á la exploracion de la senda que les trazara la voluntad del Criador.

¡El hombre, solamente! . . . solamente el hombre ha pretendido, en las

(1) Recitado el dia 14 de Setiembre del año 1879.

tinieblas de su razon y en la perversidad de su voluntad, oscurecer el derrotero, apagar el luminoso faro que le conduce con paso cierto al término de su fatigoso tránsito!

¡Terrible realidad! No alcanzo á comprender cómo aquellos seres que tienden á su fin de una manera completamente fatal ó instintiva, puedan conseguirle con más seguridad y certeza que el hombre racional dotado de inteligencia para conocerle y de voluntad para amarle y gozarse de su consecucion. No se explica sino admitiendo una inclinacion terrible de nuestra naturaleza al mal, inclinacion que hemos heredado de nuestro primer padre y de nuestra primera madre, proscritos del Eden.

Es cierto; llevamos la marca de la proscricion en la frente, y para borrarla tenemos que luchar hasta el sepulcro. Esta lucha se manifestará contra todo cuanto nos rodea, y más aún en nuestro ser, en el desconcierto fatal de nuestras facultades entre sí, en que las unas pugnan por derribar á las otras, hasta que la inteligencia colocada por Dios sobre todas ellas, emite sus fallos de verdad y de justicia; fallos que debemos acatar, siempre que ella juzgue en el ámbito de sus atribuciones.

Valgámonos de ella para distinguir nuestro destino. Pero ante todo, ¿es cierto que hay un destino señalado á nuestro ser?

Si lo hay ¿podemos conocerle con sólo nuestras potencias en su estado natural? No trepidamos en decidirnos por la afirmativa; todo ser ha sido creado para un fin. « Omne agens propter finem »; esta es ley de la naturaleza á la que no se escapa el último de los seres que entran en su formacion; es ley esencial á la sabiduría del autor de esa misma naturaleza, basada en la más alta filosofía, confirmada por el unánime consentimiento de los hombres.

Ahora bien; discurriendo sobre esta naturaleza (al modo que sobre la de los demas seres del universo) relativamente á Dios y al objeto propio de nuestras facultades, y no descuidando que cada ser tiene limitadas sus acciones y su tendencia á la esfera de lo que constituye su propia actividad y su naturaleza propia, se descubrirá y vendremos fácilmente en conocimiento de nuestro destino.

Éste puede ser considerado de dos maneras: en nuestras facultades, y en el objeto á que tendemos. ¿Cuál es ese objeto, capaz de suprimir la tendencia en que se agita nuestro ser? ¿Cuáles las facultades destinadas á su persecucion, y los medios más seguros para obtenerle? Consideremos todo por partes.

Objeto y fin confunden su significado: quien ha conseguido el objeto de su propósito, ha llegado al fin del mismo. Nuestro destino, pues, en cuanto al objeto, debe ser el término al cual tiende nuestro ser por el ejercicio de sus facultades, debe ser una cosa que del todo nos satisfaga, de la cual no podemos pasar, y en la cual, por decirlo así, descanse y se goce nuestro espíritu.

Todos los seres de la Creacion tienden á su fin segun las leyes de su

naturaleza; los seres inanimados tienden á su consecucion fatalmente, y por tanto, de una manera necesaria; los brutos por medio del instinto, el ser racional con las facultades del espíritu, que son las específicas de su naturaleza. Todo ser creado es una cosa incompleta que necesita su complemento para perfeccionarse; en esta perfeccion hallamos la felicidad y la dicha del reposo.

¡Felicidad y dicha! . . . hé aquí el problema grandioso que anhela descifrar la humanidad, la tabla salvadora que persigue en el naufragio de la vida! ¿Adónde irá el hombre que no busque en lontananza una felicidad?

Aseméjase en esta tendencia al resto de la naturaleza, pues que la libertad le abandona, se siente encaminado á un punto fijo, arrastrado por una atraccion insuperable, como la que ejerce el iman, y no puede ménos de querer esa dicha, ese bien. Aquel ser que pretende en su escepticismo repudiar todo bien como bien, toda felicidad como tal, es un ente monstruoso, ajeno de toda ley de órden y de creacion; es un demente cuyo tema es la supresion, el aniquilamiento de ese mismo deseo que le vence, que le domina, que le inunda. ¡Vano empeño! Esa felicidad nos persigue, y es para el réprobo que la ha abandonado una sombra fatídica, que aborrece al mismo tiempo que se rinde ante ella y es la más dulce esperanza, el más precioso bálsamo, el faro de ventura el óleo de vida para el que no desmaya ante las asperezas de su consecucion! ¡Felicidad . . . ! ¡vivamos en la perspectiva de esta santa, divina adquisicion!

Ahora bien; nuestra aspiracion está fija en esa felicidad; pero ésta no es sino el resultado de haber conseguido el último y absoluto bien. Este bien no se identifica con la felicidad misma, porque ésta es una mera relacion que toma su existencia en la adquisicion de aquel. Diremos, por fin, que el bien último es la causa de nuestra última felicidad.

De aquí, Sres. AA., voy á sacar una consecuencia que se desprende por un contraste sumamente lógico. Nuestra experiencia interna (y esta sería suficiente) junto con la afirmacion de cuantos han existido en el mundo, nos dicen, que ese deseo innato de felicidad que embarga nuestro ser y que vela sobre nosotros, como el ángel de las esperanzas celestes, es un deseo infinito, insaciable acá en la tierra; he aquí que á un efecto tal no puede corresponder una causa que no sea de su misma naturaleza; si nuestro deseo es infinito, insaciable acá en la vida, el bien que nos ocasione la satisfaccion de ese deseo, debe ser la fuente de todo bien, de una felicidad infinita.

Pero. . . . ¿la hallaremos en la tierra? Podíamos muy bien decir con el poeta: «¿En la vida? ¿En la muerte? ¿Dónde estais para mí? »

Escuchad lo que al respecto dice un sabio: «No, ni las riquezas, que son un bien meramente *útil*: ni el deleite del cuerpo, bien efímero, torpe, funesto; ni el honor, la gloria, cuya posesion no está realmente en

nosotros, sino más bien en el ánimo de quien lo tributa; ni sola la virtud, que jamas es en la tierra pura ni inamisible; ni la ciencia que jamas se sacia; ni los deleites espirituales que presuponen la presión del bien á que tiende la voluntad; ninguno de estos bienes puede reputarse por el objeto propio á que tiende la voluntad; ninguno puede ser denominado puro, ilimitado, perpetuo.»

Sin embargo, muchos de los filósofos antiguos y modernos han negado, no sólo la realidad y la existencia de una felicidad fuera de esta vida, sino tambien la posibilidad de una vida futura. ¡Triste, pero necio anatemata para el corazón que anhela una inmortalidad!

¡Grande y generosa debió ser el alma del hombre que exclamara, al hablar de la dicha:

«¿Ni al borde mismo de la tumba se halla? Ni al borde mismo de la tumba está. ¡Id más allá! . . .»

Este sí que supo comprender la naturaleza humana, su origen, sus aspiraciones y su fin.

En efecto; recorriendo la humanidad, ¿quién ha podido vanagloriarse de una felicidad completa en este mundo? ¿Acaso no ha experimentado un solo deseo en el fondo de su alma? Todo deseo implica privación, y toda privación es un motivo de desventura.

Ved por qué, no estando esa felicidad en ningún bien limitado, y siendo formada la Creación de puros bienes de esta naturaleza, siendo ella de por sí limitada y contingente, nos vemos en la precisión de salir de ella para remontarnos á las regiones de lo infinito, para elevarnos hasta el mismo Dios. Ese infinito es el que concibe nuestra inteligencia, ese Dios es el que adora nuestro corazón.

La vida actual del hombre es, pues, un tránsito, una peregrinación hacia otra vida más duradera; es el desarrollo de la perfectibilidad humana que, tendiendo de mejor en mejor y siempre con relación á su destino, busca un fin anhelado. Es un progreso incesante hacia ese fin, y no indefinido, como lo pintan ciertos filósofos; éstos, los progresistas, formulan sin pensarlo un sacrificio eterno é infructuoso en su opinión del progreso indefinido; sacrificio cuya víctima sería el hombre y cuyo tirano ó eterno verdugo el mismo Dios.

Las cosas de la tierra son bienes, pero limitados y relativos; y aún á veces dejan de serlo cuando no se ordenan y relacionan al bien supremo. Son bienes particulares de cada facultad, bienes que si no se subordinan al bien común á todas ellas, pierden todo su valor y llevan al que los percibe la mancha del pecado.

La felicidad, por consiguiente, en esta vida está en la tendencia de nuestras facultades hacia un bien supremo que no se halla en este mundo; en la aprehensión de los bienes particulares, en el cumplimiento de los fines próximos, pero siempre subordinados al bien último, supremo y común á todas nuestras facultades; y así como el bien particular, si no se halla en esa subordinación, deja de ser bien, y la negación del bien es

el mal ; de la misma manera, las facultades que no tienden á su fin de una manera subordinada perciben á aprehender solamente el mal.

El progreso de nuestras facultades en el conocimiento y en el amor de aquello que debe hacernos felices, ha de ser tambien ordenado de lo ménos á lo más, siguiendo el curso de la naturaleza. Este es completamente ordenado en todas las manifestaciones de su desarrollo, y en las evoluciones á que está sujeto su movimiento. Con razon, pues, ha dicho la filosoffa que : *Natura non facit saltum*.

Más aún ; el progreso de que hablamos no está sujeto á leyes necesarias, por lo mismo que reside en la voluntad del hombre, y es propiedad esencial y exclusiva de ésta la libertad. Los ancianos, que se aproximan á la tumba, no son precisa y necesariamente los justos y los buenos. Hay de todo en la vida. Son raros los ejemplos que nos presenta de ese progreso en el bien la sucesion de las naciones.

Hemos ya examinado, Sres. AA., el destino del hombre en el objeto á que tiende su ser. Pasemos á considerar las facultades con que se dirige á él. Brevemente deduciremos este segundo punto del primero, y así no molestaré vuestra atencion.

Hemos dicho que las facultades características del hombre son las del espíritu, por lo mismo que pertenece á un órden superior al de los demas seres de la tierra.

Esas facultades son la inteligencia y la voluntad. Cada ser tiende á su fin (lo hemos dicho tambier) con las que le son específicas. Más aún ; la inteligencia está destinada y tiene por fin último el conocimiento de la verdad evidente, la voluntad, el reposo en el amor de esa misma verdad. Aquélla es una facultad primaria, por decirlo así, ésta relativa por cuanto está destinada á suceder á aquéllas ó porque todo amor presupone un conocimiento.

El reposo de la voluntad es un resultado natural del conocimiento de la verdad evidente, es el efecto producido por la consecucion del último bien ; y por cuanto esto sólo puede ser conocido por la inteligencia, se sigue que ésta es la facultad apropiada con que el hombre llega á su último fin. La voluntad no es la que le consigue ; sirve talvez de medio ó de impulso y se goza por fin en su consecucion.

No sucede otro tanto en la adquisicion de los bienes particulares en esta vida, en la tendencia hácia el bien último. Esta tendencia es el tránsito, la tendencia hácia Dios. Ese tránsito es de preparacion y de eleccion, pues que gozamos entónces de la plenitud de nuestra libertad, y es propiedad exclusiva de ésta valerse de los verdaderos ó de los falsos medios para llegar ó nó á su destino.

Ahora bien ; la libertad, esa alternativa preciosa en que Dios ha colocado las determinaciones de los hombres, reside, como en un santuario, en la voluntad. ¡Santuario bendecido, santuario de amor que sólo debería estar abierto para Dios y para el culto de la virtud inmaculada !

Ved, por tanto, de qué manera esta facultad es la destinada en la tierra

al seguimiento de nuestra dicha en el cielo. La voluntad, sí; el amor, el deseo, la esperanza; hé ahí sus múltiples modificaciones. Amemos lo que poseemos, lo que deseamos, lo que esperamos, y en este amor está la única vida, la única felicidad, el descanso único del hombre acá en la tierra.

Parece que Dios ha querido hacer de amor nuestra misión en este mundo; parece que ha querido aherrojarnos á la felicidad con la cadena de los afectos; y como si pretendiera darnos de una manera necesaria esa felicidad que buscamos, nos ha dado la esperanza, el deseo, la necesidad también en esa sed de dicha; en una palabra, la voluntad.

Nada hay que pueda resistir á ese amor, á esa esperanza, á ese deseo y á esa necesidad: *Omnia vincit amor*.

Leyes de amor son, pues, las que deben dirigir nuestras acciones. Amar á Dios sobre todas las cosas, amar al prójimo como á nosotros mismos; hé ahí la gran legislación dictada por el Criador de la Naturaleza. Sin ese amor son inconcebibles los lazos de familia, los vínculos de la sociedad, toda afinidad y toda unión. Debido á esa ley, que no puede ser sino del cielo, llega un momento para los pueblos y naciones en que, olvidando toda siniestra reminiscencia, elevan sus vítores y canciones para celebrar el solemne himeneo de su confraternidad.

Reasumiendo, diremos: que el hombre está destinado á un fin y á una felicidad; que ese fin es Dios, y esa felicidad el conocimiento y el amor de sus divinos atributos.

Más aún; que siendo nuestra vida actual un paso hácia la eterna, nuestra felicidad está en ordenar la tendencia de nuestras facultades al seguimiento de ese Dios y de esa felicidad.

Habremos llenado nuestro verdadero destino en la tierra, en el momento en que se halla efectuado el cumplimiento de nuestros fines próximos bajo la subordinación de nuestro fin último y supremo.

Sres. AA., esta doctrina, que he desarrollado de una manera incompleta es la que se atreve á proclamar mi fe (y esto lo digo de corazón) y á la que más naturalmente se adhiere mi pobre inteligencia. Por otra parte, es también la doctrina del catolicismo, de que nosotros somos miembros.

No desechemos jamás estas ideas; llevémoslas hasta el borde del sepulcro, que allí más que nunca las necesitamos.

En la vida echaremos mano de ellas para la verdadera dirección de nuestros destinos: al dintel de la muerte, de esa muerte que nunca horroriza cuando la conciencia es inmaculada, nos serviremos de ella como un título á la adquisición de la felicidad que anhelamos.

He dicho.

LEONIDAS L. ANADON.

Diferencia esencial entre el hombre y el bruto (1)

Señores Académicos:

La naturaleza humana, nacida en los vergeles amenos del Eden, criada á la luz y bajo el cuidado de la razon, que debe guiarla á su felicidad, está obligada, por una ley eterna impresa en todas las inteligencias, á prestar sumision y vasallaje al Supremo Hacedor de las cosas y de los tiempos. Pero el hombre, no siempre fiel á la sublime mision que tiene sobre la tierra, se ha dejado arrastrar por el torrente desbordado de sus pasiones y apetitos, violando de esta manera la ley más sagrada de la Creacion. Su inteligencia, viva como los rayos del sol al medio dia, ha sufrido lamentables eclipses; su voluntad, oscurecida se ha rebelado contra su Criador, y en su orgullo, no ha trepido desmentir las palabras infalibles é inmutables de la eterna verdad. No han faltado hombres insensatos, que no mirando sino á la altura de su origen, han creido ver en sí mismos todo el esplendor de la inmensidad divina; pero otros, ménos temerarios que los anteriores, aunque más despreciables que ellos, no remontándose más allá de la esfera de lo sensible, no se desdían de ponerse al nivel de los brutos, afirmando sin rubor que una masa comun debió de contener el gérmen de la vida vegetal, animal y racional.

He aquí, Sres. AA., el término fatal á que conduce el apetito desordenado de adquirir fama ilustre en los siglos venideros. Arrastrado por este deseo, Cárlos Darwin, y más aún, algunos de sus incautos secuaces se lanzaron en pos de utopías ridículas, de sistemas indigestos; y no hallando á la mano una apariencia siquiera de verosimilitud para sus teorías, recorrieron el orbe con afán, se agitaron, volaron á todas partes donde les parecia hallarian su anhelado tesoro; fastidiaron al labrador, interrogaron al pastor, escudriñaron todos los rincones del callado bosque y de la selva oculta, y al fin exclamaron: «Lo encontré; mi origen fué una semilla, un gusano despreciable y asqueroso; los dias de mi existencia véense felizmente confundir con los de los irracionales; el hombre y el bruto han confraternizado, merced á las indagaciones de la ciencia.»

¡Ingenioso hallazgo, Sres. AA.; teoría sublime! Y ¿con qué objeto se entregan á tan árduos trabajos estos fanáticos sectarios de la ciencia? Desgraciadamente, Sres. AA., el intento de tan laboriosos indagadores era refutar al historiador sagrado del Génesis; sus pretensiones se extendian nada ménos que á negar la verdad de la Santa Escritura, la divinidad de nuestro Salvador; porque, decian ellos, que siendo indigno de Dios hacer por sus propias manos al hombre, más indigno debia ser el formar parte de su generacion, y el amar á la humanidad hasta el

(1) Declamada el dia 30 de Setiembre del año 1880.

punto de sacrificar su augusta sangre para curar las llagas que la tenían sumida en su lecho de muerte. Impío era su fin, y los medios de que se valieron no podían ménos de ser impíos.

Pero han sido vanos sus intentos, porque la naturaleza, Sres., AA., no injuria á su Criador, sino que canta sus glorias; toda ella es una sonrisa de su bondad, un resplandor de sus perfecciones y un reflejo de su inmensidad. Dios no se contradice en sus obras; y así como nació el mundo de su bondad, así el cristianismo nació de su misericordia; é insensatez atrevida es pretender que la naturaleza contradiga á la religion siendo ambas, obras de las mismas manos, amantes hijas de un mismo padre. La religion nos enseña que el hombre es el rey de la naturaleza sensible y la naturaleza lo confirma; ambas nos amonestan, aunque de diversos modos, que el hombre es un ser sumamente superior al bruto y que su inteligencia le eleva á un rango á que éste no puede alcanzar por más perfeccionado que le supongamos. La religion da leyes á un ser que sólo está sometido á su Criador y la naturaleza rinde al hombre su homenaje.

Tambien la razon claramente nos convence que el hombre es el dominador de lo que existe y difiere esencialmente del bruto, dejándole muy atras por su inteligencia; y hé aquí, señores, la proposicion que la Direccion de la academia ha tenido á bien confiar á mis débiles fuerzas, y que desarrollaré con la mayor brevedad que me sea posible.

Para esto, sigamos la marcha de la humanidad con todos sus cambios y vicisitudes; comparemos sus pasos con los que han guiado el desarrollo del bruto; y á la vista de los hechos arrancaremos de nuestra mente el asentimiento á una verdad que el sentido comun siempre ha tenido por evidente y palmaria. Y en primer lugar, vemos al hombre en los primeros tiempos que, mísero, desterrado y reducido al estado más infeliz, trocada su mansion florida por campos de abrojos y espinas, reduce las galas que adornan su cuerpo á unas toscas pieles. Una choza miserable es el albergue de los padres del género humano, que en su terrible dolor miran su frente marcada con el signo del proscrito. Sin embargo, su ánimo grande no se lanza en la desesperacion, medita sus desgracias, piensa en su remedio, ri-ga con su sudor la tierra infecunda que con disgusto le sostiene y le obliga á pagar el tributo que ántes le negaba. Más tarde se multiplican y se extienden las generaciones, y el hombre perfecciona sus vestidos; las pieles ya son labradas; el bruto le cede su lana, las aves su hermoso plumaje y la tierra le produce plantas que el hombre prepara y teje de los modos más diversos: su primitiva choza se convierte en imponente palacio: sus campos cultivados ven brotar de las manos del hombre ciudades populosas, adornadas con los asombros del arte, que circundadas de muros indestructibles é inexpugnables torreones, son el valuarte de la humanidad contra las iras de la tormenta y los furores del huracan, contra los asaltos de la airada fiera y las embestidas del ejército enemigo.

Y entretanto, ¿qué vemos en el bruto? Qué adelantos han coronado los esfuerzos de todas ó de algunas de sus razas? Reducido á fabricar su nido, á construir su madriguera, ó á procurarse el sustento conforme á la traza que en su instinto imprimiera el Criador, ve correr su existencia entre la alegría y penalidades de una vida agitada, cada padre lega á su posteridad el mismo testamento que recibió de sus antepasados, y cada hijo conserva las mismas costumbres que su padre le infundió con la existencia. ..Sus sociedades guardan, es verdad, la más bella armonia; pero ésta es inalterable en todos los individuos de una misma variedad, y prueba con su constancia la necesidad de sus actos, la imposibilidad de su alteracion y mejora.

El hombre, por el contrario, es regido por diversas costumbres en los diferentes tiempos y en distintos países; las leyes que dominan la humanidad son distintas en cada nacion, son variables y susceptibles de mejorar en la serie de los siglos. Ayer era bárbaro un pueblo y hoy ve brillar en su derredor la más ilustrada civilizacion. Aquel fecundo valle fué un tiempo escarpado monte, y este ameno prado, cubierto hoy de verdura, estaba ántes sembrado por la aridez del desierto. Aquí se elevan gigantescas moles de maciza roca; allí las ruinas de un portentoso templo perpetuan su memoria en los siglos venideros; más allá, un colosal castillo, circundado de la más rica vegetacion, nos manifiesta la magnificencia de nuestros antepasados. Aquella fuente, arrancada del seno de la tierra y magníficamente labrada, ensalza la providencia de un entendimiento humano; y la gruta cavada en vivo peñasco nos recuerda al mortal en comunicacion con su Dios. El lago maléfico se trocó en campiña amena; y el campo ántes estéril, vió brotar el torrente, que alimenta el verdor que ahora le hermosea. La barrera artificial que ataja los pasos del mar que se desborda en su furia, anuncia la robustez de la mano que supo poner un dique á las ondas encrespadas.

Estas son las obras humanas de que se halla henchida la tierra, mientras que el bruto, inalterable en el trascurso de los siglos, mira á su lado las incomodidades y las evita, si puede; pero no sabrá nunca remediarlas. Allí donde el hombre ó la naturaleza destruyó su obra, allí mismo se expone á sufrir una y mil veces la misma desgracia, sin acertar en las sabias providencias que puedan remediar el mal; y si algun reparo al fin pudo hallar, éste es el mismo en toda la especie ó variedad, en todos los tiempos y en todos los lugares: sus barreras contra las inundaciones que le afligen son siempre las mismas y en los mismos tiempos, aun cuando no amenace el mal que se previene, aunque tenga en las artes del hombre y en las otras especies modelos más perfectos que imitar. ¿Quién no comprende la diferencia de los diques del castor y los que detienen nuestros rios y mares? Tienen tambien los brutos sus obras de arquitectura, mas ¿quién confunde la choza del mono, el nido del zorzal con nuestras casas más sencillas, cuanto ménos con los grandiosos edificios de Roma, de Paris, de nuestra hermosa Buenos Aires?

Pero si en estas obras en que tiene el bruto alguna semejanza con el hombre, observamos una diferencia tan notable entre el progreso é industria de ambos, ¿qué diremos si examinamos las providencias que ellos toman para el desarrollo y perfeccionamiento de su existencia? Nunca el bruto, Sres. AA., pretendió abrir un hoyo para conservar el agua, ni para hacerla brotar del seno de la tierra, aunque continuamente tiene á la vista las que el hombre construye: jamas cultivó el menor trazo de terreno: mira indiferente al desierto y le deja expuesto al ardiente sol que le abrasa: ni ménos alimenta los animales que le sirven de sustento: sus cuidados sólo se extienden á la conservacion de su existencia.

Mientras que la humanidad conserva en sus fastos los genios inmortales que ha producido y levanta indestructibles monumentos para perpetuar el recuerdo de los astros que la han iluminado, cuyos resplandores brillan aún al traves de las edades que los separan del presente; el bruto ignorante de los tiempos que le precedieron, no puede dejar de sí otro indicio sino el polvo de su cuerpo que disipa el leve viento.

El hombre corre los mares; se une con las más remotas regiones; eleva sobre las aguas ciudades de transporte que vuelan sobre las ondas, desafiando sus furiosos; pero el bruto, si no sabe volar ó nadar, permanecerá siempre en un reducido círculo, incapaz de fabricarse el más insignificante medio de transporte.

La humanidad eleva sus ojos al cielo, contempla las masas celestes, considera sus relaciones, mide sus enormes distancias, observa las innumerables estrellas que tejen las nebulosas, y adonde no llega su vista natural alcanza con medios artificiales admirables; su entendimiento queda arrobado en la contemplacion de las obras de su Hacedor omnipotente y su corazon se enciende al contemplar su bondad; mas el bruto rara vez mira las maravillas que adornan la bóveda celeste y aún cuando las vea es insensible á su hermosura; nada interesante le ofrece su aspecto; sus ojos distinguen apenas lo que se les presenta; su ser no se conmueve ante el orden asombroso que decora el firmamento.

El hombre imita cuanto ven sus ojos; combina los varios objetos que abarca la inmensidad de su inteligencia y produce así las maravillas que son la admiracion de las edades. El bruto ve los mismos objetos materiales; mas es incapaz de percibir sus relaciones; todos sus actos manifiestan desconocer aquel mundo grande, maravilloso, infinito, el mundo de las ideas; la sensibilidad es su ley, el instinto es su dueño, mientras que la inteligencia rige al hombre y la voluntad le ordena.

La raza de hombres más degradada, el esclavo ignorante y casi embrutecido, sabe comunicar sus pensamientos, sabe considerar sus infortunios; forma sus planes de rescate, ó maquina su rebelion y la pone oportunamente por obra uniéndose con sus compañeros de miseria; pero los brutos más perfectos sufren sin dificultad las cadenas que los apresan, ó imprudentemente se rebelan, cuando más seguros están en las manos del que los oprime.

Pero en lo que más brilla la superioridad del hombre, es en el rubor que aparece en su rostro despues de una accion que reputa por vergonzosa; y el bruto comete los actos más inicuos y no comprende su significacion. El hombre se complace en la práctica de la virtud y el bruto manifiesta no conocerla en sus actos necesarios, regulados apénas por un incesante castigo, que el hombre hace sentir sobre su cuerpo; la generosidad, el heroísmo, las acciones ilustres, que tanto engrandecen á los hombres, son completamente desconocidas por el bruto; jamas se le vió perdonar á su enemigo; el poder, la fuerza material es el juez que falla en sus disensiones; sólo en raras especies del bruto se conoce el cariño al bienhechor, pero tambien se distingue claramente que todo él es guiado por el apetito sensible, perpetuo del bruto.

Hay ademas otra diferencia esencial, Sres. AA., y que quiero tocar ligeramente. El bruto no reconoce á un Dios á quien adore como á su causa y conservacion. Así lo manifiesta el largo trascurso de siglos que el bruto ha habitado sobre la tierra sin construir altar alguno, sin dar ninguna señal de culto; y si tuviera inteligencia, ¿no sería la primera idea que brillase en su mente la de un ser superior á quien tributase sus obsequios y adoraciones? Todas las naciones, por el contrario, en todos los tiempos han reconocido la existencia de la Divinidad que gobierna el Universo, á quien dirigen sus piadosas plegarias, porque confian en su poder y creen que existe para el bien de sus criaturas.

Nada, pues, en el bruto conduce á creerle un hombre ménos perfecto, como atestiguan los modernos falsarios de la filosofia. Las variedades no difieren tan profundamente unas de otras, que no se confundan en sus hábitos, y sus caractéres físicos se distinguen muy poco. Pero fijándonos en los caractéres del bruto y del hombre ¿quién no ve la gran diferencia que los separa? El hombre es naturalmente noble; sus modales revelan cierto orgullo innato en su ser; en su rostro y su talla resplandece una hermosura que el bruto está léjos de alcanzar; la viveza de sus ojos, la perfeccion de sus miembros, todo conduce á alejar el pensamiento de identidad entre estos dos seres que tan claramente se nos presentan como distintos.

Robustécense notablemente estas razones con el conocimiento del origen del hombre, que todas las naciones nos han trasmitido, pero principalmente el pueblo judío. ¿Quién no ha apacentado su inteligencia con la lectura de aquel que antonomásticamente se llama Libro por su maravillosa verdad? Pues bien, sin correr largos capítulos, abriendo sólo las primeras páginas, encontraremos escrito el nacimiento del hombre con bien marcados caractéres, que la fuerza de los tiempos nunca podrá borrar. Allí el narrador, sencillo como la verdad, nos demuestra cómo despues de haber creado el Hacedor Supremo los cielos y la tierra y todo cuanto en ellos se encuentra, complacido de sus obras, determinó darles un dueño que se pareciese al Rey eterno; verificó su pensamiento; miró al hombre y vió en él su retrato; y dióle al instante con su divino

aliento el señorío de cuanto se mueve en la tierra, de los habitantes del elemento líquido y de los que pueblan los aires. Firme, inmutable, ha atravesado entre los demas pueblos esta verdad la inconstancia de los tiempos, la mutabilidad de las preocupaciones y costumbres y las tinieblas de la fábula, aunque no con tanta claridad como en el pueblo hebreo. Los paganos, léjos de encontrar su origen en la rudeza del bruto, la iban á buscar en el brillante seno de la Divinidad, exagerando de algun modo sus altas pretensiones; lo que nos prueba el claro conocimiento que tenian de su nobleza, relativamente á la vileza del bruto. Y en efecto; la especial gravedad del hombre, sus formas nobles y elegantes y demas originales caractéres que le son propios, manifiestan el sopro que la Divinidad difundió en su gallarda existencia.

Tiene, pues, el hombre conciencia de su dignidad, y de la superioridad que le separa del bruto, y mira á sus semejantes como hermanos. Este convencimiento íntimo, que al mismo tiempo es verdad trasmitida de padres á hijos desde el principio de los tiempos, no puede despreciarse sin rechazar la más verídica historia; y Cárlos Darwin, al afirmar que el hombre recibe su origen de una masa comun con los demas seres, tiene contra sí el comun sentir de la humanidad entera, infalible en sus perpetuas creencias respecto á los hechos que no contradicen á la sana razon, como no la contradice el que el hombre haya recibido su ser de la mano misma del Criador.

No se puede, pues, identificar el tronco de que brotó el hermoso ramo de la humanidad con el que originó el ser puramente sensible, pues que tenemos argumentos positivos é irrefragables; miéntras que Darwin, Lyell, Falchoner, Tyndall y su séquito, que buscan allá en los tiempos que llaman prehistóricos el origen del hombre, en un gérmen comun con la planta y el bruto, en los protorganismos, no tienen otro fundamento que una hipótesis meramente gratuita, que no por haberla elaborado Cárlos Darwin, es una verdad inconcusa que la naturaleza tenga obligacion de corroborar. Los insignificantes hechos en que apoyan su utopía, á más de la fácil réplica que tienen en el sentir de los sabios de nuestros dias, están en flagrante oposicion con la experiencia constante de la Creacion. Ella nos enseña que ninguna especie se trasforma en otra, sino que cuando tiene lugar la generacion de un nuevo ser viviente, es de la misma especie que los individuos que lo han producido; y si, por excepcion á esta regla general del cruzamiento de dos especies resulta un individuo de especie distinta, este individuo es inferior á sus progenitores é incapaz de procrear. Esto nos manifiesta que sin suponer la existencia primitiva del hombre, es imposible su existencia actual. El ser humano es el más perfecto de cuantos habitan el orbe; y si hubiese sido formado por trasformacion de especies más imperfectas, se hubiese derivado un ser más perfecto de otros ménos perfectos; de lo cual no ofrece ejemplo la naturaleza, ni lo puede ofrecer, á no ser que destruyamos el principio de los filósofos: «nadie da lo que no tiene.» ¿De dónde

puede el bruto producir la inteligencia? ¿De la sensibilidad á la inteligencia no hay un abismo insondable? así nos lo enseña la experiencia; ¿Habrán visto los darwinianos algunas de sus pretendidas evoluciones de mono en hombre? Si es sólo una hipótesis, convéngase en lo impertinente de su aplicacion, porque teniendo lugar la hipótesis cuando no sabemos la causa del hecho que con ella queremos explicar, sabiéndose ya de una manera tan clara el origen del hombre y su diferencia del bruto, es ridículo por demas el presentar en nombre de la ciencia una teoría que viene á echar sombras en el punto más luminoso de los conocimientos humanos.

Insultó, pues, Cárlos Darwin y su séquito la dignidad humana; y su nombre no podrá ménos de trasmitirse á la posteridad entre el desprecio y el escarnio universal. Parece imposible que hombres que se precien de tales, se hayan rebajado hasta el punto de confundirse en medio de la ciencia con el bruto, que fué criado para su servicio; ¡tan oscurecida estuvo su inteligencia! Pero ¿qué tiene de extraño? quien corre por las perdidas sendas del error, vogará extraviado por ellas, hasta llegar al más lamentable de los abismos. Lamentamos su desvío; ellos buscaban fomento á su soberbia, y hé aquí cómo ella misma los sumergió en el fondo del vituperio; porque escrito está que « el que se ensalza será humillado. » Corramos nosotros distintas vias y sigamos los pasos de la religion; ella es ciencia divina; ella nos enseñará á admirar las grandezas del Criador que se reflejan en el hombre; nos mostrará los asombros que sembró Dios en los irracionales, pero tambien nos enseñará á medir las distancias que los separan del hombre. Oigámosla con atencion, y ella nos hará remontar hasta nuestro origen, y nos pondrá de manifesto nuestro verdadero fin, que no puede ser otro que la felicidad proporcionada á la elevacion é inmensidad de nuestra inteligencia.

He dicho.

MANUEL BOEDO.

DISCURSOS HISTÓRICO-LITERARIOS

Glorias y triunfos del pueblo argentino (1)

Señores Académicos :

Uno de los oradores más grandes de este siglo, el inmortal Donoso Cortés, al empezar el más admirable de sus discursos, pretendia cobijarse á la sombra del magnífico argumento que trataba, para que la grandeza del asunto, reclamando toda la atencion de su auditorio, no le diese tiempo á percibir la falta de elegancia y armonía que, segun él mismo, constituyen el alma de esa música del cielo : la elocuencia. Pero si esto decia aquel varon esclarecido, gloria de su siglo, prez de su patria y admiracion de todos los que como él poseen la más sonora y armoniosa de las lenguas, ¿con qué palabras podré yo expresar mi insuficiencia, y de qué modo alcanzaré, no á cautivar sino á entretener por un momento siquiera vuestra benévola atencion? Y en esta ocasion los sentimientos que me dominan no tienen por causa, como el grande orador que he recordado, una modestia que contribuye á realzar el talento desde que, como bien lo sabeis, soy profano é inexperto en el ameno campo de las letras.

Mas, la situacion me es felizmente propicia y favorable. En el mes que la tradicion y la gratitud nacional han consagrado á conmemorar las glorias de aquellos héroes inmortales que ornaron de oro y ciñeron con diademas de inmarcesible laurel la frente de su patria regenerada y libre; en el mes en que la imaginacion se embellece en el recuerdo de triunfos grabados á relieve en la página más brillante de nuestra ilustre historia, cuando los guerreros de Mayo hollaban audaces las enhiestas cumbres de los Andes para volar á la libertad de los oprimidos y los débiles de la una á la otra extension del Nuevo Mundo; en el mes, repito, en que entusiastas celebramos la magnífica epopeya de nuestra independencia, no en vano espero reclamar vuestra disculpa, porque tratándose de glorias argentinas, que me prometo recordar, vosotros, que

(1) Recitado el dia 28 de Mayo del año 1876.

tambien sentis latir en vuestros pechos corazones argentinos, mal podeis permanecer indiferentes á su elogio, siquiera sea torpe y vacilante la lengua que la ensalza.

Empero, los memorables hechos de que con justo orgullo blasonar puede nuestra patria, no necesitan de mis pobres acentos para ostentarse en toda su gloria y majestad. Ellos brillan por sí solos con vívidos resplandores, porque la luz, que difunden las glorias de la patria, es la del sol que si puede sufrir eclipses momentáneos, surge al instante con nuevos y más relucientes rayos, iluminando del Ocaso al Oriente los espacios. Recorred sino los fastuosos anales de la historia de la antigüedad, hojead las páginas de esas epopeyas fabulosas, que parecen delirios de imaginaciones orientales, y llamando á juicio esas edades de que apenas se dibujan los contornos al traves de los siglos, vereis desfilar á vuestros ojos á la ciudad que hizo inmortal el genio del divino Homero, á Troya, haciendo por diez años estrellar el valor de los helenos ante las murallas más resistentes que el granito, formadas por el pecho de sus generosos defensores; á las Termópilas, á Maraton y Salamina cavando la inmensa sepultura en que los griegos enterraron el poder y los ejércitos de Jerjes; á Numancia, en fin, arrastrando impávida los horrores de una lucha colosal, y al convencerse de la inutilidad de sus heroicos sacrificios, abrasarse en el fuego que redujo á pavesas sus despojos, para que el orgulloso vencedor, despues de su deshonra, no hallase sino las cenizas de sus hijos y las piedras calcinadas de sus soberbios monumentos.

¿Mas, qué habeis visto en esta rápida excursion por los tiempos que pasaron? Habeis encontrado sucesos dignos de la eterna admiracion de las edades, actos sublimes de denodado arrojo y temeraria intrepidez, hechos inmortales que permanecerán esculpidos en caracteres más indelebles que el bronce en el corazon de las generaciones todas; una luz, en fin, como os decia poco ha, que no se ha extinguido ni se extinguirá jamas.

¿Y sabeis por qué?

Porque las hazañas que, al correr de la pluma he diseñado, sintetizan tan sólo el desesperado é indomable heroísmo que infunde en nuestros pechos el amor santo y sublime de la patria; porque un pueblo que defiende sus hogares, al luchar por la libertad; combate por la vida, porque ésta sin aquélla es imposible.

Sin embargo, algo de más grande y generoso encontramos en los anales argentinos; algo que levanta el pecho hasta la region del entusiasmo, que agita de placer el corazon, y cuya memoria se acrecienta, si de acrecentamiento es susceptible ese fuego sagrado que se llama patriotismo.

¿No descubris ese algo? Vedlo en un pueblo que, nacido ayer, despierta á la libertad al sacudir un sueño de tres siglos, y que hartos ya de vegetar entre las sombras, quebranta denodadamente sus cadenas y las convierte en plomo vengador de su opresion y sus injurias. Ved á sus

hijos levantar la mirada ansiosa del humo del combate, precipitarse donde quiera que la patria reclama su concurso, y al consumir la obra inmortal de su heroica redencion, á la faz de la tierra gritar por tres veces: ¡libertad!

Pero su mision no se ha cumplido. Aún quedan hermanos que en las alas del viento les mandan los ecos de su dolor y sus pesares, y que ménos felices que los israelitas llorosos á la sombra de los sauces de la opulenta Babilonia, no leen en el porvenir sino la muerte, el término de sus infinitas amarguras. Escucha el argentino sus acentos, y al escucharlos no vacila. Mira víctimas y verdugos, y aunque su razon le aconseje el reposo, triunfa su entusiasmo que lo arrebató á conquistar nuevos laureles y más brillantes glorias. Y ved ahí la causa de la superioridad que en nuestra historia encuentro sobre la de otros pueblos que en lejanas edades batallaron.

Pero dejó á plumas más bien cortadas y ménos inexpertas que la mia la descripcion de esas espléndidas hazañas, porque es más humilde aunque, en mi entender, más fecunda y provechosa la tarea que me he impuesto, de celebrar las glorias y los triunfos de ese mismo pueblo en las luchas sosegadas y tranquilas de la amena literatura.

Señores Académicos:

Si hemos de creer á un profundo escritor é inimitable poeta de nuestra época, la palabra literatura, en su significacion más universal, comprende la religion, la moral, la filosofia, la legislacion, la política, la historia, la ciencia, la elocuencia, la poesía; es decir, todo lo santifica, civiliza, enseña, gobierna, perpetúa y encanta al género humano. Tratar, por consiguiente, de la literatura de un pueblo, segun mis pobres facultades y el tiempo de que puedo disponer me lo permiten en un desaliñado y rapidísimo bosquejo; tratar, repito, de los monumentos literarios de una nacion cualquiera, equivale, pues, en el sentir del escritor citado, á reunir todo lo que han creado los intérpretes de las ideas, sentimientos y creencias de ese pueblo, quiero decir, los traductores de la fisonomía y el carácter de la sociedad en que viven, en los variadísimos y casi pudiera agregar infinitos ramos que abrazar puede la inteligencia humana.

Propia é imparcialmente hablando, Sres. AA., en nuestro país no tenemos aún literatura. Es una confesion dolorosa talvez, humillante si se quiere, pero á la que, en justicia, no se le pueden negar los atributos de la verdad. Tuvimos y tenemos á la fecha literatos, si no acabados, elegantes y cultos; en eso que Lamartine llamaba la divinidad del lenguaje, la poesía, tenemos trozos admirables de delicadeza, de sentimiento ó de energía; en ese vivo reflejo de las tempestades populares, la elocuencia política, poseemos rasgos sublimes que enardecen el alma hasta en los arrebatos de la pasion, y á lo que podríamos llamar el testamento de la humanidad, con todas las grandezas que la elevan y todas las miserias que la humillan, la historia, contamos toques de mano maestra, pinceladas brillantes que no hubieran desdeñado Plutarco ni

Salustio; pero todos estos acentos, por levantados que sean, son apenas, permitiéndome la expresion, como las balbucientes voces de un niño que ya revela el genio, pero que aún carece de la gravedad y la madurez que sólo dan los años y el constante ejercicio de las facultades del espíritu.

Desearia equivocarme, y hubiera por ello sacrificado con gusto las reflexiones que anteceden, si no creyese que nunca hay mengua en la confesion de la verdad. Y mucho ménos la hay, Sres. AA., para un pueblo que, como el nuestro, en lo que la vida de un hombre dura, ha podido realizar todos los prodigios que constituyen ya sus merecidos títulos al aplauso y la admiracion de las naciones; para un pueblo que ha edificado entre los horrores de la guerra, que todo lo tala y lo destruye, que adiestrado cual ninguno en el manejo de las armas destructoras, no ha olvidado por ello el uso del arado que arranca á la madre tierra sus riquezas; que despertándose cada dia á los gritos de muerte de una nueva discusion, ha consagrado siquiera sus vigiliass al aprendizaje de la idea, para agregar tambien, apesar de su dolor y sus tristuras, un eslabon más á esa cadena misteriosa que borra los siglos por la trasmision del pensamiento, y que uniendo por su medio las generaciones de los hombres, á todas las enlaza íntimamente desde la aurora del mundo hasta el momento postrer de la Creacion.

Acompañémosle, pues, en su camino, y disculpando por hoy sus extravíos, corramos un velo á sus errores, que si tuvo culpas, están sobrado expiadas con las aguas lustrales de su llanto, y ni tampoco nosotros, sino la justiciera posteridad será llamada á pronunciar por ellas su condenacion.

Tres son, en mi humilde entender, los períodos que más notablemente se distinguen en la historia de las letras argentinas: el de su aparicion, el que me permitiré llamar de su ostracismo y el actual.

Analicemos brevemente el primero.

Cuando las colonias españolas, despues de derrumbar una opresion de tres centurias, se constituyeron en nacionalidades independientes, menester es confesarlo, lo hicieron más bien en virtud de la honda sacudida que imprimió á las instituciones todas del Viejo Mundo el brazo vigoroso del gran déspota que fué á extinguir su funesta existencia en un peñon aislado ó solitario del Océano; lo hicieron más bien, decia, en fuerza de las tormentas que señalaron los primeros años de este siglo, que porque hubiesen adquirido ya la conciencia de que habia sonado para ellas la hora de su gloriosa redencion, pues que no basta que los hombres, y así los pueblos que de éstos se componen, estén penetrados del instinto de la libertad si no saben comprender el precio inestimable que ella tiene. Así sus primeros pasos, como quiera que la senda que llevaban la recorrian á la merced de los sucesos, fueron por mucho tiempo vacilantes é inciertos, porque no es dable pasar repentinamente de las tinieblas á la luz sin que la viveza de sus rayos lastime la pupila.

Y hé aquí la causa del escaso valor literario que presentan la mayor parte, si no todas las producciones de aquella época. Pero tampoco es posible exigir más.

Nuestros padres debieron por sí solos formarse literatos, como se formaron estadistas, como se hicieron oradores, como se improvisaron héroes. ¿Y qué importa que sus inspiraciones carezcan de la pulidez que enseña el arte, de la cultura que el ejercicio proporciona y de las flores que adornan el estilo, si toscas, incultas y desaliñadas como son, hablan al alma y la estremecen en el lenguaje á veces brusco pero siempre sublime del corazón? ¿Qué importan las afectadas galas de la forma, cuando los afectos no se excitan, cuando la sensibilidad no se conmueve, cuando no arranca lágrimas la pulsación del instrumento, cuando no rompe sus cuerdas el vibrante clamor del entusiasmo arrebatado?

Y aunque no encontreis elegancia y galanura en las obras literarias de aquellos tiempos que se vieron á la vez en la obligación de crearlo todo, puedo aseguraros en cambio que nunca la voz del sentimiento arrancó más dignas y entusiastas armonías.

¡Acordaos de nuestro himno! Repetid una vez más aquellas estrofas inmortales grabadas á fuego en el corazón de todos los que se llaman argentinos, y en seguida intentad si podeis echar de ménos pureza y correccion en el lenguaje. Parece al escucharlo que se siente de nuevo resonar el rumor de los patriotas en su marcha, porque retratan de tal modo los acontecimientos que celebran, que se cree asistir nuevamente á las escenas de aquella época, que se oyen claros y distintos los ecos del combate, que se perciben los gritos de victoria, que, en una palabra, el tiempo no ha pasado, porque sus recuerdos palpitan todavía, como si no hubiera dejado huella su carrera que todo lo agota y lo consume.

Y este carácter no es sólo distintivo del Canto Nacional, sino de todas las producciones de aquella época de gloriosa y memorable recordacion. Se imagina uno al leerlas que el Continente sigue ardiendo en los horrores de aquella lucha colosal, y se nos figura ver escalando los Andes á aquellos « granaderos á caballo » que desde el Plata al Chimborazo fueron por doquiera difundiendo la semilla de la libertad y legándola generosamente con su sangre, hasta inculcarla arraigada y profunda, cual en ellos germinaba, en el corazón de los pueblos redimidos. Hé ahí el alma, la esencia, la apoteosis, diré así, de la poesía. Este hecho por sí solo constituye su mejor y más elocuente apología, porque si ni aún en el presente, en este período de escepticismo y decadencia, en esta edad de cobre, como la llamarán los que en el porvenir puedan juzgarla; si ni aún ahora, digo, el hielo de los años ha logrado secar la vida ni marchitar la animacion y el entusiasmo que estas obras respiran, ¿qué efecto no producirian entónces, cuando esa hermosa quimera que llaman gloria era el brillante ideal de todos los ensueños, cuando el ciudadano se confundía en la patria, cuando en sus aras se ofrecían sin vacilar el sacrificio y el martirio, cuando hasta en el aliento de las madres y el calor de su

arrullo desde la cuna recibian los niños la obligacion de defenderla, miéntras quedase una gota de sangre en las venas ó un latido de vida dentro de su pècho?

Y no busqueis en esos tiempos ninguna otra manifestacion de la actividad intelectual de nuestro pueblo. Las letras replegaban entónces, como ojalá lo hicieran siempre, la verdadera y sola aspiracion que preocupaba á la sociedad argentina; no habia más que una sola palabra: patria; un solo sentimiento: la abnegacion en su servicio; una sola aunque enérgica pasion: el entusiasmo por su causa.

Breve fué el acento, Sres. AA., de la lira con que nuestros vates entonaron la grandiosa epopeya de la emancipacion; pero sus vibraciones repercutirán en el alma de sus hijos, miéntras no perezca la raza de los que con orgullo blasonaron de este nombre. Sus postrimeros cantos resonaron al exhalar el último suspiro de su vida el mártir inocente del 1º de Diciembre. Pero. . . demos al olvido estos recuerdos, arranquemos esa página fatal de esa historia, y cuando el extranjero nos pregunte la razon de su silencio, digámosle: Ese dia la patria no existió, la lumbre de ese sol era mentida, la carrera del sol en esas horas no pudo contarnos á nosotros.

Mas, ya es tiempo de que nos detengamos por un momento á examinar el período en que la hospitalidad de un suelo extraño salvó á nuestra literatura de su completa ruina.

Terminada la época de los delirios y los sueños, la Nacion debió necesariamente comprender que en el mundo de la realidad no es la imaginacion la facultad á cuyos impulsos pueden las sociedades abandonarse sin peligro. Mayo en adelante pertenecia á la historia, sus timbres seguirian siendo el gran modelo de las generaciones del porvenir, y los nombres de sus héroes pasarian á la posteridad rodeados del aplauso y la veneracion de los que iban á recoger el fruto de sus inmensos sacrificios; pero, entretanto, el país debia conocer que era llegado ya el instante de empezar la árdua tarea de la reconstruccion. Desgraciadamente, Sres. AA., escrito estaba que habia de tener entre nosotros su más exacto cumplimiento aquella verdad que enseña que no se pasa rápidamente de la oscuridad á la luz, de la muerte á la vida, del autoritarismo á la república.

No quiero recordar los horrores de la época á que me vengo refiriendo; no debo repetir las odiosas escenas que esos tiempos presenciaron y no quiero ni debo abrir de nuevo heridas que manan dolores todavía, porque aunque lo intentara, no tendria tintes el pincel ni ardor la fantasía para retratarlos con acierto, cuando los recuerdan con elocuencia abrumadora los insepultos huesos de millares de víctimas del crimen, exparcidos aún por la vasta extension de nuestros campos solitarios.

Al subir, pues, á su mayor efervescencia la exaltacion de las pasiones, flotaron en la superficie todos los gérmenes de la disolucion y de anarquía que las exigencias de la lucha habian conservado hasta entónces en

las capas inferiores de la sociedad; y aunque despues de una desesperada resistencia por parte de los que en Mayo no miraban sino la aurora del sol que debia alumbrar para la patria más espléndidos y vastos horizontes, triunfó al fin de la razon el número, la fuerza de la idea, la iniquidad de la justicia, y la nacion del Plata que libertó la América haciendo recorrer su estandarte victorioso del uno al otro confin de sus regiones, la que arrancó de su pedestal al leon de España y arrojó al mar sus fragmentos destrozados, fué á humillarse despues, por una de esas aberraciones inconcebibles en la vida de los pueblos, á las plantas de un oscuro y abominable tiranuelo.

Veló entóncessu luz el sol de Mayo, se apagaron los ecos de la voz del patriotismo, y con llanto de dolor á un suelo extraño fueron á llorar sus infortunios todos los que ansiaban aire de libertad.

Nunca, me atreveré á decirlo, jamas el despotismo fué execrado como entónces con más robusta y poderosa entonacion. Poblábanse los aires de una nacion vecina al eco prolongado de las lúgubres lamentaciones de aquella generosa emigracion que, conservando vivo y ardiente bajo extranjero sol el culto santo de la patria, daba treguas á su dolor y sus congojas para confiar á las ondas del irritado Plata los temblorosos acentos de su ira.

Unísona se alzaba al mismo tiempo la voz de sus cantores, acordes maldiciendo al verdugo vil que la oprimia, miéntras que la indignacion de los proscritos, renovando el ardor de los que en tierra argentina desafiaban aún las venganzas del tirano, iba originando nuevas lides y nuevos y más gigantescos sacrificios.

Cupo entónces á la literatura nacional el cumplimiento de una mision sublime que me complazco en este momento en recordar, porque en ella no hago sino satisfacer una deuda de justa gratitud á los que así marcaron con su estima de indeleble oprobio la frente criminal de los traidores. Y es esa su gloria más legítima, ese su blason más merecido. Ella supo inspirar á nuestro pueblo la fe en el porvenir que habia perdido, la dulce consolacion de la esperanza que el soplo del dolor iba extinguiendo y el amor á la libertad que el rechinar de las cadenas sofocaba; ella contuvo los progresos del desaliento que amilana, de la duda que oprime, del indiferentismo que enerva y debilita; ella fué, en fin, la única tribuna levantada frente á frente del crimen triunfante, de la opresion orgullosa y de la demagogia desbordada.

Pocos fueron pero generosos y entusiastas los que se encargaron de esa noble tarea. La conservacion de las tradiciones y las ideas de Mayo entre el desencanto universal, la sublime protesta que en nombre de la civilizacion levantaron contra la barbarie vencedora y la actitud gloriosa que asumieron, prefiriendo las amarguras del destierro á autorizar con su silencio el reinado de la iniquidad y la humillacion, son los títulos que justamente les valieron la veneracion de sus conciudadanos en la vida, y despues de ella, á los que han pagado su fatal tributo á la madre

naturaleza, la gratitud imperecedera de un pueblo que, merced á ellos, no debe sonrojarse á la recorrlacion de aquella época de sangrienta y fatídica memoria.

Y en este período de la literatura fué tambien, Sres. AA., cuando prestó sus mejores servicios á la causa nacional ese poderoso motor de las ideas, propio y casi original de nuestro siglo: la prensa. Propagada ya en los tiempos de la revolucion, ella contribuyó á alimentar el entusiasmo y á mantener ardoroso y vivaz el pensamiento cuya conservacion preocupaba á todas las cabezas: la independendia de la patria. Pero entónces no era todavía sino un agente imperfecto, cuyo empleo fué el resultado de las grandes concepciones de esa edad de maravillosas conquistas, más bien que la lógica manifestacion del adelanto intelectual de nuestra sociedad.

Y aunque bajo la dominacion del despotismo, el nivel de la ilustracion no hubiera subido en alto grado, no faltaban ya inteligencias sazonadas en los árduos estudios de la ciencia que se hicieron felizmente los denodados paladines de la reaccion.

Bajo las murallas del último pero indomable baluarte de la libertad en el Plata, en el recinto de la histórica Montevideo, entre el estruendo poderoso del cañon, al silbar de las balas y á los gemidos de los que sucumbian al filo y al plomo del sicario, los emigrados argentinos alternaban, entre los horrores del combate y las luchas de la idea, los momentos de una vida enlutada y fecunda en sacrificios.

Y estos prodigios, no vacilo en decirlo, se debieron en gran parte al poder de la prensa, que fué el ariete que abrió más ancha la brecha al pedestal de sangre del tirano y la chispa eléctrica que, inflamando los corazones al calor de su fogosa propaganda, los animaba del más sincero y abnegado patriotismo.

Tributémosles en justicia este homenaje, siquiera en compensacion de las acerbas criticas que hoy debemos dirigir á su prédica desenfrenada y licenciosa.

Pero, ocupémonos ya del último de los períodos que anteriormente os indiqué, ó sea del presente. No voy, sinembargo, en las breves consideraciones que aduciré, á anticiparme á los juicios de la historia que están exclusivamente reservados á las generaciones del porvenir. Vosotros mismos vais á juzgarlo.

Como ya tuve el honor de manifestároslo alguna vez, en mi humilde sentir la época actual es muy poco favorable para el progreso de nuestra naciente literatura. Destácanse de vez en cuando en su horizonte luces que parecen destinadas á irradiarlo y son fuegos fatuos que brillan un momento y se oscurecen; apariciones que deslumbran y que se apagan luego sin dejar de sus huellas ni el vestigio. Y en mi opinion, Sres. AA., este carácter de versatilidad é inconstancia que distingue actualmente á las letras nacionales, no revela en modo alguno esterilidad ni decadencia.

Las artes liberales, que como quiera que por su índole especial no tienen ni deben tener jamás un fin positivo ó práctico, no pueden desarrollarse por sí solas sin el concurso inmediato y eficaz de los pueblos. Recordad sino cualquiera de las naciones en que mayor auge y esplendor han adquirido, y hallareis que sin el estímulo y la protección de las sociedades en que brillaron, nunca el espíritu humano hubiera creado las obras inmortales que recuerda siempre con orgullo y con placer.

Y esta falta de apoyo en la opinión del pueblo, esta confianza que hoy no pueden tener y que les comunica la seguridad de que el eco de su voz no ha de extinguirse, como el sonido en el espacio, son la causa de que al presente veamos las letras languidecer, porque carecen del aplauso que las vivifica y las reanima, así como vivifican y reaniman á las plantas los rayos del sol y el riego benéfico del cielo.

Varias causas pudieran señalarse para explicar esta dolorosa indiferencia; pero, salvando el más ilustrado parecer de los Sres. AA., en el humilde mio, la primera y principal es que en nuestros días absorbe y preocupa la atención de todos los ánimos un tema tenaz y constantemente debatido: la política. Vivimos en la lucha de opiniones encontradas; de sistemas opuestos, de ideas y nombres diametralmente distintos y en lid cada vez más azarosa y más revuelta; y que no deja lugar á que el espíritu se calme, porque ántes de que una se termine, ya los combatientes se aprestan para otra. Al exponer simplemente los hechos, no acuso; señalando la razón de nuestro estado literario, no ejerzo la crítica, ni tampoco repruebo un hábito del que me limito á indicar las consecuencias bajo el punto de vista de las creaciones del ingenio.

Y el hecho más digno de admiración, es que la prensa, el agente que más debiera favorecer la literatura nacional, es, por el contrario, la rémora que detiene é imposibilita sus progresos. Invasión el lenguaje por un sinnúmero de voces extranjeras, de locuciones viciosas y de modismos extraños á su índole; asaltada, y no retiraré la palabra, asaltada la tribuna de la prensa por escritores adocenados y ramplones que bastardean el idioma y lo corrompen, natural es que las obras contemporáneas se resientan de un influjo al que apenas es posible resistirse, cuando se ejerce á cada paso y bajo todos los aspectos incesantemente se trasmite. Y si agregamos á estas consideraciones la inaudita precipitación con que se escribe, trazando los conceptos ántes que la mente haya podido penetrarse de su precisa significación y su exacto valor, habremos señalado, en mi entender, uno de los primeros, sino el principal origen del mal que hoy aqueja al lenguaje y las producciones nacionales.

Señores Académicos:

He terminado por fin mi tarea, si no con acierto, por lo ménos con la sincera convicción de las verdades que he sentado. He sido duro alguna vez en las apreciaciones que me ha tocado hacer, he pintado acaso muy al vivo ciertas nubes que empañan el cielo de la patria; pero, al agradecer la benévola indulgencia con que me habeis escuchado, cúm-

pleme al mismo tiempo aseguraros que, si como argentino deséara vivamente borrarlas por completo, no he podido olvidar tampoco que paliando los defectos no llegaremos á arrancarlos de cuajo, sino señalándolos á la reprobacion de los que ante todo veneran la verdad, para que, al corregirse en adelante, el pueblo argentino llegue á formar la nacion grande, poderosa y feliz que nuestros mayores concibieron.

He dicho.

..

LORENZO ANADON.

Ensayo sobre el sistema colonial de los españoles en América. (1)

Señores Académicos:

Voy á entrar en un campo hasta aquí inexplorado en el curso de las investigaciones hechas por los miembros de nuestra modesta corporacion en el mundo de la ciencia, de la literatura y de la historia. Voy á ocuparme, aunque lleno de timidez y de zozobra, en un asunto cuya magnitud haria caer la pluma de mis manos, si no me alentase la misma consideracion de que su fecundidad inagotable basta por sí sola para llenar la laguna que en ese cuadro deje la huella de mi pincel descolorido. Así la energía del sentimiento hace un poeta del pensador más frio; así tambien el arrebato de la pasion vuelve elocuente en determinadas situaciones al hombre ménos avezado á las luchas fogosas de la palabra improvisada.

Mi tarea será fácil, sin embargo. Ella se reduce á ser el iniciador de una obra que vosotros más tarde llevareis á cabo. Para desempeñarla me basta colocar la primera piedra, porque ni el tiempo de que puedo disponer, ni mi notoria insuficiencia me permiten dar mayor latitud á este trabajo.

Debo hablar de un mundo cuya aparicion á la vida civilizada es el hecho más culminante que presenció la humanidad en el espacio de quince siglos. ¿Necesito nombrarlo? ¿Es menester indicar su posicion cuando se destaca con imponente majestad en el horizonte, proyectando de un polo al otro sus sombras en los mares que aplacan su furor ante sus playas?

¡América!... ¿qué eras ántes de que la intuicion profética del genio te hiciese surgir del fondo del Océano, al traves de ese *mare tenebrosum* que helaba de terror á los antiguos navegantes?

(1) Recitado el día 29 de Abril del año 1877.

Mi espíritu te ve, mi imaginación se figura descubrirte esplendorosa y pura, cuando eras la Virgen del mundo que inspiraba al poeta: ignorante del pasado y sin desconfiar del porvenir, embriagados los sentidos con el aroma embalsamado de tus praderas y tus selvas, reclinada á la sombra de bosques seculares bajo el cielo más hermoso de la tierra y gozando de los abundantes frutos que te ofrecía naturaleza exuberante de vegetación y vigor.

Leo la inocencia en el rostro de los sencillos pobladores de tu suelo, veo en sus costumbres patriarcales, en su exterior humilde, en sus palabras desnudas de afectación y de malicia, las pruebas de su estado casi primitivo, porque esos hábitos debieran ser los mismos que caracterizaban á los hombres nacidos al día siguiente de la Creación.

Todavía su existencia se desliza plácida y serena como las noches del estío; el soplo de las pasiones no ha levantado aún en su pecho las tempestades que agitan y desesperan al hombre civilizado; la libertad y la paz constituyen su única ambición, y el culto á las vagas tradiciones heredadas de tus mayores sintetizan todo su pasado, la sola historia cuya poética monotonía forma el derecho consuetudinario, si así decirse puede, que dará siempre ley á sus acciones.

Ninguna nube turba la limpidez del cielo de sus plácidos ensueños; no tienen ni quieren bienes cuya conservación ponga trabas á su absoluta independencia; el suelo de la patria les proporciona todo y el respeto de la tribu les garante todo lo que hayan menester cuando la nieve de los años paralice el vigor de sus cansados miembros.

Su religión no desmiente la rústica sencillez de sus costumbres: creen en una vida futura en que el Grande Espíritu les deje cazar libremente en las praderas; celestiales y por eso, cuando mueren, sus deudos depositan junto á la tierra que los guarda las armas predilectas del difunto, que deberá adquirir nuevos trofeos en los combates de la otra patria en que va á entrar.

¡Este es el cuadro! un continente inmenso, poblado por una raza de hombres ignorantes y cándidos que recuerdan los de la edad primera que nos describe la leyenda bíblica; un continente destinado á ser en algún tiempo el refugio de la libertad sobre la tierra, y que ha permanecido luengos siglos extraño al espíritu investigador de los inteligentes habitantes de la otra parte del planeta; un continente, en fin, que surge de improviso á los ojos absortos del mundo antiguo, evocado del centro de los mares procelosos por la piedad de una mujer heroica que ocupa el trono de Castilla y por la perseverancia incansable de uno de esos genios inmortales, á que el mundo llama visionario, aunque brille en su frente el rayo fecundo de una idea incubadora de grandiosos destinos para el porvenir de la humanidad.

Prescindamos de su descubrimiento, que no hace por hoy á nuestro objeto, para entrar de nuevo á poner las consideraciones que de su conquista se desprenden.

Sres. AA.: si en toda empresa que se trate de realizar, los medios han de corresponder siempre á la importancia del fin, empeemos por hacer justicia á la metrópoli, confesando que reducir un mundo á su dominio era una obra que sólo fué dable asegurar, teniendo á su servicio aquel temple de alma caballeresco y audaz que distinguia á los españoles del siglo XVI.

Recien concluida una contienda homérica, en que los castellanos habian lidiado setecientos años para arrojar la morisma al otro lado del Estrecho; el arte de la guerra constituia ya, para los descendientes del Cid y don Pelayo, una carrera necesaria, á que eran arrastrados por su historia, por las reglas absolutas de un honor, aunque mal entendido, generoso, y hasta por los impulsos de la sangre que de sus belicosos abuelos heredaron.

La nacion entera estaba penetrada de ese instinto aventurero que dió vida á los hidalgos, defensores obligados del huérfano y la viuda, paladines voluntarios de los oprimidos de la tierra y desfacedores de todos los agravios de que fuesen víctimas la debilidad y la inocencia.

Realizado con la conquista de Granada el superior ideal perseguido en vano por tantas generaciones, ese instinto guerrero del pueblo español exigia para desarrollarse un nuevo campo que no podia encontrar en su país despues de la union y tranquilidad que el matrimonio de Fernando é Isabel hubo asegurado á la Península.

La hora de la preponderancia de la monarquía habia sonado, y por eso la fortuna durante largos años estaba destinada á ser su esclava. Colon, este solo nombre es un poema, el genio de Colon abre entónces la puerta de entrada á otras regiones desconocidas, y en pos de sus huellas se precipitan valerosos los Ojeda, los Balboa, los Cortés, los Pizarro y toda esa pléyade de bizarros capitanes cuya espada, segun la expresion de uno de ellos, dió más reinos á la corona imperial de Carlos V que ciudades le dejaron sus mayores.

¡Siglo entusiasta y amante de lo novelesco y quimérico, Sres. AA., el siglo XVI! Parece como que hubiera tenido una revelacion de los destinos que en la historia de la humanidad le habia la Providencia reservado. El mundo entraba de lleno en una faz distinta; el feudalismo, esa institucion que personifica por sí sola el espíritu de la Edad Media, recibia á la sazón los últimos golpes precursores de su ruina; y las letras y las artes agregaban al catálogo de sus celebridades los nombres por siempre memorables, y los más de ellos no sobrepujados todavía, de Camoens, el Tasso, Miguel de Cervantes Saavedra, Shakespeare, Miguel Ángel, Rafael, Lope de Vega, y con ellos otros muchos que á la fecha brillan aún, y cada dia con nuevos resplandores, en el cielo artístico y literario de las naciones.

De otra parte, la autoridad, hasta entónces omnímoda, de la Sede pontificia se ve obligada á luchar en casi toda Europa contra la más formidable rebelion religiosa que recuerda la Iglesia en sus anales;

miéntras que la Reforma, niño que á favor de la proteccion secular y de la libertad de conciencia que mañosamente proclamaba, iba á saltos convirtiéndose en gigante; miéntras la Reforma, decia, amenazaba herir de muerte tódos los principios salvadores de que fué revelador el cristianismo.

El siglo XVI, asistiendo ademas por largos años á guerras tan encarnizadas, como son las que provocan los odios religiosos, no podia formar sino generaciones viriles en quienes lo maravilloso ejerciera ese poder de fascinacion que tiene sobre todas las imaginaciones exaltadas por el espíritu de una época turbulenta y desasosegada como aquella.

Así se explican naturalmente las hazañas que hoy nos parecen fabulosas de los conquistadores de América: ese valor intrépido de que en todas las situaciones hacian gala, esa audacia increíble con que acometian las más temerarias empresas, y lo que tiene mayor mérito, esa constancia inquebrantable con que soportaban fatigas inauditas, luchando contra los naturales del país, con el hambre y las fiebres, con las bestias feroces y los más grandes peligros de la navegacion, entónces en la infancia; vencidos algunas veces pero no domados, como si los animara un aliento superior á las débiles fuerzas de nuestra flaca naturaleza.

Sres. AA.: el descubrimiento del Nuevo Mundo, hecho único en los fastos de la humanidad, por su grandeza y resultados, vino á extender de pronto el reducido círculo en que lucharon hasta entónces los intereses de la Península.

Asombrados sus hijos de la prodigiosa vegetacion de las nuevas regiones, viéndolas pobladas por una raza de hombres que diferia por completo en ideas y costumbres de las que eran comunes en todos los países civilizados; seducida su imaginacion con las fábulas admitidas por la simplicidad de los indios, así llamados por creerse universalmente con Colon que la América formaba parte de los dominios asiáticos del Gran Kan, tan brillantemente descrito por Marco Polo: asistiendo, repito, los primeros conquistadores á todos estos espectáculos, que apenas podian concebir que no fueran soñados, no es de admirar que bajo la influencia de esa sobreexitacion que lo desconocido infunde, se diesen á pueriles supersticiones y pensasen firmemente que las tierras descubiertas encerraban prodigios que ellos iban por primera vez á revelar.

Sólo así es posible explicar cómo Ponce de Leon creyese en la existencia de una fuente de vida cuyas aguas tenian la propiedad de volver á los ancianos el vigor y las fuerzas de la juventud, y lo que es más increíble, que encontrase una multitud de aventureros resueltos á acompañarle con aquel objeto en una romancesca expedicion. Sólo así tambien, y para citar un caso ocurrido en nuestro país, podemos al presente comprender que durante más de dos siglos se explorasen afanosamente los desiertos del Rio de la Plata, para buscar la opulenta ciudad de los Césares, que la tradicion indígena decia existir en las pampas del Sud de Buenos Aires.

Asistiendo de esa manera á todas las invenciones absurdas de los naturales, se hacian correrías de centenares de leguas en que sucumbian la mayor parte de los que á ellas se lanzaban, á ciegas y sin guías, aunque siempre aguijoneados por un estímulo que es generalmente para los hombres poderoso: la sed de oro.

La posesion de este metal era entónces para los españoles la única ventaja positiva de la conquista; por eso á su adquisicion propendian exclusivamente los esfuerzos de todos. Los mismos monarcas le llamaban *el nervio de la riqueza pública*, y de ahí que por buscarlo, los colonos no siguiesen en la distribucion de las ciudades y en la organización del país, ninguna de las leyes que la Economía Política ha elevado despues á la categoría de axiomas, aunque algo más tarde las aplicase ya el espíritu práctico de los ingleses en la parte setentrional del Continente.

En virtud de esta importancia absoluta que se daba á ese mineral, ni la fertilidad de las tierras, ni la multitud de rios y medios naturales de comunicacion, ni la extension de las costas, ni la suavidad y la salubridad del clima, ninguna de estas condiciones que hoy se reputan verdaderos tesoros para la region que los posee, constituian en aquella época un país rico.

La riqueza estaba concretada á la abundancia de las minas, y esta creencia errónea estaba destinada á originar en el futuro incalculables males.

Descuidada enteramente la agricultura y olvidada de igual modo la industria, porque nadie queria prosperar por el trabajo, sobre todo si se tenía ó esperaba adquirir, mediante algunos miles de ducados, un título que daba derecho á tener sangre azul entre las venas; cegadas así, repito, las fuentes reales de produccion y engrandecimiento, el sistema adoptado para la colonizacion de estos países debió necesariamente resentirse del atraso de las ideas en boga, alimentadas tanto por el carácter rutinario de nuestros abuelos, como por la sórdida avaricia de otros que tenían interes en que reinasen.

La posicion de las principales ciudades fundadas en los tiempos de la colonia demuestra tambien la falta de método y prevision que caracterizaba á los españoles de aquella época. La riqueza metalúrgica era, como siempre, en este caso, la base que presidia á sus operaciones. Eriéronse de ese modo los centros más importantes de poblacion en terrenos malsanos, pero que encerraban el oro en sus entrañas; en lugares inhabitables muchas veces para la comodidad, aunque no para la codicia; escondidos en desiertos de tránsito difícil é inseguro y sin examinarse para nada la situacion topográfica, ni la dificultad de las comunicaciones que constituyen un elemento indispensable de progreso para las sociedades nacientes. Puede servir de ejemplo Potosí, que edificada, merced á las riquezas casi fabulosas de su cerro, en un sitio que se halla á inmensas distancias de la costa, llegó á poseer hasta ciento cin-

cuenta mil habitantes en los últimos años del siglo XVI y principios del siguiente, y que hoy está reducida á la condicion de un miserable villorrio, en relacion con la grandeza y el esplendor de su pasado.

Hay que agregar á estas consideraciones, para atenuar los desaciertos cometidos por la metrópoli en su conquista, que hasta el descubrimiento por Colon, ni siquiera se tenía idea en Europa de lo que eran y cómo podian administrarse las colonias. No habia al respecto otros precedentes en la historia que los establecimientos fundados en países extranjeros por los romanos y los griegos. Los primeros, cuando empezaron la grande obra de avasallar naciones, que redujo al fin todo el mundo conocido á su dominio, sintieron la necesidad de conservar sus tropas en los pueblos conquistados, para que no les fuéese dable sacudir en adelante el maldecido yugo. Estos destacamentos de soldados romanos, que no se confundian con las poblaciones que guardaban, constituian una especie de colonias, aunque no debe darse propiamente este nombre á fuerzas militares que no formaban sociedades distintas de la madre patria.

Antes que el pueblo rey, la Grecia habia fundado á su vez verdaderas colonias, mas de una manera enteramente diversa á lo que tuvo que usar España con las suyas. Por una ú otra causa, los griegos que abandonaban en grupos numerosos el suelo natal, se dirigian al punto en que habian resuelto establecerse, en él levantaban ciudades y radicaban allí definitivamente su hogar. Pero todas estas emigraciones se daban las leyes y adquirian las costumbres de su vida con entera independendencia del pueblo que dejaban, desligándose así completamente de los vínculos que unen siempre á la colonia y su metrópoli.

Los establecimientos españoles del Nuevo Mundo fueron, pues, Sres. AA., el primer ejemplo de una colonizacion en grande escala.

Pero desgraciadamente, y como de ordinario acontece en los ensayos, el aprendizaje fué difícil y los vasallos de la corte de Madrid las víctimas destinadas á sufrir las consecuencias de esta ignorancia de sus reyes.

No fué, sinembargo, el mal sistema empleado por los conquistadores el mayor de los males que su inexperiencia produjo, que al fin éstos eran errores inevitables, si bien fáciles de subsanarse con el tiempo en territorios donde la naturaleza ha hecho ostentacion de sus mejores galas. Son crímenes, verdaderos crímenes contra la humanidad, lo que originó la pasion frenética del oro, ese móvil fatal que desvia siempre las buenas ideas del espíritu y ahoga en el corazon todos los impulsos generosos.

Dije anteriormente que la posesion de este metal era por entónces para los españoles la única ventaja positiva que debian á la conquista.

De acuerdo, por consiguiente, con esa opinion, universal en la época, el furor minero, si es lícito expresarme así, dominó exclusivamente en todas las clases de la sociedad que se formaba. Faltábanles con todo para ello la dedicacion y la constancia que demanda el trabajo, y en su defecto apelaron al recurso que les era más cómodo y factible, siquiera

fuese pisoteando toda ley de justicia y de equidad: la esclavitud de los indios.

Aquellos infelices, de dulce y apacible condicion, de hábitos perezosos é indolentes, hechos desde la infancia á una vida que pudiéramos llamar contemplativa; nutriéndose exclusivamente de la caza y de los frutos, alimentos cuya frugalidad no podia darles el vigor que requiere la aplicacion á labores penosísimos como son los de las minas; aquellos desgraciados, digo, viéronse de un momento á otro sujetos á un régimen brutal que unas veces la razon de Estado y otras el interes particular les impusieron con violencias inauditas.

Obligados así á desempeñar tareas excesivamente superiores á sus fuerzas, la raza indígena, víctima del hambre y de las enfermedades consiguientes á la rarificacion y humedad del aire en los senos de la tierra; sin la resignacion necesaria para sobrellevar pacientemente sus desgracias; entregándose, en consecuencia, á la consuncion y al suicidio, que de uno ú otro modo ponian término á su desesperada situacion; por todas estas causas, la raza indígena fué destruyéndose en una progresion tan espantosa, como podrá concebirse del ejemplo siguiente: la isla llamada la Española (el Haití de hoy) que contaba un millon de habitantes al tiempo del descubrimiento, tenía apénas *sesenta mil*, solo quince años despues de haberla visitado en mala hora sus verdugos.

No es, Sres. AA., un espíritu sistemado de oposicion hácia la madre patria el que me hace proferir este epíteto, que acaso parezca exagerado, si no injusto. Reconozco, por el contrario, y me complazco en aplaudir sinceramente los nobles esfuerzos que desde la magnánima Isabel hicieron siempre todos los monarcas españoles en favor de los oprimidos naturales de la América. Si otras pruebas no existieran, bastaría para demostrarlo cumplidamente la lectura de las leyes de Indias, dictadas *ex-profeso* para la seguridad y garantía de los hijos de esta parte del mundo. No hay, en efecto, código alguno de leyes en que se tomen más solícitas precauciones para la felicidad y bienestar de un pueblo; no hay código en que, como en aquél, se lleven más hasta la nimiedad, puede decirse, los cuidados paternales que debe tener para con sus súbditos un gobierno civilizado y cristiano.

Pero, como dice muy juiciosamente hablando de esto mismo un hábil escritor: «la distancia que media entre el que dicta la ley y el encargado de darle ejecucion, la priva de toda su fuerza, áun bajo el régimen más absoluto; el temor de un superior demasiado lejano, para que pueda percibir las faltas y castigarlas en oportunidad, se debilita insensiblemente; y es esta la razon porque, apesar de la multitud de leyes del soberano, los indios gemian en la opresion, por la codicia de los particulares y por las exacciones de los magistrados que debieran protegerlos.»

En virtud, pues, de estas circunstancias que anulaban la accion del poder real, la raza conquistada se distribuia entre sus señores, como se reparte la tierra, en *mitas* en los países donde habia miuas y en *reparti-*

mientos y encomiendas en los otros que, como el Rio de la Plata, carecian de ese atractivo poderoso que dió márgen al establecimiento de los florecientes vireinatos de Méjico y del Perú.

Los padecimientos de los *mitayos* sobre todos, parecen más bien cuentos formados por la brillante imaginacion de los orientales que lúgubres realidades de la historia, cuando se leen las sombrías descripciones que de esas atrocidades nos han dejado los escritores contemporáneos.

Figuraos, Sres. AA., una muchedumbre de seres inofensivos y sencillos, despojados del más preciado de sus dones—la libertad,—y conducidos de igual modo á inmensas galerías subterráneas en donde deben buscar con afan el metal codiciado; imaginadlos rendidos al dolor y á la fatiga, respirando en una atmósfera infecta y deletérea, que no puede dar alimento bastante á sus ávidos pulmones; concebid qué existencia miserable arrastrarian, viviendo, si esa es vida, en cavernas más horribles que las más lóbregas mazmorras, entregados á todo el espanto de su desesperada situacion, macilentos y exánimes, viendo caer dia por dia heridos de muerte á sus compañeros de infortunio, sabiendo ademas que amasaban con su dolor y con sus lágrimas la odiosa fortuna de oscuros aventureros; reproducid, decia, en vuestra imaginacion este cuadro aterrador y tendreis una pálida idea de lo que eran las mitas; y ¡qué tortura no recuerda ese nombre aborrecido!

Pero apartemos ya la vista de esas escenas repugnantes, para fijarla complacidos en cuadros que destacan por el contrario la virtud y el heroísmo: tal así como, despues de haber presenciado los sangrientos espectáculos del patíbulo, necesitamos distraer la imaginacion y despejarla de las dolorosas imágenes que en ella tienden incesantemente á renovarse.

Sres. AA.; desde la apología entusiasta y vehemente hasta la crítica más destemplada y soez, todos los tonos se han empleado para aplaudir ó censurar la conducta seguida por los hijos de Loyola en sus célebres misiones del Paraguay.

Por lo que á mí respecta, debo decir, si he de ser leal, que lamento en este instante que nuestra academia haya sido fundada y se conserve bajo los auspicios de esos mismos apóstoles del Evangelio, porque así el juicio que forme de la obra que llevaron á término podrá parecer que me ha sido por ellos inspirado.

Lo expondré á vuela-pluma, sin embargo, confiado en que la hidalguía de los que me oyen se inclinará á creer que, apesar de mi reconocida incompetencia, puedo tener opinion propia á este respecto.

He manifestado ya las razones que impidieron el logro de los propósitos del soberano, tan latamente expuestos en las humanitarias leyes de Indias. Los naturales, pues, sujetos á la férula despótica del encomendero, como los siervos de la Edad Media adscriptos á la gleba del feudalismo, no tenian otro recurso que huir á sepultarse en el desierto,

ya que la comunicacion con el hombre civilizado les arrebatava el bien estimable de su querida independendia.

Mas el influjo poderoso que la Compañía de Jesus ejercia en esa época, á principios del siglo XVII, tanto en la sociedad como en los poderes seculares, le dió los medios de ensayar con éxito extraordinario un sistema de reduccion de indígenas que, basado en los preceptos salvadores del cristianismo, llegó á ser la condenacion más elocuente del bárbaro proceder de los conquistadores.

Dos causas primordiales habian influido hasta esa fecha para el escaso fruto recogido por los misioneros en la predicacion de nuestra fe: la tiranía con que eran tratados los indios que sinceramente la abrazaban y el mal ejemplo con que muchas veces los mismos fieles españoles contrariaban la propaganda de sus ministros.

Los prudentes jesuítas empezaron desde luego por remover estos obstáculos. Aislaron para el efecto sus reducciones de todo contacto con los conquistadores, muniéndose de privilegios emanados de la córte, que les concedió una autoridad discrecional sobre sus neófitos; en vez de la violencia emplearon su persuasion y el buen ejemplo, sacrificándose en aras de su felicidad con una abnegacion verdaderamente evangélica; halagaron su espíritu, amante de las exterioridades, estimulando al mismo tiempo su celo, con la designacion de corregidores, alcaldes y tenientes que hacian entre los indios de conducta irreprochable, aunque dependiente siempre del cura en sus funciones; establecieron la comunidad de bienes y la igualdad de clases como la mejor garantía contra la ambicion y la discordia en una sociedad nueva y sin las luces y la prudencia suficientes para entregarle en absoluto el ejercicio de una amplia libertad, é hicieron, por último, que cien mil salvajes, ántes reducidos á la condicion de los que hoy recorren nuestras pampas, adquiriesen los hábitos de la vida sedentaria, residiendo en treinta pueblos perfectamente administrados, con buenos templos, escuelas y talleres, en los que, teniendo el conocimiento del verdadero Dios, ejercian la agricultura y las artes mecánicas y aprendian la lectura, la escritura, la música y las consoladoras doctrinas de nuestra veneranda religion.

Tal fué su obra; si el filosofismo y la impiedad consiguieron destruirla por medios que la justicia y la moral reprueban, el mundo ilustrado é imparcial ha aplaudido, con espontaneidad y conviccion, la acabada demostracion que hicieron de que los aborígenes de América no forman una raza nacida para el embrutecimiento y la abyeccion. Ya la raza natural lo ha establecido; pero las preocupaciones del fanatismo y la ignorancia habian hecho, aún para los espíritus rectos, una especie de dogma de esa degradacion odiosa, recaida sobre millares de hombres, redimidos tambien por la sangre divina, derramada amorosamente en el Calvario.

Respecto á la conducta seguida por los jesuítas como cuerpo colectivo en sus misiones del Paraguay, me limitaré, Sres. AA., á tras-

cribir las siguientes palabras de un historiador argentino que no peca, á fe mia, de ultramontano ni de beato.

«Los trabajos, privaciones y enfermedades que afrontaban, con constancia inquebrantable, los hacen aparecer ante la posteridad superiores al comun de los mortales; y si las palabras heroísmo y santidad no se han inventado para calificar sus hechos y sus virtudes, yo no sé á qué pueden aplicarse con más precision y más verdad. Ningun peligro los detenía, ni el clima, ni las inundaciones, ni las fieras, ni el hombre salvaje, más terrible que todas ellas. El martirio fué muchas veces el término de vida tan trabajosa; y si algun interes temporal era el móvil que los inducía á soportarla, yo no descubro ninguno de los que ordinariamente sirven de estímulo á los que con más energía sostienen el combate de la vida: ni los goces materiales, ni la riqueza, ni el deseo de mandar; porque su compañera era la soledad, su vida la miseria, su primera ley la obediencia.

Pero observo, entretanto, que el espacio está lleno, y sin embargo, apenas llevo diseñados ligeramente algunos de los numerosos puntos que la materia proporciona. Para no molestar ya, pues, por más tiempo vuestra benévola atencion, me limitaré ántes de concluir á exponer con brevedad otras consideraciones necesarias.

El sistema de comercio seguido por España en sus colonias, como que estaba calcado sobre las ideas absurdas que predominaban entónces, no podia formar sino pueblos enfermizos y desposeidos de todos esos elementos de vitalidad que hace surgir en las naciones el libre cambio de sus productos y artefactos. Era un principio económico de la época que la comunicacion con los extranjeros es fatal á los progresos de la industria; y de ahí que el estanco, el monopolio y en general todas las restricciones comerciales fuesen impuestas con escrupulosa y hasta ridícula estrictez.

En la misma metrópoli, sólo Sevilla, y Cádiz mas tarde, podian tener directamente relaciones de comercio con las colonias. En la primera de estas ciudades residia la Casa de Contratacion, que tenía á su cargo y bajo su dependencia todo lo que se relacionaba con los asuntos mercantiles; y de los dos puntos salian periódicamente flotas que llevaban las manufacturas españolas á Méjico y Porto-Bello, cerca del istmo de Panamá, conduciendo en retorno los galeones (que así se llamaban los buques de guerra) oro, plata, y demas producciones americanas. Lima era, por su parte, el centro de un comercio de los artículos que venian por Panamá, y de donde se proveian Chile, el Alto Perú y las provincias argentinas.

Estas últimas debian, pues, recibir á precios fabulosos las mercaderías, ya caras por el monopolio de los comerciantes sevillanos, que daban la ley á este respecto, y aumentadas con el recargo consiguiente á los varios mercados y enormes distancias por que habian de pasar. Durante más de un siglo, en efecto, todo el comercio directo de Buenos Aires con

la Península se reducía á tres ó cuatro embarcaciones de escaso porte, cuyos armadores labraban pingües fortunas, siquiera fuese pésima la calidad de las mercancías introducidas.

Pero este exclusivismo odioso importaba una lucha de la naturaleza con la ley, en la que ésta tenía que ser vencida, como en efecto sucedió.

Los portugueses de la Colonia del Sacramento, cedida tan felizmente para estos países al gabinete de Lisboa, parecían los destinados á derogar en el hecho esas prácticas monstruosas, fruto del espíritu mezquino de los cortesanos de Madrid; y realmente supieron estar á la altura de esa misión, que bien puede llamarse humanitaria y progresista.

Apesar de los ojos de algunos de los empleados reales, apesar del descamino, de la confiscación y hasta de la pena capital con que era castigado, el *contrabando* abarrotó estas regiones de artefactos ingleses y franceses, llevó sus excesos á Chile y sostuvo en el mismo Perú, á mil leguas de distancia, una competencia ventajosa con las fabricaciones de la metrópoli, cuya industria atrasada no podía luchar por la elevación de los precios, con la calidad y baratura relativamente extraordinarias de los artículos extranjeros.

Hé ahí el origen de la preponderancia comercial de Buenos Aires, que aún se sostiene, sobre las otras plazas mercantiles de la América española.

Monopolio y aislamiento son, pues, por lo que llevo dicho, los términos que encierran el programa seguido por la madre patria con sus colonias del Nuevo Mundo. Á ello se debe la falta de preparación social, gérmen de tantas desgracias, en que encontró á estos pueblos la hora solemne de la emancipación. Sólo así también se puede explicar naturalmente que durante tres siglos se conservase un vasto continente uncido al carro de sus orgullosos conquistadores, que disipaban en el lujo, en la molición y en la holganza los inmensos tesoros que para ellos arrancaban á la tierra sus esclavos: tesoros que, por una ley inmutable de la historia, debían detener el progreso de estas sociedades, preparando á su vez la decadencia sucesiva con que fué marchando sencillamente hasta su ruina la poderosa monarquía de Carlos V.

Sres AA.: resumo y conluyo. Podía, además de lo que dejo dicho, haber considerado el gobierno eclesiástico, la organización civil, rentas, educación, clases sociales y administración de justicia de estos países; pero ni el tiempo que es de práctica debo emplear me lo permite, ni aún en distinto caso, habría podido dar mayor latitud á este bosquejo, en medio de mis otras atenciones necesarias.

Juzgo oportuno, sin embargo, que ántes de concluir, de las premisas sentadas deduzcamos las consecuencias que aún pueden ser útiles al porvenir de nuestra patria.

Hemos visto en compendio los fatales resultados que origina la sed de oro; cómo esta pasión produce el odio al trabajo, la paralización del comercio, el quietismo de la industria: hemos visto que no es como se

creia, « el nervio de la riqueza pública », sino un motor, acaso indispensable, pero no el único que impulsa á las naciones por la via del desenvolvimiento material. Propaguemos, pues, estas ideas, hagamos que nuestras instituciones y nuestros hábitos sean vaciados en el molde que tiene por lema el fomento de la agricultura y el estímulo de la produccion, porque tales principios están confirmados por la doble demostracion de la ciencia y la experiencia. Miremos sino á Méjico, contemplemos al Perú; y en su desgraciada situacion actual, en el marasmo en que vegetan, en las continuas convulsiones que los azotan, descubriremos que la espontaneidad con que la naturaleza les daba en otro tiempo todo lo necesario y hasta lo fastuoso de la vida, es la causa de esas costumbres indolentes que los van dejando rezagados en la marcha veloz de la civilizacion americana. Hemos reprobado tambien, con justa indignacion, el tratamiento inhumano ejercido con los indios, la política anti-cristiana y casi salvaje que ha esterilizado por completo los generosos esfuerzos de los misioneros de la fe; y esta es á la fecha todavía otra de las páginas negras que nos ha legado la colonia, páginas que talvez hemos ennegrecido más y más, haciendo que esa raza infortunada haya ido á ocultar en los senos del desierto el odio tradicional, y de seguro motivado, que nos profesa. Trabajemos, por consiguiente, en atraernos las simpatías de esos hijos desheredados de este suelo; en vez del plomo y la venganza, llevémosles las semillas del trabajo y las dulces ofrendas de la caridad y del amor; que en ellos están confiadas la humanidad, la justicia y áun hasta nuestra misma seguridad en el porvenir.

Hemos censurado, por último, el monopolismo colonial, que tendia á conservar el Nuevo Mundo en un estado de reclusion semejante al que hemos visto desaparecer nosotros mismos en el Paraguay de Francia y de los Lopez. Estudiemos en ese país sus consecuencias, veamos los frutos que allí ha producido el absolutismo comercial y político, la negacion de toda luz, el sujuzgamiento de toda tentativa de reaccion; y en los infortunios de ese pueblo, en su postracion incomparable, en la extincion de toda savia de vitalidad que ha secado en sus venas el imperio fatal de los tiranos, aprenderemos á amar y practicar la libertad, permitiendo que la naturaleza y la vida se desborden sin trabas por nuestras nacientes sociedades.

Sres, AA.: al fin he terminado mi tarea. Si en su desempeño he logrado alguna vez interesar vuestra atencion, atribuidlo á la grandeza del asunto, porque hay ciertas materias que se imponen por más inculta y torpe que sea la pluma que las trate. En cuanto á los linajes, sin duda numerosos, no me propongo disculparlos, si no los atenua vuestra habitual benevolencia, recordando que sólo es dado al genio perfilar, en lienzo tan estrecho, un horizonte ilimitado.

He dicho.

LORENZO ANADON.

Sobre lo que influyó España en la civilización de América. (1)

Hay en el corazón del hombre, Sres. AA., un sentimiento de tanta virtud y eficacia, que despertando á pueblos y generaciones enteras del profundo letargo en que yacían, las ha sublimado hasta la cumbre del heroísmo y de la gloria. No es, Sres. AA., el cariño entrañable de la madre para con el tierno infante, ni el recíproco amor de los hijos para con aquellos que le dieron la existencia, ni el aprecio del amigo, que nos ha dejado obligados con las pruebas de lealtad y de confianza; no, Sres., no; es un sentimiento más fuerte, capaz de impulsar al hombre al sacrificio de su vida para ornar con inmarcesibles laureles la frente de su patria, por conseguir el bienestar moral y material de sus conciudadanos: es, señores, aquel sentimiento de cariño al cielo que le vió nacer, á la tierra donde rodó su cuna, al hogar querido donde abriera por primera vez los ojos la luz del albo día, en una palabra el amor á su patria y á sus instituciones; con él, señores, se cubrieron de gloria los griegos en Maraton, Platea, las Termópilas y Salamina; con él adquirieron fama Pelópidas y Epaminondas, con él merecieron bien de la patria San Martín, Bolívar y Belgrano, y con él adquirieron un trono en el templo de la inmortalidad Alejandro, César y Napoleón: Sin embargo, señores, el amor á la patria, como todo sentimiento del corazón humano, tiene también sus extremos; la antorcha del patriotismo está sujeta muchas veces á eclipses y desmayos, y sus llamas terminan por extinguirse en ocasiones al soplo de dos enemigos implacables, el egoísmo y el orgullo, nacidos de las pasiones que dividen á los pueblos, que atravesaron un prolongado período de luchas intestinas y discordias.

Por esto, Sres. AA., yo sentía natural repugnancia en aceptar el tema que tuvisteis á bien señalarme, y que no hubiera aceptado si el deseo de ser complaciente con quien tanto lo ha sido conmigo á ello no me hubiera obligado.

Muy lejos, pues, debo estar de querer herir en lo más mínimo vuestras arraigadas opiniones; son éstas para mí dignas de mi mayor respeto y veneración; nacido bajo el cielo de la católica Iberia, amo á mi patria como el que más; pero no me ofusca tanto el esplendor de sus pasadas glorias, que llegue á concebir la orgullosa idea que á ella debe la América toda su prosperidad y adelanto presente; si correspondió mi patria á las esperanzas que de la primera nación del mundo se tenían; si otra nación hubiera salido más airoso en el progreso de la civilización americana; si pudo España hacer más por sus colonias supuestos los obstáculos y tiempos por que atravesaba, y cuáles sean las verdaderas causas de que la América Meridional no se halle en el estado de prosperidad y adelanto que reclaman ya tres siglos de existencia, son, Sres. AA., cues-

(1) Declamado el día 15 de Julio del año de 1877.

tiones árduas que requirieren más vastos conocimientos y que acusarian de temerario al que intentara levantar el velo que encubre tales arcanos. . . . Lo único, Sres. AA., que yo tan sólo me limitaré á probar, es que, fijado el descubrimiento por la Providencia para fines del siglo XV, ninguna nacion quizá reunia en *conjunto* mayores aptitudes para formar la felicidad del nuevo mundo, ni podia reportarle mayores ventajas que las que en efecto le reportó España.

¡América infortunada! dispénsame si lloro sobre tí como llorar solian los profetas sobre la desolada Jerusalem, y que un doloroso gemido se escape del fondo de mi corazon apesarado, al levantar una sola punta del oscuro manto que velaba tus destinos ántes que tuvieras existencia entre las naciones del mundo civilizado, ántes que lucieran en tu suelo los brillantes horizontes de paz y de bonanza y alboroara para tí con rosada lumbre la brillante aurora del siglo XVI, y el heroísmo católico enlazado con el genio hiciera tremolar el pendon del Calvario y de Castilla en tus dilatadas, pintorescas y feracísimas campiñas. ¿Qué fuiste tú, ó patria de los aztecas, Motezuma y los Incas, ántes del año mil cuatrocientos noventa y tres? En vano el Autor de la naturaleza ciñó al Occidente tus linderos con las moles inmensas de gigantescas montañas, que alzándose imponentes sobre las dilatadas superficies de tus pampas, esconden sus frentes en las nubes dominando las llanuras como sombras informes de desmesurados gigantes. En vano extendió al Oriente tus ilimitadas playas cubiertas de rojiza arena, tapizando de verde y menuda alfombra el rico pavimento de tus fértiles valles y praderas surcadas de continuo por las plácidas corrientes de tus rios apacibles y tranquilos; y no era posible que tú, adormecida bajo la bóveda inmensa de un cielo azul, iluminada con los rayos de un sol primaveral, elevases tu frente al origen de toda grandeza, á la fuente de toda hermosura, al principio de todas las armonías y conciertos, y al término de todos los conciertos y armonías.

¡No, indio infelice, no! que si el mártir del Gólgota ha teñido con su divina sangre las rocas del monte santo para borrar de la humanidad infando crimen, y conducirla por las sendas de la verdad y de la vida, tú vagas errante todavía por tus vírgenes selvas, indómito como el Pampero, despiadado como el tigre, terror del bosque y de la selva, inculto como tus valles, sin religion, sin leyes, sin ilustracion, sin Dios; que todavía trepas por tus abrasados montes bajo el peso del anatema, siendo tus cantos aullidos, siendo tu ardor la venganza, tus festines repugnantes escenas, tus licores la sangre de cadáveres devorados, y tus copas los cráneos mismos de tus vencidos enemigos.

¡Mas no temas, no, indio infelice! que eterna no ha de ser tu desventura; ya no mancharás los altares de tus ídolos con el repugnante holocausto de entrañas y corazones palpitantes; ni ensordecerán las paredes de tus templos los gritos desgarradores de las tribus prisioneras ejecutadas entre horribles tormentos por la ferocidad de sus bárbaros vencedores; ni

la losa verde se teñirá de rojo oscuro con la sangre de tantos millares de víctimas sacrificadas más bien que al sol y á la luna, al rencor y la venganza de sus mortales enemigos: no, ¡miseró hijo de la pampa no! cesen yatus gemidos, enjuga ya tu llanto, que la hora de tu bonanza ha sonado para tí; la existencia de otros mundos y otros hombres va á comparecer ante tu vista; vas á conocer la humanidad en el apogeo de su esplendor y de su gloria; van á lucir para tí nuevos y brillantes horizontes; vas á dar el primer paso en la carrera de la civilizacion y á conocer la nobleza de tu origen y el brillante porvenir de tus destinos.

Señores; ha llegado la hora de redencion para el suelo dilatado de la América; los decretos del Eterno van á realizarse en el tiempo, las murallas de granito que separan estas regiones de las regiones del mundo civilizado van á caer desplomadas al choque de tres fuerzas, al imponente movimiento de tres palancas formidables pero á mi vez necesarias para informar esta masa, dar existencia á este continente y colocarlo en el número de los pueblos civilizados: una inteligencia que lo descubra, una fuerza capaz de trasformar los sentimientos del corazon humano que la civilice y una nacion pujante que con fuerzas materiales la defienda; en una palabra, señores, el genio de Colon, la piedad cristiana y la fuerza material: he dicho necesarias, señores, porque sin una mente que concibiera la existencia del Nuevo Mundo la solucion del problema fuera imposible; sin la religion hubiera sido estéril el descubrimiento y sin la fuerza material hubiera faltado el complemento al descubrimiento y á la religion; de donde deduzco, Sres. AA., que aquel pueblo, que pudo disponer en aquellas circunstancias de estos tres elementos en todo su apogeo; que aquel país en cuyo suelo creciera con mayor robustez y lozanía el árbol del saber y de las luces, donde los corazones latan más fuertemente á impulsos de la fe cristiana y de las enseñanzas del Calvario, y cuya pujanza mirasen medrosas las demas naciones europeas, éste debia de ser la nacion que, mejor que otra ninguna, podria realizar las miras de la Providencia, libre á América abriendo con llave de oro las fuentes del progreso y de la industria derivada por el conducto de las ciencias y las artes, la religion y las letras.

Ahora bien, Sres. AA., ¿qué nacion europea hubo entonces que se dignase siquiera escuchar al inmortal Colon, si no fué España? ¿que estuviese á la cabeza de la civilizacion, que tuviese más arraigados en su pecho los sentimientos religiosos, que dispusiese de ejércitos más numerosos y aguerridos que España?

Tended, señores, la vista sobre las vastas regiones de la Europa, bañada por los últimos crepúsculos del Ocaso del siglo XV, y al aparecer la brillante aurora del siglo XVI, y apartareis indignados la mirada al verla manando sangre por todos sus ámbitos; aquí vereis monarquías que bambolean al empuje del huracan revolucionario, ó á los golpes tremendos del gigantesco poder del feudalismo; vereis las casas de York y de Lancaster teñir de roja sangre por espacio de cincuenta años el suelo

de la Gran Bretaña; vereis la nacion bañada por el caudaloso Sena estremecerse al empuje del ambicioso poder de la nobleza minada ya en sus profundos cimientos por la astuta política de Luis XI; vereis, sí, á la patria de San Luis y Clodoveo, capitaneada por el intrépido Cárlos VIII cubrir con sus ejércitos los campos de la bella Italia, y cobijada bajo el manto de Luis XII sentir oscilar bajo sus plantas á la serenísima república de Venecia. Nada diré de las naciones del Oriente, porque tiemblan á la vista de la pujanza turca como tiembla la indefensa paloma al sentir sobre su cuello las garras del gavilan, como tiembla el navegante al mirar cual se cierne sobre su débil esquite la gigantesca nube, que, preñada de centelias y escoltada de relámpagos, amenaza sumergirla en insondables abismos: ni tampoco de tí, patria de los Rómulos, Calígulas, Césares y Pompeyos; la division precursora de terribles catástrofes y de amargos desengaños desgarrá sin piedad tu seno vírgen, sin que baste tu pujanza á defenderte, y sacudir el yugo que pesa sobre tu cuello. Aquí veo á Milan, tan fuerte en otros tiempos, tan célebre en la historia, sufrir el despotismo de sus duques y señores; allí contemplo á Venecia, tan nombrada por sus góndolas é interesantes monumentos temblando medrosa bajo el baston de sus inquisidores; ya me parece estar viendo la soberbia Florencia caer humillada en ademan suplicante á las plantas de los Medicis; y á Nápoles, la del cielo despejado, caer sucesivamente bajo las garras de los angevinos y aragoneses, repartiéndose sus despojos las naciones más pujantes: de suerte que, señores, no es tanto de extrañar que, errante el genio del inmortal Colon de córte en córte, apénas encontrara en las naciones una mirada protectora; porque la guerra estalla en las márgenes del Sena, y la guerra derrama torrentes de sangre en los campos de la Italia, de sangre se tiñen las aguas del soberbio Támesis, y en sangre se anegan las campiñas de la Prusia y Alemania, repercutiendo el grito de guerra y venganza del Oriente al Occidente, y del Aquilon al Mediodía de la Europa. Sólo tú, patria de los Recaredos, Pelayos y Fernandos eres la única que ya no escuchas el estampido del cañon bajo tus soberbios castillos; porque sólo tú acabas de dominar la media luna; tú no escuchas ya rechinar con estridor horrísono las cureñas de los pesados bronces por tus formidables murallas; porque sólo tú disfrutas de la calma y del sosiego, ceñida la frente con la oliva de la paz despues de tantos años de borrascas y tormentas; sólo tú serás capaz de levantar de las soledades del Océano un nuevo continente, porque sólo tú cobijaste bajo el pabellon azulado de tus cielos, la brillante lumbrera que descubra nuevos mundos, porque sólo tus sienas merecen ser ornadas con el floron de la victoria despues de setecientos años de rudo combatir en defensa de la fe cristiana; porque tú sólo dominas, con el esplendor de tu pujanza las vastas monarquías de la Europa, señalando á cada pueblo sus destinos; porque tú sólo ostentas las sienas ceñidas con la diadema deslumbradora de veinte años, cubiertos tus hombros con el manto de colosales monar-

quías, en una palabra, Iberia, porque tú sola dispones más que otra ninguna del genio, de la religion y de la fuerza.

Sí, ¡patria querida! un sentimiento de gratitud impulsa mi lengua á celebrar tantos trofeos inmortales como adornan las páginas de tu historia; pero permíteme que un grito de entusiasmo por los intereses de la verdad y la justicia se escape del fondo de mi pecho; que si reverdecieron en tus sienas mil laureles, es porque ganaste mil victorias, porque vencedora fuiste en mil combates; mas no; he dicho mal, Iberia; la vencedora no fuiste tú; evoca conmigo de las tumbas las sombras venerandas de tus antepasados; prégúntales cómo vencieron, con qué fuerzas vencieron, y te responderán acordes que no fueron más que instrumentos de la victoria de un poder más alto: que el leon, que tremola en sus regios estandantes, hubiera lanzado un rugido lastimero al morder el polvo vil de la derrota, que sus numerosos tercios y formidables escuadras se hubieran visto cubiertas para siempre de ignominia si no ardiera en el pecho de sus bravos el fuego de la fe cristiana. Porque un dia despues de la funesta y lamentable catástrofe del Guadalete con un puñado de valientes capitaneados por el inmortal Pelayo recobraste tu nacionalidad perdida, sacudiendo el yugo de las armas sarracenas en el estrecho rincon de Covadonga; si hubo un tiempo de algazara para tus hijos, en que hiciste devorar con pavoroso silencio el polvo de la derrota á los hijos del desierto en la memorable tragedia de las Navas de Tolosa; haciendo tremolar el pendon castellano en los muros derruidos de la soberbia Oran donde flameara prepotente tanto tiempo el estandarte del Profeta; si en dias más cercanos y felices cuando medias con el mundo la extension de tu imperio y asombrabas al orbe por la grandeza de tus hazañas, fugaste entretenida con la espada deslumbradora de Francisco I en los llanos de Pavia, y levantaste en holocausto la octava maravilla del orbe al Dios de la majestad y los ejércitos por la victoria conseguida en San Quintin, y si las proas aceradas de tus naves cortaron vencedoras las ensangrentadas olas del golfo de la inmortal Lepanto, es porque retemplaba el pecho de tus hijos la religion de Hermenegildo y Recaredo, es porque latian sus corazones á impulsos de la fe de Cristo, es porque de concierto con tus valientes peleaban el Dios de las batallas y los peñascos de los montes, el furor de los elementos y coraje de tus héroes, en una palabra, porque flameaba en tus regios estandartes la enseña de la religion divina. Sí, señores, con esa religion que inflamó el pecho del primer hombre en el Paraíso, rubricada con la sangre de un Dios en el Calvario, confirmada con la sangre de dieciocho millones de mártires, de esa religion, señores, que comenzó con el origen de los tiempos y de las cosas, y que presenciara el ocaso de las cosas y los tiempos: con ellas vencieron nuestros padres, señores, con ella medraron los pueblos, con ella se engrandeció la nacion defendida por las rocas del soberbio Pirene, con ella marcharon progresivamente del altar á los campos de batalla

y de los campos de batalla á los templos de la fama y de la gloria: porque, ¿quién más religiosa que España en este tiempo? es la religion, señores, la que, encarnada en el corazon de los monarcas españoles en el siglo XVI, purga los campos de malhechores y los mares de piratas; organiza tribunales y preside sus juicios y sentencias, ella la que administra justicia y forma códigos de leyes: es la religion que, encarnada, morigera las costumbres, preside las funciones religiosas en los templos, tributa á Dios el verdadero culto, ora de rodillas ante los altares y sostiene las vírgenes en los cláustros, ocupa las cátedras de las ciencias y las letras en las universidades é institutos de enseñanza. Es la religion cristiana la que, encarnada en el corazon de los guerreros, toma plazas de guerra, sostiene rudos ataques, organiza la milicia y recorre impávida los campos de batalla; y finalmente, señores, es la religion misma que, encarnada en el corazon de las órdenes religiosas, da gloria á Dios, fomenta la educacion, multiplica las luces, la riqueza, las vias del comercio, y para decirlo de una vez, el adelanto moral y material, verdadera dicha y sólida felicidad de los pueblos; consiguiéndose por el mismo espíritu de la religion que pase la pujanza acumulada á costa de heroísmo por los Alfonsos y Ramiros, Garcías, Fernandos y Berengueres; la pujanza de todos los españoles de Pelayo de Asturias hasta Fernando de Aragon; que pase íntegra, digo, á las manos de Cárlos V de Austria, comenzando por España una nueva era social. Una pluma más hábil y delicada que la mia, Sres. AA., llevaria vuestra imaginacion por las moradas espléndidas del Parnaso ibero revestido en este tiempo con los mas vívidos colores, edad de oro para las letras españolas; veríais aquí un hombre de veneranda presencia trepando con dificultad una escarpada roca fijando de cuando en cuando su mirada en la dulce calma y apacible sueño del que pasa su vida apartado de las tempestades y borrascas de este mundo, ó lanza un anatema horrible contra el último monarca de los godos al contemplar los arroyos de sangre que han de enrojecer el suelo de su patria, para lanzar de sus castillos y murallas los hijos orgullosos de la pujanza agarena.

Viérais alzarse en vuestra presencia otra figura tan prodigiosa que presta sus encantos y colores á casi todas las restantes, y que parece una sombra gigantesca, cuya voz es el trueno, sus fantasías relámpagos, sus imágenes centellas, sus inspiraciones torrentes de conciertos y armonías, que tan pronto truena entusiasmado con el fuego de Lepanto, como se viste de luto lamentando la pérdida del monarca lusitano; preguntareis asombrados su nombre, y los pueblos embargados por el mismo asombro, responderán que es semejante á una divinidad, llamándole con vosotros el divino Herrera; presentaria á Murillo y á Velazquez, pero ¿á qué cansar vuestra atencion? Yo, Sres. AA., me limito á deciros lo que sirve de argumento al tema que me he propuesto, que la infelicidad de América era muy grande, y que sólo España podia proporcionarle más ventajas que ninguna otra, porque sólo ella supo aprovechar-

se de Colon, descubridor de un mundo, porque sólo ella disponia en todo su apogeo de la fuerza poderosa de la religion y porque era en aquel tiempo la más fuerte.

Empero, una nacion, Sres. AA., que de tan bellas prendas disponia, era poco ménos que imposible que no las utilizara en bien de la humanidad doliente; y así vemos, señores, que no bien se pusieron en contacto las tres grandezas, la grandeza del genio, la grandeza de la religion y la grandeza de la majestad, no bien se levantó más bien que de las soledades del océano, un nuevo mundo, el primer pensamiento de los monarcas españoles fué la propagacion de la religion y de las letras en los países conquistados: penetrad, si lo dudais, con la antorcha de la historia en esos monumentos, testigos mudos pero elocuentes de la gloria americana en los tiempos de la madre patria, en los tiempos que precedieron á la conquista, en los tiempos de las colonias, y vereis el magnífico panorama de llanuras extensas abrasadas por un sol de fuego, que derrama torrentes de claridad y resplandores; mas no las vereis ya, Sres. AA., cruzadas de continuo por tribus errantes y salvajes; no, señores, no; los sentimientos de humanidad han penetrado ya en los individuos, rudos ántes como las selvas que habitaban, y el observador, señores, que con ojo imparcial recorra la historia de aquellos tiempos, contemplará con asombro el árbol del saber y de las luces trasplantando en las márgenes de los rios cristalinos de la América; verá pasar en su presencia á Quito con sus colegios, el Perú con sus poetas y oradores y á Méjico con sus oradores y poetas, y las demás naciones americanas girando en torno á manera de satélites de estos tres centros de ilustracion y de progreso.

Verá, sí, á los hijos del Guadalquivir y del Guadiana, luchar contra la barbarie, luchar contra los elementos, luchar contra la ignorancia, y tornar á su patria coronados de laureles y de gloria por haber alzado en estas costas dos monumentos imperecederos y brillantes, dignos de la gratitud de los pueblos, palancas poderosas de la civilizacion americana, las universidades y la imprenta; veréislos sí, que tornan al hogar querido de su patria ébrios de entusiasmo y alborozo, porque miran aquellos, que fueron áridos desiertos, intransitables pantanos, moradas de las fieras, guardadas de antropófagos, convertidos en asilos de las ciencias y las letras, de donde se levantan como por encanto á manera de brillantes meteoros, en noche oscura, escritores en lengua mejicana como Fr. Juan Bautista; arzobispos dignísimos como Dávalos, anticuarios como Góngora, traductores como Bartolomé Alba; dramáticos como Alarcon, porque tambien entónces habia sabios, porque tambien entónces latian los corazones al calor del entusiasmo por el adelanto de las ciencias de las artes y las letras: fué entónces cuando florecieron abogados y jurisconsultos como Gamboa y Lacunza, amantes de la humanidad como el célebre jesuíta P. Manuel Arce; artistas como don José Manso; botánicos como Bustamante; fué entónces, Sres. AA., cuando, á manera

de lucientes astros, brillaron los nombres de Veracruz y Ortiguera, Cervantes y Salcedo, Sarinana y Silex Bermudez, Sigüenza Egiana y Miranda, suficientes no sólo para eternizar la universidad de Méjico, teatro de su esplendor y campo de su gloria literaria, sino tambien las academias más brillantes de la culta Europa. Entónces fué, Sres. AA., cuando la historia celebró la conquista de los españoles y el progreso de los pueblos americanos con imparcialidad inimitable por los célebres jesuítas Alegre y Clavijero y adquirieron imperecedera fama los nombres de Ovalle, Rosales, Salinas y Chalanga, entónces cuando la pintura brilló con nuevos tintes mediante el pincel del indio Irapoteca, cuando el geógrafo ecuatoriano Alcedo daba gloria y realce á la América con la descripción de sus maravillas y tesoros, cuando la novela se cultivaba en América por Lozano y Solórzano, y cuando el célebre botánico Espejo, y el naturalista Céspedes sucumbian víctimas de sus excursiones científicas. Era entónces cuando la ciencia de Dios, la ciencia del raciocinio y la ciencia del derecho eran necesarias, para investir la toga del doctorado; mas como para alcanzarlos debian de ser ántes perfectos humanistas, de aquí el estudio profundo de los clásicos, que los ponía en comunicacion con las bellezas literarias de los romanos. Era entónces, señores, cuando América producía generales de órdenes religiosas tan ilustres como el distinguido dominico Antonio Mouroy; y más que todo era tambien entónces cuando la carrera de la diplomacia tuvo su digno representante en el sabio argentino de la órden de predicadores P. Fr. Domingo Neyra. Tambien la oratoria sagrada conquistaba nuevas y brillantes palmas en los labios de los padres Avendaño y Arnaldo llegando á su complemento en la espléndida lumbrera, gloria de! Perú conocido en el siglo con el nombre de don Tomás de la Concha y que bajo el tosco sayal del capuchino fué el orador predilecto de Carlos II, de José II y de Leopoldo en las córtes de Austria y de España. Entónces el ilustre P. jesuíta santafesino llamado Iturre con el sanjuanino Morales y el paraguayo Lozano escribian la historia natural y civil del Tucuman y desenterraban con sus plumas los tesoros de las cordilleras de los Andes.

En aquellos tiempos, señores, ciñendo el laurel de Apolo, recorrian con majestad los alfombrados campos de la poesía lírica la autora del «Parناسo antártico», el tantas veces celebrado Figuerda, el inmortal autor del Arauco domado, don Pedro de Oña; y bastarian las producciones dramáticas de Alarcon, las líricas de Inés de la Cruz, las épicas tituladas el Peregrino indiano, de Antonio Saavedra y Guzman, la Hernandia, de Ruiz de Leon y la Eloquencia del silencio, por don Miguel Reina y Ceballos, y sobre todo, señores, aquel talento enciclopédico de Lima, que cultivó con asombrosa industria los campos de la epopeya derramando en los doce cantos de su inmortal poema cuanto puede moralmente hablando abrazar la inteligencia de un hombre en saber y erudicion, en poesía y en historia, en crítica y en política, en ciencias exactas y administrativas,

bastaría, digo, el autor de la Lima fundada ó conquista del Perú, don Pedro Barnuevo de Peralta, para dar gloria y renombre á las letras americanas. De suerte que, señores, yo no sé si la Roma de los tribunos y emperadores ofrecería un panorama más bello cuando formulaba con Tácito las máximas de una política profunda, cuando escudriñaba los secretos de la medicina con Celsio, y la historia natural con Plinio, cuando peroraba con Ciceron desde el foro y la tribuna, cuando cantaba su divino origen con Virgilio, cuando pulsaba las cuerdas de la lira con Horacio y prorrumplía en lamentos de dolor con Ovidio; cuando escribía la historia con Tito Livio, coronándose de gloria con César é inmortalizando sus hazañas con Lucano: no señores, que hay aquí una diferencia inmensa pero ventajosa para América, y es que el pueblo romano multiplicaba sus ídolos, y en la patria de los Incas caían los ídolos á los esplendores que irradiaba la cruz: porque el pueblo español, señores, no solamente remitía á estos países aventureros rudos y codiciosos como inicua-mente se le ha supuesto, sino hombres de saber y de virtud, como el venerable Palafox, F. Bartolomé de las Casas, el visitador Alfaro, el adelantado Cabeza de Vaca y multitud de celosos misioneros capaces de esparcir la semilla de la religion divina en los países conquistados, é inocular en América la piedad, que caracteriza al castellano; por esto es, señores, que callar debieran, al ménos por respeto, aquellos que pretenden infamar la memoria de la madre patria con la calumnia y el sarcasmo, porque los dolores por que atraviesa la Metrópoli borrar no pueden su corazon de madre.

Mas ¿qué digo, Sres. AA.? olvidaba que me propuse desde el principio proceder con imparcialidad en este asunto; olvidaba que hablo ante personas que me son muy queridas, que me ofrecieron generosas un suelo hospitalario en estas playas, que han tenido á bien admitirme en el número de los miembros de esta corporacion colmándome de inmerecidos honores y que tan liberales se mostraron, vigorizando mi vida literaria con el calor fecundo de sus fatigas y desvelos.

Sin embargo, señores, yo penetro en los centros literarios; tomo libros cubiertos de polvos de los estantes, registro crónicas y memorias en antiguas bibliotecas, y siempre encuentro que el primer paso de los españoles en las playas del Nuevo Mundo, era izar la cruz, símbolo de paz y redencion; penetro en Méjico, y veo que todavía existe el hospital con el título del Jesus, fundado ¿sabeis por quién? por su mismo conquistador Cortés, porque la caridad y la religion son tan antiguas en este suelo, como son los españoles; me detendría más en la patria de los Incas, pero ¿qué digo, señores, en la patria de los Incas? en casi todos los pueblos de la América veo que se levantan monumentos suntuosos, que contemplan inmóviles caer á sus plantas las mejores fábricas de los edificios modernos. Recorred las repúblicas de Méjico, Nicaragua, San Salvador, Colombia, Venezuela, Bolivia y el Perú y en todas partes encontrareis universidades é institutos científicos y literarios, bibliotecas

y museos, puentes y arsenales, torres, templos y murallas; preguntad su origen y os dirán que por allí pasó una mano bienhechora que les dió vida; una generacion de sabios y más que de sabios una generacion religiosa, que dejó bien honda la huella de su tránsito. ¿Lo dudais? Escuchad: 300 años, poco más ó ménos, hacia ya que la barbarie en toda la amplitud de su tremendo desarrollo, dominaba en las orillas del correntoso Paraguay, que arrastraba solitario sus transparentes ondas; aumentando con el libre murmullo de sus aguas la melancólica condicion de sus infelices moradores. Empero, amaneció un dia venturoso, más grato é interesante para ellos que grato le es á la tierra, agostada por los rayos de un sol de fuego, la copiosa lluvia: más que el céfiro blando de la tarde y el rocío de la noche al macilento tallo, más que á la flor el abrir blandamente su capullo al sentirse herida por los rayos del sol naciente; más armónico que el placer estético que ocasionan en nosotros los acentos de la música; no es la causa de tales sensaciones el rumor del viento que suspira entre las hojas de las palmas, ni el dulce canto de las aves escondidas en los bosques de naranjos y magnolias, es el canto tiernísimo y suave del misionero de Cristo, con los dulces acentos de la verdad del Evangelio. Un madero en forma de cruz marcha al frente de una flota misteriosa; unos hombres venidos de lejanos países, expuestos al sufrimiento de una larga travesía, pasados los rigores de un clima ardiente, en medio de pueblos que no eran suyos, surcaban aquellas aguas enrojadas de continuo por humana sangre, en aquellas naves que tanto asombro causaban á los naturales; de repente recogido el velámen, suspende el curso la pequeña flota; uno de los tripulantes salta á tierra, se adelanta á sus compañeros tranquilo, inerme, y á su presencia los salvajes asombrados quedan pronto conmovidos ante la majestad serena del Apóstol; la bendicion de Dios cae por primera vez sobre ellos, pobres hijos del bosque, y postrados de rodillas adoran el árbol de la cruz, y en el árbol de la cruz, la Providencia divina que dirige los destinos de los pueblos. De esta suerte, señores, penetraba en el corazon de la América la civilizacion europea; mas quiénes son esos hombres envueltos entre las sombras del misterio? vosotros lo sabeis, son los hijos de Loyola, son los que triunfaron de la barbarie, son los que civilizaron las tribus del Paraguay convirtiéndolas en pueblos florecientes, siendo ántes morada de tigres y leones: y de esos temibles antros y de aquellas profundas cavernas, salian las poblaciones buscando á la sombra de los altares la felicidad de esta vida y la esperanza de la otra, echando los cimientos de aquella república cristiana, admiracion de las generaciones presentes y futuras. Mas obra tan gigantesca no se llevó á cabo sin inmensos sacrificios; aquí sucumbe un misionero bajo el golpe de la maza del salvaje; allá perece otro, presa de una fiera, abandonado y solo en la soledad del desierto; éste reducido á la esclavitud sigue á la tribu errante, que al fin cansada de llevarlo lo hace blanco de sus flechas; aquél lanzándose cual mensajero

de paz entre las filas opuestas de enemigos irritados, derrama su sangre en aras de su caridad ardiente; quien muere de hambre en la soledad del bosque; quien de frío en las cordilleras; quien bajo el fuego abrasador de la zona tórrida; muchos de ellos caen en la mitad de la jornada y en los mejores años de la vida, sin más consuelo que Dios, sin más testigo de su gloria que su propia conciencia, sin otros compañeros que el crucifijo y las pampas sublimes del Nuevo Mundo: y estos y muchísimos como estos hombres, eran enviados por la católica España. Con ellos, señores, desde las cálidas regiones del Amazonas hasta las orillas del lago Nahuelcalí, en el centro de la Patagonia, se fundaron pueblos, cuyo solo nombre evoca en nosotros el recuerdo de la famosa república de Licurgo despojada de sus vicios y defectos; porque en este país era donde reinaba el gobierno paternal y benévolo, donde se santificaba el trabajo con el testimonio de una buena conciencia; donde el estudio de las artes mecánicas ocupaba á los naturales, divididos segun sus inclinaciones; donde por medios sencillos y benignos se aficionaba á los indios á la vida social; en una palabra, donde se llevaron al terreno de la práctica los verdaderos sistemas de asociacion agrícola, religiosa é industrial arreglado á las doctrinas altamente sociales, humanitarias y benéficas, exparcidas en el fondo de los bosques vírgenes todavía de la América Meridional, por el desinterés de los apóstoles remitidos á estas playas por la España. Con estos sacrificios y otros parecidos, adquirió la América en el tiempo de las colonias aquel temple religioso que miraron con envidia en momentos de extravío algunas de las naciones más pujantes de la Europa; con ellos se han levantado soberbios templos en todas partes, y merced á ellos han brotado en el campo de la religion americana azucenas como las de Quito, rosas como las de Lima, dignas por sus virtudes del culto universal del cristianismo. He concluido, Sres. AA., pero permitidme tienda una mirada sobre el campo recorrido, recordando que pinté el cuadro sombrío de la América ántes de la conquista para que, conociendo su abandono, pudiera apreciarse en su justo valor el beneficio: dije que sólo España era la más apta para hacer feliz la América, porque sólo ella supo aprovecharse de Colon, y porque reunia en conjunto las tres condiciones en todo su apogeo: deduciendo de aquí el influjo de la religion, las letras y la pujanza española en la ilustracion y la piedad americana.

Si otra nacion, Sres. AA., hubiera llevado más adelante la felicidad y el bienestar de este país de lo que lo llevó la nacion española; si otra nacion hubiera elevado á más alto grado de civilizacion y de cultura á los pueblos que España arrancó de los brazos de la barbarie, para hacerlos partícipes de su cultura y civilizacion; si otra nacion hubiera derramado con más profusion el tesoro de sus bienes y sus luces en los corazones americanos, para convertirlos con más feliz resultado, de hijos que fueron del desierto y la ignorancia en hijos de la ilustracion y progreso, á que habian de llegar en las futuras edades, cuestiones son estas

todas que exigirían un tiempo y estudio en que por circunstancias que ciertamente no se os ocultarán, no puedo al presente ocuparme; sin embargo, señores, yo me hago esta reflexión: ¿qué hubiera sido de la América si el protestantismo, con todos sus horrores, dominara en sus naciones y sus pueblos? y ¿qué hubieran prodigado á la América la mayor parte de las potencias de Europa sino el protestantismo? ¿Qué hubieras traído, oh infeliz Alemania, sino las bárbaras lecciones de Lutero y Carlostadio? ¿Qué hubiera sido de América contigo, desgraciada Inglaterra, con el puñal de un coronel regicida con las orgías y bacanales de Enrique VIII y las perfidias de la infame Isabel, verdugo de su misma desgraciada prima María Stuart; ¿qué te debiera á tí oh Francia, el pueblo americano sino escenas tan repugnantes como el asesinato de los vandeanos, horrores tan calamitosos como tus guerras de religion, doctrinas tan pèrdidas como las que engendraron la revolucion y el filosofismo? ¿y tú, Italia, qué otra cosa hubieras hecho de la América que exparcir en ella los gérmenes de la rebelion que desgarró sin piedad tu seno, y ese espíritu de discordia que destrozaba tus pequeños Estados, de quienes ha llegado un autor moderno á decir que, vencedores ó vencidos, siempre serian esclavos? dejó á vuestra consideracion, Sres. AA., el triste espectáculo que ofreceria la América en cualquiera de dichas hipótesis; yo me doy por suficientemente satisfecho con que convengais conmigo en que la religion católica y sus beneficios derramados por la Iberia en el suelo americano serán una de las páginas que leerán con más profunda veneracion y reconocimiento todos los que, como vosotros, saben estimar en su justo valor los benéficos resultados que siempre produjo en todos tiempos y en todas partes la religion del cristianismo.

VICENTE NAVIA.

Relacion íntima entre la lira y la espada argentinas en el tiempo de la Independencia (1)

Si como se ha probado, Sres. AA., la naturaleza y el clima influye en mucho en la imaginacion del hombre, el clima y la naturaleza de nuestra patria querida no han podido ménos de influir tambien en la imaginacion ardiente de aquellos, que han tenido su cuna en el vergel florido que se extiende desde los nevados picos de los Andes hasta las deliciosas riberas del gigantesco Paraná. Nacidas bajo el hermoso azul de nuestro cielo y rodeados por doquiera con los encantos de una naturaleza vírgen y adornada con toda la esplendidez de sus galas y hermosura, difícil hubiera sido á nuestros padres el permanecer estacionarios y

(1) Declamado el día 21 Julio del año de 1878.

no mezclar sus cantos con las notas dulcísimas de la gentil naturaleza.

Selvas vírgenes y hermosas, sabanas inmensas y desiertas, rios caudalosos, que en su rápida corriente se arrastran presurosos sobre un lecho de perlas y corales; aves cubiertas de pintadas plumas que mezclan sus acentos armoniosos con el concierto sublime de la Creacion entera, y gigantescas montañas que, cual titánicos fantasmas, se presentan entre las brumas del Occidente, y, en fin, dulces y perfumadas flores que á la tarde, á la aurora, al medio dia, derraman en la atmósfera torrentes de perfumes exquisitos; esto es, Sres. AA., la naturaleza de nuestra América querida.

Si el que nace á la orilla de nuestros rios, de estos rios que en dias de calma se deslizan en olas plateadas, cual si fueran las leves ondas de plácido arroyuelo, y que en las horas de la borrasca tronadora se levantan airados y espumosos sobre las alas del Panpero, no sintiese germinar en su alma la semilla de esa flor purísima de dulce y embriagador perfume, que en el idioma de los ángeles se debe llamar *hija del cielo*, y en el débil lenguaje de los hombrés, poesía, se podria decir sin equivocarse, Sres. AA., que no existen poetas en toda la redondez del universo. Pero Homero y Virgilio, Petrarca y Garcilazo, Lopez y Quintana, nos demuestran que existen en el orbe esos seres privilegiados que, abandonando, en alas de su fantasía los límites mezquinos de la tierra, cantando se remontan á las regiones hermosísimas del cielo.

Y aquí, Sres. A.A., en esta América querida, que se presenta á los ojos de sus hijos coronada con auréolas de luz resplandeciente, halagada en el ardiente estío por las verdes hojas de sus palmeras cimbradoras, y arrullada por los dulces trinos de tordos y zorzales, es donde ha fijado un santuario la poesía sublime y solitaria, habitadora de las selvas y los bosques. Pero en los tiempos primeros de la conquista, la poesía hermana de la libertad é hija querida del pensamiento y la armonía, cerró las puertas de su templo para que las brisas matinales, al pasar por las cuerdas de su lira no las destemplase, humedeciéndolas con el llanto del esclavo, para que no confundiesen con sus notas los suspiros que lanzaba el hijo de Guatimozin y de Lautaro. De esta manera la raza criolla, que, como dice M. de Sainte-Benne, «parece creada para darse al canto y á los ensueños de la fantasía», vió circundado el hermoso jardin de su imaginacion con las murallas de granito con que el despotismo la oprimia.

En vano el bardo americano cortaba las aguas cristalinas del arroyo con las proras de sus piraguas de *timboy*, inútilmente le ofrecian las chaquiras el blando aljófár de sus frutos; el caraguatá le ofrecia en vano el agua conservada en el desierto en el cáliz de sus hojas espinosas, y el izipó, mustio y triste como sus tristes y mustias hojas, no guardaba, como en mejores dias para el inocente salvaje, el agua almibarada de su seno. Ya no encontraba poesía en la poética naturaleza revestida ahora con el crespon de la desgracia, y si su canto triste se eleva á la plácida sombra del *yatay*, era interrumpido por la queja que le arrancaba de su

pecho el látigo del verdugo. Ni aún el hijo de los conquistadores de la vírgen del mundo tenía derecho para pulsar la lira y cantar las bellezas de su patria.

Sin embargo, Sres. AA., los grandes cataclismos de los imperios y naciones, influyendo en la máquina política del mundo, decide de la suerte de otras naciones y otros pueblos. Esclava nuestra patria del leon del Cid y de Pelayo, vióse acometida por las bizarras huestes del unicornio inglés. Un instante más y cambiaba de señores, porque el leon de las Españas, impotente, y roidas sus garras por el tiempo, sacudió en vano su melena desgreñada; el brillo de sus ojos se apagó entre su crencha ensangrentada, y rugiendo de vergüenza, fué á esconder su ignominia en las cavernas de las sierras cordobesas; y nuestra patria, la inocente ondina nacida entre el nácar que sirve de lecho al caudaloso Plata, iba á ver rasgadas sus albas y celestes vestiduras por las armas potentes de la rubia Albion. Pero el cóndor de los Andes abatió majestuoso sus alas gigantescas; los denodados criollos se cobijaron á su sombra, y cual rápido torrente se precipitaron sobre los invasores. Los vivos de los gauchos se confundieron con los hurras del unicornio inglés y las tropas britanas, huyendo despavoridas á sus naves, dejaron sus rojos estandartes para servir de alfombra á la inocente vírgen que, coronada su frente de laureles, tremolaba por primera vez su victoriosa bandera.

De aquí data, Sres. AA., el sublime pensamiento que, más tarde realizado, hizo inmortales los nombres de San Martín y de Belgrano. Conocedor el pueblo de su importancia, levantó noble y orgulloso su frente laureada. Noble, porque sentía germinar en sus venas la sangre de esa generacion de titanes que desde las montañas de Covadonga hizo flamear victoriosa por todo el mundo la cruz del Nazareno vestida con oriflama rojo y guarda del inmortal Pelayo. Orgulloso porque hervia también en su corazón la sangre de Manco Capac y Mama Oello al lado de la de los nobles castellanos, y ya no era el súbdito sumiso que obedece sin replicar á la voz del soberano, era el pueblo argentino que se revelaba ante el mundo.

Desde este instante, que viene á ser el faro de la esperanza, que ilumina las tinieblas sombrías del coloniaje, principiaron los bardos argentinos con nuevo ardor, é iniciando una nueva era, á templar las liras y á encender las antorchas del triunfo, que más tarde inundaron de luz los campos inmortales de Chacabuco y Maypú.

Voy, pues, Sres. AA., á reseñar ante vosotros los triunfos simultáneos y gloriosos obtenidos por nuestros poetas y guerreros, á demostrar la influencia en los poetas líricos de esa epopeya heroica llamada guerra de la Independencia. Pobres serán mis palabras, tristes mis pinceladas, humilde el caudal de mis ideas.

¡Virgen del mundo, América inocente, santuario de las musas, templo del genio, sacerdotisa de la gloria! Permite al más humilde de tus

hijos que levante por un momento el velo de oro tras del cual se ocultan tus glorias, y abriendo el libro donde están escritos los nombres de tus guerreros y poetas, demuestre la relacion íntima en que vivieron en tus mejores dias la lira y la epopeya de la espada, inmortalizadas ambas por tus poetas y guerreros!

Mas ántes de entrar en materia, permitidme, Sres. AA., que os recuerde la influencia grande que siempre ha ejercido la poesía en los destinos y progreso de los pueblos. La historia, que es el espejo donde retratadas miran las generaciones presentes á las generaciones pasadas, nos presenta á la Grecia, á esa amazona que hoy yace extenuada de fatiga á los piés del soberano de Stambul, coronada su sien con las palmas del triunfo y empuñando la lira con que cantara sus batallas y sus glorias. Tirteo conduce sus legiones vencedoras á combatir por la libertad querida y da por señal de combate sus canciones. Las olas embravecidas por el Noto, amenazan á los audaces argonautas con el sepulcro de sus abismos insondables, y Orfeo pulsa su lira, y las olas de los mares atraídas por el canto, vienen á lamer suavemente los flancos del navío. El mismo poeta domina los tigres y panteras de las selvas; Anfion edifica graníticas murallas al son de su instrumento y el pueblo helénico, entusiasmado con los himnos guerreros, graba con el buril de la victoria los nombres de Moraton y Salamina en el libro precioso de su historia. En fin, Sres. AA., la poesía domina las pasiones y enfrena la ira y suaviza la fiereza y hace brotar del alma dulces y generosos sentimientos. Pero esta misma poesía huye del lugar donde no habitan hombres sino esclavos, porque nunca el ruiseñor de los rosales canta con más dulzura que cuando libre vaga por las selvas, ó se posa tranquilo en su nido de plumas y de flores.

Así, pues, apesar de que en el tiempo de la esclavitud brillaron genios como Alarcon, Bermudez, Alegre, Lozano, Conde y otros mil, la literatura americana no pudo brillar con todo su esplendor mientras existia la dominacion de España. Colonia ninguna puede tener una literatura propia, porque no es propia la existencia de que goza; y la literatura no es más que la expresion de las condiciones y elementos de la existencia social.

Y efectivamente, Sres. AA., no hallamos en los poetas argentinos ántes del año 10, más que ecos desfallecidos, preludios tristes de unas lirras esclavas.

Pero llega por fin el memorable agosto de 1806 y el impercedero julio de 1807. Las olas del Plata despiertan á la aurora, y sienten oprimidas sus espaldas por las naves de Inglaterra. Ya no es el pendon de los hijos de la noble España el que flamea en el puerto de Buenos Aires. Éste ha sido recogido y hecho pedazos, no en el campo de las nobles lides é inmortales batallas, porque el pendon de San Fernando sólo se rinde á los hijos de sus hijos. Él ha desaparecido de las torres, merced á la traicion más sombría y á la más negra deslealtad. Pero ¡ay del inva-

sor! Esas masas de pueblo, esa juventud brillante, esos inocentes niños, esas débiles mujeres, ocupan el claro que el marqués de Sobre-Monte y sus hidalgos, renegando de su sangre y de su origen, ha dejado en el pequeño ejército porteño. El pueblo argentino despierta del letargo en que yacia, y se precipita sobre el fuerte donde están amurallados los ingleses. Manuela, la perla tucumana, rompe el mortífero fuego de cañón. Los niños, presintiendo que serán más tarde los héroes de Salta y San Lorenzo acometen, armados de hondas, un fuerte al parecer inexpugnable, y la juventud argentina ostenta ya en sus brazos los célicos colores que distinguirá á su patria más tarde de las demas naciones del mundo.

El primer triunfo del pueblo hace resonar la lira del Dr. Rivarola, y este ensayo del eco de los libres, primera chispa del volcan del patriotismo, va á encender la antorcha del genio en el corazon de D. Vicente Lopez.

Los romances del Dr. Rivarola no encierran todavía el fuego que se esconde en el pecho de los libres, pero el pueblo los repite, y los niños cantan á coro por las calles :

Á estos héroes generosos
Una amazona se agrega
Que, oculta en su varonil traje,
Triunfa de la gente inglesa ;
Manuela tiene por nombre,
Por patria tucumanesa.

Y orgullosos por su arrojo repiten con entusiasmo :

Innumerables muchachos,
En medio del fuego entran :
Ellos arrastran cañones
Y cartuchos acarreán.
Ellos rompen su ropita
Para tacos ; y vocean,
¡ Viva España y Carlos cuarto
Y que muera la Inglaterra!

Este pueblo de héroes no habia nacido para esclavo. El Dr. Lopez lo comprendió así, y en su Triunfo Argentino, el que más tarde habia de ser el autor del Himno Nacional, señalaba al pueblo triunfante los cadáveres de sus compañeros, y con acento profético decia :

..... Vuestros hechos
Servirán á más gloria de incentivo.
..... allí el niño
Sus padres llevarán y electrizados
Les dirán: aquí yace el heroísmo.

Al tierno pecho pasará la llama,
 Que alimentó los vuestros, y principio
 Tendrá allí su valor. Hé aquí los frutos
 Que dareis á la patria. Hé aquí los hijos
 Que á la patria darán vuestras cenizas.

De esta manera se cantaba el renacimiento del pueblo, de ese pueblo que debía más tarde señalar sus batallas con laureles y abrumar á la historia con el peso inmortal de sus triunfos.

La primera erupcion de este volcan ardiente, es tambien el primer canto á una patria idolatrada.

Miéntas tanto, el fuego de la libertad ardia inextinguible en el corazon del argentino, y esperaba tan sólo el momento precioso, en que el Eterno habia fijado sus destinos y designado su marcha independiente, para inundar el mundo con su luz y teñir el cielo americano con fulgentes arreboles.

Este momento llegó al fin. Las cadenas del esclavo se prendieron en la hoguera del despotismo, y á su estrépito, el eco de las liras saludó al astro del memorable Mayo envueltos en blancos y azulados tules, doraba las espumosas crestas del caudaloso Plata, y anunciaba en su aurora al mundo americano, que el pueblo de San Martín y Rivadavia, imitando al astro refulgente, surgia á la alborada de su vida de la noche sombría del coloniaje.

Tronó el cañon y el ruido de las armas se mezcló con los ecos de las liras. Un torrente de soldados y cañones cubrió los ántes tan callados sitios de las colonias del Plata. Todo se improvisó, y las madres argentinas, cual nuevas espartanas, llevaron á sus hijos como ofrenda á los altares de la patria. Ya los patricios denodados no combatian por conservar á España los territorios donde aún blanqueaban los huesos carcomidos de los indios inocentes. Suya era la causa, suya la patria, suya la bandera á cuya sombra caian peleando, repitiendo el coro del Himno Nacional. Un brazo ménos era para ellos un nuevo laurel que agregaban á la guirnalda de su patria, y al repetir las cavernas de los Andes el estampido horrendo del cañon, repetian tambien la marcha triunfal de la victoria, y las voces de mando de los jefes se confundian con una estrofa sublime que millares de voces entusiastas exhalaban de sus pechos denodados.

Ese valor homérico, esa resignacion sublime, ese desprendimiento santo, nacia, Sres. AA., del entusiasmo que inspiraba una estrofa sublime, un canto inmortal que hacia estremecer de júbilo las cenizas de los Incas cuando en medio del combate millares de pechos argentinos, cobijados á la sombra de la bandera azul y blanca, símbolo de la libertad y la victoria, exclamaban llorando :

Se levanta á la faz de la tierra
 Una nueva y gloriosa nacion,

Coronada su sien de laureles
Y á sus plantas rendido un leon.

Los héroes argentinos miraban, sin duda, al entonar este canto, la patria de los libres levantarse ante el mundo, bella como la aurora sonrosada, tremolando en su mano el signo de sus glorias y oscureciendo á los romanos y á los griegos con el esplendor de su grandeza.

No son los estrechos límites de este discurso los que más se prestan, Sres. AA., para hablar detenidamente de ese poema inmortal, recopilación sagrada de nuestras glorias nacionales. El doctor Lopez se inmortalizó junto con él, y la República Argentina tiene en ese himno sacrosanto el áncora de salvación en las tempestades de su vida, porque es imposible, Sres. AA., que un ejército argentino huya cobarde abandonando su patria á merced del enemigo, recordándole el Himno Nacional.

En fin, Sres. AA., la lucha fué titánica. Soldados y héroes habia en las huestes españolas, héroes y soldados en el ejército argentino. Pero la causa de la libertad triunfa porque era santá y el valor americano queda inscrito con dorados caracteres en el libro de las naciones heróicas. Nuestro ejército no sólo contaba con soldados, sino tambien con poetas. No eran sólo los ministros de Belona los que habian conquistado mil laureles, eran los sacerdotes de las musas los que entusiasmaban á esas huestes invencibles. El soldado combate por la patria; el poeta canta y combate por la patria y por su gloria. No sólo son las armonías de la naturaleza, ni las afecciones de ser alma, las que traen á la imaginación del vate ese fuego llamado inspiración, las nubes de la pólvora incendiada que arrojan cual metálicos volcanes los cañones, hacen tambien hervir de entusiasmo la fantasía del poeta y exhala en canciones inmortales todo el fuego que se encierra en su pecho.

«En la época en que el general San Martín ilustraba su nombre al Occidente de las cordilleras, era entre nosotros el ejercicio de la poesía, dice el doctor Gutierrez, un verdadero sacerdocio. La lira estaba al nivel de la espada. Ciudadanos ilustres de las letras, de patriotismo probado, colocados en alta posición social, eran quienes se encargaban de celebrar las glorias de la patria y las victorias de la Independencia.» Estas palabras del publicista argentino, prueban una vez más nuestras doctrinas.

No fué solamente el doctor Lopez el que templó su lira para cantar la gloria de una patria hermosa. Don Estéban de Luca, el ingeniero y el poeta, que fundia cañones y arrojaba proyectiles con la misma facilidad con que entonaba sublimes poesías, se confundía en la hora del peligro con el último soldado, con el jóven recluta que por vez primera tomaba parte en el festín de la victoria. Y allí, mientras el carro de la guerra se paseaba orgulloso sobre miembros y entrañas palpitantes, Luca entusiasmaba á los soldados con sus himnos. *Cantando al vencedor de Chacabuco, dice el inspirado vate:

¡Oh patria! tus guerreros
 Los montes y los llanos ocuparon,
 Y el pendon de Castilla de ellos fieros
 Al suelo derribaron;
 Salve patria mil veces; altaneras
 Flotan en todo Chile tus banderas.
 Las sombras irritadas
 De Tupapel, Caupolican, Lautaro,
 Dejaron los patriotas hoy vengadas.
 Hoy vuestro nombre caro
 Llama al hijo de Arauco, que su lanza
 Tiñe en sangre española la matanza.

En estos mismos campos fué donde el coronel Rojas, el primero que arrojó las bombas libertadoras á Montevideo, último asilo del poder español en el Rio de la Plata, inmortalizó su nombre con sus entusiastas canciones y sus heroicos hechos.

Allí tambien los laureles de la gloria poética se entrelazaron con las palmas guerreras para adornar la frente del general Guido, primer vástago de esa generacion de cisnes que hasta hoy dia, representada por Carlos Guido Spano, encantan las riberas de nuestro patrio rio.

Lopez, Rojas, Luca y Guido, hé aquí, Sres. AA., los nombres de esos rayos de la guerra que al frente de los ejércitos argentinos y capitaneados por el primer genio militar del Nuevo Mundo, realizaron empresas difíciles y arriesgadas, oscurecieron los nombres de los Aníbalés en el paso atrevido de los Andes y sobrevivieron á su propia gloria, puesto que al narrar con sus épicos acentos los triunfos de sus compañeros, sin duda ninguna los laureles que adornaban sus frentes inspiradas, temblaron de orgullo y de entusiasmo al oír la melodía de esas liras inmortales.

Pero no es sólo en los campos de batalla al otro lado de las fragosas cordilleras, ni en el vivac del campamento, donde se posaban esas águilas del genio. Al Oriente de los Andes habia madres que recordaban á su hijos, esposas que esperaban á sus esposos, hermanas que ansiaban conocer la suerte de sus hermanos queridos. Allá luchaban frente á frente, el enemigo con el enemigo, el español en contra del argentino, pero acá los corazones palpitaban, y la duda, muchas veces más terrible y matadora que la misma realidad, se aposentaba en el corazon de madres, esposas y hermanas. Para curar estos dolores, para entusiasmar estos pechos generosos, habia tambien poetas que eran en ese tiempo el bálsamo que curaba los dolores del espíritu y retemplaba el alma con sus canciones de fuego.

En la humilde celda de un convento franciscano, el noble y santo fray Cayetano Rodriguez, pulsaba tambien la lira de nácar y marfil, y elevaba en cada una de sus estrofas un templo á su Dios y un altar para su patria.

Decidme, Sres. AA., ¿podían ser cobardes ó desesperar de la victoria unos atletas que, fuertes ya por la causa que defendían, recibían su premio en el campo mismo de batalla, cuando aún no se había desparado por la atmósfera el humo del cañon y la bandera azul y blanca flameaba todavía con orgullo al viento de la gloria? No, Sres. AA. La lira es el primer elemento del entusiasmo en un ejército triunfante, la primera voz de aliento en un ejército en derrota.

Para terminar, Sres. AA., me resta sólo hablar de un genio del cual me envanezco por ser su comprovinciano, y de quien en un momento solemne para mí os hablé con orgullo. Santa Fé también, Sres. AA., puso sus nobles hijos bajo el amparo de la bandera azul y blanca. Aún se pasea por nuestras calles uno de esos valientes, que cuando joven sintió el helado cierzo de la montaña gigantesca y miró sus negros cabellos encanecidos de antemano por la nieve de los Andes. Pero no solo fueron soldados los que inmortalizaron el nombre de Santa-Fé en los campos de Belona. El doctor Vera adornó en la vecina república de Chile su venerable frente con el laurel del triunfo, y al cantar sus himnos á la libertad querida, no olvidó por un momento que su cuna se meciera bajo el hermoso azul de nuestro cielo, y que sus dulces cantos los había aprendido del zorzal, que hace su nido en los bosques vírgenes de mi querida Santa-Fé.

He puesto, Sres. AA., ante vuestros ojos los nombres y los hechos de los primeros bardos argentinos, desde la independencia de esos republicanos inmortales, que al son de sus liras y al ruido del cañon mortífero pasearon victoriosa la enseña triunfadora en Salta y Putaendo, desde las márgenes del Plata hasta la línea del Ecuador, mareada por sus volcanes encendidos. Labarden, López, Rivarola, Rojas, Luca, Rodríguez, Guido, Vera y Lafinur ayudaron á San Martín, Belgrano, Balcarce y Necochea en la gigantesca empresa de redimir un mundo. Y lo consiguieron, Sres. AA., porque su amor á la libertad no concluyó en los límites de su patria, sino cuando ya en la América del Sur no se encontraba un solo soldado de esas bizarras huestes, que tres siglos ántes habían plantado en Cuzco el estandarte de Pizarro.

Al concluir, Sres. AA., creo que dispensareis las muchas faltas que en esta disertación se encuentran. Como he dicho anteriormente, pobres son mis palabras y humilde el caudal de mis ideas. Para expresarme con la galanura que debiera, hubiera tenido que emplear las frases sublimes de esos poetas y guerreros que demostraron con sus hechos heroicos la influencia de la lira en la epopeya de nuestra independencia y en la libertad de esta patria idolatrada, á quien inmortalizaron en cien lides sus inspirados poetas y sus homéricos guerreros.

He dicho.

RAMON J. LASSAGA.

Carácter del reinado de Constantino el Grande. (1)

Grande, imponente, sublime, Sres. AA., es el cuadro que presenta la historia de los siglos: la constitucion de los imperios, sus oscilaciones en el trascurso de los tiempos, sus períodos de esplendor y lozania, de envilecimiento y postracion, las virtudes de los príncipes, sus vicios; esas sangrientas batallas en que se juzga la suerte de los pueblos, y las contiendas parlamentarias en que se discuten sus más caros intereses; todo lo abarca en el inmenso círculo de sus atribuciones. Ya nos hace remontar al origen de los siglos cuando, á la voz de la sabiduría increada, se trasformó la masa informe que cubria el abismo en este magnífico universo; ya asistimos alborozados á la plenitud de los tiempos, cuando el hijo de Dios vivo tomó la forma humana para volvernos al feliz estado de que nos privara Adan.

Pero ¿de qué serviria, Sres. AA., ese círculo de hechos, si el ánimo investigador no examinase su influjo en la marcha de los pueblos y dedujese para su enseñanza las consecuencias que reporta? ¿De qué valdria ese fárrago indigesto así de nobles acciones como de escándalos, si no se aplicara á la vida activa de las sociedades, si así la maligna influencia de las pasiones, como los dulces halagos de la virtud, no fueran el faro luminoso que dirigiera las naciones al traves de las borrascas de este mundo á la realizacion de sus grandiosos destinos?

Tenemos, pues, ante nuestros ojos, Sres. AA., una de las épocas más notables y brillantes de la humanidad, uno de aquellos períodos en que se han verificado los más grandes acontecimientos que presenciara el orbe y en que, conmoviéndose éste en sus últimos cimientos, ve desaparecer uno por uno los antiguos gérmenes de su decrepitud y siente rejuvenecer con principios de salvacion y de progreso.

¿Qué quiere decir, pues, á nuestra inteligencia esa edad culminante en la historia? ¿Qué juicio hemos de formar del reinado de Constantino? ¿Cuál fué el influjo de su política en la direccion del universo? ¿Cuál el carácter distintivo de su época? Hé ahí, Sres. AA., el objeto principal que sirve de tema á mi humilde trabajo, la elevada cuestion que me propongo desarrollar. Y para comprender las relaciones que abarca, para abrazarla en toda su amplitud, examinemos los hechos que la precedieron, los acontecimientos que contribuyeron á realizarla, los sucesos que le dieron completa cima.

Sombrio por cierto era el aspecto que ofrecia el mundo antiguo al nacer el cristianismo; pues si bien en una aparente calma parecia exento de todo malestar interior, sin embargo, bajo el brillante ropaje que se cubria, ocultaba la terrible úlcera que lo consumia y que á pasos agigantados le llevaba á su disolucion total. Es verdad que los bártratos

uncidos á la vil coyunda de Roma, habian reprimido sus continuas tendencias á la libertad: cierto es que los marcomanos, oprimidos por la ferrea mano de Druso, se habian contenido en sus rebeliones contra el águila imperial, y lo restante del orbe obedecia al parecer á semejantes impulsos; pero tal estado de cosas distaba mucho de producir el bienestar en la sociedad; y si los pueblos se mantenian sin pronunciarse, era tan sólo porque el despótico dominio de los césares impedía todo arranque generoso, toda idea salvadora; porque el reinado del terror habia secado por completo en sus corazones los últimos vestigios del sentimiento patrio. Mas no podia durar largo tiempo una tranquilidad fundada en tan inestable asiento; la corrupcion que devoraba á Roma, su fanatismo religioso, sus erróneas doctrinas y repugnantes prácticas, sus degradadas contiendas, en una palabra, todos sus síntomas anunciaban una conmocion profunda, inevitable, un cataclismo universal. Pero cuando la humanidad estaba, por decirlo así, con un pié en el abismo y próxima á encenderse la inmensa hoguera, que el voraz combustible de las pasiones y vicios de la tierra habia preparado, apareció en Judea el Salvador anunciado por los profetas, el Mesías de Israel, el Redentor del humano linaje. Su doctrina santa y pura fué predicada por los cuatro ángulos del mundo conocido, haciendo por doquiera gran número de prosélitos, debidos ya á la sublimidad de su moral, ya á los prodigios con que los apóstoles confirmaban la divinidad de su misterio, ya al cansancio de las groseras prácticas del gentilismo y al desprecio que infundian sus torpes creencias. Sin embargo, Sres. AA., preciso es confesarlo, la faz del mundo aún no estaba renovada; pues los poderosos magnates, léjos de ceder á la evidencia de los hechos y doctrina de Jesucristo, se aferraban cada vez con más teson á unas ideas que abrían ancho campo á sus desmanes, que justificaban todo linaje de arbitrariedades, que divinizaban la molice y la corrupcion; tambien los pueblos embriagados con los placeres y con las orgías de los sacrificios se levantaron contra una enseñanza que anatematizaba los bárbaros excesos á que sin freno se entregaban y establecía preceptos de la más rígida moral; así es que desde un principio se armaron contra la religion del Crucificado, que ponía una barrera insuperable á sus pasiones; tratando con el ascendiente de su poder los unos, con sus escarnios y rechiflas las otras, de ahogar en su misma cuna, y sino ¿qué otra cosa son los reinados de Tiberio, Neron, Domiciano, Galerio, Diocleciano y demas emperadores romanos, sino la historia de las persecuciones de la Iglesia? Sí, el cristianismo tuvo que luchar en los primeros años de su existencia con dificultades sin cuento, afrontar los riesgos más inminentes, combatir cara á cara contra el gobierno opresor de los mandones de Roma; siendo considerados sus adeptos como enemigos de los dioses y del Estado, se les perseguía con furor inaudito, atormentándoles en la catasta, el potro y las hogueras, cruel patrimonio que reservaba el Imperio á los secuaces de Cristo; todas las dignidades del reino les estaban cerradas, y bastaba

la profesion del catolicismo para ser condenado sin formacion de causa al último suplicio. Las máximas del Evangelio se proscribian como un foco de inmoralidad, y sus sostenedores se veian precisados á observar sus prácticas y ceremonias en el silencio de la noche y á la triste oscuridad de las catacumbas. Cada dia se ideaban nuevos medios con que prolongar y avivar sus dolores, y parecia que las legiones infernales, previendo su derrota vergonzosa, hacian un postrer esfuerzo para extinguir la obra de nuéstra redencion. Viejos y niños, hombres y mujeres, nobles y plebeyos, recibian igualmente la palma del martirio; y en su rabioso encono los verdugos de los fieles no respetaban ni el pudor, ni la santidad, ni la sabiduría y demas dotes que embellecian sus espíritus generosos. Hé ahí, Sres. AA., trazado con débiles pinceladas el cuadro que presentaba el cristianismo bajo el omnínodo poder de la opulenta y degradada Roma.

Llegó por fin el tiempo designado por la Providencia para la consecucion de sus grandiosos destinos; la época brillante en que la obra de Dios habia de aplastar para siempre los diabólicos proyectos de los hombres; y nacia entretanto el héroe inmortal Constantino Magno, que, sentándose sobre las ruinas del paganismo, con la cruz por enseña, debia inaugurar á sus pueblos una era de regeneracion y de progreso.

Descendiente este príncipe de padres nobles, ya que no en su origen, por su elevada posicion social, manifestó desde luego en varias ocasiones sus prendas. En la expedicion contra Aquileo de Egipto, se portó con tanta bizarría y denuedo, demostró tanto talento y tan acendrada virtud, que se atrajo las simpatías de cuantos le acompañaron, excitando la envidia del bárbaro Galerio. Llamándole á su lado no encontró medio para deshacerse de un jóven que tan bellas esperanzas infundia. Le hizo combatir sucesivamente contra un sármato y un leon, saliendo victorioso en ambas pruebas. Y viendo Constancio, su padre, los peligros á que se hallaba expuesto en manos del inmuño tirano, se lo pidió con instancia; y despues de mil tropiezos y dificultades, llegó á los Estados de su padre, á quien acompañó en una expedicion contra la Gran Bretaña, haciendo bajo sus órdenes proezas de valor. Allí le cerró los ojos algun tiempo despues en su palacio de York, siendo declarado heredero de su trono en perjuicio de los dos hijos de Teodora, su segunda mujer. Elevado Constantino á tan alta dignidad, sólo se ocupó en las reformas de sus dominios, enriqueciendo á las Galias, primer teatro de sus grandiosas acciones, con magníficos monumentos que inmortalizaron su recuerdo. En tanto que Constantino hacia felices con su liberalidad y acertadas medidas los pueblos encargados á su custodia, Majencio, que extenuaba á Roma con sus rapiñas y crueldades, quiso oponerse á estos asombrosos progresos declarándole la guerra. Constantino, sin pérdida de tiempo, reunió las tropas de las Galias, Iberia y Gran Bretaña, y con un ejército de 90,000 hombres fué á encontrar al tirano en sus mismas provincias. Al emprender su

generosa idea, se encomendó á los dioses del paganismo, que permanecieron sordos á sus clamores. Entónces el cristianismo, que habia ya empezado á germinar en su corazon, ocupó toda su mente, y cuando en medio de un horizonte sereno y despejado y en presencia del ejército entero, apareció una resplandeciente cruz con la famosa inscripcion *in hoc signo vinces*, por esta señal vencerás, se creyó bajo la proteccion del cielo, colocó á la cabeza de su gente el prodigioso lábaro y seguro del celo de sus neófitos, se abalanza lleno de esperanzas sobre sus enemigos: avanzó, pues, sobre Roma, se hizo dueño de Susa, destruyó por completo en las llanuras de Turin las huestes de Majencio, tomó á Milan apesar de los esfuerzos heróicos de Pompeyano, destruyó por segunda vez en las cercanías de Verona el ejército imperial; y siempre adelante en sus gloriosos triunfos, penetró hasta el puente Milvio, distante sólo dos millas de la dormida Roma. Atemorizado Majencio por la proximidad del peligro, organizó numerosas cohortes, y construyendo en el Tíber un puente de barcas para facilitar la retirada, presentó la batalla á su temible rival. Aquella fué la vez primera que, encarados el elemento pagano y el cristianismo se disputaran el imperio del mundo. La acción fué sangrienta; pero apesar de la superioridad de las tropas de Majencio, fué completamente derrotado por ese puñado de valientes que combatian con la conviccion de la justicia y con la segura esperanza de la victoria. La mayor parte del ejército romano sucumbió bajo el acero de los galos, y el mismo Majencio, con gran número de sus cortesanos, se ahogó al pasar el puente Milvio, que se hundió en el Tíber con el peso de la multitud. Dueño ya Constantino del imperio de Occidente, puso todo su conato en preparar el terreno á la realizacion de sus inmensos proyectos. Penetrado vivamente de la sublimidad del Evangelio y comprendiendo que en la observancia de sus máximas estriba únicamente la prosperidad, el bienestar y la gloria de las naciones, le dió fácil entrada en su corazon, abriendo de par en par las puertas del imperio á su benéfico influjo.

Pero Licinio, que le habia auxiliado en la guerra contra Majencio y que habia por sus consejos protegido á los cristianos, celoso de la elevacion y celebridad de Constantino, empezó á perseguirlos tenazmente intentando provocar la via del valiente príncipe y detenerlo en su gloriosa marcha. Sabedor Constantino de la perfidia de Licinio, voló con la rapidez del rayo en defensa de sus hermanos en la fe. Ganó la primera batalla en Cibales de Panonia, y aunque la segunda dada en Tracia, cerca de Moravia, no tuvo resultado alguno, temiendo con razon Licinio las consecuencias de la guerra, le pidió la paz, que fué ajustada con la condicion de que le cediera la Iliria y la Grecia, y le pusiera á Valente, á quien habia nombrado César despues de la batalla de Cibales. Pero no cesando de agitar con sus intrigas los Estados de Constantino, quiso éste terminar prontamente con un hombre que no le dejaba ejecutar en sosiego sus ideas y corrió al frente de sus tropas á doblar la cer-

viz de tan incómodo rival; al trabarse el combate, ambos ejércitos se dirigieron á sus dioses respectivos, consultando Licinio las entrañas de las víctimas y los oráculos del paganismo, é implorando Constantino el auxilio del Señor de las batallas. El 3 de Julio del año 323 vinieron á las manos en Andrinópolis, y despues de hacer por los dos lados esfuerzos sobrehumanos, la victoria se decidió por los cristianos; el ejército del enemigo fué totalmente deshecho, y Constantino, en el ardor de la pelea, recibió una leve herida en el muslo. Su hijo Crispo dió el último golpe á la armada de Licinio en el estrecho de Galípoli, y Licinio, retirado en Calcedonia, fingió firmar las paces con el objeto de reunir nuevas tropas y atacar á Constantino; pero fué de nuevo derrotado en Crisópolis, frente de Bizancio, huyendo hácia Nicomedia. Mas siempre inalterable en su propósito de vencer á Constantino, urdió nueva trama en un retiro de Tesalónica, hasta que Constantino, cansado de tan tenaces esfuerzos, le mandó dar muerte, siendo éste uno de los puntos en que no están de acuerdo los historiadores.

Libre ya de sus poderosos competidores y pacificado por completo el universo, se arrojó con entusiasmo en el mar inmenso de sus pensamientos, realizando con vigor sus grandes proyectos. Y ante todo, persuadido de los inconvenientes que suscitaria la molicie romana á las mudanzas é innovaciones que formaban el objeto de sus meditaciones, pretendió en un principio trasladar la capital del mundo á la heroica Troya, levantando de nuevo sus derruidos muros y volviéndole en todo su antiguo esplendor y magnificencia; pero al fin interesaron más vivamente su ánimo las ventajas positivas de Bizancio, que los poéticos recuerdos de la gloriosa Ilion. Se dirigió, pues, á ella con un crecido cortejo, abrió con su propia lanza el circuito de la futura Constantinópla, alzáronse como por encanto sus guarnecidas murallas, reconstruyéronse soberbios edificios, erigiéronse hermosísimos monumentos, y á la piedad de su virtuosa madre se debió Santa Sofía, primera basílica del Oriente y obra maestra de la arquitectura antigua. La proteccion que concedió á los que se establecieron en ella, la llenó á poco andar de hombres de todas nacionalidades y condiciones y pudo sin énfasis el dia de su consagracion denominarla la segunda Roma, primogénita muy querida de la primera.

Afianzado de este modo su poder y seguro del éxito de sus esperanzas, se dedicó con ahinco al logro de sus vastos designios; y para dar á su obra reparadora un carácter imponente, se rodeó de un lujo y boato enteramente oriental: dió títulos con decoraciones pomposas, estableció para los magistrados suntuosos trajes, y cubrió su trono de brillo y esplendor sorprendente. Llenadas por completo las exigencias de la parte exterior de sus Estados, sólo se ocupó desde entónces en organizarlos y constituirlos sobre una base sólida. Dictó sabias leyes é instituciones saludables, destruyó los monstruosos abusos de sus predecesores,

modificó las costumbres de sus pueblos y emprendió con ardor sus innovaciones religiosas.

Para dar á conocer á sus súbditos la idea principal que lo dominaba y que siendo la guía y norma de sus acciones encaminaba sus más recónditos pensamientos, sustituyó en sus pendones el símbolo del cristianismo al estandarte imperial; trocando así la insignia de la barbarie y la corrupcion por el grandioso emblema de la civilizacion y la virtud. De este modo el águila romana, que habia cogido bajo sus garras tantas inocentes presas, que cerniéndose sobre el inmenso horizonte de los acontecimientos humanos no habia dejado en pos de sí sino miserias y desolacion, fué totalmente eclipsada por el brillo de la cruz, que, representando la obra más acabada y perfecta que jamas se viera, hacia con sus encantos sonreír de placer y de contento el corazon del universo entero.

¡Cuán majestuoso era el objeto que presentaba la Iglesia en tan felices tiempos! ¡cuán lisonjero su porvenir! Reconocida unánimemente por la depositaria de la verdad, las naciones se inclinaban ante ella, y los pueblos corrian en tropel á participar de su celeste influencia. Sus ministros considerados como representantes de la divinidad, gozaban del amor y respeto de los fieles: los príncipes tenían por gran honra el admitirlos á su mesa y sus palabras reputadas como oráculo, eran escuchadas con singular recogimiento. El mundo enajenado por un estado de cosas hasta entónces desconocido, sólo ansiaba prolongarlo, de suerte que reinaba la más cordial armonía entre el magnánimo príncipe y sus felices vasallos. La paz con todos sus encantos fué el resultado lógico de tan glorioso tránsito. Se cultivaron las ciencias y las artes, se desarrolló la industria, se fomentó el comercio, y despues de haber embellecido el imperio con obras dignas de su genio, como un tributo de amor y veneracion á Dios, que tantos favores le dispensara, invirtió sus tesoros en adornar con grandiosos monumentos los sitios que presenciaron la pasion y muerte del Salvador.

¡Pruebas sensibles de su elevado espíritu que publican sus nobles sentimientos é inmortalizaron el nombre de su piadosa madre Helena!

El paganismo, espectador de tan hermoso drama, sintió vacilar sus fuerzas y estremecerse en sus cimientos; y al contemplar sus demolidos templos, sus confundidas creencias, sus escarnecidos dioses, lanzó un grito de desesperacion, sepultándose para siempre en las sombras del olvido.

Iluminados los hombres por los divinos resplandores del Evangelio, comprendieron sus groseros errores, se despojaron de sus perversas inclinaciones, proscibieron sus detestables máximas; y la religion, que en otros tiempos, alucinando á los pueblos con el aparato seductor de sus blandas creencias era el objeto de sus ofrendas y adoraciones, sólo inspiró en adelante el más profundo desprecio.

Péro el enemigo malo, que no descansa un momento en su obra de

destrucción, quiso inficionar con su hálito impuro el dulce aroma que respiraba la humanidad, suscitando con sus artificios elementos disolventes que pusieran á prueba la estabilidad de las nuevas doctrinas. Se valió para su intento del sacerdote Arrio, que, dotado de un carácter insinuante, revestía sus capciosas formas de las más halagüeñas apariencias. Combatiendo la divinidad del Verbo, pretendió privar á la religion cristiana de su más sólido fundamento, de su más robusta base. Escribiendo, conversando, discentiendo, llegó á seducir á muchos incautos con el brillo de sus sofismas; y tomando de dia en dia más auge sus atrevidas concepciones, creyó Constantino que convenia á la tranquilidad del imperio y á las creencias de sus gobernados establecer definitivamente la verdad en tan notable asunto. Influyó, pues, para que se convocara en Nicea un concilio general, que dirimiendo tan ruidosa cuestion, determinara irrevocablemente la doctrina de la Iglesia. Despues de acaloradas disputas y largas explicaciones, los Padres del concilio, que en número de 318 representaban todos los países de la tierra, condenaron á Arrio, restableciendo solemnemente la creencia en la divinidad de Jesucristo.

Constantino, que se halló presente á su decision, desterró al heresiarca con sus principales secuaces del seno del imperio, y libre de tan terrible enemigo, se dedicó de nuevo al perfeccionamiento del Estado, continuando con ardor y varonil esfuerzo su empresa restauradora.

Por fin, despues de haber realizado por completo el sublime objeto de sus afanes, conoció que su mision habia concluido en esta vida; sintió que se le debilitaban sus fuerzas, y comprendiendo que el término de su gloriosa carrera estaba próximo, se hizo administrar el bautismo, y dispuesta ya su alma para el duro trance por que iba á pasar, exhaló el último suspiro, con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón, exclamando que en el destino que le esperaba está la verdadera vida. Sus virtudes le merecieron la admiracion y reconocimiento de infieles y cristianos, colocándole los unos en el número de sus dioses, inscribiéndole algunos en el catálogo de los santos. Y si bien es cierto que no se sustrajo del todo al influjo de las pasiones, sus relevantes cualidades han inmortalizado justamente su memoria.

Ahora bien, Sres. AA., ¿qué debe pensar un espíritu imparcial de ese cúmulo de hechos? ¿Qué debemos juzgar del influjo político y religioso de Constantino en la marcha de los pueblos? ¿Qué consecuencias reporta á la humanidad el carácter distintivo de su época? Recordemos lo que fué el mundo pagano; los errores y los crímenes que padeció bajo las sangrientas garras del águila imperial, el desbordamiento general de las pasiones, y esa asquerosa llaga de tantos vicios que devoraba la sociedad antigua, y que, lenta, pero inevitablemente, la conducia á un precipicio fatal; fijemos á la par nuestras miradas sobre el cuadro que presenta el actual orden de cosas, contemplemos el majestuoso impulso que el cristianismo ha dado á la civilizacion de los pueblos; consideremos los efectos sorprendentes que ha logrado el universo do quiera el

cristianismo ha tremolado el glorioso estandarte de la cruz y nos convenceremos plenamente de que el reinado de Constantino fué uno de aquellos períodos eminentemente transitorios en que, cambiándose por completo la faz de las naciones, se imprime una marcha digna y majestuosa á las sociedades: la historia de una civilizacion decrépita y que muere, y la de otra que llena de vigor y lozanía avanza á pasos agigantados, forman el carácter distintivo de su reinado, tan fecundo en acontecimientos notables.

Sí, Sres. AA., el siglo IV de nuestra era fué una de aquellas épocas brillantes en que, removiéndose los últimos cimientos de la ignorancia y de la inmoralidad, se reconstruye la sociedad en la sólida base de la ilustracion y la virtud. Una de aquellas revoluciones saludables con que Dios despierta á los pueblos de su letargo y haciéndoles comprender el precipicio á que se dirigen irremisiblemente por tan extraviada senda, reconocen el peligro, y reaccionando vigorosamente, abren sobre sí mismos ancho campo á las ideas en que tan sólo estriba su dicha y estabilidad.

La obra que Constantino acometió era digna por cierto de su grande alma: conocía los obstáculos que se le opondrían, no ignoraba las dificultades que habia de encontrar; sin embargo, dotado de una voluntad ardiente y desinteresada, superó todos los combates de sus enemigos, é incansable en la consecucion de su propósito, coronó al fin su frente con la diadema del triunfo.

Gloria y honor, pues, Sres. AA., á tan heróico príncipe, gloria y honor á sus notables hechos, su brillante ingenio, sus cualidades eminentes. Que así como su recuerdo se conserva en la Iglesia y en el corazon de toda persona sensata, se grabe tambien en nuestras juveniles almas. Su poderoso genio conquistó á la humanidad uno de sus más preciosos lauros; y el mundo reconocido á sus relevantes méritos le ha tributado el homenaje debido á sus virtudes, estampando con caractéres indelebles su nombre venerando en el libro grandioso de la historia.

TOMAS R. CULLEN.

Julio crítico sobre la revolucion italiana de 1848. (1)

Hace sesenta siglos, Sres. AA., que la revolucion se dejó ver entre escombros y ruinas, y cual cometa fatídico ha dejado en pos de sí, no una cinta de brillante lumbre, sino las pavesas del incendio y el polvo de los derrumbamientos. Los hombres la conocen demasiado, saben su historia: sus páginas están destilando sangre y vertiendo lágrimas: los hom-

(1) Declamado el día 30 de Setiembre del año 1880.

bres han visto sus obras, palpado su influencia, y más de una generacion ha retrocedido horrorizada ante ella; y no obstante, el siglo XIX ha evocado ese nombre maldito, y ella se ha presentado al mundo como una fiera hambrienta para devorar cuanto se oponia á su paso y hacer flamear su rojo estandarte sobre pirámides como las de Tamerlan y Topal-Osman.

Para ella todos los principios son buenos como haya una institucion que desacreditar, una autoridad que combatir, un órden que conmover. La revolucion es la síntesis de las maldades humanas, y la antítesis del progreso y tranquilidad de los pueblos; por eso la Italia, al verla aparecer en 1846, lanzó un grito de espanto: pero era tarde, se encontraba ya en sus garras.

Seguidla si podeis en su carrera: vedla ora posada sobre las altas cumbres de los Apeninos contemplar con feroz mirada la presa de sus enconos: ora sentada en tenebrosos gabinetes maquinar mil perfidias.

Llama á la puerta de los príncipes, penetra en sus alcázares, quemando incienso ante los tronos y coronando á los monarcas de rosas y laureles. Recordó que las víctimas iban coronadas en los sacrificios paganos y quiso presentar á nuestro siglo una hecatombe pagana. Hace bullir al pueblo romano, que recorre las calles en horrendo clamoreo. Milan y Florencia caen en sus redes, sublévase Turin, y en Nápoles estallan los sangrientos dias de Mayo. El príncipe de Carignan se pone al frente de las insurrecciones, y el abate Gioberti hace su entrada triunfal en Parma. Las ondas del mar revolucionario se extienden, se ensanchan y amenazan sepultarlo todo en horrorosa inundacion. ¿Adónde van esas pardas nubes? ¿Cuál es la tempestad que presagian esos horizontes?

Colegas, aquí se traba mi lengua, mi corazon se conmueve al tener que delinearos el cuadro que la revolucion pintara con la sangre y el llanto de un pueblo generoso. ¡Quién cual otro Jeremías pudiera derramar una lágrima donde tantas se vertieron! Á lo ménos sentémonos un instante á meditar sobre las ruinas que entónces dejara cual se sentó en otro tiempo Mario sobre las de Cartago, y quizá un dia podamos salvar á nuestra patria de amargura semejante.

Abrazaré de un solo golpe de vista el inmenso círculo que ofrece la revolucion italiana de 1848; la consideraré en su fin y en sus medios, sosteniendo que dicha revolucion fué detestable, porque fueron detestables el fin y los medios que empleó para su consecucion.

No citaré un solo hecho, no emitiré una sola idea que no pueda comprobar por medio de autores imparciales, que los refieren, áun con menoscabo de sus intereses patrióticos, y que están acordes en designar no sólo la sustancia de los hechos, sino áun, lo que no es necesario para el criterio, las circunstancias que los acompañaron, señalando el dia y lugar de tales acontecimientos.

La religion y la sociedad, Sres. AA., son dos ejes sobre los cuales gira el mundo moral en su inmensa órbita, y los dos puntos de apoyo

sobre que descansan los pueblos. Pretender destruir uno cualquiera de los dos es desear que el mundo caiga y los pueblos desaparezcan. El hombre es naturalmente sociable y esencialmente religioso. Despierta Adán del profundo sueño del no ser, y lo primero que hace es adorar á Dios: despierta de su segundo sueño y se encuentra acompañado. Dios y la sociedad fueron los primeros seres á cuyos impulsos latió su corazón. Su vida toda no se movió en otro espacio, ni conoció otro círculo de acción.

El trono y el altar permanecieron en el mundo después del diluvio como árboles gigantes que han visto pasar ante sí bramando el huracán. Los pueblos se agruparon bajo sus sombras y tuvieron por dichosos al poder disfrutar de sus benéficas influencias, porque conocieron que fueron felices los pueblos donde el cetro del mando era suavizado por los prudentes consejos de un anciano sacerdote. La religión y la sociedad son, pues, dos ideas correlativas, necesarias, imprescindibles en el desarrollo del espíritu humano.

Esos dos sistemas tan absurdos como inconcebibles, conocidos con los nombres de ateísmo y pacto social, y que figuran como opuestos extremos de esos dos principios salvadores, son los dos arietes inventados por los incrédulos para socavar y derrumbar el edificio de las naciones. Los monarcas más antiguos y los Papas más santos han de ser el zócalo donde deba aplicarse la aguzada piqueta, para establecer la anarquía y la irreligión, para acabar de una vez con lo más santo y más grande que poseemos.

La revolución ha marchado siempre á banderas desplegadas asolando los campos y destruyendo las ciudades. ¡Oh! colegas, pasad por encima de esos cadáveres amontonados en la larga serie de los siglos, apartad vuestra vista de esas tristes escenas que han presenciado las generaciones que nos han precedido: dejemos á un lado ese río de sangre donde van navegando los enemigos del orden con satánica gritería, porque sobre todos esos horrores inexplicables, sobre esas calamidades indecibles, existen otros horrores y otras calamidades más espantosas.

De las frías regiones de la Alemania levantóse en el siglo pasado un monstruo cual jamás vieran los siglos. Desde su cuna mostró tanto poder, que en breve tiempo llevó á cabo gigantescas empresas: dotado de un genio perspicaz, supo insinuarse al través de todos los esfuerzos y prevenciones, y se apoderó de los príncipes más prestigiosos, de los caudillos más esforzados y los obligó á militar en sus filas contra sí mismo. Con la velocidad del rayo salvó todos los espacios y fué á medir sus fuerzas con el gran Napoleón. Y ¡quién lo creyera! aquel hombre que en Dresde no se quitaba su sombrero delante de cien testas coronadas, sucumbió bajo sus golpes; aquel espectro terrífico le hundió en su polvo y con su soplo disipó sus glorias por los aires, como el aura fugaz disipa las columnas de humo. Penetró en seguida en el corazón de la Rusia, tomó carta de ciudadano en la Gran Bretaña, y al salir de Francia dejó

tras de sí ocho millones de cadáveres en las plazas y en las calles, y á ella sentada en las riberas del Sena, cual viuda sin esposo y sin hijos, sin joyas y sin tesoros, en la miseria y el abandono. ¿Y despues? Despues se dirigió á la capital del mundo cristiano. Miradlo cual ántes enfrente de Napoleon, hoy frente á frente con los ancianos del Vaticano. ¡Mas, vano es tu intento, hijo del averno! Un dia pudiste mostrar al mundo en tus manos los pedazos de la espada de un guerrero: mas la cruz de esos ancianos es inquebrantable. Levanta en buena hora furiosas tempestades, que al fin irás á ocultar tu derrota en el cieno inmundo de perversas sociedades, que viven en el silencio del crimen y la oscuridad del misterio.

Hablq, Sres. AA., del iluminismo de Weishaupt cuyos hijos reinan en los gabinetes europeos y que es el enemigo de todo órden y autoridad; que tiene guerra jurada á Dios, á los monarcas y á las repúblicas de órden, que colocando montes sobre montes, cual los titanes de la fábula, pretende escalar los cielos, arrebatár al mismo Dios su infinita pujanza y dar el grito de rebelion en lo más alto del empíreo para que cunda por todos los espacios. El iluminismo, en el seno de las sociedades civilizadas, fraguando vanas utopías, combinando vastas conspiraciones é ideando proyectos nefandos, se apoderó de las artes, de la industria, abrió el libro de la naturaleza y leyó atentamente en sus páginas, se sentó en el ministerio de un rey, vistió el hábito de una órden religiosa y se mostró al mundo bajo todas las formas y bajo todos los aspectos. Los buenos no sospecharon su maldad; los malos la conocieron, y unos y otros contribuyeron directa é indirectamente á sus planes y á sus fines. Paulatinamente fué creciendo este árbol plantado por los ministros de Lucifer: formaronse tribunales invisibles en que se decretaba la muerte de millares de ciudadanos indefensos, al mismo tiempo que se incitaba á las masas turbulentas á la sedicion y la desobediencia. Declaró guerra sin cuartel, guerra de exterminio á la Iglesia, al Estado y á la familia. Estalló la revolucion y recorrió todas las clases de la sociedad, todas las escalas del poder, y en ménos de un siglo se han visto rodar por el suelo veinte coronas reales, y se han estremecido los altares en sus cimientos: los hijos se han levantado cónta los padres, los sacerdotes se han visto dispersos: los siervos han azotado el rostro de sus señores.

Se proclamó en alto la libertad, igualdad y fraternidad, y salieron entónces de sus escondites los ambiciosos vulgares, y devastaron los tronos que habian derrumbado, empuñaron los cetros que habian roto y subieron las gradas del altar profanado, presentándose ante la multitud como los ungidos del señor y los redentores del pueblo.

Ahí teneis, Sres. AA., el fin primordial de la revolucion italiana que empezó en 1848 ¡guerra á la Iglesia! ¡guerra á la sociedad! ¿Qué otro objeto tenian esas manifestaciones furibundas en la ciudad de las siete colinas, en que el populacho desenfrenado recorria las calles en tropel al frente de Ciceronacchio? ¿Qué significaban esos gritos de viva Pío,

mnera el Papa? ¿Por qué en Parma, despues de las insurrecciones de Milan, la prensa se desencadena con ultrajes contra el bondadoso Carlos II, y de una manera soez y vil quiere apoderarse del príncipe heredero y sumergirlo en un calabozo sin más delito que su condicion y estado social? ¿Por qué en la altiva Venecia, el leon ruge contra sus señores y corre á romper los grillos de dos malhechores, jefes ambos de la jóven Italia? ¿Y qué causa ha motivado que Mantua la inexpugnable abriera sus puertas á esos aventureros que venian desolando los valles encantados de la bella Italia? ¿Por qué Milan, Nápoles y Módena se lanzan á secundar las invasiones de los reformistas? ¿Sabeis por qué? Porque en presencia de un pueblo numeroso ha saltado el Rubicon tocando el clarin de guerra aquel hombre en cuyo espíritu estuvo encarnado el genio del mal, y que fué el protagonista de esta tremenda tragedia. Oigamos su proclama: «Conciudadanos: me parece que una ciudad que ha reunido dos destinos tan grandes, que ha tenido dos épocas memorables miéntras los otros pueblos se eclipsaban para no volver á apárecer en la escena; me parece, digo, que esta ciudad debe tener un tercer destino, una tercera época. ¡Salud, pues, á la Roma del pueblo, sucesora de la Roma de los césares y de la Roma de los Papas!»

¿Y cuál era esa Roma del pueblo, sino aquella Roma ideada por el socialismo que debia construirse sobre los tronos de los césares y sobre los altares de los Papas: aquella Roma sin Dios y sin gobierno? ¿Cuál era ese pueblo omnipotente sino los fagines de Rippeta, los zurradores de la Regola y los holgazanes de Brogo y Transtiber?

Dirigieron, pues, sus ataques nada ménos que al punto céntrico do convergen todas las potestades, esgrimieron sus armas contra el coloso de los siglos que en toda la extension es el único que goza de las prerogativas de la autoridad espiritual y temporal, y que es al mismo tiempo Pontífice-Rey. Estableciéronse en Roma para dar el golpe en el mismo tronco. Hombres viciosos, criminales, enemigos de los esplendores ajenos ¿qué habian de inventar sino la destruccion de un órden social en que ellos no figuraban, para tener siquiera ruinas sobre que dominar y poder insultar la memoria de quienes son la honra de la humanidad?

Entónces tuvo lugar aquella idea peregrina, aquel dorado ensueño, aquella ilusion pasajera de la república italiana, que el socialismo hacia pasar cual nube esplendorosa ante los ojos de los incautos, haciéndoles vislumbrar dias de ventura y felicidad: ese lampo fugaz que brillaba en un caos de buenos sentimientos. Pues la república que intentaban levantar no era la república de los Gracos, Washington y Garcia Moreno; era la república de Catilina, Cromwell y Robespierre. «Acabemos, dijeron, con todos los gobiernos de la Península, y formemos un solo Estado de toda la Italia, bajo la forma republicana.»

La República, por tanto, debia levantarse sobre la tiara de Pio IX, la púrpura de Fernando y Carlos Alberto, la corona de hierro de los lombardos, el gorro ducal de Venecia y los cetros de Parma y Módena.

Hé ahí, Sres. AA., el segundo fin ó mejor aún deducción legítima de las premisas anteriores. En efecto, una vez destruida la autoridad en toda su extension, arrancada el alma de la sociedad ¿qué puede hacerse para conservar ese cuerpo frio é inmóvil, sin aliento y sin espíritu? No hay efugio: las naciones no viven sin autoridad; ellos lo comprendieron, y entónces crearon un tercer poder distinto de los anteriores, y lo distribuyeron al pueblo rey, al pueblo soberano: es decir, ungieron reyes y no dejaron súbditos; hicieron que todos mandasen y nadie obedeciese; y, como dice un escritor contemporáneo: « los astutos aduladores de las masas quieren hacer soberanos á los pueblos para explotarlos luego en favor de sus ambiciones; tienen por las calles millares y millares de reyes, dé cuya majestad no se acuerdan sino para ponerla al servicio de su interes enfrente de los cañones de la autoridad que combaten. » ¿Qué significa esa soberanía nacional sin corona y sin súbditos? Proudhon, nada sospechoso por cierto, dice muy bien que es como la cuadratura del círculo, el movimiento perpetuo, la piedra filosofal y el absurdo práctico.

No obstante, libertad é independencia, gritaron ellos, y las turbas los siguieron atraídas por tan mágicas palabras. Destronamiento y república, clamaban en las barricadas de Nápoles. ¡Viva la república! contestaba la tropa romana despues de una fogosa arenga del médico Sterbini. « Es necesario proclamar la independencia italiana juntamente con la república unitaria », escribia Mazzini á todos sus adeptos, y en el colmo de su delirio, contestan: « la anarquía es el grado más alto de libertad y orden á que puede llegar la humanidad. » ¿Lo habeis oido, señores? La anarquía, el vicio es el último grado de perfeccion. ¡Qué inteligencias tan repugnantes! ¡Sólo por revolcarse en un monton de cieno publicar esas doctrinas!

Los demócratas del 48 entronizaron el crimen, y para adorarle hollaron impávidos con su inmunda planta todas las leyes divinas y humanas: el comunismo saltó á la arena: « la propiedad es un robo », gritó, y recorrió los Estados y los pueblos para despojarlos de sus posesiones. El socialismo salió de las orgías de la perversidad, y la libertad degeneró naturalmente en libertinaje el más desenfrenado; la igualdad se convirtió en la ley de Nemrod, y los robustos cazadores aplastaron á los pequeños, los ricos á los pobres, y á nombre de la fraternidad procedieron á la reparticion de cuantos bienes pudieron apoderarse. Y la libertad, y la igualdad y la fraternidad contribuyeron... ¿sabeis á qué? Al más espantoso desórden. No se trata ya de plantear una institucion, ni de hacer trizas una corona, ni áun de fundar una república, todo eso ha quedado atras. Cuando se echa abajo la Cruz de en medio de los pueblos, que detiene la efusion de sangre que inspira al hombre una dulzura celestial, se suele presentar en su lugar á la adoracion pública un signo de voluptuosidad ó de barbarie, y al momento un furor nunca visto se apodera de los corazones, y se inmolan hecatombes

de víctimas humanas á tales ídolos, como lo hicieron los filósofos regeneradores del siglo pasado y lo volvieron á repetir sus regenerados, los socialistas y comunistas de 1848.

Los mismos sediciosos se rebelaron despues contra los rebeldes y declararon que no querian sufrir ni el yugo de los revolucionarios ricos, ni el de los pobres, porque todos eran iguales ante la ley; y luego con voces siniestras y estertóreas, gritaban: ¡viva la república! ¡muera toda constitucion! y quisieron derribar triunviratos, cámaras, constituyentes, municipalidades, jueces, leyes y cuanto existe para conservar el orden. Desde ese momento ya no existió entre ellos ni caudillo ni lema, ni conexion siquiera entre esos predicadores de la anarquía, y navegaban en el mar borascoso de todas las ideas sin timon y sin norte. Las muchedumbres tumultuosas se levantaban unas contra otras, ciegas y frenéticas: cada uno se disputaba el poder, y aquella nacion tan grande y célebre en los fastos históricos, iba presentando el aspecto lúgubre de un vasto cementerio: el crimen habia ocupado los altares de los templos y la muerte se sentaba en el trono de los reyes y las sociedades, adornaron el crimen, y en sus orgías inmundas sacrificaron todas las virtudes y se postraron sumisas ante el espectro mudo de la muerte, que extendiendo sobre ellas su frio sudario, les envolvió en sus pliegues. Hé ahí la revolucion, Sres. AA.; ¡ha tocado con su dedo la cumbre del Olimpo! ¿Qué mas? Basta, que ya hemos llegado al último límite de la degradacion: más allá no encontraremos sino la nada y el caos, que eran cabalmente el término adonde se encaminaba la Italia roja en manos del iluminismo.

Ahora bien, ¿qué camino ha seguido para prometerse llegar á ese punto? ¿cuáles son las armas que ha esgrimido para llevar por delante la noble oposicion que encontrara? No nos será difícil hallar esa senda, pues tras sí han dejado regueros de sangre: las armas están suspendidas aún en los salones de los hombres del compas y de la escuadra.

El 5 de enero de 1846, escribia uno de los más astutos agentes de la demagogia italiana lo siguiente: «el asalto que de aquí á pocos años y quizá dentro de algunos meses daremos á los príncipes de la tierra, los sepultará entre los escombros de sus monarquías caducas y de sus ejércitos, y para el golpe certero es necesario extirpar de raíz el gérmen católico del mundo» Y más tarde, José Mazzini, encargado de reglamentar los estatutos de la jóven Italia, respondia admirablemente á la consigna de las sociedades secretas, que se proponian amasar con lágrimas y sangre los cimientos de la república que soñaron Weishaupt y los comunistas. En sus instrucciones decia: «Aprovechaos de la menor concesion para remover las masas so pretexto de gratitud. Las fiestas, los himnos á las reuniones tumultuosas darán impulso á las ideas, y haciendo al pueblo exigente, le harán apreciar sus fuerzas.»

De su constitucion que forma su gloria imperecedera, citaré los siguientes artículos:

«Artículo 30. Los que no obedecieren las órdenes de las sociedades

secretas ó revelaren sus misterios, morirán irremisiblemente á puñaladas. Á igual pena quedan sujetos los traidores.» «Artículo 32. El que se negare á ejecutar la sentencia, será considerado como perjuro, y como tal, muerto incontinentemente.» «Artículo 33. Si la víctima se escapa, será perseguida sin descanso por todas partes y el culpable recibirá un golpe de una mano invisible aunque estuviera en el regazo de su madre (¡oh bárbaros!) ó en el tabernáculo de Cristo.» «Art. 34. Cada tribunal será competente para juzgar no sólo á los adeptos culpables sino para hacer morir á todo aquel á quien hubiera anatematizado.»

Esos son en compendio los medios empleados para desorganizar la Italia y fundar el laberinto de la demagogia; unos son cobardes y otros criminales. Á los primeros, pertenecen la burla, el sarcasmo, la hipocresía, la refinada astucia, aquellas voces de unidad é independencia proclamadas con seductora facundia, y aquellas ideas de reformas y emancipacion derramadas entre el pueblo. Á los segundos, pertenecen la prostitucion, el asesinato, el pillaje, el incendio, los sacrilegios y blasfemias propaladas en la prensa y en la tribuna. No exagero, señores; es necesario descender al terreno de los hechos para palparlos, por más que muchas veces tengamos que presenciar escenas de horror.

Dos cosas encarecia Mazzini á sus discípulos: el festin y la muerte. El que no cediera á los licores de Chipre y jarabe de violetas, debia rendirse al arsénico y al estilete. Debían valerse de la hipocresía más solapada y del crimen más abominable. La primera se presentaba ataviada con ropajes ajenos; habia pedido al amor y á la gratitud sus adornos y recorría las calles de Roma como una hija cariñosa que va á postrarse á los piés de su bondadoso padre, y en realidad no era más que una serpiente infernal, que dejaba sembrado su hálito pestilente y venenoso. El segundo era un rey bárbaro que penetraba sin ambages; que con sólo su presencia se prometia el dominio universal. De esta suerte una Cleópatra y un Maximino fueron los instrumentos de las sociedades secretas.

La primera surcando las aguas del Tiber en su nave de dorada popa, plateados remos y purpúreas velas llegó á Roma, admirando á los incautos que estupefactos exclamaban: «Es la libertad de Italia.» Ofreció en el altar de la gratitud el incienso de la sumision y fidelidad ante el Padre comun de los fieles. Con su aspecto risueño hizo abrir las puertas del Quirinal y subió las gradas del Vaticano. Con sus clamores y grandes manifestaciones iba trasformando paulatinamente á la austera Señora de las naciones, y abriendo paso entre las bondadosas concesiones del inmortal Pio IX al monarca que venía en pos de ella.

Dotado Pio IX de una dulzura celestial y de una mansedumbre sin medida, desde el primer dia de su ascension al pontificado sólo pensó en ser un padre cariñoso para con su pueblo, un amigo leal de sus súbditos, y quiso inaugurar su reinado con el acto más grande de verdadero amor y clemencia para con sus hijos y sus amigos. Dirigió una mirada

compasiva hácia los muchos é inexpertos jóvenes desterrados, que habian sido arrastrados en los tumultos políticos y firmó el decreto de amnistía del 17 de julio, bajo esta condicion: «que juraran por su honor no conspirar en adelante contra el gobierno pontificio»; y la patria les abrió sus puertas. Entraron en medio de las aclamaciones y júbilo del pueblo. Mas ¡ay! que la hipocresía ha ido á levantar del suelo los grillos y cadenas que los aprisionaban para colocarlos ¿en qué criminal? ¡Oh! señores, en el generoso bienhechor que los acababa de libertar.

Habia creído Pio IX en la oportunidad de reformas é instituciones nuevas, y unas y otras decretaba despues del necesario estudio; porque, preciso es confesarlo, en la administracion política de los Estados Pontificios se hacia casi indispensable la regularizacion de algunos actos gubernativos. Pio IX entró, pues, en el camino de las reformas y entónces empezó á andar por la calle de la amargura: los revolucionarios alzaron su bandera y la hicieron flamear en los confines de la tierra, saludaron al Pontífice. no como al representante de Dios, ni como al jefe de la cristiandad, sino como el reformador de las antiguas leyes y al apóstol del nuevo culto. No podia el noble corazon del Pontífice santo sospechar que el lazo de la perfidia estuviese detras de tantas demostraciones de amor: en vano, como dice Cretineau, queria de vez en cuando oponerse al Jabalí que devastaba la viña del Señor: pues entónces la hipocresía caia á sus piés y con expresiones de filial veneracion, obligábale á volverse á sentar entre montones de coronas de rosa y de laurel tegidas en hora suya. Cada reforma era objeto de nuevas aclamaciones y cada tumulto era una piedra con que iban formando la nueva montaña del Gólgota, donde más tarde debian crucificar al Mártir del Vaticano. ¿Qué otra significacion tenian los festejos públicos? Ya lo habia dicho el Viejo de la montaña de nuestro siglo: entre nubes de incienso la revolucion se proponia asaltar la silla apostólica y los demas tronos de la Península: las expresiones de gratitud llevaban siempre envuelta una nueva demanda, y entre las aclamaciones del pueblo y los arrebatos de júbilo, la demagogia se apoderó de Roma y de las principales ciudades italianas. Entónces la hipocresía cedió su puesto al crimen. Maximino habia hecho asesinar á Alejandro Severo pasando por sobre su madre, que velaba junto á su hijo. El engendrado de Mazzini despreció la voz de la Iglesia para herir con el destino al inmortal Pio IX. Las gentes locas de frenesí le aclamaron por su rey y señor; levantaron en alto el puñal que habia muerto á Rossi, al valiente que si un dia anduvo en torcida senda, supo enmendar su falta y la borró cuando con altiva frente é intrépida mirada, marchó á recibir la muerte, miéntras sonaban aún en el aire sus palabras: «La causa del Papa es la causa de Dios», conquistando una gloria imperecedera.

Mas el pueblo romano estaba ciego. En nada se tenía el valor y la virtud: de nada servia extender las manos al Capitolio invocando á los dioses salvados. Querian solamente el crimen y por esto levantaron en

alto el puñal que habia muerto á Rossi, por esto los asesinos hicieron público alarde de su homicidio traidor, se paseó procesionalmente ese instrumento vil, llamándole el regenerador de la Italia, y al resplandor de las antorchas que reflejaban su lumbre en la sangre aún humeante, y entre las vociferaciones de la multitud, exclamaban: « bendita sea la mano que á Rossi puñaleó. ¡Oh santa mano! eres digna de nuestros besos », teniendo lugar entónces el más horrible besamanos que han visto los siglos. Luego, para colmo de infamia pretendieron colgar el puñal de las manos santísimas de la vírgen en el templo de San Agustin. ¡Oh bárbaros del siglo XIX! ¿Adónde vais á parar? Esa es la civilizacion vuestra, hotentotes europeos?

Pero, señores, esta es una sola página de ese libro sangriento: es un solo dia de terror de nuestro siglo. La Italia entera se ha sujetado al dominio del crimen. En Génova, no bien se supo la muerte de Rossi, el pueblo la celebró con un repique de campanas, la bandera tricolor fué enarbolada en la cúpula de la catedral y el pueblo se entregó á festejos públicos. En Bolonia dieron muerte á un pobre moribundo, al sacerdote que le asistia y á la esposa del enfermo que, arrojándose á sus piés bañada en llanto, nada pudo conseguir del sicario. Llorava todavía Forti, al arcediano de la catedral, el hombre del pueblo, y el venerable párroco de Santa María, y el benemérito Luis Finouci se dirigia á casa de su familia, cuando ántes de llegar cayó bajo el puñal del homicida y sus hijos hallaron no al padre cariñoso sino un yerto cadáver. Rávena contempló la muerte de sus comisarios, no en el silencio de apartado lugar y en la oscuridad de la noche, sino en su misma plaza, á la luz clara del medio dia. ¡Oh silenciosos claustros de San Calisto, contadnos las palabras de perdon á sus enemigos que exhalaban los mártires benditos muertos á vuestra sombra! Y ¡quién lo creyera! hasta las hijas de Sion, el mismo sexo femenino habia trocado su corazon naturalmente compasivo por un corazon de hiena. « Mostradnos á los jesuítas, decian, queremos arrancarles el corazon, y viva el infierno y los que van á él. » ¡Oh cruéles verdugos! ¿qué genio de abominacion os mandó á estas playas? ¿No basta á vuestra maldad cuanto habeis hecho? ¿Quereis que os contemplemos todavía en Génova penetrando en la casa de San Ambrosio, ensañando vuestra rabia con los restos de las víctimas de Coligny y desgarrando á bayonetazos el dulcísimo nombre de Jesus?

Y miéntas el Papa yace en el destierro, los religiosos vagan hambrientos, proscritos y sin recursos, las vírgenes del Señor huyen, pálido el rostro y palpitando el corazon cual inocentes tortolillas: miéntas en cada encrucijada se encuentra un rey destronado: por do quier se ven pasar princesas con el pedazo de sus entrañas en los brazos y se veia « la enorme cantidad de llanto que los ojos de los reyes contenian », miéntas sucumben millares de italianos en Curtatone, Santa Lucía, Custoza y Novara, y Carlos Alberto se encamina triste y sin laureles y pensativo á morir en Lisboa. ¿Dónde está el consejero de la gran liber-

¿ad, el valiente Mazzini? Se dirige á Roma huyendo de Milan despues del desastre de Novara, y al ver su propia sombra quizá gritara á Radesky como el fugitivo de Cheronea: «Dejadme la vida; cuando el valiente austriaco le hubiera dado la vida por los laureles que le habia preparado. Á Roma se encamina ¿y qué hace allí? banquetear en el palacio de los Pontífices y renovar en ese sagrado recinto las danzas lúbricas de Vénus y los asquerosos espectáculos y los bailes impúdicos de Baco, bajo las bóvedas del Quirinal.

La revolucion ha sucumbido en Nápoles; Austria se halla vencedora; Leopoldo vuelve á sus Estados, pero el crimen aún reina en Roma: las tinieblas de la barbarie cubren los horizontes del mundo moral, y la santa ciudad, la honesta doncella del Tíber se ha despojado de sus púdicas galas, ha apartado sus ojos del Señor y vedla allí como una mujer loca y desenvuelta sentada á orillas del Eufrates en brazos de la iniquidad.

Un palmo de tierra queda á la revolucion, y ese será profanado por su inmunda huella. El mismo Mazzini resolvió profanar la basílica de San Pedro. Mandó celebrar en ella la Semana Santa y la Pascua pasando por encima de los ancianos; que cuál centinelas guardaban esos santos lugares. Spola y Gavazzi, apóstatas y sacrílegos se atrevieron á subir las gradas del altar pontificio, y el primero de estos desgraciados, desde la tribuna de San Pedro, parodió la bendicion papal, miéntras una mano audaz fijaba en el obelisco levantado por Sixto V el remedo blasfemo de una bula concebida en estos términos: «Nos, pueblo y rey, enviamos á Pio IX nuestra eterna maldición, y en el nombre de Dios Omnipotente (perdonadme, Sres. AA., si mis labios hoy pronuncian delante de vosotros estas impiedades negras y abominables contra aquel venerando Pontífice, que se dignó honrar esta humilde corporacion con un monumento impercedero, su carta cariñosa) damos facultad para que en adelante el colegio de cardenales sea llamado colegio del infierno.» Luego arrancaron de los altares las aras, y despues de llenarlas de lodo, las estrellaban contra el suelo: con las dagas rascaban las imágenes de los santos y las exponian al ludibrio del público.

Uno de los jefes de las sociedades secretas, asustado de tanta iniquidad, escribia á Nubium: «Nuestro plan es corromper para poder reinar, y lo hemos hecho con tanto éxito, que temo hayamos corrompido más de lo justo, y tengo para mí que no podremos detener el torrente de pasiones que hemos desbordado. Quisimos arrebatat al pueblo todos los dioses que veneraba en el cielo y en la tierra, y lo hemos conseguido, y ahora tiemblo al oír los primeros rugidos del monstruo dispuesto á devorarnos á nosotros mismos que le hemos abierto el apetito: el mundo corre por la pendiente de la democracia, que no es otra cosa que la demagogia y no quiero asumir la responsabilidad de llevar á Mazzini al Capitolio.» Lo hemos oido, Sres.: ellos mismos se han horrorizado de

su obra y tiemblan al pensar que Mazzini puede ocupar el Capitolio. ¿Por qué?

Conocían á Mazzini mejor que nosotros: habian visto sus infamias y maldades: toda la revolucion del cuarenta y ocho era obra suya; ¿cuántas madres, cuántas esposas, cuántos huerfanitos no elevarian sus manos al cielo pidiendo justicia contra quien les habia quitado sus más queridas prendas? Nacido Mazzini de padres cristianos, fué en su infancia un modelo de virtud austera y de fe probada; educado y dirigido por un virtuoso sacerdote en la disciplina de la Iglesia, dotado de un talento claro y penetrante y de una alma ardiente, fué la admiracion de cuantos le conocieron. Mas, seducido en su juventud por sus malos amigos, se entregó en cuerpo y alma á las sociedades secretas, y como jóven de talento y entereza, tomó desgraciadamente por punto de honor continuar en ellas, promoverlas, ampliarlas y hacerlas formidables, y ved ahí á José Mazzini al cabo de algunos años colocado enfrente de los monarcas y de los Papas para derrumbarlos y aniquilarlos. Astuto y falaz, todos los medios los consideraba buenos, como pudieran conducirle al fin propuesto. Ambicioso y criminal, decretaba la muerte de todos aquellos ciudadanos honrados que por sus virtudes le hacian sombra ó se oponian á la ejecucion de sus planes. Hipócrita solapado, se arrastraba como un vil esclavo, como un ser abyecto ante sus mismos partidarios, y perpetraba los más grandes sacrilegios aparentando modestia y devocion para captarse la simpatía de los buenos y de los malos. Hombre corrompido y degradado, se revolcaba públicamente en los más despreciables vicios, dejando el recuerdo de su nombre en los lupanares de Lóndres. ¡Oh sombra maldita! ¡Oh vergüenza de nuestro siglo! ¿qué mano maléfica te arrojó á las serenas playas del caudaloso Plata? Viniste, espíritu del mal, á posarte en las riberas de mi patria: huye, huye léjos á plegar tu estridente vuelo en el fatídico ramaje de los arbustos que riega con sus olas de betun el Mar Muerto. ¿Acaso faltan á mi patria héroes gloriosos dignos de perpetuarse con eternos monumentos?

Ved ahí al demagogo de la libertad, al ídolo de la masonería, al corifeo del comunismo. ¿Y cuál fué el blanco principal á do dirigió las flechas envenenadas de su arco? Miradlo (señalando un cuadro de Pio IX), contra aquel cuyos labios destilan almíbar, y cuyo corazon palpita de bondad. Contra Pio IX, que más sublime que César, segun la expresion de Plinio, «fué clemente hasta el punto de tener que arrepentirse». Por eso sus enemigos le llevaron al Gólgota y allí ofreció el sacrificio de su vida; pero ántes habia clamado: «Perdónalos, Señor». Mas su martirio fué crisol de donde salió más brillante para deslumbrar el mundo; y mientras que Gioberti, Sterbini, Montanelli y Galléti han entrado en la noche del olvido, Pio IX ha cruzado los espacios lleno de luz y claridad, como el sol recorre los horizontes en un hermoso dia de primavera, hasta que fué á hundir su disco resplandeciente al caer

los últimos fulgores del día 7 de febrero de 1878, para iluminar otros mundos y otros espacios más dignos de poseerle.

He terminado mi tarea, Sres. AA : hemos visto la revolucion italiana de 1848 vestida con sus tristes, tristísimas galas : éstas hubieran resaltado más aún si os hubiese podido presentar otros lauros que usurpó. Ella hizo resonar en los pechos de los jóvenes italianos los nombres venerandos de patria é independencia : sus nobles corazones latieron de entusiasmo, y al frente del desgraciado al par que valeroso Cárlos Alberto, se mostraron dignos hijos de los Cincinatos, Porcanos y Camilos, conquistando palmas que recuerdan las de Princetown y Montmouth, Maypo y Ayacucho. Jóvenes que jamas habian cargado un fusil, supieron arrollar las legiones veteranas de Austria en Micio, Sona y Pastrengo. Pero sus esfuerzos heróicos fueron explotados para favorecer un crimen. Ojalá que esta leccion de la historia llegue á todos los jóvenes argentinos. Que nunca se borre de sus pechos el nombre de la patria ; pero que jamas empleen su valor para, encumbrar ambiciones mezquinas y patriotas fementidos, que se envuelven con la bandera de la patria para llegar á su intento ; asi serán siempre ciudadanos que, cuando la patria esté en peligro, sepan dejar el libro del estudiante para empuñar la espada del guerrero.

GREGORIO ROMERO.

DISCURSOS LITERARIOS

Sobre la utilidad de la sátira. (1)

Recorriendo la historia de los siglos que ya pasaron y comparando los hábitos, costumbres é inclinaciones de las sociedades que nos han precedido, con las inclinaciones y hábitos de las presentes; hallamos en medio de sus multiformes vicisitudes un fondo de unidad, que radicando en la misma naturaleza del hombre, manifiestan la existencia de ciertas tendencias universales del género humano.

Una de ellas, la más poderosa talvez, es la irresistible inclinacion que han sentido siempre los individuos y las sociedades á su propio perfeccionamiento. Arde en el corazón del hombre una luz que con más ó ménos resplandor muestra á su inteligencia lo que Séneca con tanto énfasis decia : *major natus sum, et ad majora genitus*. De aquí, Sres. AA., esa propension del hombre para perfeccionar tambien á sus semejantes; porque al fin la perfeccion de una sociedad no es otra cosa que la perfeccion de sus individuos. Y de aquí tambien me parece comprender por qué la sátira es tan antigua como la sociedad.

Ella ha sido siempre como esos poderosos elementos que libertaron á los pueblos de las cadenas de los vicios. De ella se valieron los filósofos y los poetas para corregir los defectos y las ridiculeces de los demas. Ella nació en Homero al lado de la epopeya, como que no bastando ésta para entusiasmar en pro de las grandes virtudes, era necesario avergonzar tambien y ridiculizar los grandes y pequeños vicios.

Estas observaciones, Sres. AA., me abren de par en par el horizonte para la investigacion del tema que he tenido la honra de recibir.

¿El género satírico es digno de un escritor? La respuesta, Sres. AA., fluirá por sí misma de una manera fácil y evidente si examinamos ántes estos puntos: ¿Cuál es el fin de la sátira? ¿Cuáles sus resultados? Qué cualidades adornan al escritor satírico? Si el fin es noble, si grandes sus resultados, si deben ser altas y bellas las condiciones de un escritor, más

(1) Recitado el día 27 de setiembre del año 1868.

claro es que la luz del medio día, que el género satírico es digno de un literato, de un escritor.

Efectivamente, Sres. AA, la simple definición de este género asaz controvertido en todas las épocas, es argumento más que suficiente, si no se le mira al través de las preocupaciones, causa primordial de la mayor parte de las controversias, para echar por tierra todas las objeciones mal fundadas de los opositores sistemáticos de cuanto dice á la moralidad y buenas costumbres, de todo cuanto tiende al perfeccionamiento del individuo y de la sociedad.

¿Cuál es, pues, el fin de la sátira? ¿Qué lo que la constituye tal? ¿Qué origen tiene? Su origen, su esencia y su fin es uno. Tan antigua como las sociedades, se convierte en maestra severa de la humanidad, censura los crímenes y vicios de cualquier especie descendiendo hasta las mismas ridiculeces de los hombres. Se afana por la reforma y corrección de las costumbres públicas y la total destrucción del error.

El género satírico, Sres. AA., es un inteligente práctico que á voz en grito señala el terrible escollo al infeliz, que sin temor busca él impetuoso mar agitado por el furioso vendaval de las pasiones humanas; es un faro que alumbra y sirve de norte para arribar con feliz éxito al puerto de salvación. Es un activo contraveneno para aquellos defectos que nacidos á veces de circunstancias locales ó de las inclinaciones de las épocas en que se vive, convierten la dignidad humana en un ser ridículo. Es la voz de alerta que el hombre maduro y experimentado hace repercutir en los oídos de la incauta juventud para apartarla de la senda que conduce al precipicio. Es la voz de un padre que exagera y pinta con sus negros y verdaderos colores la monstruosidad y fealdad de ciertos vicios. Es la voz de una madre que, á fin de corregir los remilgados modales de su hija vanidosa, se los ridiculiza é infunde así terror y desprecio á su joven extravagancia. Es la voz, diré mejor, es la imagen misma del buen gusto colocado al lado de la pedantería, de la licencia, del mal gusto literario.

Sí, alta, noble, grande es, sin duda, la misión de la sátira, cuyo móvil principal es el más grande, el más noble y el más alto que puede ejercerse sobre la tierra: la perfección del individuo, y con la de éste la de la sociedad entera. ¿Y un género que á tan nobilísimos fines tiende, no ha de ser digno de la ocupación de un hombre científico é ilustrado? Y conviene aquí, por cuanto el fin no justifica los medios, advertir que los medios de que usa el escritor satírico no pueden ser más aptos para llamar la atención, para atraer hácia sí las simpatías de todos; donde al mismo tiempo que recrea, deleita y causa la más grata sensación, instruye, amonesta suavemente amenizando lo árido de la doctrina con las galas de la poesía, con imágenes, tropos y metáforas oportunas é ingeniosas, con un estilo ya acre y punzante como se lo merece la atrocidad del crimen; ya gracioso, rico y abundante, al tratarse de los defectos y ridículos inherentes á la debilidad humana; verificándose al pié de la

letra uno de los más acertados preceptos de Horacio *Omne tulit punctum, qui mis cuit utile dulci, lectorem delectando pariterque monendo*. Vista ya la excelencia y dignidad del objeto que se propone la sátira, justo es que examinemos si son ménos grandiosos sus resultados. Inútil parece detenernos en este punto. Y á la verdad, si la sátira no hubiera conseguido en todos tiempos los magníficos efectos que pretendia ¿cómo se concibe el tan largo como ilustre catálogo de eminentes ingenios què emplearon las riquezas del talento y de la poesía en un género de escritos, estéril en frutos para los demas, y siempre fecundos en odios y desagradados para sí mismos?

No, Sres. AA., con las producciones satíricas se han cortado á veces de raíz inveterados abusos; se han dirigido costumbres torcidas; se han contenido pasiones desarrolladas; se han encaminado, corregido y reformado hombres y pueblos enteros.

Y si es verdad que no siempre el triunfo ha sido completo, es necesario reconocer que siempre más ó ménos ha sido una barrera para contener los extravíos de los hombres.

Si no ha hecho desaparecer el contagio, le ha puesto al ménos un cordon sanitario. Ni el corto tiempo de que puedo disponer, ni vuestra atencion, de que no debo abusar, me permiten extenderme en la confirmacion histórica de lo que acabo de asentar.

Pero entre los muchos ejemplos que podria citar, aduciré tan sólo el justamente renombrado *Don Quijote*, de imperecedera memoria en la república literaria, de quien más que de otro puede decirse, que instruia deleitando: *Lectorem delectando pariterque monendo*. Sí; recreando é instruyendo al mismo tiempo consiguió Cervantes con su novela satírica un glorioso trofeo contra la invasion de los libros de caballería, que á la sazón inundaban todos los puntos de Europa, principalmente de España: era aquello una verdadera irrupcion de bárbaros. Jóvenes, ancianos y niños, y en una palabra, ambos sexos, eran víctimas de sus certeros tiros. Estaban los libros de caballería á la órden del dia, como suele decirse, no se leia otra cosa, era la honesta recreacion en que pernoctaba la sociedad de aquellos tiempos; cuando súbitamente aparece Cervantes, el insigne restaurador del buen gusto con su famoso *Don Quijote*, á la manera de un formidable ejército y con su no ménos celebrada vanguardia del ingenioso *Busca pié*, que introducido subrepticamente en todas partes burlando la vigilancia del enemigo, se internaba en los lugares más secretos, y sin ser sentido de nadie abria paso en todas direcciones á la fuerza armada sostenida tan sólo para derribar el ídolo representado y personificado en los libros de caballería.

Y en efecto, Sres. AA., alcanzó la más completa victoria, triunfó de su rival tan poderoso por la popularidad de que gozaba, y se aceptó á *Don Quijote*; y se tradujo en todas las lenguas, y se puso por modelo en las escuelas, y se desterró para siempre la frívola é insustancial lectura de los libros de caballería. Brillante resultado obtenido en sólo una sátira

donde *Lectorem delectando pariterque monendo*, cambió Cervantes la faz de la sociedad dejándonos un modelo el más acabado en este género. ¿Y quién echó por tierra y destruyó completamente las novelas históricas amorosas de Calprenede y de Scuderi sino el diálogo satírico del severo y honrado Boileau? ¿Quién puso en vergonzosa fuga y destruyó totalmente el ridículo, pedantesco y sacrílego abuso del púlpito español, sino el inmortal Fray Gerundio, del P. José Isla? Vuestra erudicion, Sres. AA., no necesita de más ejemplos en prueba de los feices resultados de una produccion satírica. ¿Cuántas veces vosotros mismos os habeis arredrado, dando otro rumbo á vuestra pluma, al sólo recuerdo de alguna sátira que habeis leído?

Digna, pues, muy digna de un literato, digna de los ingenios más aventajados, digna del saber y de la virtud debe ser considerada la sátira, mirada sólo con desprecio por la animadversion de los mediános. Así la creyeron digna de su musa desde Homero, padre de la poesía, cien y cien vates no ménos inmortales por la sátira que por sus demas obras literarias. Horacio, Persio, Juvenal, Góngora, Quevedo, los Argensolas, Jovellanos, Moratin, Breton de los Herreros, Villegas, Iriarte, Boileau, Molière. . . ; pero, Sres. AA., sería nunca acabar si quisiera aquí nombrar todos los escritores satíricos que siendo otros tantos senadores de la república literaria, vosotros sabeis sus nombres de memoria.

Pero veamos ya, Sres. AA., las eminentes y generosas dotes que deben adornar á un escritor satírico. Sí, el que con feliz éxito cultiva tan difícil género, debe poseer dotes no comunes, debe haber recibido de la naturaleza facultades extraordinarias con que poder penetrar en los arcanos más recónditos del corazon humano. Con estos dones de la naturaleza, el escritor satírico ve y reconoce como instintivamente las cosas que le rodean, los hombres con quienes vive y trata comunmente, y se precave de su contagio. No es víctima de sus intrigas y de las vanas apariencias que envuelven y ocultan la falsedad y engaño con un barniz deslumbrador. Bien educadas estas facultades, con su actitud, con su buen gusto y con el asiduo trabajo del estudio clásico, adquiere tal propiedad su entendimiento, que sin detenerse un punto en la superficie de las cosas, se interna luego en lo más íntimo del bello ideal de la virtud.

Pero con estas preciosas dotes debe el escritor satírico aislarse completamente y tratar las cosas independientemente de toda circunstancia personal; ha de huir escrupulosamente de toda invectiva ó vituperacion, y en toda su obra ha de dominar el carácter doctrinal, no el patético; si bien podrá hacerlo en tono serio, cuando levante la voz contra crímenes atroces y ante la opinion pública denuncie caracteres perversos, altos criminales y grandes malvados; pero cuando sólo trate de ridiculizar defectos ligeros y caprichos á que esté expuesto el comun de los hombres, empleará un tono jocoso, pero fino, delicado y medio, cuando sin ser de mayor trascendencia tengan alguna gravedad ó en sí

mismos ó tambien por sus efectos: tal es el sentir del retórico Hermosilla.

Es ciertamente indudable que se ha abusado dal talento y perspicacia de ver con toda claridad el lado ridículo de las cosas; y que muchas veces se la ha utilizado para fines puramente personales. Á despecho nuestro tenemos que confesar que no sólo es demasiado cierto sino tambien más repetido que lo que sería de desear principalmente en nuestros dias; pero á despecho tambien de los declamadores contra el escritor satírico manifestamos, que nada absolutamente prueba este abuso contra lo que se pretende demostrar y desvanecer; porque el hombre, juguete de su inconstancia, ¿de qué don de la naturaleza no ha abusado? Ni es tampoco muy conforme á la lógica y á la recta razon deducir reglas generales de meras excepciones. Además, á las bellas dotes naturales y hábil penetracion que deben enriquecer á un escritor satírico, ha de añadirse indispensablemente el importante arte del bien decir, porque sin este requisito mal podrá el escritor convencer y persuadir de lo contrario á quien esté aferrado á las acciones y opiniones que se le censuran: lo primero, porque aunque tenga en su favor toda la fuerza y el peso de la razon, no siempre es oportuno el poner de manifesto las flaquezas ajenas; lo segundo, porque con dificultad se adhiere el hombre á lo que no le agrada y abandona lo que espontáneamente habia abrazado.

Otra circunstancia de alta consideracion debe tener en cuenta el que se dedica al cultivo del género satírico; y es que no todas las épocas son iguales: por tanto, al imitar los modelos que la historia le ofrece, jamas ha de perder de vista el siglo en que se escribieran; porque la manera de pensar las cosas, que en un siglo no sólo serian lícitas, sino altamente provechosas, en otro no sólo sería ilícita, mas aún en gran manera perniciosa. Debe, pues, conocer á fondo el espíritu del siglo en que escribe para no ponerse en una oposicion manifiesta con las tendencias de la época.

Voy á concluir, Sres. AA., recopilando sucintamente las ideas que acabo de exponer. La sátira, tan antigua como las sociedades y como fundada en la naturaleza misma del hombre, no pudo ménos de existir, desde los mismos tiempos y existiendo tampoco pudo ménos de ser digno objeto de las vigiliass de hombres ilustres cuya irrepreensible conducta en su vida privada y pública es asaz conocida de todos. Ahora bien, un género ejercitado por los primeros héroes del mundo literario y cuyo fin es el más noble á que en la tierra puede aspirarse, cual es el perfeccionamiento del individuo y con el de éste el de la sociedad entera ¿no ha de ser digno de un escritor lleno de conocimientos, particularmente del corazon humano?

No niego que haya habido algun abuso en el trascurso de los siglos, pero hágase buen uso de ello; dedíquense á su cultivo hombres que reúnan á la más intachable moralidad y buenas costumbres un conocien-

to general de las ciencias y en particular del corazón humano y del espíritu del siglo en que viven, y habrá desaparecido esa ojeriza bien fundada por una parte, pero mal interpretada por otra.

He dicho.

CASTO R. IMAS.

Sobre la utilidad y excelencia de la poesía (1)

¿Qué es la poesía?

« Es la escuela donde el corazón del joven se acostumbra al frío indiferentismo, donde los nobles y puros sentimientos que inspira la adoración del verdadero Dios y una religión sacrosanta, desaparecen por completo, dominando sólo en su corazón la gloria fugaz y engañadora, el egoísmo y el bajo interés; es la escuela donde no puede menos de ser vituperada la virtud austera, y por tanto sólo el vicio tiene favorable acogida, el vicio que es la atmósfera que todos respiramos, el vicio, que es el alimento que sólo puede ofrecerles. »

¿Qué es la poesía, ese modo de hablar fingido, opuesto á la naturalidad y sencillez primitiva del hombre? ¿Qué cosa es ese modo de hablar extravagante?

« Es un arte vil y seductor que sólo tiene por cimientos la inmoralidad, que enciende en el pecho del hombre y mucho más del joven, una llama voraz que no puede apagar por más esfuerzos que haga y le obliga á que se precipite en brazos de la desesperación; siendo sus argumentos siempre excitativos de las pasiones más degradantes no sirven sino de poderosísimo estímulo al joven que por naturaleza es arrojado y amante de los placeres; es uno de los muchos lazos que Satanás extiende sobre la tierra y que atrae aún á los más cautos; la poesía es, en una palabra, el escollo, la ruina, la depravación de la juventud, sólo engendra sentimientos bajos é interesados, degradantes, por todo lo cual debiera estar condenada al perpetuo olvido de las generaciones presentes y venideras. »

Hé ahí, Sres. AA., un modo de pensar errado, sin duda, pero por desgracia bastante común; engaño tanto más sensible cuanto que las personas que así piensan, teniendo ya formado su juicio, no tratan de rectificarlo, sino que se afanan por grabarlo hondamente en el corazón de una generación que se levanta fresca y lozana.

Sin embargo, yo afirmo, Sres. AA., y creo que vosotros afirmareis conmigo con toda la energía de que es capaz un corazón resuelto y con-

(1) Declamado el día 25 de mayo del año 1869. .

vencido, que la poesía, lejos de ser la escuela de la depravacion de la juventud, de su desmoralizacion, del vil interes, es un arte útil que despierta en el corazon del jóven los sentimientos más nobles, puros y desinteresados, y su utilidad se hace sentir así en el órden moral como social é intelectual.

Hé ahí, Sres. AA., el tema que me he afanado por presentar ante vosotros con la mayor claridad que me ha sido posible, tema para cuyo desenvolvimiento deseara poseer las relevantes cualidades que á vosotros os distinguen.

Y ante todo, Sres. AA., ¿es razón bastante para que se condene á un perpetuo olvido á una ciencia ó arte por el sólo hecho de haber producido algunos males, ó porque los hombres, queriendo, en su avidez de saber, juzgar de objetos que no estaban comprendidos en su esfera ó que no era dado á nuestra naturaleza alcanzar, emitieron errados juicios?

Creo que no, Sres. AA., pues que si así fuese, debíamos tambien condenar á un perpetuo olvido la teología, ¿por qué? porque ha producido muchos herejes: deberíamos tambien condenar al olvido el derecho; ¿por qué? porque por el soborno de los magistrados un sinnúmero de familias que gozaban de una considerable fortuna y de altos privilegios se ven reducidas hoy dia á la indigencia: deberíamos tambien sepultar en el olvido la filosofía, ¿por qué? porque ha producido incrédulos, panteístas, materialistas, escépticos y ateos; y así iríamos diciendo de las demas ciencias y artes. Y ¿por qué, pues, condenaremos á la poesía que ha sido ocasion de la depravacion y corrupcion de algunos jóvenes? ¿Qué persona sensata habrá, pues, que se atreva á prorumpir magistralmente en invectivas contra la fluidez y elegancia del verdadero lenguaje poético? ¿Cómo ha podido decirse con verdad ni siquiera con verosimilitud, que la poesía es un mero juego de palabras ó un insulso pasatiempo? Porque ¿qué es lo que nosotros entendemos por poesía, y con nosotros han entendido los mejores críticos y literatos de todos los tiempos?

La poesía, Sres. AA., no es otra cosa que un arte divino que despega el corazon del hombre de todo lo terrestre y grosero, que le eleva á una region intermedia, situada entre el cielo y la tierra, desde donde, tendiendo su investigadora mirada, descubre lo que es verdaderamente bello y digno de amarse, mil seres en que se retrata cuanto hay de más grande y sublime en la creacion; en una palabra, cuando nutridos nuestros pechos de los sentimientos que despierta la poesía la seguimos en su rápido vuelo sobre el universo entero, se corre ante nuestros ojos el denso velo que así la no interrumpida comunicacion con el hombre, como el apego á lo terrestre ó material y otras mil causas nos impiden ver las bellezas que por todas partes nos rodean y las sublimes relaciones que los cuerpos celestes tienen entre sí en el órden de la Creacion; allí es donde se respira ese aire puro y embalsamado que se aspiraba entre las auras del Eden; allí donde se goza de todos los atractivos que el Creador pusiera en la multitud de seres que pueblan este mundo; y allí es por

fin donde se ven distintamente lo feo del vicio y los éncantos de la virtud.

¿ Puede, pues, ser mero pasatiempo el estudio de la poesía ?

¿ Un arte, que es expresion de todo lo sublime, halagüeño y grandioso, que hay debajo de los cielos, puede ser considerado como un vano juego de la imaginacion y de las pasiones? Y sino ved la poesía que respira un hermoso dia en que el sol brilla con toda la plenitud de su luz; ó ya, cuando terminando su carrera en Occidente, se ostenta el cielo esmaltado de un sinnúmero de estrellas y decorado con el hermoso luminar de la noche; ó ya tambien cuando se nos presenta velado y oscuro, en que el estallido del trueno resuena por doquier y en que toda la naturaleza se muestra airada. Entónces ¡qué pensamientos no se acumulan á la mente! ¡qué afectos al corazon!

Y si un arte ó ciencia, Sres. AA., en tanto es más digna, más noble, más perfecta, en cuanto es más bello, más grande y sublime su objeto, ¿ qué arte más noble que la poesía, que se deleita en presentar ante nosotros la belleza de los seres que nos rodean; ó sea esa forma concreta, sensible, armoniosa y llena de vida de lo verdadero, de lo bueno, de lo perfecto, para que sirviéndonos de estas perfecciones creadas como de escabel subamos hasta la bondad y hermosura del Creador?

¿ Quién no ve la magnificencia de Dios, cuando la poesía, expresion la más fiel de la naturaleza, nos pinta una hermosa pradera tapizada de flores creadas para sólo la delicia y placer del hombre, ó cuando hace que mansamente se deslice á nuestros piés un arroyuelo cristalino, ó cuando nos pinta el aspecto imponente de una cascada, que se desprende desde unas quebradas peñas?

¿ Habrá, pues, quien con razon pueda negar la utilidad de la poesía?

Mas como conozco, Sres. AA., cuán poco es el peso de mis palabras, permitidme seguir paso á paso las huellas de aquel autor, cuyo talento y dotes inapreciables le pusieron á la par de las lumbreras de Grecia; dice, pues, en su epístola á los Pisones:

« Sacro intérprete Orfeo, de los dioses,
 « Sacó al hombre salvaje de las selvas
 « Inspirándole horror á la matanza
 « Y barbarie; por eso de él se cuenta
 « Que amansaba al pulsar la blanda lira
 « De tigres y leones la fiereza. »

Sacro intérprete, le dice, pues el poeta, cuando habla, lo hace sólo movido de una especie de inspiracion divina, sólo dice lo que á su mente dicta la imágen de lo bello y lo sublime; pero como es propio del corazon humano amar todo lo bello, el salvaje al oirle no podia ménos de extasiarse y reconocer de algun modo la degradacion en que vivia, y hé ahí cómo despierta en su pecho un pensamiento digno, cómo hace que se horrorice al ver derramada la sangre de su hermano en que ántes se

deleitara; ved también cómo la vida nómada y salvaje, que hasta la sazón llevara, va insensiblemente desapareciendo; y por el contrario, el deseo de una vida tranquila y reposada es lo que sólo ocupa su mente, ved cómo con la barbarie va desapareciendo esa ansia de vagar sin tino de una parte á otra y cómo concluye finalmente por civilizarse.

¿Qué más? Sigue diciendo el poeta:

.. « De Anfiön también la fábula refiere
 « Porqué los muros levantó de Tébas,
 « Que al eco de su cítara arrancaba
 « Las piedras de su asiento, conduciendo
 « Á su placer con seductor encanto. »

¿No veis, como Anfiön, queriendo llevar más adelante la obra de la cultura del salvaje y traspasar los muros de Tébas, sólo pensaba en arrancar armonías y vibraciones de su cítara, para que peñascos inmensos cayeran rodando á sus piés desgajados por los fuertes brazos del trabajador, levantando de este modo los muros de esa ciudad que habia de ser el centro de la civilizaciön antigua?

Mas nuestro autor, remontándose hasta los primeros siglos donde siempre la poesía se mostró brillante y digna, añade:

« Porque todo el saber de los poetas
 « Dirigióse en los tiempos primitivos
 « A señalar la valla que segrega
 « El público derecho del privado,
 « Lo santo y lo profano. »

He ahí cómo la poesía es la columna poderosa sobre que descansa el gobierno, pues que ella pone un muro de separaciön entre el soberano y él súbdito, entre el magistrado y el simple ciudadano; he ahí, cómo la poesía, guardando la relacion que media entre el hombre de Estado y el particular, deja á aquél libre y espedito para que pueda ejercer sus cargos y pueda conservar el órden en la sociedad.

Hace más la poesía; pone distincion y bien marcada entre lo que pertenece á Dios y lo que pertenece al hombre; distingue perfectamente lo que toca al altar y lo que es profano; distingue, en una palabra, al Creador de lo creado: ¿puede darse utilidad más palpable é interes más trascendental? Pero hay más; la poesía contribuye, como dice Horacio,

« . . . á qué, á la mezcla
 « De sexos vaga se pusiese un dique
 « Á prescribir el matrimonio á reglas. »

La poesía, pues, poniendo órden y concierto en el hogar doméstico, es el sosten de la autoridad, forma la dicha, la paz y el bienestar de los pueblos prescribiendo el amor que se deben profesar las familias y

la union que debe reinar entre los esposos: la poesía hace que ese ser débil, si bien amoroso, encuentre un poderoso arrimo en el corazón valeroso y grande del hombre y al mismo tiempo que él halle un consuelo en sus aflicciones en el sensible corazón de su esposa. Y la poesía, Sres. AA., se lanza:

« A fundar nuevos pueblos, á dar leyes
« Y grabarlas en tablas d uraderas. »

Porque la poesía, colocándose al frente de la civilización, es la primera en diseñar esa grande obra que despues llevaran   cabo   costa de cuantiosos patrimonios, de muchas fatigas y áun de la propia vida, los monarcas y emperadores: la poesía, llevándose la gloria de ser la primera en consagrar sus esfuerzos en la fundación de los pueblos, ha sido la que m s ha contribuido á su felicidad y virtud verdadera: ella, conociendo cuán inconstante es el hombre, le pone ante los ojos con car teres escritos lo que debe hacer, si quiere ser dichoso, la senda por donde ha de caminar, si quiere llegar á un término feliz, lo que debe practicar si quiere ser amado de sus semejantes: he ahí, pues, á la poesía prestando   las naciones el más importante de todos los beneficios.

Mas ved, señores, la legítima consecuencia que de lo antedicho, legítimamente saca el lírico romano:

« Así, pues, gloria y renombre, cual divinos
« Alcanzaron los vates y poemas. »

  Y podia suceder de otra manera? porque   cómo era posible que no quedasen grabados en la memoria de los siglos los que hicieron tantos esfuerzos por ennoblecer el corazón del hombre?   cómo era posible que estuviesen condenados al olvido los que consagraron toda su vida   un estudio tan noble y propio de los grandes car teres?   Era justo que los que hasta en los libros nos dejaron manantiales de bienestar y sabiduría quedasen sepultados en la ignorancia y en el olvido? Continúa Horacio:

« Con su canto despues el grande Homero
« Y Tirteo, de Marte   las empresas
« Los varoniles pechos inflamaron. »

El grande Homero, que más tarde, con sus poéticos cantos despert  el amor patrio en el corazón del hombre, ese amor que le fuerza   que se sacrifique en aras de la libertad, del honor y del deber  no merece ser reconocido por uno de los grandes bienhechores de la humanidad?

Tirteo, que tambien supo emplear sus cantos inflamando los pechos, llevándolos consigo al campo del honor   no es digno de igual gloria? Y este amor que tanto poder ejerce sobre el hombre y que inspira la poesía   no es un sentimiento digno y elevado?

Pero donde Horacio hace resaltar más los altos destinos de la poesía, es en este bello rasgo que tambien copio á continuacion :

- « En verso produjeron sus respuestas
- « Los oráculos; dió sabias lecciones
- « En verso la moral y en la poesía
- « Un solaz halló el hombre
- .. « De penosos trabajos recompensa. »

Ved como los poetas, queriendo ser intérpretes de lo divino y sabiendo que el sentimiento más noble y más profundamente arraigado en el corazón del hombre es el conocimiento de la divinidad, se han ocupado siempre con predileccion en este asunto; he ahí por qué las teologías, los himnos sagrados, las teogonías y las cosmogonías de la infancia de los pueblos, han sido siempre escritas en la más sublime y elevada poesía. Además, el poeta siempre amante de la cultura y moralizacion del hombre, procuró, prevalido de los encantos y atractivos de la poesía, revestir con ellas ciertas verdades é imprimirlas hondamente en su corazón; verdades, que á presentarse desnudas, pudieran no haber sido aceptadas ni recibidas con el entusiasmo y fervor con que lo fueron mediante la poesía: ¿y qué medio más adecuado y digno pudo haber elegido para esto la moral que la poesía?

Hé ahí, pues, cómo la poesía hace sentir su benéfica influencia en el orden religioso, intelectual y moral; y ved tambien cómo así cumple con aquel precepto que el mismo Horacio nos da en otra parte cuando dice :

- « Quien juntando el recreo á la enseñanza
- « Instruye á un mismo tiempo que deleita,
- « El unánime aplauso alcanzó él solo. »

Y sea esta sentencia de Horacio un rayo fulminado contra aquellos autores ligeros é ingratos que porque la poesía trata de deleitar al mismo tiempo que de instruir, lo llaman un mero pasatiempo; ¡objecion mezquina por cierto! Por ventura ¿no es útil un árbol, porque produce hojas que lo embellecen? ¿Ó despreciaremos unas bellezas creadas porque se adornan con decentes atavíos?

La poesía, Sres. AA., es como un arroyuelo de agua cristalina á cuyas márgenes va á apagar su sed el corazón sediento de felicidad y en él encuentra un solaz y consuelo inmenso en medio de los afanes y tribulaciones de la vida. Ahora bien, estos altos destinos que tuviera en su origen la poesía ¿no los tiene asimismo hoy dia en los legítimos poemas que honran la república de las letras?

Sí, Sres. AA., porque el carácter de la poesía es esencialmente popular y nacional, es decir, interpreta los sentimientos que ennoblecen los pueblos y que pueden interesar á la nacion que cobija al poeta y á todos aquellos

para los que el vate escribiere. Y estos intereses y sentimientos siempre viven y nunca morirán, puesto que son los intereses de la humanidad, los mismos que el Creador grabara en el corazón del hombre; y el hombre los podrá por un momento sofocar, podrá contradecir en el parasismo de sus pasiones las leyes morales que deben regirla: pero la verdad al fin es preciso que triunfe; los puros y nobles sentimientos prevalecerán contra mezquinas y groseras aspiraciones.

En vista de estas utilidades y ventajas incalculables que reporta al hombre la poesía ¿quién no desdeñará en adelante las acusaciones injustas que tan á menudo se dirigen contra ella?

Es cierto que para muchos la poesía sólo es objeto de mero pasatiempo; es cierto que algunos espíritus frívolos solo buscan en ella la manera de buscar su estilo; es cierto también que hay jóvenes extraviados, que llevan más adelante su ilusión y quieren encontrar en ella una fuente de agua insalubre y corrompida en donde poder saciar su sed de degradantes pasiones; es cierto finalmente que literatos indignos del nombre de poetas, han secundado estas intenciones sacrilegas y apartado de su cauce á este arroyuelo puro y cristalino en su origen; mas esto mismo nos debe alentar, Sres. AA., para que formemos una gloriosa cruzada y dirijamos todas nuestras débiles fuerzas á volver á su senda á esta hija predilecta del cielo, á este arte divino; su marcha ha sido empañada muchas veces y por desgracia también en nuestros tiempos; no importa, nosotros á fe de amantes de la religion y del verdadero progreso debemos hacer que de nuevo luzca este astro brillante, que fué siempre el iniciador de cuantos pensamientos felices y grandiosos se llevaron á cabo por el hombre.

He dicho.

BARTOLOMÉ CORREA.

La Novela (1)

¿No habeis visto, Sres. AA., el inocente placer que experimenta el niño en el regazo materno, al escuchar los amenos cuentos que forja el maternal amor para ir formando y encaminando por la senda del bien el tierno corazón del fruto de sus entrañas?

En esa edad feliz de las ilusiones el niño se forja un mundo risueño é ideal, mundo que fascina á la juventud incauta, que no desagrada á la edad viril y que no abandona la decrepita vejez.

El hombre, desde que empieza á conocer y discernir hasta que baja al sepulcro, tiene una natural é innata tendencia á separarse de la materia

(1) Declamado el día 11 de Mayo del año 1873.

que lo rodea y aprisiona y á extasiarse en la contemplacion de un mundo ideal más bello, más puro, más encantador, más sublime. De esta natural inclinacion ha nacido la novela; la cual, por consiguiente, ántes de ser creada tenía ya su fundamento en el corazon del hombre; pero ¿ha conservado la novela en nuestros dias su primitiva pureza? ¿es sólo como ántes una dulce expansion del corazon? Yo creo que no, Sres. AA., y hé aquí los tristísimos motivos que me impelen á asegurar que las novelas de nuestros dias, áun las llamadas morales, no sólo son muchas veces perjudiciales á la historia y á la literatura, sino que errando su fin, que es la moral pública, infieren á la sociedad graves y á veces incurables heridas.

Si se me preguntara, Sres. AA., si el género novelesco en sí puede prestar y ha prestado ventajas á la literatura, no titubearia ciertamente en decidirme por la afirmativa.

¿Y por qué? Porque en la novela campea y domina el ingenio, presentando á la imaginacion un campo vastísimo para desarrollar las grandes concepciones, se presta fácilmente para poner en escena toda clase de estilos; allí puede figurar tanto el sublime como el sencillo, el brillante y pomposo como el familiar, el serio y filosófico como el picaresco y satírico; en una palabra, en la novela el entendimiento concibe, la imaginacion y el sentimiento embellecen y el estilo atrae. Los acordes del más rico sentimiento hacen que el lector se conmueva profundamente, y luego, cautivada su voluntad por los encantos del amor más puro y delicadas afecciones, se siente impulsado hácia el bien y realiza así, de una manera suave al par que sorprendente, el fin verdaderamente digno de la novela moral.

Sí, la novela moral, cual debe ser, favorece y ha favorecido siempre la literatura: ¿quién se atreviera á negar los bienes numerosos que ha producido en la república de las letras y en el terreno de la moral pública. Walter Scott con su verdadera novela-histórica, Cervantes, ese fénix de los ingenios, con su inmortal Quijote, y entre los contemporáneos Lamartine, Silvio Pellico, el gran Bresciani, que ha puesto en descubierto las impías y maquiavélicas maquinaciones de las sectas secretas en su nunca bastante bien alabado «Hebreo de Verona», el ilustre Wiseman, el reverendo Newman, Selgas y en sus bellos y naturales cuadros Fernan Caballero?

Pero ¡cuán erizada de escollos está la senda del novelista! ¡qué profundo y detallado conocimiento del corazon humano le es necesario y qué fondo de buena fe y moralidad para pintar con sus propios colores la virtud y el vicio! áun los mismos antiguos no lo ignoraron y temieron lanzarse á ese mar borrascoso donde es tan difícil evitar el naufragio. ¿Qué otra fué la causa por que en la edad de oro de la literatura griega y romana, y áun en la nuestra no se haya cultivado ese género de literatura que sólo empezó á cultivarse en la decadencia de los pueblos? ¿Creeis que si fuesen más las ventajas que los escollos que presenta no

hubiesen puesto mil genios ilustres sus plumas al servicio de la novela para que hubiese un astro más en la época de la regeneracion literaria? No lo dudeis, Sres. AA., y permitidme deducir de aquí que apesar de las ventajas que presenta la novela bajo el punto de vista ideal, son muchos más los peligros casi insuperables que ofrece.

Pero concretémonos á nuestra proposicion; estudiemos la novela contemporánea y veamos lo que puede hacer en pro ó en contra de la literatura.

Dudo, Sres. AA., que haya habido un siglo más material, más egoista, ménos poético, ménos apto para temas de novelas que el nuestro; y sin embargo es el más novelero, permitidme la expresion, de cuantos han existido: y si no pasad la vista por la mayor parte de los periódicos, mirad su primera y segunda página y no vereis sino novela sobre novela, alabanza y encomio exagerado de novelas, anuncio y planes de novelas: en una palabra, no parece sino que los periódicos estén puestos al servicio de la novela; y lo más sensible es que se lanzan á escribir en ese género tan escabroso, áun para los buenos literatos, jóvenes imberbes sin ningun título muchas veces ni de literatura ni de buen sentido.

Y ¿qué ha de suceder, sino que como las obras revelan el carácter y el sentimiento de sus autores, y la época de la juventud es la época de los locos entusiasmos, de las ilusiones de oropel, de los aéreos ensueños, que el poeta da en llamarles, celestiales y como crea conocer el mundo cuando acaba de pisar sus primeros umbrales, salen á la luz pública un fárrago indigesto de pensamientos locos, imprudentes y desatinados bajo el epígrafe pomposo de una novela?

¿Quién puede dudar del triste resultado de este género de escritos? Si lo quereis palpar, hojead por un momento alguna de nuestras novelas modernas, y allí sólo presenciareis ridículos episodios entre damas remilgadas y almibarados galanes; os pintarán como llave de la obra (y dánla por casi concluida) el prototipo de la dama, despues el de un jóven hermoso, de larga cabeillera negra, de ojos negros y rasgados, velados por espesas pestañas, cuyo lánguido mirar revela los sentimientos que abrasan su alma, etc., etc., etc.

Seguirá luego una viva pintura de sus trajes y facciones, y al fin vendran otras mil frioleras con que coronan el relato de su portentosa obra. De modo que el interes dramático, el desenvolvimiento progresivo de la accion, en una palabra, todo lo que debe constituir el fondo de una novela, es para estos nobles escritores cosa de poco interes, acabando su parto admirable por tener de novela sólo el nombre. ¿Os parece, Sres. AA., que escritores de este género pueden cooperar al brillo de la literatura? Lo dejo á vuestra discreta consideracion; y no dudo que despues de hacer conmigo algunas excepciones aún contemporáneas, en la generalidad las relegareis todas al más execrable olvido.

Y si esto decimos con respecto á la literatura ¿qué diremos con respecto á la historia? Si la literatura, en cuyo imperio entra tan esencial-

mente la imaginacion, recibe tan notable daño de la novela ¿que será la historia que se alimenta sólo de verdad y no admite mezcla alguna de lo probable á inverosímil? La novela, áun la que funda su tema sobre un hecho histórico, que tiene que cambiar los episodios de modo que interesen al lector y ajustar los hechos al sentimiento general de la época, so pena de faltar á la obra el interes que se busca ¿podrá ser fiel en la narracion? ¿podrá decir la verdad de novelista? de ninguna manera, Sres. AA., podrá tener algun viso de verdad poética ó verosimilitud su narracion, pero nunca será verdadera en todas sus circunstancias; al lado de un personaje histórico figurará un imaginario, de modo que lo que puede resultar, es una terrible confusion de ideas.

Un hecho histórico fielmente narrado por el novelista, será como una pequeña corriente de agua pura y cristalina, que desaparece arrastrada por el turbio y revuelto torrente de ideas fantásticas que inundan por completo el cuerpo de la novela; de modo que cuando quisiésemos buscar para aplacar nuestra sed el agua cristalina de la verdad, sólo encontraríamos en esa corriente el revuelto y cenagoso limo de hechos adulterados, y mancos; sólo encontraríamos la mentira que ofusca la verdad, sólo hallaríamos, en fin, para regular nuestra conducta el ejemplo no de personas creadas por Dios como nosotros y conservadas en las páginas de la historia para hacernos ver los reales peligros que amenazan á la humanidad, sino una infinidad de seres extraordinarios, abortados por una calenturienta fantasía, que han hecho lo que los novelistas quisieron atribuirles y que han vivido como ellos lo imaginaron.

Pero se me podria decir: ¿No sería laudable el sacrificar, si así es necesario, algun tanto la exactitud histórica y la fuerza literaria en las sagradas aras de la moral pública? ¿qué importa que una novela me aduldere un hecho, si graba en mi corazon los nobles sentimientos de caridad cristiana, de fuerza, de desinterés, de patriotismo, de todas las virtudes, en una palabra, que tanto enaltecen al hombre? ¿Qué importa que la pequeña fuente desaparezca, si el torrente que la reemplaza es de agua mucho más pura y cristalina?

Bello razonamiento, Sres. AA., si su fundamento fuese sólido; pero por desgracia no es así. ¡Cuán léjos están nuestras novelas de moralizar! ¡Cuánta inmoralidad no encierran, encubierta bajo el velo atractivo de elegantes frases! Y sino, díganlo esos miserables escritos de los padres de la impiedad filosófica, que hoy corroe deplorablemente nuestra sociedad; esos escritos en los cuales tan impunemente se ve vejada y ultrajada nuestra sacrosanta religion, único principio de moral y de civilizacion; porque ¿á quién no repugnan las pérdidas inmoralidades de Voltaire, de Rouseau, de Diderot, de D'Alembert y de sus secuaces modernos Alejandro, Paul de Kock, Victor Hugo, Eugenio Sue? ellos mismos lo conocieron; por eso el mismo Rouseau, en el prólogo de su novela titulada « Matilde », dice que ninguna jóven, sin deshonorarse, puede ni siquiera leer su obra.

Creería hacerlos una injuria, Sres. AA., si me detuviese en probaros los perjuicios de la inmoralidad é impiedad que en esos libros campea descaradamente, y cuyos autores, y desgraciadamente cuyos lectores hacen gala de ellas; y lo más sensible es que algunos jóvenes imberbes, con sólo haber leído esos informes libelos ya han creído arribar á la elevada y sublime cumbre del saber humano; y áun creen tambien que con sólo haber leído á Voltaire, Rouseau y demás autores del mismo jaez, están parapetados tras un muro invencible y pueden luchar denodadamente con los campeones de la verdad; pero pasemos adelante.

Dije tambien, Sres. AA., al principio, y confirmaré ahora, que la novela moral, errando su camino, su verdadero fin, infiere grandes daños al corazon de la sociedad: en efecto; debiendo la novela reflejar el carácter de nuestra época, como respectivamente ha reflejado el carácter de las anteriores ¿qué han hecho la generalidad de los novelistas para detener el torrente desbordado de las pasiones y para apagar la tea incendiaria, que son los dos grandes males de nuestra época? Causa rubor, el decirlo, Sres. AA., en estos tiempos de puro egoísmo y especulacion, los novelistas quieren á todo trance conseguir aceptacion; y olvidando los grandes intereses de la sociedad, no se ocupan más que en lisonjear las pasiones más violentas del corazon humano; pintan con los más vivos colores una funesta pasion, personificándola en un héroe de la novela y á fuerza de pintar con hermosos colores las más degradantes pasiones, hacen que sus inocentes lectores se interesen por el personaje vicioso y no vean en sus vicios y faltas sino meras debilidades del carácter humano.

Cuántas veces la novela ha abierto los ojos á un corazon inocente, que quizá sin su lectura hubiese conservado intacta la blanca y celestial estola de la inocencia! ¡cuántas veces una novela ha despertado pasiones que, cual leon rabioso permanecia como aletargadas, esperando el momento de salir rugientes de su letargo para destrozar y hacer trizas con sus garras al pobre corazon que las abrigaba! ¡cuántos suicidios, cuántos crímenes á causa de muchas novelas que quizá tendrian en su encabezamiento el atractivo título de novela moral! — Aún no hace mucho, oia decir que una jóven de 13 años habia puesto fin á sus dias y fué encontrada, bañada en su propia sangre, sangre que habia empapado tambien las fatales páginas de una novela en donde se hacia una brillante apología del suicidio.

La novela por este estilo no puede dar otro resultado que el exterminio; se vive en un mundo ideal donde se ven en escena terribles pasiones satisfechas; cuando de ese mundo ideal y corrompido, cuya ponzoña se inoculó sutilmente en el corazon del lector, se pasa á la desnuda realidad, el hombre que quiere satisfacer sus pasiones escitadas no se fija en los medios, y hé aquí el origen de los males que despedazan la sociedad actual. Y si de las novelas estrictamente morales pasamos á las novelas socialistas, ¿son acaso compuestas para moralizar delei-

tando é instruyendo? No, Sres. AA., no son más que meras maquinaciones de demolicion social, libros de pura y ardiente controversia y desnudos de todo lo que puede formar el atractivo y ventajas de una novela moral; y en confirmacion de esto, no parece fuera del caso citar las palabras de uno de nuestros periódicos cuyo testimonio, si mi memoria no me es infiel, ya os he citado desde este mismo lugar, y que decia así: « El diario, el folleto y el *libro* son los instrumentos más eficaces para comover las masas y arrastrarlas á la barricada. » Sí, Sres. AA., el fundamento de las novelas socialistas es sólo presentar en bellos términos utopías sociales que son causa de los más terribles cataclismos que ahora vemos todos los dias; y en esto, como en todo, la novela hace mucho más daño que las predicaciones de los inicuos demagogos y comunistas pues nos pervierten con el ejemplo, en una palabra, nos escandalizan.

He terminado, Sres. AA., de desarrollar y probar mi tema en cuanto mis cortos conocimientos y escaso tiempo con que he podido contar libre de tareas escolares me han permitido, con el sentimiento de no llenar las razonables exigencias de vuestro entendimiento, pero con la satisfaccion de haber puesto cuanto ha estado de mi parte para conseguirlo.

He dicho.

J. JUAN ZORRILLA.

• **El periodismo actual con relacion á la literatura.** (1)

Sensible cosa es, Sres. AA., que, por los motivos no difíciles de comprender y comunes por desgracia á la mayor parte de los que formamos actualmente la academia, no nos sea dado muchas veces corresponder con nuestros trabajos á los preciosos é interesantes temas con que nos honra la direccion: tambien es indudable que si por la escasez de nuestra inteligencia no nos es dado dotar de perfeccion y brillantez nuestras humildes elucubraciones, al ménos nos es permitido afirmar con lealdad y franqueza que la voluntad y celo por cumplir tan sagrado compromiso nunca nos ha abandonado ni nos abandonará jamas.

Por esto, Sres. AA., aunque nuestras ordinarias ocupaciones sean por demas serias y apremiantes, me he creido en el deber de estudiar con particular detencion, en mis momentos de ocio, el asunto del tema que me habeis confiado, con tanta más razon, cuanto que es tan vasto y por otra parte sobremanera delicado.

(1) Declamado el dia 26 de julio del año 1873.

Yo me limitaré, sin embargo, á sentar una proposicion sencilla, y sencillos serán tambien los argumentos con que me esfuerce en probarla.

Es, pues, mi intento presentar á vuestra consideracion ilustrada que con raras y muy honrosas excepciones el *diarismo* actual es profundamente perjudicial á la literatura. ¿Y por qué? Porque en primer lugar los que por lo comun en ellos escriben son personas incapaces de bellas producciones literarias; en segundo lugar porque lo que por lo comun se escribe es superficial y fuera del alcance del escritor; en tercer lugar porque se escribe con precipitacion y sin plan determinado, y últimamente, porque la constitucion, por decirlo así, del mismo periódico no puede ménos de ser hostil al desarrollo de la gaya ciencia.

En cuanto á lo primero, los que escriben son por lo comun, ó jóvenes principiantes que quieren hacer su aprendizaje á costa del público, ó entusiastas defensores de una idea, de un hombre, ó de un partido, ó personas, en fin, que careciendo de otros medios de subsistencia, siguen la carrera del periodismo como cualquiera otra carrera lucrativa. Por consiguiente, se ocupan ménos en los deberes de un periodista que en el fin bastardo que tienen ante sus ojos; no se paran muchas veces en los medios; y si felizmente poseen buenas cualidades, rara vez tienen la independencia y noble esfuerzo para hacerse superiores á ciertos compromisos, que como otras tantas robustas maromas les tienen amarrados á quien supo burlar, ó engañar su inexperta sencillez ó buena fe. Es demasiado bella y sublime la verdad para que todos quieran hacer los generosos esfuerzos que es menester para alcanzarla. Divinidad pura y augusta, pero austera, no encuentra adoradores, ni entre la turba de los interesados, ni de los cobardes. Y cierto, Sres. AA., que es ménester una fortaleza á toda prueba y un coraje tambien á toda prueba para decir la verdad en nuestro siglo: tan pública y general es la profesion que se hace del error: diré mejor, á tal extremo de confusion de ideas se ha llegado precisamente por el *diarismo* y por las mil y mil producciones inútiles con que la prensa brinda á la sociedad contemporánea! Hay de este lamentable desvarío tan evidentes y numerosas pruebas, que prefiero no aducir ninguna en tan obvia materia. Ahora bien, Sres. AA., si la primera dote de la obra literaria es la verdad, y de tal suerte es la verdad, que hasta en las ficciones permitidas y convencionales, si puedo hablar así, de la poesía y de la fábula, ha de buscarse la verosimilitud, ó como la llama el culto Coll y Vehí la *verdad poética*, ¿qué mal no acarrearé á la literatura ese enjambre ó inundacion de artículos, no sólo destituidos de toda verdad, pero lo que es peor, rellenos y saturados de imposturas, calumnias, falsas consecuencias, diatribas insolentes, apreciaciones gratuitas, máximas erróneas, consecuencias traídas por los cabellos, etc., etc?

¡ Ah! Sres. AA., ¿de cuándo acá ha hecho la literatura tan escandaloso divorcio con la verdad? Allá un Horacio pagano y un Aristóteles, aunque gentil, colocan entre sus principales preceptos para formar el literato

el amor á la verdad, so pena, segun el primero, de no ser creído y áun detestado el que prescinda de la verosimilitud en poesía, *quod cumque ostendis mihi sic, incredulus odi.*

En segundo lugar los asuntos sobre que se escribe en los periódicos son otra razon poderosísima para que no se escriba bien; el diarista debe escribir de todo, como y cuando lo exijan las circunstancias, que las más veces son imprevistas; os llamo, sobre este punto Sres. AA., muy seriamente la atेंcion: basta tomar cualquier diario para convencerse de esta verdad: los artículos de fondo son *de omni scibili*; y no hay Pico de la Mirándola que sepa tanto como debiera saber un diarista en estos tiempos y en tan críticas circunstancias, para escribir con acierto sobre las innumerables cuestiones que tratan con tal desenfado y libertad, como si fuesen doctores en cada uno de los ramos á que ellos se refieren; así la teología, la filosofía, la política, la culta literatura, las ciencias naturales, las exactas, inclusa la astronomía, las bellas artes, la economía política, la estadística, todas las ciencias y artes en una palabra, encuentran en el diarista, de hoy un generoso paladin y diestro atleta, que luchará aferrado, iba á decir, por defenderlas, pero... ¿cómo hacerles tal insulto? Sí, Sres. AA., digo tal insulto, porque no hay error que no se haya ocupado de propagar algun periódico, ni hay idea tan estrafalaria é innoral, cuya apología no haya ocupado tamañas columnas en alguna produccion periódica; conozco persona que, cansada de copiar los errores, absurdos y despropósitos que contenian sólo unos pocos diarios de una sola ciudad que se tiene por culta y hace alarde de ir con el siglo, por ser tantos dejó de hacerlo; porque si era tarea ímproba sólo el consignarlos, ¿qué sería el refutarlos? y todo eso traga el pobre pueblo, el pueblo soberano, el pueblo rey... ¡Oh! ¡qué contraste! nos daría vergüenza de que cualquiera de nuestros jueces de paz se alimentase de mendrugos, y vivimos en tiempos tales que no nos admira, ni siquiera nos causa extrañeza, que á todo un pueblo soberano y á toda una nacion sentada como las demas en el gran banquete de la civilizacion actual, se le sirva diariamente no ya mendrugos, sino verdaderos manjares venenosos; y esta es la verdad, la pura verdad, la desgarradora verdad; porque ha llegado al escándalo, (¿por qué no decirlo?), á estremo tal, que todo padre honrado debe con frecuencia decir á su hijo: quita, no leas tal, guárdate de tomar un diario en la mano: y las madres, si fuesen cual son por lo comun las nuestras, capaces de conocer el mal que encierran las producciones periódicas, rociarían con agua bendita hasta el lugar por donde ha pasado el periódico, para que no quede ni siquiera rastro de la infeccion que le rodea.

Y bien, Sres. AA., ¿cómo puede esto promover la literatura? acaso la literatura tiene por fundamento la mentira y se nutre del error? . . . Cierto es que Voltaire y la impía turba que le rodeaba y la que formó segun su impío corazon cultivaron á su modo la literatura; cierto es que de sus labios sacrílegos se desprendió constantemente la injuria y el

sarcasmo, la obscenidad y la mentira, el insulto y la calumnia, y que no obstante pasaron por literatos: cierto es que no se avergonzó una gran parte del mundo que se llamó literato, de quemar incienso ante su repugnante figura y su verde vejez; pero también es cierto que el mundo va expiando con terrible expiación su desacierto: cierto es que los males que nos agobian y el cenagoso torrente que envenena la sociedad actual reconoce en tan impuro manantial su origen; y cierto es también que el mundo actual ya comienza á conocer su error, y que á poco más que abra los ojos no tendrá bastantes maldiciones para execrar á los que así supieron labrar su desgracia, y cierto es también de que todo aquel que quiera juzgar de esa literatura á la luz de los principios, la encontrará indigna del arte, del cual se ha abusado tan descaradamente.

Me dirá alguno que no siempre es gente inexperta la que escribe; ni siempre escribe sobre materias que no ha profundizado: esta observación que parece en efecto debilitar á primera vista mis anteriores argumentos me ofrece, Sres. AA., la oportunidad de desarrollar el tercer punto; cenvengo gustoso en que á veces así por el talento del diarista como por la naturaleza de la materia, que no siempre es extraña al escritor, pueden escribirse buenos artículos que en nada dañasen á la literatura, pero fuera de que sería una excepcion, en realidad es más rara de lo que parece.

Y de veras, Sres. AA., que la manera con que se escribe es una garantía ménos de bien escribir; es una verdad que está fuera de toda duda: el diario es un compromiso de cada día; debe publicarse á tales horas y para que se acredite debe estar á tales horas en manos del suscriptor, so pena de que éste retire la suscripcion: hay que tratar tal' ó cuál cuestion, que sobre ser de actualidad interesa bajo otros respectos al público: si así no se hace, el adversario, cuya marcha se quiere impedir ó prevenir, ó cuyo ataque será más violento ó pujante cuanta ménos osadía y pujanza se note en el que ha de sostenerlo, puede hacerse tan poderoso que asegure la victoria en gran descrédito de la empresa, ó con la ruina ó mengua del partido que se sirve; y hé aquí las circunstancias que con frecuencia rodean al diario; hé aquí el compromiso constante que pone á prueba su actividad, y que si sirve para darle una gloria efímera, contribuye por otra parte á aumentar el daño que se hace á la buena literatura. ¡ Y cómo no, señores. ! ¿ Qué fondo ni qué forma conveniente para servir de modelo pueden ofrecer unos artículos improvisados, cuajados quizás de citas más ó ménos inexactas ó truncas, ó formadas de trozos mal traducidos ó de girones mal zurcidos, de tal ó cual diccionario enciclopédico? ¿ Sabeis lo que sucede entónces? se tiene una provision de términos retumbantes, de frases enérgicas y cortadas, de interrogaciones de lo que se ignora, de admiraciones y puntos seguidos que parece que ocultan una resistencia oportuna y solo deben significar que el articulista no sabe que decirse. Nada digo de los giros poco castizos, ni de las palabras tomadas sin necesidad de otras lenguas. Ahí está en prueba de

ello el diccionario de galicismos por Baralt, que prueba que ha habido una irrupcion de frases y términos franceses en la lengua de Castilla, más funesta que la que hubo de soldados napoleónicos el año ocho de este siglo. De allí nos viene, señores, el *comme il faut*, el *rendez vous*, el *gouter*, el *à la dernière*, el *sanfaçon*, señores, que son una verdadera polilla de nuestro hermoso idioma. Pero demos que los artículos de fondo, lo que me complace en reconocer, suelen ser no pocas veces obra de plumas bastante diestras y ejercitadas, ofrecen trozos que, si no son piezas clásicas de literatura, á lo ménos no la dañan: ¿qué ganaríamos con eso? ¿es esto lo que constituye un número de un periodista? no sólo no es esto lo único, sino que es la menor parte, y por desgracia la ménos leída, porque es la que ménos interesa á la numerosa mayoría de los lectores de periódicos. Todo número de diario, como todos sabemos, consta de diferentes secciones: basta fijarse en la de comunicados y avisos: unos y otros llevan el título de interesados: éste en los primeros puede á veces ser culto: pero en los segundos es por lo comun ajeno á toda literatura y á veces el tormento y deshonor de ella; obsérvese quién los escribe y sobre qué versan, y estará justificada mi asercion. Diario hay en que se advierte expresamente que se publican los avisos como se llevan á la imprenta. Ya se puede colegir que en éstos hasta la ortografía será gravemente ofendida; cuánto más la literatura!

¿Qué diremos del gacetillero y del cronista? aquél tiene por oficio hacer reir á toda costa: debe mostrarse risueño aunque acabe de enterar á su padre, ser gracioso aunque sea por su naturaleza frio y desabrido, y mostrarse agudo aunque sea más obtuso que un ángulo de 179 grados y minutos; éste, el cronista, tiene que imponer al público de cuanto necesita saber y áun de lo que convendría ignorarse: recorre plazas y calles, áun asoma su atrevida y bufa nariz en las casas de los particulares, y arrastra barriendo y barre arrastrando cuanto encuentra para brindar á sus lectores con un variado surtido de noticias, unas tomadas al vuelo, otras entreoidas y mal oídas: otras vistas de léjos; y como hay que llenar el espacio consagrado á su trabajo, se inventa algun hecho, ó se repite el ya contado, ó se copian añejas anécdotas, etc., etc. Decidme, Sres. AA., quien conoce ó siquiera tiene idea de la dignidad y augusto destino de la literatura, quien recuerda el fin con que escribian los que quisieron dejar modelo de bien hablar; quien no ha olvidado los consejos del gran maestro del arte, el culto Horacio, que decia no se debía publicar escrito que no se hubiese corregido y limado *ad perfectum unguem*, quien tenga presente el cauteloso cuidado con que las academias de las lenguas y los maestros todos del arte de bien hablar trabajan por presentar á las generaciones nacies modelos consumados, por el influjo que ejerce en el porvenir la lectura de autores incorrectos; quien no haya olvidado todo esto, repito, podrá dejar de convenir en que el diarismo actual es altamente perjudicial al cultivo de la bella literatura? Y si á esto se añade, señores, la facilidad de leer tales producciones por

su abundancia, que bien podríamos llamar inundacion, si se añade la necesidad de leerlas por las noticias de que no puede prescindirse en la sociedad y en el comercio, se ve un argumento más y no ménos sólido que los anteriores en favor de la proposicion que he venido desarrollando. Siendo esto así, se comprende fácilmente con cuánta razon los hombres sensatos y pensadores atribuyen en gran parte al diarismo los males de que en todo sentido es víctima la sociedad actual. Sin embargo, me complazco en repetir, Sres. AA., lo que os dije al principio, que habia felizmente muy honrosas aunque raras excepciones: se encuentran diarios y periódicos que por la sensatez, moderacion y tino de sus virtuosos redactores, ofrecen al público hábil, sediento de verdades, una fácil y no escasa fuente de literatura. Aun más, Sres. AA., casi en todos los países católicos y aún protestantes se ha levantado una juventud ardiente y generosa, que, penetrada de sentimientos católicos, ha emprendido una gloriosa cruzada, que bien podrá hacerlos justamente acreedores á que la posteridad les llame regeneradores de la culta y verdadera literatura. Sólo en España hay más de seis mil jóvenes repartidos en más de setenta academias, y sujetas todas á una direccion general, cuyos trabajos han comenzado á dar brillantes resultados en las periódicas publicaciones que ofrecen al público, dignas bajo el aspecto moral, religioso y literario de iniciar una nueva era en el periodismo actual. El año pasado fundóse otra bajo los auspicios de la religion, como los anteriores, en Bogotá, con tan felices principios que ya en su primera edicion contaba más de cien jóvenes escogidos y resueltos á trabajar por restituir á su patria, con los sentimientos morales, la verdadera y encantadora literatura. ¡Ojalá que en nuestro país, tan necesitado como el que más de restauradores ardientes, se iniciasen obras semejantes y tuviese en ella no pequeña parte esta por ahora tan poco numerosa y modesta corporacion!

AMARO ALBORNOZ Y E.

El orador popular (1)

Señores Académicos:

Es tan evidente, bajo todos los aspectos, la importancia del asunto sobre que debe versar mi discurso, que creo de todo punto inoportuno é innecesario otro exordio que su simple exposicion y enunciado.

El orador popular. Hé ahí, Sres. AA., una idea sublime y de un interés trascendental, capaz de arrebatarse vuestros corazones ardientes, amantes por demas de los bellos triunfos de la tribuna. Pero para pro-

(1) Declamado el dia 12 de abril del año 1874.

ceder con claridad, le definiré cual le comprendo : de su misma definicion sacaré las cualidades que deben adornarle y segun que el tiempo y mis fuerzas me lo permitan, trataré de estas relevantes prendas y de la manera ó medios de conseguirlas.

En primer lugar, se ha entendido siempre por orador el que maneja con tal destreza la palabra que consiga transmitir á su auditorio sus ideas, sus sentimientos, sus afectos; es decir, consigue el más brillante triunfo que dárse puede, el cual es el de las voluntades; pero el orador popular debe conseguir dichos triunfos no ya en tal ó cual lucido círculo de inteligencias, no ya en tal ó cual asamblea en que por lo comun deben campear las más despejadas y cultas capacidades de una nacion, sino en el pueblo; el orador debe poseer el profundo y casi misterioso secreto de mover, penetrar y llevar con la fuerza de su palabra las masas á la realizacion del objeto que se propone. Si hubiésemos de creer á algunos preceptitas ignorantes, para conseguir este fin, bastaria una gran dosis de audacia favorecida por una no vulgar fuerza de pulmones y de puños, que acompañada con una arrogancia repugnante, nos daria el tipo más completo de muchos oradores á la moderna. No me ocuparé en refutar esta opinion, que apénas merece nuestro desden. El orador popular, para merecer el nombre de tal, debe profesar respeto al pueblo, porque aún bajo el raído traje del humilde trabajador ó modesto artesano, se encuentran almas nobles é inteligentes, corazones generosos y tan bellos caractéres, que no sólo merecen, pero aún exigen el respeto é interes de quien les habla; ni son sus derechos ménos dignos de atencion que los del culto potentado y de la flor de una antigua aristocracia.

Adora bien; ¿qué respeto podrán profesar á las masas aquellos que sólo las consideran como meras máquinas que necesitan el ajeno impulso para ponerse en movimiento? Bastaria recordar la noble figura de Demóstenes, entre los paganos, arrastrando al pueblo de Aténas contra Philipo, y al gran Crisóstomo, que tenía pendiente de sus labios á un auditorio de más de cien mil almas en la plaza de Constantinopla; para comprender cuánto es más noble, digno y sublime de lo que se piensa el orador popular. Innumerables ejemplos de oradores populares podria presentaros con sólo recorrer las páginas de la historia de la Iglesia, sobre todo, en los primeros siglos; pero no puedo detenerme, ni aún conviene, en demostrar lo que no es el orador popular, creo, señores, y basta un mediano criterio para distinguirle del charlatan presuntuoso. Paso, pues, con mejor acuerdo, á decir cuál debe ser en el fondo y en la forma, si me es lícito expresarme así, cual yo le comprendo despues de haber meditado mi asunto.

Vosotros vereis, Sres. AA., si son justas mis apreciaciones; sólo os podré decir que si me equivoco, más bien será por dignificar al hombre que no por amenguarlo. Digo, pues, Sres. AA., que el que aspire al noble título de orador popular debe estar adornado de una honradez y probi-

dad á toda prueba. Bien sé que esta es cualidad comun á todo orador, como lo indica el tan repetido proverbio *vir bonus dicendi peritus*: pero de un modo especial debe serlo el orador popular; primero, porque se dirige á quien por lo comun es ménos capaz de conocer el engaño y discernir el astuto sofisma del verdadero argumento; segundo, porque las pasiones populares son más violentas y desenfrenadas; tercero, porque el mal que se inocular en las masas, es, por los motivos ya dichos, más difícil de curar y de más funesta trascendencia. La segunda dote del orador popular es, á mi juicio, un vivo interes por el bienestar del pueblo, evidenciado más con hechos que con palabras almibaradas. La razon no es ménos obvia que poderosa; en efecto, aunque las masas son por lo comun rudas, no por eso faltan hombres de clara razon ni en todos un cierto instinto que yo llamaria racional y que por una especial providencia del Creador suple en gran parte al brillo, agudeza y prontitud de la inteligencia.

Brillante prueba de esta verdad es el elegante y precioso pasaje de Virgilio, en que, despues de pintar con diestro y gracioso pincel el furor popular, hace él ver el prestigio del hombre justo y amante del pueblo en calmarle.

Ac veluti magno in populo cum sope coorta est
Seditio sevetque animis ignobile vulgus;
Jamque facis et saxa volant; furor arma ministrat
Cum pietate gravem ac meritis si forte virumque
Conspexere silent; arrectisque auribus adstant:
Ille regit animos et pectora mulcet:

La 3ª dote, que, aunque parece confundirse con la anterior, no es menester gran perspicacia para distinguirla de ella, es, Sres. AA., un fondo de bondad y de generosidad que entre católicos no debe ser otro que la caridad cristiana; dígase lo que se quiera, cuando este fuego sagrado devora las entrañas del orador, salen llamas por su boca que no pueden ménos de abrasar á sus oyentes en el mismo fuego. Es imposible no amar á los que nos aman: así lo dice el antiguo refran: « Si vis amari, ama. » Y el pueblo, aunque inculto é ignorante, sabe abrigar en su pecho un corazon agradecido y sensible; un corazon en suma accesible á todas las nobles emociones del patriotismo, de valor, de entusiasmo por sus antiguas glorias. Y el amor á los que buscan su amor y felicidad suele ser tanto más sincero y leal en la plebe, cuanto que por lo comun suele ser ménos amada y olvidada de lo que ella se merece. Por eso, los que engañan al pueblo, lo primero que fingen con indigna astucia es un amor el más decidido á las masas populares; amor que tan pronto se desmiente como se ha conseguido el fin que movió á fingirlo: así es como se explican esas sublevaciones y trastornos tan frecuentes en las sociedades modernas y que tan caro le cuestan.

Una de las más irrefragables y elocuentes pruebas del poder mágico que en las masas ejerce el amor y generosidad para con ellas del orador popular, nos la ofrece la historia eclesiástica en la conversión del mundo al cristianismo llevada á cabo por doce hombres, que sólo contaban con la mansedumbre y abnegación más generosa.

En efecto, los pueblos no se dejan tanto arrastrar y alucinar por frases campanudas y discursos bien pulidos, como por los hechos: cuando otra prueba no hubiese de esta verdad, bastaríanos la historia de la misma literatura, y en especial, como lo he indicado, de la Iglesia de Jesu-Cristo. Allí vemos innumerables oradores del cristianismo que lograron por su ardiente celo y por la palabra animada del fuego divino de la caridad, mover las masas y realizar los mayores y más provechosos cambios en la existencia de los pueblos.

Un Pedro Ermitaño, sin más recomendación que la de su celo y virtud, arrastra millares de combatientes á la Tierra Santa para arrancarla de las impías manos de los usurpadores infieles. Un Javier, en la India, convirtiendo millares de idólatras; y, en fin, innumerables misioneros católicos, porque es indudable, Sres. AA., que él es el tipo más acabado del orador popular; sí, el pálido, macilento y descarnado fraile de San Francisco ha conseguido mayores triunfos que cuantos acicalados oradores han existido, por más que por algún tiempo á fuerza de intrigas y malas artes hayan logrado aparecer que se grangeaban el afecto y confianza de turbas alucinadas por el error y cegadas por la pasión del momento. La cuarta dote que ha de distinguir al orador popular, ha de ser un patriotismo acendrado; es decir, el verdadero, el generoso, el noble amor á la patria, ese patriotismo que nos hace ver en nuestra patria, una sola madre, y en nuestros conciudadanos un hermano; ese patriotismo, en fin, que tiene su único origen en la caridad cristiana, y que no es más que una forma del precepto que nos manda honrar á nuestros padres.

Esas filantropías improvisadas, ese patriotismo dictado más por los manjares apetitosos ó por los licores espirituosos, ó, como suele decirse, ese entusiasmo que nace entre platos y copas de champagne harán impresión quizá en mentes desvanecidas y preocupadas por una idea mal comprendida; pero jamás llegarán á realizar un buen proyecto, un fin noble que eleve al pueblo, ó redunde en su bien y felicidad verdaderos. Esta clase de patriotas son los que inundan de sangre del pueblo los campos de batalla y las calles de las ciudades populosas; no es menester recurrir á la época infanda del terror; los comuneros de Paris y los cantonales de Cartagena nos suministran ejemplos que confirman ¡ay! demasiado lo que aseveramos; y los actores son los que se dicen amigos del pueblo; pero la verdadera víctima es el pueblo. ¡No! semejante patriotismo sólo merece las eternas maldiciones del pueblo y de la nación; esos patriotas sólo merecen se pronuncien sus nombres por las generaciones para su oprobio.

El patriotismo de que hablo, no es, pues, este, sino aquel en que la abnegacion y el interes hacen su papel más brillante; y hablo del patriotismo de O'Connell, que no hubo peligro alguno que no arrostrase, que no hubo diligencia que omitiese, que no hubo amargura que no apurase, y en cuyo corazon, despues del de Dios, se hallaba escrito el nombre de su amada Irlanda; O'Connell, sí, cuyos acentos animados por el patriotismo más sincero, arrebatava á su pueblo, que le seguia entusiasmado y le amaba hasta el delirio.

Hé aquí lo que á este respecto dice un escritor frances: «Ved á O'Connell con su pueblo, porque verdaderamente es su pueblo; vive de su vida; se regocija de sus glorias; chorrea sangre de sus llagas, grita con sus dolores.» Sí, «ese pueblo le ama porque le ve interesarse en sus aflicciones, mezclarse en sus tristezas y compartir con él las desgracias, el infortunio; ese pueblo le ama porque le ve exponerse por él, arrostrarlo todo por él y no perdonar fatiga ni sacrificio; porque ve que sus palabras son el lenguaje del corazon, la-manifestacion de su afecto, la expansion del entusiasmo; porque lo ve animado del verdadero patriotismo, que se evidencia en los hechos, y del cual es débil eco el trueno de su voz aterradora al par que dulce é insinuante. Ni sólo le ama su pueblo, señores, le obedece cieçamente, le confia sus intereses, le franquea sus tesoros, deposita en él sus esperanzas; puesto que el verdadero amor luego se introduce en los hechos que son su verdadera y elocuente expresion, por eso, como continúa el citado autor frances: «Cuando O'Connell manda á su pueblo que ore, su pueblo se arrodilla y ora; que levante su frente hácia el cielo, y la levanta; que maldiga á sus tiranos, y los maldice; que cante himnos á la libertad, y los canta.»

Comparad, Sres. AA., la noble figura de este grande hombre, célebre por su sincero y generoso patriotismo, con los demagogos atrabiliarios, que no se avergüenzan de llevar la razon en los puños y en la recia complexion de sus pulmones. Aquél recibe los homenajes de un pueblo que le ama y las simpatías de todos los que le conocen; éstos son maldecidos, y su nombre sólo sirve de escarnio de aquellos mismos á quienes hicieron víctimas de su engaño. Éstos se mostraron como un Danton, un Robespierre, sedientos de sangre y exterminio; y éste sólo anhelaba el lustre y felicidad de su patria, sólo deseaba poder quebrar el yugo de bronce que pesaba sobre su pueblo oprimido; por eso su pueblo jamas se arrepintió de los honores que en su vida le tributara; porque O'Connell fué siempre consiguiente en amar á su patria y sacrificarse por verla libre. Si, señores, O'Connell fué todo un orador popular; sólo quien lo imite lo será tambien.

Tiempo era este de exponerse algunos de los medios de alcanzar estas dotes; pero como por una parte son tan claros y culminantes, y por otra la religion misma nos suministra estos medios, me creo excusado el hacerlo; puesto que de otra suerte me veria obligado á dar á mi discurso una forma exclusivamente religiosa, debiendo ser académica. Me

limitaré por lo tanto á emitir algunas ideas sobre los obstáculos que se oponen á la consecucion de dichas dotes.

Es el primero el estar afiliado á algun partido político: la razon es obvia; desde el momento en que el orador pertenece á un círculo político, bien podrá ser alguna vez, pero no lo parecerá jamas, el paladin de la verdad: aparecerá, sí, y será tenido siempre por el agente más ó ménos interesado, pero siempre interesado en el triunfo de su partido. El orador popular debe ser de todos; y desde que se consagra al servicio peculiar de un gran grupo, es decir, de algunos, ya deja de ser de todos.

El segundo obstáculo que con no ménos solicitud como otra Scila y Caribdis, debe huir el orador que aspira á ser popular, es la ambicion; la ambicion es la que más ó ménos impele al hombre á trabajar por sí y para sí, le hace centro de todas sus aspiraciones, deseos, actos y pretensiones; ahora bien, un pueblo pierde la confianza en un hombre que cuando le habla hace su propio negocio y trabaja por sus intereses privados, no por los del pueblo: entónces se dirá de un tal orador lo que con gracia ha pasado á ser satírico proverbio: «Cicero pro domo sua». Aunque todo orador debe estudiar y conocer á fondo el carácter y circunstancias de su auditorio, esto atañe de un modo especialísimo al orador popular; éste debe investigar y conocer á fondo la condicion, historia, carácter y pasiones del pueblo; debe conocer sus necesidades y estudiar la manera de remediarlas; ni esto sólo, debe ademas el orador conocer el lenguaje del vulgo, no para rebajarse en imitarle en lo que tiene de vulgar y grosero, sino entresacar de él lo mucho que hay de vivo, enérgico y patético, propio y expresivo, y sazonar de cuando en cuando con sus dichos y sales su lenguaje que no por eso dejará de ser culto y elevado; muy pobre será, Sres. AA., el orador que no hallase en los arbitrios y reglas de la retórica, en cuyo manejo debe ser muy diestro, el modo de introducir los dichos populares. Esto es tanto más importante cuanto parece más indiferente; cuántas veces ha debido sus triunfos la elocuencia á la habilidad con que el orador usó el chiste y la frase popular impresionando así poderosa y eficazmente al auditorio y consiguiendo lo que talvez un sólido argumento no obtuviera. Pretendí ser breve, Sres AA., pero la abundancia misma de la materia y la importancia del asunto sobreponiéndose á mi poca capacidad y menor pericia, me ha hecho extenderme quizá hasta el extremo de seros molesto.

Termino aquí mi grata tarea haciendo votos porque en mi desgraciado país se levante, y pronto, un verdadero orador popular que con el corazon ardiendo en caridad cristiana y con una razon ilustrada y conienzuda, cual otro O'Connell, haga comprender á nuestro pueblo sus verdaderos intereses y le conduzca con denuedo por el sendero que conduce á la felicidad verdadera.

He dicho.

ZENON SEGUNDO MARTINEZ E.

Los Salmos considerados bajo el punto de vista literario (1)

Pocas veces, Sres, AA., se ha traído á este lugar tema ni más variado, ni más ameno, ni más sublime y, por decirlo de una vez, que encierre en sí más poesía que el de que ahora voy á ocuparme.

Los salmos, imperecedero monumento de las grandezas de un pueblo visiblemente guiado por la mano de Dios; los salmos, augustas páginas donde se encuentra la grandiosa y profética pintura de otro pueblo aún más grande que el hebreo, porque habia de tener á su cabeza á un Dios Hombre; y sus triunfos debian de ser tan gigantescos, como prolongadas sus luchas hasta la consumacion de los siglos. Comprendeis, señores, que hablo del gran pueblo cristiano, del reino de Jesucristo, de la Iglesia santa, cuyas pompas y magnificencia ya preveía en su inspiracion y las cantaba de antemano con un arrebató verdaderamente divino el gran vate de Salem. Lástima, señores, que un asunto tan grande deba ser manejado por mano tan inexperta como la mia.

De tres maneras pueden considerarse los salmos: bajo el punto de vista hermenéutico, religioso y literario. Léjos de mí el tratarle bajo ninguno de los dos primeros, metiendo mi profana hóz en esos soberanos y sublimes campos donde apénas osaron con temblorosa mano segar los grandes paúres y doctores de la Iglesia. Me contentaré, como es justo, en los límites de mi pequeñez con desarrollar mi pensamiento bajo el punto de vista literario, haciéndoos ver que el salterio ofrece preciosos modelos de los diferentes géneros de poesía subjetiva, en especial de la oda.

En efecto, los asuntos mismos que trata el inspirado vate, las múltiples y variadas situaciones de su vida tan azarosa y difícil unas veces, tan sosegada y tranquila otras, y no pocas espléndida y gloriosa, hacen que este hombre extraordinario haya dado á todos y á cada uno de sus cantos un tinte y colorido tan propio, tan natural y expresivo, tan sublime y encantador, que no es de extrañar sean objeto de la admiracion de los sabios, el alimento del alma piadosa y el modelo de las más bellas imitaciones del literato.

Veamos esto, sin embargo, con alguna detencion: Educado David en la casa paterna desde los más tiernos años, comienza su carrera, si así podemos decirlo, por los inocentes y laboriosos ejercicios de pastor de los rebaños de su padre: en esta humilde condicion pudo saborear los encantos y conocer los atractivos de la vida del campo; pudo observar sus magníficas escenas y recrear su espíritu inocente con los variados panoramas que ofrece la naturaleza en las suaves colinas y seculares selvas del Oriente, que convidan al hombre á bendecir y admirar al celeste Hacedor de tantas maravillas; ese cielo ardiente y poblado de

(1) Declamado el día 9 de agosto del año 1874.

brillantes estrellas, esos valles embalsamados por las fragantes rosas de Jericó, donde se levanta la blanca azucena y descuella esbelto el gracioso lirio, que, según la expresión del Salvador, excede en gracia á los vestidos de Salomón en toda su gloria; todo esto, señores, debía impresionar vivamente el alma limpia y entusiasta del rubio pastorcillo de Ebron, y en fuerza quizá de estas impresiones, exclamaba arrebatado; «*Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.*»

La mansedumbre y dulce balido del cordero, la furia y rabia del lobo carnicero y del león rugiente, á los cuales tantas veces desquijarró el futuro vencedor de Goliath, le prestarían, quizá, aquellas hermosas y patéticas imágenes con que expresaba la mansedumbre del Mesías y la crudeza y saña con que sus verdugos habían de empapar sus manos en sangre divina; pero Dios, que había elegido al sencillo pastor para el jefe de su gran pueblo, le condujo con singular providencia á los ejércitos de Saúl, para que siendo testigo de la arrogancia del bláfemo filisteo, cobrase su alma generosa el temple de que necesitaba el vencedor de Goliath.

¡Qué situación tan sublime, señores! un pobrecito imberbe destacado de millares de combatientes para desafiar al más diestro y poderoso soldado del ejército enemigo! ¡Qué cuadro tan sublime y tan precioso al mismo tiempo el que presentan estos dos antagonistas de nuevo género! No es ya un Horacio que, en lucha al parecer despareja, vence más por astucia á sus fatigados enemigos. David se presenta de frente á su enemigo con una audacia y arrojo que jamás admirarán bastantemente los siglos; con brazo robusto y corazón confiado en la divina protección derriba y decapita al gran coloso de Filistis. ¿No os parece, Sres. AA., este sólo hecho más que suficiente para exaltar la fantasía y llenar de un sublime entusiasmo al lírico cantor de las glorias de Judá y de las grandezas del Dios de los ejércitos? Aquí comienza, por decirlo así, señores, la vida pública de David, aquí comienza la no interrumpida cadena de sus triunfos, que le hicieron grato á los ojos de Dios por su virtud, como era admirable á los de los hombres por su valor y su paciencia.

Hecho blanco de los odios que su mérito incomparable hicieran arraigar en la ya degradada y envilecida alma de Saúl, su vida fué la del más ilustre de los proscritos: buscado para la muerte, sin hallar asilo seguro contra las pesquisas de su poderoso perseguidor, nos presenta David todas las situaciones de un corazón magnánimo oprimido. Ligado á Jonatás por los estrechos vínculos de la más noble y preciosa amistad que jamás se viera, nos ofrece David un modelo consumado de lealtad y constancia inquebrantable. No es, pues, de extrañar que situaciones tan difíciles y dolorosas hicieran brotar en el alma atribulada de David aquellos ecos lastimeros, inimitable modelo de elegía. ¡Qué preciosos rasgos podría citaros aquí sino debiera por la premura del tiempo apresurarme! Pero no puedo resistir al deseo de citaros un pa-

saje que, aunque no se encuentre en los salmos, es muy conforme al estilo que el autor usa en ellos. Al saber la muerte de Saúl y Jonatás, prorumpió David en estas sentidísimas palabras: *Montes Gelboe, nec ros nec pluvia veniant super vos..... Inclyti Israel super montes tuos interfecti sunt..... quomodo ceciderunt fortes. Doeleo super te, frater mi Jonathas, decore nimis et amabilis..... Sicur mater unicum amat filium suum, ita ego te diligebam :*

Montes de Gelboe, ni el rocío ni la lluvia caigan sobre vosotros. . . . ¡Oh! Israel, los ínclitos fueron muertos sobre tus montes; ¡cómo cayeron los fuertes! . . . Como la madre ama á su hijo único, así te amaba yo. »

¿Puede darse, señores, ternura ni sensibilidad más exquisita? Tal era la que adornaba el corazón de David. Si en sentimientos como estos hubiesen empapado su alma el melancólico Tíbulo y el culto Propercio, cuán dulces serían y cuán puros los ecos que arrancarían á su dolor! Qué preciosos modelos habría legado su talento á la posteridad, que no puedo recordarlos sin mezclar con los elogios del segundo, las justas quejas de la moralidad ultrajada!

Muerto Saúl, sube David al trono para el cual Dios le había hecho un girar por medio de su profeta. Él fué grande por su valor y sus hazañas, grande por su poderío, y más que todo, grande por el amor que le profesaban sus vasallos y el temor y respeto que supo infundir en sus enemigos, que lo eran los de su Dios y su pueblo. Mas ¿para qué sirvió la prosperidad y elevación de David, sino para hacerle conocer mejor lo falaz, caduco y efímero de todo poder y grandeza mundana? Sí, David, el triunfador de Goliath, el azote de los filisteos, el primer guerrero de Israel, el aclamado por su pueblo. . . . es maldecido por Semeí, es ultrajado, traicionado y calumniado por su propio hijo! El gran David, que, sentado en trono de oro y vestido de riquísima púrpura, da leyes á su nación y sujeta los pueblos enemigos; ese mismo David, regará con lágrimas su lecho ántes de conceder á sus miembros algún descanso, y, cubierto de saco y ceniza, á pié y con paso vacilante, huirá por la aspereza de los montes, para evitar la crueldad de sus enemigos! Estas mudanzas tan completas, estas que llamará el mundo fases de la fortuna que hacían hoy un rey del que ayer era un pastor, y un proscrito harán mañana del que ahora es absoluto señor de un vasto reino; estas situaciones, repito, señores, tan diversas y aun opuestas, no podían ménos de impresionar viva y profundamente y arrancar de su corazón, ora abatido por el infortunio, ora herido por la gratitud ó confortado por la prosperidad y animado por el triunfo, vivísimas y propias expresiones, intérpretes fieles de los diferentes afectos que agitaban su espíritu.

De esta brevísima reseña de la vida del profeta rey se desprende como necesaria consecuencia, cuán hábil sería en pintar y describir las situaciones todas del corazón humano, y dar á sus descripciones aquel

interés y colorido propios de la imaginación oriental. Análoga consecuencia deberemos deducir si fijamos un momento la atención en los asuntos que trata.

Esto es sin duda lo que constituye uno de los más brillantes caracteres y mérito de los salmos. Las grandes alternativas del triunfo ó la derrota, de la humillación ó engrandecimiento del pueblo predilecto; según que se muestra agradecido á los beneficios y protección que le prodiga el Todopoderoso, ó que, abusando de esos mismos favores y volviéndolos contra su Hacedor, se muestra negramente ingrato y vilmente prevaricador; hé aquí los temas más propios para inspirar á un corazón generoso.

Ora canta David los prodigios en medio de los cuales durante veinte años condujo Dios á su pueblo desde Egipto á Canaan, ora los santos regocijos y solemnísimas fiestas en que con tanta piedad y pompa celebraban sus padres los días señalados con algún singular beneficio del Señor, ora, en fin, eran el asunto de su lírica inspiración los acontecimientos futuros, de cuya realidad sólo eran sombra las magnificencias presentes. Más breve; según el ilustre Andisio, unas veces son históricos los salmos, narrando los hechos de la nación, ó los particulares de David; y entonces la narración es rápida, concisa, sucinta; y por lo tanto, enérgica, animada, brillante. Otras veces son proféticos, y entonces son una cadena no interrumpida de conceptos profundos, de imágenes subimes y atrevidas, de pensamientos grandiosos y terribles, de afectos los más puros y piadosos. Otras veces, en fin, son morales: y entonces ostentan una prodigiosa belleza de estilo, vehemencia de afectos y gravedad de sentencias, que conmueven, iluminan y traspasan como dardos. Paso á citaros, Sres. AA., algunos ejemplos, con tanto mayor gusto, cuanto más grato juzgo os será ver confirmada con tan bellos ejemplos esta doctrina.

Ved, señores, cómo pinta al alma inocente: «*Quis ascendet in montem Domini, aut quis stabit in loco sancto ejus? Innocens manibus et mundo corde, etc.*» «¿Quién subirá al monte del Señor, ó quién estará en su santo lugar? El inocente de manos y de corazón limpio, etc.» (Psalmo 23.) ¿No hallais, al paso que sencilla, sublimísima esta pintura? Puede haber inocencia sin limpieza de corazón, ni es compatible esta limpieza con manos manchadas? Mirad cómo enseña en el salmo sétimo á temer los juicios de Dios: «*Domine Deus meus, si feci istud, si est iniquitas in manibus meis, si reddidi retribuētibus mihi mala, decidam merito al inimicis meis inanīs. Persequatur inimicus animam meam, et comprehēdat et concutiat in terra vitam meam et gloriam meam in pulverem deducat. Exurge Domine, in ira tua et exaltare in finibus inimicorum meorum.*» «Señor, Dios mío, si yo hice eso (que me imputan, como haber maquinado la muerte de Saúl), si hay iniquidad en mis manos, si pagué con mal á los que me lo hacían, caiga con razón bajo mis enemigos sin esperanza. Persiga el enemigo á mi alma, y alcáncela y pise junto á la tierra mi vida y reduzca á polvo mi gloria. Levántate, Señor, en tu ira

y muestra tu grandeza en medio de mis enemigos.» Cuánto consuelo no darian al justo aquellas palabras del salmo décimo, cuando dice: « *Dominus in templo sancto suo, Dominus in cælo, sedes ejus in pauperem respiciunt: palpebræ ejus interrogant filios hominum.* » « El Señor está en su santo templo, el Señor tiene su trono en el cielo; sus ojos miran al pobre, sus párpados preguntan á los hijos de los hombres. » ¿Qué expresion, señores, tan viva, qué metáforas tan selectas y adaptadas! ¿Queréis ver lo que es el hombre?

« *Quoniam ipse cognovit pigmentum nostrum, recordatus, etc., etc.* » « ¡Tiene muy presente (Dios) que no somos más que polvo: que la vida del hombre pasa como la yerba, y que toda su hermosura es semejante á las flores del campo!! » ¿Sè podria dar imágen más acabada de la humana fragilidad? ¡Oh! ¡y cuán de buena gana multiplicaria tan preciosas citas! Mas donde David se excede á sí mismo, por explicarme así; donde despliega toda la forma del lenguaje oriental, y donde la grandeza de la expresion parece correr parejas con la majestad del asunto y la dignidad de las imágenes, es, Sres. AA., cuando habla el poeta de Salem, de los divinos atributos, ó de la persona augusta de nuestro adorable Redentor: « *Quoniam in manu ejus sunt omnes fines terræ, et altitudines mantium ipse conspicit. Quo ibo a spiritu tuo? et quo a facie tua fugiam? Si ascendero in cælum, tu illic es; si descendero in infernum, ades. Si sumpsero pennas meas diluculo et habitavero in extremis maris. Etenim illic manus tua deducet me, et tenebit me dextera tua.* » « ¿En dónde podré esconderme yo, de manera que vuestro inmenso espíritu, que lo llena todo, no me vea? ¿Adónde huiré que vuestra vista no me alcance? Y no podré subsistir allí, si no me sostiene vuestra diestra. » ¿Puede darse una expresion más viva ni más patética de la omnipotencia é inmensidad divina? « *Conturbatæ sunt gentes et inclinata sunt regna: dedit vocem suam, mota est terra.* » « Las naciones se conturbaron y los reinos se bambolearon: dió su voz, movióse la tierra. »

« *Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus.* » « Se acercará el hombre á lo profundo del corazon y será Dios ensalzado. » *Nubes et caligo in circuituejus, justitia et judicium correctio sedis ejus. Illuxerunt fulgura ejus orbi terræ, vidit et commota est terra. Montes sicut cera fluxerunt á facie Domini: a facie Domini omnis terra.* « Nube y oscuridad alrededor de él: justicia y juicio son el apoyo de su trono. Alumbraron sus relámpagos la redondez de la tierra: viólos la tierra y fué conmovida. Los montes como cera se derritieron á la vista del Señor: á la vista del Señor toda la tierra. » *Dominus in Sion magnus et exelsus super omnes populus. Confiteantur nomini tuo magno, quoniam terribile et sanctum est.* « El Señor en Sion, grande y ensalzado sobre todos los pueblos, alaben tu nombre grande, porque es terrible y santo. »

¿Pero á qué multiplicar ejemplos, señores, cuando no se encuentra un salmo que no contenga muchas bellezas, ora en su estilo, ora en sus imágenes, ora por sus pensamientos, ora por los purí-

simos afectos que contienen; y las más veces por todas estas cosas juntas? Y no creais, Sres. AA., que en el juicio que he emitido acerca del caudal inmenso de poesía que contienen los salmos, vaya sólo acompañado por autores piadosos y profundamente católicos; aún el literato impío, aún el gentil: olvidando aquél sus habituales blasfemias y éste sus ridículas divinidades, han sabido rendir el debido homenaje á la inspiracion y verdadero mérito de los libros sagrados. La escasez de tiempo no me permite citar los muchos pasajes que confirmarían mi asercion. Como omito tambien el aducir los de los preceptistas más afamados de nuestra época, entre los cuales no tiene por cierto el último lugar el culto y erudito Coll y Vehí, que no sólo encuentra en los salmos modelos que imitar, pero aún el *bello ideal* de la oda sagrada y de la verdadera elegía.

Y cierto, señores, ¿qué son al lado del augusto padre de Salomon, del gran salmista, del poeta hecho segun el corazon de Dios; qué son, repito, los modelos que nos presenta la sabia Grecia y la culta Roma, donde al lado de una belleza literaria, encuentra muchas veces tantas fealdades morales el alma delicada del poeta? ¿Qué son los arranques eróticos de la furiosa Safo, el entusiasmo de Píndaro, la delicadeza de Alseo, ni las gracias todas del lírico romano puestas en parangon con la fuerza y santidad de los afectos, la valentía y profundidad del pensamiento, los arranques verdaderamente entusiastas y generosos, la ternura, uncion y sublimes sentimientos que contienen todos y cada uno de los salmos? ¿Qué virtud hay que en ellos no se recomiende, qué vicio que no se reprehenda, qué sentimiento que no se ennoblezca... Pero, señores, sería nunca acabar; y si no por la grandeza del asunto, á lo ménos por la ineptitud de quien le trata, temo ser molesto.

Leed vosotros, y con vuestro buen criterio, y no superficiales conocimientos en literatura, el precioso libro de los salmos, y os persuadireis, aunque sea en mengua mia, cuán léjos he estado de hacer su elogio, que para que fuese completo sería menester poseer aún conocimientos hermeneúticos, ó á lo ménos haber leído y saboreado un tanto los eruditos y copiosos comentarios que abundan en la Iglesia de Dios sobre esta parte de la Biblia.

Termino, pues, señores, con gusto recomendándoos esta lectura, porque en ella hallareis bellísimas imágenes, que sin peligro ni mengua, encanten vuestra fantasia; verdades profundas é importantísimas sobre los asuntos de más trascendencia para el hombre, que ilustren y den pasto á vuestra inteligencia; en fin, purísimos y elevados afectos que ennoblezcan, consuelen, enaltezcan vuestro corazon cristiano.

He dicho.

ZENÓN S. MARTINEZ C.

Estudio de un Tópico (1)

Señores Académicos :

Cumpliendo una disposición de nuestro reglamento, voy á ocupar por breves momentos vuestra atención en el estudio de un Tópico cuya importancia es incalculable en estos tiempos de duda y cobardía.

Pero, dada mi poca suficiencia, solicito, á lo ménos por los títulos del compañerismo y las íntimas afecciones de la amistad, disculpeis los defectos de mi discurso, siquiera en obsequio á la utilidad de los propósitos que nos guian.

Acaso es temeraria la empresa para mis escasas fuerzas, y podría hacerme talvez desesperar del resultado, si no me acompañase la convicción de su bondad y la fe que retempla y fortifica cuando la prudencia teme y el espíritu vacila.

Doloroso es decirlo. La juventud de nuestros dias, esa esperanza de mejores tiempos, esa heredera de las gloriosas tradiciones de la patria carece de la constancia que no tiene el peligro y lo provoca si el deber lo exige, de la firmeza que se ostenta serena entre las borrascas que la impiedad y el espíritu demagógico suscitan, y de esa intrepidez que enjendra el entusiasmo, fuerza poderosa que arrastra el corazón á las nobles y generosas conquistas que en todas las edades han hecho la gloria de la humanidad porque fueron la encarnación de un principio.

Atravesamos un siglo de indiferencia y escepticismo. La despreocupación, el orgullo, el egoísmo son los fundamentos en que se pretende hacer descansar á la sociedad actual, y ellos constituyen el credo y la solución más acabada del gran problema que la civilización moderna se cree llamada á resolver.

Y sin embargo, Sres. AA., esta mal llamada civilización se empeña en engañarse á sí propia, se alimenta de sueños y utopías, se engrie de los tiempos que el indiferentismo le permite conseguir, cree marchar siempre adelante al perfeccionamiento indefinido ; y en la negación de toda verdad, y en el caos y en las tinieblas en que ha envuelto la región de las ideas llama derecho al abuso, razón á la fuerza, progreso á las ruinas y al despotismo libertad.

No habio con pasión, Sres. AA. La triste realidad es sobrado evidente á nuestros ojos para que me detenga á demostrarlo. Sólo los miopes ó los mal intencionados se atreverian á ponerlo en duda, porque nomás que un ciego ó un iluso afirmarían que hay sombras cuando el sol brilla con el esplendor del medio día.

¿ Y qué hace, entretanto, esa juventud llamada á remediar los males del pasado y á conquistar el porvenir? ¿ Acaso se apresta con ardoro-

sa decision á los combates de la verdad ? ¿ Acaso nutre su espíritu con el alimento del estudio y procura perfeccionarse con las saludables enseñanzas de la experiencia y de la historia ? ¿ Tal vez se adiestra á las grandes y tenaces luchas que la esperan con la práctica constante y provechosa de las virtudes que forman el corazon del hombre, le robustecen y le elevan á esa region donde no alcanzan las pasiones de la tierra y desde donde sólo tienen el desprecio y la repugnancia que merecen ? ¿ Por venturã mantiene incólume la religion de sus mayores, y en su pecho guarda ardiente y viva la llama de la fe que sus antepasados conservaban desde la cuna hasta el sepulcro ?

¡ Triste y desconsoladora decepcion ! La vírgen del mundo, América inocente, segun la bella expresion del poeta, perdió ya sus encantos virginales y se despojó de los atractivos de la inocencia y del candor para vestir con el ropaje de la virilidad los hábitos de gastadas y seculares sociedades.

Y en esa atmósfera viciada, en esa corriente de impiedades que circula por las venas del cuerpo social, la nueva generacion no ha sabido preservarse de los extravíos del error, infiltrando en su sangre el gérmen por desgracia fecundo del imperio de las pasiones.

Latente y bochornosa es la realidad que corroboran mis palabras.

No lo ignorais, Sres. AA. Habeis, como yo, escuchado enrojecidos de vergüenza que hay argentinos que violan el sagrado del hogar, que incendian nuestros templos y profanan nuestro culto, que es el de ellos, á nombre de la civilizacion y del progreso, vitoreando á la libertad y aclamando los principios que nosotros aclamamos.

Y lo que es peor, lo que puede hasta hacernos dudar del porvenir, es que tanta maldad y tan refinado cinismo lleguen á abrigarse en pechos juveniles y en corazones que acaban de entrar en las luchas difíciles y escabrosas de la vida.

Afortunadamente, y me complazco en recordarlo, vosotros formais una falanje pequeña, sí, pero ardorosa y entusiasta, en que al amor á la patria y al estudio se hermana el sentimiento religioso y la conviccion de las grandes verdades que siempre hicieron la felicidad y la grandeza de los pueblos ; porque mal grado á los absurdos de los libres pensadores de que nuestra época blasona, una experiencia constante y dilatada robustece más y más esta verdad: sin religion no hay patria, sin religion no hay sociedad, sin religion no hay ni pueden existir los lazos de familia.

Pero ninguna consideracion hará vacilar, así lo espero, la firmeza de nuestras convicciones. Pesa sobre nosotros una grande, tremenda responsabilidad. Somos la generacion del porvenir, sobre nosotros gravitará un dia la labor prolija de nuestros padres, y ¡ ay ! de los que nos sucedan si la grandeza del peligro nos acobarda y nos espanta, y si la magnitud de la obra nos hace retroceder en la mitad de la jornada !

Mas, si fuertes por la solidez incontrastable de nuestras ideas y la práctica de nuestros deberes, socorridos de lo Alto desplegamos nuestra

bandera en cuyo lema figure el respeto á todo lo bueno y el amor á la patria y á la humanidad; si alumbrá nuestra frente la luz de una fe inextinguible y pura, la esperanza en la inmortalidad será entónces el faro que brille siempre á nuestros ojos con la alegría con que divisa una luz amiga y bienhechora el pobre navegante, sin brújula ni tino, suspendido á la merced del Aquilon entre la bóveda del cielo y el abismo de los mares.

He dicho.

LORENZO ANADON.

Elogio de Mármol. (1)

Á la par que honroso, Sres. AA., me es del mayor placer el desempeño del trabajo que la mesa de la academia se ha dignado señalarme. Honroso, porque con él debo iniciar la época literaria del presente año. Placentero, porque lo es para mí, y mucho, el asunto sobre que debe versar mi discurso; ¿y quién podrá dudar de eso, cuando se trata de una de las glorias literarias de nuestra bella patria? ¿Cómo no me será grato hablar de un hijo de este hermoso país, sentado á las faldas de los Andes nevados y gigantescos y que ve correr á sus piés, cual anchas cintas de cristal el majestuoso Plata, el soberbio Paraná? Es un hermano, señores, á quien en su cuna arrullaron las mismas embalsamadas brisas que á vosotros y cuya existencia fué alumbrada por ese mismo Sol de Mayo en los tiempos de su mayor esplendor, y cuando sus rayos iluminaban más directamente las frentes argentinas.

Pero aún no he pronunciado el nombre del ilustre compatriota literato, cuyo elogio no diré vengo á hacer, pues fuera esta pretension osada, sino de cuyas obras vengo á hablaros sucintamente. Hablo, Sres. AA., del Sr. D. José Mármol, á quien aún no hace dos lustros perdió la patria y nuestra literatura. Consideraré sólo al poeta, prescindiendo de cualquiera otra consideracion á que pudiesen darme márgen los tristes y variados episodios de su vida agitada por las exigencias y vejaciones del tirano que rigió por veinte años los destinos de nuestra patria esclavizada.

Os suplico me escucheis con benignidad, y que deis á mis modestas apreciaciones, no el carácter de un fallo infalible é inapelable, que soy incompetente á formular, sino el de sencillas indicaciones, que no tendrán otro peso que el de las razones, consideradas á la ligera, en que las fundo.

Abrid nuestros fastos y en ellos vereis que apénas brilló en la cumbre

(1) Declamado el día 29 de abril del año 1875.

de los Andes la aurora de la libertad simbolizada por nuestro glorioso bicolor pabellon, cuando las tinieblas del despotismo y tiranía oscurecieron de nuevo el brillo de nuestra recién obtenida independencia. Sus páginas os mostrarán nuestras hermosas campiñas, teatro poco ántes de gloriosas hazañas, manchadas por humeantes charcos de sangre y sembradas por los cráneos que con despiadada y brutal injusticia hacia segar el tirano, en las plazas, calles y aún en el sagrado recinto del hogar doméstico.

También os mostrarán esas páginas, no siempre ensangrentadas, las hermosas y dignísimas figuras de tantos de nuestros compatriotas, cuyas almas nobles y generosas supieron con su conducta y con su voz decir al mundo entero que esta tierra de los héroes sólo contaba un tirano.

Una de estas bellas figuras, fué la de D. José Mármol, que, encarcelado primero y despues expatriado, llevó doquier su corazón verdaderamente argentino, para sentir y llorar los males de su patria; y llevó también su voz tan enérgica y elevada, para protestar á nombre propio y de sus hermanos contra los horrores que afligian á su patria, y augurarnos así con sus cantos, mejores y más bonancibles días.

Pero entremos en materia. Una de las obras que más fama han merecido al señor Mármol, es su «Amalia». Obra que, bajo el título de novela, es la verdadera historia de la tiranía, referida y dibujada con habilidad; pues hace resaltar los caracteres con tal viveza, que parecen más de relieve que pintados. Con esta obra, pues, como novelista, puede competir con los clásicos modernos que adornan los estantes de nuestras bibliotecas.

Haciendo conocer palpablemente el carácter de la época á que se refiere, sabe llevar la trama insensiblemente, y sin que se noten algunas transiciones súbitas de que adolecen otros novelistas, y cuando el nudo parece más estrecho, sabe desatarlo con tal habilidad, que queda satisfecha la esperanza del lector, que habia seguido con interés hasta entonces la complicacion de la trama.

Esto, por la parte literaria; que por lo que toca á la moral, que es lo que más interesa en obras de esta clase, y es más de desear en la época que atravesamos, tiene tanto tino Mármol, que en cada uno de sus personajes nos presenta modelos de finura, lealtad y delicadeza de sentimientos! ¿A quién, por ejemplo, no interesa Eduardo? ¡Cuánta pureza de sentimientos! ¿Y Daniel? ¿Su amigo? ¡Cuánta abnegacion, cuánto heroísmo! Mil veces está á punto de sacrificar su vida y su amor por salvar la vida y amor de su amigo.

Peró dejo esta obra, pues no puedo detenerme en cada una de las muchas que publicó, y paso á examinar brevemente la corta serie de pensamientos que publicó recientemente bajo su firma.

Hé aquí su pensamiento XVIII, juzgad por él los demas: «¡Los recuerdos! Sí, ellos van á ser mi vida; mi paraíso perdido, serás tú; el ángel condenado á recordarlo y llorarlo, seré yo. Cuando los rayos

de la aurora, ménos bella que tú, hieran tus ojos, haz que tu corazon te repita siempre estas palabras: Él piensa en mí. Cuando las sombras de la tarde, ménos dulces y melancólicas que tu espíritu se derraman por el espacio, él piensa en mí. Cuando las estrellas, ménos preciosas y brillantes que las imágenes de tu caprichosa fantasía bordan los cielos, él piensa en mí. ¡Oh Teresa! mujer adorada hasta lo ideal del delirio; esas palabras repítelas siempre, como una oracion de tus recuerdos; porque en cada momento de mi vida, mi pensamiento tendrá un sólo pero dulcísimo ejercicio: pensar en tí. »

¿Dónde hallar, Sres. AA., sino en la imaginacion de un poeta, tal sublimidad de ideas, tal pureza de sentimientos? ¿No sentis latir vuestro corazon al ver el amor que profesaba á aquella con quien pronto debia compartir sus amarguras?

Como los genios; tiene la estremada facilidad de pintar en sólo un pajeado la vida de un ser cuyos años bien pudieran formar el tema de una serie de leyendas. Ved la prueba, en el epitafio que escribió sobre la tumba de un niño montevideano:

No miró sino lágrimas y duelo
Y á rogar por su patria se fué al cielo.

No ménos digno de admiracion es el que dedicó al señor don Florencio Varela, asesinado por órden de Oribe. Hélo aquí:

Muerto á la libertad, nació á la historia;
Y es su sepulcro templo de su gloria.

¿Quereis, señores, mayor brevedad y armonía para recordar la vida de un compañero de destierro cuya vida cortó tan vilmente el amigo del amo sanguinario?

Como en comparaciones tan cortas como son las que he citado no podeis notar la fluidez y naturalidad, que es otra de las prendas que, á mi juicio, recomiendan á nuestro Mármol, citaré algunas estrofas un poco más largas, para que sobre ellas emitais vosotros tambien vuestro juicio. Éstas pertenecen á su composicion «Melancolía», inserta en el segundo tomo de sus «Armonías»:

Mi amor no es un delirio
De ardiente fantasía;
Mi amor está en el alma
Con lágrimas y fe:
Placer que se confunde
Con la melancolía,
Corona de jazmines
Con hojas de cipres.

.....
.....

Las flores me deleitan :
 Su aroma y sus colores
 Son hoy para mi vida
 Supremo talisman.
 ¡Ay triste del que ignora
 La magia que las flores
 Encierran para el alma
 Que acongojada está !

 Amor sin esperanza
 Que en mi alma se alimenta
 Del fuego solamente
 Que en mis entrañas hay.
 Ningun benigno soplo
 Mi corazon alienta ;
 No hay pecho que recoja
 De mi infortunio, el ¡ay !

Pero donde se descubre y ve palpablemente la fuerza de imaginacion y energía viril, que distingue á nuestro poeta y que le ha granjeado la admiracion aún de los extraños, es en la composicion á Rosas. Citaré algunas estrofas para emitir despues mi opinion, que creo será la vuestra, pues me parece que basta sólo citar algunos trozos para que quede hecha la crítica más favorable de nuestro poeta.

Las siguientes son, á mi juicio, de las mejores :

¡ Ah Rosas ! no se puede reverenciar á Mayo
 Sin arrojarte eterna, terrible maldicion ;
 Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
 Que súbito y ardiente te parta el corazon.

.....
 ¿ Qué sed hay en tu alma, qué hiel en cada fibra ?
 Qué espíritu ó demonio la inspiracion te da ?
 Cuando en tu rudo labio, tu pensamiento vibra
 Y en pos de tu palabra, la puñalada va ?

.....
 Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
 Cuando rebienta el trueno, bramando el aquilon,
 Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
 Para arrojarle eterna, terrible maldicion.

.....
 ¡ Sí, Rosas ! ¡ te maldigo ! Jamas dentro mis venas
 La hiel de la venganza mis horas agitó :
 Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas,
 Pero como argentino, las de mi patria no.

Decidme, Sres. AA., ¿podría darse más elevación de pensamientos? ¿Podría darse entonación más robusta? ¿No se ve aquí en toda su fuerza y valentía al poeta que comunica á quien le oye modular sus versos, todos los sentimientos, no diré que animan, sino que agitan, que conmueven y exaltan un corazón hondamente lastimado á vista de tantas lágrimas, de tanta sangre, de tanto oprobio y vergüenza como ha ocasionado un solo hombre?

No hay una sola estrofa, Sres. AA., que no encierre un pensamiento nuevo, un pensamiento grande, una imágen viva y altamente conmovedora: que no encierre un sentimiento el más justo. Mas ¿qué digo? ¿No hay una estrofa? No hay verso, señores, y á veces ni una palabra que no contribuya poderosamente á darnos una idea triste por desgracia y terrible y horrorosa, pero idea exacta del hombre, que debiendo regir los destinos de una patria llamada por tantos títulos á ser feliz y con tantos elementos para serlo, se ve, por su despotismo y tiranía, casi aniquilada y anonadada: sembradas sus campiñas frescas y pintorescas con los cráneos y blanquecinos restos de sus hijos, teñidas las aguas de sus claros y anchurosos rios, y su hermoso cielo como empañado por la sangre humeante de innumerables víctimas.

Este cuadro, señores, que nadie supo pintar ni con más valentía, ni con más verdad que Mármol, bastaba á darle toda la gloria de que justamente goza, y elevarlo á la altura que tan superior le hace al comun de nuestros vates.

Es muy de notar al mismo tiempo la generosidad que ostenta nuestro poeta en medio del dolor y de la congoja que le ocasionan tantos males. No es el ruido de sus propias cadenas el que hiere su sensible oído: no son los ayes que su corazón exhala, alejado de su patria, ni las privaciones anexas á quien come el pan del destierro las que obligan á Mármol á pedir al cielo remedie tantos males. No es él quien quiere ser vengado: la venganza que él pide es la que exige la humanidad torpemente humillada, abatida y conculcada por un hombre que sólo parece gobernar para ser cruel.

Por estas causas, Sres. AA., quien lee estas estrofas de Mármol, aunque argentino ño sea, participa de lleno de los sentimientos que afectan al vate; y pocas veces se habia visto conseguir al arte de la poesía un más completo éxito, y en que se haya visto de un modo más palpable la exactitud y verdad del dicho del gran lírico latino: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.*

Pero ántes de concluir, y para dar una prueba de la imparcialidad con que he estudiado á nuestro poeta, voy á hablaros de algunos pequeños lunares que se observan en sus obras.

Es el primero el uso de alguna palabra que no parece tan castiza, y el terminar de un modo poco poético algunas de sus estrofas, lo que indica haber sido Zorrilla por algun tiempo su lectura favorita.

Mas estos pequeños lunares ¿qué son, Sres. AA., comparados con las mil bellezas que contienen las obras de nuestro compatriota?

Diríamos que son en él aquellos pequeños descuidos de que no se vió exento ni el gran épico griego, y que movieron á Horacio aquella graciosa crítica: Bonus quandoque dormitat Homerus.

Creo, por lo tanto, Sres. AA., que las obras del señor don José Mármol son, entre todas las de nuestros poetas, las que, bajo el punto de vista literario y patriótico, pueden leerse con más provecho.

JOSÉ M. ESCALERA.

Sobre la lectura sabia y amena. (1)

Señores Académicos:

Bien conocido es el poder inmenso de la imprenta; su autor mismo, quizá, no llegó ni aún á entrever el grado de perfeccion á que en ménos de tres siglos de su descubrimiento habia de llegar. Por su medio, la palabra y el pensamiento humano no sólo han adquirido una especie de eternidad, sino tambien una especie de inmensidad. Efectivamente, desde la conversacion al parecer más insignificante hasta la discusion más acalorada é interesante; desde el simple cuestionario compuesto para facilitar al niño los conocimientos elementales, hasta el grueso in-folio en que se tratan á fondo los arcanos de la ciencia; desde el cuentecillo picaresco ú obsceno. . . hasta la más sublime epopeya; desde la graciosa coplita, en fin, por evitar prolijas enumeraciones, hasta la oda más sublime; todo, señores, todo cuanto abraza el entendimiento humano y puede expresarse por la palabra, entra en los anchurosos límites de la imprenta y está sujeto á su dominio. De suerte que podemos decir con propiedad, no ya sólo que abundan los libros y escritos de todas clases, sino que propiamente inundan el orbe y se encuentran con profusion, no sólo en los salones de las universidades y otros establecimientos científicos, en los palacios de los príncipes, que hacen consistir uno de sus más bellos adornos en una brillante biblioteca; sino tambien en la casa del artesano y aún en la cabaña del pastor. Si todo lo que produce la imprenta fuese conforme á las leyes de la moral y de la crítica, sería una invencion tan colosal como provechosa á la humanidad. Pero desgraciadamente no es así, y se disputa con razon si son incomparablemente mayores los males que ha causado tan precioso descubrimiento, que los bienes y verdaderas ventajas que ha reportado á la humanidad. De aquí ha nacido la necesidad tan universalmente sentida de sistemar las pro-

(1) Recitado el día 30 de setiembre del año 1875.

ducciones de la prensa, de estrechar sus límites, de coartar su poder y sujetarla á las justas y provechosas medidas que prescribe la razon. Pero por más que se ha trabajado en este sentido; por más que se han ocupado en ello casi todas las legislaciones del orbe, sólo la Iglesia ha acertado á tomar las justas y oportunas medidas para conseguir tan deseado objeto. ¡Ojalá no se hubiese desatendido su voz! ¡Ojalá se hubiesen respetado sus prescripciones! no lamentaríamos hoy tantos males causados precisamente por los desbordes de la prensa.

Mas, ya es tiempo que, dejando de discurrir sobre estas generalidades, aunque tan importantes, pase á tratar lo que debe ser el asunto de vuestra atencion y el cumplimiento de mi cometido. Debo tratar, señores, de la lectura amena y de la lectura sabia; pues, efectivamente, quien desee evitar prolijas divisiones y subdivisiones acerca de los diferentes géneros y especies á que pueden reducirse los escritos, podrá así, sino con exactitud, al ménos con claridad, clasificar las producciones de la prensa. Porque casi todo cuanto hay escrito, sirve, ó para enseñar, ó para distraer, ó distraer enseñando, ó enseñar distrayendo, como lo indicó el célebre Horacio cuando dijo tan oportunamente: « *aut prodesse volunt, aut delectare poetæ.* »

Si, pues, queremos que no nos sea funesta la lectura, muy oportuno será tomar acerca de ella las debidas precauciones, sobre todo en nuestra edad, en que lo bueno ó lo malo tiene naturalmente más trascendencia en las edades más maduras de la vida. Ajeno parece de mis pocos años, de mi posicion y de mi carácter el dar reglas ante aquellos de quienes podria recibirlas, ó que por hallarse en análogas circunstancias á las mías, no necesitan por cierto de mis escasas luces. Sin embargo, el deseo de cumplir con mi noble encargo, por una parte, y por otra la solicitud que he puesto en consultar á los que podian dirigirme con acierto en esta materia, son un poderoso motivo para emprender con confianza mi trabajo y para esperar de vosotros la indulgencia.

Para tratar con más acierto la presente materia, voy á recorrer brevemente los escollos con que puede tropezarse en los dos géneros de lectura ya citados, para sacar de allí mismo los medios de evitarlos.

Todos los retóricos están de acuerdo en que un escrito, para que sea acabado, debe tener buen fondo y buena forma. Buen fondo, señores, porque esto constituye el alma, por decirlo así, de una composicion. Tan cierto es lo que digo, que todos rechazamos un escrito que no tenga más que palabras, aunque estén elegantemente dispuestas y se adapten á las reglas todas, que por lo que toca á la forma, consigna la parte preceptiva de la retórica. Ahora bien, una experiencia desgraciada nos atestigua que son muy pocos los libros de este género de los cuales se pueda decir que tengan buen fondo y estén conformes con las leyes de la moral y del buen gusto. Y esto principalmente lo vemos confirmado en casi todos los géneros cuyo objeto sea distraer á los lectores y recrearlos con narraciones más ó ménos interesantes. Empezando por la novela,

esa produccion que tanto daño causa en las inteligencias desprevenidas, por estar una gran parte de ellas, digo mejor, casi todas ellas, exclusivamente destinadas á corromper el corazon, exaltar la imaginacion y desviar la inteligencia del camino de la verdad y la justicia ; ese género literario, repito, es uno de los que más daño causan á sus lectores, por reducirse á referir hechos y episodios indignos, narrados con un estilo florido y elegante y descritos de tal manera que el inexperto lector crea al fin que nada tienen de impíos é inmorales. De este modo comprendo hasta cierto punto la razon de tantos desafíos, suicidios y crímenes como se cometen diariamente. Y no podria ser de otro modo. El que siguiendo la doctrina de tales libros no cree que existe un Ser Supremo, justísimo y sapientísimo, delante del cual toda grandeza es pequeñez, toda sabiduría tinieblas y todo poder debilidad ; el que desde sus más tiernos años se ha acostumbrado á confundir la realidad y asco del vicio con la belleza y encantos de la virtud; el que ha visto, señores, por concretar mi pensamiento, pintado el vicio con los colores más halagüenos y la virtud como una mentida ilusion de niño, segun decia en sus delirios el autor del «Diablo Mundo», no halla reparo en abusar de las gracias que á manos llenas ha derramado sobre él el Autor de la naturaleza, y se lanza frenético en los brazos de una desesperacion satánica para arrojarse despues en el más horroroso de los abismos. Bien sabeis, Sres. AA., cuánta aplicacion tienen mis palabras en nuestros tiempos. Recordad el fin trágico del eminente crítico y malogrado escritor D. Mariano José de Larra ; leed los periódicos que circulan, registrad las estadísticas de los crímenes que se perpetran diariamente en todo el mundo y en especial en las ciudades populosas, y vereis la exactitud de mis aserciones. En este momento recuerdo el horroroso fin de una niña de sólo doce años, que en tiempos no remotos á los nuestros descargó en sus sienes un revólver, y para que constase quién en su corta edad habia conseguido inspirar á su débil sexo resolucion tan extrema, hallóse en su velador el fatal maestro que se lo enseñara. Era, señores, una novela que, para que no quedase duda, estaba precisamente registrada en el capítulo que aconsejaba el suicidio.

Aquí vendria bien una pequeña lista, ó ligero índice de las obras que tanto daño han reportado á la humanidad ; pero como sería demasiada prolijidad el sólo consignar sus nombres, me limitaré á recordaros los de unos pocos que ciertamente han sido de los más funestos : Víctor Hugo, Dumas padre é hijo, Paul y Henry de Kock, Sué, Renan, Jorge Sand y toda esa multitud de novelistas europeos, cuyas obras encontrareis descollando en casi todas las librerías de la República.

Pasando, señores, de estos detalles, que nada de minucioso tienen, pues el tiempo no me permite hacerlos todos, veamos si en los demas géneros literarios que comprendemos bajo el nombre genérico de amenos, encontramos las mismas dificultades é inconveniencias. En las obras teatrales sucede lo mismo que en la novela, pues los dramas vie-

nen á ser una novela en el fondo, aunque sujetos á leyes que no es del caso mentar aquí, con más el atractivo de la representacion y el de poder en una noche hacer á sus innumerables espectadores los perjuicios que aquélla con más lentitud les causa.

Pero donde se nota especialmente este gran mal, es en los dramas burlescos, destinados á críticas, poner en ridículo y rebajar la virtud; y quién lo creyera, señores! hasta ponerla á nivel del vicio. Sean testigos de que no exagero aquellos dramas en que se representa como más digna de estimacion y aprecio la mujer infame que la honrada madre de familia, y el santo y casto amor conyugal puesto en ridículo para preferir y realizar intempestivos amores, cuando no repugnantes y escandalosos. Inmensas serian las ventajas que podrian reportar á la humanidad esta clase de escritos, si se sujetasen á las prescripciones de la sana moral y del arte. En efecto, si hubiese una pluma que reprendiera graciosa y delicadamente los vicios de la sociedad, pero sin hacer alusiones de ningun género, que en vez de curar lastiman más, cesarian muchos de los vicios de nuestra sociedad, y lo que es más notable, se cortaria de raíz el monstruoso abuso que hacen tantos desgraciados vendiendo vilmente su pluma y su talento al mejor postor de los muchos que les buscan. Empero, vemos que no sucede así, y que son pocos los que pueden decir con la mano en el corazon: ¡yo defiando mis convicciones! Dirigid una sola mirada sobre muchas de las producciones de la prensa, y vereis que la mayor parte de ellas están redactadas con el objeto de herir personalidades, casi todas ellas con el fin de calumniar, mancillar y echar por tierra la fama ajena. No se oculta á nuestros ojos que el impío Voltaire usó de la sátira para ridiculizar lo que hay de más santo y digno de la veneracion para el hombre, y ademas es cosa puesta fuera de duda que él escribia á todos sus correligionarios estas ó semejantes palabras: «Echad mano de la burla para confundir á vuestros adversarios. Si os convencen en el terreno de la lógica, convencedlos en el terreno de la sátira. Esgrimid esa arma infame, más aguda y mortífera que el envenenado acero»!! ¡Vergonzosa doctrina! Es indigno de un racional tal modo de pensar: pero ¿qué ménos se puede esperar del que exclamaba con sacrílega lengua: ¡¡ Guerra al infame!!?

¿Y qué diremos de las demas clases de obras amenas en que tropezamos con inconvenientes tan serios como los que dejo anotados? Trabajos hechos en algunos minutos y dados luego á la estampa no podian ménos de resentirse de defectos más ó ménos graves, en especial en la pureza de su estilo. Empero, el mayor obstáculo que presentan las composiciones amenas suele ser el chiste peligroso ó la frase chocarrera, que muchas veces tienen su origen en la poca cultura y menor delicadeza del autor, que por tales medios procura grangearse nombradía. Bien se puede comprender por lo dicho cuánto mal causan á la hermosa lengua castellana tales libros. Desgraciadamente, Sres. AA., no es esta la única

inconveniencia que encontramos en los que se afician con poca cautela á la lectura amena. Uno de los principales daños que le acarrea, es que de tal modo pierden el gusto, que abandonan toda otra lectura útil y necesaria, viéndoseles no pocas veces correr desalados á saciar su sed de lecturas novelescas en los charcos cenagosos de un Dumas ó un Sué. Á muchos les sucede que una vez apegados á lecturas que halagan su imaginacion, olvidan completamente las que se dirigen á cultivar su inteligencia y les cuesta grandes esfuerzos de voluntad el separarse de los primeros y dedicarse á los segundos.

Paso ahora, Sres. AA., á presentaros con igual brevedad los peligros que hay tambien en las lecturas serias, esto es, aquellas á que se entrega el hombre con el objeto de profundizar alguna ciencia. Entre estas obras, las principales son : las filosóficas, las exactas y las históricas. Comprendeis, señores, que sería impropio de mi condicion y circunstancias el hablaros de la teología y de la jurisprudencia. En las filosóficas, la primera rémora con que puede tropezarse es la triste aficion de algunos á leer obras cuyos autores no comprendan á fondo la materia ; ó bien sostengan doctrinas erróneas, ya por espíritu de partido, ó por preocupaciones de escuela, ó tambien por pertenecer á épocas en que la ciencia de que tratan no estaba suficientemente adelantada. Por eso vemos, señores, que muchos hombres notables y á veces eminentes por sus talentos y erudicion, alucinados por sistemas poco seguros y cuya novedad halaga más su amor propio que lo que puede satisfacer sus inteligencias, manejan argumentos especiosos para rebatir las columnas incontrastables en que se apoya la Iglesia de Jesu-Cristo ; ó bien deducen consecuencias absurdas por los errores que encierra en contra de alguna verdad filosófica fundamental. Mirad sino los escritos de las escuelas filosóficas de la antigüedad, incluidas las de Sócrates, Platon, Aristóteles y Ciceron, imitador ó compilador de aquéllos, y vereis la exactitud de lo que llevo dicho. Registrad los de Spinosa, Condillac, Laménais, Cousin, y los de los demas filósofos de la revolucion francesa, y los de esa multitud de filósofos alemanes, cuyas obras pululan por todas partes, plagadas de teorías á cuales más absurdas, y vereis vosotros, católicos que os gloriáis de profesar la religion del Crucificado, las trascendentales consecuencias que tienen su origen en sólo haber leído tales libros.

Otra piedra de escándalo que se opone á nuestro paso, es la demasiada lectura y menor consideracion que se acostumbra á poner sobre lo que se lee. Lo primero podria á lo más hacer un erudito, pero jamas un sabio ; acompañad lo primero con lo segundo, y tendreis un erudito y un sabio. Muchos hay por desgracia que no opinan así ; y miden su ciencia por los volúmenes que han devorado y el mayor número de hojas que éstos contenian.

« Non multa sed multum » ; he ahí una frase que no tanto por haber sido trasladada á todos los idiomas, cuanto por la verdad experimental que encierra, merece el nombre de adagio : pues bien ; este adagio, ó lla-

madle como querais, se opone diametralmente á la doctrina de los que afirman que la verdadera sabiduría consiste en leer y leer, sin entender casi siempre lo que se lee. Todos los hombres sensatos están de acuerdo en que el modo de aprovechar la lectura es reflexionar, meditar y raciocinar sobre lo que ocupara ántes la atencion del lector. El eminente filósofo español Jaime Bálmes usa de un símil muy oportuno en confirmacion de lo que vamos diciendo: « La lectura, dice, es como el alimento: el provecho no está en la proporcion de lo que se come, sino de lo que se digiere. La lectura debe ser atenta, pausada, reflexiva; conviene suspenderla con frecuencia para meditar sobre lo que se lee; así se va convirtiendo en sustancia propia la sustancia del autor; y efectúa el hombre en su entendimiento un acto semejante á las operaciones tan sabiamente preparadas por la sabiduría del Creador, para la nutricion del cuerpo. » Hasta aquí el autor ya citado.

El tercero y último inconveniente que ofrece la lectura semanal sistemada, es el de leer las objeciones que se hacen á tal ó cual doctrina; sin haber ántes profundizado la cuestion impugnada y sin haberse hecho bien cargo de las razones con que se demuestra su verdad y sobre todo sin haber estudiado bien su definicion, están como en gérmen todas las pruebas que el hábil lógico sabrá luego desarrollar convenientemente. Digo, señores, que este es un gran escollo en que se estrellan los que creian ir viento en popa, á vela llena por el anchuroso mar de la ciencia. Esta es la causa por qué con tanta frecuencia vemos á tantas jóvenes inteligencias extraviarse lamentablemente por haberse entregado incautas á las lecturas de libros que la Iglesia con alta prevision les habia prohibido. Es ésta, si no la única, á lo ménos la más universal causa de que se vean en nuestros tiempos tantos impíos que, á haber sido bien dirigidos en sus lecturas, hubieran sido, á no dudarlo, brillantes defensores de la verdad y tan dóciles como piadosos hijos de la Iglesia.

Por lo que toca á las ciencias exactas, cierto es que ofrece ménos peligros su estudio que el de las otras, pero algunos ofrece; querer sujetar la moral á la exactitud matemática; hacer depender los hechos humanos de tales ó cuales cálculos, llamados de las probabilidades; entregarse de tal suerte á su estudio que sea completamente absorta por ellos la mente, embebiéndose en sus cálculos hasta perderse en lo más alto de los cielos sin descender á la tierra donde tiene sagrados deberes que cumplir, es un peligro, Sres. AA., que nunca ponderará bastantemente la conciencia más escrupulosa.

Paso por fin á los estudios históricos, donde se hallan los mayores y más numerosos peligros, así por el gran número de obras de esta naturaleza que se han escrito, como por la facilidad con que todos comprenden y se dedican á esta clase de lecturas. Allá en el santuario de las ciencias filosóficas, pocos penetran; y son aún muchos ménos los que pueden llamarse con razon sus sacerdotes; pero ¿quién hay que no comprenda y no guste del cuento y de la historia, sobre todo si el autor

ha sido bastante hábil para aumentar su interés con los atractivos de una dición galana, chistosa y elegante. Sólo en la Francia se han impreso á millares compendios históricos, con el preciso y abominable objeto de corromper la juventud, falseando torpemente los hechos. Ni es esto sólo en Francia, ¿no se ha dicho de Castelar que hace la Historia? Pero me abstendré de citar nombres de autores; diré mejor, Sres. AA., y permitidme la expresión, de corruptores de la Historia. Lo cierto es, que aún los que de buena fe buscan la verdad, con mucha dificultad la encuentran; y si la encuentran en ciertos puntos de grande importancia, es debido precisamente á los esfuerzos que se han hecho para ocultarla. Citaré un solo hecho que por su importancia he preferido á los muchos que podrían alegarse. ¿Qué historia hay que no hable de los escándalos y licenciosa conducta del tristemente célebre Alejandro VI? Y no obstante, Sres. AA., el sabio dominico Oliver, en dos gruesos volúmenes, ha hecho ver la falsedad de tan enormes cargos, la indignidad con que los han hecho los primeros que los escribieron y la facilidad con que los creyeron los que los han seguido. No soy yo, señores, quien formó tan desventajoso juicio de la Historia escrita en nuestros tiempos. El conde de Maistre, cuya autoridad está al nivel de su ciencia y de su probidad, generalmente reconocidas y acatadas, ha dicho que la Historia, según se la escribe en nuestros tiempos, es una « constante conspiración contra la verdad », ¿y no estamos viendo nosotros mismos que aún en los estrechos límites de un estado ó de una provincia, y aún más de una ciudad, nos cuesta averiguar con exactitud hechos contemporáneos? No puede ser, señores, de otra suerte, desde el momento en que la secta hoy dominante y la impiedad, su más activa cooperadora, han declarado guerra sangrienta y sin tregua á la Iglesia de Jesu-Cristo, depositaria de la verdad religiosa; y como la historia de la Iglesia está íntimamente ligada con la historia de todos los pueblos, cuya prosperidad y verdadero progreso data desde el momento que en sus destinos comenzó á influir la fe con sus luces y la caridad cristiana con sus obras de misericordia, era menester para ofender á esa gloria, para hacerla odiosa, para eclipsar su brillo y neutralizar su benéfico influjo; era menester, repito, desfigurar los hechos verdaderos é inventar otros, que no tuvieron lugar más que en fantasías tan prevenidas como las de los prevaricadores de la verdad. En los tiempos venturosos de la Edad Media no se veía esto, porque entónces todos los hombres creían sinceramente y profesaban la fe por la cual derramaron su sangre los innumerables mártires de la verdad. Pero los siglos que les sucedieron estaban revestidos de un carácter impío, inmoral y revolucionario, y era necesario combatir á la institución santa que rechazaba la impiedad, la inmoralidad y la revolución. Adulteraron, pues, los sucesos, y luego hicieron sobre ellos los comentarios que eran del caso y sacaron las consecuencias que les dictaban su odio á la Iglesia, es decir, pusieron á la severa lógica al servicio del error y de la mentira.

Mucho mal hicieron; ofuscaron muchas inteligencias; torcieron muchas voluntades; pero no consiguieron zafar los fundamentos de granito sobre que está sentada la colosal y eterna fábrica de la Iglesia de Jesu-Cristo; jamás podrá el hálito pestífero de esa doctrina perversa empañar siquiera el divino faro, que en el mar borrascoso de los errores del siglo alumbra el derrotero que ha seguido y seguirá siempre la esposa del cordero inmaculado, porque la sangre de Cristo derramada en el Calvario le anima, la vivifica y le da valor y fuerzas para salir vencedora en todos sus combates.

Acabamos de ver, suscintamente, Sres. AA., algunos de los principales inconvenientes que puede acarrear á un lector poco ilustrado la lectura de libros amenos y sabios; pasemos, pues, ahora, á fuer de lógicos, á señalar brevemente los medios de evitar en nuestras lecturas los peligrosos escollos de que acabo de hablaros y de que está sembrado nuestro camino. Son una consecuencia legítima de lo que acabo de decir. La mayor parte de los remedios que voy á indicar, son, por decirlo así, contradictorios de los escollos que habeis visto conmigo; y tienen que ser así, porque, como bien sabeis vosotros, si una proposicion es falsa, su contradictoria debe ser verdadera, buena y conforme á los principios de la sana filosofía. La mejor regla que hemos de seguir para salvar los abisinos en que perecen los aficionados á leer y leer sin fijarse ni siquiera en el nombre de los autores de sus obras, es consultar á las personas prudentes y versadas en la materia. Descenderé en particular y haré algunas aplicaciones. Los peligros que encontramos en los libros amenos eran tres: inmoralidad en el fondo, falta de arte en la forma y el aliciente que ofrecen tan poderoso nos pone en el serio peligro de perder el gusto á otra clase de lecturas más importantes. Elíjanse, por lo tanto, sobre todo en los años juveniles, autores clásicos en la forma y sanos y verdaderamente eruditos en el fondo. Y he dicho, señores, que este debe ser nuestro cuidado sobre todo en los primeros años, por tres razones poderosísimas, confirmadas por una larga experiencia: es la primera, la profunda impresion que hacen en nuestro ánimo las primeras ideas y los primeros conocimientos que obtenemos, ya sea porque están entónces más vigorosas nuestras facultades, ya sea porque no se encuentran preocupadas. De aquí el célebre dicho de Horacio, no ha mucho citado desde este lugar á semejante propósito: «Mucho tiempo conserva la vasija el olor del primer licor que en ella se infundió.» La segunda razon, es la falta de recursos con que cuenta una inteligencia jóven para refutar el error, y la preferencia que éste obtiene por desgracia sobre la verdad cuando ha sido el primero en ocuparle. La tercera, mira particularmente á la forma, porque el estilo del lector se adapta por lo comun al de aquellas obras que hicieron su encanto en las primeras épocas de su vida. De aquí que los educados en cortes ó que han tratado con gentes de alto rango, usan por lo comun de un lenguaje que no sa-

be imitar el campesino, aunque posea en la materia más vastos conocimientos.

Por lo que toca á la lectura sabia, es tanto más fácil dar consejos cuanto difícil seguirlos; no porque en sí lo sean, sino por ese prurito de saber mucho de una vez, de saberlo todo, si posible fuera, olvidando el sapientísimo refran latino y castellano « Pluribus intentus, minor est ad singula sensus. » « Quien mucho abarca, poco aprieta. » Sin pensar he señalado ya uno de los medios de hacer provechosa la lectura sabia, á saber: leer poco, de pocos autores pero escogidos; pero sí, meditar mucho sobre lo que se lee. Acabamos de decir con el célebre Bálmes que la salud no va en proporcion de lo que se come, sino de lo que se digiere; y lo mismo podemos decir exactamente de la lectura. Sea el segundo medio estudiar ordenadamente las materias; no hay cosa, Sres. AA., que más contribuya á la claridad de las ideas, que el orden de arreglarlas en nuestra mente. Es esta una especie de biblioteca donde, por decirlo así, deben estar por orden colocadas las materias; y es esto tan cierto, que sólo los grandes y privilegiados talentos pueden hablar sin confundirse sobre asuntos diversos, y aún en la misma ocasion, como se dice de César, que dictaba al mismo tiempo varias cartas sobre varios y diversos asuntos. Sea el tercero no entrar á hacerse cargo de las dificultades hasta haberse poseido bien de la verdad de la proposicion impugnada. Nunca se inculcaria bastantemente este principio, pues apénas hay errores que cueste más arrojar de la mente que aquellos que se arraigan ántes que tomase posesion de ella la verdad que combatian dichos sofismas. Por eso, Sres. AA., apénas hay cosa más comun ni más funesta que las preocupaciones, es decir, opiniones que se han apoderado de la mente ántes de haber visto bien la cuestion de que se trata. El cuarto y último medio de aprovechar la lectura amena, es discutir sosegada y dignamente las materias con personas sensatas y que las posean á fondo, y seguir sus consejos acerca de los libros que debemos leer para empaparnos, por decirlo así, en las fuentes de verdadera ciencia, y poder ser verdaderamente sabios. Los grandes hombres, Sres. AA., y llamo grandes hombres á los que con razon se han merecido la admiracion de la humanidad, se han formado en las obras que pocas veces ó casi nunca registran nuestros eruditos á la moderna; como lo son los escritos de Santo Tomas, San Anselmo, San Gerónimo, San Agustin y muchos otros varones célebres por la santidad de sus costumbres como tambien por sus admirables talentos. Y lo que es más admirable, con sólo ellas se han refutado los errores que han pululado en épocas á que nunca llegaron aquellos grandes sabios. Recordad los nombres de Bosuet, Fenelon, Descartes, Leibnitz, Bálmes, Aparici Guijarro y otros muchos que sería largo enumerar, y vereis evidentemente que los hombres más profundos en la ciencia la han ido á beber en los santos ántes nombrados.

Leamos, pues, señores, en primer lugar lo necesario, y en segundo lugar lo útil y por último lo ameno; lo necesario, porque debemos cono-

cer nuestros deberes, lo útil porque es justo que hagamos más llevadera nuestra condicion sobre la tierra y que ayudemos á nuestros hermanos; en fin, lo ameno porque exigen nuestras potencias un honesto descanso y porque la lectura amena contribuye tambien á hacer trato más amable y más urbano. La lectura sabia, por más mediano que sea nuestro talento, nos hará aptos para servir á la patria en el puesto que nos señale; con lo útil podremos hacer bien á nuestros conciudadanos, y con lo ameno nos proporcionaremos á nosotros y á los que nos rodean gratos é inocentes momentos de solaz.

No se me oculta, Sres. AA., cuán inferior he quedado á la altura de mi tema; era vastísimo, rico é interesante; por cualquier punto de vista que se le tomase ofrecia abundantes materiales así al literato como al filósofo, así al retórico como al naturalista y aún al jurista como al político; pero nunca pudo la mente de la direccion exigir de un principiante, lo que apenas habria tratado cumplidamente quien contase con conocimientos muy superiores á los míos. Digo esto, no tanto por escusarme, como por refrescar la memoria de los motivos que teneis para ser conmigo indulgentes.

He dicho.

ANTONIO J. LEJARZA.

Elogio de Alarcon (1)

Señores Académicos :

Quando fijo mi atencion en la escasez de mis fuerzas y en el honor inmerecido que me otorgais, permitiéndome ocupar este condecorado asiento, donde tantos de nuestros queridos y nobles colegas recibieron merecidos lauros por el desempeño feliz y brillante de las tareas que les confiásteis, mi ánimo desfallece y se cree impotente para corresponder á vuestras dignas esperanzas. No negaré, sin embargo, que al tender mi vista sobre el vasto horizonte de la literatura castellana, y considerando me haya cabido el honor de ser el panegirista de uno de sus genios inmortales, que levantándose de entre los frondosos bosques de la vírgen América, llamó la atencion del mundo civilizado por sus admirables producciones, he sentido palpitar mi pecho con una desusada alegría, y juzgué ser ménos pesada la carga que habeis impuesto sobre mis hombros. Porque ¿quién no se siente animado y aún movido de un profundo respeto y de una religiosa admiracion al pronunciar el solo nombre del renombrado poeta y eminente dramático D. Diego Ruiz de Alarcon?

(1) Leido el día 19 de mayo del año 1878.

Contando, pues, con vuestra benevolencia, que espontáneamente se previene en favor de un compatriota nuestro, de un vástago ilustre de nuestra felicísima region, por cuyas venas ha corrido la misma sangre que vigoriza nuestra existencia, voy á manifestaros brevemente que sus obras dramáticas presentan al atento observador un carácter peculiar eminentemente moral y filosófico, único sin duda entre los vates ilustres del mas rico teatro de Europa.

Cuando el atento filósofo, Sres. AA., tiende su mirada generalizadora sobre aquellos tiempos de gloria para el teatro español, tan respetado siempre por las demas naciones, y lee escritos en su vestíbulo los nombres de Lope de Vega, Calderon de la Barca y Tirso de Molina, siente en su pecho un secreto y vivísimo placer cual es el del entendimiento al encontrar la verdad, y el de la voluntad al hallar el bien con tanto anhelo apetecido; parécele entónces que el teatro ha llegado al *máximum* de la perfeccion literaria, tocando con su frente la cumbre de la gloria. Digo esto, Sres. AA., porque en aquellos felices tiempos, tiempos dorados de la literatura castellana, brillaba el chistoso Moreto por su gracejo urbano y donaire inimitable; sobresalia Calderon por la felicidad de la trama y admirable combinacion; descollaba Lope de Vega por los vuelos atrevidos de su ardiente fantasía, por su extraordinaria facilidad, y por la fecundidad asombrosa de su inagotable vena; brillaba Tirso de Molina por su entonación robusta y por su gracia maliciosa; y cual si no fueran suficientes estos astros de primera magnitud á iluminar el cielo de aquella brillante escena, todavía vemos despedir rayos de vivísima luz de la pluma de Rójas, Mira de Mescua, Montalvan, Guillen de Castro, Mendoza y otras de indisputable mérito y reconocida reputacion.-

Sin embargo, Sres. AA., el drama, esa composicion destinada á conmover vivamente el corazon por medio de la agitada lucha de las pasiones, de intereses encontrados y las más veces opuestos, productos de situaciones complicadas é interesantes, era en verdad un árbol majestuoso que habia levantado su copa hasta las nubes, pero que no habia sufrido el filo de la crítica; y aunque extendia sus ramas por Madrid, Valencia y otros puntos, vencidas por el peso de ópimos y abundantes frutos, no siempre eran éstos maduros y sazonados.

Allí se encontraba en confusa mezcla el elemento griego con el latino; allí se hallaba confundido lo patético, lo sentimental, lo triste con lo raro, lo ridículo y lo extravagante: la grandeza, la magnificencia, la sublimidad de Sófocles con el gracejo, el chiste y el donaire de Plauto: en una palabra, sin distincion de argumentos se hallaba en combinación confusa la grandeza y la pequeñez, la nobleza y la esclavitud, el dolor y el placer, el llanto y la alegría, la verdad y el error, lo sagrado y lo profano, las edades bíblicas con las edades medias; de modo, Sres. AA., que faltaba algo que caracterizara aquellas composiciones, algo peculiar á los asuntos, algo que diera á la comèdia el carácter de tal, y al drama la seriedad y la gravedad que exige; y esta feliz trasformacion,

señores, se debe al dramático Ruiz de Alarcon, cuyas comedias están incluidas con todas entre las comedias de carácter. Aún hay más, Sres. AA., los dramáticos no ambicionaban otra gloria que agradar; el nombre de filósofos moralistas y maestros de los pueblos se desdeñaba en cierto modo; creyendo que la enseñanza moral era inseparable de la enseñanza religiosa, tomando sólo este carácter moralizador cuando la doctrina dimanaba espontáneamente del asunto como en los autos sacramentales; de modo que la comedia moral, esa composición tan á propósito para inculcar en el corazón del hombre sublimes máximas, rara vez tenía lugar y se moralizaba más bien por casualidad que de intento; el drama era una novela caballescaca, donde el caballero adoraba á su Dios, á su honor, á su rey y á su dama; y como no siempre las exigencias del honor y de la galantería guardan perfecta armonía con las leyes de la moral y el Evangelio, de aquí que aparecían las más veces en la escena composiciones que ofendían los oídos de las personas honestas. No niego, Sres. AA., que apareció sobre las tablas con frecuencia el drama cuyo fin es corregir las costumbres con la burla y la risa de los vicios; pero aseguran nuestros críticos contemporáneos que ni Lope de Vega, ni Calderon de la Barca, ni Moreto, ni Tirso de Molina, ni los que siguieron su escuela se dedicaron jamás con preferencia á la comedia moral, que no reservaban para ella sus mejores galas; de modo que un hombre oscuro entónces, dominado por sentimientos nobles y cristianos, hizo por ella lo que no hicieron tantos genios, y este hombre que preparó desde España el advenimiento del grande trágico Molière, fué D. Diego Ruiz de Alarcon.

Él fué, por tanto, Sres. AA., quien desterró del drama español el gracioso y el bufon, tan antiguo que desde los más remotos tiempos literarios rara vez faltaba en las representaciones; gracioso tan contrario al clasicismo; Alarcon fué el que levantó á una altura extraordinaria de moralidad el género dramático.

Considerad ahora, Sres. AA., si faltaba algo para que el teatro pudiera llamarse con toda razon la escuela de costumbres, la llave de los corazones, la antorcha que ilumina; Alarcon lo vió; y apesar de que el camino que iba á emprender estaba sembrado de punzantes espinas y escarpadas rocas que más de una vez le habian de detener en su gloriosa empresa, no titubeó un solo instante y comenzó su obra escribiendo dramas morales de los que pudiera el pueblo sacar copiosos frutos. Por donde infiero que Alarcon, á la vez que procuraba agradar en sus dramas, pretendía tambien moralizar á los hombres, *Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci*.

Por desgracia la vida de este grande hombre nos es poco conocida por el culpable y general descuido de los españoles; pero si es verdad que por los frutos se reconoce el árbol, hemos de inferir con toda certeza que el modesto autor de la «Verdad sospechosa» debia abrigar en su corazón muy nobles sentimientos. Mas Alarcon no creyó suficiente dar á

sus obras aquel nuevo carácter que había de grangearle tanta gloria en el fallo de la posteridad; no quedaba satisfecho con empapar sus escritos en las puras y cristalinas fuentes de la religion cristiana; en sus nobilísimos deseos aspiraba á algo más que á escribir una obra acabada en literatura y moral; era su blanco que quedase hondamente grabada la verdad en el entendimiento, que se morigerasen las costumbres y produjesen sus doctrinas en los castellanos corazones las flores de las virtudes cristianas; de modo que sus obras, impregnadas todas en la moral más severa, forman un verdadero tratado de filosofía práctica: ¿lo dudais? Seguid conmigo á pasos de gigante su mente creadora y saldreis convencidos de que el Alarcon que moraliza es el Alarcon que verdaderamente enseña. El poeta se considera como Mentor, que ha recorrido los caminos de la vida, que ha sufrido terribles contratiempos, que conoce los precipicios y no se le ocultan los punzantes escollos; recibe al jóven inexperto bajo su mano y se le ve mostrando una por una las mudanzas de la voluble fortuna, los frutos del placer y el sufrimiento de que están sembrados los caminos de la vida. Él le dice lo que debe hacer para ser feliz y lo que debe evitar para ser sabio. Sale al encuentro del viajero que al entrar en el santuario del libre uso de su razón queda sorprendido al ver el vicio, la perversidad y la degradacion sentadas en el tribunal augusto fallando contra la virtud, las bellas inclinaciones, la inocencia y el candor: y para templar este mal concepto que formó de los humanos, al ver el mérito pospuesto y la medianía ensalzada, le presenta un cuadro de las varias combinaciones de la muerte en la inimitable comedia «Todo es ventura»; mas no basta esto al hombre; es necesario que no desmaye; es preciso que su corazon ambicione honores y dignidades, pero legítimamente adquiridos; no se le puede abandonar en el triste pensamiento de que todo acontece porque así lo quiere la suerte; debe conocer que hay un arte tambien de elevarse sin que tan solo intervengan los medios del ciego destino, para esto pone en sus manos la comedia de tanto precio en las sociedades cultas «La industria y la suerte», donde la advierte que la primera talvez supera en fuerzas y agilidad á la segunda; ya supone el dramático que el jóven ha conseguido el bien que tanto ambicionaba ¿qué resta? parece que no necesita más; sin embargo, Alarcon pasa más adelante y le advierte que los bienes de este mundo son pasajeros, más que la niebla que se disipa al ímpetu del huracan en el espacio; son ménos permanentes que los copos de espuma que va deshaciendo la ola, son fugitivos más que la sombra que desaparece acosada por los rayos de un sol de fuego; «Los favores del mundo», comedia tan célebre, tiene consignada esta bellísima leccion. Combate ademas los vicios del apetito ciego, en la comedia titulada «Antes que te cases, mira lo que haces»; el interes personal, el egoísmo más refinado, la negra ingratitud, la vil calumnia y la mentisa encuentran un terrible enemigo y un severo censor en los dramas «Mudarse por mejorarse», «La prueba de las promesas», «Las paredes oyen», «El desdichado en fingir»;

de modo, Sres. AA., que los rargos característicos del señor Alarcon son, una vez más, la moralidad y la filosofía.

Creo que he dicho bastante en favor de un hijo de nuestro suelo: pero si no fuera aún suficiente, puedo añadir todavía la fama y renombre que ha conseguido en el extranjero; fama y renombre que lo tienen á la altura de los mejores dramáticos del mundo civilizado; pudiendo asegurar que el mismo Molière, en el *Misántropo* y en el *Avaro*, composiciones que le han dado un honrado puesto entre los pueblos cultos, no se desempeñó con tanto acierto como Alarcon en su composición «El maldiciente y el mentiroso».

Por fin, como resultado de la lectura de alguna de sus obras, me creo en el deber de confesar que el señor Alarcon se hallaba dotado de un entendimiento vasto y de una fantasía creadora; de modo que estas felices disposiciones, esa actividad apenas interrumpida, debiera sufrir los defectos naturales del cuerpo, que por ser corto de talla y algun tanto giboso, sirvió en cierto modo de burla á sus poco caritativos, si no envidiosos contemporáneos.

Parece, Sres. AA., que no encontrando poderosos motivos para tacharle en las composiciones, frutos exclusivos de su fecundidad, lanzaban amargas sátiras sobre los defectos de su cuerpo, cual si le fuese dable corregir lo que ya por naturaleza habia recibido.

Oid lo que de él decia don Juan Fernandez:

Tanto de corcova atrás
Y adelante Alarcon tienes,
Que saber es por demas
De donde te corcovienes
Ó á donde te corcovás.

De las tres décimas que le compusieron satirizándole, sólo transcribiré dos, la una del chistosísimo Quevedo y la otra de Góngora.

Dice así Quevedo :

Yo ví la segunda parte
De don Miguel de Vanegas
Escrita por don Talegas
Por una y por otra parte;
No tiene cosa con arte,
Y así no quedó obligado
El señor adelantado
Por carta tan singular,
Sino á volverle á quitar
El dinero que le ha dado.

De Góngora :

De las ya fiestas reales
Sastre y no poeta seas,

Si á octavas como libreas
 Introduces oficiales.
 De agenas plumas te vales
 Corneja, ¿desmentirás,
 La que adelante y atrás
 Gémina concha tuviste?
 Galápagó siempre fuiste
 Y galápagó serás.

Y ¿quién no siente, Sres. AA., en su corazón una profunda tristeza al contemplar que un hombre de tan raras prendas como Alarcon, y á quien tanto debe el teatro español, fuera mirado con profundo desprecio y más bien como un objeto de sarcástica burla?

¡No importa, no! talvez tú fuiste desgraciado para que se imprimiera en tu noble frente el sello del infortunio, símbolo de casi todos los hombres grandes; echemos una rápida ojeada sobre la historia de los siglos que pasaron y que hoy yacen envueltos entre el polvo del olvido, y encontraremos en sus primeras páginas ¡ojalá que no lo estuviera! escrito con caracteres indelebles el nombre glorioso de Cristóbal Colon, descubridor de la joya más preciosa con que se adorna el mundo, muriendo desgraciado en una oscura y tenebrosa cárcel, sin tener más lecho donde reclinarsse que el desnudo suelo, ni más luz que un rayo melancólico de la luna, que, compadecida de su desgracia, le enviaba por entre las aberturas de la férreas puertas de su cárcel, de esa luna á quien habia contemplado tantas veces, cuando reflejaba sus lánguidos ojos en la superficie cristalina de los mares, de ese astro hermoso que consuela al afligido y que habia sido su amable compañera en las largas noches de navegacion.

Si continuamos, encontramos á un Napoleon Bonaparte, que con el solo trueno de su voz hacia temblar á la vieja Europa, mirando deshecha su pujanza como se deshace la ola al estrellarse contra los duros peñascos de la isla de Santa Elena, que tuvo la gloria de servirle de sepulcro.

Pero apartemos nuestra vista, Sres. AA., de estos cuadros que desgarran el corazón más duro y fijémosla por un momento en el pueblo feliz que le sirviera de cuna.

Hermosa Tasco, eres feliz entre las ciudades americanas; en tu seno vió la primera aurora el gran Alarcon, entre tus deliciosas praderas y murmuradores arroyuelos se deslizó su infancia, en tus sombríos y frondosos bosques encontró la poesía que adorna sus obras, y al mirar tu hermoso cielo cubierto por leves nubecillas levantó su mirada más allá del firmamento y contempló en su corazón la grandeza del Creador: tú puedes orgullosa decir á la faz del mundo entero que albergaste en tu seno á un Alarcon, á ese poeta capaz de amansar con los acordes de su lira á los más fieros leones de los africanos desiertos.

No quiero terminar mi discurso, Sres. AA., sin recitar un hermoso tro-

cito de su tan celebrada comedia «La verdad sospechosa», en que don Beltran, padre de García, reprende á su hijo el vicio que tiene de mentir
Dice así:

Don Beltran — Sois caballero, García
« García — Téngome por hijo vuestro
« Beltran — Y basta ser hijo mio
Para ser vos caballero.
« García — Yo creo, señor, que sí.
« Beltran — Qué engañado pensamiento!
Solo consiste en obrar
Como caballero el serlo!

¿Quién no admira la claridad, fluidez y sencillez de estilo? ¿quién no descubre en estos versos el talento del poeta?

Al terminar, Sres. AA., la disertacion con que os habeis dignado honrarme, siento latir mi corazon á un impulso de un placer inexplicable, no porque me encuentre satisfecho del modo con que he desempeñado la difícil tarea que supísteis encomendarme; sino porque abrigo la profunda conviccion de que he hecho todos los esfuerzos que han estado de mi parte para elogiar cual lo merece este excelente poeta, digno por cierto de mejor suerte, y cuyas obras no morirán miéntras haya en el mundo literato de buen gusto. Confieso que en la serie de mis argumentos y en el modo de presentarlos, habreis echado de ver muchos lunares; atribuidlos, Sres. AA., á mi inexperiencia, pero de ninguna manera á la falta de ingenio del poeta cuyos méritos ha tenido bien presente la justiciera posteridad.

MARTIN RODRIGUEZ.

Sobre las bellezas poéticas de la Biblia (1)

Fecundos han sido, sin duda, Sres. AA., y sobremanera importantes los temas que hasta el presente se han desarrollado desde este condecorado lugar; los nombres mas célebres que han figurado en el teatro de las letras, han encontrado en cada uno de mis colegas un elocuente panegirista; pero estos colegas veian en lontananza sus nobles esfuerzos coronados por un fin feliz y lisonjero, porque iban apoyados por el doble y eficaz concurso de un ingenio esclarecido y una completa seguridad en el terreno que investigaban; yo, al contrario, siento vacilar mis débiles fuerzas ante la grandiosidad del asunto que se me ha encomendado; páreceme que mi ingenio va á quedar yerto de admiracion, y desalentado

(1) Declamado el día 23 de junio del año 1878.

al poner su vacilante planta en los regios umbrales de ese sagrario suntuoso, que esconde bajo las anchurosas bóvedas de su recinto tantos misterios y bellezas, que abriga en su seno tantos secretos enigmáticos y profundos y la misteriosa solución de los problemas más enmarañados del linaje humano. Porque en ese gigantesco alcázar, Sres. AA., se hallan cincelados el principio del mundo y del hombre, sus revoluciones y vicisitudes, y se revelan entre las pavorosas sombras del porvenir, el fin del hombré y del mundo.

Vacilo, pues, al hojear las sagradas páginas de ese libro, precioso tesoro de las gentes, que no parece sino el ángel compañero de los tiempos que, batiendo sus alas sobre la humanidad que pasa, la mece en su cuna, la aconseja en su virilidad y la alienta en su vejez: canta sus glorias, llora sus desgracias, celebra sus triunfos, deplora sus derrotas, alaba sus virtudes, reprende sus vicios, ensalza su felicidad con himnos inmortales de loor y de entusiasmo, y lamenta sus desgracias con el plañidero acento de la elegía. Sin embargo, Sres. AA., confiado por una parte en vuestra jamás desmentida benevolencia, y alentado por la inmensa fecundidad del tema que me cumple desarrollar, espero que podré presentaros, aunque sea una sombra lejana y débil de lo que es la poesía de esa obra sagrada, gérmen de todo lo bello y sublime, y reina imperecedera de los vergeles literarios.

Para mayor facilidad en su desarrollo, voy á tratar de reducirla á un determinado género de poesía, á la epopeya; empresa verdaderamente arriesgada, pero necesaria para un ingenio que, como el mio, no se siente con fuerzas para abordar las inmensas dificultades de su cometido.

En efecto, Sres. AA., siendo la epopeya el género más vasto y sublime que se registra en los anales de la poesía, y obligado por su naturaleza á celebrar las hazañas de un héroe portentoso, observamos ya que la sagrada Biblia, ni en la eleccion de su héroe, ni en la grandiosidad de sus formas, cede el puesto de honor á ninguna epopeya conocida hasta ahora. Porque ¡asombraos, Sres. AA.! el héroe de la gran epopeya bíblica es nada ménos que el pueblo hebreo, en quien están simbolizados todos los pueblos del universo; allí vemos á esa humanidad, gloriosa unas veces, desgraciada otras, luchar con valor y denuedo, ya venciendo con bizarría, ya cayendo bajo el enorme peso de su debilidad; ora encumbrándose hasta lo sublime, ora abisniándose en los senos de la nada. Nace hermosa y risueña en los primeros albores del mundo, como las primeras brisas que mecieron las flores, como es hermoso y risueño el primer sol de la patria, que vuelve á alumbrar tras los largos años de una amarga ausencia la pálida frente del proscrito: brota llena de galanura y poesía de las manos del Creador, y su existencia se desliza dulce y apacible en la aurora de la vida en un paraíso de encanto y de delicias, como es apacible y dulce la mansa corriente del arroyuelo que, murmurando se desliza sobre un mullido lecho de olorosas flores.

Mas vino un dia fatal, dia de luto y desolacion, en que el genio de la

desgracia batió sus pavorosas alas sobre aquellas moradas de paz y felicidad : dia aciago, en que se trabó en la inmensa lid del mundo la primera lucha entre el bien y el mal; en que el hombre, inocente aún, tropezó con el primero de los nudos que tenía que desatar en su gigantesca peregrinacion por los tiempos. El mal se presentó falaz, engañoso; el bien, inocente y débil, lucharon un momento, y, ¡oh dolor! resonó por los ámbitos del espacio un grito aterrador : en el cielo se oyó la primera protesta de indignacion : rodó sobre las llórosas pupilas del hombre caido la primera lágrima de dolor y amargura, y en las cavernosas regiones del averno, resonó el primer ahullido de triunfo y de victoria.

¿No es este uno de los más sublimes pasajes que darse puede en el trascurso de una epopeya? ¿Se pueden comparar acaso las desgracias del pio Eneas, por más grandes que hayan sido, con esa horrenda catástrofe, cuyas consecuencias sin fin deplora aún la humanidad entera, agitándose desesperada en el inmenso lodazal de sus males?

¿Y quién no contempla yerto de admiracion esas imágenes tan encantadoras como sublimes que vislumbramos en las más sencillas expresiones del historiador sagrado? ¿Esas imágenes que nos presentan á un Dios, á cuya potente voz, á cuyo sublime *fiat*, surge un mundo esplendoroso de los vacíos senos de la nada; tachónanse de diamantinas estrellas las azuladas bóvedas del firmamento; rueda por los anchurosos espacios del firmamento el astro esplendoroso del dia, desprendiendo á su paso sobre mil mundos que giran en su derredor los vivificadores rayos de su lumbré: se pueblan de peces los mares, de aves los vientos, de flores los campos? En las otras epopeyas se nos presentan imágenes ficticias y pasajeras, trazadas en la mente de sus autores por la engañadora fuerza de una imaginacion acalorada; aquí las vemos reales, grandiosas, encumbradas, no en la esfera de lo posible, sino en los campos de la realidad, por el vigoroso impulso de un ser infinito que todo lo puede, que todo lo sabe.

Pero sigamos los gigantescos vaivenes de esa humanidad, héroe de nuestra epopeya, desterrada del seno de su felicidad y obligada á vagar triste y solitaria, sin rumbo y sin camino por los mares turbulentos de la vida, expuesta á los azares sin cuento de una vida caprichosa: sigamos leyendo los grandiosos cantos de esa epopeya bíblica, y tropezaremos desde luego con los primeros datos para resolver ese problema misterioso, que no se va aclarando por el continuo roce de los tiempos que pasan y de los hombres que mueren, y cuya incógnita se ha de descifrar cuando el último de los hombres sienta caer sobre sus helados restos la fria losa de la tumba, y el último sol se hunda en su ocaso para nunca más dorar las jaspeadas colinas del Oriente.

Habla Dios á sus infieles hijos, reprende su negra ingratitud; y para consolarlos en su desgracia, les muestra en el cielo de su porvenir una estrella de esperanza y salvacion; les dice que una mujer perdió al mundo y que una mujer lo ha de salvar; he ahí el primer hilo de esa

trama sobrenatural, el primer dato de ese enigma, la primera esperanza que endulza la existencia del hombre.

Pero pasan las edades en pos de otras, como se suceden las olas del mar; pasan los tiempos felices del patriarcado, en que ancianos respetables de luengas barbas, inclinados ya bajo el peso de sus años, se sientan bajo la sombra gigantesca de una palmera secular, y allí infunden á sus hijos y á los hijos de sus hijos las sublimes y encantadoras máximas de su acendrada piedad, conciliando así esas dos ideas hermosas que jamas ha podido unir con estrecho vínculo el mezquino corazón del hombre; y de repente las furibundas cataratas del cielo son desatadas por las divinas venganzas, para que borren con sus torrentes arrasadores, de la faz del universo, el inicuo linaje de los hombres: ya parece que todo va á perecer, que el mundo no será sino un desierto sembrado de ruinas y muerte, cuando viene el Dios protector de nuestro héroe, y hace que un solo vástago, la única rama incorrupta del árbol de la humanidad, representada en el virtuoso Noé, sobreviva en medio de desastres tan desconsoladores y ruinas tan desastrosas.

Más adelante, el pueblo más libre del mundo gime bajo el yugo de los Faraones, y arrastra las pesadas cadenas de la esclavitud. Mas, viene un hombre cuyo genio esclarecido desbarata los planes del opresor egipcio, y rompe las cadenas que amarraban á su pueblo en el palenque de la tiranía. Huye el pueblo hebreo en busca de libertad, mas luego ve delante las caudalosas ondas de un anchuroso mar, y detras los vengadores ejércitos del airado Faraon: Ya todo está perdido, no hay remedio; todo un pueblo que se creía libre, volverá á gemir bajo las cadenas del viejo tirano. Pero se adelanta su heróico caudillo en medio del general conflicto, tiende su vara sobre las aguas, y éstas, obedientes detienen su vaiven eterno para dar libre y fácil paso al pueblo protegido, y apenas se internan los ejércitos enemigos, cuando la tremenda mole de las aguas se desploma sobre ellos, como se desploma sobre un cadáver helado la fria losa del sepulcro. Hé aquí una de las soluciones épicas más sobresalientes que registra el poema. En el intermedio de estos obstáculos, encontramos á cada paso hermosas narraciones, llenas de poesía y delicadeza, que se pueden considerar como graciosos episodios, donde se enlazan admirablemente la esperanza y la desesperacion, el llanto y la alegría, lo natural y lo divino, como luceros momentáneos que distraen con su brillo por un instante al curioso lector, para ir á confundirse luego en el inmenso espacio de su cielo iluminado.

Aquí vemos al protagonista de la grande epopeya hebraica representado por Moises, varon justo y santo, el más eminente de los legisladores y moralistas y entre los poetas el más eminente, entonar los sublimes cánticos que eleva al Señor en las arenosas playas del mar Rojo. Más allá, todo un pueblo alborozado por los prodigios de Aaron; y siempre y en todas partes se observa unido lo sencillo con lo sublime, las imágenes y comparaciones, las expresiones más humildes con las frases más subli-

mes de la más pomposa entonacion. « Cantemos al Señor, » exclama con la voz del entusiasmo y de la gratitud el sagrado poeta, « que arrojó al mar al ginete y caballero », y continúa con una sencillez que encanta. Mas súbito hace detener el vuelo de nuestra imaginacion sobre un espectáculo horrendo y aterrorador. Abren los abismos sus cavernosas fauces y tragan furibundos á los enemigos del pueblo de Dios; pero no se detiene aquí el cantor bíblico, sino que para expresar la misma idea pasa más allá de los fenómenos de la naturaleza, y nos presenta á un Dios que envia su ira sobre la tierra, devorando á todos sus enemigos como si fueran frágiles espigas que derrumba el vendaval: hé ahí al par que la imágen más grandiosa, la personificacion más perfecta y sublime que pudiera desear una imaginacion de fuego. Esta grandiosidad de imágenes, que á primera vista nos parece imposible, es maravilla que se explica cuando consideramos que sus escritores templan sus armoniosas jiras, no ya con el impuro aliento de mitológicas musas del Parnaso, sino en las dulces y perfumadas auras que embalsaman las suntuosas moradas de la misteriosa Sion.

Consideremos brevemente esta sublime máquina y veremos descollar la epopeya bíblica sobre todo lo demas que ha producido el ingenio humano. Á Eneas le dirige y protege la mitológica Vénus, creada por la exuberante facundia de los orientales. Ella le muestra el camino que ha de seguir para coronar gloriosamente los esfuerzos de su empresa; pero tiembla y se estremece al solo pensamiento de que otra deidad superior á ella se fuera á oponer al cumplimiento de sus planes: muchas veces preve los obstáculos más no basta su poder para aniquilarlos. En este pasaje, por el contrario, vemos al héroe extraordinario del sagrado libro protegido por un Dios omnipotente, á cuyo aliento vacilan los cielos, los montes tiemblan, los enconados mares detienen la estrepitosa furia de sus olas, se derrumban los peñascos, y las áridas peñas del desierto brotan fecundos raudales de deliciosas aguas, que vienen á mitigar la abrasadora sed de sus hijos prófugos y errantes. En epopeyas profanas observamos dioses efímeros, ficticios, sujetos á todas las pasiones que degradan al hombre, dioses, en fin, que sólo superan al hombre en los gratuitos nombres que se les prodiga. Mas, en la Biblia figura un Dios real, eterno, infinito, que subyuga todas las pasiones y reglamenta todo lo existente con la ronca voz del pavoroso trueno.

Pero no creais, Sres. AA., que los pasajes bíblicos carezcan de esa cualidad tan hermosa, tan esencial, que por sí sola constituye la belleza y el mérito de la poesía épica, la variedad. No creais que allí sólo se contemplan espectáculos que asombran, lances trágicos que nos abisman en un mundo de espanto y de admiracion. No creais que sólo se presentan á nuestra vista las venganzas de un Dios airado, los castigos de un Juez justiciero que se desploma sobre la humanidad, como las humeantes lavas de un volcan que, lanzándose sobre la tierra, siembran por doquiera el llanto y la desolacion. No, Sres. AA., no. La Biblia

es un cuadro sublime donde las venganzas de un Dios son templadas por las dulces y melodiosas canciones del arrepentimiento y de la expiación: donde al lado del trueno que muge, se oye murmurar silencioso y triste el arroyuelo que se desliza: donde las lágrimas de un pueblo que llora sus desgracias, colgando sus detempladas liras sobre unos sauces que no han sido mecidos nunca por las auras de su patrio suelo, son secadas por las dulces endechas de un trovador sagrado que les muestra en el cielo el anhelado faro de su hermosa libertad. Donde la desgracia encuentra un eco que le calma y el pesar un consuelo; donde se nos dice que el hombre es:

Temprana flor que con heladas frías
 Párase mustia y dáñala el sereno;
 Huye como las flores y en porfías
 De continua mudanza siempre ajeno,
 Del estado de ayer en el de hoy crece
 Y jamas en el mismo permanece.

¿Y quién no siente conmoverse el corazón, quién no ve con los ojos de su imaginación la soledad y el llanto que se hubieran posado sobre los solitarios muros de Jerusalen, cuando sus hijos fueron arrancados del seno de sus hogares para ir á lejanas tierras á beber la amarga hiel del cautiverio? ¿Quién no confiesa la sublime ternura de Jeremías, que parece representarnos á un ángel compasivo que, sentado allá en medio de los ya tristes y solitarios bosques del Paraíso, llora la ingrata suerte del hombre arrojado para siempre de su delicioso seno, cuando exclama lamentando sus pesares:

Lloran desconsoladas
 Las calles de Sion, porque en el día
 De más solemnidad se ven desiertas.
 Sus puertas derribadas:
 Gimen sus sacerdotes y á porfía
 Llorando van sus vírgenes cubiertas
 De luto y de amargura
 En duelo y desventura
 Sumergida Sion: sus enemigos
 En opulencia: con poder y mando
 Sus émulos: y aún manda más castigos
 Jehová, sus maldades igualando,
 Y en triunfo al delicado y tierno infante
 Cautivo el vencedor lleva delante.

¡Qué sublime poesía se trasluce en estos versos y cuán hermosas al par que tristes y desconsoladoras sus ideas! Ya no habrá en Jerusalen hijos que llorarán sus desventuras, porque todos habrán sido éxpatria-

dos y atados al carro del vencedor, y en su lugar. . . . lloarán las calles. Sus vírgenes, que ántes eran su encanto y alegría, hoy aparecen como las flores marchitadas por el aquilon, cubiertas por el sombrío velo del dolor y de la amargura; ni siquiera los inocentes infantes son perdonados, sino que los verdugos los arrancan del seno de sus doloridas madres y los arrastran tambien al cautiverio. Una patria que llora las desgracias conmovedoras de sus hijos queridos, las vírgenes que gimen con la ausencia de los seres mas queridos de su corazon: el dolor de una madre que llora sin consuelo la pérdida del pedazo de sus entrañas: hé ahí, señores, la meta que no es dado traspasar á ingenio alguno humano.

Pero hay más todavía. Moises nos presenta la historia de los albores del mundo en un estilo, cuya sencillez encantadora sobrepuja á la grandiosidad de sus imágenes y comparaciones. Job es el dulce cantor de las desgracias, que hace ver al hombre lo falaz y pasajero de los bienestares del mundo, y ya traslucimos en su maravilloso ejemplo uno de los primeros principios que muchos siglos despues habian de constituir la ley del cristianismo. Jeremías es el dulce ruseñor que canta en el seno de los sombríos bosques la triste soledad de sus moradas: el único que sabe igualar sus acongojadas lamentaciones con toda la realidad del sufrimiento; las lágrimas de su dolor son las penas de los hijos de Israel: las plañideras notas de su laud son los amargos ayes de sus cautivos compatriotas.

Pero no termina aquí, Sres. AA., la grandeza del enredo épico, cuyos primeros principios hemos venido indagando. Vemos tambien que todos ellos se encaminan á un mismo lugar, á un mismo objeto y dan, en una palabra, á la epopeya el carácter de unidad tan recomendado por los preceptistas en este género de composiciones. Y ante todo, observamos que la humanidad, cansada ya de sufrir vaivenes y tan continuos desengaños, dirige sus gigantescos pasos á una misma escena. Vemos despues que todos los tiempos se reflejan sobre sí mismos, para contemplar atónicos el primer desenlace de esa trama colosal que empezó con la caída del primer hombre: y en medio de la muchedumbre del pueblo hebreo; en medio de los tiempos que pasaron y de los que habian de venir, se levanta en la escarpada cima del Gólgota un madero ensangrentado, que ostentaba á la faz del universo entero, al Salvador del mundo: y al chocar contra el pié de ese sagrado madero, las enfurecidas olas de la maldad en que por tanto tiempo venía fluctuando la humanidad desgraciada, se desvanecen impotentes, como se desvanecen los nevados copos de espuma al chocar contra los inmobiles peñascos de la orilla. Y esa humanidad que cuando sucumbió bajo el primer halago del mal vertió la primera lágrima de amargura, hizo resonar en el espacio el primer grito de victoria y libertad, y allí tambien, ante ese mismo madero, hizo depositar al pueblo hebreo, que le representaba, el inmenso legajo de papeles que habia venido desempeñando desde el principio de los tiempos; para ser suplantado por otra generacion más dichosa, que heredó sus creencias,

se avalanzó á sus destinos y recogió su píngüe herencia. Desde aquel momento se convirtió de pueblo elegido en pueblo réprobo, de flor de las naciones en escoria de las gentes, y se ve arrojado al mundo sin norte ni guia, para que sea el escarnio de las generaciones, la vergüenza de la ingratitud humana y se presente á todos los siglos venideros como el tremendo fantasma del deicidio.

En la primera página de la Biblia leemos la caída del hombre seguida de una pròmesa que se cumplirá en el porvenir, y en sus últimas páginas leemos la regeneracion de ese hombre caido y cumplida la promesa. El último de sus cantares se puede considerar como el resumen de las principales empresas que tiene que llevar á cabo nuestro héroe, el más grande, el más titánico de los héroes, desde que redimido ya, parte desde la cima del Gólgota dirigiendo su marcha agigantada hácia el fin de los tiempos. Cantar verdaderamente misterioso, que nos revela tras el simbólico velo del lenguaje comparativo y alegórico, todas las desgracias y contrariedades que ha de llevar sobre sus hombros la desgraciada al par que gloriosa humanidad. Él nos dice que el genio de la maldad ha de aducir todos los medios, todos los crímenes de que es capaz su tremenda iniquidad, para perderla: que la ahogará en su propia sangre, y la asfixiará en la pestilente atmósfera de los refinados vicios y maldades refinadas; pero que siempre su Dios protector pulverizará sus estratagemas, aniquilando sus planes, y hará que sobrenade cual frágil esquite sobre el inmenso océano de sus furias enemigas. Cantar lóbrego y sombrío, que al leerlo nos parece ver al genio de la desgracia y de la muerte envolver en los sombríos pliegues de su manto á todos los hombres, á todas las cosas. Allí tambien leemos el horrible desenlace de todas las contrariedades de la humanidad moribunda.

El Apocalípsis, en sus páginas aterradoras, que parecen haber sido escritas con el agudo puñal de las divinas venganzas, tinto en la corrompida sangre de la humanidad que espira, nos presenta á cuatro ángeles misteriosos que sujetan á los cuatro vientos del mundo, haciendo rodar sobre sus inmensos campos una helada calma, fiel precursora de las desgracias que se acercan, y entónces, en medio de esa calma aterradora, un ángel derrama sobre el mundo el fuego de Dios. Muegen los truenos en el espacio, rásganse los tenebrosos velos del vacío y vuelan de pueblo en pueblo y de comarca en comarca siniestros gritos de matanza y destruccion: y súbito, estremeciéndose las moles de los vientos, los encapotados nubarrones de sangre y fuego que pueblan los espacios, empiezan á moverse y vacilar bajo la forma de una águila gigantesca que con el lóbrego sacudir de sus alas, agita el lívido semblante de la humanidad, exclamando ¡ay de los hombres! ¡ay de los míseros que pueblan la tierra!! Y el fin de los tiempos rueda sobre el mundo — y el hombre y los tiempos y las cosas y los siglos y el mundo entero con

todas sus grandezas y armonías caen bajo la insuperable lápida de la tumba universal. ¡Pobre mundo!

Entonces ya no habrá quien derrame una lágrima de compasión sobre la fría lobreguez de tu sepulcro, y tu último gemido se irá extinguiendo, sin encontrar siquiera un eco engañoso que lo repita en las misteriosas regiones de la soledad, del vacío, de la nada.

Entonces, en medio de esa calma universal, los nobles hijos de la cruz, que representan el verdadero héroe de esta trágica epopeya, porque son los únicos que jamás se han apartado del sublime objeto que desde el principio se habían propuesto: los únicos que jamás borraron de su mente el recuerdo de una patria perdida y que debían reconquistar, llegan al glorioso término de sus esfuerzos, entonando un cántico sublime de agradecimiento y victoria, al asentar sus moradas dulces y halagüeñas en las floridas regiones de su perdida Sion.

Aquí termina, Sres. AA., la epopeya que canta las cosas y los tiempos: hasta aquí hemos podido admirar sus imágenes sublimes, sus cuadros pintorescos, sus poéticas comparaciones; pero cuando llegamos á su última página, se nos cae el libro de las manos y sentimos helarse la sangre de nuestro corazón. Aquí la mente del hombre busca términos para expresar la inmensidad de su grandeza, busca frases para hacer resaltar sus hermosuras y no hace más que divagar por un mundo de absoluta admiración: busca otra sublimidad con qué comparar la suya, y fuera de él no encuentra nada grande, nada sublime; porque es la esencia de todas las sublimidades y el colmo de todas las grandezas. El Apocalipsis es como el sol que apaga con los mágicos fulgores de su lumbre el tenue brillo de las estrellas; y cuando se comparan sus imágenes aterradoras, sus comparaciones sublimes con otras imágenes, con otras comparaciones, éstas mueren y se ofuscan por tanta brillantez y grandiosidad.

He concluido, Sres. AA.; y al decirlo, siento luchar en mi alma un sentimiento de tristeza con un afecto de alegría. Siento, y de todo corazón, no haberme encontrado con fuerzas suficientes para realizar mi pensamiento de una manera más espléndida, con un estilo más elocuente y florido, y con una entonación más propia y vigorosa del cuadro que me habeis encomendado, y os confieso sinceramente que al abismarme en ese mar sin playas, donde lucha con éxito igual y feliz lo grandioso y lo sobrenatural, el misterio y la realidad, lo sencillo y sublime, sentía naufragar en el inmenso bamboleo de su oleaje el débil esquife de mi limitado ingenio.

Pero me siento dominado por un sentimiento de alegría al ver cumplidos, aunque de una manera tan poco satisfactoria, mis deberes, cuya misma pequeñez será un argumento más de la grandiosidad de mi aserto.

SANTIAGO O'FARRELL.

Sobre las ventajas poéticas en que el cristianismo supera al paganismo (1)

Señores Académicos :

Pasaba el mundo por una de aquellas épocas críticas que deciden sobre el bienestar ó la ruina universal de los pueblos. Por una parte, el embrutecimiento y deplorable ignorancia de los pueblos, y por otra, la intolerable tiranía y despóticas pasiones de los césares, tienen sumido al mundo entero en un abismo de males; y la sangre de las víctimas degolladas en el anfiteatro y en el pretorio; así en los tumultos de Roma como en los campos de Italia y en las ondas de Accio anunciaban á las provincias atónitas del imperio que la dignidad del rey de la Creacion habia desaparecido para siempre, ocupando su trono degradado en cambio la ferocidad indómita de las bestias. Mas para bien de la humanidad afligida, vislumbróse sobre las montañas de la Judea una ley vigorosa hasta entónces desconocida, ley celestial que anunciaba en el seno del universo la presencia de un hombre Dios, cuya sangre preciosa debia ser derramada en la cima del Calvario; y de repente el mundo contéplase regenerado; dispáronse completamente las tinieblas del paganismo y volvió la naturaleza entera á su primitiva y sorprendente hermosura.

Mas esa regeneracion moral que se verificó en los hábitos y costumbres de los pueblos ¿no ejerció tambien su influencia bienhechora en las tendencias literarias y científicas de los pueblos? ¿Debemos decir con sentimiento de nuestro corazon, que la elocuencia poética, ese manantial fecundo de tantos consuelos y deleites puros para el hombre, nada debió á la luz del cristianismo, que se derramó por todos los ámbitos del mundo conocido? En una palabra: ¿no recibió un noble y nuevo impulso la poesía al aparecer en el horizonte la esplendorosa y brillante era del cristianismo? Sí, Sres. AA., y lo digo con toda la efusion de un corazon católico y agradecido.

La poesía, con la aparicion de esa religion divina, que con tanta felicidad para los mortales estableció nuestro adorable y glorioso Redentor, sintióse revestida de nuevas y poderosas alas, con que pudo elevarse más allá de los espacios infinitos; muchos y poderosos resortes la animaron desde entónces para llevar á cabo los grandes fines que está llamada á realizar. ¿Y por qué? porque la patria vió en la naturaleza desde esta época un objeto más bello, halló una moral más pura y adquirió, en fin, una variedad y riqueza de cuadro que jamas poseyó el pagano; escuchadme, Sres. AA., aunque por la brevedad del tiempo me limitaré á ligeras indicaciones.

(1) Declamado el dia 9 de mayo del año 1880.

Y en primer lugar, Sres. AA., la naturaleza, ese gran libro escrito con tanta variedad de caracteres cuantas son las criaturas que la componen ¿no le enseña al poeta cristiano á remontar su vuelo á las regiones etéreas, donde habita su sumo Hacedor? ¿No le enseña con caracteres de fuego que Dios es la fuente de la cual han salido todos los demas seres de la Creacion, tanto los que habitan en la superficie ó en el centro de la tierra como los que navegan presurosos en las líquidas mansiones del anchuroso océano; tanto los que revolotean en el extenso espacio como los que tienen su espléndida morada en el reino eterno de los cielos, y los que han sido colocados por la mano del Creador en los espacios planetarios para alumbrar todos los puntos de la tierra siguiendo un curso riguroso trazado por la sabiduría infinita? Todo este magnífico panorama en el sentido del poeta cristiano tiene el sublime objeto de elevar la inteligencia del hombre para hacerle conocer la real hermosura de la naturaleza; para que, impelido por irresistible impulso hácia el Señor de los mundos, traspase con su aguda imaginacion las espesas nubes que le envuelven á nuestra vista y se ponga en la presencia del mismo Dios, donde, lleno de poético entusiasmo, entone eternos himnos al dueño de su existencia. Mientras que el poeta pagano, ignorándose á sí mismo y á las cosas que le rodean y mucho más aquella fuente de todo ser y de sublime poesía, priva á su arrebatada lira de ese vuelo sublime hácia su Dios, vuelo que sólo puede apreciar quien reconoce en esta miserable vida no una patria sino un mero tránsito para la eterna mansion de las almas.

Verdad es, Sres. AA., que tanto los grandes poetas que han brillado en los siglos del paganismo como los que han conseguido el lauro de la inmortalidad en los siglos posteriores á la regeneracion del género humano, han tenido á su disposicion la misma naturaleza sacada de los abismos de la nada por la mano omnipotente, de Dios, sus bosques y sus rios, sus mares y sus vientos, sus tempestades y sus bonanzas.

Mas los antiguos, no sabiendo sobreponerse á los crasos errores de su mitología y teniendo los ojos vendados por las locas fantasías de sus misterios, mancharon con frecuencia los más hermosos cuadros de la naturaleza con relatos portentosos de infames acciones cometidas por sus dioses. Al paso que los cristianos, mirando la grande obra de la Creacion bajo el verdadero punto de vista científico, religioso y moral, han reconocido en ella su verdadera sencillez y hermosura y la han mirado como el más sublime reflejo de la divinidad.

Es cosa por cierto sensible que esos grandes ingenios que tuvieron el talento suficiente para cantar las grandes y sangrientas batallas de sus héroes, en las cuales entraban las más de las veces sus mismos dioses, no supiesen pintar la sombría majestad de los bosques presididos tan sólo por la presencia de Dios; sino que desfigurando sus hermosos cuadros con las repugnantes figuras de los sátiros y faunos agrestes, quitaban al conjunto de la pintura la verdad y la belleza del colorido. Es verdad tambien que supieron hallar á Neptuno calmando con su tridente la so-

berbia de las olas; al dios Éolo, refrenando con sus prisiones de granito las furias de las tempestades, y no desconocieron la potencia de Júpiter serenando el mundo con su mirada. ¿Pero qué tiene que ver esta poesía con las ideas nobles de Dios que engendra el cristianismo en el corazón de nuestros poetas? ¿sobre su omnipotencia que arranca los montes de cuajo y los hace arder? ¿sobre su justicia que sepulta en llamas eternas á los ángeles rebeldes? ¿sobre su fecundidad que hace brotar con un *fiat* el universo entero y sobre todas las demas perfecciones de la divinidad? ¿Qué punto de comparacion puede haber entre esa poesía y las grandiosas ideas que se agrupan en la mente del cristiano al considerar el orden y armonía del mundo regido con tan sabia mano por las leyes eternas de la Providencia?

Pero esto no basta, Sres. AA.; no es esto únicamente en lo que el cristianismo supera al paganismo. El pagano, con una conviccion profunda aunque insensata, exclama sin cesar: «Fuera de esta vida nada existe, disfrutar y gozar en ella es la suprema felicidad á que puede aspirar todo hombre»; y si pintan más allá de la tumba una felicidad aparente, unos campos elíseos para solaz de las almas, nada difieren, en realidad, estos goces de los mezquinos placeres de esta vida. Mientras que el cristiano, siguiendo una moral pura que engendra y arraiga en su corazón sentimientos nobles, ideas elevadas y sublimes hácia el único autor de lo creado, siguiendo esa moral que apartando al hombre de la extraviada y escabrosa senda del vicio le conduce por el camino recto de la virtud; dice desde lo profundo de su corazón: «á más de la presente vida, existe la eterna é imperecedera del alma racional»; y al hablar de esta manera, se le presenta al doble y patético cuadro de los pesares y miserias de la tierra comparadas con las alegrías celestiales. ¡Cuadro hermoso, lleno de sublimidad y de poesía! Y mientras estas máximas puras del Evangelio engendran en el corazón del hombre gérmenes de vida y de grandes acciones, inspiraciones elevadas; los dogmas deletéreos del paganismo le depravan hasta sepultarlo en el seno de la ignorancia y de la corrupcion, apagando en él la antorcha de las grandes concepciones. Y ¿qué diré, Sres. AA., de ese sublime panorama, de esa noble epopeya que jamas tuvo ni soñó el paganismo, de ese espectáculo, digo, conmovedor y sangriento que presentan á la imaginacion del poeta los innumerables mártires en el circo y en los anfiteatros, en donde, ante un pueblo inmenso, ebrio de sangre y encabezado por un emperador tirano, esperan aquellos héroes de la religion con los ojos levantados hácia el cielo que el cruel verdugo ó el feroz leopardo se arrojen á despedazar su cuerpo, para unirse con el único objeto de su cariño, con el Redentor del mundo, con su Dios? ¿Qué cosa más poética y sublime, Sres. AA., que ver allí arrodillado á un tierno é inocente niño, que lleno de fe y de confianza, dirige su vista ya á su amada madre que ha venido á recibir su último suspiro y la última mirada del hijo de sus entrañas, que muere en defensa de su fe, ya á un cielo puro y hermoso á través del

cual cree ver á su Dios, infundiéndole un santo valor en momentos tan solemnes? ¡Ah! Sres. AA, toda la ternura de un Niso y un Eurialo, imágenes conmovedoras de la antigüedad, son un pálido reflejo de la tierna y conmovedora actitud de un Eudoro y una Cimodocea, al sentirse rasgados por las garras de una pantera.

Pero hay más todavía, Sres. AA. ¿Quién no se inspira ante esos lirios de pureza, esos ángeles de carne humana, las vírgenes del Señor, esas heroínas del cristianismo, que honradas con el velo de la virginidad y con la bella denominacion de esposas amadas de Jesu-Cristo, yacen ocultas en sus apartados monasterios, cual humildes violetas, exparciendo desde el fondo de sus cláustros la fragancia de las más bellas virtudes, ó reuniendo en los asilos de beneficencia á los infelices faltos de hogar, donde les buscan el alimento necesario, les educan, les protejen, les prodigan cuidados y cariños como madres cariñosas y recogen al fin el último suspiro de sus pechos desgraciados? ¡Oh! esta es una fuente de poesía sublime y sin igual, que no pudo ni puede poseer el paganismo; porque el paganismo, Sres. AA., no conoce el sacrificio, y sin sacrificio no puede haber caridad; y sólo con la sangre que del sacrificio mana se riega el lirio inmaculado de la virginidad. No, jamás una religion cuya moral consiste en el vicio y los placeres, una religion que tiene para el estupro un dios, y una diosa para la prostitucion, puede fecundar en su seno los gérmenes de pureza y de santidad, que forman el más bello timbre de esta hermosa generacion de las vírgenes cristianas.

¿Podrá por ventura un pagano apasionarse por un Júpiter fementido ó por una Vénus corrompida hasta el punto de derramar su sangre, como se apasiona un cristiano por el generoso y divino Jesus y por la inmaculada y bella María? ¡Y los caballeros de la Edad Media, Sres. AA., ¡qué otro inagotable manantial de poesía! y de que sin embargo ha carecido tambien el paganismo. ¡Oh! ¿Pueden compararse por ventura los héroes de la Iliada con los héroes de la Jerusalem; los héroes formados por la barbarie y el paganismo con los que ha producido la barbarie tambien, pero suavizada por el cristianismo? ¿Podrán, acaso, unos guerreros pérfidos, avaros y atroces, en su mayor parte, como los pinta Homero, que ni aún respetan los helados restos de sus enemigos, podrán compararse, digo, con unos caballeros francos, humanos y desinteresados? Unos personajes poéticos por sus vicios, ¿podrán aventajar á los que son poéticos por sus virtudes? No, Sres. AA., tal comparacion no existe; el valor de los caballeros cristianos es de un temple muy superior, por decirlo así, al de los héroes de Homero y Virgilio; pues, como dice el célebre escritor Chateaubriand: « Enseñándonos la verdadera religion que el valor no debe medirse por la fuerza del cuerpo sino por la grandeza del alma; y siendo cualidad esencial del verdadero héroe la belleza de carácter y sentimientos; sería una injuria manifiesta comparar tan sólo la magnífica figura del piadoso Godofredo de Bouillon, asaltando el primero los muros de Jerusalem con la del soberbio y vengativo Agamenon,

defendiendo las obras y terraplenes de su campo contra los ataques de los troyanos.» Y esta es la razon por la cual el más débil de los caballeros de los tiempos medios no tiembla delante de un enemigo; y aunque esté seguro de su muerte, el pensamiento de huir ni áun á pasar se atreve por su imaginacion: y este valor llevado hasta lo sublime, calentado con el calor del cristiano se ha generalizado en el orbe cristiano, de tal suerte, que el más débil de nuestros soldados se avergonzaria de huir ante el enemigo, como los hermanos *Ajax* á la vista de *Héctor*, y de volver como éste las espaldas en divisando al valiente *Aquiles*.

El valor de los paganos es, pues, de inferior condicion al de los cristianos; y, por lo tanto, la poesía cristiana cuenta para sus fines elevados con un instrumento más pulido, por decirlo así, que la poesía pagana. Y ¿qué diré, Sres. AA., del poderoso resorte que tienen en su mano nuestros poetas en el sacrificio heróico de misionero católico, que llevado del ardiente deseo de arrebatrar las almas desgraciadas de las garras de *Satanás* y conducir las con sus ejemplos y palabras al reino de los cielos, no trepida en atravesar las extensas llanuras, los espesos y solitarios bosques, guarida de las más feroces bestias, y los escarpados cerros, los rios y los mares sin fondo, donde será traspasado por la flecha del salvaje ó descuartizado por las garras del leon, ó sumergido en las olas del océano?

Pero, Sres. AA., veo que lo sabroso y abundante de mi asunto me ha llevado más léjos de lo que me propuse en un principio para no traspasar los reducidos límites de una disertacion, y no abusar demasiado de vuestra generosa atencion, concluyo recordándoos de nuevo que la santa religion de *Jesu-Cristo*, esa religion que nos han inculcado nuestros padres y á la cual tenemos la dicha de pertenecer, ofrece á la poesía un campo inmenso que jamas nos será dado recorrer en toda su extension: y ya que nuestra academia se precia de católica, vayamos todos á apagar nuestra sed de inspiraciones y de poesía en esa fuente riquísima y en ese manantial fecundo, seguros de que nuestras esperanzas serán felizmente realizadas.

He dicho.

MANUEL A. CRESPO.

PRELUSIONES

Sobre la reivindicacion de las glorias de Colon (1)

Señores Académicos:

La juventud, exenta de sentimientos bastardos que la detengan en el rápido vuelo con que se lanza tras todo aquello que por su grandeza seduce y arrebatada, se ha sentido siempre trasportada de entusiasmo al contemplar los sublimes cuadros de magnanimidad que presenta la Historia á la humana admiracion.

Colon, levantada personificacion del heroísmo y de la constancia, y en quien van á converger todas las virtudes de tantos otros héroes como vemos descollar en Grecia, en la ciudad de Rómulo y en los tiempos modernos, sufre la envidia al paso que la ignorancia; y la sabiduría humana, extraviada, aunando sus esfuerzos con los de los potentados de la tierra, tilda de ilusiones los destellos de la razon divina que iluminan la razon de Colon, y llaman á éste fatuo, porque con ellos quiere alumbrar las tinieblas en que se envuelve el mundo.

Mas pronto pasa un siglo y tras éste corriendo el otro, la juventud, fascinada, deslumbrada por los rayos de luz inmortal con que fulgura el subido mérito de Colon, fulmina, llena de santo despecho, una censura tan amarga como irresistible á la ingratitud sacrilega y nefanda de contemporáneos y sucesores de aquel varon incomparable; tomando sobre sí la ardua y redentora empresa de disipar la nube negra de impíos agravios interpuesta entre Colon y la generacion que le sucede.

En Génova la opulenta y en la Habana la hermosa, la juventud erige monumentos que recuerden al viajero el amor de la patria por él inmortalizada, y el agradecimiento de una nacion al genio del nauta, que hizo surgir de entre las olas bellas tierras erizadas de montañas de oro y coronadas con guirnalda de perenne aroma.

(1) Declamada el dia 19 de diciembre del año 1867.

Campoamor, jóven tambien en medio de los afanes de la gobernacion de una provincia, le hace héroe del primer poema escrito en su loor.

La juventud de una preciosa parte del nuevo continente, desagracia igualmente á Colon dando á su patria el nombre de Colombia, injustamente usurpado por el azar de un aventurero y la glacial ingratitud de las naciones. ¿Y podríamos nosotros, que en el doble concepto de jóvenes y de jóvenes americanos nos sentimos animados de los mismos afectos, permanecer apáticamente frios y positivamente alejados de la obra de nuestros hermanos, pues hermana es la juventud de todos los países? De ningun modo, y en prenda de nuestro dolor y de nuestra veneracion dedicamos las primicias de nuestros trabajos académicos á *cantar y ensalzar las glorias del. sin par nauta, del hombre de inquebrantable fe y del mártir de ideas salvadoras y sublimes.*

Hé aquí el objeto de las modestas flores que depositamos en el presente acto al pié del monumento de gratitud que en nuestros corazones levantamos á Colon; ved aquí el motivo altísimo que nos mueve á pulsar hoy nuestra débil lira, siquiera sea temblando y ruborizados al comparar nuestra ineptitud con vuestros merecimientos, y al poner en parangon lo subido del héroe que ensalzamos con lo ronco y lo desacorde de nuestro plectro.

No desconozco lo privilegiado del talento y lo fogoso de la inspiracion de mis compañeros, ántes seré siempre heraldo fiel que lo elogié y lo pregone; pero tambien sé que en el *exiguo* número de cinco reuniones académicas (y sobre esto, señores, excito fuertemente vuestra atencion) es quimérico pretender adquirir la maestría homérica que figura tan pasmosa como Colon requiere.

Pues dieciocho años de fatigas y de repulsas, así de sabios como de indoctos, de nobles y de plebeyos, no bastaron á entibiar la fe de este hombre extraordinario; y cuando al cabo de ellos Isabel ofrecia sus joyas para proteger la empresa, brillaba en él el mismo celo por la propagacion del culto de su Dios, la misma sumision á la Iglesia y el mismo candor que en el dia venturoso en que ideó su mente la existencia de inmensos mundos.

Pronto á perecer á manos de la innoble marinería que conducia á la gloria, nos da un ejemplo de su humildad cristiana reduciéndose á contemporizar con aquellos que habian de dar nuevo pábulo á su virtud sublevándose, ora guiados por Pinzon, ora estimulados por otros revoltosos caudillos.

Y si avanzando un paso más en el campo de la Historia lo contemplamos mordido en España por la envidia, al mismo tiempo que lacerado por Bobadilla, que lo aterroja y envia á la metrópoli como á malhechor infame; concluiremos sin duda por convencernos de la superioridad de su alma religiosa, sin que haya necesidad de nombrar las injusticias de Fernando, ni el hosco semblante del hambre que no le abandonó en los últimos dias de su maravillosa existencia.

Y si aún intentamos examinar á Colon como político, no cautivará menos nuestra atencion su prudente discernimiento y resuelto proceder que nos la cautivaron sus dotes como siervo del divino Redentor del mundo. Con un corazon incapaz de la avaricia, característica de las conquistas, paternal para con los indios y fiel á sus protectores hubiera hecho llegar á su colmo la riqueza de la Península, la felidad de los indios y la magnificencia de sus soberanos, si la calumnia y la envidia no se hubieran enroscado en el corazon de los que habian de ser su sosten con abnegacion y lealtad.

Y si incitados por la curiosidad, nos proponemos examinar las virtudes no ya de Colon, religioso ni político, sino de Colon nauta, inteligente y osado, quizá nos parezca sueño vano lo que forma la verdad más positiva. Tan profundo en sus investigaciones científicas como constante en llevar á cabo los resultados de ellas; permaneciendo inmutable, así al rugir de la tempestad como cuando su bajel hendia las mansas ondas del seguro puerto; fué siempre oráculo en las ciencias náuticas, apoyo del marinero y del mejor piloto que jamas desafió los mares

Y un alma de tan acerado temple, y un corazon de esfuerzos tan elevados, y un genio tan divino (parece fabuloso, señores), es apenas conocido por generaciones por él enriquecidas; apenas han hecho más que sondear el abismo del olvido en que fué sepultado por la emulacion in-noble y la rastrera envidia.

La juventud, ya lo he dicho, es la encargada de reparar tales agravios; la juventud es la falange escogida, es la legion de honor que pide estrecha cuenta de la historia y exige adecuada compensacion de la realidad de los hechos, por la indiferencia esquiva con que han sido tratados los héroes más preclaros y bienhechores de los pueblos.

Y ved aquí, señores, que en virtud del encadenamiento de las ideas, la juventud que constituye la academia de literatura, ha tenido que recordar con dolor que Santa-Fé, ciudad por tantos conceptos acreedora á los títulos de hospitalaria, de sensata, de patriótica y de ilustrada, parece de un monumento expresivo de su amor y de su respeto al ilustre cántabro, al navegante osado, al apuesto caballero á quien debe su fundacion.

Juan de Garay, padre de nuestra patria, yace solo en la memoria de los eruditos, pero el pueblo lo desconoce; y yo, que sobre la honra que en estos momentos debo á mis compañeros, tengo la de ser hijo de esta noble ciudad, en estos momentos tambien de entusiasmo y de eterna memoria, me atrevo á pedirlos (¿me vais á calificar de audaz? pero, ¿cuándo es audaz un hijo porque pide la gloria para su patria?), me atrevo á pedirlos que lleneis aquel vacío, erigiendo en la plaza pública una estátua al inmortal Garay, que atestigüe á los venideros que la ciudad de Santa Fe, entre todas las ricas joyas que ornan su corona, tiene la gaya perla del imperecedero agradecimiento.

El ardor con que Santa Fe simpatizará con la idea, es evidente para

nosotros; el apoyo de su magistrado supremo, indudable: él mismo, abrigamos la convicción de que nos honrará expresándolo públicamente.

Por mi parte, he concluido: mis dignísimos compañeros expondrán la guirnalda por ellos tejida en loor de Colon; las flores que la componen serán inodoras: su combinacion, desaliñada; pero como cultivadas por nosotros mismos, noveles alumnos de las Musas, tendrán especial mérito á los ojos de los competentes: lo diré sin figura y bajo la fe de nuestra verdad y de nuestra lealtad: las composiciones que vais á oír son *puramente originales* de los académicos, y esta dote no muy comun en cuerpos tan nuevos como el nuestro, será razon sobrada para pedirnos bondadosa indulgencia.

He dicho.

JOAQUIN CULLEN.

Glorias del pontificado romano (1)

¿Y qué podré yo añadir, señores, á la voz elocuente de este aparato nuevo y nuevo esplendor con que engalanado se presenta hoy el entusiasmo de la América?

Habla, señores, y habla muy alto este solio regio y trono augusto de majestad y grandeza; habla esa veneranda efigie del más augusto de todos los mortales que sobre él se ostenta; habla ese lazo misterioso y vínculo de amor que con nudo suave estrecha esas tres banderas; hablan esos colores del sol de Roma, brillando al lado de los colores del sol de Mayo; habla esa insignia que condecora el pecho de esta jóven academia, y hablan todos los semblantes de esta entusiasta juventud.

¿Y qué os dicen?

Os dicen, señores, que á Roma se ligan los hijos del Plata con el vínculo precioso é indisoluble de la fe; y que en esta misma fe que meció su cuna en el árbol de su existencia, viven y vivirán eternamente: y os dicen tambien, que á la Santa Sede, al Vicario de Cristo, al ilustre desterrado de Gaeta, al inmortal Pio IX, es á quien, en nombre de su patria, dedica esta humilde corona, tejida más bien por su amor que por sus inexpertas manos, esta pléyade de jóvenes entusiastas, no ménos católicos que americanos, y tan hijos de la Iglesia como de la vírgen de Colon. Ni en años tan solemnes pudimos elegir otros cantares. Cuando vemos la oracion universal en que se regocija el orbe católico; cuando se elevan himnos de honor y de fe sincera en todos los ángulos de la tierra; cuando en todas las naciones y en todos los pueblos suena el venerable nombre de Pio IX; cuando las miradas de todo el mundo, así

(1) Declamada el día 29 de junio del año 1869.

religioso como diplomático, se fijan absortas y esperan en el inmortal pastor de la grey de Jesucristo; cuando vemos á la juventud estudiosa iniciar una suscripcion de triunfantes vítores al año quincuagésimo de su divino sacerdocio y extenderse su voz con rapidez eléctrica hasta la China y el Malabar; cuando centenares de colegios, cuando jóvenes americanos de diversas naciones, especialmente de Norte-América, envian su óbolo y sus coronas para suspenderlas en el arco de triunfo que el dedo de Dios mandó se levantara á Pio IX: ¡ah! señores, es imposible resistir al entusiasmo, es imposible que con ojos frios nos quedemos atras. No, señores, los hijos del Plata no hemos de ser ménos que los demas americanos.

En su temprana existencia esta academia ha tenido dias muy solemnes, ora cantando las hazañas y las proezas del héroe que sacó á la luz á nuestra patria, ora ensalzando las luchas y los triunfos de nuestro siglo, ora admirando la subline inspiracion y poesía de los libros revelados de nuestra religion; pero ninguno, señores, ni más solemne, ni más grande, que el dia de hoy, porque en él, á un mismo tiempo, se presentan á la lira las proezas de un sinnúmero de héroes; hoy admiramos el esplendor y brillo de diecinueve siglos de colosales luchas y eternos triunfos; hoy nos conmueve la sublimidad no ya de los libros santos, sino de la religion misma, de la Piedra Viviente, del trono de Cristo sobre la tierra, en el cual, sentado su augusto vicario, con el fulgor de su semblante y con la voz amable de sus labios, llena de luz, de consuelo y de esperanza á la católica sociedad.

Una cosa nos espanta, sinembargo, y es nuestra pequeñez al lado de tan gigantescas magnificencias.

Y ¿á quién no asombran doce pescadores idiotas, que se lanzan al mundo, y haciendo gala de ser discípulos de un ajusticiado, cambian la faz de las naciones, y apénas arrojan las semillas de su palabra, vese la tierra cubierta de un frondoso y dilatado verjel?

¿Á quién no asombra ver ese verjel dichoso atravesado por un caudaloso torrente de fuego y sangre, que hicieron correr los Nerones y los Domicianos; y sinembargo, ese torrente de sangre y de fuego se precipita y se hunde en abismos, miéntras que en sus riberas deja más frondoso y más fecundo el plantel que quiso aniquilar? Y en vano en vendavales furiosos se agita la herejía en mil disformes y monstruosas figuras: el sol del Vaticano lanza sus rayos de luz y vuelve la calma, y la esposa del Eterno levanta erguida y coronada de gloria su noble frente.

Y braman y vuelven á rebramar las puertas del averno, y siempre serena la voz del Pontífice: Roma ahoga los errores, y calla enmudeciendo la herejía. Y el trono de Pedro más brilla y más se robustece con el correr de los siglos.

Y mira desplomarse sobre sí la inmensa masa de nieve desgajada desde el Norte, y esa masa se rompe en mil pedazos á los piés del Vati-

cano. ¡Qué cuadro más sublime que el que ofrece rendida ante la faz augusta de un San Leon, la fiera más sanguinaria é indómita que jamas brotó del desierto!

Se verá el Vaticano cien veces y otras cien circundado de enemigas legiones: los feroces hijos del África agarena armarán sus colosales arietes para desmoronarlo, cien monarcas, hijos de la iglesia, le harán temblar por un momento, mas todo en vano. Aquella roca es el asiento del arca del Señor, sobre ella descansa la ciudad eterna del Altísimo: es el trono de Dios sobre la tierra.

Y los rayos de su luz deslumbran á los que se atreven á mirarla: en torno de ella vela el serafin que con su espada de fuego defiende las puertas del Eden. Y esos mismos rayos infundieron respeto al grande Constantino y le trasladaron á Bizancio. Y llenaron de santo pavor á Pepino y Carlomagno, á Enrique y Carlos Quinto, y no se atrevieron á asentar allí la majestad de sus tronos. Ni se atrevió el coloso de este siglo, ni se atreve ese volcan que por millares de bocas vomita su ardiente lava.

No se atreve, no: que esa lava elaborada en secretos y hediondos antros podrá besar los muros de la ciudad santa, pero no pasar el dique que allí plantó el omnipotente.

¿Y á quién debió su civilizacion la Europa, y á quién el mundo entero su felicidad y su grandeza?

¿No es acaso la Iglesia la que, enarbolando el estandarte de la igualdad enaltece á la mujer y redime al esclavo, haciendo de aquella víctima la compañera del hombre y el ángel del hogar, y del esclavo un hombre y un ciudadano? ¿Quién sino la Iglesia inculca su savia vivificadora en todas las leyes y estampa su sello en todas las instituciones?

¿Y no es ella, por ventura, la que pone un dique á la insurreccion y á la anarquía, consagrando la obediencia y explicando la libertad por la misma obediencia, por esa obediencia que no se rinde á los caprichos de un tirano, sino que ántes bien, doblega dulcemente su cerviz ante el yugo suave de los decretos eternos?

Así iba llenando la Iglesia en el mundo su celeste mision, cuando dió á las gentes el espectáculo grandioso que ofreció la Europa al levantarse toda como una sola nacion y un solo pueblo á la voz del Pontífice para arrojarse armados de la cruz contra la nube de sangriento polvo en que los hijos de Mahoma venian á envolver el mundo.

Y de esta empresa, la más colosal que han presenciado los siglos, nacieron grandes pensamientos que salvaron al mundo.

Sí, señores, y harto lo sabeis vosotros, de las cruzadas nació el comercio, nació la comunicacion de millares de pueblos fraccionados ántes, divididos y desconocidos entre sí. Las cruzadas comenzaron la union feliz y la propagacion del pensamiento que debian llevar á su perfeccion el ferrocarril y el telégrafo.

Las cruzadas llevaron á Europa los restos de las artes, de las ciencias, de las bellas letras, que sepultadas yacian en el polvo de la Grecia.

¿Y las ciencias y las artes, la bella literatura, que alimentada con las increadas bellezas del cristianismo llegaron á su perfeccion y engrandecimiento, acaso no fueron siempre las hijas predilectas del Vaticano?

Si, señores, Roma cristiana, y por eso la visitan todos los sabios y todos los genios de las artes, Roma ha sido siempre la ciudad de los monumentos, la protectora, digo poco, la inspiradora de las bellas artes y de todas las ciencias.

Y esa Roma, ese Vaticano, esa augusta sede del vicario de Jesucristo, que fué tan grande en otro tiempo, es tan grande todavía. Ese faro de inmensa luz vive todavía y nunca muere. Y á él vuelven los ojos en nuestros días la soberbia Albion y la gigante Rusia, y el hijo de Agar y el orbe entero, porque todo el orbe siente que, perdido el rumbo, no hay más faro de salvacion.

Con razon, pues, señores, no cabe en nuestro pecho el júbilo y contento del corazon, y con razon nuestra alma se abisma en un océano de admiracion y entusiasmo jamas experimentado: hoy nuestra imaginacion y nuestro corazon respiran una atmósfera toda de gloria no circunscrita por los estrechos límites del mundo y cuyas últimas capas se pierden en la inmensidad de los espacios donde reside el eterno.

¡Santa-Fe, pueblo noble y leal, cuyo nombre es el mejor timbre de tu gloria! regocíjate de que en tu seno se ensalcén las virtudes y la majestad de tu ilustre santo Pastor y que tu nombre resuene glorioso entre los que con entusiasmo cantan en este año de luz y de esperanza las glorias del Vaticano, retratadas en el grande Padre y Pontífice Pio IX.

RICARDO ISASA.

El dolor y su consuelo (1)

Cerca de un lustro há, señores, que bajo los más felices auspicios, en este mismo recinto, que puedo llamar agosto, se instaló la Academia de Literatura.

Desde entónces una falange de jóvenes, ávidos de ciencia y de saber, hase presentado con gloria en esta palestra literaria, tejiendo con sus liras infantiles una corona de fragantes flores que vosotros gustosos aceptásteis y volvísteis despues á colocar sobre sus ardorosas y simpáticas frentes apreciando en su justo mérito las fatigas que el cultivo de esas flores y las espinas de sus tallos les proporciona.

Y esto, señores, honra á unos jóvenes modestos pero entusiastas;

(1) Declamada el día 3 de agosto de 1870.

y al par que conmueve en ellos sentimientos de gratitud, estimula su espíritu y alienta su constancia.

En estos actos en que el corazón palpita y habla, pues la poesía es el lenguaje del sentimiento y de la pasión, hemos elevado siempre la voz para cantar lo que el corazón amaba y quería, ya contemplando á Colon, descubridor de un mundo en medio del resplandor de su gloria, ya ensalzando la poesía sublime del cristianismo, ora enviando al Pontífice romano una muestra de nuestra adhesión; ora mirando hácia la patria para gozarnos en sus glorias, para sentir sus desdichas. Mas hoy las flores que hemos escogido para tejer nuestra guirnalda han exparcido sus aromas en infecundos y áridos desiertos, han crecido sobre tallos ásperos y espinosos. Hoy vamos á contemplar las miserias de los hombres, vamos á afligirnos con el triste, vamos á llorar con el desgraciado. Pero no le abandonaremos en su dolor porque triste desesperé; vamos á cantar á par de sus miserias, sus goces apacibles, á par de los llantos del afligido los consuelos sublimes de la religión.

Tierna planta que baten los aquilones, que el mar agota y hielan los inviernos; débil bajel, juguete de las olas, flor que arrastra el río en sus corrientes; hé ahí lo que es el hombre lanzado por primera vez al mundo.

¡Pobre planta que parece si en medio del desierto no hay un árbol que le cobije del vendaval y del frío de la noche! ¡Pobre bajel que sucumbe si cesa de brillar en el firmamento la clara estrella de su salud! ¡Pobre flor que, lejos de la orilla, la corriente lleva hasta la mar! ¡Pobre mortal si en medio de sus llantos ha perdido la salvadora esperanza de su fe! helaráse cual la planta, perderá su fragancia cual la flor é irá á hundirse en el profundo abismo de su nada!

Hé ahí, señores, el objeto grandioso en que hemos empeñado hoy nuestra constancia. No nos culpeis por ello de presuntuosos.

Vimos al mendigo que, con la sien nublada por el dolor, arrastraba una mísera existencia. Oímos los lamentos del cautivo que gime en sus mazmorras presa del más cruel infortunio, sentimos nuestro corazón influenciado por el amor, la pasión más pura del alma, y aquella compasión que turbara nuestro sueño, aquel recuerdo de tristeza, aquel latido de nuestro ser procuramos trasladarlo, revestido con el calor de nuestra imaginación, ardiente como juvenil, bajo la forma de una poesía.

¿Y quién no ha sabido una vez siquiera lo que es dolor, quién no sufrió un desengaño cruel, quién no perdió un ser de los que amaba? ¡Ay! muy triste es el mundo, para no encontrar en su suelo una de esas punzantes espinas.

Nace el hombre en medio de dolores, rodeado de llantos y de aflicción; vive expuesto á los peligros del mar tormentoso de la vida y muere causando llantos y dolor porque él ya no puede llorar.

¡Pobre madre, que sonríes como un ángel, acariciando en tu regazo al fruto primero de tu amor! acaso te consuelas de las zozobras y angustias

que ese hijo le causará, viéndolo ahora lozano y bello como una flor de primavera, ó finges para él un mundo diferente donde sólo hay gozo sin dolor! ¡Ay! no acaricies ilusiones que se desvanecen al momento sin sentir, y aunque tu corazón se nuble, madre cristiana, fortalece, con el beso que depositas en la frente de tu hijo, ese corazón infantil para la lucha con el mundo, con las adversidades y con el dolor.

Es joven, y en la vida bello le parece el sol y sus colores y las galas de la naturaleza.

Mas llega la noche de su infortunio, y en su aflicción quiere arrojarse para gemir en los brazos de sus padres y no los halla, porque la muerte se ha cernido sobre la mansión paterna. ¿Adónde acudirá el huérfano desdichado que siente sobre su corazón el peso de un desengaño que le atormenta, rodeado de egoísmo, de desprecio, solo en el desierto de la vida? Semejante al viajero que apenas abandonó las florestas de su patria perece en el abismo, descenderá su alma al cruel escepticismo que infunde la desconfianza vil y la fría indiferencia.

Pero no, la religión que llenó su corazón cuando niño, viene ahora como un bálsamo celestial á endulzar sus amargos pesares, y un ángel del Señor, descendiendo del cielo, alumbrá con la antorcha de la fe su porvenir, disipando las densas tinieblas en que yacía confundido.

Hombre que arrastras tu existencia dolorosa, con el baldon de ignominia que sobre tí lanzó la sociedad ¿por qué en el silencio de la noche llenas la inmensidad con tu dolor, gimiendo sin consuelo ni esperanza? Si eres inocente, ¿no sabes que hay un Dios de justicia? y si eres culpado, ¿no sabes que ese Dios perdona, y ante su fallo omnipotente calla la débil criatura?

Ser insensato, que frenético te lanzas á un abismo, osado mortal que atentas contra un derecho sagrado, suicida infeliz, deten tu brazo ántes de consumir un crimen que habrás de llorar con lágrimas de fuego. ¿Adónde vas, qué es lo que buscas en el fulgor siniestro de esa arma homicida? ¿Acaso el remedio de tu miseria, de tu desengaño? No, que ella te dará la muerte y con la muerte del suicida concluyen todos sus placeres, pero no todas sus desgracias. No, no es allí; es en medio de tus hermanos, es en el seno de tu religión donde has de ir á buscar la salud. Únete á ella y ella disminuirá tus desdichas; acércate á sus plantas, que ella pone el bálsamo que suaviza las heridas del corazón.

Ved al infeliz, que torva la mirada, sañudo el semblante, vaga por el mundo, agobiado bajo el peso de sus maldades cual una sombra fatídica que espanta al viajero. Ruje en el cielo el trueno pavoroso, el rayo se desprende abrasador de la diestra del Eterno y allá en el corazón del malvado, que se extremece, retumba el furor de la tempestad como la voz tremenda de Dios que le maldice y en tanto que el justo, con su corazón tranquilo, lleno de fe invoca al Dios omnipotente, acatando su grandeza, la conciencia que remuerde al impío, destroza su existencia.

El hombre sin religión es como el viajero en áridos y espinosos de-

siertos, que corre siempre sin llegar al fin ; es un soldado sin esperanza de gloria, que lucha por no morir, como poeta que desmaya, si nunca un ramo de laurel ha de ceñir su frente. Es una planta que vegeta y muere, un ser que va por la tierra sin otro destino que gozar de sus placeres y sucumbir á sus dolores. ¡ Ay ! ¡ pobre humanidad ! si así fuera, renovárase el caos de aquel instante en que la luz no era y vendría la noche, pero la noche de la maldad.

Fe cristiana, sublime religion de nuestros padres, que alientas al mártir en los tormentos, al guerrero en las batallas, al mísero desterrado en el desierto de su vida, al triste moribundo en su estertor ; reanima tambien nuestros corazones que te aman y que fueron ya víctimas talvez del infortunio.

Alumbre siempre tu fulgor divino los faros de nuestra existencia ; y ora víctimas de la desgracia y acosados del dolor, ora radiantes de gozo y alegría en medio de la dulzura, del hogar y de la bonanza de los tiempos tranquilos, elevemos siempre una humilde plegaria en himno de gloria al Dios de las batallas, cantando con el poeta

« Sol de mi vida, sin cesar conmigo
 Mis lentas horas alumbrando ven,
 No apagues, no, tu resplandor amigo,
 Mientras mis ojos en vigilia estén. »

LUIS R. PIÑEYRO.

El corazon humano (1)

Señores Académicos :

No puede ménos de temer mi espíritu y experimentar la más viva inquietud y desasosiego en circunstancias tan solemnes, ante la grandeza y vasta extension de mi tema : el corazon humano ; es decir, la parte más selecta del hombre, es decir, todo el hombre ; porque todo él, señores, está plegado, concentrado y representado en su corazón.

El corazon, sí, mundo pequeño en sus dimensiones, pero de inmenso alcance en sus aspiraciones. ¡ Cuánto ha hecho el profano para investigar! ¡ Cuánto no ha hecho el impío por conocerle ! pero ni aquél hizo jamás más que profanarle, ni éste consiguió más que desesperarle : aquél le confundió con la sensibilidad, y ofreciéndole goces materiales para saciarle, le degradó y le hundió en el fango del más torpe materialismo. Éste, negándole su divino origen, y apagando la voz única

(1) Declamada el dia 18 de diciembre del año 1871.

que podia iluminar sus hondos senos y desdoblar sus innumerables pliegues, le dejó á oscuras, y flotando en el espacio como el vil átomo de que, segun las absurdas cavilaciones del ateo, habria sido formado. Nada puede ni podrá jamas la filosofía pagana, ni la atea, ni mucho ménos el torpe materialismo, avezado á manosearle y disecarle, como se disecá un vil insecto!!

¡Ah! no, el corazon es el hombre, el hombre es la obra maestra de la Creacion. Apartad, profanos; apartad, impíos; apartad léjos vuestras sacrílegas manos del corazon del hombre: él es la fuente de la más dulce y pura ternura de la madre; de la noble constancia y dignidad de un padre: de los castos afectos de la vírgen; de él manan las graciosas sonrisas del infante cuando estrecha con cariñoso anhelo el cuello de su madre: él es la fuente de la integridad del magistrado; en él bebe su inspiracion el poeta, su bizarría y valor el guerrero: él es la fuente de la generosidad del poderoso y de la resignacion del mendigo, de la vigilante y magnánima solicitud del que manda; de la constante y sincera sumision del que obedece; de él nació el heroísmo en el mártir, el celo en el apóstol, la santidad en el sacerdote!

¡Poetas del sensualismo, cualesquiera que seais; poetas de la materia, romped vuestras liras, arrojad al profundo vuestras trompas, porque no tienen ni una cuerda, ni una sola vibracion siquiera, ni vuestra garganta un solo éco que simpatice con las nobles expansiones del corazon humano! Por esto hay tanta degradacion en el mundo; por esto el crímen cubre la tierra; por esto hay huérfanos aún en vida de sus padres; por esto hay madres que lloran viudez aún en vida de sus esposos; porque la mano de la impiedad tocó el corazon del padre y le endureció para con sus hijos; tocó el corazon del esposo y apagó el santo amor que ardia para con la mitad de su existencia!

El fanatismo y la impiedad, señores, cegaron el manantial de lo bello, el manantial de lo grande, la fuente de lo sublime apénas se propusieron con su acerada mano dirigir al corazon del hombre.

¡Léjos de nosotros, pues, los Victor Húgo y sus «Miserables», que tantas verdaderas miserias han acarreado á la humanidad! Léjos de nosotros su «Hombre que llora y su hombre que rie», porque ni esas lágrimas, ni esas sonrisas brotaron del corazon: son el sarcasmo del llanto, la prostitucion de la inocente alegría. Arrojen su palabra los novelistas licenciosos; ¡Arrójenla los Dumas, que hartos suicidas ha envuelto ya el Sena en sus turbias ondas!

Perezcan para siempre las encenagosas y desenvueltas teorías de Voltaire y de Rousseau, á ellas en gran parte son debidos los torrentes de lágrimas que lloró mi patria, los torrentes de sangre que profanaron su suelo y con su humeante vapor eclipsaron más de una vez nuestro puro sol de Mayo

En efecto, señores, ¿dónde está esa mano tan delicada para pulsar sin cortar las cuerdas del corazon? ¿dónde está esa mano tan experta para

arrancar de esta armoniosa lira los hermosísimos y simpáticos ecos con que es capaz de halagar nuestros oídos? ¿Quién es nuestra razón? ¿Cuál es su vacilante y amarillenta luz para penetrar las hondas cavidades de nuestro corazón? ¿dónde se encontrará tan diestro piloto que sepa gobernarse sin zozobrar en este mar inmenso y tempestuoso de nuestro corazón?

¡Ay de nosotros el día que apartemos los luminosos y vivificantes rayos de la fe! ¡Ay de nosotros el día que extingamos el puro y suave ardor de la caridad cristiana! perdido está, señores, nuestro corazón: no vive sin luz ni sin fuego; porque sin luz estaría en tinieblas y él debe ver; sin fuego no palpitaría y él debe palpar, y un corazón que no palpita está muerto.

Una palabra encuentro en aquel libro misterioso de que blasfema el impío y que muchas veces descuida el creyente! En aquel libro que en pocas páginas lo dice todo, porque nos dice lo más que podemos saber de Dios y todo cuanto se puede saber del hombre, libro augusto, donde con caracteres indelebles están trazados los destinos de la humanidad, como está también consignado su noble origen. Libro incomparable donde se encuentra cuanto hay de bello, de justo y de verdadero; donde encontró el legislador las severas y exactas prescripciones de la justicia, único fundamento de las leyes; donde encontró el orador raudales de elocuencia para conmover, persuadir y convencer á los pueblos, donde encontró el poeta sus más sublimes, sus más tiernas, sus más patéticas inspiraciones, ya gima con Jeremías sobre las ruinas de su Jerusalén desolada; ya lea en el porvenir y cuente al mundo admirado grandes misterios como Isaías; ya cante en inimitables idilios los arrobamientos del casto amor con el autor del «Cantar de los Cantares».

Pues bien, Sres. AA.; en ese libro por excelencia, que por eso llamamos Biblia, encuentro una palabra, que al paso mismo que confirma las ideas emitidas acerca de las misteriosas profundidades del corazón humano y la ineptitud para gobernarle de aquellos que no están en íntima comunicación con la fuente de la luz y de la verdad, nos hace ver claramente adónde hemos de acudir para encontrar dirección segura para el corazón humano. Dicen las palabras á que aludo: «el hombre ve lo que parece; pero Dios mira al corazón.» ¿Y habrá mirada tan escudriñadora como la de Dios? ¿Habría sabiduría, habrá poder como el de Dios?

Ved aquí, señores, de manifiesto no ya sólo por la experiencia, sino también por la razón misma y por la fe, demostrada la ineptitud del hombre para gobernar su corazón cuando prescinde de Dios.

Y hé ahí por qué con no menos brillante evidencia se comprende que el único medio de dirigir al hombre es la religión y cuanto en ella se funda.

Porque, señores, exquisita sensibilidad, poder y energía incomparables, completo dominio sobre todo el hombre, son la esencia, los caracteres, por decirlo así, del humano corazón. Y la religión del Gólgota,

la que enseñó é ilustró con su divino ejemplo la sabiduría increada, es la que ha sabido mejor que nadie, digo mal, es la única religion que ha sabido hermanar la delicadeza y la energía, la dulzura y la fuerza, la sublimidad y la humildad, la grandeza y la modestia.

El cristianismo, la religion del amor y de la caridad, la que no contenta con perdonar, exige aún que se ame generosa y entrañablemente á los más encarnizados enemigos, es la que ha inspirado al corazon los sublimes rasgos de suavidad y dulzura incomparables.

El corazon feroz ha caido postrado ante la bandera del cristianismo, porque éste ha extinguido su dureza cuando le ha hablado en nombre del amor, en nombre de la caridad; cuando le ha dicho mi carga es liviana porque está aligerada por el amor: mi yugo es suave porque está labrado y ungido con los cuidados y suavísimas aromas de la caridad. Y decidme, Sres. AA. ¿habeis visto jamas, ora sea en la culta Aténas, ora en la orgullosa Roma, que se hayan profesado, ántes que el cristianismo los enseñase, estos preceptos sublimes de moral?

Dejemos hablar á la Historia, recorramos cualquiera de las brillantes páguinas que componen la de la Iglesia y encontraremos que ni la delicada doncella, ni el débil párvulo esquivan someterse á ella. ¿Y cómo se podrian halagar tan tiernos corazones sino con el lenguaje de la dulzura, con el embalsamado aroma de la caridad? Y la madre, señores, ¿dónde ha adquirido esos tesoros de ternura, de amor, de dulce cariño que se ofrecen como uno de los más acabados cuadros de belleza moral? ¿dónde sino en la religion ha encontrado su alma esa inagotable fuente de hermosísimos sentimientos? ¿dónde aprendió esa celestial sonrisa con que al acariciarle ofrece á su hijo un más rico tesoro que cuantos la tierra oculta en su seno avaro? ¿Quién comunicó á su corazon débil por su sexo, esa constancia, magnanimidad y nobleza, que raya no pocas veces en lo sublime, ya sea que illore los extravíos de un hijo ingrato, ya sea que lo estreche yerto cadáver en su seno?

Pero, señores, si la religion es gérmen fecundo de la delicadeza, suavidad y dulzura, no lo es ménos de aquella energía y varonil fortaleza que forma los héroes.

La santidad de la ley cristiana, la grandeza insondable de sus dogmas, la inefable y tremenda profundidad de sus misterios, dan al corazon el temple del heroísmo; le elevan sin enorgullecerle, le hacen grande sin perder por eso la idea de su pequeñez, le sujetan para dirigirla, no para abatirla.

Y la razon es obvia, señores; la grandeza y la pureza del corazon más valiente nada es á la vista de lo inmenso, de lo eterno que nos ofrece la religion de Jesu-Cristo. No hay orgullo que no se abata, ni arrogancia que no ceda puesta enfrente de un Dios omnipotente que manda, de un Dios omnisciente que enseña, de un Dios infinitamente verídico que revela, y de la justicia infinita que amenaza con más potente voz que la del trueno y con espada más fulminante que el rayo.

Abrid las páginas de la Historia, señores, y vereis á la religion dominando al feroz corazón del guerrero y al indómito habitante de las selvas; postrándolos humillados y reverentes ante la Cruz, signo augusto de grandeza y de gloria que flamea en los pendones de los héroes cristianos y domina majestuoso en las altas cúpulas de populosas ciudades.

Ahí están millares de guerreros que, cobijando un grande y valiente corazón, rindieron su bravura á solo la voz del Evangelio, y por respetarla y acatarla dieron mansos una sangre que en el campo de batalla á inmenso precio habrían vendido al enemigo.

Ahí están, señores, la justicia y la rectitud dirigiendo al legislador y la magnanimidad generosa al gobernante inspiradas por la religion cristiana. Ahí está la felicidad de los pueblos llevada á cabo por las leyes del catolicismo y el bienestar de las naciones, asegurados por los bienhechores principios de la moral cristiana; mientras que cuando imperan otras leyes (si leyes llamarse pueden) que las del cristianismo, vanos son, ridículos y ¡ay! mil veces funestos, los esfuerzos de los profanos legisladores; impotente la más refinada astucia de una diplomacia atea; ruina y confusion y lamentable atraso los decantados progresos de que tanto se gloria un siglo tan ciego como orgulloso.

Ved, pues, el poder y la energía que la religion inspira al corazón para el bienestar y la felicidad de los pueblos. Y todo ¿por qué? Porque siendo el corazón centro de nuestros afectos, la fuente fecunda de las pasiones humanas, y naciendo de él todas las sublimes concepciones de los grandes ingenios, la Iglesia ha dirigido todos sus esfuerzos á encaminarle por las vías del bien, á fecundizarle con su savia vivificante y civilizadora.

Una observacion la más obvia viene á confirmar todo lo que vamos diciendo, de que la mano del hombre jamás toca al corazón sin destruirle, y que sólo la cariñosa y delicada de la religion puede modificar, moderar, dirigir, elevar y sustentar los sentimientos del corazón.

¿En qué siglo, á decir de los que piensan á la moderna, se han realizado mayores portentos de civilizacion que en el nuestro? ¿En qué siglo se ha visto llegar, no sólo á mayor, pero ni aún á igual altura, el adelanto de los pueblos? ¿No se ha clamado desde lo alto de la tribuna, en el folleto, en las columnas del diario, por los representantes del pueblo y por sus innumerables satélites que cuanta más licencia, que cuanto menos fanatismo, es decir, que cuanta menos religion, hubiese en nuestras instituciones tanto más nos acercábamos al *non plus ultra* del engrandecimiento de la humanidad?

Y no obstante, señores, ¿qué siglo ha presenciado más horrendas y desgarradoras escenas que el nuestro? ¿Cuándo se han visto conculcados con menos pudor, mejor dicho, con mayor cinismo los sacrosantos principios de la justicia, que en nuestro siglo? ¿Cuándo se han visto rotos con mayor descaro los sagrados vínculos de la familia? En fin, ¿cuándo

se ha visto blasfemar con mayor desenfreno de todo lo santo, de todo lo justo, y áun trastornar los más elementales principios de rectitud y honestidad ?

No creais, señores, que exagero : volved la vista á la desgraciada Italia, y la vereis convertida en el teatro del más escandaloso crimen, en el foco de la más desenfrenada licencia, en el centro de los afrentosos horrores que traen herido y congojado el corazon de todo verdadero católico.

Pero si esto no es bastante aún, traspase vuestra mirada los Alpes y contemple con la reflexion del filósofo, con la razon del cristiano, esos charcos de sangre que humeantes aún bañan el rostro de la Gran Nacion.

Este es el fruto, señores, de esa filosofía descreida, de esa política interesada, de esas legislaciones que prescinden de la moral, de esas teorías que estragan los sentimientos, que la doctrina de Jesu-Cristo ha sabido inspirar á los pueblos hablándoles simpáticamente al corazon y sustituyendo á la fuerza la profunda conviccion de la verdad y al interes, los hermosos y puros atractivos de una moralidad sublime !

Ese es el fruto del corazon extraviado y de la razon que desecha las doctrinas cristianas, suaves y enérgicas, verdaderas y claras, sublimes y tremendas ; pero altamente simpáticas al corazon humano, y altamente benéficas, señores, porque son los únicos capaces de dirigirle y de labrar la felicidad del individuo, y por consiguiente, la de la sociedad entera !

Esto no lo dicta, señores, una exageracion religiosa, frase obligada en el dia para desviar la inmensa responsabilidad que sobre sí han contraido los novadores impíos, son verdades que nos enseña la Historia y que están esculpidas, las unas con caractéres indelebles que no borrarán los siglos, en esos montones de ruinas, que son un padron de ignominia para el filosofismo que las ha alzado ; y escritas las otras en esos bellísimos monumentos con que se han ennoblecido y enriquecido las artes y las ciencias siempre que ha dominado la idea católica !

En estas ideas, sublimes las unas, terribles las otras, os habeis inspirado, queridos compañeros, para arrancar á nuestras modestas, pero sentimentales liras, expresivos ecos que presenten al corazon ora bajo el funesto y horrendo influjo de la impiedad, ora bajo el dulce, simpático, poderoso y sublime influjo de la idea y sentimiento religioso.

Aunque he concluido, señores, séame permitido, sin embargo, recitar las bellas estrofas de un novel poeta americano que resumen en gran parte todo nuestro pensamiento :

- « ¿Qué es el corazon? misterio
- « Incomparable, profundo.
- « Se goza en su cautiverio
- « Y aspira á extender su imperio
- « Sobre los cielos y mundo.

« Suspira por libertad,
 « Y al hallarla en nuevas penas
 « Siente su triste orfandad,
 « Y al ruido de sus cadenas
 « Canta su felicidad.

.. « ¿De dónde en él tanto anhelo
 « Tan continua agitacion?...
 « ¿Por qué en perenal desvelo
 « Cree encontrar su consuelo
 « En una dura prision?

 « ¡Ah! ¿qué busca su nobleza
 « En el mundo sin cesar?
 « Una suprema belleza
 « En que fijar su grandeza
 « Y no la puede encontrar!!»

He dicho.

JOSÉ GALVEZ.

Donde se halla la verdadera paz de los pueblos (1)

Gloria á Dios y paz á los hombres: hé aquí, señores, las hermosas voces con que los ángeles llenaron los espacios, iluminados con claridad deslumbradora en el día más grande para la humanidad envilecida y desgraciada.

¡Guerra! ¡guerra! hé aquí las que el hombre con estertórea voz hace resonar las vísperas de las catástrofes que hunden en el polvo las frentes de las naciones oscureciendo su gloria. Paz, palabra de vida: guerra, palabra de muerte: traida aquélla por un Dios hombre para salvar la tierra; lanzada ésta por el averno para corromperla y perderla entre el clamor de los combates fratricidas: paz, símbolo augusto de union y felicidad verdadera: guerra, horroroso letrero de sangre y de discordias: paz, aspiracion sublime de la honradez verdadera: guerra, sangriento lema de bastardas ambiciones: paz, estrecho lazo de fraternal union: guerra, perenne y lodosa fuente de odios eternos. ¿Pero adónde voy, señores? ¿dónde podria terminar mi antítesis, ni qué punto puede haber de comparacion, que no sea degradante entre una augusta hija del cielo anunciada á los hombres por los celestiales mensajeros de la divina palabra y una hija desgraciada de la humanidad pervertida?

(1) Declamada el día 16 de diciembre del año 1872.

¿Quién hay que pueda pintar, ¿que digo pintar? ni siquiera enumerar los célicos encantos de la paz, las abominables obras de la guerra? Una cosa, sí, llama en estos momentos mi atención, y quisiera que apartando vosotros la consideración de mi lenguaje, llame también la vuestra. ¿Sabeis cuál, señores? El tristísimo y fatal engaño de que se nos quiere hacer víctimas á cuantos presenciamos la conducta de este siglo.

Cien años há, señores, que los enemigos del cristianismo, amantes aparentes de la filosofía, solapados y sacrílegos paladines de una impiedad repugnante, revistiéndose con descarado cinismo de una humanidad incompatibles con sus corazones de hiena, prometieron paz y libertad á los pueblos, paz y libertad al mundo, bajo el halagüeño y santo lema de —igualdad, fraternidad y libertad; que prometieron no sé cuál regeneración y rehabilitación, que sólo pudieron concebir cual bellas utopías, cerebros enfermizos ó corazones demasiado candorosos, si es que pueden abrigarlos los que se proponen un fin perverso y dañoso.

Fascinada por esas palabras de vida y regeneración, las escuchó la humanidad en un delirio inconcebible, en un instante fatal, cual ave-cilla tierna arrastrada á la infernal garganta de repugnante sierpe, fascinada por el brillo de su ardiente pupila: la humanidad desgraciada escuchó esa voz, se confesó esclava y sirvió ella misma de pedestal á sus tiranos, se confesó esclava ultrajada en sus derechos y hecho pedazos el vínculo sagrado é inquebrantable que debía unirla. Quiso ser libre, quiso ser una, quiso ser igual y tomó en su desvarío la senda que conducía cabalmente á un fin enteramente opuesto, que conducía al despotismo, á la licencia y á la anarquía.

En efecto, señores, tuvo el mundo en lugar de fraternidad, constante división entre hombre y hombre, entre pueblo y pueblo, entre nación y nación; en vez de libertad una real esclavitud fomentada y ocasionada por una no ménos real y desenfrenada licencia, personificada en la deidad que adoró el pueblo francés con gritos de entusiasmo bajo las bóvedas de Nuestra Señora de París; y en vez de igualdad, la más ridícula, injusta y material nivelación del mundo político.

Aquellas ideas y estos efectos, están grabados con profundos caracteres en la historia contemporánea de más de una nación, que vió su gloria y su poder eclipsados por el impío furor del revolucionario, que vió sus hijos conducidos al cadalso por una turba bárbara, cruel, que se gozó en su agonía. Cuesta, señores, creerlo, pero lo muestra una palpable evidencia; aquellas ideas son aún acariciadas, fomentadas y desarrolladas por inteligencias que se jactan de sanas, por corazones que se glorían de leales.

Cuesta creerlo, señores, y no obstante son de cotidiana evidencia esos funestos efectos del siglo.

En efecto, la guerra domina y trastorna las naciones más florecientes, humillando y abatiendo á las vencidas y engrandeciendo efímeramente y en apariencia á las que vencen. Se hace la paz, pero parece que no

fuera más que para prepararse á nuevas luchas. Las que no toman parte en las guerras sangrientas están á la mira, no como meras espectadoras, sino como quien espera su turno. ¿Y cómo puede ser de otra manera, admitida la fatal doctrina de los hechos consumados: confundido el derecho con el poder del más fuerte, ó con la fuerza del más potente? ¿Habrá nacion que quiera permanecer tranquila con sólo la seguridad de su derecho, con inminente peligro de ser presa ó víctima de otra más poderosa? La egida protectora no es la justicia: son los cañones, si se habla de pueblo á pueblo: es el puñal ó el revólver si se trata de los individuos.

Sí, señores, triste es decirlo; pero ello es verdad: duro es confesarlo, pero es un deber del hombre honrado protestar contra el error: que á lo ménos no lea la posteridad ilustrada nuestros nombres confundidos con la de los insensatos ó maliciosos adoradores de un siglo que, con razon, debe llamarse de discordia y de sangre, por más que pretenda ocultar el triste luto que cubre á la humanidad, con el fatuo brillo de algunos descubrimientos sobre la electricidad, y disimular su marcha retrógrada con el material empuje del vapor. No es esto de extrañar. Los pueblos tambien son lógicos y sacan desgraciadamente funestas consecuencias de las absurdas y perniciosas máximas que se le inoculan. Se les ha enseñado á buscar la paz por la guerra, á buscar la paz por el odio y la discordia, la libertad por la licencia, el derecho por la fuerza, la igualdad por el robo del que más puede, la fraternidad por la participacion sacrílega de los mismos maquiavélicos planes, y en fin, la felicidad temporal, prescindiendo de la eterna y colocándola en el goce material, y el pueblo se ha lanzado por las vías de la violencia, del robo y del privilegio.

No se ha querido atender á la pura y verdaderamente humanitaria voz de la verdadera Iglesia, mejor dicho, de su divino autor, que hace consistir la paz en lo único que puede labrarla, á saber: en la constante sujecion de las pasiones desordenadas y en el armónico gobierno de las que pueden sernos útiles y ocasion de verdadero mérito. Sí, señores, esta es la verdad y la única verdad en este asunto: la rectitud del corazon es la fuente de toda honestidad: del corazon brota la palabra como la flor de su tallo, del corazon arranca la accion de la mano y hasta la nobleza y elevacion del pensamiento mana como arroyo de límpido manantial de la nobleza y sublimidad de un corazon puro. Una vez poseido éste de la caridad cristiana, es decir, de la verdadera y no de esa contrahecha caridad, que con el nombre de filantropía se ha pretendido sustituir á aquélla, y con cuyo nombre, ora pretende disimular sus satánicos planes el sectario, ora cubrir su vergonzoso interes el traficante con las miserias humanas, concibe pensamientos grandes, realiza acciones de imperecedera memoria, y se verán surgir del seno de la patria las obras más maravillosas del arte: sea recto y puro el corazon y no habrá odios, no habrá envidias, no habrá ambiciones; si no hay odios, envidias

y ambiciones, reinará la justicia cual soberana sobre augusto trono y, señores, donde impera la justicia, impera y reina sin límites la paz.

JACINTO VÍÑAS.

Patria y hogar (1)

¡Patria y hogar! Hé ahí dos palabras, señores, que en su sencillez encierran el compendio de las más nobles afecciones del hombre, de esas afecciones que tienen por objeto seres creados que nacen, crecen y se desarrollan con el individuo. Dios en su sabiduría infinita nos ha grabado en lo más profundo del corazón ese sentimiento innato que lo encontramos no tan solamente en aquel que se cobija bajo los artesonados techos de suntuosos palacios, sino que también bajo la humilde y pajiza choza del tosco labrador. Y sino, señores, hablad al gaucho de nuestros campos de su patria, de su hogar, y vereis cómo al punto se trasluce en su bronceado semblante el entusiasmo que le inspira el recuerdo de la patria y el sentimiento de cariño que guarda en su pecho hacia el solo nombre de hogar.

Es que ese paisano ignorante también tiene corazón y muchas veces ha escuchado de los labios de sus padres, si es que él mismo no lo ha presenciado, la narración de los hechos sorprendentes de heroico valor que un compatriota bravo, entre cien otros, ofreció en aras de la libertad de su patria.

Y vosotros mismos, señores, ¿no habeis sentido latir con más violencia vuestro corazón cuando ha sonado en vuestros oídos el nombre venerado de la querida patria, presentándose al punto á vuestra imaginación sus glorias, sus desdichas, su grandeza? No cabe duda que el amor á la patria es innato en el ser racional; más, ¡ay! cuántas veces se abusa de ese amor, ocultándose tras él, perversos designios, pasiones desordenadas, nacidas ya sea de la maldad del corazón, ya de opiniones extraviadas ó limitado alcance en asuntos de política.

El que ama sinceramente á su patria, busca y coadyuva al engrandecimiento y felicidad de la misma, aun cuando para ello sea menester sacrificar el bien individual, las convicciones políticas y hasta la propia existencia.

Esa debió ser, señores, la idea, y mejor diré, la obra de los héroes legendarios de nuestra gloriosa independencia, que libertaron palmo á palmo el rico suelo de la hermosa patria argentina.

¿Y pueden colocarse á la par de éstos, á los tiranos del 93, á los sanguinarios secuaces de la Internacional? Y, sin embargo, también ellos

(1) Declamada el día 14 de diciembre del año 1873.

invocaron con sacrilego labio el santo amor de la patria: ¡criminal mentira! ¡repugnante desfachatez! San Martín, Alvear y Belgrano, jamás tendrán su lugar en los anales de la Historia al lado de Robespierre, Danton y Marat.

Los primeros crearon una patria libre, los segundos clavaron el puñal en el seno de la suya desgraciada.

La patria argentina es grande por sus antecedentes y podrá serlo aún más por el valor é ingénita nobleza de sus hijos y por la riqueza y feracidad de su suelo. Pero, ¡ah! señores, permitid á uno de sus más cariñosos hijos, aunque el más insignificante de todos, deplorar la desgracia que sobre ella pesa. Apénas lució en los patrios horizontes la primera aurora de su emancipacion política, cuando se desencadenó sobre ella el huracan violento de las luchas intestinas, tiñendo la verde yerba de sus campos con la sangre de sus mejores hijos. ¡Los combates fratricidas, arrasaron y destruyeron con furia todo cuanto hallaron á su paso, á la manera del buitre de la fábula, que apénas nacido, devoraba con ánsia las entrañas de Prometeo!

Pero mejores dias llegarán, dias de paz, de felicidad, cuando la religion sacrosanta, extendiendo sobre nuestro suelo su benéfica influencia, desde el anchuroso Chaco hasta el tormentoso Estrecho y desde el Atlántico hasta el Ande, muestre al ciudadano con evidencia los deberes para con su patria, y moralice á los pueblos con su doctrina celestial, porque nadie como la religion, señores, y lo digo bien alto, enciende en el alma ese amor verdadero y sublime de la patria, ennobleciéndolo, santificándolo.

¡El hogar! Santuario de la familia, que encierra en su seno los recuerdos más preciosos de la humanidad. Cuántas veces el hombre acosado por la desdicha, maltratado por los desengaños, halla reparador consuelo al lado de una piadosa y amante esposa, rodeado de tiernos y cariñosos hijos y amorosos padres.

¿Podeis hallar un cuadro más conmovedor, más tierno y que interese más al alma que aquel en que una madre, ángel tutelar de nuestra existencia, enseña á su pequeñuelo á elevar su infantil pensamiento hácia Dios despues de velar cuidadosa por su tranquilo sueño? ¿No habeis visto cuánta ternura, cuánto cariño se revela en sus más sencillos ademanes, con qué solícito afán atiende al tierno fruto de sus entrañas? ¡Oh! la madre cristiana encierra en su pecho un tesoro inagotable de amor, pues para ella no hay hijo desnaturalizado, porque á todos les alcanza igualmente su cariño; en ese caso no hace sino llorar, orar y esperar. ¿Habeis sentido alguna vez clavarse en vuestra alma los dardos del dolor sin que acudiendo á vuestra madre, no hayais escuchado de sus labios frases dulces y alentadoras que os devolvieron la calma y mitigaron vuestro pesar? ¡Oh! señores, solamente en el hogar se hallan esos seres, grandes en su debilidad, sublimes en sus afecciones.

Vereis al padre respetado y venerable por su carácter dirigiendo la

inexperta planta de su hijo en medio de las malezas y espinas del mundo y desempeñando su noble misión en el hogar como en el centro de donde nacen todas sus operaciones estratégicas que tiendan á apartar de aquel pedazo de su corazón las pérdidas seducciones del mal. ¡Cuán grato es contemplarlo cuando descollando entre la familia dirige sabios y frecuentes consejos nacidos de su profundo amor, al hijo que está próximo á separarse de sus paternos brazos para partir á lejanas tierras!

¡Y en el momento de la separación! Parece entonces como que quisiera enviar su alma, su ser todo, con el que parte!

¡Padre, madre! ¡Qué nombres tan dulces y qué bellos recuerdos excitan en nuestro entendimiento y corazón! ¡Cuán pronto nuestra juventud inexperta se desbocaría por el camino de la maldad sin sus cariñosas palabras que se gravan en el corazón humano, cual los caracteres en el bronce! Muchas veces el solo recuerdo de sus juiciosas máximas le detiene al borde del precipicio, porque se presenta ante nuestra imaginación espantada la figura iracunda de los autores de nuestra existencia. En el hogar se encuentran los emblemas más verdaderos de los desinteresados y profundos afectos, porque él encierra en su seno todo lo que comprende la familia, que es como si dijera, todo lo más grato y amable al corazón.

Pero el hogar, señores, lo mismo que la patria sólo puede hallar su perfeccionamiento, su verdadera felicidad en la religión, toda vez que ella ennoblece al primero y engrandece á la segunda dotándola con la libertad que de su seno nace y que constituye el bien de una nación, puesto que un pueblo sin libertad, es como un bosque extendido desprovisto de verde follaje y que levanta hasta las nubes su derruido ramaje cual innúmera multitud de blancos y descarnados espectros.

Patria y hogar es el canto que entonamos en estos momentos solemnes, y que prestando un débil rayo de inspiración á nuestras infecundas y estériles fantasías, han logrado arrancar de nuestras destempladas líras algunas discordantes pulsaciones, que consagramos humildemente á nuestra patria y que en alas de la brisa irá á repercutir también en el seno de nuestros hogares. •

JUAN B. AGUIRRE SILVA.

Las reducciones del Paraguay (1)

Señores:

«De tres siglos á esta parte, la Historia no es más que la constante conspiración contra la verdad», ha dicho el conde de Maistre; aunque

(1) Declamada el día 11 de diciembre del año 1874.

esta amarga verdad no estuviese garantida por el brillante talento y perspicacia de uno de los hombres más eminentes de nuestro siglo, bastaría á convencernos de ella la experiencia diaria; lo que están viendo nuestros ojos. Sin ir más léjos, tenemos aquí, en una nacion vecina, en el hermoso y pintoresco Paraguay, un ejemplo que, aunque triste, es el más exacto de la verdad que entraña el célebre dicho del gran político cristiano ántes citado. No penseis, señores, que voy á considerar el Paraguay políticamente, y mucho ménos en las épocas aciagas que hoy atraviesa; me refiero tan sólo á aquella parte del Paraguay y de su historia que abraza las célebres y nunca bastantemente alabadas misiones, que, dicho sea de paso, son tambien el exclusivo asunto del solemne acto que celebra la Academia de Literatura de esta ciudad, para solemnizar la augusta ceremonia de la reparticion de los premios á que en buena y noble lid se han hecho acreedores el talento y la virtud durante el año que va á espirar.

Decia, señores, que el Paraguay nos ofrecia un triste ejemplo de lo que es la Historia en nuestros decantados dias de progreso. ¿Qué no se ha dicho, qué no se ha escrito por los enemigos de la moral y de la religion para desfigurar en odio de una y otra los hechos más culminantes, más preciosos de nuestra historia americana? ¿Qué medio no se ha adoptado, á qué acto no se ha acudido, para neutralizar en las almas nobles y virtuosas la impresion que debía causar la verídica noticia de los grandes y verdaderamente portentosos resultados, que ha dado la predicacion de la moral evangélica doquiera se ha escuchado y se ha dejado libertad para practicarla?

Desde la fábula inverosímil, desde el cuentecillo ridículo, desde la historieta de mala ley, hasta la audaz mentira y repugnante y negra calumnia, todo ha sido puesto en juego con arte y habilidad sorprendentes, para presentar á los misioneros católicos del Paraguay, á esos hombres verdaderamente grandes, á esos hombres á quienes es deudora la América toda, y muy especialmente el Paraguay, de eterna gratitud, á esos hombres, en fin, cuyos sacrificios, abnegacion y heroísmo no supieron ni aún comprender los que tan indignamente pretendieron denigrarles con sus escritos; para presentarles, decia. . . . (apénas señores, me atrevo á decirlo sin que colore mi rostro la vergüenza, pues que soy americano), para presentarlos como los corruptores de las dóciles é inexpertas inteligencias del pobre salvaje de la América, como los sembradores de la discordia entre las tribus salvajes y los que se llaman sus conquistadores!!! Presentar á esos hombres, á esos verdaderos héroes de la civilizacion, como la única rémora de los adelantos de ésta!! Como la causa del atraso en que yacia por muchos años nuestra América, y por decirlo de una vez, como los ministros más leales del despotismo!! ¿Y por qué todo está? Porque habrian realizado con sólo la cruz en la mano y la caridad en el corazon, la obra más grande que vieron los siglos, la empresa más difícil llevada á cabo con

sólo el prestigio de la santa fe cristiana; porque fabricaron con delicada mano una de las más brillantes y preciosas flores que se han engastado jamás en la corona de la real esposa del Cordero, porque lo realizaron sin más efusión de sangre que la propia; lo que jamás pudo ni aún forjarse en su febril delirio la impiedad impotente y la filosofía presuntuosa del siglo pasado: porque arrebatában á la codicia de miserables especuladores una parte no pequeña donde ejercer querían el innoble tráfico á que aspiraba su codicia insaciable y que tan funesta debía ser al indígena desvalido, cuyo candor y debilidad estaban acostumbrados á explotar sin reserva ni compasión. Sí, señores, he tocado, aunque de paso, las dos principales causas, es decir, la codicia y la impiedad que poderosamente han influido en escritores asalariados ó inconcientes para falsear torpemente y desfigurar los hechos con incalculable detrimento de la historia en general y de la de nuestros países en particular.

Para formarse una idea de la obra, verdaderamente colosal, de civilización, que en ménos de medio siglo llevaron á cabo un puñado de hombres apostólicos, era menester conocer el tristísimo estado en que se encontraban estas apartadas regiones sumidas en las tinieblas del error y de la ignorancia, presa de las más degradantes pasiones, de los instintos más feroces. Muchas tribus, dice el célebre Cantú, ni aún tenían la palabra *Dios y alma*, que había de darles á conocer el misionero por ideas materiales. Era menester además conocer los grandes obstáculos que se oponían y en que se habría estrellado el genio más emprendedor, á no estar animado de aquel coraje, energía, resolución y constancia que caracterizan al apóstol de Jesu-Cristo. Sería, en fin, preciso haber observado de cerca la marcha que llevaron los pueblos de Misiones mientras la mano del hombre no vino á deshacer temeraria lo que la fe y caridad cristianas habían construido con tanto trabajo; porque apenas parecé creíble, señores, reinase un orden tan admirable, una tranquilidad y paz tan inalterables, tan estrecha unión y tanta pureza de costumbres y una piedad tan sólida como sincera, en hombres que poco há eran el espanto de la selva y de los países que habitaban. Pues bien, aquellas maravillas de orden y civilización, se vieron realizadas en los pueblos de Misiones del Paraguay. Permitidme que os cite uno que otro testimonio, bajo todos aspectos más autorizado que el mio: «Fundáronse las reducciones ó parroquias en los sitios más pintorescos, es Cantú quien habla, y generalmente con casas de piedra de un solo piso colocadas en cuadro al derredor de la plaza pública, donde estaba la iglesia, la casa de los misioneros, el arsenal, el granero y el hospicio para los forasteros. Cada pueblo de éstos era gobernado por un sacerdote... que se ocupaba en la administración mientras un teniente ejercía las funciones epirituales. Y todos dependían de un superior á quien el Papa daba amplias facultades para confirmar... Los niños eran educados en dos escuelas; una para las letras y otra para la música y el canto, en el que adelantaron tanto, que llegaron á construir toda clase de instrú-

mentos. Todos debían aprender á leer y á escribir; pero estaba prohibido estudiar la lengua española, para que la comunicacion no corrompiese su sencillez. . . . Se examinaba la inclinacion de los niños y se dedicaban unos á la agricultura, que daba estabilidad á las tribus errantes, y otros á las artes necesarias ó de adorno, en las cuales tenían por maestros á los mismos jesuítas. Las mujeres trabajaban en las casas, separadas de los hombres y cada semana recibían la lana y el algodón que entregaban hilado el sábado. Si había alguno que mostraba talento, era iniciado en las ciencias y en las letras en que eran instruidos y en el retiro, en el silencio y en el estudio para formar sacerdotes y magistrados.

Al despuntar la aurora, anunciaba la campana la hora de levantarse, y todos corrían á la iglesia á dar gracias al Creador, y por la tarde la misma campana los reunía otra vez en la iglesia, principiando y concluyendo con cánticos el día que empleaban en el trabajo. » (E. Moc. 14. cap. 11.) Siento no poder continuar las preciosas citas que me ofrecen la verídica historia de aquellos pueblos afortunados. Ya veis, señores, que no podía idearse una forma de gobierno más sencilla, dulce y paternal. Jamás se vió un pueblo tan feliz: gobernado por siglo y medio sin contribuciones, sin cárceles, sin verdugos, es decir, sin crímenes, ofrecía un espectáculo que no han presentado jamás las naciones que se llaman cultas, y que creen haber llegado á la cima de la civilizacion.

Ni es sólo Cantú, señores, quien tan ventajosamente habla de las reducciones del Paraguay: Chateaubriand, Cretineau Joly, el tirolés Sepp, Muratori y otros muchos honrados y hábiles historiadores hacen los más brillantes elogios de aquellos pueblos felices y se complacen en citar las reducciones del Paraguay como un imperecedero monumento elevado á la civilizacion por los apóstoles del cristianismo, como una obra maestra del cristianismo, como una prueba brillante del espíritu eminentemente social y civilizador del Evangelio. Y en prueba, señores, de que es debido al cristianismo y exclusivamente al cristianismo esta obra, es sabido y notorio que apenas faltó la mano que la dirigía y el espíritu que la conservaba fué derrumbando y reduciendo á los escombros que hoy observa con la tristeza en el corazón y el llanto en los ojos el viajero imparcial que las visita y lee en esas ruinas, en profundos caracteres, la sentencia de muerte lanzada contra la civilización, y ve destruido el pedestal de la que, en tiempos no remotos, había sido la gloria y justo orgullo de una gran parte de la América del Sud.

ZENON MARTINEZ.

Influjo de una madre en la sociedad (1)

Señores Académicos :

Cuando ávida de luz, verdad y conocimiento, esta chispa divina que arde en la mente del hombre, dirige su mirada en torno del universo que la rodea, buscando nuevo pábulo á su lumbré, y combustible á su fuego y ardores, un suspiro se escapa de nuestros pechos, una lágrima se desprende de nuestros ojos : en efecto, doquiera siente su planta el hombre, entristecen su corazón áridos desiertos cuajados de abrojos y de espinas, ora se dirija al oriente, ora al occidente ; ya trepe á elevadas montañas, cubiertas las más de perpetuas nieves ó de seculares bosques las otras ; ya, en fin, recorra las abrasadas regiones de mediodía, encontrará doquiera el dolor y tendrá por inseparable compañero el llanto. Sí, señores ; esta es la historia de la humanidad desde que su primer padre cayó desde el alto grado á que le elevara su divino autor. Verdad es que de cuando en cuando viene el placer cual brisa fugitiva á refrescar nuestras frentes, pero ¡ah! ¡vana pretension! los breves momentos de su soplo no hacen más que provocar el dolor á una reacción más violenta y profunda : llorando entramos en el mundo, y una lágrima amarga será también la última prueba de que vamos á descender á la tumba ; porque el dolor es la divinidad ante quien se humillan todas las gentes, en cuyas aras queman incienso todas las generaciones, á quien detestan y aborrecen todos los siglos.

Pero decidme, señores : ¿ aquel Dios que nos ha sacado de los abismos de la nada, aquel Dios monarca que manda al sol, que detiene el curso de los astros, que mira al cielo y á la tierra prosternarse en su presencia, Dios omnipotente cuya mirada estremece los montes, á cuya voluntad sopla el ábrego, retumba el trueno y los furiosos elementos levantan tempestades, ¿ es posible, señores, que nos haya lanzado como al acaso en el valle sombrío de este mundo, sin una mano que nos conduzca, expuestos siempre á derrocarnos en la escarpada pendiente de la vida ? No, señores, no ; el cielo nos ha deparado un ángel cuyo acento melodioso es más tierno á nuestros oídos que el arrullo de la paloma, más dulce que el eco moribundo de un arpa eolia ; un ángel á cuya sombra vemos deslizarse placenteros nuestros días por el mar tranquilo de la vida, como se desliza el ala de un cisne que resbala lentamente por la superficie de las aguas de un lago cristalino. ¿ Quién es, pues, ese ángel de la humanidad, ese lenitivo de nuestras dolencias, panacea de todos nuestros males ? Es la mujer, pero revestida del doble carácter de madre cristiana : la madre, señores, que, si recorremos uno por uno los eslabones que constituyen la cadena de los tiempos, si penetramos en

(1) Declamada el día 14 de diciembre de 1875.

el laberinto oscuro de los sucesos, si levantamos por un extremo el velo tupido que oculta á traves de opacas sombras la serie incalculable de mudanzas por que ha estado atravesandó la humanidad, la encontramos siempre ejerciendo su influjo, mediato ó inmediato, sobre el individuo en el seno de la familia, y en consecuencia, sobre la sociedad, ¿quién ignora el inán poderoso, el poder más que eléctrico que posee el corazon de una madre sobre un hijo? Dirigid, dirigid, aunque sea brevemente, una mirada sobre la vida del hombre, y la encontrareis siempre velando al lado cual guardian de su existencia.

Apénas abrimos por vez primera los ojos á la luz, el primer objeto que se presenta á nuestra vista todavía incierta, vagarosa, es el semblante cariñoso de nuestra madre; el primer dulce sonido, la primera melodía que recrea nuestros oídos, es el acento de aquel nombre cariñoso que apénas balbucea el tierno infante, es el nombre dulcísimo de madre; ella es la que en los dias de nuestra infancia nos instruye en el orden de las sensaciones, poniéndonos en relacion con el mundo corpóreo; es ella la que á costa de desvelos y trabajos abre los senos de nuestra inteligencia; ella nos enseña tambien á navegar por el piélagó de este mundo, siempre sacudido y azotado por las borrascas de la vida, haciendo brillar sobre el horizonte de nuestra existencia un faro luminoso y poniendo en nuestras manos la brillante antorcha de la fe cristiana; ella abre todos los resortes, pone en juego todos los elementos para dirigir nuestros pasos en los dias de la infancia.

Pero, señores, esos momentos de felicidad, ese tiempo de recreos infantiles se desliza una vez para nunca más volver; pasa efímero como pasa la nube de verano que flota en las altas regiones del espacio, como pasa una ráfaga de viento, como pasa el relámpago que fugaz rasga las nubes, sin que deje en pos de sí otra cosa que el contraste de su brillo con las tinieblas que le suceden; y al modo que la agradable primavera se torna en caluroso verano que va agostándolo todo con el rigor de sus ardores, así tambien suceden á los risueños dias de la infancia, los ímpetus, los ardores, los arrebatos y borrascas, de una juventud trrbulenta. Sinembargo, señores, en esta edad, cuando el hombre es blanco de todas las furias, cuando siente despertarse en su pecho el odio, la ira y los instintos de la venganza, llega á destruirlo todo, á sacrificarlo todo por saciar una pasion que es su ídolo, su único Dios, cuando altivo y desdeñoso, pasa ante grandiosos templos sofocando en su pecho el sentimiento religioso que cual llama divina arde en lo íntimo de su pecho, por ser característico á todo hombre, haciendo alarde de impío y descreído; en esta edad nadie habrá, por desalmado que sea, que deje de inclinar su corazon y sus tendencias á una sola mirada de aquella madre, que fuera el origen de sus dias, y si no basta la mirada se doblegará á su voz, y si su pecho late á impulsos de un corazon de granito, impenetrable al eco de las palabras de una madre, aún le queda á ésta un medio eficaz para moverle, un resorte poderoso; sus lágrimas. Sí,

señores, las lágrimas de una madre hallan siempre eco en el corazón de un hijo; recorramos sino por un momento, las páginas de la Historia y se presentará á nuestra vista, aquella ilustre matrona romana, la madre del invicto guerrero Coriolano, la cual con sus lágrimas, libró á Roma de una de las más terribles catástrofes que se cernieran sobre ella en los tiempos de la república.

¿Pero á qué sacar ejemplos de la antigüedad? emudezca, señores, emudezca una y mil veces la historia del paganismo, y oculte sus pálidos fulgores ante el foco luminoso, que nos irradian los rayos de la religion cristiana: sí, señores, en los tiempos del cristianismo, se encuentran á millares los nombres de ilustres guerreros, de nobles heroínas, que despreciaron los tormentos más horribles, mientras que no pudieron permanecer insensibles ante el conmovedor sollozo de una madre: no es extraño que sea tanta su influencia, sobre el corazón de su hijo, ligándole con él las más estrechas relaciones. Y no es extraño que su sola mirada, su sola palabra sea para nosotros más sutil que el límpido rayo de la luz al penetrar en el cristal de las aguas de la fuente; más penetrante que el suave rocío de la noche en la mullida y esponjosa tierra, y en los deliciosos tejidos y membranas de las hojas y las flores y de la yerba de los prados; pues que ella es la primera que imprime el tierno beso en nuestra frente, la primera á quien consagramos la primera sonrisa, y su imagen queda tan hondamente grabada y con tanta ternura y constancia reposa en nuestro corazón, que, encorvado el anciano bajo el peso de los años, próximo á descender al sepulcro, y padre quizá de una generacion numerosa, aún recordará los dias de su inocente niñez y de su florida juventud, los dulces atractivos de una madre que le pintara con los colores más pálidos el vicio y le halagara con los dulces encantos de la virtud en la aurora de su vida; y la sublime plegaria que elevan sus labios moribundos, será aquella precisamente, aquella que le enseñara una madre, cuando mecía blandamente su cuna, cuando le alimentaba con el blando néctar de su pecho, cuando permaneciera inmóvil junto al lecho del dolor regándole con sus lágrimas sin contar sus sacrificios.

Por esto, señores, repito, no es de extrañar que tanto influjo tenga una madre sobre el individuo y por consecuencia sobre la sociedad.

Bien lo conocen, señores, esos modernos filántropos, esos nuevos doctores de la sociedad, que pretenden levantar el edificio social, basándolo en ridículas utopías y en absurdos sistemas, que levantan establecimientos de enseñanza donde al tierno niño y á la delicada doncella se les prodiga una educacion indigesta, que en todo abunda ménos en moralidad.

Bien lo conocen, digo, porque por todos los medios que están á su alcance, procuran descatolizar á la mujer, corromper sus creencias con la máscara mentida de la adulacion y la lisonja, coronándolo hoy de laureles que serán mañana humedecidos por el llanto, que reverdecen por un momento para marchitarse despues en las sienas mismas que las

cifien; pues saben que el extravío de la doncella importa la desmoralización de la madre, y la desmoralización de la madre, señores, encierra la perdición del niño, y por consecuencia, el abismo de la sociedad. Estos hombres infames, olvidados de que salieron de las manos del Creador, que les diera la respiración y la vida, y que se hallan revestidos del brillante ropaje de la inmortalidad, le han declarado una guerra injusta, insensata y cruel, y en su delirio y satánico orgullo han juzgado que el mejor medio de realizar sus planes inícuos es debilitar la fe de la mujer y pervertir sus creencias.

Tratan además de esgrimir armas contra el cielo, y saliendo al campo contra su Creador, traban batalla contra el Dios que sólo es grande y señor de los ejércitos: pero caerán, caerán esos tronos levantados por la fuerza, porque no es esta fuerza, no, no es la bayoneta, la espada ó el cañon lo que afirma los imperios sobre bases de granito: se evaporarán esos inciensos y se derrocarán esos altares levantados al placer con estrepitosa caída; y el eco del estruendo se transmitirá de gente en gente, de siglo en siglo, de generación en generación, como se transmitió el derribo de Babilonia con sus torres, de Nínive con su pompa, de Méfis con sus sacerdotes, de Atenas con sus poetas y oradores y de Roma con sus oradores y poetas; porque nada está sobre sólidos cimientos sino Dios, y todo lo que no es Dios pasa y muere, como muere la espuma que deshace la ola, como desaparece la ola que va á sumergirse en los senos profundos del océano.

¡Alerta, pues, madres de familia! Ved en qué manos depositais el precioso tesoro que el cielo os confiara, si no quereis que pervertida la mujer, que tan importante papel desempeña en la sociedad, vuelva á sumergirse en el tenebroso caos de que le sacara la brillante luz del cristianismo. ¿Y cuál será, señores, el deber de los católicos argentinos? impedir este cataclismo debe ser el objeto, el blanco de los verdaderos católicos que hoy día aunan en todas partes sus esfuerzos para trabar el reñido combate, que la impiedad, cual hidra rabiosa, de mil maneras presenta con sus numerosas lenguas y cabezas, contra la Iglesia su natural é irreconciliable enemiga. Entre esos campeones del catolicismo, que mejor han defendido nuestra religion en esos días en el seno del parlamento y asambleas populares, merece contarse ese hombre, una de las glorias más puras de la España, una de las celebridades intachables de la época presente, que es al mismo tiempo un bello ornamento de la Iglesia y valiente y esforzado paladin de la más noble de las causas, la religion del Crucificado; ya comprendereis que me refiero al señor don Antonio Aparisi y Guijarro, cuya voz elocuente, inspirada siempre en el más acendrado patriotismo, se alzaba vigorosa para defender toda causa noble y justa, pero ¡ay! señores, aquella voz enmudeció, aquella elocuencia triunfadora ya no arrebató como arrebató solia á los representantes del pueblo en las cámaras españolas. Con sus palabras, pues, daré fin á mi discurso, porque ellas, señores, vienen á corroborar mi

aserto de que el influjo de la madre en la educación moral de sus hijos, trasciende por lo general á toda la existencia del hombre.

Hé aquí, señores, cómo Aparisi terminaba su discurso de recepción en la Academia española, arrebatado por las dulces reminiscencias de una madre cariñosa, que ya no existe sobre la tierra sino en una región mejor; decía, pues, con su acostumbrada dulzura: « desde que tengo uso de razón, en todas ocasiones, en público y en privado, en tiempos prósperos y adversos y sin peligro y con peligro, he defendido las altas verdades que empecé á aprender sentado en el regazo y reclinado en el seno de aquella dulcísima, tiernísima y cristiana madre que Dios me dió. »

He dicho.

ZENON MARTINEZ.

El triunfo del cristianismo sobre el paganismo (1)

Señores Académicos:

El imperio Romano, el más enorme coloso que en algún tiempo vieran los siglos, abrazaba ántes del cristianismo la mayor parte de los países hasta entónces conocidos. La laureada corona del César era el anillo de oro que eslabonaba con la soberbia Roma los diversos Estados del orbe, arrancados del mapa de la tierra hecho girones por las garras del águila romana; pueblos y naciones enviaban todas las primicias de su suelo á la ciudad del Tiber, reina absoluta de naciones y de pueblos; y entre ese fausto se dormía y con esa adulación se arrullaba y embriagaba de perfumes cual vestal, olvidada de las castas doctrinas de Pompilio, había desgarrado los nuevos encajes de su cándida vestidura, para adornar su frente con los pámpanos de la bacante y ahogar las palpitaciones de su pecho entre el humo de la orgía. El pueblo, aletargado entre el fausto de la conquista, olvidó también sus glorias y sus virtudes legendarias para aspirar tan sólo al alimento que le arrojaban desde el triclinium sus señores, ó para concurrir á los horrorosos espectáculos del circo, donde verán caer en la arena ensangrentada á los esforzados gladiadores como palmeras cimbradoras que arranca de su puesto el impetuoso simoun, genio gigantesco de las tempestades del desierto. ¡Pobre pueblo! En su fatal ceguera no comprendía que la única música de esos espectáculos era el ronco crujir de sus cadenas. Virtud, pudor, honestidad, nada existía; una atmósfera de corrupción envolvía al imperio, que aspiraba por todos sus poros un ambiente saturado con vapores de gangrena.

(1) Declamada el día 9 de diciembre del año 1879.

El César divinizado, las costumbres prostituidas, y la idea de Dios perdida, si no del todo, dividida en tantas formas cuantas inteligencias habia en el dilatado imperio; ese era el espectáculo que ofrecia el mundo ántes de la llegada del Mesías. El más desenfrenado politeísmo habia colocado sobre el capitolio de Roma todos los dioses del universo, como si cada golpe de sable del guerrero hubiera arrancado un laurel para las sienes de la nacion romana, forjado una cadena para el pueblo vencido y arrebatado un dios desconocido para recibir las preces de aquellos degenerados hijos de Bruto y Cincinato. Vénus la hermosa, surgiendo de entre la espuma de los mares como la luna de las plateadas nubes de los cielos; la sabia Minerva, el poderoso Júpiter, Diana la casta y el negro Pluton, departian el altar y el sacrificio con los dioses de la Persia y del Egipto, con los fantasmas de los druidas y las divinidades de los galos. Todos estos ensueños poéticos ú horribles, tenian sus altares en el inmenso templo de las siete colinas, y hombres y dioses se confundian divinizados con todos los vicios de los dioses y de los hombres. Todo se revolvía en confusion siniestra, y una tormenta de esclavitud y desenfreno rugia sordamente en aquel espacio de tinieblas. El mundo vagaba en la inmensidad como una masa inerte; y la sociedad, enmarañado laberinto de pasiones y rencores, amenazaba hundirse bajo el peso del despotismo más ominoso.

Pero Israel vivía; en los poéticos valles de la Palestina, en las montañas pintorescas de Judea, la idea mosaica reinaba todavía, y su doctrina santa, y su principio eterno, pasaba de generacion en generacion como sagrada herencia, resonando el sagrado nombre de Jehová en sus brisas y en sus auras, saludado con júbilo por la música dulce de las palmas. Allí vivía el espíritu en sus oraciones con el cielo donde reinaba ese ser cuya grandeza se hallaba escrita con signos de luz en la naturaleza entera.

Allí nació el cristianismo, flor que perfumó con su divino aroma la emponzoñada atmósfera del universo, lluvia de rocío, que reanimó aquel mundo del alma que ántes era un desierto ilimitado; estrella en el desordenado mar del paganismo, donde la humanidad se sumergia entre el crespon de la espuma y la montaña de la ola para aparecer agonizante encima de la ola y de la espuma. En la cima desierta del Calvario, el ángel de la redencion contempló al mundo, poniendo un freno al desorden, proclamando la libertad humana y recogiendo la maldad del universo para precipitarla en el abismo de la nada, como recoge la tempestad sus nubes y huracanes para hundirlos en las soledades infinitas del espacio.

Pero ántes de extenderse por el orbe la religion de Cristo, tuvo que sufrir rebeliones y combates, para aparecer más grande con el triunfo, con la victoria más sublime. El Imperio de los césares fué el muro de granito que se opuso al ensanche de aquella fuente cristalina en cuyas olas de plata se hallaba escrita una doctrina de amor y de ter-

nura. El mundo la contempló asombrado, y sediento de verdad quiso abrazarla con entusiasmo; pero el César y sus divinidades temblaron á la vista de aquellos hombres que predicaban el triunfo de la humana libertad. Su Maestro habia caído en un patíbulo por enseñar la pureza, blanco lirio de los jardines de la vida; el amor, astro de fuego que ilumina las tinieblas de la existencia, y la fraternidad que reúne á los hombres en una misma familia y cobija á la humanidad bajo una misma bandera. Estos principios santos fueron la sentencia de muerte pronunciada por el César contra la religion del Nazareno; pero al mismo tiempo fué la prelusion sublime de la divina epopeya del cristianismo, epopeya principiada con lagrimas y sangre, pero que debe concluir, allá en el límite del tiempo, con cantos y con flores.

Proscrita fué su doctrina y perseguida fué su idea por aquellos emperadores bajo cuya figura humana se ocultaba un corazón de hiena, y la frase de ¡muerte al cristianismo! halló muy pronto eco en los discípulos de Eliogábalo y los epicuristas prostituidos. Los áridos desiertos del Ponto, donde lanzara Ovidio sus cantos de amargura, se vieron pronto llenos de cristianos perseguidos que por edicto del César debían abandonar el hogar doméstico, para ir á aquellas incultas soledades donde tenía su habitacion el tigre y su guarida la pantera. Sin patria y sin hogar, los héroes cristianos sostuvieron aquella lucha horrenda, sin más armas que su fe y sin más amparo que el cielo y la esperanza. Con esta persecucion encarnizada, no se apaga el hambre famélica de los chacales paganos, y nuevos sufrimientos obligan á los fieles á refugiarse en los negros subterráneos, en las tenebrosas catacumbas, bajo cuyas negras bóvedas resuenan en eco dulce las plegarias, que al volar hácia el Eterno entre las nubes del incienso, alumbran el camino de los fieles con efluvios celestes, y les hacen escuchar la sublime salmodia de los coros divinales.

Entre aquella persecucion sin tregua, el espíritu del cristianismo se prepara á nuevas luchas, con nuevas esperanzas y nuevos atletas de la sublime idea corren á engrosar las filas de los discípulos del Hijo de María. Fuertes por el soplo inmortal que los anima, se niegan á huir de pavora ante los tiranos, y con la mirada chispeante de resignacion y de entusiasmo y el labio sonriente de amor y de alegría, aparecen á la luz del astro matutino tremolando en sus manos el lábaro inmortal de Jesu-Cristo. Entónces la furia de los emperadores no reconoció obstáculos, no hubo diques que se opusieran al torrente de su enojo. Ancianos encorvados bajo el peso de los años; niños inocentes que apenas balbuceaban el dulce nombre de sus madres; castas doncellas que apenas nacían á la aurora de la vida como nacaradas azucenas que abren sus pétalos á la placida luz de la mañana; todos llenos de resignacion sostuvieron la lucha enrojeciendo la arena cálida del circo con las manchas de su sangre. Los tormentos se multiplicaron junto con la rabia del verdugo; bajo las marmóreas bóvedas del palacio del César, se oyó un dia salmo-

diar una plegaria: una mujer que cubria sus hombros con la púrpura de los césares, fué la elegida por el Eterno para franquear la entrada á sus discípulos en el palacio de Roma: el ángel del bien sonrió con la perspectiva del triunfo de la Cruz que, como el sol de un nuevo día, aún estaba envuelto entre los pliegues cándidos del alba. En vano Galerio intenta cortar la vida del inmortal Constantino; sus golpes se embotan, y empieza ese no interrumpido canto de victoria que hizo estremecer en sus cimientos al universo todo. Constantino el Grande tremola por enseña de combate el lábaro divino que divisó rutilante en el límpido azul del firmamento: Magencio, representante del paganismo, se hunde con el imperio prostituido entre las cenagosas aguas del Tíber, y en alas del triunfo y de la gloria escala el horizonte la verdadera cruz del Nazareno y la espada de Constantino graba sobre el negro escudo de Licinio, el himno inmortal de su victoria.

Triunfante el cristianismo y abarcando ya entónces todos los pueblos y ciudades, solo faltaba que el heroísmo cristiano sacrificara los más preciosos dones de la vida en holocausto precioso; los desiertos de la Libia se pueblan de santos ermitaños, que en la soledad y el silencio tratan de aclarar el camino de la verdad, viendo en las peñas y montañas el signo de un Creador, que por medio de una nueva luz esplendente los invita á esas contemplaciones divinas, en que la materia muere, y el espíritu, en las alas de luz de la esperanza vuela al infinito á complacerse en el estudio de la naturaleza y de los misterios que la pueblan, para dar ensanche á la idea y realidad al pensamiento.*

Miéntas el hombre buscaba el silencio y la paz en el desierto y bajo el amparo de la Cruz, preséntase ante el mundo, ornada con las galas del ángel, la mujer. Esclava bajo el paganismo y regenerada con la sangre del Mesías, ofrece tambien al Eterno el santo perfume de la virginidad y coronada de lirios y azucenas, entona el himno sacrosanto del triunfo del cristianismo.

Entónces los dioses del Olimpo cayeron de sus rotos pedestales; el hombre alcanzó la libertad del pensamiento y la Cruz del Redentor del mundo se alzó majestuosa sobre los humeantes restos del paganismo, abriendo sus brazos maternales para unir en su abrazo la humanidad entera. Pirámides de siglos se amontonaron á sus plantas para servir de escabel á su trono refulgente; las flores le enviaron sus perfumes; los astros la coronaron con las hebras brillantes de su luz, y la Creacion entera entonó en la lira colosal del universo el himno sacrosanto de los cielos: ¡Gloria á la cruz, al cristianismo gloria!

RAMON LASSAGA.

**La ofrenda de América ante los restos del general
San Martín (1)**

Señores :

¡ El Gigante de la América al fin se halla entre nosotros ! Las gloriosas cenizas del inmortal libertador de tres repúblicas, honran en estos momentos solemnes el suelo querido de la patria

El mártir de la proscripción, viene á vivir entre sus hijos la vida interminable de los héroes ; quiere que su pueblo enternecido al dulcísimo recuerdo de su nombre vierta sobre su tumba una tierna lágrima de gratitud ; viene en el apogeo de su pompa y majestad para iluminarla con los rayos de su gloria y ceñirla con las coronas de su inmortalidad.

Media centuria de funestas agitaciones ha ya desgarrado el suelo vírgen del Nuevo Mundo, desde que el insigne vencedor de San Lorenzo se alejara para siempre de nuestras playas con el corazón destrozado por el dolor y abrevada de amargura su alma grande y generosa.

¿ Y conocéis, por ventura, las angustias, desdichas y tormentos de un prolongado y bárbaro ostracismo, léjos de las prendas queridas, objetos dulces de nuestro amor ? . . .

¿ Habeis acaso libado alguna vez en el acibaroso cáliz del destierro las hieles de un criminal olvido y los pesares de una eterna ausencia ? . . . ¿ Sabeis lo que es vivir en proscripción dura y desapacible, peregrino en tierra extranjera, hecho *proverbio de las facciones políticas* el que fué regenerador de pueblos esclavos y redentor generoso de cautivas naciones ? . . .

¡ Ah ! ¡ qué muerte tan cruel y dilatada debe ser la mísera existencia del proscrito sin nombre !

¡ Y esa fué, señores, la vida infortunada del primer capitán de América ! Veinte años de horroroso martirio ; veinte años de aflicciones sin cuento y perpetuas agonías inclinaron al fin aquella frente noble y altiva, donde resplandecía el genio que jamás había sido abatido por el peligro ni el desaliento ; y enflaquecieron aquel robusto brazo ante cuya pujanza huyeron espantadas las aguerridas falanges de la Iberia, y lo que no habían podido lograr nunca las huestes enemigas en medio de los horrores del combate, alcanzaron algunos ingratos entre las sonoras dianas y estrepitosos vítores del triunfo.

Setenta años há, un clamor inmenso resonó en nuestras llanuras, y volando del uno al otro extremo de la América, fué á expirar atronador en las riberas asombradas de la Hesperia ; y setenta años se han ya confundido con las edades que fueron desde que el radiante sol de la Independencia coronó con sus rayos esplendorosos la orgullosa frente

(1) Declamada el día 28 de mayo del año 1880.

de la vírgen liberta que despertaba, sorprendida á sus reflejos, de un soporoso sueño de tres centurias de humillacion y vergüenza!

Pero cincuenta años tambien nos separan de aquel dia tristísimo y lloroso en que el genio tutelar de nuestra patria querida, despues de habernos legado una larga herencia de gloria y de habernos ceñido las sienes con las inmarcesibles palmas de sus combates famosos y maravillosas victorias, nos abandonó apesarado por última vez para no volver jamas á cubrirnos con su egida prodigiosa.

Hoy, aclamado por el acento poderoso de todas las gentes libertador inspirado de un nuevo mundo cautivo, arriba yerto cadáver, á las playas suspiradas del majestuoso Plata, buscando en el ardiente y entusiasta corazon de sus compatriotas queridos el eterno recuerdo de sus proezas admirables.

Mas, ¡qué lúgubre y desgarrador espectáculo presenta en estos momentos á las naciones de la tierra la patria inmortal de los incas indomables!

Tres repúblicas hermanas se han arrojado desatentadas y ébrias de encono en medio de los campos de batalla, sembrando los desiertos de cadáveres y de ruinas y escombros las ciudades populosas.

Lima, la hija amada del sol, ese pueblo querido de los incas, es hoy teatro lastimoso de la más nefanda y vergonzosa lucha que hayan jamas contemplado en los pasados siglos las belicosas tribus de las selvas americanas. Los ciudadanos intrépidos espirando ametrallados al pié de su desgarrado pabellon, dan en despojo á su patria la imperecedera gloria de sus nombres esclarecidos y á los espantados los miembros palpitantes de sus destrozados cuerpos. Sus hijas acongojadas visten negros atavíos por la muerte prematura de sus héroes inmortales, y los ministros del santuario consternados mezclan los himnos melancólicos de las exequias fúnebres á las férvidas plegarias de los que invocan al soberano Señor de las batallas y árbitro supremo de las honrosas victorias, porque Chile, creyéndose atacada en su honor y en sus intereses, y Bolivia resueltas hasta el martirio á defender lo que juzgan sus derechos conculcados, han venido á las manos con desenfrenada saña y enojo arrastrando en su demencia á la gloriosa ciudad de los reyes.

Ese es el preciado tributo de admiracion y respeto que los desgraciados hijos de San Martin podrán depositar hoy llenos de rubor y afrenta sobre el suntuoso sarcófago que encierre sus cenizas.

¡Pobre Bolivia, Chile infeliz, desventurada Lima! ¿qué hado maléfico os ha conducido en el ardor de su enojo, al palenque fatal de vuestra ruina y oprobio?

¿Y tú, patria querida de mi corazon, esbelta amazona de los bosques sombríos del Uruguay apacible, ¿cual es, dime, el más bello de tus espléndidos trofeos, para deponerlo hoy sobre el altar sublime del invencible campeón de nuestra soberanía é independencia?

Sí, la heroica Montevideo recoge solícita tambien, las radiantes palmas

que ciñera vencedora en la jornada memorable de las Piedras; arranca el verde musgo que cubre la tumba veneranda de sus valientes y demándaes en nombre del deber y la justicia los lauros inmarcesibles que en los campos inmortales de Ituzaingo conquistaran al precio de su sangrre; alza de entre el polvo de sus derruidos baluartes los quebrados eslabones de la abyecta servidumbre con que la tiranía fercz del gaucho de las pampas pretendió en el dia de su delirio encadenarla al carro del despotismo, y al saludar alborozado al guerreador incontrastable de Chacabuco y Maipú, deposita sobre la silenciosa urna el compendio prodigioso de sus encumbradas empresas y burila con su nombre sobre el sepulcro del mártir la brillante epopeya de sus pasmosas hazañas.

Y vosotros, vástagos ilustres del más ínclito de los padres, que habeis hecho ondear victorioso cien veces y otras ciento, sobre la enrojecida arena del combate el lábaro glorioso de Ayacucho y Junin, en vindicacion de la dignidad nacional inicuaamente vejada por los pueblos envilecidos, ó en defensa de la augusta causa de la civilizacion agredida bruscamente por las hordas salvajes que vagan errantes sobre la desierta Patagonia; vosotros, apóstoles infatigables de la idea regeneradora, abnegados misioneros de la antonomía americana, vosotros podeis presentar hoy, con la frente erguida y el corazon henchido de gozo, á ese esforzado adalid de la soberanía de los pueblos, el magnífico legado de sus gloriosas victorias y el maravilloso recuerdo de sus acciones portentosas.

Decidle que en la tendida prolongacion de los tiempos llegó un dia funesto, preñado de catástrofes y desdichas para la patria adorada que él os trasmitiese libre de la cruda opresion, en que un hijo cruel y despiadado se alzó irreverente contra su acongojada Madre y puso las manos sacrílegas sobre su faz llorosa; y en que arrebatado de las furias hizo pacto con la muerte y volvió su cólera devoradora contra sus hermanos, convirtiendo una nacion ántes hermosa y resplandeciente en el abominable mercado de víctimas sangrientas y en patíbulo perpetuo de inocentes ajusticiados: decidle que al fin, llevando ese mónstruo su demencia desatentada hasta la profanacion horrenda del santuario divino montásteis en ira, y lanzándoos sobre él con noble entusiasmo, borrásteis con su sangre el baldon de la patria esclavizada y acabásteis en su caida con el escándalo de la sociedad deprimida.

Contad al azote de los tiranos, que la mísera sierva de los déspotas, en la insensatez vana de su orgullo, pretendió medir sus picas embotadas con vuestros cortantes aceros, allá en las márgenes de sus amenos rios y á la sombra de sus bosques seculares entre el susurro de las blandas corrientes y el perfume embriagador de sus flores; que si os vísteis forzados por la inicua pretension del autócrata sanguinario á salir al campo y empuñar la espada para hacer valer vuestros derechos, no os levantásteis ceñidos de todas armas en pos de la pérvida conquista y expoliacion malvada, sino «como unos hijos que se levantan para sujetar á su madre traspasados de dolor, porque está su madre demente.»

Decidle que, huérfanos sin valimiento habeis llorado su proscripcion acerba y dilatada, bañando inconsolables los escasos recuerdos de su ternura que poseáis con lágrimas ardientes de amor y gratitud.

¡Hijos de San Martín! he recorrido lleno de asombro y entusiasmo con mirada atenta y escrutadora las páginas brillantes de vuestra maravillosa historia y en cada uno de sus fastos prodigiosos he leído escrito con caracteres de acero el canto histórico de la grandiosa epopeya argentina, que consagrais á la memoria de vuestros atletas invencibles; he tomado revista con ojos atónitos y deslumbrados al magnífico panorama de vuestras titánicas empresas, y absorto he contemplado los senderos ásperos que os conducen á la gloria, cubiertos de espléndidos laureles y sembrados de palmas y trofeos inmortales.

¿Os resta por ventura algun nuevo y más subido tributo que pagar al magnánimo Anibal de los Andes, en el fausto día de su apoteosis sublime? . . .

Sí, aún os queda en el inmenso erario de vuestras grandezas una más brillante ofrenda que deponer sobre las radiantes aras de sus virtudes eminentes, y sobre la pesada losa que encierra sus manos venerandas.

¿Y sabéis cuál es ese más digno y elevado obsequio que podeis presentar al soldado invicto de Bailen en el hermoso día de su mayor triunfo y esplendor? . . .

Acompañadme en plumas de los tiempos y en alas de la imaginación á las faldas siempre verdes de los Andes seculares, y contemplad conmigo silenciosos un espectáculo espléndido y conmovedor que jamás habian podido mirar los ojos humildes de los desgraciados hijos de Caupolican. Un pueblo inmenso arrebatado de júbilo y entusiasmo asiste á la augusta ceremonia de la bendición solemne de los patrios estandartes. El bizarro capitán de aquel puñado de granaderos, famosos en San Lorenzo, toma el lábaro sagrado en sus manos robustas y con vigoroso acento, exclama enternecido: «¡Soldados! son estas las primeras banderas que se bendicen en América. Jurad sostenerlas, muriendo en su defensa como lo juro!»

Y tres mil voces se alzaron resonantes como las olas tumultuosas del encrespado mar, y respondieron á aquella voz enérgica con un eco atronador: ¡lo juramos!

El penoso y árduo cumplimiento de esa tremenda promesa fué la libertad y emancipación de tres repúblicas oprimidas que gemían en vergonzosa postración y abatimiento.

Trece años se habian ya replegado á las sombras de la nada, cuando el Plata asombrado y estremecido de espanto escuchó de nuevo el terrible juramento que un día resonara en las plazas de la afortunada Cuyo; pero esta vez sólo el cadencioso rumor de las ondas repercutió las notas sublimes de aquel solemne voto.

¡Qué ejemplo, señores, tan portentoso de heroicidad y patriotismo!

El terror de los reyes, al contemplar la ignominia y demencia de sus

compatriotas, jura con la vista puesta en el cielo y el corazón en su patria adorada, que jamás saldrá de la vaina, para empañarse en la sangre de sus hermanos, aquella espada tajante que sólo se había teñido en los campos de batalla con la sangre de los tiranos, y huye de sus patrios lares, traspasado de amargura, como huyen las sombras de la noche al primer rayo del sol.

Habéis ya adivinado, sin duda, el asunto de mi pensamiento y con él habéis comprendido en toda su grandeza y extensión la magnitud de esa ofrenda que os reclama vuestro amor y agradecimiento.

La justicia y el respeto debido á la postrera voluntad de los que ya no existen, os impelen hoy á consumir sobre su excelsa memoria el generoso sacrificio de esos odios ruines é inveteradas discordias que constituyen el único baldon de la Confederación Argentina; y la dignidad de hijos reverentes á un tan abnegado padre, os precisan á inmolar en reparador holocausto las venganzas fratricidas y ambiciones bastardas, en homenaje á su patriótico desinterés y desprendimiento heroico.

Sin esta valiosísima ofrenda, todas esas demostraciones magníficas de gratitud y veneración que tributais al genio colosal de la América latina, son vana sombra que se disipa en la atmósfera y humo delgado que el más débil soplo desvanece.

Me atrevo á deciros más, sin temor de caer en exageradas é injuriosas recriminaciones; porque enmudecer ante un crimen abominable y retraernos de pronunciar palabras tremendas, si ellas dicen la verdad, fuera mengua y cobardía para un corazón noble y bien nacido.

¡Qué sarcasmo tan nefando sería el vuestro, si al conducir sus despojos al hogar querido de la patria, saliésteis á recibirlo entre el horroroso estruendo de los cañones y el silbo funesto de las balas, convertidos los ciudadanos pacíficos en formidables guerreros prontos á inmolarse mutuamente, ciegos de enojos, en aras, no de la libertad ni del bienestar de las provincias, sino en homenaje de un audaz sedicioso ó de una ambición vulgar!

¡Oh! entónces ¡temblad de horror y de espanto, estremeceos! porque el bravo libertador de América, ya no se apellidará jamás nuestro padre, sino que imitando en algún modo al Jehová omnipotente de la Biblia, lanzará indignado al rostro de sus hijos ingratos la ignominia de sus solemnidades.

No, el proscrito desgraciado de las discordias civiles, no puede aceptar el tributo y ovaciones de los que empapan el pabellón triunfante de Chacabuco en la sangre gloriosa de los vencedores de Maipú.

Id, pues, á levantar sobre su nueva tumba el monumento gigantesco de vuestra eterna confraternidad y reconciliación sincera; deponed en su nombre esclarecido los viejos rencores de bando y esas legendarias tradiciones de venganza y esterminio que desgarran el seno de vuestras sociedades; id á reanimar en la encendida fragua de su abnegación y

patriotismo los ya casi extinguidos flameros de vuestro amor patrio y encumbrados sentimientos.

Y cuando el desconocido viajero os interrogue asombrado la causa de vuestra prosperidad y grandeza, conducidlo silencioso de la mano al suntuoso sarcófago que guarda las cenizas de vuestro libertador y enseñadle allí prosternados, escrita sobre la fúnebre lápida, esta página hermosa de vuestra historia.

¡Argentinos! que al ir hoy á depositar sobre las manos sagradas del héroe los brillantes laureles de la gloria, que os conquistara al duro precio de sus sacrificios y abnegacion, no los encuentre manchados con la sangre de sus hijos!

¡Pueblo ínclito, campeón de la libertad santa! ya puedes penetrar de nuevo en el suelo inmortal que regeneraste con tu espada resplandeciente, y confundir con la cuna de la infancia la tumba de tus despojos, porque tus hijos reconocidos deponen hoy gozosos las armas fratricidas, para estrecharse sobre tu sepulcro en un tierno y fraternal abrazo!

He dicho.

EUSEBIO DE LEON.

DISCURSOS DE RECEPCION.

Sobre el periodismo (1)

Señores Académicos:

Si el mérito de mi discurso correspondiera á los sentimientos de gratitud que me animan y á la riqueza del tema que se me ha propuesto, creeria presentaros hoy un trabajo digno de vuestra ilustracion, y del señalado honor con que me habeis favorecido admitiéndome á formar parte de vuestra academia; pero como no ose prometerme tanto, me limitaré sólo á reconocer la deuda, empeñándome en lo sucesivo en corresponder á vuestras legítimas esperanzas.

El tema sobre el cual debe versar mi presente disertacion, os dije, y con razon, que era grande y digno de llamar vuestra consideracion, porque se trata nada ménos que del *periodismo en nuestros dias*; de su accion por desgracia altamente destructora; de las inmensas catástrofes que ha producido con su influjo en las sociedades modernas.

En efecto, Sres. AA., es un hecho que en todo país donde ha penetrado la civilizacion, existen diarios en mayor ó menor escala: segun el grado de adelanto; pero siempre en grande escala, es por consiguiente incalculable el influjo que debe ejercer, así en el pueblo ó villa insignificante, como en las grandes ciudades; por lo mismo que su lectura ha venido ya á ser universal desde el ínfimo artesano hasta el opulento aristócrata y político consumado. Su mision, por tanto, deberia ser esencialmente civilizadora, deberia ser el defensor constante y el promotor al mismo tiempo de la moral pública.

Y puesto que en el diario, señores, deberán encontrar el sabio y el literato las nuevas producciones científicas y literarias que han visto la luz pública; el político los acontecimientos ocurridos ya en los ejércitos, ya en los gobiernos, noticias que tanto le interesan para regular su conducta y sus relaciones con los demas pueblos del mundo; el comerciante lo

(1) Declamado el dia 18 de agosto del año 1872.

absolutamente indispensable para el buen giro de sus negocios y para la buena direccion de sus transacciones; y el pueblo, en fin, todo lo que justamente ansía saber, para labrar su felicidad y la de su familia, habrá de ser considerado como reo de lesa sociedad aquel periodista que, olvidándose de lo que debe á su conciencia y á la conciencia de los pueblos, envenena esa fuente con dictorios soeces y dañados principios de moral.

Ahora bien: ¿cómo se halla en vuestros dias el periodismo? ¿Llena cumplidamente su digna y doble mision? ¿Son verdaderamente los diarios los moralizadores y maestros de los pueblos? ¿Son los diarios en nuestros dias los conservadores y defensores de la única fuente de toda moral? No, señores, desgraciadamente no; ántes al contrario, los diarios en la generalidad son los corruptores de la moral pública, porque, como es público y notorio, el diarismo está generalmente desprestigiado por haberse apartado de su noble objeto; el diarismo en su gran mayoría está completamente depravado.

Si tuviese tiempo para reunir datos, no emplearia otra lógica que la de los hechos, ni otros argumentos que los del número, tan convincentes en nuestro siglo: bastará, pues, recordaros lo que todos estamos diariamente viendo y presenciando, y lo que oimos contar á los que leen.

Grande es el número, por desgracia, de esos periódicos, órganos todos de las indignas pasiones del hombre; pero como hay tambien entre ellos muy honrosas excepciones, quiero ante todo excluirlos de lo que digo, y tributar á esos verdaderos amigos del pueblo, verdaderos abogados de la verdad y defensores del derecho y de la justicia, el homenaje de mis respetos. Hecha esta justa excepcion, busquemos, por decirlo así, el nacimiento de la generalidad de los periódicos de nuestros dias, sigamos su vida pública y averiguemos sus fines.

Casi todos los periódicos al nacer deben su origen á las ambiciones de un partido, y su único fin, es el agradecimiento y triunfo de ese partido, ¿qué importan los medios? ¿qué importa que para conseguir sus intentos se sacrifiquen la religion y la moral pública? ¿qué importa que en sus detestables aras se inmolen víctimas inocentes, bajo la cortante cuchilla del fraude y de la embozada calamnia? ¿qué importa tener que hollar con sacrílega planta lo más sagrado? Nada importa, segun ellos, porque tenemos libertad de imprenta, tenemos libertad de pensamiento; y si alguno quiere volver por la verdad y la inocencia ultrajada, y quiere poner un dique á ese desborde de pasiones, nada puede hacer, pues sus nobles esfuerzos se estrellan contra la insuperable barrera de esas frías libertades y verdaderas licencias!!

¡El libre pensamiento! y verdaderamente piensan libremente, segun ellos lo entienden ó quieren entenderlo, porque basta recorrer las columnas de los periódicos, para ver las falsedades que en ellos estampan; todos los dias inventan hechos falsos ó desfiguran los verdaderos ó callan lo que deberian decir, ó inculcan ó ponen de relieve lo que deberian di-

simular y ocultar para no escandalizar á la sociedad culta que los oye ; de modo que el pueblo que, sediento de saber, corre á saciar su sed en las que deberian ser cristalinas aguas, sólo encuentra aguas empozoñadas y corrompidas; sólo encuentra mentira para su entendimiento, vicio para su voluntad ; por eso donde reina su rival la prensa impía, está cegado el entendimiento y corrompido el corazon.

Nunca puede haber, señores, felicidad en una nacion, si no hay orden, y es imposible que éste exista si los pueblos no acatan la autoridad ; y por consiguiente, el que verdaderamente quiere moralizar y hacer feliz á un pueblo, debe inspirarle un profundo respeto y sumision á la autoridad ; ¿ lo hacen así los diarios ? quiero responder á esta pregunta con las palabras mismas de un periódico, cuyo testimonio á nadie puede ser sospechoso ; dice así : « el folleto, el diario y el libro son medios directos de producir revoluciones, de conmover las masas y arrastrarlas á las barricadas. » Si, señores, los diarios son, en la generalidad de los casos, los atizadores de las revoluciones, y por consiguiente, de las desgracias públicas, porque se ocupan en hacer una cruda guerra á las autoridades constituidas ; y aunque el que manda éste, labrándole un porvenir venturoso, basta que sea del partido contrario para ser el blanco de los tiros de los diarios, hasta derrocarlo y sacrificar con él todo el porvenir de la patria, á quien se hunde en el abismo de la anarquía, para arrojarla despues en las duras cadenas del despotismo.

Pero no se limitan á esto los daños del periodismo, no solamente ha de dirigir su lengua emponzoñada contra los gobiernos, sino que tambien ha de dirigir ese puñal de dos filos contra el seno venerando de nuestra sacrosanta religion ; es decir, contra la madre más tierna y más amorosa ; cometiendo así, no sólo un nefando sacrilegio, sino la más monstruosa inconsecuencia, quitando á los pueblos de quienes se apellidan salvadores, quitando, repito, la fe, y con la fe los sólidos principios de toda verdad y de toda moral, único elemento de salvacion para el individuo y sobre todo para las grandes masas, que sólo podrán llamarse sociedad cuando reine en ellas el orden, y sólo podrán llamarse felices cuando disfruten de la paz, que es su consecuencia ; ¿ y podrá haber orden, señores, cuando resisten á la mano ordenadora, cuando se apropian el derecho de ordenar las que debieran ser ordenadas ?

Pero... temo, señores, meter mi hoz en mies ajena, temo tambien extenderme más allá de los límites que las circunstancias me han fijado. Sólo diré que habiendo llegado á ser el periodismo por la actual constitucion de las sociedades como, permitidme la expresion, el surtido almacén donde los individuos todos de la familia humana van á buscar el alimento para la inteligencia y el corazon, si sólo se les suministra el veneno del error y de los principios inmorales, lamentaremos siempre los inmensos males que actualmente experimenta la Europa, y que la conducirán á catástrofes más espantosas de las que ha presenciado el

mundo horrorizado, si no se pone un pronto y eficaz remedio á tanto mal

No creo que á vista de lo que estamos presenciando haya quien tache de exageradas mis palabras; y cierto que para probar su exactitud basta leer, aunque sea de corrida, las producciones diarias, de la mayor parte de la prensa, para extraer de ellas las ideas más contradictorias, los principios más erróneos, y formar de sus aseveraciones un verdadero laberinto, de sofismas y falacias y lo que es aún peor, de sarcasmos, y blasfemias contra lo que más acata la inteligencia católica, contra lo que más tiernamente ama el corazón cristiano.

He terminado, señores, mi pequeño trabajo con el sentimiento de no satisfacer las justas exigencias de vuestra culta inteligencia, pero con la seguridad de obtener vuestra indulgencia. Soy principiante, vengo á aprender, y sólo puedo ofrecer á la corporación á que comienzo á pertenecer mi más decidido empeño por corresponder á los nobles fines que ella se propone, la más exacta observancia de sus acertadas leyes y el respeto que se merece una institucion cuyo fin es el cultivo de la bella literatura fundado siempre en la sólida moral.

Y debiendo ser en estos solemnes momentos el fiel intérprete de mis nuevos colegas puedo asegurar en su nombre que son tambien estos sus sinceros votos y los sentimientos que abrigan.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

Sobre la pureza del lenguaje castellano (1)

Señores Académicos:

Temeraria parecerá para mi bien conocida insuficiencia, la empresa que me veo precisado á acometer y que cierto no podré llevar á cabo con tal éxito que corresponda al honor que hoy me dispensais.

He dudado justamente de mis escasas fuerzas, y hubiera desmayado en mi propósito, si no me alentara la conviccion de vuestra indulgencia y la confianza que abrigo de que disculpareis las faltas en que es muy fácil que incurra mi inexperiencia.

Apénas se hallará entre los asuntos dignos del estudio de una asociacion, que, como la nuestra, propende á la gloria y al adelantó de las letras, uno más interesante que el que es objeto de esta breve disertacion.

Os son conocidos, Sres. AA., y fuera á lo ménos importuno el de-

(1) Declamado el dia 31 de agosto del año 1875.

tenerme en señalarlos, los títulos con que vuestra lengua puede blasonar de una indisputable superioridad sobre la gran mayoría de las modernas.

La dulzura, la gracia, la armonía, no están reñidas en ella con el vigor, la majestad y la pompa de que nuestros clásicos ofrecen tantos y tan elocuentes ejemplos, que casi podemos decir son tantos cuantas las páginas que componen el tesoro de la legislatura castellana clásica.

El idioma de Rioja, de Leon y Garcilaso es el mismo que el de Herrera y de Quintana: la sola cita de tan ilustres nombres trae consigo á la memoria la demostracion de que en nuestro idioma la expresion de los afectos suaves no es incompatible con el decir vehemente y majestuoso.

Empero, cuando admiramos la delicadeza y la maestría con que los autores del siglo de oro de nuestra literatura desplegaron todos las galas del lenguaje, es sensible y doloroso el contraste que se observa con el uso que hacen en nuestra patria ciertos escritores adocenados, de la rica y hermosa lengua de Solís y de Cervántes. Á muchos ha preocupado entre nosotros, Sres. AA., y más aún en otras repúblicas del Continente la idea de emanciparnos de la metrópoli, así en lo literario como en lo político, alzando de este modo una valla insuperable entre la cuna de nuestras nacionalidades y los que, si no son amorosos hijos, á lo ménos no deberian ser ingratos descendientes de quienes nos transmitieron con su religion y con su lengua una herencia que, sin arruinar-nos, jamas nos será dado rechazar.

Examinemos, siquiera sea someramente, y por más que este asunto parezca extraño á mi propósito, los fundamentos de esta pretension y las ventajas que la América española conseguiria de esta trascendental innovacion.

Ante todo, ¿qué denominacion tendria este idioma formado sobre las ruinas del castellano, ó mejor dicho, de sus escombros ó de sus girones zurcidos con torpes galicismos y voces vulgares ó indígenas de los primitivos habitantes de nuestros países? ¿Sería esta una lengua universalmente admitida, ó sólo habríamos conseguido crear un dialecto estéril y una despreciable jerigonza sin origen conocido, sin literatura propia y sin monumento de ningun género que la autoricen? ¿Por un espíritu de estrecho localismo, por una mezquina idea de independencia nos aislaríamos de los pueblos que hablan español, renegando de los genios y las obras inmortales de que la madre patria puede con legítimo orgullo hacer alarde y de que hemos sido legítimos poseedores? Y no es esto todo, Sres. AA. ¿Se podria formar la estrecha union que entre los pueblos de origen español exigiria esta empresa, que no vacilo en declarar irrealizable? ¿Habria, en caso contrario, la abnegacion para posponer al bien comun las ideas de cada uno, y no naceria un cisma de otro cisma, sin que á nosotros mismos fuese dado entendernos? Mas ya basta de rebatir ideas que quedan ya refutadas con su simple

anunciacion. Pero si estos proyectos son hijos de la vanidad ó del despecho; indudablemente se propende entre nosotros á su realizacion, degenerando de la índole de nuestro idioma, por generalizarse modismos viciosos y locuciones grotescas de sentido oscuro ó alterado, y más que todo, por la casi incurable manía de traducir del frances al castellano individuos que ignoran el carácter de nuestra lengua, habituándose á los giros de aquélla y popularizándolos con harta frecuencia, por desgracia. ¿Y no es doloroso ver destrozarse así, por incuria ó abandono, el precioso legado que nos transmitieron nuestros padres, por gentes que no quebrantan ménos las reglas de la gramática que las del sentido comun? ¿Y no es sensible, no se lastima nuestro amor propio nacional, escuchando impasibles que nuestros vecinos nos motejen de bárbaros, sólo por consentir que algunos ignorantes, con una audacia que degenera en cinismo, se atrevan á enseñar al pueblo lo que ellos no supieron aprender, ó aprendieron mal?

Y en esta tarea de destruccion, y la llamo así porque lo es verdaderamente, no sólo con respecto al lenguaje, sino tambien respecto á las ideas; en esta tarea el periodismo desempeña un papel muy principal. No intento deprimir con esto la universalidad que por este medio ha conquistado la palabra escrita: sólo me permitiré decir con un ilustre escritor contemporáneo: «La prensa en sí misma no es buena ni es mala. Es una poderosa invencion que tanto puede servir para el bien como para el mal: todo depende del uso que se hace de ella. Preciso es, sin embargo, confesar que á consecuencia del pecado original, la prensa ha servido más para el mal que para el bien, y que se abusa de ella en proporciones formidables.» «Perdóneseme, continúa, esta comparacion: la prensa es en manos de la revolucion un gran aparato para formar los hombres á su gusto. Cuando se quiere enseñar á un canario un canto cualquiera, se le repite este canto diez y veinte veces al dia con un organillo *ad hoc*. Los jefes del partido revolucionario, para formar lo que dicen *la opinion pública*, para introducir en las cabezas sus fatales ideas, ó ridículas utopías, recurren á la prensa, cada dia dan vueltas á la llave del organillo, cada dia repiten en sus periódicos el aire que quieren enseñar al público, y pronto éste lo canta, como la simple avecilla el enseñado aire. Ahí teneis la *opinion pública*.»

Y finalmente agrega: «salvo algunas excepciones honrosas y por desgracia harto raras, los periodistas de profesion ejercen un verdadero comercio en detrimento del público. No tienen ni convicciones religiosas ni políticas: su conciencia está en el tintero y venden su tinta al que más la paga. Segun el interes de su bolsillo harto vacío, regularmente por su mala conducta, pleitean con *noble ardor* por el pro y por el contra, riéndose de sus crédulos lectores.»

Nada me es permitido agregar, Sres. AA., á las palabras que anteceden hablándose de ideas, pero no así al tratar del lenguaje, respecto al cual intento aún, á trueque de parecer minucioso, citaros algunas frases

que todo podrán ser, ménos castellanas, y que se generalizan de dia en dia con harto detrimento de nuestra naciente literatura y no menor mengua de nuestro honor nacional. Recorriendo en dias anteriores las columnas de uno de los diarios más acreditados entre nosotros, encontré las siguientes locuciones que bastan y sobran para justificar mis asertos:

« Yo le observaré, decia, con mucha calma al jóven »; expresion en cuyo exámen juzgo inútil detenerme porque es un galicismo que el ménos avisado lo comprende. « Dicho jóven, agregaba, jugaba un rol el más brillante »: otro modismo traducido literalmente del frances; é insisto en esto que pudiera considerarse manía, porque es el mayor peligro á que se hallan expuestos los jóvenes que se dedican al cultivo de las letras.

En efecto, de tal modo se propaga entre nosotros esta clase de construcciones, son tantos los giros extraños que se introducen dia á dia como son las diferentes clases de inmigrantes que abordan á nuestras playas: muy fácil es que en época no lejana reine en nuestro idioma la más funesta confusion, si una constante vigilancia y un estudio profundo y detenido de nuestros clásicos no nos pone en actitud de impedirlo. No me sería difícil, Sres. AA., multiplicar las citas, pero la brevedad á que debo sujetar este mi primer ensayo y el temor de seros molesto, me obligan á terminarlo.

Pero no lo haré sin cumplir ántes con un deber que sentiria fuese traducido en alabanza, siendo en ello tambien el intérprete de los sentimientos de mis compañeros, que participan de este honor. No necesitais de mis débiles elogios; pues son evidentes la decision, la fe y el entusiasmo con que contribuis al adelanto de las letras y á la propagacion de las buenas ideas entre la juventud que hace á vuestro lado el aprendizaje, que ha de formar un dia ciudadanos útiles y dignos á esta patria que con tan nobles acentos celebrais; y al recordaros los títulos que á nuestra gratitud habeis adquirido, temo herir vuestra modestia, pero estoy seguro me lo disimulareis, pues, á más de ser mis palabras la expresion de la verdad, debe tambien serlo de la gratitud que nos anima.

He dicho.

LUIS L. ANADON.

Sobre la importancia de la literatura (1)

Nada más justo, Sres. AA., en los fastos de la humanidad que aquella práctica tan universal y constante en las corporaciones ilustres que en

(1) Declamado el dia 17 de agosto del año 1872.

la sociedad han sido acreedoras al encomio y consideracion de las personas doctas, de exigir de los nuevos paladines que se llegan á las puertas de su recinto, una prueba irrefragable del verdadero mérito que los asiste para aspirar á la honra de neófitos. Yo, aunque desesperanzado de poderme elevar á tan noble altura, impulsado, sin embargo, por el ejemplo de muchos jóvenes que me han precedido, y deseoso de tomar parte en las tareas literarias en que tanto os habeis distinguido, he solicitado con afínco pasar por este duro trance, costoso siempre á quien se siente con poco brio, á fin de obtener vuestra aprobacion y condescendencia. ¿Y cuál no habrá sido, Sres. AA., mi sorpresa y mi alegría al encontrarme con que el asunto que se me habia señalado para mi primera elucubracion literaria era tan propio de mis estudios, como abundante en ideas y pensamientos elevados; de suerte que me es lícito exclamar con el célebre panegirista del insigne Pompeyo, en su discurso pronunciado en pro de la ley de Manilio que « es más difícil encontrar el fin que el principio en el decir »? Porque se trata nada ménos, Sres. AA., que *de la importancia del estudio de la literatura*.

¿Puede haber objeto más noble, idea más sublime, tema de más intereses? Pero como sea tan corto el tiempo de que me es dado disponer, me limitaré tan sólo á hacer algunas ligeras indicaciones sobre las ventajas positivas de la literatura.

Y en primer lugar, Sres. AA., ¿quién no se admira al ver el inenso círculo de conocimientos y relaciones que abarca el estudio de la literatura? ¿Hay por ventura ciencia alguna que pueda eximirse de su imperio? Ni las matemáticas, ni la medicina, ni la historia, ni la jurisprudencia, ni la filología, ni la física, ni ciencia alguna, en fin, por elevada que sea, puede presentarse en la escena del mundo sino revestida con el manto de la literatura.

Y á la verdad, Sres. AA., para dar á conocer así los preceptos como las bellezas de cualquiera ciencia, necesitamos del admirable don de la palabra, necesitamos coordinar nuestros pensamientos y nuestras imágenes, para convencer y para agradar; es necesario, como dice el célebre vate latino en su inmortal epístola á los Pisones, que presentemos un todo uniforme y vario, basado en la conformidad del todo con las partes y las partes con el todo, que el pensamiento esté en completa armonía con el lenguaje y que éste á su vez no sea desatinado si no quiere que aquel parto de la inteligencia sirva tan sólo á la risa y desprecio de las personas ilustradas é inteligentes. Y si todo esto es verdad, y por otra parte, si el estudio del lenguaje, del orden y belleza pertenecen á la literatura; ¿qué hemos de deducir sino que todas las ciencias están sujetas al dominio y jurisdiccion de la literatura? Y sino presentadme una ciencia que se halle independiente de la literatura y nada diferirá su aspecto del aspecto de un prado sin flores, de un cielo sin estrellas, de un viviente sin la belleza de las formas y de los sentidos.

¿No habeis observado alguna vez el admirable espectáculo que presenta

un ameno jardín poblado de frondosos y floridos árboles, cuyas orgullosas copas se levantan majestuosas en medio de un ambiente perfumado, y de cuyas ramas penden mil y mil sabrosos y sazonados frutos? Pues este, Sres. AA., es el bello espectáculo que presentan todas las ciencias adornadas con la gala y esplendor de la literatura.

Y, por el contrario, las verdades, las ciencias más sublimes y elevadas desprovistas de las formas literarias, llenan de tristeza y melancolía al ánimo investigador, á la manera que ofende nuestra vista un campo agostado por el vendaval, y cuyos árboles no ofrecen sino el triste esqueleto de sus ramos. Así, pues, inferid de aquí, Sres. AA., la inmensa importancia del estudio de la literatura.

Pero aún diré más. Si grande, si importante es el estudio de la literatura por la extensión ilimitada de sus alcances, no ménos lo es también en su relación con la sociedad.

En efecto, ella es esa á quien debe la sociedad su orden, su progreso, su renombre, sus triunfos. Porque ya desde los primeros siglos ha sido la palabra como una preciosa urna en donde se depositaban los tesoros de la tradición, y por esa misma tradición somos nosotros conocedores del orden que reinaba entre los antiguos y las sociedades que ellos formaban; y á imitación de ellos y siguiendo las sabias leyes que nos legaron, organizamos también nosotros nuestras sociedades, fundamos nuestros centros de ilustración, dirigimos la marcha de los pueblos y ponemos término á los desmanes de las pasiones desenfrenadas. Porque ¿cuál es el objeto de la sociedad? No es otro, Sres. AA., que encaminar á los pueblos por la vía del orden y de la paz, mejorar su situación y llevarle al mayor grado de desarrollo, de civilización y de progreso.

Mas ¿cómo conseguiría la sociedad este noble fin digno del lema que está grabado en su bandera, si no hubiese hombres en ella que se interesasen por el bien universal é hiciesen comprender á los demás miembros el recto camino que se ha de seguir para llegar á un término tan feliz? Ahora bien, Sres. AA., todo esto se consigue manifestando nuestros pensamientos por medio del lenguaje; y el pensamiento y el lenguaje son partes esenciales y dependientes de la literatura. Luego, encontramos que la sociedad debe también su adelanto á la literatura.

Y para venir finalmente al terreno más propio de la literatura, ¿qué triunfos no ha obtenido el ingenio humano en este campo ameno y vasto que abrió Dios á la vista de los hombres? ¡la poesía y la elocuencia! ¡Qué palabras tan llenas de dulzura! ¡Cuánto no dicen á nuestras jóvenes inteligencias empeñadas en seguir el camino de lo bello y lo sublime!

Remontémonos, Sres. AA., en alas de la imaginación á aquellas épocas tan memorables de la Grecia, á aquellos días felices en que se veían acudir en torno de los juegos olímpicos un sinnúmero de inspirados cantores y afortunadas poetisas, que se disputaban la palma de la victoria con sus brillantes poesías. Sí, allí encontraremos al sublime á

la par que sencillo Homero, que desplegando en sus poemas toda la fantasía, elocuencia y gracias que le son propias, excita y excitará la admiracion de cuantas generaciones leyeren sus inmortales obras; allí á la dulce y hermosa Safo, cuyos tiernísimos arrobamientos movian los más íntimos afectos del alma, y á quien por su estro poético y sagrada inspiracion, se la llamó la décima musa del Parnaso; allí al agudo Alceo y al elocuente Tirteo, de los cuales el primero con sus sátiras, y el segundo con sus himnos y cantos guerreros arrastraban á millares de ciudadanos al revuelto polvo de los combates; y allí, por fin, al amable y delicado Anacreonte y al sublime y arrebatado Píndaro, y á otros tantos vates cuyos nombres y hermosas producciones permanecerán siempre grabadas en las sagradas páginas de la historia.

Pues ¿y qué diré de los romanos, cuyos poetas obtuvieron una serie de victorias tan inauditas y señaladas? . . . Y sino, contemplad al príncipe de la lira romana, al inmortal Horacio, quien dejándose arrebatarse en sus odas por los atrevidos vuelos de su imaginacion y por el nervio, fuerza y energía de sus expresiones, compite, y áun supera, al renombrado Píndaro. ¿Pues y qué diré del tierno mantuano, el modesto Virgilio, que por la grandeza de concepcion, por la belleza y sencillez, por la riqueza y sublimidad de imágenes y armonía de sus versos, excitó no sólo la admiracion y entusiasmo universal durante su vida, sino áun despues de su muerte mereció que sus obras fuesen veneradas, leídas y examinadas por la juventud estudiosa, obteniendo así tan repetidos laureles cuantos fueron los poetas que se formaron en sus admirables escritos?

Y para hablar de nuestros dias ¿hay gloria más pura que la que consiguió Milton con su Paraíso Perdido, Tasso con su Jerusalem Libertada, Dante con su Divina Comedia, Ariosto con su Orlando, Klopstock con su Mesiada, Ercilla con su Araucana y Fray Luis de Leon con sus inmortales odas, que harán que su nombre pase de pueblo en pueblo y de generacion en generacion? Y si de la poesía pasamos á la elocuencia, ¿hay figura comparable á la de un Demóstenes cuando con el vigor de su palabra arrastraba á un pueblo ebrio de orgullo; á la de un Pericles, cuya elocuencia semejante á los rayos de Júpiter atronó, fulminó, trastornó á Grecia en sus luchas y discordias civiles? Y á la del príncipe de los oradores romanos cuando arrancó de las manos del César la sentencia contra Marcelo? ¿Y los padres de la Iglesia? ¿Qué recuerdos tan gloriosos no despiertan en nosotros los Basilio, los Tertulianos, los Orígenes, y los dos Gregorios! ¿Y el célebre S. Juan Crisóstomo, cuyo nombre mismo indica cual sea su elocuencia, al librar á un Eutropio del furor de un populacho desenfrenado y lleno de cólera? Abrid, si, abrid ese catálogo, interminable de oradores sagrados y ved brillar en sus primeras páginas, despues de los santos padres, á un Bossuet á un Massillon, á un Bourdaloue, á un Ávila á un Granada y sobre todo á un Ségneri, que pasando los primeros años de su vida sacerdotal consagrado al estudio de Ciceron y del Crisóstomo

toma de aquél sus arrebatadoras formas, hace suyos los grandes pensamientos del segundo, sube con pié firme á la sagrada cátedra y renueva la faz de la Italia toda?

En una palabra, Sres. AA., no hay espectáculo más sublime que el de un pueblo pendiente de los labios de un hombre extraordinario, ni triunfos más sólidos y macizos que los conseguidos por medio de la palabra sujeta al dominio de la literatura.

Pero veo, Sres. AA., que la belleza, la dulzura é importancia de mi asunto me ha arrastrado más allá de lo que me habia propuesto en un principio. Perdonadme, pues, las muchas incorrecciones en que no ha podido ménos de incurrir mi mal cortada pluma, y os doy gracias infinitas por la mucha condescendencia que conmigo habeis tenido al admitirme en el seno de vuestra ilustre corporacion,

LUIS GOENAGA.

Juicio de la composicion de Rioja á las ruinas de Itálica (1)

Nunca pensé, Sres. AA., llegase á tanto mi dicha que pudiese merecer la honra de ser contado entre vosotros. Porque, considerando atentamente la escasa valía de mis trabajos literarios, y viendo las notables cualidades que he adivinado más de una vez en los jóvenes que componen esta ilustre corporacion, no he podido ménos de reconocer que sólo á vuestra excesiva indulgencia es debido el que me sea dado formar en una falange tan benemérita. Pero, pues lo habeis querido, y por otra parte, debo decir algo en estos solemnes momentos, que no sea indigno del recinto en que nos hallamos; ¿ dónde buscará mi mente, nada briosa, un asunto capaz de levantar mi fantasía abatida y de encender mi apagado afecto? Felizmente para mí, Sres. AA., en medio de las angustias de mi espíritu y de estas torturas de mi corazon, recordé la feliz declamacion que en dias no lejanos uno de vosotros ejecutara de la incomparable poesía de Rioja á las *Ruinas de Itálica*; y este recuerdo me sugirió la idea de enumerar hoy entre vosotros en este dia, algunas de las bellezas innumerables de aquella obra magistral, para cumplir con una justa formalidad de la academia. Prestádmme, pues, Sres. AA., vuestra benévola atencion.

En efecto, Sres. AA., creo poder asegurar con toda la conviccion de que es capaz mi espíritu, sin temor de ser desmentido, que jamas composicion alguna presenta un coronamiento tan feliz como la inmortal elegía que nos ocupa. Pues, ya desde el principio, tratando el poeta de

(1) Declamado el dia 16 de noviembre del año 1879.

interesar á los espectadores con la grandeza del asunto, ¿ pudo elegir un tema más conmovedor y grandioso que la ruina de una de las más ilustres y portentosas ciudades de la antigüedad, de cuya existencia y gloria sólo daban indicio doloroso, murallas destrozadas, mustios collados, despedazados anfiteatros, cenizas desdichadas, memorias funerales? Llama Rioja en su auxilio á su exaltada imaginacion, y á la vista de un espectáculo tan lastimoso, lleno de una amargura comparable sólo con la de Jeremías ante los restos y humillaciones de Jerusalem, va recorriendo uno por uno los objetos que su vista tiene presentes, y prorrumpe en aquella voz inimitable de dolor: *Estos, Fabio, ay dolor!*. . . ; y firme Rioja en su tarea de sólo enumerar y describir para interesar, hace pasar delante de nuestros ojos, á manera de mágico teatro, los muros que en otro tiempo fueron terror del enemigo, hoy derribados y tendidos, las grandes plazas que en otro tiempo sirvieron de ornamento y de gloria, convertidas hoy en arenas y desiertos, los templos y gimnasios soberbios, las termas y las torres que desprecio el aire fueron, reducidas hoy á cenizas y á polvo vano que se lleva el vendaval. Y la presencia del amarillo jaramago ¿ qué lamentos no arranca á su sensible corazón?

Agrúpanse á su mente exaltada aquella multitud de infames y de falsas divinidades, en cuyos templos se profanaba el gran poder y grandeza del Señor; y al verlos ahora ya despedazados y sepultados para siempre en el olvido, publicando el desprestigio y la afrenta de los dioses de la antigüedad, escápanse de su lira acentos tan sensibles, que no sería dado repetir á otro genio ménos sublime. Todo se convierte en ruina á su vista: pereció el ínclito soldado, pereció el atleta fuerte; todo se ha convertido en despojos, y el alma se ha quedado confusa y sólo impresionada por el pesar y la amargura.

Válese, ademas, con notable maestría, para engrandecer el argumento de su obra, de los célebres nombres de Trajano, ante quien muda se postró la tierra, de Adriano y de Teodosio y de Silvio peregrino, de quien rodaron las cunas de oro y de marfil; acabáronse en su boca todas sus riquezas, y hasta su misma persona; acabáronse tambien los lauros y jazmines con que ciñeron sus nitidas frentes, y los jazmines de donde se sacaban estas flores hánse convertido en zarzales y lagunas. « *Casas, jardines, césares, murieron; y aún las piedras que de ellos se escribieron.* »

Parece que la poesía no podia llegar ya á más; y sin embargo, ve todavía su imaginacion fecunda luengas calles destruidas, mira mármoles y arcos destrozados, y sobre todo contempla simbolizadas en las ruinas de Itálica, las ruinas lastimosas de la famosa Troya, de la sabia Atenas y de la supersticiosa Roma; y entreteje con tal arte sus glorias antiguas con sus desgracias siguientes, que, tomando cada vez más realce su composicion, excita en sus lectores de una manera admirable el interes y el sentimiento.

Pero donde Rioja se excede á sí mismo, por decirlo así, es cuando en

la última parte de su Elegía nos introduce como por encanto en medio de una selva umbría; allí en la oscuridad de la callada noche, al incierto resplandor de llama misteriosa, y al estrépito aterrador de un ronco acento, nos hace oír un gemido solitario, « Cayó Itálica », dice; que repite llorando lastimoso eco, y resonando en la hojosa selva, despierta mil sombras nobles, que pronunciando también el sagrado nombre de Itálica y renovando el gemido que sus ruinas inspiran, llenan de pavor y de espanto al viajero que visita tan tristes despojos. ¿Puede darse, Sres. AA., algo más sublime? Es posible que un genio humano lleve tan alto el vuelo de su imaginación y de su sentimiento?

Y si de esta grandiosa idea y de las bellas imágenes que ennoblecen la composición de Rioja, pasamos á examinar su expresión y desarrollo, encontramos á Rioja todavía más grande; no sólo por el género de palabras y expresiones de que se ha valido, sino también por el metro que ha elegido para la ejecución de su obra. Así como para subir á la cima de un alto edificio necesitamos de algunos descansos é intersticios, así es muy gustoso ver en esta poesía de Rioja versos largos entretejidos con versos cortos, como también las pausas que hace en todas las estrofas, y aquellos ayes oportunos con que manifiesta la continuación de su sentimiento. Aun las palabras más bajas, que hasta en la prosa parecerían disonantes, en su pluma adquieren tal grado de nobleza y animación, que no parecen sino hechas para el objeto de su poesía. ¿Quién no siente el mágico efecto que produce en el verso aquella voz al parecer trivial: « Esté despedazado anfiteatro » con que quiere manifestar que no pereció con el tiempo, que lentamente camina, sino que fué roto por las manos de la cruel venganza?

Mas, para no cansar más, Sres. AA., vuestra atención con mi desaliñado discurso, digo, por fin, que en esta composición son ménos las palabras que las ideas, que todo es grande, todo sublime; que durará por siglos imperecederos, y será examinada y leída por todos los hombres que se precien del saber y conozcan en qué consisten las reglas del buen gusto. No hay peligro que sea abandonado mientras exista un solo manantial de poesía, como será infaliblemente abandonado ese aluvión de poetas románticos, que en nuestro tiempo son la corrupción de la literatura. Gloria, pues, al genio inmortal que tan alto puso el nombre de la literatura castellana; y no dudemos en seguir sus huellas y animarnos con sus ejemplos.

He dicho.

EDUARDO M. FERREYRA.

Discurso sobre los encantos de la paz y horrores de la guerra (1)

Una voz unánime, Sres. AA., hija predilecta del amor y de la gratitud que en estos solemnes momentos se eleva del fondo de los corazones de mis compañeros, hace brotar en el mió una chispa de entusiasmo, chispa que me impete á manifestaros, aunque imperfectamente, los sentimientos que se anidan en mi corazon.

Pasa el tiempo, Sres. AA., y tras él van las épocas y generaciones, ya risueñas, ya enlutadas é impregnadas de horrores y calamidades; y sólo queda un recuerdo de ellas hondamente impreso en las páginas de nuestra memoria, ó en las efemérides de la historia. ¿Y pasará tambien este dia para nosotros, cual repentinamente desaparece por el huracan la huella del caminante viajero del desierto? No, Sres. AA., nuestros corazones no lo consienten ni lo consentirán jamas. Un mes há que solicitábamos ardientemente la recepcion en esta asociacion ilustrada, y despues de haber presentado nuestros trabajos de prueba, vosotros acogisteis benignamente nuestros votos. Gracias, generosos académicos. Este dia es grande en verdad para nosotros, y si su recuerdo no queda impreso en las páginas memorables de la historia, quedará grabado al ménos en la de nuestros corazones. ¿Esperais la recompensa? Recibidla en nombre de todos mis compañeros: es otra vez más nuestra gratitud, es nuestro amor.

Ahora bien, habiéndome cabido el inmerecido honor de representar en estos momentos á mis dignos compañeros, y debiendo desarrollar un tema digno de vuestra ilustracion, del respetable auditorio y del recinto literario que nos rodea ¿qué asunto podria excogitar más digno y grandioso, que el que en tiempos tan calamitosos para nuestra argentina república viene á revestirse de un carácter trascendental, é importa nada ménos que el progreso ó desgracia de nuestros más caros intereses? ¿Qué asunto, digo, más digno y grandioso que el manifestaros los encantos de la paz y los horrores de la guerra?

Conozco muy bien la grandiosidad del asunto, la solidez y pomposidad de que es susceptible, y mi poca destreza en los campos de la oratoria; pero me alienta por otro lado vuestra generosa benevolencia, y sólo confiado en ella entraré de lleno en mi asunto.

La guerra, pues, Sres. AA., ese monstruo exterminador de los pueblos, cuya escolta forman el hambre y la desolacion, cuya corte constituyen el diabólico furor, la satánica venganza y la peste mortífera, y cuyos resultados son la desgracia, la ruina y la miseria, ha sido siempre el azote suscitado por la Providencia para castigar á los pueblos endurecidos en la rebelion y en el vicio.

(1) Declamado el dia 28 de junio de 1880.

Apénas se ha esparcido el rumor de una guerra, cuando todos se alarman, se sobresaltan; la agricultura se abandona; el comercio se paraliza, y todo parece sumirse en la inaccion y la miseria. Familias enteras que un tiempo nadaron en la prosperidad y en la abundancia, hoy devoradas por el hambre, desterradas de sus hogares, mendigan en tierra extranjera el pan del ostracismo atestándose sus casas en tanto de cadáveres pestilentes. ¡Cuántas matronas que poco há recibían el pan del sustento de las manos de sus esposos, se ven obligadas hoy á deplorar su ruina, á abandonar la mitad de su corazon, sus queridos hijos para verlos quizá mañana envueltos en un fúnebre sudario...! ¡Cuántos mendigos que ántes, durante el dia, llegaban á reunir algun óbolo y podrían cubrir con un pobre andrajo sus desnudas carnes, mascan el pan del acíbar y beben las lágrimas del desconsuelo! ¡Y qué diremos de la pobreza en que se ven sumidas las naciones? ¿Qué de los gastos que la guerra origina? ¡Cuántos brazos inutiliza! ¡Qué arroyos de sangre no vierte! ¡Qué heridas tan profundas no abre en el corazon del comercio y de la industria!

Miéntas que con la paz todo se mueve, todo se anima: las campiñas ántes mustias y desoladas se revisten de verdor y galanura, alfómbrense aquí de bicolor las praderas; más allá preséntase el hermoso panorama de las ricas y doradas mieses que erguidas cual las palmas de Idumea sonrien mecidas por la fresca brisa matutina; corónanse los copudos árboles con los sazonados frutos; cárgase la vid de pesados racimos: las flores embalsaman las auras con sus delicados aromas y la naturaleza entera se satura, por decirlo así, de placer y hermosura. Los errantes ganados pacen gustosos la aljofarada yerba; óyese más allá el relincho del bridon guerrero, no ya nuncio de combate y de muertes, sino de prosperidad y abundancia.

¿Quién entre estos inocentes placeres siente despertar en el fondo de su alma los sobresaltos y horrores de la guerra? ¿Quién hay que, con ambicion, pretenda escalar el trono del soberano? La madre adormeciéndole blandamente á su hijo en la cuna ve llegar á su esposo y á sus hijos que, cansados de la labor, vienen á aliviar sus fatigas y refrigerar su sed á su lado; y sentados luego á la fresca sombra de un árbol secular, robustecen sus decaidos miembros. ¡Oh dulzuras! ¡oh delicias! ¡oh encantos de la paz! ¡Cómo te aduermes en el seno de las familias! ¡Cómo dejas ver tu rostro cuando asoma el otoño con su cabeza adornada de los ya sazonados y opimos frutos! ¡Cómo consuelas al desdichado! En verdad que hay horrores sobre la tierra, mas todo pasa como la espuma que van deshaciendo las olas: y á los funerarios gemidos, suceden los dulces cantares: á las escenas horribles, preciosos panoramas: en una palabra, á las atrocidades y atrevimientos bélicos, los encantos é inmensos progresos de la paz.

Pero, si grandes y perjudiciales son los daños que causa la guerra en

el orden material, no son menores en número y escala los que causa en el orden intelectual.

Sí, Sres. AA., en el orden de las inteligencias todo es presa del abandono. Si dirigimos una rápida ojeada sobre la cultura de las artes, no se ve sino desolacion y ruina. No se aproxima ya un Buffon paso á paso á las rejas de una jaula para observar con espíritu tranquilo la naturaleza y propiedades de su alado prisionero. No vive ya recreándose un Linneo en los ámbrosos vergeles, deteniéndose á cada paso para examinar, libre de todo peligro, sus fragantes flores. Ni escudriña ya Watt los grandes modelos de maquinaria; ni herizan nuestros oidos los lamentos sentimentales del enérgico violin del inmortal Viotti. Tampoco sorprenderemos á un Rafael contemplando extático la hermosura de un cuadro alegre, ni mucho ménos admiraremos la noble emulacion de un Zeuxis y de un Parrasios, quienes anhelando triunfar el uno del otro en el arte de Miguel Angel, crea aquél sobre el lienzo los frutos de la vida, tan al natural, que engañan el perspicaz instinto de las mismas aves: miéntras que el segundo sale victorioso de la perfeccionada habilidad de Zeuxis, presentando su hermoso y gigantesco cuadro que habia de arrancar de los labios de su ilustre competidor « Venciste, Parrasios. »

¿Y cómo hallaria espacio entre el tumulto de las armas, el inspirado vate de Venosa, para admirar al mundo con sus inmortales odas, en las que al par de las hazañas de los capitanes más famosos de su edad, brillan las delicias de la más frugal mesa y tranquilo sueño; los hechiceros encantos de la fuente de Blandusio y los magníficos cuadros del aterido invierno, y del adormecido otoño?

¿No necesito, por ventura, del pacífico siglo de Augusto para abrir el camino de la inspiracion á todos los poetas del mundo, presentes y futuros en su célebre Epistola ad Pisones? Aún Ciceron, el ilustre repúblico de los tiempos de Catilina, no hubiera vibrado los rayos formidables y airados de su elocuencia sobre los envilecidos sicarios del crimen y del vicio, si en aquellos tiempos calamitosos no hubiera hallado en su sagacidad y conciencia segura modo tranquilo de describir las tramas de los enemigos de la patria.

La ignorancia es en estos tiempos calamitosos el triste patrimonio de todas las inteligencias. La educacion en el ruido y bullicio del combate, es un nombre vano. Ni el poeta encuentra en su lira las cadenciosas notas de los serenos dias, ni su imaginacion comprimida puede lanzarse á los grandes vuelos de la inspiracion y del sentimiento. Si canta, se estremece en sus cuerdas el ¡ay! del que agoniza, la desesperacion de las madres, el lamento del huérfano, el clamor del combate ó el estruendo del cañon. La felicidad del hogar, el encanto de la naturaleza, el esplendor de aquellas noches estrelladas, el reinado tranquilo de la libertad. todo, todo ha desaparecido de sus alegres canciones. Pobre poeta, hijo del cielo, hermano de los ángeles, ave canora del desierto, mal sientan á tu corazon los sangrientos horizontes, las llanuras sembra-

das de cadáveres y los estertores de la agonía. El raiseñor amante no ha nacido para trinar sobre los campos del llanto y de la desolacion.

Ahora bien, dadme un imperio, una nacion, un pueblo cualquiera por miserable que sea, donde la paz extienda sus benéficas alas y cuyas instituciones ella cobije con su sublime egida, y véreis surgir como por encanto del seno de la patria, poco ha infecunda, una prodigiosa falange de sabios, que ora resolviendo los intrincados problemas de las ciencias exactas, ora elevándose á las regiones de la metafísica, ó escudriñando los misteriosos secretos de la naturaleza, escriben con caractéres indelebles una página brillante en la historia. La paz permite explotar las riquezas encerradas en las entrañas de la tierra en provecho de la sociedad que la abriga: levántanse á su sombra millares de hospicios para el pobre, religiosos asilos á la virtud desvalida y suntuosos templos, monumentos del Dios de las batallas: fórjense bajo su amparo nuevas máquinas de provecho, no de muerte, para el progreso; olvidó ya el César su sed de conquistas; pero comienza el sabio los combates de la ciencia; abandonó ya el soldado sus armas y empuñó los suyas el vigoroso apologista, soldado de la idea; no acuden ya generosos campeones á salvar el honor de su bandera, mas templa su laud el poeta y hace vibrar en él notas de victoria y alegría. En fin, todo se emprende, todo prospera, todo progresa.

¿Y qué os diré, Sres. AA., del órden moral? La guerra es un carbon encendido, que arrojado en el corazon de una nacion dominada por ella, todo lo abrasa. Es cual activo veneno que produce la muerte envuelta en las más horribles convulsiones.

Cotejad sino la tranquilidad que reina en los espíritus ántes de la guerra, con las venganzas que brotan los odios, doquiera extiende su mirada este monstruo del averno. Miradla cuál desmoraliza y cuál corrompe los corazones, haciéndolos arder con ira satánica é impulsándolos á hundir en los más nobles y generosos pechos ya un vengativo puñal, ya el plomo homicida, ensangrentando de entrambas maneras la corona de oliva de la paz. ¿No es ella la que clavó un envidioso acero en el magnánimo corazon de César, y arrebató para siempre á la república de las letras el gran genio de Arquímedes, que no cabia en un solo mundo? ¿No es tambien ella la que engendró la traicion en las almas comunes y vulgares?

Ella imposibilita el reinado de la verdadera libertad, y facilita al despotismo el camino del poder. Con ella avanza el bullicioso desórden que perturba el régimen social y trastorna la marcha de los pueblos. Ella rompe los vínculos que ligan fuertemente las naciones entre sí, é introduce los afeminados vicios del cuartel y del campamento en el seno de las familias. ¡Vergonzoso crimen que engendra con un solo golpe la muerte del espíritu y del cuerpo! Monstruosa aberracion que así aparta del verdadero camino á los pueblos y naciones enteras!

Mas no pretendo por eso romper en la frente de mi patria la espada

de Chacabuco, Ituzaingo y Caseros; no; léjos de mí el arrojar una mancha sobre el sol victorioso de la bandera bicolor que tremoló entre los resplandores de los volcanes y el sol de los trópicos. No, Sres. AA., no; mi patria ha podido, merced á la espada de sus héroes, sentarse en el banquete de las naciones, y demasiado lo recuerda á mi corazon la memoria del inmortal 25 de Mayo de 1810: yo te saludo.

Mas lo que pretendo yo afirmar, es que apesar de la gloria que circunda siempre á las armas y de la necesidad que de ella tienen á veces los imperios, la guerra no deja por eso de ser un azote; es un remedio violento, necesario á veces, pero siempre triste. Digo más, y aquí me complazco en apoyar mi discurso en las palabras de un valiente soldado, del manco de Lepanto, del inmortal Cervántes: «Las armas tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida, y que sólo ese noble fin es el que puede legitimar en ocasiones lastimosas los grandes horrores de la guerra.» Y vedme conducido como por la mano para hablar sobre los encantos de la paz en el terreno de la moral.

¡Qué bello panorama se presenta á mi vista turbada ántes por los horrores de la guerra! Rasgóse el negro velo que cubria de vapor todos los corazones. Olvidáronse ya aquellas épocas de satánica rabia y sólo se ve brillar en el cielo el iris de bonanza. De buitres de la guerra háñse vuelto los más implacables guerreros en cándidas palomas de paz: y si ántes su diversion era despedazar los corazones de sus conciudadanos, bebiendo la humeante sangre de las víctimas, ahora se han convertido en cariñosas madres que aduermen en su seno á sus queridos hijos. Si por casualidad alguna pena los abate, ó alguna tristeza los oprime, levantan sus ojos al Omnipotente y se consuelan. La paz fomenta en ellos la union y la caridad. La caridad, que se habia ocultado en los áridos desiertos, en los ásperos montes y en las ocultas grutas, deja oír ahora entre los mortales sus arrebatadores acentos; habíala desterrado con sus bramidos el monstruo destructor de la matanza, y ahora la llama la paz con voz amiga para que sea consuelo del afligido y esperanza del desgraciado.

¿Que más os podré decir para manifestaros con un solo rasgo las bellezas y dulzuras de la paz? El mismo hijo de Dios, no tuvo otro fin al bajar de las mansiones celestiales y vestirse de nuestros dolores sino el de establecer el reino perdido de la paz. En vano un pueblo ebrio de sangre y cegado por la envidia mancha sus manos con la sangre de la hostia pacífica; en vano exclama: «Muera el infame enclavado en el signo del desprecio y de la irrisión». Jesu-Cristo, no obstante, predica la paz; la paz deja á sus apóstoles; la paz á sus discípulos, la paz á sus hermanos, más aún la paz á sus mismos verdugos: oidle sino exclamar «Perdónales, padre, porque no saben lo que hacen.» ¿Qué más pudo hacer todo un Dios para encomiar y afianzar en el mundo el reinado feliz de la paz? ¿Puede haber por ventura bien más grande; felicidad más completa,

aspiracion más elevada? ¿Hallais por ventura un medio estable y seguro de afianzar la justicia donde la paz no reina con todo su esplendor?

Venid, pues, gentes y naciones del universo, á beber en esa fuente de prosperidad y de bonanza; é implantad en vuestros corazones el sello de la paz. Venid, sobre todo, vosotros, corazones argentinos y recordad que la providencia destinó nuestro suelo para la paz, la abundancia y la fecundidad. Recordad que somos hermanos y no templeis vuestros aceros para derramar á torrentes esa sangre preciosa sobre los campos de batalla: apartad de la imaginacion aquellas escenas horrosas de la Edad Media en que quedaban los campos cubiertos de cadáveres, y su yerba salpicada con la sangre derramada. Destrozad y arrojad el puñal del fratricidio, y ceñidos de las armas pacíficas, del emblema de la paz, sed verdaderos hijos de la religion y del Evangelio que confundió á los hombres en un abrazo bajo la cruz del Redentor, con la que adquirireis la verdadera libertad que hace felices á los hombres.

He dicho.

SÁLVADOR ECHEGARAY.

Definicion y cualidades del patriotismo (1)

Señores Académicos:

Llamado á representar á mis compañeros en estos momentos solemnes, y siendo esta la vez primera que dirijo mi humilde palabra á un auditorio tan respetable, no puedo ménos de sentirme verdaderamente conmovido. Quisiera manifestaros por una parte los sentimientos de agradecimiento que suben de mi corazon á mis labios; quisiera por otro llenar dignamente mi cometido ante una corporacion tan ilustre: mas todo cuanto podria pronunciar, no sería sino una pálida imágen del afecto que rebosa en nuestros pechos, y de lo mucho que merece vuestra acreditada ilustracion. Mas, pobre en conocimientos científicos y novel en el manejo de esta tan rica como armoniosa lengua de Cervántes, ¿cómo podrá resonar mi voz en el recinto de esta academia donde tantos jóvenes, esperanza de nuestra amada patria, hicieron resonar la suya con admiracion y aplauso de los circunstantes, remontándose unas veces con audaz vuelo á las sublimes regiones de la encantadora poesía, cultivando otras el ancho y fertilísimo campo de la arrebatadora elocuencia?

Hace poco, Sres. AA., que uno de vosotros, inspirado por el sentimien-

(1) Declamado el dia 30 de agosto del año 1880.

to patriótico que le dominaba, nos pintaba con vívidos colores la belleza y la importancia del instinto de la patria, de ese amor ardiente que el salvaje tiene al pedazo de tierra donde los rayos del sol iluminaron por vez primera su existencia, donde el hombre civilizado contempló la prosperidad, progreso, constitucion y leyes de su nacion, y donde finalmente se rodeó de todos aquellos seres que nos están íntimamente ligados por algun vínculo de amor ó de parentesco.

Pero ¿entienden todos, Sres AA., el patriotismo en el verdadero sentido de la palabra y saben apreciar las sagradas é importantes obligaciones que este sentimiento nos impone? Hé aquí, Sres. AA., lo que me he propuesto desarrollar brevemente en los cortos momentos de que puedo disponer.

Nadie ignora, Sres. AA., que en todas las naciones y en todos los tiempos, han sido designados con el nombre de patriotas varios géneros de personas. Para los unos, el verdadero patriota es el gran conquistador, un Alejandro, un César; para los otros, el reformador presumido que, pronunciando las altisonantes palabras de libertad, igualdad y fraternidad, destruye todo lo existente y trata de elevarse un trono sobre las ruinas de los antiguos.

Pero no, no son estos verdaderos patriotas; el primero compra sus conquistas con la sangre de sus súbditos, con la miseria y retroceso en su nacion, y el gran filántropo que pretende derribar el edificio social, y levantar sobre sus ruinas una sociedad sin principios y sin religion, que pisotea la justicia y equidad y profana el altar para conseguir su fin, es un falsario público, una verdadera calamidad para las instituciones y los pueblos.

¿Dónde, pues, hallaremos al verdadero patriota, al hombre destinado á labrar la felicidad de su patria?

¿No veis aquel cristiano en cuyo corazon brilla la luz de la divina religion, que se somete feliz á las leyes de su país; aquel hombre que ha rechazado léjos de sí el fanatismo partidario, cáncer de la sociedad y que se presenta el primero á ofrecer su vida, su sangre y sus riquezas á su patria? Ese es el verdadero patriota.

Señores: la religion que nos grita: amaos los unos á los otros, obedeced á las leyes de vuestro país, defended vuestra patria; la religion, madre de todo saber, que nos enseña todas las virtudes, ella que, bajo la sotana del sacerdote como bajo la coraza del guerrero, atraviesa los campos de batalla bajo de las balas y de la metralla, para salvar á sus hermanos; esa es la verdadera fuente del patriotismo.

En vano los secuaces del libre pensamiento, discípulos de corrompidos maestros, pretenden que la religion enerva los espíritus y ahoga el amor patrio. Fácil es desengañarlos, echando una mirada sobre las naciones en general y observando las fases por que han atravesado sus pueblos. Decidme, ¿no son precisamente las más católicas las que en los dias de peligros presentaban más valerosos soldados y buenos patriotas?

Cuando la media luna amenazaba invadir la Europa con sus innumerables y salvajes hordas, ¿qué naciones se presentaron al llamamiento de san Pio V sino las más católicas? ¿Quiénes tiñeron con su sangre las aguas del golfo de Lepanto, defendiendo la cristiandad, sino los mejores cristianos? Contemplad la Francia en otro tiempo árbitra del mundo, unida, fuerte y victoriosa bajo el católico reinado de Luis XIV, cuando la religion inspiraba en ella todo su vigor; y miradla por otro lado, humillada y desunida, débil y sin patriotismo, bajo el reinado impío y ateo de Luis XV por causa de las declamaciones sacrílegas y revolucionarias de un Voltaire, de un Rousseau, de un Diderot, de un d'Alenbert y de todos los enciclopedistas sectarios, que con las deslumbradoras palabras de libertad, igualdad y fraternidad en los labios, enarbolaron el estandarte de la irreligion para derribar la iglesia de Jesu-Cristo. Ved, qué gentil patriotismo el de los caudillos tan tristemente célebres de la revolucion francesa, que defendieron su patria haciendo correr la sangre de su rey, de los justos, de los sacerdotes y de los mejores ciudadanos.

No, señores, no; jamas la religion se ha opuesto ni se opondrá al patriotismo; ántes por el contrario, ella es la que lo alienta y fortalece, ella la que forma al ciudadano virtuoso y por lo mismo amante de las virtudes cívicas y consiguientemente de la patria.

Expuestas estas breves consideraciones sobre la fuente del verdadero patriotismo, voy á enumerar brevemente algunos de los sagrados é importantísimos deberes que este noble sentimiento nos impone. Y en primer lugar, señores, ¿cuál debe ser el primero de nuestros deberes para con la patria? Juzgo, señores, que la entera obediencia á sus leyes y estatutos. Habiendo Dios establecido la sociedad y promulgado leyes para regirla, exige, por consiguiente, una completa y entera sumision á la legítima autoridad que de él emana. Sin ésta no puede existir la patria. ¿Quién garantizaría la propiedad, quién protegería la inviolable libertad? Quitar las leyes, sería quitar el freno más poderoso á los vicios y delitos; sería proclamar la libertad del robo, del crimen, sería reducir la humanidad al caos social en que todos quieren mandar, ninguno obedecer. La virtud violada, sin derechos, la justicia sin amparo, el reinado de la fuerza, el puñal del sectario y el veneno del traidor, únicos medios de dominio, la religion proscrita; tal sería el cuadro que nos presentaría una nacion sin leyes, y tal es, efectivamente, señores, el cuadro sangriento que nos presentan las revoluciones del 93 y 71, tal es el fin que pretende alcanzar hoy dia el socialismo en sus misteriosas lógias. ¡Abajo las leyes y viva la libertad! exclamaban los comunistas incendiando á Paris. La observancia de las leyes, señores, es el vínculo que une á los ciudadanos entre sí y á éstos con la patria; roto este vínculo, se acaba la union y el patriotismo; y esto sucederá siempre que el hombre quiera proclamarse independiente de las autoridades legítimamente constituidas.

Otro de los más importantes deberes que el hombre honrado se ve

obligado á tributar á su patria, es el de mantenerse léjos de todo espíritu de partido. El sectarismo es la division de la patria en sus miembros que arranca al hombre de su tranquilo hogar para arrojarlo á la hoguera de las pasiones políticas. El sentimiento que le impele es el ótío, sentimiento terrible porque crece á medida que crece la lucha. Éste le ciega y acaba por dominarle de tal manera, que llega hasta armar su brazo con el puñal fratricida. ¡Fanatismo estúpido, que nos hace sacrificar nuestra tranquilidad y sosiego, que nos convierte en asesinos públicos para satisfacer las pasiones de un hombre en cuyo corazon hierva la insaciable ambicion de mando, y que llegando al colmo su soberbia y egoísmo, revienta como revienta el volcan, en torrentes de lava que arrastran en pos de sí la desolacion y espanto, cubriendo de estrago y ruina cuanto se opone á su paso!

Los resultados de esas luchas fratricidas, vosotros los conoceis mejor que yo, señores: son la guerra civil, ese gran retroceso en la civilizacion de los pueblos. Alejemos, pues, de nosotros el espíritu de partido, no desperdiciemos nuestra sangre, poniéndola al servicio de la ambicion; mas guardémosla para nuestra querida patria cuando ésta nos la pida, y este es, señores, el último deber que nos impone el patriotismo; el sacrificio de nuestras vidas, de nuestra sangre, de nuestros bienes. ¿Mas para qué recordar esto á corazones argentinos? Los campos de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, empapados todavía en nuestra sangre, muestran al mundo entero que jamas un argentino ocultó su pecho á una enemiga espada, ni escaseó su sangre para libertarla de una invasion extranjera, y que doquier ha corrido sangre argentina, ha florecido lozano el frondoso árbol de la libertad.

Una palabra más y acabaré, señores, pues no quiero abusar de vuestra indulgencia. ¿Qué es una nacion sino una reunion de individuos, de hermanos, en la que cada cual puede y debe contribuir á la felicidad de los demas? A nosotros, pues, nos toca, si tenemos verdadero amor á nuestra patria, observar esos deberes que nos manda Dios, esas obligaciones que el mismo amor á nuestro país nos hace leves y dulces.

Que nuestro país sea religioso y nosotros fieles observadores de nuestros deberes; entónces la República Argentina, alzando su audaz frente sobre tierras y mares, exclamará: ¡Soy dichosa entre las naciones y á mis hijos se lo debo! Que la union nos estreche á todos en sus dulces brazos, y unidos seremos invencibles; y al preguntar el extranjero admirado de nuestro poderío y progreso: «¿cuántos son los argentinos que han formado esta nacion grandiosa?» contestemos: «Uno somos, porque somos todos hermanos.»

He dicho.

CÁRLOS GONZALEZ MORENO.

DISCURSOS DE CONTESTACION

Sobre el vínculo de la virtud y la ciencia (1)

Señores Académicos:

La larga experiencia de tantos siglos como siglos hace que existen las sociedades sobre la tierra, nos autoriza para afirmar de la manera más incontrastable que el elemento conservador, el principio de existencia y la base de toda institucion, es el espíritu de compañerismo, el espíritu de corporacion, porque él es el ángel tutelar y la salvaguardia de los vínculos sagrados que deben impedir su desquiciamiento y su destruccion.

Sin él se rompen los lazos con que adunados elaboran los miembros de una corporacion las preciosas perlas que han de ornar su corona de gloria, de honor y de grandeza.

Y sino, señores, interroguemos á la tan celebrada Sociedad de Lóndres, que ha enriquecido el mundo científico con sus magníficos y colosales descubrimientos; á la renombrada academia de Viena por las importantísimas producciones originales, que forman la parte más selecta de las bibliotecas del universo, y á la tan justamente célebre Academia de Ciencias de París, emporio del saber humano por lo admirable, por lo estupendo y por lo maravilloso de sus trabajos científicos; preguntémoslas, repito, ¿por qué de tan humilde y débil infancia que tuvieron al presentarse por la vez primera ante la faz del mundo, se ostentan hoy tan imponentes y majestuosas, sirviendo de oráculo universal á las ciencias y á las artes? y ellas responderán de consuno y con muchísima verdad, que su gloriosa existencia, su grandeza, y su renombre son exclusivo fruto del espíritu de corporacion que animosas supieron conservar como un rico tesoro al traves de las vicisitudes de los tiempos.

¿Y qué es, señores, una asociacion sin espíritu de cuerpo? Es un conjunto informe de preciosos materiales, que por falta de un sabio arquitecto que con ellos levante un soberbio palacio, se destruyen por sí mis-

(1) Declamado el dia 6 de setiembre del año 1868.

mos; es una reunion de hábiles artistas que queriendo fabricar una bella estatua, por no manejar el buril de comun acuerdo, forman un monstruo, bello sí en sus partes, pero deforine en su conjunto; es, en fin, un cadáver sin vida, sin sangre, sin amor, sin entusiasmo; es un espectro y nada más.

Este espíritu existe en nuestra academia y este mismo espíritu de compañerismo es el que me autoriza en este momento para proclamar y manifestar á los jóvenes que llenos de entusiasmo solicitan engrosar nuestras filas y alistarse bajo nuestras banderas, cuál es la divisa y cuál es el lema de nuestra asociacion y cuáles las dotes que en sus campeones exige.

Este es el fin que me he propuesto al aceptar el honor de contestar al lucido discurso de recepcion pronunciado por el señor Maciá.

El gozo, Sres. AA., que acabo de experimentar y que á no dudarlo experimenta toda la academia al recibir en su seno á esa nueva falange de atletas, es grande, grandísimo; y si algun pesar me cabe, es el de carecer de expresiones con que manifestarlo cumplidamente cual se halla en mi corazon.

Pero como leal compañero que os estima como el que más, y á nombre de nuestra amada academia, en este dia el más glorioso de vuestra juventud, os recuerdo que á fuer de dignos miembros de la Academia de Literatura de este colegio, vuestro lema no debe ser otro que vivir esclavos perpetuos de la virtud y de la ciencia, porque esta es la divisa de nuestra academia y porque así lo exigen los principios eternos de la razon y de la más alta filosofía.

¿Y cuáles son los títulos por los que el hombre debe ser eterno esclavo de la virtud? Muchos, señores; y desde luego debeis saber que ella es la que como reina ocupa el asiento más distinguido en el trono del Omnipotente, espirando suavísimos olores por toda la inmensidad del em-píreo. La razon, ese destello de la divinidad que se refleja ondulante en la augusta frente del ser racional, pierde todo su brillo, se anonada y es inconcebible cuando se inspira en fuentes cuyas aguas no brotan del sacro pedestal del solio de la virtud. Sus perfecciones son tan sublimes que la pluma más valiente y atrevida no ha bastado jamas para describirlas, siquiera fuese á grandes rasgos; ¿y qué podré hacer yo al tocar bellezas que no son para dichas? Asaz haré si logro indicarlas someramente. La excelencia de la virtud, señores, es sublime; como hija del Eterno, no permite que nadie coloque trofeos en los altares de la fama, sin que ántes los presente á sus piés, para que los zahume con sus odoríferos y suaves aromas; porque de negra infamia será cubierto el que se atreva á burlar su derecho y su soberanía sobre todo lo grande y magnífico salido de las manos de la divinidad. Ella es la piedra de toque de que se vale Dios para conocer la verdadera grandeza de ánimo y los quilates de su pureza; ella es el crisol en que deben ser depurados de todos sus lunares las inteligencias más sublimes y los talentos más privilegia-

dos. Ella es el escudo de la ciencia, con que embrazado el sabio puede campear por cielos y tierra sin peligro de sucumbir en los insondables abisinos que por do quiera rodean á la razon del hombre. El sabio puede extender sus investigaciones por todo el anchuroso campo de la experiencia y de las ideas, puede penetrar hasta las entrañas de la tierra y remontarse despues hasta las bóvedas celestes; pero encuentra un *non plus ultra*, tiene un límite y este límite son las verdades reveladas; hasta aquí puede llegar el entendimiento humano, más adelante la sola virtud puede penetrar desnuda y con paso firme; y si la ciencia osa desconocer el velo misterioso con que la sabiduría infinita ha reservado los dogmas inefables de la religion, la virtud le resiste y le dice: has llegado ya á los confines, debes volver atras; las verdades que esta cortina vela exceden la inteligencia humana, están sobre la razon finita; si pretendes sublimarte á tamaña altura con tan débiles alas ántes de llegar perecerás víctima de tu temeraria osadía. Ahora sólo debes creer, porque ha hablado quien no puede engañarse ni ser engañado. Yo te hablo en nombre de Dios.

Aquí teneis, señores, uno de los mayores beneficios que la virtud dispensa al hombre en los lances más críticos de la razon; ella es el áncora de salvacion para los náufragos cuya audacia se ve castigada al arrojarse inermes en el profundo piélago de la sabiduría; es el faro que nos indica el lugar del puerto seguro y de los escollos donde pudiera estrellarse nuestra frágil navecilla. Pero hay más, señores, el horror, la gloria, el buen nombre, la honra, prendas todas inestimables, sin las que el hombre deja de ser hombre, porque deja de ser imagen de su Creador; ¿á quién se deben sino á la virtud? El mismo Dios hace consistir en ella toda su grandeza, toda su gloria y todo su poder, ¿y la criatura en quién podrá tenerlas? El hombre que se ofrece en eterno holocausto á la virtud que á ella se consagra, que todo lo sacrifica en sus aras y que sólo á impulso de sus grandiosas inspiraciones obra, ese hombre es un héroe que no reconoce émulo en el mundo y cuyas inmortales hazañas no podrian pintar ni el inimitable cantor de Aquiles, ni el cisne mantuanos; sólo podria hacerlo el que cantó á Jehová, si evocado de la tumba empuñase segunda vez su épica trompa. Este hombre es un Dios terreno, pues ¿qué héroe ha llevado jamas á cabo empresa de tan alta cuantía como el que, escudándose con la virtud, triunfa sobre el vicio apesar de sus fascinadores, halagüenos y lisonjeros premios? ¿Mas por qué reporta tan gloriosa y difícil victoria? Porque la elevacion y fineza de carácter, que en él engendra la virtud, es indecible, la nobleza de los sentimientos incomparable, el desinterés, la generosidad y la magnanimidad inconcebibles.

Pero oid al filósofo más grande de Grecia, Sócrates, nombre justamente consagrado á la inmortalidad; para él, « el bien supremo es la virtud; el hombre debe perderlo todo ántes que la virtud; la virtud es la felicidad, la virtud es la sabiduría; si el gozo, son tambien sus palabras,

retoza, la alegría se derrama, el dolor gime, la tristeza suspira, el asombro enmudece, el terror se hiela, la patria se hunde, el mundo se desploma; el hombre virtuoso está sereno.» ¿Y no son para cantadas con cuerdas de oro las hazañas del héroe de semejante talla? Pues este es, señores, el héroe que engendra la virtud, y este es el héroe de quien dice Horacio: «*Si fractus illabatur orbis impavidum ferient ruinæ.*» ¿Y qué diré de sus atractivos, de su hermosura? ¿Hay cosa más bella ni más hermosa que la imagen de la virtud? La majestad de todo un Dios absorto la contempla, porque él solo la comprende, y en ella tiene cifradas todas sus divinas complacencias. Sí, la belleza de la virtud atrae, enagena, arrebatada, conmueve y hasta fascina, y su solo nombre encanta: por ella conservan los hombres la preciosa joya de la virginidad, asombro de los héroes antiguos, y gloria eterna del cristianismo. Y ved aquí, señores, por qué allí donde la virtud florece, allí solamente tiene la poesía púdicas flores para la mujer, gloriosas palmas para las naciones y alas espléndidas para encumbrarse á las regiones altísimas del cielo.

Hé aquí, pues, por qué el hombre debe ser esclavo de la virtud, de ese astro luminoso cuyo divino esplendor es más nítido y radiante que el sol de la mañana al presentarse en los balcones del Oriente. Sus premios y galardones no pueden ser más excelentes porque son divinos, y son divinos porque en terrena deidad convierten á los que en ella se inspiran y á los que como ella son víctimas de la justicia y del deber.

Pero si la ciencia sin virtud es una estatua dorada, la virtud sin ciencia es una gran reina sin cortejo: es una perla de subidos quilates engastada en viles metales, es un diamante sin pulir, es una belleza á quien no han favorecido las gracias. ¿Mas, pretendo yo decir con esto que la ciencia ocupa un lugar más distinguido que la virtud? De ningún modo, señores, porque no se concibe verdadera sabiduría donde no hay virtud, ésta por sí sola es sublime, nada pierde de su excelencia ni de su brillo; la ciencia comparada con la virtud es un precioso atavío con que ella se engalana y embellece, pero considerada en sí misma es digna de todo nuestro aprecio. ¿Y cómo no ha de merecer los mayores esfuerzos y encomios de nuestra parte la ciencia, si perfecciona nuestro entendimiento, esa facultad sublime, portento de la Creación, por la que el ser racional es desemejante de los brutos, semejante á los ángeles y semejante al mismo Dios? Por ella, señores, guardamos con respeto y admiración la memoria de los grandes genios que de vez en cuando aparecen sobre la tierra, á manera de nacies astros enviados por la divinidad para alumbrar con su luz el mundo entero: de esos entendimientos extraordinarios que, lanzándose por las elevadas regiones del firmamento, arrojaron á la tierra en doradas páginas las arcanos de la sabiduría-infinita, fotografiada en la bóveda celeste, profetizando á la tierra las revoluciones del cielo, adornando así los altares del templo del saber humano con la ciencia astronómica. Otros sabios no ménos dignos de eterna fama, no contentos con obligar á la naturaleza á que les revelase las secretas

leyes que rigen los aires, las aguas y cuantos seres existen sobre la superficie del globo, llevaron su intrepidez hasta las entrañas de la tierra, hermosando la corona de las ciencias con uno de sus más bellos flores, cuales son las ciencias físicas. Nuevos ingenios, encaramándose en alas de su feliz inteligencia, adivinaron por medio del cálculo las verdades más sorprendentes de las matemáticas, ciencia á la que todas las demas rinden justo homenaje. Pero el timbre más glorioso para el género humano está simbolizado en los inmarcesibles laureles que en los altares de la ciencia colocaron genios más divinos, que él apellidó *sabios* por excelencia; y con muchísima razon, porque éstos dejaron á la humanidad su más rico patrimonio, cual es la filosofía, por ser de origen divino, quiso tener un templo aparte, cuya inscripcion es *amor á la sabiduría*, y cuya diosa es la misma sabiduría. Injusto sería, señores, si al reconocer los magníficos salones en que está depositado el santuario de la ciencia no hiciese mencion de los monumentos erigidos en memoria de esos númenes tambien divinos, de esos genios inspirados, que trasladaron á la tierra las célicas armonías que oyeron en el Parnaso y cuyos melodiosos ecos dieron tono á Apolo y á Orfeo para templar su encantadora lira, pues ellos embellecieron y engalanaron con la gaya ciencia las palmas de los intérpretes de la sabiduría.

Pero aún aparece más sublime la ciencia, señores, porque perfeccionando la voluntad, nos identifica, por decirlo así, con el mismo Dios. ¿Y acaso no es grande el realce que la ciencia da á la virtud y en ella á la voluntad? Yo no encuentro sublimidad más encumbrada, ni majestad más excelsa, que la virtud ataviada con la ciencia en Dios, y esto porque en él corren parejas la santidad y la sabiduría. Si Dios, á la par que es infinitamente santo, no fuese igualmente sabio, no sería tan grande ni tan admirable.

La virtud en un sabio, es sin comparacion, más acepta á Dios, por que es virtuoso por principios y no por un instinto natural; adora á su Creador, más no á ciegas sino porque la razon le dicta que no puede hacer mejor uso del don de la libertad, que sacrificándola á la virtud. Por la ciencia el virtuoso se convierte en digno apóstol de la virtud, pregonando sus grandezas y defendiéndola de los ataques de la impiedad, mereciendo así que el mismo Dios coloque en sus sienes dos coronas igualmente eternas, la una adquirida en el combate, la otra obtenida en la victoria.

Insignes testigos de ello son un San Juan Crisóstomo, un San Agustin, un san Ambrosio, un san Anselmo, un santo Tomas y otros mil ilustres campeones antiguos y modernos del cristianismo, en quienes un profundo conocimiento de las ciencias contemporáneas se juntaba con la más acendrada virtud. ¿Y cuál es el arma defensiva de la virtud, en nuestros dias principalmente, sino la ciencia? ¿quién la pone á salvo de tantos tiros asestados por la incredulidad y el indiferentismo? ¿Quién ha justificado la Biblia, befa del filosofismo en el pasado siglo, sino la ciencia, haciendo ver que todo lo que refiere el Génesis es la pura verdad,

dictada á Moises por Jehová? La ciencia, señores, ha dispensado á la virtud y en ella á la humanidad servicios tales que sólo el Eterno podrá remunerarlos cumplidamente. Y si no, señores, ¿quién ha hecho que la virtud no abandonase el mundo sino la ciencia? ¿quién hace que el hombre virtuoso no vacile sino la ciencia? ¿quién hace que Dios sea adorado en la tierra sino la ciencia? Sería nunca acabar, señores, si pretendiese enumerar los beneficios que la ciencia ha prestado y continúa prestando á la virtud y á la religion de Jesu-Cristo.

Estos son, Sres. AA., los títulos sacrosantos y divinos con que se nos presentan la virtud y la ciencia para que vayamos á ofrecer incienso en sus altares; estos son los eternos lauros con que premia y corona á los que á ella se consagran en perpetuo holocausto y les rinde homenajes de soberanía; ¿y á quien con más altos fines y elevados motivos debemos rendir parias sino á la virtud y á la ciencia?

Así, pues, Sres. AA., si con patriótico amor os quereis inmolar en las aras del porvenir y bienestar de vuestra patria, debeis ántes sacrificaros en aras de la virtud y del saber, porque en sus manos depositó Dios los destinos de las naciones, y en sus fuentes se han inspirado esos hombres extraordinarios que reputamos como bienhechores de la humanidad y como lumbreras del mundo.

He terminado, señores, mi pobre y desaliñado discurso; réstame sólo reclamar para él vuestra benevolencia que nunca ha sido negada á los que como yo la imploran y á los que como yo tanto la necesitan.

He dicho.

MARIANO SOLER.

Actitud de un hombre honrado ante la prensa (1)

Señores Académicos:

Acabais de oír de vuestro nuevo y digno colega cuán poderoso y eficaz medio es el periodismo para influir en la felicidad y en la desgracia de los pueblos, para contribuir á la postracion ó al engrandecimiento de la humanidad y para llevar á cabo la grande obra del perfeccionamiento del hombre ó para hundirle en el siniestro abismo del abatimiento y la degradacion.

Habeis visto tambien cómo el diarismo podia y debia ser la defensa y el amparo de los derechos de los pueblos y su fiel guia y maestro, y cómo desgraciadamente ha sido y sigue siendo la destruccion del edificio social y de las libertades más preciosas del hombre cuando la impetuosi-

(1) Declamado el dia 18 de agosto del año 1872.

dad de sus desbordes ha atropellado todo lo más santo, lo más sublime, lo más grande de la humanidad desconociendo y desfigurando la justicia y el derecho é insultando ó calumniando descaradamente las prácticas y verdades sacrosantas de la religion.

Nada tengo que añadir á los numerosos y palpables argumentos que en prueba de su tesis ha aducido el nuevo colega; pero debiendo limitarse á lo que en efecto ha probado, me parece necesario que nosotros, los que deseamos ir por el camino del orden y contribuir en cuanto esté de nuestra parte á que se establezca en nuestros desgraciados países, consideremos atentamente cuál debe ser la *actitud del hombre honrado ante los estragos de la prensa*; es decir, cuáles son los medios de que debemos valernos para contrarrestar esa fatídica accion del periodismo descarriado que tanta sangre ha hecho derramar á los pueblos y tantas y tan infecundas lágrimas sigue arrancando á la humanidad entera.

Y hé aquí, Sres. AA., sobre lo que voy á hacer algunas ligeras observaciones en contestacion al discurso de nuestro apreciable colega.

Es de todo punto incuestionable que la verdadera y sólida instruccion contribuye poderosamente á la moralidad del individuo y de la sociedad, ó en otros términos, que no puede haber instruccion verdaderamente tal y verdaderamente sólida sin moralidad.

Este es un hecho, señores, que la triste experiencia del pasado y las duras lecciones del presente nos lo atestiguan. Un hecho fundamental cuya razon de ser está claramente basada en la naturaleza del hombre y probado por los principios más elementales que rigen á la inteligencia y que no podemos desconocer sin quitar á la sociedad su único medio de existencia, la única columna en la que está asentada la civilizacion verdadera y el verdadero progreso.

Sin moralidad no hay nada que pueda ser digno del hombre, nada que pueda perfeccionarle, nada que le encamine al cumplimiento de su destino y labre su felicidad.

Allí donde el hombre vive sin más ley que sus caprichos, sin más razon que la que le sugiere el egoísmo, sin más Dios que sus placeres; allí, señores, el progreso no sólo no existe sino que se hace imposible, la civilizacion se detiene y aún la vida misma se estanca.

La moralidad es la vida del individuo, la esencia de la sociedad; es el medio imprescindible y único de llegar al término fijado por nuestro Hacedor supremo.

Haced, señores, el mundo *moral*, difundid por todas partes los principios y las prácticas de la virtud, y habreis sembrado el progreso y la civilizacion, y encontrareis por todas partes claro y sereno el horizonte del porvenir y de la felicidad de los pueblos.

¿Y se hallarán medios para la realizacion de esta verdad? Sí, señores, ahí está el diarismo, ahí está la libertad de la prensa, esa palanca poderosísima capaz de operar en la humanidad las más grandes transformaciones.

Ahí está, sí, el diarismo con toda su extension, con toda su amplitud: él no reconoce límites, su esfera de accion es todo el mundo, y él es el que por su posicion y por su naturaleza misma ha podido y puede aún engrandecer al hombre con la gloriosa realizacion de estas verdades, que engendran tanto bien y que tanto se desprecian tambien por los que son verdaderamente ignorantes.

Esto puede confirmarlo mejor que cualquiera argumento que pudiera aducir un dato muy poderoso y fehaciente.

Sólo en el Reino Unido se publican 1,456 periódicos, de los cuales 268 ven la luz pública en Lóndres; en los Estados-Unidos hay 5,000; en Francia 1,640; en Prusia 700; en Italia 606; en Austria 365; en Suiza 300, etc.; y á todo esto, añadia, señores, que el periódico es lo que más se lee, lo que casi todos leen, lo que diariamente leen. Pues bien, suponed por un instante que todas estas imponentes fuerzas, todo este si número de publicaciones hubiese estado en servicio de la verdad y la moral como es su obligacion é instituto, y yo os aseguro que la faz del mundo estaria ya renovada: hubiera visto florecer por todas partes la moralidad y el orden: y el reinado de la paz, y el bienestar de los pueblos ejercieron do quier su influencia bienhechora.

Pero una triste, y cierto, tristísima experiencia, señores, nos demuestra la poca maestría, la culpable negligencia, la inexcusable malicia, la cínica desvergüenza, en fin, con que se ha manejado este elemento civilizador en buenas manos y tan corruptor en las malas.

¡Ah! no me equivoco ni exagero señores. El diarismo no sólo ha prescindido de la moralidad que debia ser su punto de partida, su base y el blanco en que constantemente debia tener fija su mirada; no sólo, repito, ha prescindido mil y mil veces de lo moral, sino que la ha atacado insolentemente, la ha mofado y ultrajado con infernal descaro y furor; le ha hecho una guerra de esterminio y ha hecho los mayores esfuerzos para arrancarla del corazon de los pueblos é inocularles los principios y máximas destructoras que han producido la revolucion política y religiosa en que aún estamos envueltos.

Y por esto el diarismo se ha prostituido, por esto ha sido el arma constantemente empleada contra la sociedad.

Por medio de él se ha conspirado contra el orden, contra la paz, contra la civilizacion.

La Iglesia ha tenido en él su más decidido é irreconciliable enemigo; y en nombre de la libertad ha sido el déspota más descarado de cuantos han vejado á los pueblos, y en nombre de la justicia y el derecho, el poder más arbitrario y el que ha degradado más á las sociedades.

Es necesario, absolutamente necesario, pues, que el hombre honrado no sólo se precava de esta arma homicida, sino que ademas trate seriamente de embotarla é inutilizarla completamente para el mal.

Es menester que los pueblos, ó los que en su bien se interesan, se pongan en guardia contra él; puesto que en lugar de suministrarles sano y

sustancioso alimento, les está propinando cruel veneno que, inoculado en sus venas, es la causa de los grandes sacudimientos y convulsivas agitaciones que trastornan la humanidad y alejan hasta la esperanza de paz, mientras no tomen otro rumbo ciertas instituciones que, so pretexto de promover el bien de la humanidad, la están despedazando y arruinando desapiadadamente.

Es menester aprovechar las lecciones de la experiencia para no verse envuelto en las horrosas catástrofes de que está siendo teatro el mundo, y á impulso de las cuales, ó desaparecen ó al ménos llevan una existencia innoble los más grandes pueblos y de más gloriosos antecedentes.

No hay más que cotejar la Francia y la España de otros tiempos; la Austria y la Italia con lo que son ahora, y á lo que pronto se verán reducidas, si la Providencia no detiene y troncha el brazo destructor que está ya aplicando la tea parricida y aguzando el hierro sacrilego con que intenta reducir á lagos de sangre la tierra.

Los verdaderos amantes del bien de la humanidad, los que comprenden bien la elevacion del fin del hombre y los que desean ver coronados sus esfuerzos con la dignificacion y verdadero engrandecimiento de la patria, deben abstenerse de secundar toda clase de publicaciones inmorales ó que de cualquier modo se opongan al órden y verdadera prosperidad de los pueblos; pues si tales publicaciones son un crimen de lesa sociedad, como no hay duda que lo son, fomentarlas ó secundarlas es cooperar á tan criminal intento. Señores; ¡cuán duro y triste es decirlo! ¡cuántos hombres cándidos hay, hombres, por otra parte, dignos de aprecio, que quizá jamas han reflexionado en que ellos mismos son los que están afligiendo á su patria, que por otra parte aman.

La inmoralidad y el progreso, existiendo conjuntamente, señores, es un contrasentido, es una abierta contradiccion. El que promueve, pues, la primera ha trabajado por destruir el segundo. Y el que se esfuerza por detener al hombre en el camino del desarrollo que exige su naturaleza; el que quiere hacer de la humanidad un conjunto de seres estacionarios, de autómatas y nada más, ¿no habrá atentado, señores, contra las inspiraciones de la razon, contra la sublimidad del linaje humano y contra la mano omnipotente que escribió en el corazon del hombre la aspiracion incesante de su verdadero progreso? Si, señores, Dios, el hombre, el órden mismo del universo lanzan ese anatema contra la inmoralidad, y exigen de nosotros una generosa abnegacion para trabar una lucha noblemente encarnizada, para poner un obstáculo decidido, como es el que, á lo ménos por instinto, pone todo ser á su anonadamiento.

Sí, señores, lucha santa, generosa y sublime, es la que debe estar dispuesto á empeñar todo hombre de bien en estos tiempos, porque sublimes y santas son las obras del Eterno: lucha llena de heroísmo y de abnegacion, porque se arrostrarán las pérdidas iras de los que se creen tener el monopolio de hacernos desgraciados; lucha, en fin, que está llamada á triunfar, porque está escrito, señores, que el bien dominará el mal, la

justicia á la arbitrariedad, el derecho á la violencia, la libertad á la fuerza.

He prometido, Sres. AA., ser breve y quiero cumplirlo terminando aquí mi respuesta. Pero al hacerlo, nada más justo que dirigirme á la academia para felicitarla por la adquisicion que acaba de hacer de cuatro miembros, que con resolucion y entusiasmo quieren tomar parte activa en sus modestos pero fructuosos trabajos, para bien propio ahora, pero que podrá redundar pronto en el bien de muchos. Digo, sí, en el bien de muchos, no por un vano y ridículo orgullo y necia confianza en las fuerzas propias: sino porque todo hombre está llamado á realizar un gran bien en su país con sólo secundar las miras de la Providencia. ¿Y cuánto más no podemos hacerlo nosotros, á quienes gracias á la misma Providencia y á la piedad y cariño de nuestros padres, se nos proporcionan los medios de influir poderosamente en las buenas ideas? ¿Quién de nosotros no puede comunicar sus sanos principios á sus amigos y compañeros? ¿quién no puede con más ó ménos gracia, pero siempre con gran verdad y justicia, enseñar las sanas doctrinas si no ya en obras voluminosas, á lo ménos en el folleto, en las columnas del diario, en el recinto de una modesta escuela, ó en el círculo de jóvenes amigos?

Este es, señores, nuestro campo: modesto si se quiere pero vasto, fecundo en brillantes é importantes resultados. Entremos denodados en él, empuñemos la hoz, y en tan abundante y sazónada miez, hagamos copiosa cosecha.

Estos son mis votos particularmente respecto de vosotros, queridos y nuevos compañeros: estas son mis esperanzas y creo son las de todos mis antiguos colegas. Con la moralidad y piedad cristiana por base y la cultura intelectual por forma, no cabe duda que realizareis su bello ideal y aún sobrepujareis las nobles y justas esperanzas que en vosotros cifra el que os habla y debe cifrar la academia toda.

He dicho.

JOSÉ GALVEZ.

Decadencia del lenguaje castellano (1)

Señores Académicos:

Apénas podia nuestro colega elegir un tema ni más simpático, y si me es permitido decirlo, ni más académico, que el que acabais de oír y á mí me cabe la honra de contestar.

(1) Declamado el día 31 de julio del año 1875.

En efecto, no obstante lo limitado de mis conocimientos y el nada prolijo estudio, que mi edad y otras circunstancias me han permitido hacer de nuestra lengua; el orden en que, gracias á la prudente direccion de nuestros cultos y experimentados maestros, he debido hacer mis estudios y las materias sobre que ellos han versado, son suficientes á darnos una alta y justa idea de la excelencia y mérito de la hermosa lengua castellana. Por otra parte, ya desde nuestros primeros años somos testigos de los lamentables abusos que en ella se introducen, y cuán pronto se adulteran, hasta las más sencillas y puras frases, que aprendimos en el dulce trato de nuestras madres. Este abuso es por desgracia más notable en nuestro país. Cabalmente en estos dias he tenido la ocasion de confirmarme en ello, leyendo en un distinguido literato chileno, este triste, pero por desgracia bien merecido fallo sobre la materia que nos ocupa: « El lenguaje que empleamos en la conversacion y en la prensa, dice el literato citado, es generalmente malo, malísimo, sólo superior al de los argentinos, que son los que más estropean en este continente la lengua castellana.

Dura es, Sres. AA., esta acusacion: pero, triste es decirlo, por más que nuestro decoro y patrio amor nos impulsa á creerla exagerada; creo que es, en el fondo, justa y verdadera! . . . ¿Qué cosa, pues, más natural, que el que nosotros, que hacemos profesion de dedicarnos con esmerado teson al cultivo de la literatura, reparemos en tamaña falta y hagamos cuantos esfuerzos estén á nuestro alcance para no incurrir en ella, pues en nosotros sería de mayor peso, á retraer de la misma á cuantos toman parte en nuestros modestos, pero utilísimos trabajos literarios?

Hé aquí el importantísimo asunto que ha elegido por tema el nuevo colega, á cuyos argumentos tan sensatos como exactos, séame permitido, en cumplimiento de mi cometido, añadir algunas ligeras reflexiones que nos den á conocer la fuente de do mana tanto mal, y los medios de cejarla, ó neutralizar á lo ménos el daño que nos acarrea.

Despues de meditar atentamente, Sres. AA., sobre las causas de la decadencia del lenguaje en general y particularmente entre nosotros, me parece poder señalar casi con seguridad las siguientes: 1ª La lectura de malas traducciones. 2ª El frecuente trato y roce con los extranjeros. 3ª El somero y breve estudio que se hace de la lengua castellana. 4ª Y en fin, el prurito de aprender idiomas ántes de conocer bien á fondo el propio, y lo que es consiguiente la mucha lectura de obras extranjeras y la ninguna ó poco frecuente de los autores clásicos.

Y efectivamente, Sres. AA., uno de los efectos que produce la lectura de malas traducciones, áun en quien posee su propio idioma, es avezarle á la impropiedad de las palabras y al giro extraño de la frase. Se comienza por no notar suficientemente el error y se acaba por imitarle; y si esto es verdad respecto de la Península donde siempre debe ser el mayor número el que hable con pureza y donde se encuentra la Academia de la lengua, ¿qué no sucederá en países que, por su posicion, están

alejados de ese centro donde se habla y « ha siempre hablado la lengua en toda su pureza »? Sube de punto Sres. AA., y adquiere mayor fuerza esta reflexion en estos países en que rodeados nuestros antepasados de salvajes y teniendo que rozarse con ellos ya desde el principio de la conquista, comenzaron á corromper la hermosa lengua de Castilla. Y hasta tal punto es esto verdad, que está sembrada nuestra frase ordinaria de términos y frases tomadas del quichua, del guaraní, del aimará y lo que es aún más notable del araucano.

Apénas tengo que hacer alguna indicacion sobre la segunda fuente que señalé de la corrupcion de nuestro idioma, á saber, el trato con los extranjeros: es cosa que desgraciadamente estamos palpando que esto se realiza, especialmente respecto de aquellos idiomas que más se asemejan al nuestro como son, el italiano y portugues; y si á esto se añade los enlaces con los extranjeros tan frecuentes en nuestro país, á causa de la crecida inmigracion que llega á nuestras playas, ¡ ay! ya demasiado hospitalarias, se comprenderá mejor el peligro que amenaza á nuestro riquísimo idioma, si no se toman prontas y sanas precauciones: tanto más, cuanto que lo que se aprende en la niñez tarde ó nunca se borra del todo. « Quo semel imbuta est servabit odorem testa diu », ha dicho muy á nuestro propósito y con su acostumbrada gracia y exactitud el lírico latino.

No ménos claro es el influjo que ejerce la tercera causa que señalé de la corrupcion del lenguaje. Sabida es y admirada al mismo tiempo la riqueza inestimable del idioma castellano, así por las innumerables voces de que consta como por la variedad y elegancia de sus giros y gracioso capricho de sus modismos. Nada digo del gran número de verbos irregulares y las diferentes formas y tiempos que tiene cada uno de ellos. Ahora bien, ¿ cómo puede hacerse cargo suficientemente de tan vasta materia el que sólo por cima estudia uno que otro compendio de la gramática de nuestra lengua, sobre todo si al mismo tiempo se reparte en otras materias la atencion del estudiante, y peor aún si se le aplica al estudio de una lengua viva? y digo viva, porque las que se llaman muertas, y en particular la lengua latina, prómueven y facilitan admirablemente el conocimiento de nuestro propio idioma; y si la griega no ayuda, á lo ménos no daña, como lo ha probado evidentemente la experiencia; pues todos, ó la mayor parte de los clásicos castellanos han poseido con más ó ménos perfeccion los idiomas de Aténas y de Roma: ni podia ser de otra suerte, puesto que con sobrada razon se ha llamado al castellano la hija primogénita del latin.

Creo excusado detenerme en hablar de los funestos efectos que produce la cuarta causa que señalé al principio: la simple reseña de las innumerables frases y voces extranjeras de que continuamente se hace uso, á veces por gracia otras por una insulsa y nociva pedantería, y raras por necesidad, son el más poderoso y evidente argumento que aducirse puede

en la materia : y por hablar sólo del frances, hágase la prueba y pregúntese á los que frecuentemente usan v. g. del *comme il faut, la toilette, sans façon, rendez-vous*, etc., pregúntese, decia, cuáles son sus equivalentes en castellano, y el silencio será la triste respuesta á vuestra pregunta. Restaría, ahora, señalar los remedios de tamaño mal ; pero como creo que basta señalar sus causas, para que se comprendan aquéllos, no detendré por más tiempo vuestra atencion.

Sólo diré al terminar, que en esto como en otras muchas cosas debemos desplegar una noble y constante energía para resistir al halago que ofrecen á los ménos cautos aquellas producciones literarias que cabalmente producen mayor daño. Es cosa cierta, Sres. AA., segun he oido decir muchas veces á los que por su experiencia y conocimientos deben tenerlo bien sabido, que si en los principios de la carrera literaria sólo se leen obras clásicas, ó que merecian serlo, se forma el buen gusto, se aprende con perfeccion la lengua, y sin perjuicio pueden leerse obras ménos perfectas ó en idiomas extraños. Pues con razon se equipara la lectura respecto del entendimiento al alimento respecto del cuerpo : y así como éste conserva, robustece y da fuerza y salud al cuerpo, así aquélla enriquece al entendimiento y le vigoriza con variados y sólidos conocimientos que ocupan el lugar, que, á no estar prevenido, pretenderia con el tiempo ocupar el error. Permitidme, pues, Sres. AA., y en particular vosotros los que con tanta satisfaccion y regocijo nuestro comenzais desde hoy á engrosar nuestras filas, escasas en número, pero felizmente compactas y unidas, permitidme, repito, os recomiende como el medio más poderoso de precavernos contra los abusos, que amenazan arrebatarnos ó afean nuestra lengua, la lectura selecta de los clásicos castellanos ó de los que por su cultura, delicadeza y esmero en el decir, son dignos sucesores de aquéllos y se han formado con su asidua y atinada imitacion. Ni sólo conviene que elijamos la lectura de los clásicos, sino entre los clásicos aquellos que florecieron en los tiempos más religiosos ; porque como ha observado sabiamente un autor contemporáneo, se infiltran de tal manera en la literatura las malas ideas que áun bajo el punto de vista literario la estropean y corrompen : y dígase lo que se quiera, por más bella que sea en la forma la obra literaria, si es inmoral en su fondo, es incomparablemente más lo que se pierde que lo que se gana.

Termino, pues, Sres. AA., felicitando á los recién admitidos á nuestra corporacion por el interes y teson con que prometen cultivar las buenas dotes que del cielo han recibido, y congratulándome con mis antiguos colegas por el tino con que saben elegir hábiles cooperadores de sus tan útiles como modestos trabajos literarios. Quisiera Dios que los que ahora nos reunimos para cultivar la sana y verdadera literatura sepamos algun dia, que quizá no esté léjos, manejar con destreza las filosas armas

que ella pone en nuestras manos en defensa de nuestros más caros intereses, así religiosos como políticos y literarios.

He dicho.

AMBROSIO LÓDOLA.

Sobre la utilidad de los poetas (1)

Señores Académicos:

Cada pueblo tiene sus poetas y no puede vivir sin que los tenga: podrá entregarse á los intereses materiales, descuidando á veces, si se quiere, el cumplimiento de los serios deberes del culto: podrá entregarse al servicio de las armas, no viviendo sino con ellas en la mano y descansando sobre las cureñas de sus cañones; pero jamas puede existir un pueblo sin que tenga en su seno quienes dejen oír los acentos de sus arpas, aun cuando sean ahogados por el estrépito del carro de la guerra ó el movimiento de las máquinas fabriles. Una experiencia tan antigua como el mundo puede demostrar á quien de lo dicho dudare, cómo en cada nacion y en cada siglo han cruzado siempre la extension del tiempo genios inmortales, que sembrando en su vuelo aquí y allí las perlas desprendidas de sus alas, han poblado los aires de dulces cantos y acordadas melodías.

Pero ¿á qué es debida esta que bien podríamos llamar necesidad de los pueblos, de bardos que les ahoguen con sus suaves armonías? ¿qué beneficios esperan los pueblos de esos genios inmortales? Hé aquí las preguntas á que ya ha satisfecho con noble maestría el nuevo colega á quien me cabe la honra de contestar: y hé aquí tambien; Sres. AA., el asunto, que durante los breves instantes que debo ocupar esta tribuna, será objeto de vuestra benévola atencion, fijándome, sobre todo, en las grandes ventajas que la sociedad reporta del canto de los poetas que cuenta en su seno.

Un poeta en una nacion cualquiera es siempre un genio superior que tiene una fantasía fecunda y un corazon de fuego; cuyas sublimes aspiraciones y concepciones mágicas traducidas en el lenguaje comun hieren las fibras más delicadas del sentimiento y cautivan las imaginaciones con sus fantásticas pinturas y arrebatadoras expresiones: es un sér colocado en esa altura superior, que le da el puesto por él ocupado en el Olimpo, desde donde con ojo atento escudriña los secretos del corazon para sorprender despues con sus cantos al pueblo que á sus plantas se revuelve: á los ojos del poeta la naturaleza tan oscura é incomprensible

(1) Declamado el día 29 de junio de 1876.

se convierte en un mundo lleno de encantos, en que cada flor, cada ave, cada fuente encierra un misterio que sólo él conoce, pero que hace columbrar en las notas de su lira al resto de los hombres: él sabe hacernos comprender toda la majestad y sublimidad del universo y de sus seres, desde la mariposa inquieta de los jardines, hasta el fulgente sol á quien en su fantasía no se contenta con mirar de fijo como el águila, sino que se atreve hasta apostrofarle y trazarle su destino: él sabe trasladar en sus cantos toda aquella indefinible melancolía que respiran los cementerios en las altas horas de la noche, cuando las estatuas y mármoles de los panteones bañados por la plateada luz del astro de la noche, que se refleja en sus contornos, parecen estar animados, haciéndonos creer por un momento que esas estatuas y mármoles son las sombras fantásticas de los que ayer fueron y duermen hoy el sueño de la muerte bajo las pesadas losas de sus sepulcros. El poeta es el único que encuentra palabras para expresar esa expansiva alegría que siente el corazón, cuando presenciarnos el magnífico espectáculo que ofrecen en las primeras horas del día el cielo y la naturaleza entera: ve los primeros sonrosados tintes de la aurora que iluminan tenuemente el firmamento y en esos tintes reconoce la existencia de una mano delicada que traza las líneas de oro y nácar que señalan los contornos de esas nubes caprichosas que á cada instante cambian de matices y formas: al fulgor de la luz del día examina la flor delicada en cuyo cáliz se balancea la gota de rocío y esas gotas de rocío son para él las lágrimas que vierte la noche al tener que plegar su manto de sombras para envolver en él á otras regiones. En el canto de las aves que á la mañana se escucha en los bosques y en las orillas de los rios; en el balido de los mansos corderillos que se agolpan á las puertas de sus apriscos para salir á triscar en los verdes prados y fértiles praderas; en una palabra, en esa misteriosa armonía que se deja oír en la naturaleza entera, cuando el alba abre en el Oriente las puertas del día; en todas partes y ocasiones halla el poeta misterios y bellezas que sólo él encuentra, más que sabe hacer comprender á los mortales que le escuchan.

Ahora bien; si el cultivo de nuestras facultades nos interesa y mayormente el de aquellas que más vivamente nos hacen sentir sus impresiones, sin ningun esfuerzo se deduce la utilidad que reporta á la sociedad la poesía y consiguientemente los poetas, considerados como tales. En efecto: el hombre por naturaleza se deja impresionar más fácilmente de lo que hiere su fantasía y electriza su corazón, y cobra más aprecio por cualquier objeto cuanto con más vivos colores se le presenta: y si esto es cierto, como no hay quien lo ponga en duda, ¿quién como el poeta sabe pintar más al vivo los sentimientos del corazón y presentar con más bellos tintes los cuadros de la imaginación? y si el poeta para merecer este nombre debe ser el cantor de lo bello, pero siempre con la subordinación más estrecha á las reglas de la moral, ¿quién podrá negar la acción altamente moralizadora que ejerce el verdadero poeta en una

sociedad? aún mas ¿quién podrá poner en duda que la felicidad de una nacion pueda tambien depender del acento vigoroso de un inspirado bardo?

Pero aquí tambien se palpa una vez más hasta la evidencia el sumo cuidado que se debe tener en que el genio poético se cierna tan sólo en la esfera de lo bueno, conformándose en todo y por todo á la moral más severa: porque desde el momento en que se perdiera de vista esta observacion, se convertiria el encanto de sus acentos en un ambiente deletéreo que, aunque respirado entre rosas y azucenas, siempre sería el ambiente de una atmósfera envenenada.

Mas, como dijo el nuevo colega que me precedió en el uso de la palabra, no es sólo en los campos de la naturaleza donde desenvuelven todo el primor de sus galas los que merecieron ser coronados con los laureles de Homero y Virgilio, Rioja y Garcilaso: no es sólo cuando canta el fragor del trueno y el horror de las tempestades, cuando manifiesta todo el vigor de sus fuerzas y la extension de sus arrebatos: no es, en fin, sólo en el teatro de la realidad del mundo físico donde encuentra el poeta las escenas más conmovedoras y los toques más vivos; tiene otro teatro más vasto, otro mundo más espacioso, pero que por desgracia no todos conocieron, y aunque le conocieran no todos quisieron habitar: es ese mundo moral en que se verifican los más grandes acontecimientos y los sucesos más extraordinarios: es en ese templo misterioso á cuyas puertas siempre está de pié la estatua de la virtud y en torno del cual siempre revolotea el genio fatídico del mal, que pretende inútilmente desmoronarle. En sus bóvedas debieran siempre haber hecho vibrar las cuerdas de sus lirras, pues sólo en él puede llegar el poeta á ese mundo desconocido, á ese bello ideal que en vano busca alejado de él, pero al cual llegaria ciertamente si tuviera siempre delante para gobernarse en su camino la brújula de la virtud. Y nada más natural: ¿qué cosa más hermosa que la virtud? ¿qué cosa más conforme á todo corazon que no esté corrompido que lo bueno? •

Por esto se ha visto que los triunfos más grandes de los poetas sobre el hombre hanse obtenido cantando la virtud y no cantando la naturaleza: cantando las acciones más nobles del espíritu y no cantando las formas más bellas de la materia: y en esto está precisamente basada la superioridad del poeta cristiano sobre el gentil. Homero y Virgilio ciertamente no han tenido rivales en el cristianismo, cuando se trata de pintar la naturaleza física y describir y copiar sus encantos: pero Homero y Virgilio no han subido la primera grada que conduce á ese templo elevado y magnífico en que hicieron resonar sus cantos Dante y Herrera, Leon y el Tasso.

Pues bien: si tales y tan grandes son los triunfos que es capaz de conseguir el poeta cuando canta la virtud y las nobles hazañas, y por otra parte, tanto influjo tienen sobre nuestro corazon sus acordados acentos: ¿quién será capaz de computar el inmenso bien que puede hacer á una

sociedad el verdadero poeta con sus inspiraciones arrebatadoras? ¿no podrá esperar que aunque ésa sociedad rechace al principio y hasta olvide y desprecie los cantares del genio, llegue quizá algun dia en que devorado por la tristeza y el desaliento, busque un consuelo á su corazon en aquel que sabe hablarle el lenguaje del corazon y haga acaso que vuelva sobre sus pasos para volver otra vez á emprender el camino del bien y de la rectitud?

Por consiguiente, y para decirlo todo en una sola palabra: el poeta, cuando se hace digno de tal título, bien sea que cante las bellezas del mundo físico, ó tenga por objeto de sus inspiraciones la belleza moral, es un elemento poderoso de civilizacion y cultura para los pueblos, porque en el primer coro le enseña á saber elevar su espíritu áun en la consideracion de los seres materiales, haciéndoles en último resultado conocer en la naturaleza al autor de todo lo creado: y en la segunda hipótesis, porque fomenta el amor á la virtud y á la nobleza, que es lo único que puede conducir á los pueblos á la verdadera felicidad.

Dos palabras más, alusivas á las circunstancias, y concluyo. Colegas, que acabais de alistaros en nuestras filas (á vosotros las quiero dirigir, porque creo que el papel que represento me da derecho á ello): una de ellas será una palabra de felicitacion, la otra una de aliento: una de felicitacion, porque la academia se congratula con vosotros de contaros en el número de los que la componen y vosotros habeis alcanzado lo que con tanto teson habeis pretendido: otra de aliento, exhortándoos, aunque yo sea el ínfimo de los académicos, á que no tengais otra mira, durante vuestra permanencia en esta asociacion, que la que creo os habrá impulsado á ingresar en ella, á saber, vuestro mejor aprovechamiento en las letras y el progreso de nuestra corporacion, fundados en el fiel cumplimiento de las prescripciones de nuestro reglamento. Esto es lo único que puede hacer adelantar á una asociacion cualquiera y lo que esperan conmigo de vosotros todos vuestros apreciables concolegas.

He dicho.

CELESTINO L. PERA.

Consideraciones sobre el patriotismo (1)

Jamas, desde que me hicísteis el honor de contarme entre vuestros compañeros, he recibido con más grata satisfaccion los trabajos que se me han encomendado, como el que en este momento paso á desempeñar. ¿Y cómo no experimentar indecible placer viendo ensancharse el

(1) Declamado el dia 1º. de noviembre del año 1876.

círculo de esta academia; de la que el hecho de haber en ella figurado, será siempre para mí, como pienso que ha de serlo para todos y cada uno de vosotros, el más preciado título de generoso orgullo y agradable recordacion, siquiera sólo por haber en su seno descubierto nuevos y más límpidos y vastos horizontes en ese campo inmenso que la inteligencia del hombre está llamada á recorrer?

¿Cómo no felicitar me de haber formado en vuestras filas y de que éstas se extiendan y dilaten si al mágico poder de los acentos que en ellas mi alma percibiera, he aprendido á levantarla más hasta la fuente inmutable de la sabiduría y de la verdad; si aquí, en medio de vosotros, la naturaleza me ha parecido más bella, más amable el bien, más noble la virtud y más puros y acabados esos goces que el remordimiento no emponzoña, que el fastidio no huela, que la indiferencia no consume: los goces del espíritu?

¿Cómo, por último, no he de ambicionar con mi mayor anhelo el desarrollo y la prosperidad de este cuerpo literario, si en sus bancos he aprendido á valorar cuán merecido es el tributo de amor y gratitud que si por deber, más por entusiasmo y espontaneidad he de rendir á este suelo querido que el mundo en su lenguaje denomina patria?

Patria he dicho, Sres. AA., y aunque al trazar mi mano esta palabra ha obedecido á un impulso que no tenía prevista ninguna consecuencia, quiero aprovecharlo sin embargo para entrar de lleno en el fondo de mi asunto, ya que tan oportunamente ha designado la direccion para el ingreso de los nuevos colegas un tema que, como el que aquel vocablo simboliza, se presta á tantas al par que útiles é interesantes reflexiones.

Sres. AA.: si hay algun sentimiento, prescindiendo de los religiosos, que más constantemente predomine en la historia de los siglos; si hay algun móvil que haya sido en la tierra la causa de más grandes y portentosos hechos; si hay alguna idea que haya estado más hondamente grabada en el alma de la humanidad durante la vida de todas sus generaciones desde la cuna hasta el sepulcro: ese móvil, ese sentimiento y esa idea tienen, por decirlo así, en el patriotismo su más genuina encarnacion; pero, notadlo bien, el verdadero patriotismo jamas fué constante é inalterable sino allí donde recogia sus inspiraciones de algun principio superior á todos los que presiden á las cosas terrenales.

La sabia Providencia que revela en toda su admirable prevision, desde la órbita que trazan los planetas que recorren el espacio inmensurable hasta los últimos é imperceptibles movimientos de los seres microscópicos; la sabia Providencia que manifiesta en la inmutabilidad de las constantes leyes bajo cuyo imperio funciona la fábrica del orbe cuán perfectas y sublimes son sus obras; la Providencia, digo, es tambien la que ha infundido en el corazon de los humanos ese afecto ardiente y entrañable que instintiva sino necesariamente profesan á la porcion de suelo que los vió nacer, hasta constituir su gloria y su grandeza, el ideal de sus votos,

el término de sus ambiciones y el objetivo de sus más grandes sacrificios.

Ante los intereses de la patria el hombre pospone toda otra consideración: nada le arredra cuando está de por medio su defensa; nada le intimida cuando se trata de borrar hasta la sombra de las manchas que su honor empañan; profésale á la vez el culto del amor y del deber, y ofreciéndole entusiasta el homenaje de sus esfuerzos todos, lleva así en el cielo de su alma una estrella que aventaja en brillo y esplendor á las demas, y la que no sufre eclipses como el sol, porque el patriotismo es amor y el amor nunca muere, como dice el Espíritu Santo.

Se ha dicho, sin embargo, Sres. AA., por escritores cuyo talento admiro, pero cuyas doctrinas no puedo profesar, que la patria de los hombres es el mundo (hago abstracción de los apóstoles en los cuales fácilmente se descubre la razón), agregándose que esa dedicación exclusiva de todas las fuerzas del individuo en servicio de la región en que abrió por vez primera los ojos á la luz, no es sino el fruto despreciable de la vanidad y del egoísmo. Yo no lo creo así, Sres. AA., será tal vez porque tengo un corazón sobrado estrecho para que puedan sus afectos extenderse más allá del límite hasta donde la naturaleza ó los hombres han situado las fronteras de mi país.

¿Y sabeis por qué? Porque ó la lengua humana no las tiene ó mi inteligencia no halla voces que alcancen á explicar cumplidamente lo que es patria, palabra que no es sólo la expresión del pedazo de tierra en que nacemos, sino aquel suelo en que al entrar á la vida siente el hombre á su espíritu bañarse en el torrente de luz y de armonías que pueblan y embellecen la Creación; aquellos sitios en que tantas veces soñó sueños de rosa al arrullo de los dulces cantares y al calor de los tiernísimos suspiros que exhalan los amorosos labios de una madre; allí en donde aprendió á balbucear los nombres de Dios y de María y en cuyos templos se figuró después que ascendían al empíreo en alas del incienso las místicas plegarias que unen á las almas con el cielo por esa escala del amor que llaman oración; patria es donde se deslizaron entre bulliciosos compañeros aquellos breves días de nuestra infancia, apacibles y dichosos, como es dichosa y apacible la inocencia; es donde reposan las venerandas cenizas de nuestros antepasados bajo losas en que fieles sus hijos esculpieron sus hechos y sus nombres, para que también á ellos se les honre aún después de la muerte por las generaciones que han de venir en pos á recorrer el derrotero de este mundo; patria es la fuente, el árbol, la montaña, el valle que no tienen rivales, que son los más hermosos de la tierra, y que nada que los consuele de su ausencia hallan los ojos enfermos de esa dolencia del alma, la nostalgia, cuando léjos del hogar vagamos por extranjerost climas, porque nada hay que los supere en flores y en sombras, en cielo y en auras; patria es pero . . . ¿á qué proseguir la descripción de lo que se siente y no se ve, de lo que el alma entiende pero el lenguaje humano no alcanza á definir?

Concebida así la idea de patria, ¿podrá sostenerse todavía que no hay otra que el mundo? Y si ello es verdad, ¿por qué el Japon y el hijo de Siberia ó de Groenlandia no abandonan ni por un instante sus lares y viven hasta el ocaso de su vida junto á la tumba de sus padres, entre áridas y peladas rocas, en una tierra estéril que los hielos petrifican, sofocando en gérmen toda vegetacion que tiende á romper la sólida corteza que la oprime? Si el patriotismo es una palabra sin sentido ¿cómo es que los habitantes de esas frías comarcas que lindan con el polo, se reducen contentos á vivir una vida solitaria y melancólica, sin árboles ni flores, sin aves y sin luz, porque los cubre un manto semi-oscuro en que el sol, recogiendo sus rayos, parece como que tuviera horror de alumbrar una escena de desolacion y de agonía?

Pero puede objetarse aún, Sres. AA., que el patriotismo en nuestra época apénas se encuentra ya en la mente ilusa de algunos soñadores, como quier que en el hecho la generalidad de sus officiosos paladines lo recuerdan sólo con la mira estrecha de hacerlo servir en favor de sus propias y egoístas conveniencias. Así y todo, y por fatales que se quieran suponer para la abnegacion y el sacrificio los tiempos que alcanzamos, á nadie se le ha ocurrido la peregrina idea de condenar la caridad porque son esencialmente positivistas las tendencias de este siglo. Muy léjos nos llevarian semejantes raciocinios: y ¡ay de la humanidad! el día en que por creérsela enteramente pervertida, se diesen de mano todas las doctrinas generosas que siempre constituyeron su más noble y grandioso patrimonio.

Demas de esto, la historia de los siglos y sus saludables enseñanzas que deben indubablemente estar más arriba de toda consideracion, nos revelan que el amor á la patria nunca fué exclusivo de tal ó cual pueblo, ni de estas ó aquellas latitudes. Diré más todavía: todos los pueblos son patriotas, todos saben mostrarse á la altura de su mision cuando se agita una cuestion que sea verdaderamente de interes nacional, cuando se ve amenazada su libertad ó violados sus derechos por injustos y altivos agresores.

Hasta Bizancio, Sres. AA.; hasta Bizancio, la envilecida capital del Bajo Imperio; hasta la Roma disoluta de los Claudios y Heliogábalos, supieron, en el momento del peligro, en la hora en que miraron la espada de los bárbaros del Norte y la guña de los sectarios del Profeta, suspendidas sobre su cabeza, como instrumentos de las iras de aquel Dios que castiga tambien á las naciones que olvidan el cumplimiento de sus augustas leyes; hasta Roma y Bizancio supieron, repito, sino sepultarse entre sus ruinas para no sobrevivir á su deshonor, al ménos no doblar cobardemente el cuello á la ignominia, sin probar una vez más el temple de sus armas.

Pero agregué tambien al principio de este desaliñado é incorrecto discurso, que el verdadero patriotismo no fué jamás constante é inalterable sino allí donde recogia sus inspiraciones de algún principio supe-

rior á todos los que presiden á las cosas terrenales, y no dudo que vuestra clara inteligencia asentirá fácilmente á esta opinion, sobre todo, despues de haber sido manifestada por el señor disertante á que tengo el honor de contestar.

Diga lo que quiera la moderna ciencia, el vínculo más fuerte é indisoluble que une á los hombres es el que forman sus convicciones religiosas. Desilusionados del brillante espejo con que de pronto los seduce la soñada felicidad del mundo, y despues de haber conocido cuán fútiles son y engañosas sus promesas, nada dejaria de serles del todo indiferente si no les acompañara siempre, como una luz benéfica que les va señalando los precipicios que surgen en el camino de la vida, esta creencia salvadora de la inmortalidad, que si no disculpa explica tantas injusticias y desigualdades como se ven sobre la tierra. El hombre entónces no se acobarda porque alienta y alienta porque espera, porque tiene el presentimiento de su triunfo y mira dibujarse más allá del silencio de la muerte los resplandores de la nueva Jerusalem. De ese modo la fe que traslada los montes y que cambia, lo quo es aún más difícil, los impulsos del corazon humano, hace tambien que el fogoso creyente no mire en la patria terrena sino el retrato y la copia más fiel de la del cielo.

¿Y habrá álguien que niegue la irresistible influencia que necesariamente ejercen en el ánimo del hombre dos resortes que tienen el privilegio de herir las fibras más delicadas de su alma, interesándole en pro de lo que podrá encontrar de más grande en este mundo y en el otro?

Hé ahí por qué las guerras de religion han sido siempre las más encarnadas y sangrientas, las que más hondas divisiones han hecho nacer entre los pueblos, y en consecuencia las que mejor demuestran que el amor á la patria es más profundo é inalterable cuando va acompañado del sentimiento religioso que sublima sus esfuerzos y fortifica en cuanto es dable los vínculos de union y fraternidad, sin los cuales el patriotismo sería no más que una bella teoría, notable como ideal, pero sin la utilidad ni la aplicacion práctica que hacen de él la más sólida garantía de la independenciam y la libertad de las naciones.

Trabajemos, pues, Sres. AA., en cuanto alcancen nuestros débiles, si bien no estériles recursos, porque la propaganda del error, tan activa desgraciadamente en nuestra patria, no llegue á introducir la discordia entre sus hijos, como quiera que, si de veras la amamos, en manera alguna conseguiremos demostrar la sinceridad de nuestro amor, sino es defendiendo la estabilidad de los principios que están llamados á asegurar la felicidad de todos y cada uno de los argentinos que militen á la sombra de esa bandera augusta que lleva escrito entre sus pliegues este bendito lema « patria y religion. »

Y vosotros, nuevos colegas, que venis entusiastas á engrosar nuestras filas, vosotros que de hoy en adelante compartireis nuestros trabajos, bien venidos seais. La Academia confia en que vuestra consagracion y vuestro empeño os harán cada dia más dignos de la confianza que á to-

dos sus miembros inspirais; procurando el adelanto de las letras para vuestro aprovechamiento, tanto como para el mayor lustre de la corporacion á que desde hoy perteneceis. Ardua es acaso la labor y asiduos los afanes què requiere; pero nada os desanime porque la cosecha será espléndida, y cuando despues traigais á la memoria las reminiscencias de la vida, no pienso ser profeta, mas abrigo sí la creencia de que á este dia, lo considerareis como á uno de aquellos que en lo porvenir es causa de más útiles y fecundos resultados.

Que estos deseos se cumplan, que estas esperanzas se realicen son los votos que me cabe la satisfaccion de hacer al felicitar me de vuestro ingreso y saludaros como individuos de la academia en su nombre y tambien en particular en el del ménos autorizado de sus miembros que acaba de dirigiros la palabra.

He dicho.

LORENZO ANADON.

Sobre un elogio de F. Varela (1)

Señores Académicos:

Si plausible y glorioso es sobremanera tributar el homenaje de nuestra admiracion y respeto á la noble inteligencia que recorriendo la dilatada esfera de las investigaciones humanas se ostenta majestuosa ceñida con la doble auréola de la ciencia y la virtud, si es un deber de justicia y generosidad rendir el tributo de nuestros elogios y aplausos al ingenio gigante que, remontándose más allá de los espacios penetrá en regiones desconocidas para manifestarnos los ocultos misterios que en su seno encierra el mundo y los secretos arcanos que el cielo en sus abismos atesora; no es por esto ménos digno de nuestra gratitud y reconocimiento el inexperto adalid que al hollar por vez primera con insegura planta el vasto campo de los torneos literarios, se llega respetuoso al inmenso alcazar de las bellas letras, á recoger los gloriosos trofeos que brillantes ingenios dejaran exparcidos en su recinto y que la pavorosa noche del olvido sepultara bajo su negro manto.

No; puede estar seguro el nuevo colega que al arrancar de entre las cenizas del pasado y de la oscuridad de su tumba la veneranda memoria de ese héroe inmortal que yacia sepultada bajo el peso de sus gloriosos laureles y que se hallaba ofuscada por el esplendor de su misma gloria; debe estar seguro, repito, que cuenta desde hoy con un nuevo y justo

(1) Declamado el dia 15 de julio del año 1877.

título á vuestra benevolencia y gratitud: y yo desde ahora le auguro para en adelante más brillantes triunfos, y espléndidas coronas.

Si los ensangrentados despojos de este insigne mártir de la libertad se levantasen de su helado sepulcro, velados aún con el fúnebre sudario de la muerte y recobrando su voz, dèjase oír sus enérgicos acentos, éstos serian para rendir las gracias al noble compatriota, que acaba de bosquejar á grandes rasgos el bellissimo cuadro de su azarosa vida pública.

Sí, generoso argentino, tu patria que parece haber relegado al más completo olvido los nombres y glorias de los abnegados hijos que vertieran su sangre en aras de su libertad, te tiene reservada en sus fastuosos anales una página inmortal: y si aún no se han grabado tu nombre y tu fama en el bruñido mármol que ha de trasmitirla á las futuras generaciones como emblema de heroicidad y patriotismo, es porque se halla esculpido en el imperecedero bronce de cada corazón argentino como en seña de abnegacion y fortaleza.

Si, Sres. AA., talvez no esté lejano el día en que la nacion argentina levante un soberbio monumento á las nobles víctimas del famélico Chacal de la pampa, y entónces los nombres de Varela é Indarte figurarán en primera línea entre los nobles regeneradores de su patria; y si tratais de investigar la causa de tan lamentable olvido, no la hallareis por cierto entre los oscuros pliegues de una pasión mezquina de sus conciudadanos, no; otras más poderosas é inevitables han sido las causas que han retardado su ejecucion; causas que me limitare á exponer brevemente segun el poco tiempo de que dispongo me lo permita.

No hay duda que las luchas civiles, desplegando con furor todo el fúnebre cortejo de sus horrores y desastres en esta heróica nacion, poco despues de su independenciam han absorbido por completo toda la atencion de los gobernantes sin permitirles tributar los merecidos honores á los mismos héroes que conquistaron su libertad; y si á estas terribles luchas se agregan las no ménos funestas guerras que la República se ha visto precisada á sostener en el exterior, contiendas nefandas que agotando sus tesoros han ido á sembrar el luto y la desolacion en el seno de las familias, habremos dado la última pincelada al luctuoso cuadro que presenta una nacion abatida y desgarrada por las discordias fratricidas.

Esta ha sido sin duda una de las más poderosas y culminantes causas que han influido en que la gloriosa memoria del doctor Varela, inmolado sin piedad bajo el aleve puñal de un cobarde asesino, haya pasado ignorada y oculta para la mayor parte de sus compatriotas. Otra no ménos trascendental, hallaremos en la inmensa desventura de este infortunado escritor, que por más que anhelaba volver al suelo querido de su patria para levantar en ella con el gigante númen de su ingenio el grandioso edificio de la regeneracion política y social, halló siempre cerradas sus puertas con los duros cerrojos de la más abominable tiranía, viéndose forzado á vivir en un cruel ostracismo y á convertir en teatro de sus

memorables hazañas la heroica amazona oriental, desde donde asestaba al tirano los mortíferos golpes de su bien cortada pluma.

¡¡ Desgraciado Varela!! vertiste toda tu generosa sangre é inmolaste tu preciosa existencia en el altar de la libertad de tu amada patria y una oscura y silenciosa tumba es hoy el suntuoso templo de tu gloria; consagraste tu brillante inteligencia y sacrificaste denodado tu felicidad y bienestar, en aras del bienestar y felicidad del suelo que te viera nacer, y ni siquiera un humilde epitafio existe sobre tu ignorado sepulcro que recuerde á las presentes generaciones tus pasados triunfos y lauros y enseñe á las futuras edades tu sublime sacrificio y heroísmo.

Pero no, Sres. AA., aunque su cara patria permaneciese muda é indiferente, áun cuando sus compatriotas arrojasen sobre sus frias cenizas el triste y silencioso manto del olvido, y aunque sus mismos correligionarios y amigos políticos sepultasen su ilustre memoria bajo la dura y pesada losa de su ingratitud, la heroica Montevideo se alzaria orgullosa para publicar sus glorias, cantar sus triunfos, honrar sus cenizas y venerar su memoria; y si ésta, ingrata é insensible, callase y enmudeciese, las mismas piedras que tapizan sus calles y que asombradas presenciaron el horrendo crimen siendo bañadas en los copiosos regüeros de su sangre, clamarian airadas contra tamaña atrocidad y echarian al rostro de sus conciudadanos y amigos su negra y detestable ingratitud.

¿Pero qué digo? ¡á qué insensato desvarío me conduce mi exaltada imaginacion! Será posible acaso que la nacion generosa que alzó un glorioso monumento al inmortal Belgrano, que levantó una estatua colosal al inteligente Moreno, que se vistió de luto y derramó tiernas lágrimas de cariño sobre la tumba del intrépido guerrero Blanco Encalada, y que en estos mismos instantes en que recuerdo su ternura se prepara á recibir las ilustres cenizas del héroe de su independencia dedicándole un regio mausoleo en su más hermoso templo; ¿será posible que esa nacion tan noble y patriota no consagre una página siquiera de su brillante historia, ni erija un humilde sarcófago á la memoria de uno de sus más fieles y abnegados hijos?

No; los argentinos no podian mostrarse ingratos para con ese heroico defensor de su libertad, porque sus triunfos son los triunfos de un hermano, sus coronas ciñen tambien las sienas de su patria y sus glorias y lauros son los laureles y glorias argentinos y él con más razon que otro ninguno, ha merecido el noble título de mártir de la patria, pues por su libertad pasó toda su vida en un cruel destierro y por defenderla sacrificó su preciosa existencia.

No he pretendido entrelazar una nueva flor á la primorosa guirnalda con que el nuevo colega ha ceñido tan justamente la immaculada frente de este abnegado patriota: sólo me propuse al principio de mi breve discurso exponer de la manera más suscita las principales causas que han influido en que su gloriosa memoria viva aún desconocida é ignorada de la mayor parte de sus compatriotas.

Si pretendiéramos enumerar y analizar todas las brillantes producciones de este notable ingenio no nos bastaría lo reducido de una disertación académica, ni mucho menos el corto espacio de un discurso de recepción; por esta razón muy oportunamente, el académico ingresante, ha recogido los rasgos más culminantes de su azarosa vida y los trozos más bellos de sus admirables escritos para recordar con júbilo su olvidado nombre y dilatar con gloria su naciente fama.

No terminaré esta brevísima contestación sin rendir ántes las más sinceras felicitaciones á los dos nuevos compañeros que se alistan hoy bajo nuestras banderas para compartir con nosotros las penosas á la par que provechosas fatigas del interesante estudio de las bellas letras, donde podrán adquirir, sin duda, el suficiente caudal de conocimientos que necesitan para empezar la pacífica y noble lucha de la inteligencia que se verán precisados á sostener en la sociedad para combatir el vicio y el error é implantar en ella la verdad y la virtud.

He dicho.

EUSEBIO DE LEON.

Literatura argentina (1)

Dejemos atrás por un momento, Sres. AA., esas pasadas edades cuyas pompas y armonías ha descifrado con tanta lucidez nuestro novel y bienvenido colega; dejémoslas que duerman el sueño de la gloria, que conquistaron con sus hechos celebrado de continuo por el eco imperecedero de sus cantos inmortales, que volando en alas de los tiempos van pasando de generación en generación, de pueblo en pueblo, y fijemos la vista con asombro sobre ese lirio gracioso que se levanta en el jardín de las naciones, regado por límpidas olas del caudaloso Plata; sobre esa amazona del sud que agita su dorada cabellera entre las olas del humo de los combates ornada con los rayos de su gloria y camina con dignidad sobre las cadenas destrozadas, los cañones hechos trizas, en fin, sobre nuestra querida República Argentina. También ella ha consignado una vez más esa verdad histórica, inventada sobre el testimonio irrecusable de los tiempos que nos dice, que no hay patria por noble que sea que no tenga que derramar sobre el trofeo de sus glorias una lágrima amarga, una lágrima arrancada por el dolor de lo más recóndito de su amante corazón; y también que no hay patria que lllore que no tenga en su seno hijos tiernos, que compadecidos de sus lágrimas las vengan á enjugar, consolándola con sus dulces cantares ó dándole ánimo con sus sublimes

(1) Declamado el día 15 de setiembre del año 1877.

inspiraciones: tal fué nuestra patria, lloró y llorando encontró hijos que secaran su llanto: prueba de ello fueron sus poetas y oradores. Pe mitidme, pues, señores, que ocupe vuestro a atención por un momento exponiendo á grandes rasgos las glorias de la literatura argentina; asunto tan grato como importante y grandioso.

Nuestra patria, Sres. AA., se ha forjado en los crisoles del dolor, de la esclavitud y de los padecimientos; sus hijos al principio caminaban agobiados bajo el peso de sus férreas cadenas por el áspero sendero de la tiranía; en vano buscareis poetas entre esos infelices, porque el poeta debe respirar las dulces brisas de la libertad: tiene que admirar con entusiasmo al sol naciente que alumbra sus placeres y el esclavo infeliz al ver al astro luminoso de la mañana maldice su existencia, porque viene á anunciarle que ha llegado la hora ingrata en que ha de gemir sin consuelo, bajo el látigo cruento de su sanguinario verdugo. Dejemos esas páginas sangrientas de nuestra historia que debieran más bien sepultarse bajo el polvo imperecedero del olvido y oigamos con el corazón henchido de entusiasmo, resonar majestuosa la última detonación del bronce cien veces vencedor de Maypú y Chacabuco que confundido con el postre bramido del león hispano que cae envuelto en su propia sangre, anuncie á la faz del universo la libertad augusta de la patria argentina. Ante tanta majestad y grandeza, los vates argentinos no podían ménos de prorumpir en himnos guerreros y patrióticas canciones.

En efecto; sigamos con respeto los belicosos acentos de esa lira vigorosa templada al silbido de las balas y al horrendo estallido del cañón: escuchemos esos acentos que parece trasportarnos con magia encantadora á los campos humeantes del combate, esos acentos que mil veces han levantado un puñado de bravos para convertirlos, según la expresión de un ciudadano argentino, « de hombres en soldados, de soldados en héroes »: hablo, señores, de nuestro himno nacional, de esos versos sublimes que hacen estremecer un mundo entero al oír el grito sagrado libertad, libertad, libertad: ved como al ruido de rotas cadenas hacen surgir una nueva y gloriosa nación, coronada su sien de laureles y á sus plantas rendido un león; esos versos sublimes que no respetando las barreras eternas de la naturaleza penetran en el seno de la tierra para golpear allí la puerta de la tumba de los Incas que se levantaron estupefactos al horrísono estruendo de una monarquía que se derrumba. Pero dejemos por un momento al inspirado Lopez, autor de esa canción patriótica, cuya mejor alabanza es su solo nombre.

Sigamos, Sres. AA., el florido sendero de nuestra literatura y detengámonos un momento para contemplar la esclarecida figura del inmortal Guido, poeta entusiasta que, con las sienes ceñidas con el lauro sangriento de los hijos de Marte, cantó con dulce melancolía las hazañas y proezas argentinas. Derramemos una lágrima de respeto y gratitud sobre el vate santafesino don Bernardo Vera, que hizo resonar pomposas nuestras glorias en las lejanas orillas del Pacífico y que probó con su

valor y energía, que el hijo del Plata jamás desmiente su glorioso nombre de argentino.

Hasta ahora, Sres. AA., no habeis oído sino cantos de gloria, de entusiasmo y de libertad; los vates argentinos no han encontrado en su carrera victoriosa sino triunfos, victorias, grandeza y esplendor; aún resonaban en los antros cavernosos de los Andes los últimos cañonazos de Salta y Tucuman y las purpúreas llamas de Pichincha y Cochabamba iluminaban aún, con los rayos esplendorosos de su gloria, la risueña faz de nuestra joven patria, mas despues de la brillante carrera del sol al caer de la serena tarde vino la noche oscura y tempestuosa; á las coronas y guirnaldas de flores sucedieron las pesadas cadenas de la esclavitud. Hay, Sres. AA., una página maldita de nuestra historia, una página manchada por el dedo horrendo de la tiranía con la sangre desgraciada de los míseros argentinos; hay un día en la serie de nuestros tiempos en que nuestra patria, agobiada de cadenas y ultrajada por un hijo de las furias, buscaba enlutada y llorosa una tumba para desahogar sus lágrimas. Hablo de la tiranía sin igual del Neron argentino Juan M. Rosas; de esa hiena de las pampas que sólo saciaba su venganza viendo saltar bajo su puñal fratricida la sangre inocente de sus víctimas Indefensas. Entónces brotaron poetas de las fuentes del dolor, poetas que sólo respiraban venganza contra el tirano en sus lúgubres armonías. Recorramos esas páginas de luto y de sangre, esas cárceles sombrías atestadas de héroes argentinos; ¿sabeis cuál era su crimen? El amar á su patria. Recorred esos negros calabozos y encontrareis grabados en sus tétricas paredes estos acentos sublimes:

Muestra á mis ojos espantosa muerte
 Mis miembros todos en cadenas pon,
 ¡Bárbaro! nunca matarás el alma
 No pondrás grillos á mi mente ¡no!

Quien esto escribia, era el Ovidio argentino, un joven de veinte años, el desgraciado Mármol. Vió la fatídica luz de su mísera existencia el 4 de diciembre de 1818. Cada sonido que arranca de su triste laúd, templado al ronco son de sus férreas cadenas, es siempre una maldicion fulminada contra la frente del tirano ó un lúgubre suspiro que murmura con amor á los oídos de su adorada patria; sabia maldecir á Rosas con truenos en el fragor de la tormenta, pero tambien sabia consolar á su patria con las dulces lágrimas de la esperanza. Oid como pide á la naturaleza sus horrores para apostrofar al inicua mente apellidado, Washington del Sur:

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
 Cuando revienta el trueno, bramando el aquilon,
 Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
 Para arrojarle eterna, tremenda maldicion.

Apesar de esta maldicion tan furibunda, recuerda que el poeta siempre debe abrigar en su pecho un corazon lleno de mansedumbre y piedad cristiana, y en su bondad le perdona sus cadenas, pero tambien recuerda que es argentino, y como tal, jamas le perdona las de su patria tiranizada, y exclama así:

¡Si, Rosas, te maldigo! jamas entre mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó;
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas
Pero como argentino, las de mi patria nó!

La mayor parte de los poetas de aquellos tiempos de angustia y de pesar siguieron el ejemplo del noble Márinol; todos emplearon sus fuerzas, tanto físicas como morales, para hacer saltar el solio del tirano argentino cimentado sobre cadáveres y bañado en sangre.

Echeverría, «el dulce ruiseñor de los consuelos», segun la poética expresion del mismo Márinol, es el verdadero poeta argentino; él fué á templar su sonante lira en las inmensas soledades de las pampas argentinas, en los campamentos militares de las fronteras, en los aduares de los bárbaros y en los enmarañados pajonales de sus llanuras; hé ahí, segun otro poeta argentino, su verdadera gloria; sus canciones son solitarias como su genio, grandiosas como su imaginacion.

El O'Connell argentino, Florencio Varela, arrebatado por las olas de la imaginacion á lejanas tierras, fué sin duda el patriota que asestó los más certeros golpes sobre las cadenas de su patria oprimida. La oia llorar al traves de las ondas del Plata, y no podia ménos de socorrerla publicando su desgracia para inflamar al pueblo que lloraba su desolacion: arengaba á los soldados para que sepultaran en la tumba de la ignominia los escombros del trono sangriento del fiero déspota; lanzaba á la prensa sus ideas llenas de amor patrio y de entusiasmo para que el mundo entero se compadeciera de la hija del Plata, que gemia bajo las garras del tigre de las pampas. Mas por fin cayó mártir y víctima de su noble empresa; un alma tan elevada no podia ménos de excitar la sed de la venganza en el corazon del tirano, y cuatro verdugos le asesinaron en las solitarias calles de la hospitalaria Montevideo.

Pero el poeta más original de nuestra literatura es talvez Rivera Indarte. Entretejió en sus ardientes composiciones los delicados pensamientos que arrancó del florido seno de la naturaleza con los elevados conceptos que escogiera en el árido campo de la filosofía. «Mezcló, segun sus mismas palabras, segun estaban en su alma las armonías de la esperanza con los gritos de la desesperacion, los desacordes ayes de las penas con las bendiciones del cielo y las blasfemias de los condenados con las fantasías de la inspiracion y los presentimientos interiores; esto que para muchos será locura, para él era poesía»: hé ahí lo que el mismo entendia por poesía.

Fué también uno de esos héroes inmortales que en compañía de Varela y muchos otros hicieron resonar en la república hermana los gritos y los ayes de su patria moribunda; uno de esos héroes que por medio de sus enérgicas publicaciones, tanto en prosa como en verso, hicieron levantar á todos los verdaderos argentinos como un solo hombre para arrojar el sello de la ignominia y de la reprobacion sobre el restaurador, ó más bien dicho, sobre el inicuo inculcador de las ley es argentinas.

Fecundo ha sido, por lo que acabais de ver, en vates el Parnaso argentino; no ha habido desgracia sin un poeta que la llorara, ni tampoco hazañas sin un nuevo Tirteo que la esculpiera en las tablas de la gloria con el delicado cincel de los hijos de Apolo.

Recordemos de paso con orgullo el respetable nombre del consumado jurisconsulto don Juan Bautista Alberdi, los nombres venerados de los Gutierrez é Irigoyen, de los Dominguez y muchos otros que entretejieron con graciosas flores arrancadas de sus floridos ingenios una corona eterna que perpetuará más allá de los tiempos la memoria de nuestra patria; y lo conseguirán, porque si el soplo destructor de los años pudiese quizá arrojar el manto de la muerte sobre los monumentos gloriosos de Junin y Ayacucho; si pudiesen talvez apagarse sus glorias entre los clamores de las pasiones y los gritos de las ambiciones de unos pocos que intentasen destruirlas, siempre esas ideas sublimes inspiradas por la fe y por la abnegacion serian compañeras de la inmortalidad de la patria que cantaran un dia, si es cierto, como lo es, que basta un Homero para que la gloria de su patria sea eterna.

Sres. AA., he concluido: dispensadme si el deseo de cumplir con un deber de caballero me hace prescindir por un momento de vosotros para emplearlo en manifestar un sentimiento que vosotros me habeis inspirado, nuevos concolegas; nuevos compañeros en mis tareas, escuchadme: desde que ingresé como vosotros en este recinto, siempre he leído en sus estandartes estas palabras sublimes: Dios y patria; hoy que habeis conseguido lo que ciertamente habeis pretendido, no serán otras las que yo os repito: Dios y la patria, he aquí la síntesis de todas nuestras aspiraciones, el resumen de todas nuestras obligaciones como ciudadanos y como hombres de fe; sed fieles al primero, y vuestros años se deslizarán risueños sobre la tierra; sed también fieles á la segunda, y ella que hoy os sonríe porque sois su esperanza, mañana se gozará de vuestra conducta y os hará inmortales porque supísteis corresponderla.

He dicho.

SANTIAGO G. O'FARRELL.

Sobre una epopeya argentina (1)

Señores Académicos :

Acabais de oír la elegante y patriótica relacion de los brillantes atavíos y excelentes prendas con que Dios ha querido enriquecer el suelo de nuestra querida República: habeis recorrido, con el nuevo colega á quien me cabe el placer de contestar, las maravillas de sus jardines y los prodigios de sus hijos: y quizá habreis sentido despertarse en vuestro pecho el sentimiento del más noble orgullo, al escuchar las alabanzas de nuestro suelo natal: yo, como vosotros, ¿á qué negarlo? he participado de la misma emoci6n; pero por lo mismo he sentido, á la vista de tantas y diferentes perlas como brillan en el seno de la patria, que se eche de ménos la concha marina en que naturalmente debieran hallarse recogidas. Ante tal espectáculo de la patria, se admira, es verdad, la riqueza y variedad de tantos elementos; pero se nota la falta de un artista que los vacie en un modelo comun, para elevar sobre el pedestal de los siglos la estátua que simbolizará nuestra historia: se reconoce la profusion de los adornos y el brillante colorido de tantas flores y maravillas, pero al mismo tiempo esa lujosa profusion de luces y matices recuerda que el lienzo en que se hallan repartidas necesitarian, para estar defendidas de las inclemencias del tiempo, el hallarse contenidas en un marco tambien de flores, pero de esas flores que nacen en la frente del poeta al beso de las auras de la gloria.

Un poema, pues, sería justamente para nuestra patria esa conchá de nácar, ese modelo del artista, ese dosel de flores que debiera circundarla.

¿Y á nosotros argentinos nos sufrirá el alma carecer de tan esplendente corona con que ceñir las sienes de nuestros héroes? ¿No es acaso un poema el más bello flor6n que las naciones cuentan entre sus trofeos y sus triunfos?

Hubo un pueblo, el pueblo más civilizado del antiguo mundo; aquel que mereció oír la voz del mismo Dios y que hoy, deicida y maldito, vaga errante á los cuatro vientos del mundo; pues bien, Sres. AA., ese pueblo apenas acaba de destrozar las cadenas de sus opresores, cuando empieza esa tarea de las naciones en el más sublime de los poemas, exclamando: « Cantemos al Señor », como si el canto hubiera de ser la mejor auréola de su reciente libertad.

Más tarde se arma la Europa contra el Asia; en más de una lid prueban romper sus broqueles, y por espacio de diez años enrojecen con su sangre las arenosas llanuras troyanas, hasta que el derrumbe é incendio de una ciudad aterra la Anatolia, que se postra encadenada ante el

(1) Declamado el día 8 de junio del año 1879.

griego vencedor. Grecia entonces llegó á necesitar de un cantor de sus proezas, y la Providencia se lo dió en el ciego de Esmirna, que templó su lira para hacer oír al mundo acentos que son aún su admiracion y asombro. Ese pueblo tocó con su dedo la cumbre de la gloria, pero llegado á ese punto se envilece, se degrada, y miéntras danza en las orgías al son de la cítara de Déléfos, Rómulo echa los cimientos del coloso que lo habia de suplantar.

Surgió, pues, otro pueblo, y ese pueblo era el romano. Preséntase al mundo, le dirige su mirada ardiente y lánzase á conquistarlo. Lo venció, y dominando el universo, soportó en su frente el peso de todas las coronas: tan sólo una le faltaba, la del poeta; y entretejida de mirtos y laureles inmarcesibles ciñó tambien la del cantor de Enéas.

La civilizacion cristiana, despues de haber regenerado al mundo de Virgilio necesitaba tambien quien lo eternizase en las letras, y el amor de las bellas artes promovido por los soberanos Pontífices, hizo que el Dante bajara en las alas de su fantasía á las oscuras cavernas del infierno, pasara por el lugar de expiacion temporal, y fuera hasta sorprender al Omnipotente en sus eternas moradas. Y así el poeta cristiano pudo legar á su patria una obra grandiosa y monumental: la que el adelanto de las letras en Italia requería.

Signieron su ejemplo las demas naciones, y cuando al menor movimiento de España temblaba el mundo, que los veia multiplicarse en los dominios, exige un bardo y aparece Ercilla. En medio del océano flameaba triunfante el pendon del portugues, las Indias Orientales se estremecian ante ese nombre, y la patria de Vasco de Gama y Alburquerque quiso su apoteosis en un poema: Camoens se la da aún con riesgo de su propia vida, que salva á nado llevando en la mano un pergamino: el de la Lusíada. Como estos pueblos, la Bretaña produjo á Milton, la Alemania se honró con la Mesiada de Klopstock. Francia nos presenta un libro de la que se vanagloria por más que haya de avergonzarse de su autor.

Vemos, pues, Sres. AA., que todos los pueblos gloriosos tienen descrito en un libro toda su vida heróica y con él se engrandecen. Y así todos esos pueblos que han conquistado laureles atando á su carro triunfal más ó ménos vencidas naciones, han merecido ser cantados por tan sublimes ingenios; y mi patria, constituyéndose en nacion libre, libertando la América desde el estrecho de Magallanes hasta donde se elevan las tumbas de los Incas; mi patria, repito, ¿no será merecedora de que se le inmortalizase con un poema? ¿Acaso porque le faltan trofeos y progresos en la civilizacion? Pero pregunto, ¿no tiene glorias un pueblo que hundió el pabellon del inglés en las calles de Buenos Aires, cuando espantado el britano tuvo que exclamar: Cada argentino es un soldado, y cada soldado es un héroe? ¿No tiene glorias un pueblo que, débil en su nacimiento, envía ejércitos á las repúblicas hermanas, á Chile, al Paraguay, al Alto Perú, que vence en Tucuman, rinde al español en Salta y

con generosidad le perdona, y no obstante sus descabros, trepa la cumbre de los Andes, y desde allí se lanza á Chile, coronándose de gloria en Chacabuco y en Maypú, en cuyas ondas recibió su bautismo de sangre, para ir luego á romper el baston de los vireyes en Lima? ¿Acaso no tiene glorias un pueblo, cuyo pabellon flamea victorioso sobre el Chimborazo en las manos de aquel hombre de quien dijo Bolívar: Es un leon á quien es preciso tener enjaulado para soltarle el dia de la batalla? No tiene glorias un pueblo que cansado y debilitado, se reune á sus hermanos para destrozár las legiones de Laserna en las colinas de Ayacucho, sepultando allí el último baluarte del poder español en América? ¿No tendrá gloria un pueblo, que al ver al oriental oprimido por el ambicioso brasilero, se arma aunque exhausto por sus guerras, para defender ese hermano, y se cubre de gloria en Ituzaingó?

Pero dejemos á ese pueblo cubierto de gloria en el campo de Marte, y vengamos á contemplarle en el camino del progreso despues del sol de Monte-Caseros.

Moribunda la República Argentina por los golpes del tirano Rosas, revivió en manos del paladin de febrero, que se consagrara desde entónces á trabajar sin descanso en su civilizacion. Bajo él y sus sucesores en todas las provincias se fundan escuelas, se levantan institutos, ábrense colegios y una nueva vida anima las ya decrépitas universidades. Se emplean las rentas en facilitar los medios de comunicacion, cruzando la provincia de Buenos Aires, Córdoba y Santa-Fe con una red de caminos férreos: se acortan las distancias poniéndose al habla los extremos de la República con una malla de hilos telegráficos: da un paso más, y el silbido de la locomotora va á sorprender la pintoresca Tucuman, enlazando tambien á Entre-Rios y Corrientes. Continuando su laboriosidad extiende sobre el Plata y los Andes una cinta inmensa de telégrafos y se une, mediante este vínculo, con todos los pueblos civilizados. Cruza las calles de sus ciudades con veloces trenvías, y Buenos Aires llega á ser la ciudad que en concepto de los mismos extranjeros con relacion á su extension posee más kilómetros de rieles en todo el globo, sobrepujando así la capital del Plata á las orgullosas capitales de Inglaterra y Francia, que lo son del mundo.

Pues bien, me atrevo á preguntaros: tantos adelantos en un pueblo tan glorioso unidas á tantas páginas ilustres ¿no bastarian aún para la realizacion de esa empresa colosal, que lo debe ser porque precisamente se trata de la coronacion de un coloso? Esos triunfos en las lides y en las letras ¿no podrian constituir el ingenioso argumento del más bello de los poemas? Belgrano en la honradez, San Martín en la constancia, Necochea en la abnegacion, Bucharcho en el arrojo ¿serian todos estos y otros mil héroes, que contarse pudieran, pálidas figuras ó sombras impalpables al lado del Enéas de Virgilio, del Aquiles de Homero, del marino de Camoens, ó de los araucanos de Ercilla! Pringles, arrojándose á caballo al mar y sepultando su espada entre las ondas ántes que rendirla,

Aldao, atravesando con su acero al gigante de la Guardia-Vieja, los tres sargentos combatiendo vencedores en la proporción de uno contra diez, La Madrid, atravesado de heridas pero lanzando siempre en medio del delirio su grito de batalla « No me rindo »: estos y otros tantos episodios de nuestra historia de medio siglo ¿no competirían airoso en heroísmo con las tan celebradas peripecias de los helenos y troyanos?

Sí, Sres. AA., me complazco en repetirlo: esos hechos llevan las condiciones de un canto: pero la patria aún lo espera de sus hijos. ¿Tendrá algún día ese cantor? ¿Se llenará esta exigencia? Dejemos al tiempo la respuesta. ¿Y si ese ingenio aparece? ¿en qué punto de nuestro suelo desatará el raudal de sus armonías?

Sres. AA. Yo he repasado el catálogo de los nombres que han pertenecido á esta corporación, y permítaseme que lo diga en su honor, algunos de esos nombres ya han sido aplaudidos y celebrados en las justas argentinas, ¿sería, pues, imposible que aquí hubiese tenido su cuna literaria el bardo que reclamamos hoy para nuestra patria?

Que este pensamiento sea muy estimado para vosotros, queridos compañeros, que hoy entráis á tomar parte en nuestras tareas literarias, supuesto que ingresáis en un recinto de donde quizá pudiera salir ese genio que hoy es la esperanza de la patria. La Academia os recibe con satisfacción, porque, conociendo vuestros antecedentes, convencida ésta de que nuestros hechos corresponderán á ellos; teniendo en vista que la unión y la constancia obran portentos, aunaremos nuestras fuerzas para que esta corporación se mantenga á la altura que le corresponde y la patria reciba de su seno hijos de las letras é ilustrados ciudadanos. Ese sea el lema de nuestras obras, esa la metá que anhelamos tocar, ese el norte de nuestros esfuerzos.

He dicho.

GREGORIO ROMERO.

Breves consideraciones sobre la revolución francesa

Señores Académicos.

La herencia funesta de la guerra y los bienes sin cuento de la paz han sido presentados ante nosotros por la inteligente pluma del joven académico que me ha precedido en la palabra. Hemos visto al terrible espectro de la guerra clavando en el corazón de la humanidad punzantes espinas y al ángel dulce de la paz coronándole su frente con jazmines,

(1) Declamado el día 29 de junio del año 1880.

estrechándola á su seno con una mano y con la otra enjugando sus lágrimas de sangre. ¡Cuadro imponente, Sres. AA., pero cuadro desgarrador! Y no obstante, si dado nos fuera contemplar el mundo desde una atalaya, cual eternas centinelas, veríamos que en sus cincuenta siglos de existencia no puede señalarse un momento en que la sangre haya dejado de humear sobre las verdes praderas: veríamos á la guerra tremolando sus estandartes entre los bárbaros y entre pueblos civilizados; así en la noche de las pasadas edades como en el claro día de las presentes. El libro de las naciones nos enseña lo primero; lo segundo lo estamos palpando

Ayer la aurora de nuestro siglo era saludada con los cañonazos de Marengo y Hohelinden: hoy subamos á las cumbres de los Andes y encontraremos á tres pueblos en un sangriento festin; pero aún hay más: hoy . . . ¡ah! ¡cubramos con el velo del dolor y lloremos con el llanto del patriota las desgracias de nuestra querida madre, y mañana mañana, al inclinar el sol su marcha en la última tarde de nuestro siglo se perderá talvez entre el humo del combate! ¡Rara condicion del corazon humano que ya palpita cual manso corderillo, ya se siente agitado por los violentos latidos de una fiera carnívora! ¡Singular carácter de la humana razon que siempre vemos presente como el astro de la noche cuando nos alumbrá en sus menguantes, una parte se baña en refulgente lumbre, miéntas que la otra vaga entre tinieblas insondables!

Habiendo disertado el jóven ingresante sobre los estragos de la guerra, permitidme hacer un breve ensayo sobre una revolucion y sus corifeos que tocan á nuestros dias acerca de los cuales emiten variados pareceres. Me refiero á la revolucion francesa, á esa sangrienta tragedia cuyo primer acto empezó con la toma de la Bastilla y cuya catástrofe acaeció veinte años despues con el banquete del ruso y del austriaco, del inglés y del alemán sobre las ruinas de Paris destruido.

Sintiéndome estrechado por los límites de un discurso de contestacion, no me es posible describir la situacion corrompida á que habia llegado la Francia del 89. Tambien me es imposible ir demostrando como la habian conducido á ella el materialismo de Cabanis y Condorcet, el sensualismo de Condillac, las obras obscenas de Voltaire, el ateísmo de Diderot y las falsas ideas sobre sociedad y libertad emitidas por el filósofo de Ginebra. No podré retratar á ese pueblo que como un volcan se estremecia en su seno, hirviendo con los vicios que lo dominaban y cuyo cráter estaba cubierto con una pequeña roca; un dia voló esa roca y surgió cual torrente su lava inmunda. La revolucion se presenta; revolucion de ateos, sensualistas y materialistas: revolucion esencialmente antireligiosa.

Por eso ella ha dado á la Francia « páginas sanguinarias que será preciso ocultar á los descendientes», segun decia un orador de esos tiempos. Pero os equivocabais, ilustre Maury, las olas de cien siglos no borrarán

esa mancha eterna que lleva Francia en su frente. Tampoco se borrarán nunca los nombres de Mirabeau, Robespierre, Marat y Danton. ¿Cómo los siglos dejarán de representar la sombra funesta del conde de Mirabeau, de ese hijo de la inmoralidad, de tempestuosa juventud y desarreglada virilidad, que pasó sus días en las prisiones; de ese hombre, miembro de la asamblea constituyente que se vendía al pueblo y al rey, al aristócrata y al demócrata, de ese hombre que no podía menos de exclamar. ¡Cuánto mal está causando á la Francia la inmoralidad de mi juventud! y que cuando así hablaba no habia cambiado sus pasos.

¿Y podrán olvidarse las generaciones de ese otro tigre que manchado el rostro de sangre y blandiendo en las manos un puñal se apostaba en las esquinas gritando: «los nobles á la guillotina»? ¿Se olvidarán de aquel hombre que inmoló todos los sentimientos del corazón sobre el altar de la venganza llamando barbarie el perdonar á otro hombre? ¿No vivirá siempre para terror del mundo el *padre del fuego de fía del bautismo republicano* y del acuñador de *moneda*, frases que en su lenguaje de destruccion significaban ametrallar á inocentes, ahogarlos en los rios y degollar aristócratas? Existirá, sí, la memoria del que quiso acabar con la cobardía del valor procurando suicidarse y de cuyas manos salió el sangriento decreto del 22 cordial. Sí, vivirá siempre el recuerdo de Robespierre.

Réstame aún decir dos palabras sobre otros dos hombres que, con Robespierre, fueron el alma de la convencion, ese poder sin ejemplo en la historia por la originalidad de sus delitos: Marat y Danton. Ved ahí dos nombres execrables para la posteridad. Marat, malvado con hipocresía, religioso, en el exterior, se pintaba como un anacoreta que halla la felicidad buscando al hombre más allá de la tumba. Danton descaradamente perverso, no hallando delante de sí más que gruesa materia, no titubeaba en decir que su domicilio, despues de muerto, sería la nada, y su nombre lo encontrarían en el panteon de la historia. Ambos sedientos de sangre pero de distinta manera: el primero era asesino en teoría, que deseaba volar á la cabeza de 200 napolitanos por las ciudades de Francia y llevar á cabo la revolucion, y que anhelaba la proscripción de 25,000 cabezas; el segundo era asesino eminentemente práctico; queria ser terrible para dispensar al pueblo de ser cruel y hacer matar de seis á doce mil víctimas en los días sangrientos de setiembre. Marat tenía toda la envidia oculta de Robespierre, y su venganza cobarde. Danton no era envidioso por creerse superior á todos, hasta para venderse como Mirabeau.

Pregunto ahora, Sres. AA., ¿hasta dónde llegaria el pueblo frances con esos hombres á la cabeza? ¿hasta dónde? llegó hasta donde no habian llegado los griegos y romanos del paganismo: llegó (causa horror decirlo), llegó á saciar la sed con la sangre de las víctimas, y el hambre con sus corazones. Y en medio siglo se dice que ese pueblo que así se envilecia, que ese pueblo que habia incendiado las imágenes de Je-

su Cristo, Dios y hombre verdadero, para poner en su lugar las cenizas de Marat: que se habia postrado ante la diosa razon y ¿cómo? no tengo frases para expresarlo sin herir vuestros oidos; que ese pueblo que para mengua de Francia hizo revivir el politeismo, se dice que tenía derecho para llevar al cadalso á Luis XVI, uno de los monarcas más cariñosos que haya tenido Francia.

Y los hombres que en nuestros dias recriminan á la Iglesia con la Inquisicion, la San Bartolomé y la revocacion del edicto de Nantes, tales hombres no se desdennan de colocar una auréola de gloria sobre esa invasion del averno. Tales hombres llaman *sagrada* á una revolucion afirmando que sus beneficios son comparables á los del cristianismo al cambiar la faz del mundo pagano. ¡Horrible sarcasmo, señores! ¿Y en qué se apoyan? dicen que en sus dias se proclamaron los derechos del hombre, devolviéndole sus títulos arrebatados. Pero pregunto: ¿publicó la revolucion francesa los verdaderos derechos del hombre? No puedo extenderme más, señores, pero si algunos publicó, desafío á los sabios del siglo á citar uno solo que no hubiese sido proclamado por la Iglesia y dieciocho siglos ántes. Además, suponiendo ese hecho, la revolucion francesa tiene crímenes espantosos y ¿se pueden apoyar las causas deshonrándolas? ¡Atras, adoradores del crimen! ¡Vergüenza para los que queman incienso en las aras del delito!

Antiguos colegas: nosotros, que tantas veces hemos mostrado justa indignacion contra el crimen, combatimos siempre esas falsas ideas. La verdad brilla en nuestras inteligencias, y si

« Vemos que vibran victoriosas palmas
 « Manos inicuas, la virtud gimiendo
 Del triunfo en el impuesto regocijo »,

no importa, acordémonos que el premio de la virtud resplandece triunfante más allá de donde el trueno retumba y el relámpago chispea.

Y vosotros, compañeros queridos, que hoy venis á compartir con nosotros las tareas literarias y que anhelaís ejercitaros ya en la tribuna de la elocuencia, ya con la lira del poeta, no hagais resonar nunca vuestra voz en alabanzas del crimen, y ántes de cantar á falsos reformadores, sabed que hay cien riberas donde podais estrellar vuestras liras, buscad la virtud, y allí donde la halleis, alabadla con vuestra elocuencia; ensalzadla con la inspiracion de vuestro númen. Entónces habreis contribuido al fin de vuestra corporacion, entónces llenareis el deseo de nuestra patria y entónces habreis cumplido con lo que Dios ordena.

GREGORIO ROMERO.

ALOCUCIONES DE APERTURA

Dos palabras de aliento (1)

Una indecible satisfaccion experimento al veros otra vez reunidos en este recinto para nosotros tan simpático con el fin de dar comienzo á nuestras asiduas y laboriosas tareas.

A vuestra fineza y generosidad tan sólo es debido el que hoy tenga por segunda vez el honor de dirigiros la palabra desde este honroso puesto en la inauguracion de este nuevo período académico.

No trataré de inculcaros la laboriosidad y trabajo que hoy más que nunca son necesarios para conservar intacto el buen nombre con que se dignan favorecer á nuestra academia los que se interesan en su adelanto. Debo suponer en vosotros estas nobles disposiciones; y aunque así no fuera me las revelarían vuestros semblantes.

Por la misma causa no debo demorarme en recordaros el noble al par que el sagrado compromiso que heinos contraído de dedicarnos con esmero al cultivo de nuestra inteligencia y de nuestro corazón, porque debe estar profundamente grabado en nuestros ánimos el precioso y comprensivo lema: «Virtud y ciencia».

Nada os diré tampoco de la union que debe reinar en todos nosotros como único elemento de conservacion y de fuerza; union que no consiste en meras señales de afecto y exteriores demostraciones de amistad sino que esté basada como tantas veces se ha dicho en este mismo lugar con aplauso de todos, en la conformidad de los principios filosóficos, morales y religiosos; y en la generosa é inquebrantable decision de conservarlos, aumentarlos, defenderlos y propagarlos.

Quizá este noble fin ha tenido en vista nuestro ilustrado director al señalar el hermoso tema con que hoy inauguramos nuestros ejercicios académicos.

«La instruccion», Sres. AA., ese medio tan eficaz en manos de la revolucion para perder los pueblos y corromperlos, y tan poderoso tambien

(1) Pronunciada el día 14 de abril de 1872.

para civilizarlos y contribuir á su felicidad, manejada por una mano diestra y bien intencionada.

La instruccion, que en boca del filosofismo significa corrupcion del entendimiento por el error, degradacion del corazon por el vicio y la apostasía. La instruccion, que en boca de la Iglesia significa ilustración de la inteligencia por el conocimiento de la verdad y de la virtud, y formacion del corazon para todo lo bueno, para todo lo santo, para todo lo sublime.

Hé aquí, Sres. AA., el gran problema del siglo XIX: miéntras más se instruye á lo filósofo, más se corrompe y se degrada; miéntras más se aparta el espíritu humano de la iglesia, más se hunde en el insondable abismo de los errores y de los vicios.

La internacional, Sres. AA., es el monumento erigido bajo la sombra de los principios antireligiosos: ella es el ave funesta que se cierne sobre la cabeza de la Europa entera; ella es la que pretende hacer en la sociedad la más horrible hecatombe de que haya memoria en los siglos, y de la cual no son más que principios los horrores de Paris.

Es menester, pues, Sres. AA., que nosotros comprendamos esta palabra en su verdadero y único aceptable sentido, que es el católico, y que trabajemos en propagarlo, mejor diré, en secundar la accion eminentemente instructiva, ilustrada y civilizadora de la iglesia, que es la custodia de la verdad y la encargada de difundirla, como lo ha hecho con inmensos resultados, que sólo la malicia ó la ignorancia de los enemigos de todo órden, vino á neutralizar con sus esfuerzos destructores.

Esto es lo que exige el bien entendido amor de la patria: esto es lo que exige nuestro credo religioso; porque desengañémonos: ántes que académicos somos católicos, y mal podríamos cumplir los compromisos que aquel título nos impone sin corresponder cumplidamente al segundo, que es mas glorioso.

He dicho.

JOSÉ GALVEZ.

Sobre el fin de nuestra asociacion (1)

Señores Académicos:

Obedeciendo á la práctica que teneis establecida, tócame esta vez la iniciacion de nuestros trabajos del presente año, en virtud del inmerecido honor con que habeis querido distinguir al más humilde de vuestros compañeros. No habeis tenido en cuenta el ingenio, porque carece de

(1) Leida el dia 24 de abril del año 1876.

alas; tampoco los méritos, porque. . . ¿no es redundante la confesion de que no existen? ni ménos os propusisteis recordar mis servicios á la corporacion que componeis, desde que nunca ha podido calificarse así el cumplimiento estricto del deber.

No, y sin afectacion os lo declaro: para mí esta distincion sólo se explica por el amor á la buena literatura que tanto os afanais en cultivar, por el entusiasmo hácia las obras de los grandes ingenios que han dejado un recuerdo imperecedero en la república de las letras; en fin, por la voluntad nunca remisa, el solo contingente que á falta de otros datos me es posible ofrecerlos.

Y pues debo dirigiros en este momento la palabra, voy á emplearla en tratar, siquiera sea con la brevedad á que debo reducirme, del objeto primordial á que debió su origen nuestra modesta asociacion.

Sres. AA.: el siglo en que vivimos, con su absoluta consagracion á las empresas materiales y con su desmedida ambicion de fausto y de opulencia, es, á decir verdad, bien pōco favorable para el noble ejercicio de las facultades del espíritu. Cuando las tendencias de la época se dirigen á materializarlo todo, cuando el sórdido interes y la roedora avaricia se van difundiendo en las clases sociales, bajo el velo aparatoso de un progreso, ordinariamente quimérico y falaz: en los tiempos que alcanzamos, digo, la amena literatura y la galana poesía son flores que viven descoloridas y marchitas, como aquellas plantas de los trópicos que, trasportadas á climas inclementes, pierden su brillo y lozanía por falta de luz y de calor.

El cultivo de las letras, para sobresalir en alguno de sus variados ramos, exige á su vez una dedicacion entusiasta y constante, largos años de oscuro aprendizaje, y especialmente el estudio profundo de los autores clásicos: tareas todas que las juzga ridículas ó estériles el espíritu positivista de nuestra época, que apenas alcanza á darse cuenta del placer sino descansa sobre la base efimera de los bienes materiales.

Y no creais que exagero, ni que una misantropía de convencion me haya inspirado aquella creencia. Podeis fijar sino vuestra atencion en la historia enfermiza y sin ideales que alimentan las sociedades cultas de un siglo incrédulo, y en la decadencia y el empobrecimiento del lenguaje que es al adelanto de las letras lo que el alma al cuerpo, lo que la luz á nuestros ojos, lo que á la naturaleza la irradiacion del sol y el riego benéfico del cielo.

Pero, no faltan felizmente todavía almas sensibles á la sublimidad y al lustre de las artes, almas superiores que no se dejan aturdir por el estrépito vocinglero con que se precipitan los hombres de nuestra edad en pos de la materia que ya va destronando á su señor; almas generosas, templadas al fuego sacro del amor, que continúa creyendo en la virtud, que se embebecen en el estudio de las obras maestras del ingenio humano, que *sienten*, en una palabra, y siguen extasiados en el libro siempre abierto de la naturaleza, la huella eterna de su divino autor.

Tal es el ejemplo que os habeis propuesto por modelo, tales las vias que habeis empezado á recorrer.

¿Llegareis, empero, al término de vuestra aspiracion despues de haber abandonado una por una en el camino todas las ilusiones que hoy arrebolan el horizonte de vuestro porvenir, sin haber salvado la distancia que os separa de esa montaña ideal, en cuya cumbre oscila aquella nube de humo, pero humo de incienso, que apellidan gloria, y cuando ya la decepcion ó la amargura den un tinte siniestro á los recuerdos de una vida en su ocaso?

¿Qué importa? La existencia en el mundo es transitoria: sonido de un instante, vapor que se disuelve al agitarlo el viento, luciérnaga que pasa y desaparece en el espacio, dejando de su curso la pálida memoria de un reflejo que el tiempo y el olvido van borrando.

Pero no: si todo es polvo, vanidad y esperanzas falaces en la vida; hay, Sres. AA., algo de sobrehumano en ella, algo que nos eleva por encima de su dolor sin término, y es la noble ambicion de perpetuar en las edades el nombre que se lleva.

La muerte que así burla á la postre el orgullo del poder como la infatuacion de la opulencia, sólo no apaga el fulgor inextinguible de estos rayos: el sentimiento y la idea. Por ellos vive el genio en su misma posteridad, por ellos no muere la más cruel de las muertes, el olvido, toda esa comunidad de sabios, de artistas y de poetas, que son como los astros del espíritu en cuyo torno gira siglos y siglos la admiracion de los mortales.

¿Diráse que aquel triunfo es patrimonio de los privilegiados solamente?

Talvez sea aventurada esta opinion, acaso más bien se la considere irrespetuosa, pero así y todo, yo creo firmemente, Sres. AA., que dada la consiguiente idoneidad, no son siempre inaccesibles para el trabajo enérgico las alturas que el vulgo reputa destinadas esclusivamente para el genio.

Sea de ello lo que fuere, sin embargo, por deber limitarme á enunciar mi pensamiento al respecto, yo hago votos porque hagais de la fe y la perseverancia vuestro lema en un torneo cuyos laureles no se dieron jamas sino al esfuerzo.

Sres. AA., permitidme ahora una nueva aspiracion para concluir: que estas dos palabras: patria y Dios, constituyan principalmente el ideal literario de vuestra asociacion: Dios, porque sin él huyen de la mente la luz y del corazon las afecciones, y en vez de ser el culto á lo verdadero y á lo bueno, las letras se convierten en una perpetua negacion, miserable y estéril, como todas las negaciones del orgullo. Asimismo la patria debe inspirar tambien nuestros acentos, porque ella es en lo humano la fuente inagotable de todos los impulsos generosos, al par que la más temprana y la última de las risueñas ilusiones.

Entretanto, al esperar de vuestra noble emulacion la asiduidad que exigen propósitos tan arduos, me es satisfactorio declarar abiertos vuestros trabajos en el curso académico de 1876.

He dicho.

LORENZO ANADON.

MEMORIAS DE CLAUSURA

Cuenta razonada de la marcha de la academia durante este periodo (1)

Es costumbre, Sres. AA., en nuestra asociacion, cerrar los actos ordinarios del año, á cuyo fin se llega, con una breve memoria en la que el presidente pone de manifiesto de un modo sucinto la marcha que ella ha llevado durante ese tiempo. Esta tarea ardua en sí misma, lo es mucho más para quien, como yo, se encuentra en la especial circunstancia de no haber asistido, por razones que no es del caso señalar, á los actos celebrados por la academia en los primeros meses del año que termina. Ello, no obstante, la idea de cumplir con una obligacion, ha reanimado mi espíritu, apartando léjos de mí todo aquello que me causaba algun desaliento, contando por la parte que yo no he presenciado, con las luces que vosotros me proporcionásteis y las que resultan de las actas.

Se dice que una institucion, una sociedad, un individuo, progresa cuando tiende armónicamente hácia el fin á que está destinado; esta tendencia es por lo general proporcionada á las fuerzas de que puede disponer el individuo, sociedad ó institucion que deben progresar. Sentado esto, pues, ¿podemos decir que nuestra modesta corporacion ha progresado en el sentido de su noble fin? Seguramente que sí, y para convencerse de ello, basta recordar la regularidad con que se han celebrado durante el año los actos ordinarios segun consta por las actas levantadas en cada uno de ellos. En esas ocasiones es donde ella manifiesta la animacion que en su seno encierra y sus esfuerzos por obtener el fin que se le ha marcado. De modo que funcionando nuestra academia con una regularidad satisfactoria y aún en mayor actividad de lo que se le exige; puesto que ha celebrado más actos de lo que constituyen su programa ordinario, prueba bien á las claras la vida y robustez que aún se encuentra en ella, en contraposición á ese género de desa-

(1) Leida el dia 13 de noviembre del año 1873.

liento y decadencia, que en tiempos no lejanos se pretendió atribuirle con tanta ligereza como injusticia.

Ademas, Sres. AA., vosotros conoceis muy bien la diligencia con que todos se han esmerado en desarrollar los temas que les señalara la direccion, diligencia tanto más loable, cuantas más dificultades, emanadas de las numerosas y pesadas tareas escolares que pesan sobre casi la totalidad de los Sres. AA., se oponian á su desempeño.

Sin descuidar del todo los temas literarios, es cierto que se ha dado particular preferencia á temas religiosos y filosóficos: y como esto ha dado márgen á alguna queja, tanto más digna de ser atendida cuanto con mayor modestia se ha expresado, creo un deber mio no perder esta oportunidad de explicar las razones que movieron á la direccion para observar tal conducta, esperando de la sinceridad y buena fe de aquellos á quienes ella pudo chocar, que les parecerán del todo satisfactorias.

Los académicos que habiendo cursado ya el año de literatura, pasan á beber otros conocimientos más elevados, que exigen un estudio mucho más detenido y asiduo, completamente distintos de los que hasta entonces se les habian presentado, se encuentran de todo punto sin posibilidades para entregarse á un estudio serio y profundo del género literario por tener que atender á obligaciones más apremiantes. Por el contrario, en el género religioso encontramos todos mucha más analogía, mucha más semejanza con las materias que ocupan el tiempo de casi todos los Sres. AA.; por consiguiente, los temas religiosos por lo general facilitan mucho más el desempeño de las obligaciones académicas, contribuyendo tambien de esta manera á la perfeccion de los conocimientos que se adquieren en las aulas.

Por otra parte ¿no es la academia una escuela donde se aprende á buscar la verdad evitando el error, y donde debemos armarnos de todo lo necesario para combatirle y desenmascararle? ¿Y no son por ventura en nuestros dias desgraciadamente abundantes los errores y sofismas en religion y filosofía? ¿Acaso las cuestiones religiosas no son las que más agitadas se encuentran en este siglo? Cada uno de vosotros tiene que verse más tarde ó más temprano frente á frente con gran número de adversarios en este terreno resbaladizo. Sofismas sin cuento se asentarán contra nosotros con el pérfido intento de arrancarnos la fe para precipitarnos en el tenebroso caos de la duda. Numerosos errores, cubiertos á veces con el manto de la verdad, intentarán seducir nuestros jóvenes entendimientos ¿Y no será justo, Sres. AA., prepararnos desde ahora para resistir y triunfar de tan numerosos enemigos? ¿Y de qué modo podremos prepararnos mejor que cultivando con preferencia el género religioso, donde comunmente hallaremos más anchuroso campo para ejercitar nuestros mismos conocimientos literarios, aplicando á él las hermosas formas que la literatura nos suministra? Hé ahí la razon, Sres. AA., que la direccion ha tenido en cuenta para conceder mayor preferencia á los temas religiosos y filosóficos. Con todo, no ha habido

un acto solo en el cual no se hayan desarrollado temas libres y exclusivamente literarios, ya bajo la acompasada forma de la prosa, ya bajo la cadenciosa lira de la poesía.

Por lo que toca á las adquisiciones hechas por ella durante el período que se cierra, debe colocarse en primera línea el notable aumento de su personal activo verificado con el ingreso de otros nuevos académicos, que, llenos de entusiasmo y decision, quisieron compartir nuestros trabajos y tener parte tambien en nuestras modestas glorias. Á esto se añade el nombramiento que la academia ha hecho de académicos de honor, expidiendo los respectivos diplomas en la persona de dos jóvenes, que no ha mucho tiempo ocuparon distinguidos puestos en nuestras reuniones, y que por estar próximos á terminar la carrera á que se habian dedicado, se han hecho acreedores á esa distincion que parece imperar el mismo espíritu del reglamento.

Con respecto á nuestras relaciones con los académicos corresponsales, la academia se vió en la necesidad, despues de haber cumplido con dignidad los deberes que su carácter le impone, de cortarlas por completo con algunos de ellos, conservándolas, sinembargo, con otros que explícitamente le manifestaron los deseos que abrigaban de continuar su relacion con ella. La medida tomada con los primeros fué dictada tan sólo por la prudencia y la dignidad, despues de haber agotado todos los medios razonables que estaban á su alcance.

No debo pasar en silencio, Sres. AA., la deferencia y prontitud con que han correspondido los jóvenes del círculo de colaboradores de la « Estrella de Chile » á las notas que con motivo de la renovacion de Mesa se les han pasado, cuyas contestaciones se guardan en los archivos de la academia. En ellas campean á la par de las manifestaciones más sinceras de amistad y aprecio, los más honrosos conceptos y las más alentadoras expresiones. Tal proceder, Sres. AA., creo poder decirlo, es acreedor en alto grado á la gratitud de la academia. Es este tambien el lugar de elogiar la constante adhesion é interes con que se distinguen hácia nosotros los Sres. AA. corresponsales que se encuentran en Roma, donde han hecho brillantemente su carrera y que, no obstante las inmensas distancias que nos separan, contribuyen siempre al lustre de la academia enviándonos sus preciosas producciones.

Nuestra modesta biblioteca y tesoro se encuentran en buen estado. La primera, sinembargo, ha hecho muy pocas adquisiciones durante el año por la dificultad que tenemos desde aquí en proporcionarnos las selectas obras en que nos hemos fijado ; pero es de esperar que no pasará mucho tiempo sin que reciba un buen contingente de ellas, ya donadas, ya adquiridas con los mismos fondos de la academia. Segun las cuentas presentadas por la tesorería, se encuentra aún en caja una suma bien respetable despues de haber cubierto todos los sáldos que en contra suya resultaban por los gastos que ha sido necesario hacer, para llenar las necesidades reclamadas por la academia.

Me es grato recordaros también, Sres. AA., como una de las cosas más dignas de vuestra atención, la estrecha unión y jamás interrumpida armonía que ha existido entre los miembros de nuestra corporación. Ella ha sido la que nos ha sostenido en el momento del trabajo multiplicando nuestras fuerzas. Ella con la paz y tranquilidad que son su inmediata consecuencia, ha secundado nuestros designios. Ella ha hecho de nuestra modesta academia, más bien que una asociación de extraños, una verdadera unión de hermanos, anudados por los mismos sentimientos, por las mismas ideas, por los mismos deseos, y tendiendo todos á un mismo fin. Tal debe ser siempre el espíritu que debe reinar en la academia, porque sólo la unión, como tan acertadamente se ha dicho, constituye la fuerza. Pero esa unión debe existir en todo y bajo todos los aspectos; unión que es irrealizable si no la mantiene un lazo sólido y verdadero cual es la misma fe religiosa; pero una fe ardiente que no se limite tan sólo á los recintos de la academia, una fe práctica, una fe que llene el corazón de indestructible firmeza, una fe que nos sostenga en los momentos de desaliento y de prueba, que serán por cierto muy frecuentes en nuestra carrera por el mundo.

Tal ha sido en resumen la marcha que ha llevado nuestra asociación en el año á cuyo fin hemos llegado.

Antes de terminar, Sres. AA., me permitireis os dirija algunas palabras de sentimiento y de cariño á la vez.

Cuando uno se ve próximo á separarse quizá por mucho tiempo, talvez para siempre, del centro donde se ha formado su corazón y su entendimiento, y de los compañeros con quienes participaba de las mismas emociones, de las mismas aspiraciones, siente en su alma una profunda tristeza, y como que quisiera detener el tiempo, para que no le prive tan presto con su vuelo rápido de lo que no volverá á hallar acaso en el trascurso de su existencia. Esto sólo lo llegaréis á comprender totalmente, Sres. AA., cuando os encontréis en las circunstancias en que yo me hallo al presente. Sin embargo, mi separación probable del cuerpo de la academia será solamente material, porque aún al través de la distancia, estaré unido á ella por el cariño, por la idea y por el fin.

Me parece de todo punto imposible llegar á olvidar, y ni siquiera mirar con indiferencia á la corporación á que tantos beneficios debo; sin embargo, es tan versátil, tan inconstante el corazón del hombre, que bien puede ser que con el correr del tiempo quiera entibiarse ese cariño que profeso á la academia; pero entonces el recuerdo de lo que la he amado, del bien que de ella he recibido y sobre todo de los principios que en ella he aprendido y de los que haré eterna profesión, reanimará de nuevo el sentimiento debilitado, y la gratitud recobrarán de nuevo su imperio en mi corazón. Idénticos en todo son también, Sres. AA., los sentimientos que abrigan mis dignos y queridos colegas que deben separarse del lugar que ocupan en las reuniones de la corporación, y de quien tengo especial encargo de manifestároslos con la sinceridad acostumbrada.

Terminaré haciendo un voto al Dios Omnipotente para que derrame siempre sobre nuestra cara academia sus santas bendiciones, dirigiéndola con gloria hácia al noble fin á que está destinada.

He dicho.

J. B. AGUIRRE SILVA.

..

Sobre los progresos de la academia en este período, debidos á la union de sus miembros (1)

Si la robustez, la fuerza y el esplendor de las corporaciones, Sres. AA., fuera proporcionada al número de individuos que las componen, la época por que atraviesa vuestra academia habia sido la más brillante y consoladora de cuantas registran los fastos de su historia.

Digo esto, señores, porque al recorrer una por una las actas de vuestra corporacion; y las páginas que encierran aquellos tiempos en que la oda y la elegía, el soneto y la letrilla se cultivaban con destreza y maestría por la fecunda imaginacion de los que nos precedieron; al evocar el recuerdo de aquellos tiempos en que nuestra academia estudiaba con pasion los autores clásicos, para expandir despues sobre sus composiciones los encantos de la bella poesía, cuando dirijo mi vista, digo, sobre estos tiempos, apenas encuentro una época en que se compusiera la academia de un tan crecido número de individuos como en la época presente.

Mas cierro esta foja, señores, porque no pretendo formar el paralelo de aquellos académicos y los presentes, de aquellas composiciones y las nuestras, de aquellos tiempos y nuestros tiempos: me concretaré tan sólo á poner en vuestro conocimiento, aunque sea á grandes rasgos, la marcha de la academia en el presente año, objeto del discurso de clausura.

Una sociedad, Sres. AA., pudiéramos afirmar que marcha por la sendas del verdadero progreso cuando reina la union más estrecha entre los miembros que la componen. Vosotros no ignorais que allí donde hay una union estrecha, para la consecucion de un fin, hay cierto interes en buscar los medios que más favorezcan la misma causa: y de este interes, Sres. AA., de esa ansiedad que se apodera del corazon del hombre, brota esa chispa, esa llama preciosa del entusiasmo, que, bien dirigido, multiplica prodigiosamente las fuerzas y levanta á manera de palanca las sociedades, conduciéndolas á pasos de gigante por la senda de la prosperidad y el heroísmo. Por esto, señores, donde un entusiasmo, sólidamente fundado en la union estable de los hombres, retempló el corazon

(1) Leida el dia 22 de noviembre del año 1876.

humano, se vieron las sociedades marchar veloces por el sendero de sus destinos: la dulce paz, ceñida la frente de verde oliva, presidió sus pasos, y las naciones mismas á su benéfica sombra, contaban por el número de combates sus victorias: mas allí, Sres. AA., donde el hombre mirando con desden los deberes que lleva consigo la vida social, alteró el equilibrio perfecto que debe reinar entre el fin individual y el fin de la sociedad, cada uno en su respectiva esfera, ó rodaron las sociedades despeñadas al abismo de la más degradante anarquía, ó cayeron en los hondos precipicios del más grosero egoísmo, llegando á perder hasta la forma y el nombre de sociedades: y, si fuera lícito en cosas pequeñas aducir ejemplos de cosas grandes, diría, que por esto cayó hecha pedazos la pujanza de los griegos á la muerte de Alejandro, que por esto se vió agitado como arista con quien juega el torbellino, el imperio romano, desplomándose al fin con fiero estruendo á los golpes repetidos de los bárbaros del norte, y diría, por fin, Sres. AA., que al caer su fuerza devastadora sobre tan gigantesca mole, sólo el cristianismo era una sociedad, porque sólo en el cristianismo reinaba la union y la concordia; y hé aquí, Sres. AA., por qué afirmaba ántes, que no consistía el adelanto de una corporacion en el número de individuos, sino en la union que los liga y los estrecha: de donde aplicando estos principios á la corporacion de que me ocupo en este momento, de cuyo organismo formais parte tambien vosotros, y cuyos esfuerzos por su progreso y adelanto, todos nosotros lo sabemos, me creo en el derecho de afirmar que por más que se haya disminuido por causas imprevistas el número de actos académicos, ó por más que estos no aparezcan revestidos con la pompa exterior y el aparato que otros años, sin embargo, la academia, que ha dado un paso en el tiempo, ha dado otro no ménos en la carrera del progreso; porque no se debe medir la realidad por las más apariencias, sino las apariencias medidas por la realidad.

Y digo esto, señores, porque no se ha apartado de nosotros esa union bien fundada que distingue las verdaderas de las falsas sociedades, las corporaciones fundadas sobre arena movediza de las corporaciones apoyadas sobre rocas eternas de granito. Así es que hemos visto aumentarse los archivos de nuestra biblioteca, y los estantes de nuevos volúmenes, hasta el punto de ser sobrado reducido el local destinado á colocarlos. Hemos contemplado el ingreso en nuestras filas de un número no pequeño de académicos, de cuya capacidad é interes por el esplendor del cuerpo no tengo duda. Hemos visto las contestaciones de nuestros corresponsales á las notas por las cuales la academia les ponía en conocimiento de las renovaciones de la Mesa y demas cargos. Por fin se ha celebrado la fiesta de nuestra Patrona con la solemnidad y el decoro que aquel acto requería.

¿Quereis más? escuchad: tended por un momento la mirada sobre el hermoso suelo de la República Oriental y un tristísimo cuadro se presentará á vuestros ojos: una escuela formada en los moldes de las doctri-

nas de Rousseau y de Voltaire, esto es, la escuela racionalista, exparce el dolor en el seno de las familias y llena de consternacion á los corazones amantes de la verdad y del bien: sus efectos son funestos, Sres. AA., porque extinguen la lumbrera salvadora de la fe en el ánimo de la juventud incauta, corrompiéndose á la par sus corazones. ¿Pero qué digo? no: que pasa la noche, y viene la aurora, y tras la horrible tormenta aparece la calma: una falange de valientes que, llevando por lema «religion y patriotismo», formadas sus filas de lo más florido de la hermosa república del Uruguay, se levantan constituidos en sociedad, y sociedad apoyada sobre bases sólidas, con el título de «Club Católico de Montevideo», jurando defender con denuedo sus convicciones.

Tienden su mirada sobre nuestra corporacion, y al ver los nobles fines á que se encamina y la union estrecha con que se distingue, establece desde luego relaciones con nosotros, nombrando socios efectivos á aquellos individuos que en adelante la academia designará para ser sus presidentes.

Concluyo, Sres. AA., con la idea misma de la union que me ha guiado desde el principio; ella será la guia de la academia por el camino de la prosperidad y del progreso: con la union llegaremos á obtener el fin noble y excelente que se propone: sin la union vacilará hasta sus cimientos y no dará un paso, ni un paso, en el campo de la poesía y la elocuencia.

En breve la ausencia de algunos de los miembros que aquí se hallan presentes, dejarán en su seno un vacío difícil por cierto de llenar; pero vosotros sabeis que el tiempo y la distancia no tienen bastante fuerza para separar corazones unidos por los estrechos vínculos de un bien fundado compañerismo. Nuestra separacion no será otra cosa que una ausencia material porque siempre aspiraremos á un mismo fin, con los mismos medios, esto es, dedicándonos con ardor al estudio de los mismos clásicos, fuente de toda poesía, fuente de la verdadera elocuencia.

VICENTE NAVIA.

Breve reseña de los actos celebrados por la academia en 1880 y estado de la misma al celebrarse el acto de clausura.

Quizá por última vez, Sres. AA., voy á dirigiros la palabra desde este lugar querido, donde tantas veces se han confundido nuestros pensamientos y nuestras ideas, vinculando en ellas ora el sentimiento santo de la patria, ora el amor puro de la familia, ora la admiracion de la naturaleza galana, y sobre todo, sobre la patria, sobre la familia, sobre la naturaleza hemos quemado el incienso del espíritu ante el altar hermoso de la religion de Jesucristo.

Como guerreadores de las letras, hemos llegado por este año á la última jornada, y cubierto aún con el polvo del camino, voy cumpliendo con nuestro reglamento, á presentaros el resultado de nuestros trabajos, el fruto de nuestras campañas. Si dulce es al soldado despues de la batalla recostarse tranquilo sobre una alfombra de laureles, creo, Sres. AA., que tengo razon para deciros :

« Descansad, paladines de la idea, si no sobre laureles arrancados con la vida en el campo de Belona, sí sobre una alfombra de palmas y de flores recogidas en los vergeles amenos de Minerva. Flores y palmas con que hemos adornado el monumento de la hermosa poesia, esa hija del pensamiento y la armonía, ese ángel que con sus leves alas orea las lágrimas del mundo.

Nuestro programa, que es el mismo de años anteriores, ha sido cumplido en todas sus partes. Mensualmente se han celebrado los actos ordinarios prescritos por nuestro reglamento, y en las composiciones recitadas habreis muy bien comprendido que el afan de todos y el trabajo de cada uno es digno del mayor encoimio. Religion, patria, poesia, han sido nuestro lema; todos los ramos de bellas letras han sido abrazados y cultivados con esmero, debiendo al hablaros de nuestros trabajos, agradecer en nombre de la academia á nuestros sabios directores el afan y la constancia noble que han desplegado para dar mayor lustre á nuestra sociedad. Ellos han sido para nosotros lo que el experto piloto para la embarcacion que conduce en medio del océano proceloso, ellos con segura mano nos han dirigido; y su nombre y sus servicios no serán grabados en la espuma de ese océano porque esa espuma sólo sirve á los vientos de juguete; grabados se hallarán en el fondo de nuestros corazones, allí en el santuario de las almas donde no alcanzarán á borrarlos los huracanes de la vida.

Léjos, muy léjos de la patria, dormia el pesado sueño de la muerte el gran capitán argentino, el general San Martín. Las ondas del Sena arrullaban su sueño y en los últimos tiempos se conmovió el mármol de su tumba con los cañonazos de Metz y de Sedan; y las llamaradas del petróleo de la Comuna iluminaron con fulgor de incendio el sepulcro del héroe que desde la eternidad contemplaba con tristura las desgracias de la nacion francesa. Pero al fin la voz del patriotismo se escuchó en las riberas del Plata; y el ángel de la gratitud golpeó la tumba del inmortal misionero. El «Villarino» condujo en triunfo hasta las puertas de Buenos Aires las venerandas reliquias del libertador de medio mundo. Allá en la metrópoli argentina harán época las fiestas suntuosas con esta ocasion celebradas; y nuestra academia recordará tambien en sus anales, que Santa Fé no se mostró esquiva para depositar las aromadas flores de sus jardines encantados en el sencillo monumento que en este sitio mismo levantamos el 28 de mayo, para rememorar agradecidos la vuelta triunfal de las cenizas de aquel gigante, que estampó el casco de su corcel guerrero sobre las piedras de los Andes, para convertirse desde

entónces en el héroe legendario de la epopeya americana. Las flores de nuestro pensamiento fueron tambien allí depositadas, y aunque humildes y pálidas, el perfume de la caridad voló en las olas del Paraná gigante hasta la tumba del vencedor de Chacabuco.

Cuando por segunda vez, Sres. AA., me hiciste la honra de nombrarme presidente de esta sociedad querida, el número de los miembros que la formaban llegaba á nueve; hoy al dar término á sus sesiones, tengo la satisfaccion de anunciaros que ese número se halla más que duplicado, y estoy firmemente persuadido que los nuevos soldados de las letras harán honor al puesto que ocupan actualmente. Nuestra academia recuerda en el número de los que la han formado, los nombres de personas célebres ya en el foro, en el periodismo y en los demas ramos de la literatura. Celebrados, y con razon, han sido los cantos de Juan Zorrilla, y Luis Piñeiro, no solamente entre nosotros sino tambien en Chile y en la república uruguaya. Otros se conquistan un nombre al frente de los puestos públicos, y no pocos de ellos se han ilustrado ya en la oratoria sagrada. Al contemplar estos resultados, el porvenir de nuestra sociedad se nos presenta ataviada con lujoso colorido. *Fe y constancia*, hé ahí las palabras mágicas que debeis grabar en vuestros corazones, pues no dudo que con constancia y fe, muchos de vosotros llegareis tambien á la altura de vuestros predecesores; lo que servirá de gloria no sólo á la academia, sino tambien á la ciudad donde se halla establecida, á la hermosa Santa Fe.

Nuestras relaciones con las demás corporaciones literarias siguen como siempre siendo fraternales y amistosas. La academia literaria de Buenos Aires, de quien somos corresponsales, nos participó su nueva direccion, elegida á principios del presente año, y nosotros contestamos haciendo conocer el cambio habido en nuestra Mesa Directiva. Al participar al Club Católico de Montevideo el nombramiento de nuestra Direccion, tuve el honor de recibir de su presidente el nombramiento de miembro corresponsal, que, como ha sido de práctica desde su fundacion, corresponde al presidente de la academia de Santa Fe: de la «Estrella de Chile» no hemos tenido contestacion á la nota que se le pasó en abril del presente año, y su silencio no es fácil de descifrar, sobre todo despues de las diferencias que han mediado entre las repúblicas argentina y chilena. Quiera el cielo que la voz de las disensiones políticas no llegue á enfriar relaciones tan cordiales.

Para concluir, Sres. AA., voy á daros cuenta de un asunto de alta importancia para nosotros. Me refiero á la impresion de los trabajos más sobresalientes presentados á la academia desde su fundacion hasta el presente. Como debeis comprender, Sres. AA., el escollo principal con que se tropieza es la falta de medios pecuniarios de que podemos disponer para esa empresa. Se solicitó del excelentísimo gobierno de la provincia una cantidad suficiente para ayudarnos en nuestro trabajo, y tengo el placer de anunciaros que ese pedido se recibió con interes y

entusiasmo, y que accediendo el gobierno á nuestra solicitud, nos han sido suministrados los fondos pedidos. Esta distribucion hecha á nuestra sociedad, obliga á la academia á estar al excelentísimo señor gobernador eternamente agradecida. La obra marchó ya al punto donde debe ser impresa, aunque quizá por la premura del tiempo no la podamos tener para el presente año, es seguro que estará apta para expenderse el año venidero. Por medio de ella haremos conocer al resto de la República que Santa Fe no puede permanecer estacionaria en medio del movimiento intelectual principiado hace algun tiempo en la República Argentina.

Una última palabra y concluyo, Sres. AA. Como os he dicho anteriormente, y con tristeza lo repito en este instante, quizá esta sea la última vez que me veis cobijado con vuestro estandarte de flores y virtudes. Y en nombre del compañerismo, del cariño y de la gratitud, me permito hablaros de un asunto personal. Sin méritos ningunos y sin ningunas pretensiones ingresé en la academia hace cuatro años. Si he trabajado, si cumplido con mis deberes en el limitado campo de mi poca inteligencia, lo juzgareis vosotros y espero que sereis generosos en el fallo. Dos años he tenido la honra de dirigiros la palabra como presidente, y en ellos os he dado pruebas de la estimacion que merece esta simpática sociedad. Pero me queda una duda que me atormenta, no sé si os habré faltado, ignoro si he descuidado mis deberes; si ello es así, perdonadme, Sres. AA., y aceptad desde ahora mi agradecimiento por ello.

Que al concluir el período de nuestros trabajos en el dia que festejamos la fiesta de nuestra protectora la santa y literata y la inspirada poetisa, desciendan sobre nosotros las bendiciones del cielo, y que con su amparo poderoso, podamos cumplir en un todo con nuestro programa literario.

La patria de los poetas y los estadistas, tiene en nosotros fijas sus miradas; estudiad, trabajad con ahinco para que algun dia sirvais con fruto entre las delicias de la paz á la nacion de Mayo. Pero no olvideis tampoco que, como ciudadanos, estais obligados á abandonar vuestras tareas en el instante mismo en que mireis envuelto entre el humo y la metralla el lábaro inmortal de nuestros padres. Quiera el cielo que nunca llegue este caso, pero si llegara, Sres. AA., no olvideis que nuestros estadistas y poetas en los tiempos heróicos de la Independencia trocaban la pluma y la lira por la espada; y despues de conseguir el triunfo, despues de cantar los lauros de las victorias inmortales, ataban al carro de la gloria los girones del pabellon azul y blanco con las cuerdas doradas de sus lirás.

RAMON J. LASSAGA.

COMPOSICIONES VARIAS

CUADROS Y PINTURAS

La vida de una flor

Al soplo de la suave brisa de la mañana y abrigando en su seno diamantinas gotas de rocío, orgullosa ostenta sus bellezas una flor.

Amorosa recibe en sus pétalos el beso que él aún le prodiga, regalándola ella á su vez con mil esencias y aromas.

¡Pobre flor! al ver su hermosura y gallardía, ignora que ha nacido con el alba y que la tumba abierta á sus piés se dispone á recibirla al extenderse las sombras de la noche. Se cree bastante poderosa para desviar los ardientes rayos del astro del día.

En medio de los trinos de las aves y la alegría de la naturaleza que despierta saludando al Hacedor; entre el blando rumor del cristalino arroyuelo que serpentea por el verde musgo, adornando la pradera como una cinta de plata, entre el dulce murmurar de las hojas mecidas por el céfiro y entre el tierno balar de los tímidos corderillos que pacen la fresca grama, ella tambien se engrie y eleva un himno bañado de rocío al autor de la Creacion.

Las otras flores se le inclinan respetuosas; vuelan en torno suyo las pintadas mariposas y los tiernos picaflores para beber el néctar de su corola; el dorado jilguerillo la festeja con sus gorgoros y el arroyuelo, prendándose al verla tan bella, besa humilde su delicada planta. Todo, todo en derredor parece estar admirando su hermosura peregrina; todo le brinda felicidad, porque ella nació en esa mañana para ser reina de la pradera.

¡Pobre flor! miéntras sueña largos dias de dicha y contento, y piensa que no se ha creado para ella el soplo del huracan que troncha la robusta encina y el empinado cedro, ni la furia del granizo que destruye los sembrados, ya el sol ha subido sereno hácia el cenit; las auras deliciosas de la mañana desaparecieron; dejan de halagarla las mariposas y lindos picaflores y las aves fatigadas dejaron de trinar. Todo es calma. Sólo

se oye de cuando en cuando el zumbido de la abeja que despues de regalarse con la miel de su cáliz, se olvida de ella y pasa á otras flores. Ya no se oye el balido del cordero, y parece que hasta el arroyuelo adormecido en la yerba deja de murmurar y sus aguas lentamente se deslizan.

Las gotas cristalinas del rocío se evaporan de sus hojas. Pierde las gracias y los colores que ostentaba á la mañana, y la reina de la pradera que abrió su cáliz con la aurora, lo inclina tristemente al medio dia.

¡ Ya es la tarde! El sol desaparece allá en las lejanas nubes del horizonte. Sus líbicos reflejos alumbran débilmente la tierra. Entónces empieza á jugar de nuevo el céfiro en la pradera. Otra vez se percibe el canto de las aves y el manso ruido del arroyuelo que corre entre el césped y la yerba. Otra vez se aspira la fragancia de las flores que embalsaman el ambiente; mas la reina de la pradera aún inclina tristemente su corola. Su cáliz está marchito; perdió la flor su lozanía y colores.

Ya no siente la suavidad del céfiro ni la traviesa mariposa gustará de su néctar divino, porque los ardorosos rayos del rey del espacio le han herido de muerte. ¡ Pobre flor! ántes tan radiante y tan abatida ahora, llena ántes de vigor y ahora agonizando. Ha llegado por fin su hora, ya ha dejado de existir. Las auras vienen á herirla suavemente; mas sus hojas se desprenden á su impulso y van á caer sobre el césped de la pradera. Mañana, cuando aparezca otra vez la risueña aurora, ya no existirá la flor; sus hojas serán exparcidas por el viento y llevadas á lugares solitarios.

¡ Oh sublime y grandioso emblema de la vida del mortal! Tú retratas en mi mente la nada de mi ser. Como á tí, al nacer, fortalecíame el aura de la vida y unido al inagotable manantial de desvelos y cuidados que el amor maternal me prodigara, rebosar me vi de vigor y lozanía. Las pasiones agostaron un tanto mi juventud, como los rayos del luminoso sol pusieron mustias tus hojas. Y así como al caer de la tarde perdiste tu brillo y deshojada diste en tierra; así al caer las nieves de los años sobre mi cabeza, la vejez me cubrirá con sus achaques y á mis plantas abierta verá la sima del sepulcro.

JOSÉ A. DEL CASTILLO.

La primera edad (1)

¿ Visteis cuán pura y bella es la flor que en la selva abre su fragante cáliz ántes que el sol de estío con sus ardientes rayos la marchite?

(1) Leida el dia 14 de diciembre del año 1873.

¿No visteis cómo juguetea con la suave brisa que en sus pétalos se posa, para robarle en sus transparentes alas el dulce ámbar de que está impregnada ?

¿No veis cómo parece hablar con las verdes yerbas que la circundan y á que ella da vivo esmalte ?

.

¡Hé ahí un vivo retrato de la inocencia y hermosa sencillez del niño!

¿Oísteis el triste pero encantador arrullo de la tórtola que, léjos de su madre, ahoga su tristeza en amoroso llanto ?

¿Visteis cuán alegre y cariñosa se alza al sentir el raudo vuelo de la que es su esperanza y su amor ?

¿Visteis también cuan alegre bate sus alas en prueba de su contento ?

Así el niño ansía por su madre y con dulce llanto é inocente ademan la abraza y acaricia.

¡Amor de niño! . . . ¡amor de madre! . . . ¡Cuánta poesía y encantadora realidad expresan estas palabras !

El tierno niño tiene pintado en su semblante la inocencia de la primera edad. ¡Sus sueños!! . . . ¡oh! . . . en ellos huye de la tierra para tornar al cielo do están sus compañeros. . . Una sonrisa vaga por sus candorosos labios. . . ¡parece hablar con los ángeles que velan su reposo y alegran su fantasía con dorados sueños! . . . Despierta . . . y huye la vision celeste, lágrimas de dolor anublan sus pupilas: mira á su rededor y bien pronto fija gozoso su mirada, en el ser único que comprende su lenguaje . . . ¡Es su madre! . . . Quizá al mirarla, recuerda uno de los seres que halagaron sus ensueños; ¡oh! cuán dulce poesía ofrece el rostro angelical de un infante: ¡cuánta belleza encierran los cariños de una madre que, extasiada al lado de la movediza cuna, contempla el objeto de su amor!! . . .

Pero ¿quién vela al niño en su sueño? ¿Quién se lo hace tan apacible y tranquilo! . . . ¿Cuál es la causa de sus inocentes ensueños? . . . No otra que los ángeles. ¡Los ángeles amables, custodios que el Omnipotente ha señalado á la inocencia! . . .

¡Y cuándo juega. . . ! Su juego es inocente, sencillito, cual es el juego de la flor con el aura, en una de esas mañanas de primavera, cuando aún se encuentra embellecido el prado, con las claras perlas que en él depositara el rocío de la noche. Su juego es inocente, sencillito porque juega con los ángeles. . . Porque con ellos conversa. . . Con ellos rie. . . Los ángeles lo elevan del lodo mundanal, para trasportarle á regiones desconocidas. Los ángeles son sus más fieles y cariñosos amigos y se complacen en ver en este mundo espíritus semejantes á los suyos. La vida del niño guiada por los ángeles es semejante á la corriente del cristalino arroyo, cuyas linfas se deslizan por un terreno tapizado de arenas de oro; no encontrará en su primera edad, á su paso, es torbo alguno que lastime su delicada planta.

Su vida es pura cual son los rayos transparentes que el sol lanza sobre la tersa superficie del tranquilo lago.

¡¡Oh infancia...!! ¡¡Dulce infancia...!! ¡Cuán veloces pasan tus horas y cuán gratos recuerdos dejas en nuestros corazones y en el de nuestras madres!

¡Ah! y cuán generoso paga el inocente la inmensa deuda de amor!!

Su corazón no se parte: su labio balbuciente no sabe otro nombre que el de su madre: no conoce otro rostro que el de su madre.

¡Feliz el hijo que tiene madre con quien compartir su dolor y su alegría!

¡Feliz la madre que tiene un inocente y tierno hijo que corresponda á sus caricias y en quien deposite las esperanzas de su maternal corazón!

¡¡Feliz la madre si conserva el tesoro incomparable de su hijo inocente!!

¡¡Feliz mil veces el hijo que conoce el valor del tesoro de una madre solícita y la guarda!!... .

JOSÉ M.^a ESCALERA.

Recuerdos de la patria (1)

Cuán bella eres, ¡oh Salta! ¡Cuán poético el recuerdo de las felices horas que pasaba allí, en tu seno, acariciado por el cariño maternal y halagado por el triste gemir de las tórtolas que anidan en las copas de tus árboles, á cuyas sombras jugué los inocentes juegos de la niñez; ó por el murmullo de las linfas que riegan tus campiñas ó por el trino de las aves que cantan sus amores saltando de rama en rama por las enredaderas de tus bosques...! ¡ah! entónces percibía el aroma de tus flores, traído por la brisa juguetona, y en cuyos cálices el gracioso picaflor bebía el néctar delicado que las alimenta. ¡Oh recuerdos...! Fija estás en mi mente, Salta, patria de valientes, cuna querida del que ahora te llora porque se encuentra léjos de tí, y no te contempla rodeada de verdes colinas, y retratada en las sabanas de nieve que brillan en las cumbres de tus peñascos heridos con la lumbre del sol naciente, y que, elevándose á tus piés bordados de corpulentos árboles, parecen un torreon do flamean los estandartes de tus héroes. ¡Salta...! jardín ameno, refrescado por el aura que rápida vuela desde las sierras que te circundan, trayendo sobre sus alas el aroma robado á los jazmines que se crían en tus selvas seculares, ¡ah!... todo allí es bello... bello como las ilusiones de la infancia... bello como el sueño del inocente adormido en el regazo maternal... bello... como tu recuerdo...! Allí era

(1) Leida el día 17 de setiembre del año 1874.

más puro el brillar del sol; allí más poética la pálida luz de la luna cecada por las graciosas y transparentes nubecillas que flotan en el espacio. Allí, niño tierno aún, y jugando con los rizos de mi madre, pedíale candoroso me mostrase la estrella vespertina que brillaba en un cielo de zafir y rosicler. Sí... así es tu cielo... más sublime que el estrellado firmamento que se retrata en las ondas del océano. Salta, reina del Interior, no rompen las linfas de tus arroyos las quillas de los esquifes, ni surcan impulsadas del pampero, góndolas de blancas velas; pero en ellas rizan sus plumas pelícanos de color de rosa y se zambullen esbeltas garzas, sacando con sus picos pececillos y jugueteando en tus arenas de oro. Tus campos... ¡oh!... tus campos; no son páramos cubiertos de hirviente arena, ó manida de las fieras; son jardines do nacen á porfía graciosas margaritas y azucenas; lirios y jazmines; granadillas y madre selvas que, enredándose en los arbustos, forman improvisado dosel para el viandante que descansa fatigado y se adormece con el melodioso gorjeo del zorzal y la calandria, y desde tus puertas te presentas á la vista del viajero, blanca paloma, sentada á orillas de un arroyo. ¡Oh!... ¡y cuánto tiempo ha que no te contemplo! qué anchuroso espacio me separa de tí...! y no obstante... aún llega á mí el aroma de tus jardines y el ambiente perfumado de tus campiñas; y parecen herir mis oídos los acordados trinos que al nacer y morir el sol, entonan en tus selvas los mil y mil pajarillos que las pueblan, y siento por mí frente las refrescantes brisas de tus bosques, y paréceme sentir desde aquí las tiernas y violentas vibraciones que agitan el corazón materno por el hijo que el deber arrancara de sus brazos para no volverlo á ver quizá, ¡ay! hasta despues de larga ausencia. ¡Consérvame este tesoro para que sea doble el placer cuando vuelva á verte, ¡oh dulce patria mia!!!

JOSÉ M.^a ESCALERA.

La batalla de Andrinópolis (1)

«Cantemos al Señor que con potente diestra derrocó el poder y quebrantó la cerviz del nuevo Faraon. ¡Óyense aún los desgarradores gemidos de sus heridos y los ayes lastimosos de sus moribundos! ¡Yacen en el vil polvo sus relucientes aceros hechos pedazos! y los girones de sus profanos estandartes proclaman la potencia del Señor.»

Así exclamaba aquella falange de héroes elevando sus manos al cielo, despues del memorable y grandioso combate de Andrinópolis. En efecto:

(1) Declamada el día 9 de Diciembre del año 1879.

jamás se dió batalla más sangrienta, ni hubo victoria de tan trascendentales consecuencias; era la última vez que el cristianismo y el paganismo se miraban de frente y reunían sus intrépidas huestes para decidir sobre el imperio del mundo.

Noventa mil combatientes de lo más escogido de entre los tracios y asiáticos rodeaban las águilas de Licinio. Sólo veinticinco mil héroes ebrios de entusiasmo se movían alrededor de la cruz.

Licinio que, para excitar el fanatismo de los suyos había ordenado sacrificios solemnes; que se desentrañasen víctimas inmaculadas; que se consultasen sus palpitantes corazones para interpretar los destinos del cielo y que las doncellas, abandonando su retiro y sus labores, se cubriesen de luto y dirigiesen sus preces á los dioses inmortales: mostrábase inquieto y dudoso sobre la suerte del combate y habíase retirado al interior del campamento.

Constantino por el contrario, después de haber desplegado en medio del campo de batalla el pabellón del Lábaro (costumbre que guardara desde la jornada del Tíber) y de designar para su custodia las mejores tropas, arranca de su cabeza la corona de laurel, dobla la rodilla ante el Dios de los ejércitos y recibe con todos sus soldados la bendición de manos de un ministro de paz.

Avistáronse por fin las dos huestes en la llanura de Andrinópolis. Los paganos al grito salvaje de sus augures y bacantes á la vista de aquel puñado de valientes que, cual tímidas ovejas se ofrecían á su rapacidad; estrecharon sus filas con ardor é hirieron con sus picos el suelo en señal de venganza. Mas los cristianos, al oír la voz de mando de su general, inclinan sus aceros en muestra de sumisión, á manera que se inclinan las doradas espigas de unas campiñas mecidas por la blanda brisa matutina.

Ya están los dos ejércitos á tiro de ballesta. Enarbólese en medio de los dos campos la cota de malla, nuncio guerrero del combate en aquellos tiempos, y óyese un confuso rumor que resuena en los atónitos valles y en las vecinas montañas, no ménos espantoso que el bramido del mar cuando desencadenados los vientos revuelven sus enfurecidas ondas.

La rabia y el furor compiten entónces con el heroísmo. Embístense espada en mano, redoblando sus golpes, y una densa nube de polvo cubre los combatientes, y el prolongado ay de los que esperan, el fiero relinchar de los caballos, las desesperadas voces de los jefes, mézclanse en confusión horrorosa con las amenazas de los heridos, el silbido de las flechas y el choque de los venablos.

Arrójase la ballesta como arma perezosa y trábese una lucha desesperada cuerpo á cuerpo. Corre abundante la sangre como los torrentes que bajan de las escarpadas sierras engrosados con las copiosas lluvias del crudo invierno, y la lucha cada vez más tenaz y sangrienta da á la llanura un aspecto asolador.

Por un instante parecen ceder al número los soldados de la cruz; pero

Constantino que lo advierte todo y todo lo anima con su presencia, reúne en torno suyo un puñado de valientes; cae con ellos sobre el enemigo orgulloso, como hambrientos leones sobre inocentes corderuelos, y cambia en un momento la suerte del combate.

Los que fatigados sus brazos por tan prolongada pelea comenzaban á ceder, reúnen en torno suyo con un espectáculo tan sublime de heroísmo; resuena otra vez en sus oídos el lema tan famoso del Lábaro tantas veces vencedor y vuelven al enemigo los rostros denodados. Los paganos no resisten á un ataque tan violento, véense arrollados por todas partes y huyen vergonzosamente á sus reales.

Licinio, que lleno de desesperacion y ardiendo en cólera ve la derrota general de los suyos, empuña con rabia su centellante acero, increpa con amenazas á sus soldados fugitivos y manda repetir el ataque. ¡Mas en vano te esforzarás, pérfido guerrero, por derrocar la religion cristiana.

La cobardía y el pavor se habian apoderado del corazon de los paganos y no fué posible detenerlos en su fuga precipitada.

Sin embargo, no se arredra con tan gran desastre aquel espíritu de hierro: expide órdenes para reunir consigo al punto un cuerpo de bárbaros acantonados en la Tracia: junta al mismo tiempo algunos grupos dispersos y se dirige con ellos á la fortaleza de su nombre. Pero Constantino, que penetra el designio de su competidor, persíguele sin tregua y á marchas forzadas; ciérrale las gargantas de los montes y los estrella por fin contra los muros de Cirópolis.

El paganismo vencido para no levantarse más, arrojó por mano de Licinio su espada ensangrentada á los piés del ilustre campeón de la Fe y así terminó la lucha gigantesca de tres siglos.

La sangre de dieciocho millones de mártires quedó vengada en aquel dia memorable.

LUIS GOENAGA.

Las selvas de América (1)

Entrad en esas frondosas y seculares selvas de la vírgen América; y al respirar ese ambiente embalsamado por el aroma de las flores, y al contemplar el profundo silencio que en ellas reina, interrumpido algunas veces, ya por el canto alegre del zorzal, como por el triste gemido de la amante tortolilla; ya por el bramido aterrador de las fieras, como por el susurro de las hojas, mecidas por el blando viento, y al admirar la infinita hermosura y poder de todo un Dios, dibujada á pequeños rasgos en

(1) Declamada el dia 30 de setiembre del año 1880.

sus criaturas; no podreis ménos de levantar vuestro corazon hácia el trono del Eterno para publicar su poder y magnificencia no ménos que su bondad para con el hombre.

Contemplemos sino esos altivos y arrogantes árboles de nuestras selvas, que despues de haber recorrido con sus raíces las entrañas de la tierra para afrontar con mayor osadía el ímpetu del furioso pampero; elevan su majestuosa copa hasta tocar las plateadas nubes. Véanse allá las erguidas palmeras mecidas por el blando viento, ostentar airosas sus dorados racimos; miéntras que el junco y la flexible caña, crecen al abrigo de sus verdes palmas, emitiendo en cambio dulces sonidos al mecerse bajo su amparo. Crecen en torno suyo los espinosos algarrobos y los altos guavilluces, que ofrecen al pobre indio exquisitos frutos, como asimismo el flexible ubajay, el mistol y el chañar. Distínguese el espacioso ceibo por sus encarnados racimos, el algarrobo, en cuyo carcomido tronco se oye el sordo murmullo de las abejas que forman su admirable república y fabrican sus dulcísimos panales.

El guayabo, el ñapindá y el tala, notables por sus buenas maderas; especialmente el ñandubay, abundante en nuestros bosques, y cuya dureza compite con la del hierro. Multitud de zarzas, espinos y enredaderas entretejen todos estos árboles, impidiendo la entrada con sus colgantes de ramas y flores, cuyos variados colores y exquisitos perfumes envidiar las rosas, lirios, madreselvas y claveles de nuestros cultivados jardines; y cuya hermosura se retrata en los cristales de mil y mil arroyuelos que á sus piés andan saltando alegres y bulliciosos. Mas sobre todo este mar de árboles, hojas y flores aparece dominando el rey de nuestros bosques, el majestuoso ombú, árbol gigante, cuyo grueso tronco ofrece al errante indio seguro asilo contra el viento y las lluvias; árbol frondoso, cuya apacible sombra enjuga el sudor del cansado viajero; árbol inmenso, entre cuyas ramas enredan sus nidos infinidad de pintados pajaritos, que saltando alegres por entre las ramas recrean nuestros oídos con sus dulcísimos y no aprendidos cantares.

Hé aquí un pálido bosquejo de lo que son nuestras selvas cuya extension se confunde con el horizonte mismo, y cuya espesura impenetrable sirve de segura guarida á las fieras. En ellas finalmente es donde el gaucho argentino se cubre de gloria, como en un campo de batalla, cuando ornada su diestra de agudo puñal y el poncho en la otra, corre anhelante entre los bosques en busca de las fieras; encuéntralas, encárase frente á frente con ellas, espera su furioso asalto con singular serenidad y osadía, y miéntras que con la izquierda tapa sus anchas fauces, le rasga el pecho con la otra, atraviésale el corazon y contéplala por fin, espirando á sus plantas.

SAMUEL PARERA.

La primavera (1)

Déjase ver á la llegada de la primavera, la parlera golondrina que alegre y bulliciosa, ya hiende el aire con sus veloces alas hasta tocar las nubes, ya deslizándose sobre la superficie de la tierra, parece por momentos estrellarse contra el suelo: su vuelta á nuestros climas nos revela la bella estacion de las flores. El horizonte, rasgado el velo de negras nubes que le cubrian durante el invierno, nos muestra con todo su esplendor y fuerza, durante la noche, el azulado firmamento, esmaltado con otros tantos diamantes y piedras preciosas cuantos son los astros refulgentes que le adornan. El benéfico sol acaricia suavemente con sus templados rayos las tierras y las vuelve á la vida con su vital calor. Los crudos vientos del invierno se retiran reemplazados por el blando céfiro. El suelo, libre de la presion del frio, se abre dando paso á una multitud de gérmenes desarrollados que abrigaba en su seno durante los hielos, y se engalana con ellos como con un manto de verde esmeralda, bordado de bellas y vistosas flores. Las plantas, rompiendo sus hinchadas yemas se visten de hojas y graciosas flores, cuyos botones al rasgarse deleitan nuestra vista con sus variados colores; cuyos pétalos al entreabrirse embalsaman el ambiente con tesoros de gratos perfumes; y cuyos cálices al marchitarse, nos muestran en esperanza los sazonados y opimos frutos. Los bosques cúbrese tambien de verde cabellera, que entre su espeso follaje oculta multitud de alegres y pintados pajarillos, cuyos trinos largamente olvidados en el invierno se elevan en los aires y animan las soledades de las selvas. Los arroyuelos corren con dulce murmullo deslizándose sobre sus blandos cauces tapizados de musgo, retratándose en el puro cristal de sus aguas las rosas y lirios que se miran en sus ondas. El labrador descansado de su penoso trabajo lanza al aire sus alegres é inocentes cantares, feliz preuncio del fruto de sus trabajos y sudores y de la dicha de su corazon. El tardo y pesado buey arrastra con paso lento el reluciente arado que deja en pos de sí anchos surcos donde la laboriosa aldeana arroja la dorada semilla; resuena en los collados el tierno balido del corderuelo acompañado por el agreste caramillo del rústico pastor. El osado marinero arroja al mar su barquichuelo y provisto de redes lánzase al piélago desafiando los furoros de sus encrespadas olas para encontrar en sus profundidades el sustento de sus familias. Miradle desde la orilla como se aleja con su frágil barquichuelo acompañándole con sus ruegos su amante esposa. Mirad, como desplegando sus blancas velas, cual cándida paloma, se desliza entre las rizadas olas empujada por el viento que hincha sus velas. Miradle perderse en alta mar, como se pierden en lontananza los últimos destellos del astro crepuscular.

(1) Leida el dia 30 de setiembre del año 1880.

En fin, Sres. AA., cuando en la primavera contemplais las auras acariciando suavemente las hojas de las selvas; besando blandamente las flores; buscando el frescor de las grutas y las fuentes, ¿sabeis qué hacen? van á recoger los homenajes que aquellas criaturas rinden á su autor, y luego llevando consigo el aroma de las flores, las melodías de las aves, el susurro de las hojas, la frescura de las fuentes, se elevan hasta el trono del Señor para depositar ante sus plantas el tributo de cuanto hay de bello y grandioso en la naturaleza, juntamente con la voz de las criaturas que publican la gloria de su Creador.

« Cœli enarrant gloriam Dei. »

JUAN EMILIO DE ALVEAR.

Carácter de los generales Paz y La Madrid (1)

Fecundo el año diez en esclarecidos personajes y en hechos dignos de la epopeya y el poema, hace aparecer sobre los bellos y radiantes horizontes de la que en el trascurso de poco más de un lustro sería república libre, hace aparecer, digo, como en un teatro de gloria, dos generosos héroes, distinguidos actores en la memoranda y homérica lucha que nos diera la independencia.

Las patrióticas y marciales virtudes que ardan cual fuego inextinguible en sus guerreros pechos, me propongo á grandes rasgos declarar, á la par que los notorios y relevantes caracteres que distinguieron á esos entusiastas y beneméritos argentinos.

¡Paz, la Madrid! He ahí dos nombres cuya memoria resonará al traves de las edades, cual un dulce y consolador recuerdo, inspirando admiracion y gratitud á las generaciones futuras que habiten el libre y hermoso suelo que con su heroísmo nos legaron, despues de mil sangrientos sacrificios en cien gloriosos combates. Ambos son esforzados atletas, honrados ciudadanos, hábiles generales y bravos en el campo del honor. Jamas tuvo cabida en sus nobles corazones el vil interes y abominable egoísmo: la libertad y engrandecimiento de la patria do nacieron, hé aquí los poderosos móviles que, cual mágico atractivo, les impulsaran con ardor á arrostrar las penosas vicisitudes anexas á su laudable anhelo.

Paz, el modesto general, que sin jactarse como el César de la pujante Francia de haber recorrido de Menfis á Viena, de Cádiz á Moscou, y sin anhelar el mando de numerosas huestes, guia un puñado de soldados para triunfar en desiguales combates. Como sufrido y paciente, jamas

(1) Leida el día 4 de junio del año 1874.

se inmuta ante inminentes peligros, azarosos y aterradores trances en que le pusieran sus astutos rivales procurando sorprenderle. Como valiente y sereno, no teme acometer empresas al parecer temerarias, si la experiencia de su acreditado valor no fuera bastante para calificarlas de heroicas y magnánimas. Generoso como el que más, no abriga en su pecho sentimientos de envidia ó de rencor, perdonando gustoso á sus más enconados y mortales enemigos; animándoles con afable y benigno semblante y cón amistosas palabras, cuando veia vencidos á aquellos mismos que fueron ántes vencedores, y que ahora tiemblan en su presencia al funesto recuerdo de la innoble conducta que con él habian observado.

El general Paz, como dice un moderno publicista, es un militar á la europea, que no cree en el valor si no se subordina á la táctica, á la estrategia, á la disciplina; apénas sabe andar á caballo, y como es manco no puede manejar una lanza; la ostentacion de fuerzas le incomoda. Dejadle formar un ejército y esperad que os diga: ya está en estado, y podeis entónces confiarle la suerte de la República. Es el espíritu guerrero de la Europa, hasta en el arma en que ha peleado; es artillero y por lo tanto matemático, científico, calculador. Una batalla es un problema que resolverá por ecuaciones hasta daros la incógnita que es la victoria. No es un genio pero es un hábil general, y honrado é imparcial historiador de los hechos de nuestra independenciam, no ménos que fiel conservador de las tradiciones europeas y civiles. Es un héroe que espera de la ciencia lo que otros de la fuerza.

Madrid sólo tiene de comun con Paz el valor jamas desmentido, la nobleza de carácter, la generosidad de la honradez, excediéndole en la intrepidez hasta el arrojo, en lo fogoso, activo y atrevido en el acometer las más descabelladas empresas. Pero existe entre los bravos que nos ocupan notables diferencias que no permiten confundirles.

Madrid, diestro oficial de caballeria, es excelente ginete, en quien, segun un escritor contemporáneo, se abre paso el instinto gaucho, dejándose entrever sobre sus merecidas charreteras. Es poeta de exaltada imaginacion, el humo de la pólvora y el relincho de los caballos en los campos de Marte le enagenan, le arrebatan, le inmutan, pero jamas le intimidan. Cuando ataca, con tal que acuchille, destroce y mate, no le importa del éxito de la batalla, no le importa que se pierda. «Se ha hallado en *ciento cuarenta* encuentros de los cuales su espada ha salido siempre mellada y destilando sangre.» Su arrojo raya en fabuloso, como comprueban los diversos lances en que se hallara en el camino de gloria que con su robusto brazo se trazara practicando á la faz de ambos ejércitos combatientes, acciones que no desmienten del heroísmo de un Régulo y un Dentato, y de otros héroes que la historia nos presenta.

La memorable accion del Tala acreditará mi aserto. Efectivamente; habiendo podido La Madrid reunir fuerzas suficientes no lo hace, contentándose con un puñado de soldados para presentar la batalla, excediendo

en mucho la fuerza enemiga en el número de combatientes. Se traba el combate y es al instante arrollada la caballería enemiga, huyendo su jefe, perdida toda esperanza; mas aún queda la infantería en columna cerrada. Madrid manda cargarla, no es obedecido, ataca él solo, voltéanle el caballo, se endereza, vuelve á cargar, mata, hiere, acuchilla todo lo que está á su alcance, hasta que cae juntamente con su altanero corcel; es traspasado de balas y bayonetazos, y la victoria se decide por la parte contraria. Hallándose ya en el suelo, le hunden en la espalda la bayoneta de un fusil, le disparan el tiro, y bala y bayoneta le traspasan. Su ropa se halla allí, su espada, su caballo, nada falta sólo el supuesto cadáver. En vano se esfuerzan en buscarlo. Madrid, acribillado de *once* heridas, se habia arrastrado hasta unos vecinos matorrales donde su asistente le encontró delirando con la batalla y respondiendo al ruido de pasos de los caballos que se acercaban: «*no me rindo*».

¡Jamás se habia rendido el general Madrid!

Pero algo más que un paralelo se necesita para encomiar las militares proezas de esos atletas guerreros que con tanto loor y prez hicieron ondear triunfante el bicolor pabellon, y que jamás permitieron fuese impunemente ultrajado, ni mucho ménos cubierto con el fúnebre crespon.

SANTIAGO SILVA.

Paralelo entre Demóstenes y Ciceron (1)

Demóstenes y Ciceron: hé aquí dos grandes hombres que, figurando como dos colosos en la historia de la elocuencia, han hecho su nombre imperecedero. Demóstenes y Ciceron, los grandes oradores de la antigüedad; Demóstenes, el digno discípulo del gran Platon; Ciceron, el padre de la patria, el conservador del orden público, el cónsul de la orgullosa Roma, se disputan la palma de la elocuencia. Hacer su elogio sería obra inútil, pues desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, se le distinguió siempre, con el brillante título de príncipe de la elocuencia. Esto no quita que entre uno y otro haya notables diferencias, que existen siempre entre los genios.

Demóstenes, tímido en presencia de sus enemigos, es valiente, excitando al pueblo á la defensa de su patria. No emplea frases retumbantes; le distingue su sencillez, acompañado de un fuego que arrebatara los corazones de una nacion á quien pretende levantar de la postracion á que la ha reducido la amenaza de un rey poderoso. Olvidándose de sí mismo,

(1) Leído el día 10 de mayo del año 1874.

emplea el fuego de su atronadora palabra para el bien de su patria; es desinteresado: magnánimo. Tiene presente la felicidad de sus conciudadanos, olvidado de la suya. Al oír sus inmortales filípicas, el pueblo, en virtud de la sublime elocuencia que encierran, no piensa sino en el ambicioso proyecto de un rey que está bajo los muros de sus alcázares, pronto á destruir sus almenas. Como hombre de genio, no busca lo bello para adorno de sus discursos: toma sólo algunas de las muchas figuras que espontáneamente se presentan á su paso, y halaga al auditorio sin distraerle de su asunto principal. Sus pensamientos, partos de una imaginación volcánica y vehemente, son revestidos con el ropaje de una elocuencia sin igual. Su generosidad y nobleza le impelen á defender á su amigo Etesifon en su brillante discurso de «La Corona», de las acusaciones de sus enemigos; sin cuidarse de las diatribas y vituperios con que le recrimina su rival Eschino.

Mas el atleta de la tribuna rostrata, el orador que con su pujante voz hacia estremecer el senado romano, no es el sencillo ateniense. Según las circunstancias, es vehemente ó tierno: emplea gigantescas frases: avasalla á sus adversarios, y les humilla echándoles en cara sus infamias. Cuando arguye al sangriento Catilina, le confunde con sus argumentos que caen sobre el alma depravada del conspirador como un plomo ardiente. Usando del poder de su oratoria vehemente, hace ver á aquel corrompido conspirador que todos los males que maquina contra la ínclita Roma, deben pesar sobre sí, y sus sicarios. *Ad mortem te, Catilina, duci jussu consulis jampridem oportebat: in te corferri pestem istam, quam tu in nos omnes jam diu machinaris. . . .*, dice, y el conspirador tiembla. Como orador perspicaz, echa mano de todos los medios con que pueda dar á conocer al culpable la enormidad de sus crímenes y la benignidad del augusto senado. Es patético en la defensa de su amigo Ligario, pintando tierna y elegantísimamente el dolor que causará á sus hermanos y amigos el destierro del acusado, halagando al mismo tiempo al César para conseguir más fácilmente su noble petición. Pero no se olvida de sí mismo, ni sufre que le olvide su auditorio. Por esto salpicó alguna vez de sus propias alabanzas sus discursos, que no obstante sus bellezas, llegaron por esta razón á desagradar aún á sus ardientes admiradores. Con todo, no faltará quien halle demasiado severo este juicio, y si he de expresar mis sentimientos, de buena gana terminaré este paralelo, con el acertadísimo juicio del gran literato y profundo crítico, el abate Andres: «Roma no tenía para poner á tan noble y numerosa multitud más que á Ciceron; pero éste sólo valia por una legion de griegos, porque supo juntar la sutileza de Lísias, la suavidad de Isócrates, la agudeza de Hipérides, la plenitud de Eschino, la fuerza de Demóstenes y la abundancia de Platon.»

Apología de los cristianos (1)

(Imitación de los antiguos apologistas)

¿Qué género de justicia es esta, emperadores augustos, que mientras los mayores criminales, los que minan por su base la estabilidad del imperio, los asesinos, los adúlteros, los mismos parricidas, jamás son castigados sin conocimiento de causa; sólo á los cristianos, que empiezan ya á ser el sosten del imperio, su fuerza vital y la única esperanza en que estriba el porvenir, se les arrastra á los anfiteatros y á las hogueras, se les destroza cruelmente en los potros, se les persigue sin tregua, sin oír siquiera su voz, sin escuchar sus lamentos, sin atender á sus quejas y cerrando el corazón á todo sentimiento de misericordia y compasión?

¿Por ventura la humanidad, el decoro y demás virtudes que adornaban el alma de los antiguos senadores, han desamparado ya para siempre los asientos que ellos ocuparon con tanta gloria del pueblo romano?

¿Qué vértigo tan desastroso preside á los estatutos y determinaciones de los emperadores augustos que sólo se olvidan de la mansedumbre y de la piedad, cuando se trata de los cristianos, arrancando del seno mismo de madres cariñosas los inocentes frutos de sus castos amores, arrebatando despiadadamente de los brazos de una esposa cónsulida al compañero inseparable de su existencia, segando en la flor de su edad á tímidas doncellas, jóvenes robustos que habían de ser más tarde el único apoyo de sus ancianos padres?

¿Y por qué tan bárbara crueldad, qué motivo os impele á un extremo condenado por el grito de la conciencia, el sentimiento del corazón y el dictámen de la razón? Sólo la injusta delación de un miserable apóstata, sólo el rugido furioso de una multitud ebria de espectáculos sangrientos, sólo una vil venganza, un interés mezquino, una grosera calumnia.

¿Y es esto, emperadores augustos, acatar las leyes de verdad y de justicia que nuestro código prescribe? ¿De esta manera se cumplen los designios de los antiguos romanos y se conserva el buen nombre que nuestros antepasados conquistaron? Nos atribuis los más brutales excesos; ¿pero, con qué fundamento? ¿Por ventura nuestras doctrinas y costumbres motivarán tal opinión?

Estudad un instante siquiera nuestros libros sagrados; observad un momento tan sólo nuestros hábitos y proceder, penetrad en las catacumbas, en nuestras reuniones y en nuestros templos; y decidnos después si somos nosotros los asesinos, los parricidas y los adúlteros: si somos nosotros los degolladores de víctimas inocentes, si bebemos la sangre y comemos las carnes palpitantes de niños sacrificados, si armamos al

(1) Declamada el día 9 de diciembre del año 1879.

hermano contra el hermano, al hijo contra el padre, si seducimos las vírgenes, profanamos los templos, si cometemos, en fin, esos excesos horribles que propalan los enemigos de toda verdad.

¿Nos llamais sediciosos, enemigos del imperio?

Citadnos entónces el nombre de un solo cristiano conspirando contra su príncipe. Mostradnos servidores más fieles y desinteresados que Sebastian el galo, Pacomio el egipcio, Victor y Eustaquio romanos, que llevan en sus pechos gloriosas cicatrices abiertas no en las arenas del circo ni en los tumultos del pretorio, sino por el hacha del franco, la flecha del parto y la espada del germano. Enseñadnos entre los adoradores de vuestras falsas deidades una legion fulminante que salve ella sola al ejército imperial de las huestes germánicas, y de las garras del fiero Sicambro y creeremos entónces en la justicia de vuestros horrores y persecuciones sangrientas. Vuestra religion, nos decís, nacida de la ínfima clase del pueblo, va necesariamente unida á las supersticiones y errores que trae la ignorancia del vulgo.

¡Inculpar á una religion el que comunique su benéfico influjo á la desgracia y al dolor!

¡Echar en cara á una institucion el que tienda una mano salvadora al infeliz y al mendigo! ¿Sólo los nobles tendrán obligaciones con respecto á la divinidad? Favorecidos por los dones de la naturaleza y de la fortuna ¿tienen por eso los grandes un espíritu más noble, un origen más elevado y un fin más sublime? ¿Es supersticion haber regenerado la condicion de la humanidad, dando á cada uno de sus miembros las prerogativas que le pertenecen? ¿Se avergonzará el cristianismo de que comprendiendo el hombre su alto destino tienda á conseguirlo en la esfera de su propia actividad, respetando el poderoso los derechos que la misma naturaleza concede al débil, obedeciendo éste á su dueño con decision y celo, pero sin degradacion ni baja?

¡Ah! sólo por una cruel aberracion ó una malicia consumada, se puede explicar ese odio sanguinario contra el cristianismo. ¡Príncipes! no pedimos indulgencia, ni siquiera invocamos las leyes de la humanidad, áun exigimos rigor; si de nosotros hay una justa sospecha, fórmesenos causa sin demora, si á la luz de la recta razon y despues de un exámen imparcial nos encontrais culpables de algun delito, descargad sobre nuestra cabeza todo el peso de vuestra indignacion; pero si inocentes nos hallais, ¿por qué tan bárbara crueldad?

Así levantaban su valiente voz algunos corazones esforzados desde el fondo de las cárceles y la oscuridad de los calabozos, en presencia de las hogueras y catastas y arrastrando odiosas cadenas, talvez gimiendo en el estertor de la agonía, y en un siglo de adulacion y de bajezas, en que todo se sacrificaba á la omnipotencia de los césares, se consolaba la humanidad viendo aquellos pechos voroniles; y entre tantos fementidos á la manera que en una noche oscura y tenebrosa, se alegra el

azorado navegante al divisar en lontananza el luminoso faro que librándole de las rocas y bajíos lo conducirá al puerto de salvacion.

TOMAS R. CULLEN.

Sobre el influjo de la Iglesia en la Edad Media

Señor Redactor de «La Verdad.»

Suplico á Vd. se digne dar cabida en las columnas de su tan justamente acreditado diario, á las siguientes líneas, que aunque carecen de aquella elegancia y gracia de estilo que generalmente caracterizan sus producciones, á lo ménos por la verdad que encierran y el craso error que combaten, espero serán ménos indignas de aparecer en él.

Con gran sorpresa mia he visto en un comunicado inserto en la *Perla*, aserciones, no sólo avanzadas y gratuitas, sino tambien anti-religiosas, calumniosas y que revelan en el autor un alto desprecio por la culta sociedad, en la cual no cree encontrar personas capaces de describir su error, ó las cree tan débiles que no se atrevan á refutarlo.

Á fuer, pues, no sólo de católico, sino de hombre que no es enteramente extraño á la historia, en que pretende apoyarse nuestro flamante articulista, y para rechazar la injuria que tácitamente se hace á mi país de ignorante, me he creído en el deber de protestar con la energía que una serie de hechos tan evidentes como públicos y sabidos de todos inspiran contra dichas aserciones, cuyo autor ó está en la más crasa ignorancia acerca de los hechos históricos de la Edad Media, y en especial de la época de las Cruzadas, ó procede de muy mala fe al tergiversar públicamente los hechos más conocidos de dicha época, tales como los que refutan el grande triunfo moral é intelectual que la Iglesia consiguió contra la barbarie.

En la imposibilidad material de refutar palabra por palabra dicho comunicado, me he propuesto solamente atacar una expresion en la cual su autor se muestra ó ménos instruido ó más embaucador.

Hablando de la instruccion pública y defendiendo los medios que parecen favorecerle, dice que «la Iglesia nada ha hecho para salvar á la sociedad de la barbarie en los Tiempos Medios»; lo que es completamente falso. Voy á aducir alguna de las innumerables pruebas que para negar tal aserto me asisten. Miéntas que la sociedad romana, cuando más alarde hacia de una civilizacion y cultura á que jamas llegó pueblo alguno, caia despedazada bajo los rudos y reiterados golpes del despotismo y la corrupcion que la devastaba, la iglesia se mantenía llena de fuerza, y de vigor y de vida, á despecho de las persecuciones que le hacían los emperadores y de los falsos dogmas propagados por los

herejes: como que estaba destinada por su divino fundador, para evitar el caos que necesariamente habia de traer consigo la destruccion del imperio romano. Así vemos que desde el siglo IV se convierte en santuario de la virtud y de la ciencia: en ella se hallan concentradas la vida intelectual y moral.

Durante la primera época de los tiempos medios, vemos hombres eminentes en talentos y en virtud, tales como los Basilos, los Gregorios y otros innumerables á quienes la iglesia llama con razon Santos Padres y Doctores y que los mismos pueblos paganos y gentiles acataron; pues no solamente en la mística y moral, aunque es lo que más contribuye á la cultura y civilizacion de los pueblos, pero aún en las ciencias profanas y en las bellas artes vemos á la iglesia desempeñar el primer papel.

Escasos me serian los límites de este artículo si pretendiera henchirlo tan sólo de los nombres de los más eminentes autores, que en todos tiempos y en todas partes del mundo han contribuido más poderosamente á disipar las tinieblas del error, preparando los caminos del verdadero progreso que en lugar de facilitar han venido á llenar de obstáculos los falsos pensadores del siglo XIX. Aunque no hubiese hecho la Iglesia otra cosa más que conservar el inmenso tesoro de los antiguos manuscritos, habria prestado á la civilizacion un eminente servicio; pero no se limitó á eso la Iglesia: las innumerables copias con que se honran innumerables bibliotecas que ella la primera ha fundado, multiplicado y enriquecido ¿no son obra suya? ¿No era la ocupacion ordinaria de los monjes de la Edad Media consagrar á la copia de obras antiguas el tiempo que les quedaba de sus religiosas ocupaciones?

¿Y no fué suya la obra de la multiplicacion de los medios de instruccion tan escasos en aquellos tiempos? Todo monasterio era una escuela en la cual se enseñaban á los monjes y seglares las siete artes liberales; habia allí grandes bibliotecas en las cuales se reunian las obras más notables así sagradas como profanas.

En la segunda época, vemos á Carlomagno, á Luis el Pio y á Cárlos el Calvo rodear su trono de sabios para estimular su talento, realzar el brillo de su diadema y ofrecer á los pueblos los medios más eficaces para instruirse y suavizar sus costumbres; como en efecto se consiguió, mal que le pese á nuestro articulista, que reserva á la práctica de sus consejos un tan brillante resultado.

Entónces no sólo se cultivaban las ciencias sagradas, sino tambien las profanas, en cuanto eran compatibles con los sagrados dogmas y costumbres del cristianismo; fundado, no sólo en aquellos tiempos sino tambien en los nuestros, de las más sabias universidades.

Ya que tratamos de instruccion, si es verdad, como lo es, que la instruccion debe desarrollar no sólo la inteligencia sino tambien el corazon ¿quién más, mejor ni como la Iglesia lo hizo?

¿Quién verdaderamente instruye al pueblo, si no los pastores designa-

dos por la Iglesia, cuyo espíritu de dulzura y mansedumbre no ha podido ménos que confesar nuestro articulista?

¿Quién puso término á los sacrificios humanos, y sobre todo en nuestra América, sino la Iglesia?

¿Quién introdujo la altamente civilizadora costumbre de perdonar y aún de amar á nuestros enemigos sino la Iglesia?

¿Quién extinguió, sino ella, la bárbara costumbre de los duelos, que apesar y no obstante sus estrictas prohibiciones, tan comunes se han hecho en este siglo, que con tanto derecho se cree para llamar bárbaros á los demas?

Verdades son estas, que cada una mereciera ser tratada por separado; pero la falta de tiempo y el género de mi escrito me han obligado á sólo enumerarlas.

Si, señor articulista, la mansedumbre de la Iglesia fué la que venció la barbarie de la Edad Media y la única que venceria la de nuestros dias, si no estuviese desgraciadamente combinada con la impiedad y mala fe de que carecian los tiempos medios. ¿Qué digo venciera? ¿Quién sino la Iglesia y su episcopado están conservando los elementos de civilizacion que nos quedan y sosteniendo la sociedad, que tiempo há habria sido destruida bajo los golpes repetidos y furiosos que le asestan la logia y la impiedad, la independencia y sobre todo la hipocresía de los que llamándose sus hijos, son sus más taimados y crueles enemigos?

La Iglesia, sí, hizo lo que no ha podido hacer ni hará jamas la mentida ilustracion del orgulloso filosofismo. Ella convirtió en rebaños de mansos corderos manadas de hipócritas lobos, como lo vemos en toda la Edad Media y en especial en la época de las Cruzadas.

¿No fué san Leon, jefe visible de la Iglesia, quien, cuando perdidas las esperanzas por Valentiniano III, se presentò como embajador á Atila, terror del mundo, que venía por do quier sembrando la desolacion, despues de reducir á cenizas á Concordia, á Aquilea, Padua, Pavia y Milan y otras innumerables ciudades? ¿No fué él quien, conmoviendo por su virtud, elocuencia y gravedad al feroz bárbaro, azote de Dios, como él se llamaba, le detuvo y le hizo renunciar á sus siniestros proyectos?

¿No fué el mismo pontífice san Leon quien hizo perdonar la vida á los romanos cuando el vándalo Gensérico, llamado por Eudoxia se dirigia contra la Ciudad Eterna?

¿Cuándo se vió más abnegacion que cuando los cristianos de Occidente se levantaban en masa para ayudar á sus hermanos de Oriente y este desprendimiento ¿por quién era producido sino por la mansedumbre de la Iglesia? Pedro de Amiens, S. Bernardo, Guillermo de Tiro, Celestino III, Foulques, Inocencio III y Honorio III tambien fueron otros tantos hombres elocuentes que con sus brillantes discursos hacian olvidarse á los cristianos de si mismos para ayudar á sus hermanos. Esta es la verdadera abnegacion, sin la cual no puede haber civilizacion.

Por el contrario, la moderna ilustracion, es decir, esa ilustracion que

sin la menor razon llama oscurantismo á las doctrinas de la Iglesia y que las apellida insuperable barrera para el progreso actual de los pueblos, es la que proclama el egoísmo, bajo la máscara de fraternidad y de igualdad. Á ella se deben los sangrientos excesos del 93 y las bárbaras devastaciones de la imbecil, inhumana y retrógrada comuna que tiene en perpetuo sobresalto á la sociedad actual, amenazando conducirla á un estado incomparablemente más bárbaro y degradante que aquel en que supone nuestro articulista yació la humanidad en la Edad Media; y del cual él se cree muy capaz de librar á nuestro pueblo, á seguirse su consejo.

Basta por ahora, señor articulista.

Me reservo para ocasion más oportuna una refutacion más completa de los muchos errores de su artículo, si no es que la lealtad que en usted debo suponer, y una más concienzuda reflexion sobre asunto tan serio, consiga modificar sus opiniones y lance su espíritu por via más segura en el ejercicio de su inteligencia y en las producciones de su pluma. Por lo demas, mi completa discrepancia en el modo de pensar con respecto á usted no disminuye en un punto el aprecio que hácia su persona abrigo, aprecio que gustoso manifestaré en cuantas ocasiones me presentare la Providencia.

UN JÓVEN ARGENTINO.

Sobre el periodismo (1)

No hay duda, señores, que estamos en una época de lucha encarnizada y al parecer decisiva: se está librando un formidable combate entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, entre el catolicismo y las sectas ayudadas por el filosofismo impío y ateo.

Seguramente, la impiedad ha coaligado todo su poder y hace un es fuerzo supremo; todas sus baterías se dirigen á descargarse ya contra el muro invencible de la iglesia y de la religion.

Voltaire vive aún en sus secuaces, y sus proclamas de guerra á muerte contra el Crucificado aún resuenan en muchas y casi todas las principales partes del mundo civilizado.

¿Quién se precia en estos dias de católico y dejará de tomar parte activa en la lucha? tal conducta no sólo sería cobarde, sino criminal.

Fué siempre el principio y dogma principal de la guerra observar la táctica del enemigo y neutralizar sus ataques, siempre oponiendo la fuerza, á la fuerza, la astucia á la astucia. Examinandó, pues, la táctica de la im-

(1) Leído el dia 26 de julio del año 1873.

piedad vemos que el diarismo es una de las más formidables armas con que combate; es una de las más robustas palancas de que se vale para mover las masas é inclinarlas á su lado y hacerlas instrumento y fin de sus proyectos; en alas del periodismo, cunden por todas partes, sus calumnias y mentiras, sus sátiras y sofismas; sea, pues, tambien el diario el arma que maneje el católico para defender valerosamente sus divinos y sacrosantos principios, y arrancar del labio del impío la sonrisa del triunfo que parece bordarle injustamente. Triste y nebuloso se presenta el horizonte del porvenir; el mundo á veces parece que cede al desafortado empuje de la impiedad, y en su desmoralizacion parece inclinarse á aquellos tiempos en que todo un Dios humanado se dignó venir al mundo para sacarlo del vicio y del error en que estaba sumergido; sólo volviendo á esos divinos principios que hoy quiere abandonar, la sociedad se salvará.

¿Quién podrá rehusar la gloria de cooperar á tan noble restauracion?

Nadie, seguramente, que ame á la humanidad; neutralizar, pues, los ataques de la impiedad y hacer triunfar la causa de Dios y de la religion, sería empresa digna de un periódico, que teniendo por fin principal, ya que no esclusivo, defender los derechos de la religion y de la moral tan impunemente conculcados por las sectas del dia, indicase el rumbo que debia seguir la sociedad para no perecer del todo en un mar de opiniones y sentencias extraviadas.

Patria y religion: hé ahí el noble lema que debiera ostentar en su bandera y en su epígrafe.

Pero no todos pueden escribir, no todos sostener dignamente nuestra santa causa con la pluma; ni pueden expresar sus bellos sentimientos en las columnas de un diario; pero todos pueden favorecerlo ó con su contingente pecuniario, ó bien fomentando con todos los medios que estén á su alcance su propagacion y prestigio.

Voy á ocuparme ante todo de los que inmediatamente podrian dirigir el periódico. En cuanto al redactor principal, es preciso que tenga firmes convicciones, ilustracion y valor; preciso es que tenga profundamente grabados en su corazon los divinos principios de la religion, y de estas convicciones haga una franca y abierta confesion; si su actitud ha de ser indecisa y cobarde, si no sabe desplegar su bandera cual valiente soldado en los momentos de peligro, deje mil veces su tarea, haga pedazos su pluma: ¡triste dejadez por cierto y triste cobardía la del que no se alienta con el bello porvenir de la gloria temporal y eterna que le promete el seguro triunfo de la más santa de las causas!

Su tarea y su mision constante ha de ser probar con breves y sencillos, pero enérgicos y convincentes artículos de fondo los dogmas católicos, mas comun y pérfidamente atacados por la impiedad; razones sólidas al entendimiento, sentimientos patéticos al corazon, demostraciones apodécticas de los problemas más importantes de la moral; hé aquí lo que doblará el entendimiento más pertinaz.

Explíquense de una manera sencilla, pero elegante, las sublimes máximas del Evangelio, y el corazón y la voluntad más obstinada no podrán menos de dejarse arrastrar por el torrente de dulzura y caridad que de ellas brotan. Si en vez de los ataques continuos al cristianismo, á su culto y á sus ministros, oyen los pueblos la verdad y la defensa de las buenas ideas católicas, el mundo será feliz; porque, como decia Tertuliano, el alma es naturalmente cristiana.

Una de las secciones principales del periódico católico, deberá ser una amena y variada revista de la prensa anti-religiosa; el hacer palpables las mentiras y calumnias y rastreros medios de que mil veces se vale para embaucar á los pueblos y arrancar de sus corazones la fe de sus padres y todo sentimiento moral y religioso.

Esto lo vemos todos los dias: unas veces con frases huecas y altisonantes, otras con sátiras y sarcasmos hasta indecentes, otras con una especie de hipócrita misticismo y celo por la religion, logran aturdir al lector sencillo que, no entendiendo muchas veces ni el fondo ni la forma, juzgan del todo por las retumbantes sílabas de la frase: y creen que leen la doctrina de un teólogo consumado, al leer una insulsa diatriba contra la religion; y aunque los escritores de este jaez no sepan quizá el catecismo, pero el echarla de teólogo y dilucidar las más árdias cuestiones teológicas, es para ellos asunto de poco más ó menos; pero tambien así sale ello. . . . La correspondencia noticiosa con el extranjero y la república es necesaria á todo periódico que desee obtener una general aceptacion; para ello es preciso elegir corresponsales, cuyas ideas y proceder no desdigan á lo más mínimo el carácter del periódico. Sobre esa correspondencia, que debe ser amena é interesante, conviene hacer los comentarios y observaciones escapadas á la perspicacia del corresponsal, exigidas por las circunstancias locales en que muchas veces aquél no puede colocarse.

Con una verídica correspondencia de esta naturaleza, ya habria más miramiento de parte de muchos periódicos en forjar ese sinnúmero de falsedades que mil veces propalan á todos los vientos. ¡Proceder indigno! se vale de ese rastrero medio la prensa, órgano de la demagogia impía para examinar la actitud que toma el mundo; si ven que ante un triunfo de sus maquiavélicos planes, el mundo indignado protesta y se levanta contra ese hecho criminal, esconden la mano con que arrojaron la piedra; si ven con placer que permanece impasible, ó que sus semillas han fructificado y las secundan, esa es la hora en que ellos conocen se debe dar el golpe; testigo de esto la irrefutable experiencia de todos los dias.

Una de las secciones que no deberá ocupar el último lugar en el periódico, tambien debe ser la de avisos (que dicho sea de paso), deberian abarcar todos los ramos con tal que no fuesen inmorales: quizá parezca ridícula mi expresion, aviso inmoral; pero es muy cierto que en nuestros periódicos se ven con harta frecuencia. ¿Qué son sino esas

citas de las logias, llenas de geroglíficos? ¿No es un abuso permitir que el pueblo católico que sostiene al periódico, lo sostenga para alimentar víboras en su seno, que continuamente y en el silencio y misterio de sus conciliábulos, fragüen astutos planes contra la patria, contra la Iglesia, contra lo que el pueblo más ama, que es la religion de sus padres? ¿No son avisos inmorales esas invitaciones para concurrir á la audiencia que dan, insultando verdaderamente á un pueblo civilizado, esas brujas ó adivinas ó espiritistas, ó magnetizadoras ó como quiera llamárseles? De una parte se rebajan los divinos misterios y sublime culto católico, y por otra se incita á acudir á consultar lo sobrenatural por medio de ridículos aparatos y pueriles mojigangas, indignas de un pueblo culto, y teniendo por instrumento alguna mujer farsante, que viene quizá á enriquecerse á costa de la ignorancia de nuestros pueblos; y los diarios, sus maestros, generalmente en vez de ilustrarlos y desilusionarlos, les indican en sus avisos la direccion de esas casas de verdadera desmoralizacion.

No carecia, pues, de fundamento la expresion: avisos inmorales; pero en cuanto á los otros avisos y al del estado de la bolsa de comercio, etc., y en general de todo lo que pueda interesar al lector, serán de imprescindible necesidad, porque más de una es la persona que sólo toma el diario en la mano para enterarse del estado del mercado, de las importaciones y exportaciones, entradas y salidas de buques, etc., á los cuales es preciso satisfacer mejor ó cuando ménos igualmente que los otros periódicos.

¡Qué hermosa y consoladora perspectiva presenta un número de jóvenes decididos, cultos y esforzados, dispuestos á arrostrar todos los peligros, los insultos y las sardónicas sonrisas de la impiedad y enarbolar los gloriosos girones del sagrado pendon religioso, tantas veces destrozado y conculcado en nuestros dias por la sacrílega planta del impío! ¡qué auréola de inmarcesible gloria no les ceñirian los pueblos que verian en ellos á los verdaderos regeneradores de su patria! á los valientes que supieron ilustrar y salvar su suelo, no como tantos otros lo pretenden por medio de la sangre, de la ruina ó del desquicio, sino encendiendo de nuevo en el corazon de sus compatriotas la rutilante y fulgurosa luz de la fe ya casi extinguida; único faro de salvacion y de felicidad para el individuo y la sociedad.

Ese es mi sueño dorado, esas son mis fervientes aspiraciones y súplicas; ¿lo conseguiré? ¿Veré á mi querida y dulce patria volver en sí, abrir los ojos, echar una mirada sobre los densos y tenebrosos nubarrones que manchan el horizonte de su porvenir, y la veré apartarse de la senda que la lleva al abismo desastroso de la más deplorable impiedad?

Sí, no lo dudo; la esperanza inunda y alienta mi corazon, cual la alegría que inunda al náufrago que ve levantarse sobre el azulado horizonte la ansiada playa salvadora.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

La enseñanza sin religion (1)

Señor Don Ceferino Almeida.

Querido amigo:

He visto en el «Babilonia», diario que se publica en esa capital, un artículo en que se prodigan los mayores elogios á un colegio que acaba de fundarse, porque el director del tal establecimiento pone por base el artículo principal de su programa, la más completa abstencion de la religion ó de cosa que se le parezca.

Esto, mi amigo, sobre ser el mayor desatino que podria cometerse en medio de un pueblo culto, es una impiedad capaz de escandalizar á los hombres ménos preocupados por las cosas de religion, con tal que vivan en países católicos como en los nuestros.

En efecto; ora se examinen las razones que tiene el señor director para establecer su singular teoría, ora las que asisten á todo pueblo cristiano para exigir que los instructores eduquen su juventud religiosamente, se evidencia la mala fe y la impertinencia que sólo han podido dictar tan peregrinas disposiciones. Dice el señor director, para apoyar esta utopía, que con esta abstencion de todo elemento religioso podrán concurrir á las aulas jóvenes de todas las creencias y por lo mismo se hará más extensivo este bien incomparable de la educacion y de que tanta necesidad tienen las sociedades modernas. Pero ¿ha reflexionado bien el señor director lo que es una escuela sin religion? ¿Ha calculado alguna vez las fatales consecuencias que en los ánimos tiernos de los niños acarreará la ignorancia de Dios?

El articulista del «Babilonia» parece que no se ha dignado incomodarse, sin duda, hojeando las páginas de la historia antigua; parece que no se ha fijado en la marcha religiosa que siguieron las más poderosas repúblicas de los tiempos pasados, hablo de Esparta y de Roma, cuando olvidaron la religion. Creo que no ignorará que la depravacion de sus costumbres data, como dicen sus historiadores, desde el tiempo que en sus aulas y gimnasios resonaban los encomios y alabanzas de sus falsas divinidades.

Á la verdad, querido amigo, ¿puede haber educacion sin moral? ¿Y puede haber moral donde se dejan á un lado los primeros y principales deberes que tienen los hombres con respecto á la divinidad?

De ninguna manera; por consiguiente, un hombre ilustrado que se proponga educar á la juventud no recordándole al ménos la más sagrada deuda que todos los mortales tienen para con su Dios, insulta las

(1) Leido el dia 9 de junio del año 1872.

leyes más palmarias de la lógica, é infiere una herida profunda en el corazon de la sociedad.

Digo más; el mero hecho de proponer este sistema de educacion ante un pueblo, prescindiendo de toda religion, es una injuria solemne y una calumnia de mala ley que se arroja contra la honradez y buen sentido: porque parece suponer que la mayor parte de esa poblacion á quien se habla se compone de atcos ó indiferentistas refinados; supone tambien que son muy ignorantes en materia de educacion y que tienen de ella una tan singular y errada idea que ni áun iguale á la de los sensatos paganos.

En efecto; basta reflexionar un poco sobre tan grave asunto para llegar al conocimiento de esta verdad, que casi me avergüenzo en demostrar, porque me parece incurrir en el mismo defecto de nuestro célebre director; es, á saber: que la educacion abraza el desarrollo de todas nuestras facultades, particularmente las intelectuales y morales, porque el hombre consta de entendimiento y voluntad, y éstas son precisamente las facultades que le distinguen del bruto y le hacen incomparablemente superior á él, y le igualan casi á las celestes inteligencias; ahora bien, prescindir de la religion en la educacion es abandonar la parte moral del hombre, como ántes he insinuado, y abandonar la parte moral del hombre significa abandonar tambien el entendimiento, porque todas las facultades deben estar sujetas á la voluntad y funcionar para ella y por ella.

Pregunto yo ahora ¿qué género de educacion es aquella en que no se educa la inteligencia y voluntad? y no educándose la voluntad; ¿cómo se educa el corazon? Sería nunca acabar si hubiese de detenerme en enumerar tan sólo los errores groseros que incluye esta peregrina teoría; pero áun dado que sólo se quisiera ilustrar el entendimiento, es muy errado el camino que para eso se sigue prescindiendo de la moral, primero, porque la moral es una verdad como cualquiera otra; segundo, porque es cosa muy sabida que en materia de educacion ni áun los descarados y cínicos creen poderse dispensar de inculcar á sus alumnos el *orden* y habituarlo á él: hasta entre soldados debe haber orden, que no es otra cosa que la *disciplina militar*, y triste cosa sería que en una casa de educacion no se quisiera tener ni amar el orden que se exige en un cuartel ó en cualquiera lugar donde varios individuos se reunen con algun fin comun y racional: ahora bien ¿qué orden hay ni puede imaginarse sin la debida sujecion de los inferiores á sus superiores, de los gobernados á los que gobiernan? ¿Y no es esto practicar la moral y por lo mismo la religion?

Ni es esto sólo; falta aún lo principal: yo veo, y cualquiera que observase de buena fe lo vería tambien, que tal abstencion es un ataque directo, por más que lo quiera ocultar nuestro sabio director, y de los de peor ley contra nuestra santa religion. ¿Qué otra cosa hizo Juliano cuando hubo agotado los medios de persecucion contra la Iglesia, sino prohibir

á los cristianos el que tuviesen escuelas, obligándolos indirectamente á frecuentar las de los gentiles?

¿Y qué otra cosa son sino escuelas de gentiles aquellas en que se prescinde de religion? Pero esto que en un apóstata y perseguidor de la Iglesia no era de extrañar, lo es y sobre manera en personas que hacen alarde de honradez y buenas creencias; y si aquello pareció odioso, injusto y cruel aún á los paganos, en aquellos tiempos en que imperaban en todo ó en casi todo el mundo las ideas, usos y costumbres paganas, ¿qué debe parecer ahora en que casi todo el mundo es cristiano ó á lo ménos hace profesion de serlo, y en un país que ciertamente lo es, y en el cual uno de los principales artículos de su carta fundamental es la profesion del catolicismo?

Extraño es que esta reflexion tan obvia no se haya ocurrido á nuestro director, y que si se le ha ocurrido, la haya rechazado para abusar del candor de ese pueblo.

¡ Pobres madres de familia! que os habeis empeñado tanto en instruir cristianamente á vuestros hijos á costa de tantos sacrificios; un hombre indolente y falto de juicio hará desvanecer vuestros dorados sueños, moñándose de vuestra religion y de los deberes que os impone y á quien quisisteis acostumar á vuestros amados hijos.

¡ Desgraciados padres de familia! que miéntras que se desvelan por la educacion moral de sus hijos, confiados en que aquellos á quienes los han entregado cumplirian los más sagrados compromisos con rectitud, precisamente cuando van á recoger el fruto de sus desvelos y privaciones, hallan que sus hijos han perdido el más bello tiempo de su juventud, sin sacar sanos principios, ni la virtud cristiana de que tanto necesitan para aliviar á sus padres y hacer sus veces cuando falten.

Voy á concluir, querido amigo; los estrechos límites de este artículo no me permiten extenderme más.

Sólo no quiero ocultarle la pena que abrigo mi corazon cristiano al ver los esfuerzos que continuamente se hacen para descatolizar mi bella patria y hundir para siempre su gloria despues de haberla llevado por todas las degradaciones de la impiedad y anarquía.

Quiera el cielo darnos mejores tiempos, trabajemos por conseguirlos con nuestras preces y nuestra decidida cooperacion á lo bueno.

Le repito, no dé publicidad á este artículo, si no ve que de ello resulte algun bien á ese querido pueblo.

NICOLAS VIDELA.

ÍNDICE GENERAL

PROSA

	PÁG.
✓ PRÓLOGO	3
Discursos sagrados	
✓ Oracion fúnebre de Pio IX, por Eusebio de Leon.	7
Elologio de Santa Teresa, por Gregorio Romero	16
Discursos filosófico-religiosos	
✓ Sobre el verdadero tipo de la mujer, por Genaro Silva.	22
✓ Anflujo del monasterio en la sociedad, por Jacinto R. Viñas.	26
✓ Sobre el influjo de la Iglesia en la sociedad, por Ambrosio Lódola.	34
✓ Sobre la poesía que se halla en el culto católico, por C. L. Pera.	43
✓ El protestantismo fué ó nó favorable á la literatura y á las bellas artes, por Ambrosio Lódola	52
Discursos filosófico-morales	
✓ Sobre la fuente del verdadero patriotismo, por Victoriano Albornoz.	69
✓ Sobre la amistad, por José María Escalera.	63
✓ El verdadero patriotismo, por Celestino L. Pera.	67
✓ Sobre el destino del hombre, por Leonidas L. Anadon.	75
✓ Diferencia esencial entre el hombre y el bruto, por Manuel Boedo.	81
Discursos histórico-literarios	
✓ Glorias y triunfos del pueblo argentino, por Lorenzo Anadon.	88
✓ Ensayo sobre el sistema colonial de los españoles en América, por Lorenzo Anadon.	97
Sobre lo que influyó España en la civilizacion de América, por Vicente Navia.	109
✓ Relacion íntima entre la lira y la espada argentinas en el tiempo de la Independencia, por Ramon J. Lassaga.	120
✓ Carácter del reinado de Constantino el Grande, por Tomas R. Cullen.	129
✓ Juicio crítico sobre la revolucion italiana de 1848, por Gregorio Romero.	136

Discursos literarios

Sobre la utilidad de la sátira, por Casto R. Ímas.	149
Sobre la utilidad y excelencia de la poesía, por Bartolomé Correa.	154
La Novela, por J. Juan Zorrilla	160
El periodismo actual con relacion á la literatura, por Amaro Albornoz y E.	165
El orador popular, por Zenon Segundo Martinez E.	170
Los Salmos considerados bajo el punto de vista literario, por Zenon S. Martinez C.	176
Estudio de un tópicó, por Lorenzo Anadon.	182
Elogio de Mármol, por José M. Escalera	184
Sobre la lectura sabia y amena, por Antonio J. Lejarza	189
Elogio de Alarcon, por Martin Rodriguez	198
Sobre las bellezas poéticas de la Biblia, por Santiago O'Farrell.	204
Sobre las ventajas poéticas en que el cristianismo supera al paganismo, por Manuel A. Crespo.	213

Prelusiones

Sobre la reivindicacion de las glorias de Colon, por Joaquin Cullen.	218
Glorias del pontificado romano, por Ricardo Isasa.	221
El dolor y su consuelo, por Luis R. Piñeyro	224
El corazon humano, por José Calvez.	227
Donde se halla la verdadera paz de los pueblos, por Jacinto Viñas.	233
Patria y hogar, por Juan B. ^a Aguirre Silva	236
Las reducciones del Paraguay, por Zenon Martinez	238
Influjo de una madre en la sociedad, por Zenon Martinez.	242
El triunfo del cristianismo sobre el paganismo, por Ramon Lassaga.	246
La ofrenda de América ante los restos del general San Martin, por Eusebio de Leon.	250

Discursos de recepcion

Sobre el periodismo, por Juan Zorrilla de San Martin	256
Sobre la pureza del lenguaje castellano, por Luis L. Anadon.	259
Sobre la importancia de la literatura, por Luis Goenaga	262
Juicio de la composicion de Rioja á las ruinas de Itálica, por Eduardo M. Ferreyra.	266
Discurso sobre los encantos de la paz y horrores de la guerra, por Salvador Eche- garay.	269
Definicion y cualidades del patriotismo, por Cárlos Gonzalez Moreno	274

Discursos de contestacion

Sobre el vínculo de la virtud y la ciencia, por Mariano Soler.	278
Actitud de un hombre hourado ante la prensa, por José Galvez	283
Decadencia del lenguaje castellano, por Ambrosio Lódola	287
Sobre la utilidad de los poetas, por Celestino L. Pera.	291
Consideraciones sobre el patriotismo, por Lorenzo Anadon.	294
Sobre un elogio de F. Varela, por Eusebio de Leon.	299
Literatura argentina, por Santiago G. O'Farrell	302
Sobre una epopeya argentina, por Gregorio Romero.	307
Breves consideraciones sobre la revolucion francesa, por Gregorio Romero	310

Alocuciones de apertura

✓ Dos palabras de aliento, por José Galvez	314
✓ Sobre el fin de nuestra asociacion, por Lorenzo Anadon	315

Memorias de clausura

✓ Cuenta razonada de la marcha de la academia durante este período, por J. B. Aguirre Silva.	319
✓ Sobre los progresos de la academia en este período, debidos á la union de sus miembros, por Vicente Navia.	323
✓ Breve reseña de los actos celebrados por la academia en 1880 y estado de la misma al celebrarse el acto de clausura, por Ramon J. Lassaga.	325

Composiciones varias

✓ La vida de una flor, por José A. del Castillo	329
✓ La primera edad, por José M. ^a Escalera.	330
✓ Recuerdos de la patria, por José M. ^a Escalera.	332
✓ La batalla de Andrinópolis, por Luis Goenaga.	333
✓ Las selvas de América, por Samuel Parera	335
✓ La primavera, por Juan Emilio Alvear	337
✓ Carácter de los generales Paz y La Madrid, por Santiago Silva	338
✓ Paralelo entre Demóstenes y Ciceron, por José M. ^a Escalera.	340
✓ Apología de los cristianos, por Tomas R. Cullen.	342
✓ Sobre el influjo de la Iglesia en la Edad Média, por Un joven argentino.	344
✓ Sobre el periodismo, por Juan Zorrilla de San Martin.	347
✓ La enseñanza sin religion, por Nicolas Videla	351

FE DE ERRATAS

Habiéndose publicado esta obra lejos de nuestra vista y como por otra parte hemos tenido que proceder con alguna prisa en su impresion, se han deslizado, por desgracia, sin culpa del impresor, algunos errores, de los cuales damos á conocer los más culminantes.

..

PAGINA	LÍNEA	DONDE DICE	DEBE DECIR
4	31	estios	estros
11	26	se presta	se postra
26	23	ni como	así como
48	28	al oido	al cielo
* Entre la línea 14 y 15 falta lo siguiente :		{ En las pruebas del primero vereis, cómo atendida su naturaleza, el protestantismo no puede menos de ser perjudicial á las bellas artes y á las letras.	
57	26	agresion	adhesion
60	2	concluirse	concebirse
*	33	con la extincion	sin la extincion
61	19	hallan	huellan
75	16	relajada rebelion	relegada religion
76	39	suprimir	imprimir
82	43	valuarte	baluarte
83	18	sembrado	sombreado
98	44	para entrar de nuevo á poner	para entrar de lleno á exponer
105	38	la raza	la razon
122	29	guarda	gualda
125	16	se prendieron	se fundieron
126	23	ser alma	su alma
129	6	jurga	juega
132	35	via	ira
144	36	destino	destierro
145	35	restos	retratos
148	8	Porcano	Porcianos
150	7	Dice á la moralidad	dice relacion á la moralidad
169	9	número	número
*	15	el título	el estilo
172	19	Sope	Sœpe
*	20	Sevetque	Sœvitque
*	21	facis	faces
*	22	virumque	virum quem
179	39	maem	meam
180	9	pigmentum	figmentum
*	40	populus	populos
186	28	comparaciones	composiciones
194	15	semanal	sería mal
213	15	ley	luz
*	36	la patria	la poesia
221	34	años tan solemnes	acto tan solemne
261	33	el aire	el aria
266	entre la línea 33 y 34 falta. . . .		{ Un plan tan bien combinado, un desarro- llo tan interesante
291	21	ahoguen	halaguen
294	12	coro	caso
302	31	inventada	cimentada
312	44	en medio	en nuestro
313	27	impuesto	injusto
317	36	aspiracion	apreciacion
324	28	las más	las meras
350	19	necesidad, porque	necesidad al redactarlos. porque
351	31	resonaban	no resonaron más

